ENRIQUE PÉREZ ESCRICH

EL MÁRTIR DEL GÓLGOTA

PRÓLOGO

DE

JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA

Lectulandia

Enrique Pérez Escrich trae a Cristo de la gloria a la ficción en la más celebrada de sus novelas, *El Mártir del Gólgota*, publicada por primera vez en cinco volúmenes entre 1863 y 64.

Porque eso es precisamente esta obra, la vida de Jesucristo novelada, donde como es claro, se mezcla la realidad y la fantasía, la historia y la imaginación. Éste es su riesgo y su mérito.

Riesgo, porque la novela que hace de un acontecimiento, de un personaje histórico, el centro de su narración, se enfrenta por principio de cuentas a un género híbrido, que implica la difícil combinación y dosificación de lo cierto y lo ficticio, con el peligro que supone caer en cualquiera de los extremos, o la preocupación objetiva en mengua de la creación personal, o la pura imaginación en detrimento de la historia.

En *El Mártir del Gólgota*, se nota un esfuerzo del autor por adentrarse, con una óptima histórica, al mundo que rodeó a Cristo, y aún se preocupa por insertar algunas notas explicativas del texto, sin que ello suponga una mayor profundización. Pérez Escrich toma de la historia y de los Libros Sagrados, los elementos más necesarios que pudieran servirle de trampolín para la creación novelesca.

Lectulandia

Enrique Pérez Escrich

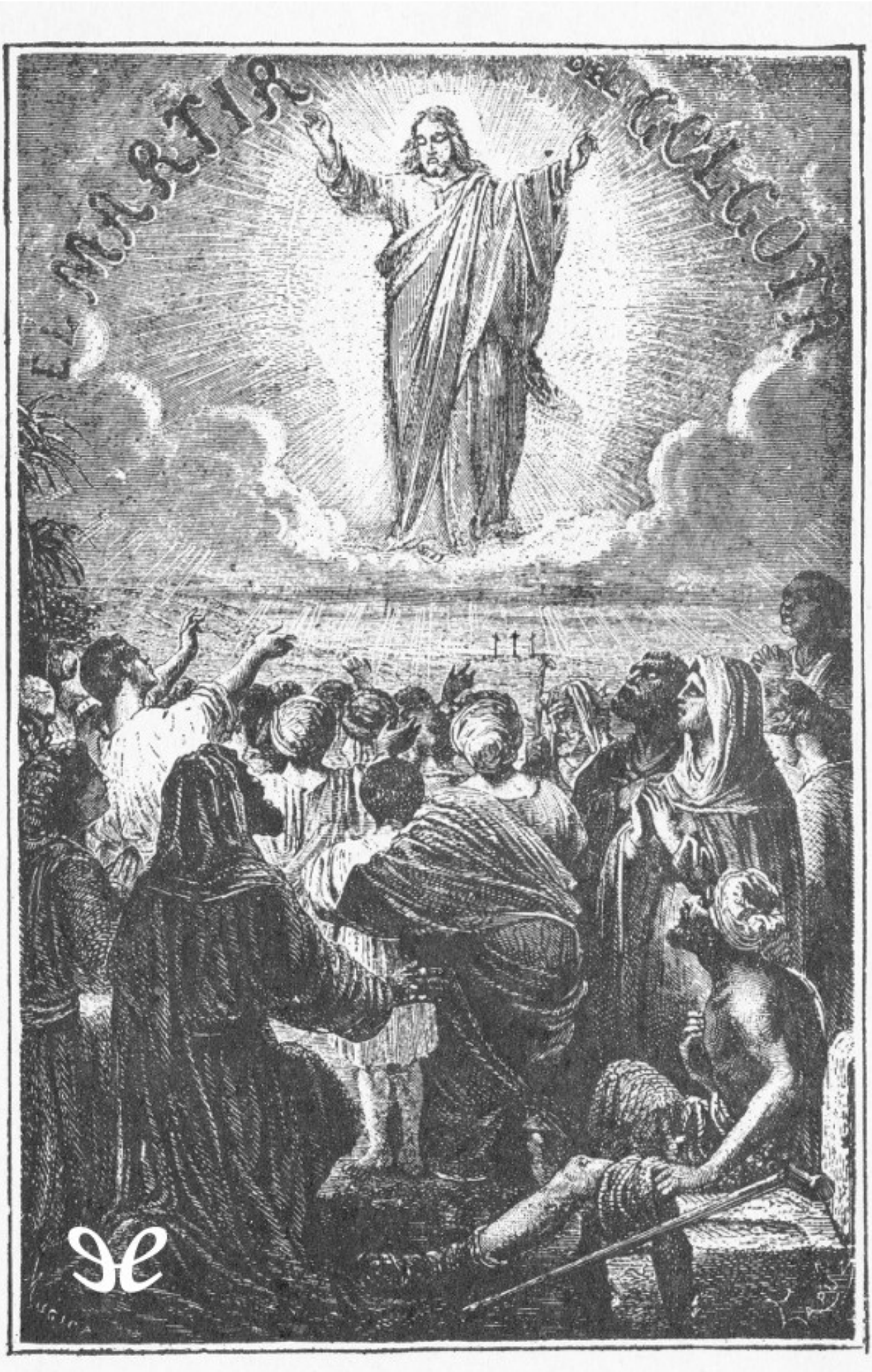
El Mártir del Gólgota

ePub r1.0
Titivillus 09.11.2017

Título original: *El Mártir del Gólgota*
Enrique Pérez Escrich, 1871
Prólogo: Joaquín Antonio Peñalosa

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com


EL SANTO EVANGELIO

PRÓLOGO

A NOVELAR, SE HA DICHO

El octavo día, el Señor recapacitó y se dijo: He creado el sol, las estrellas, el mar, los animales, lo he creado todo. Pero, me he olvidado del libro.

Entonces Adán, que lo escuchaba, balbuceó ruboroso: Señor si os sirve, yo tengo uno casi escrito.

La vieja anécdota que finge la creación del libro, parece que se repite en el siglo XIX en la literatura de España. Los escritores, aun los que se consagran a la poesía o al drama, sacan de entre las mangas, como prestidigitadores, una novela casi escrita.

La novela española del período romántico refleja con fidelidad las tendencias principales que este género adoptó en los países que dieron el tono a la literatura europea.

Dos grandes ramas nacen y se desarrollan en el tronco de la novela a principios del siglo XIX; la histórica y la costumbrista. Una y otra, surgen de dos orientaciones distintas, aunque complementarias, de la misma savia, que es la estilística romántica.

Si por un lado, el romanticismo hizo triunfar el sentido restaurador del pasado, sobre todo medieval, de las naciones europeas y dio lugar al nacimiento de la novela consagrada a hacer vivir, con toda la sugestión y fuerza evocadora del arte, épocas pretéritas de la historia nacional; por otro lado, la devoción a lo típico y popular que hoy se llama con cierta cursilería el folklore —conservado en la tradición viva y en las costumbres de los pueblos—, dio motivo a la creación de un nuevo género en la novela, basado en la fiel reproducción del ambiente social, verdadero espejo en que se manifestó, espontánea y genuina, el alma del pueblo.

La novela española del siglo XIX sigue esta doble línea que marca la literatura europea, cuyos dioses mayores reinaron en España con los nombres del escocés Walter Scott, y los franceses Víctor Hugo, Federico Soulié, Eugenio Sué, Alejandro Dumas padre y Jorge Sand.

Pero hay que confesarlo, si el romanticismo español ofreció excelentes muestras de su genio creador en la poesía y en el teatro, no logró el mismo relieve en la novela. Las novelas costumbristas expresan mayor originalidad que las históricas, atadas éstas generalmente a una imitación más o menos directa de novelistas extranjeros.

SU MAJESTAD WALTER SCOTT

Este siglo se inaugura en España con traducciones de mediocres novelas francesas de tono lacrimoso y de intención moralizadora.

Luego surge, avasalladora y efímera, la devoción a Walter Scott (1788-1860), padre y maestro de la novela histórica. El momento de la apoteosis hay que fijarlo entre 1823 y 1840 tanto en España como el resto de Europa; y el lugar de donde se

extiende su culto en la península, es Cataluña.

Milá y Fontanals pudo escribir refiriéndose a Barcelona: «Si se ofreciese reunir un número considerable de jóvenes ligados con el vínculo común de idea sólida y vivificadora, más tal vez que invocando un lema político, se lograría con inscribir en la bandera: Admiradores de Walter Scott».

Las primeras ediciones españolas del novelista escocés aparecen precisamente en Barcelona. Y en Valencia, la primera novela que trata de imitarlo, *Los Bandos de Castilla,* publicada en 1830 por Ramón López Soler, de quien son estas palabras: «La novela de *Los Bandos de Castilla* tiene dos objetos: dar a conocer el estilo de Walter Scott y manifestar que la historia de España ofrece pasajes tan bellos y propios para despertar la atención de los lectores como los de Escocia e Inglaterra.»

Según Guillermo Díaz-Plaja, estas palabras constituyen no sólo un homenaje a Walter Scott, sino además un «manifiesto romántico», la defensa y elogio del espíritu, la temática y el estilo del romanticismo.

Entre otras novelas históricas que siguen la línea del narrador escocés, podríamos enumerar: *El doncel de don Enrique el Doliente* (1834), de Mariano José de Larra, Fígaro, que evoca una Edad Media al mismo tiempo pintoresca y tenebrosa, con un desenlace lánguido y desorbitado. No obstante los méritos descriptivos, su valor no pasa de ser una reconstrucción arqueológica. *Sancho Saldaña* o *El Castellano de Cuéllar* (1834) de José de Espronceda, se integra con una serie de cuadros históricos de escaso interés. *Doña Isabel de Solís* (1837) de Francisco Martínez de la Rosa, que a juicio de Don Marcelino Menéndez y Pelayo es una de las más lánguidas imitaciones de Walter Scott que se haya hecho en España; en cambio, *El Señor de Benbibre* (1844) de Enrique Gil y Carrasco, representa la mejor de todas las novelas históricas de esta línea, basada en el hecho de la extinción de la Orden del Temple en España; descuella por el brioso relato, la finura de las descripciones, los cuadros de sugerente realismo. La trilogía de Francisco Navarro Villoslada, *Doña Blanca de Navarra* (1847), *Doña Urraca de Castilla* (1849) y especialmente *Amaya o los vascos del siglo VIII* (1879), le otorgó a su autor el título de Walter Scott español, por los magníficos aciertos de color y ambiente con que resucita personas y épocas remotas en un estilo muchas veces grandioso y casi épico.

Fuera, pues, de algunas excepciones, la novela histórica del romanticismo español se muestra pobre de mérito y autenticidad.

Los imitadores del autor de *Ivanhoe* tratan de compensar con un estilo recargado y ornamental, su falta de verdad y de color de época. Acaso la leyenda poética cultivada simultáneamente con la novela histórica, usurpó el lugar de este género y lo ofuscó con su brillantez, viveza e interés popular.

LA NOVELA DE COSTUMBRES

Por fortuna, la novela española «hace tierra» dejando el afán romántico de lejanía y, al encontrarse con su propia sustancia, con el realismo connatural del espíritu y de las letras de España, abandona los temas del pasado y las reconstrucciones idealizadas de otros tiempos, para crear, sin dejar de ser del todo románticos, esos cuadros sabrosos, esas pinturas satírico-novelescas que reproducen las instituciones y los hombres contemporáneos, fieles a la realidad de su momento, a veces robustas y sombrías, a veces ágiles y graciosas.

Ya no se trata de embellecer el relato hundiéndolo en la lejanía poética del pasado, como en la novela histórica, ni de crear personajes más o menos míticos, sino de expresar el presente de una vida y de unos hombres verosímiles.

Podría parecer a simple vista que la novela realista se opone al espíritu romántico; pero tanto los artículos de costumbres como las primeras novelas de que luego trataremos, conviven con el fervor romántico de la lírica y del teatro, y por lo tanto participan de la misma atmósfera intelectual y emotiva. Por otra parte, la fidelidad a lo popular del realismo va unida al romanticismo arqueológico y, por consiguiente, lejos de contradecirse la novela realista, surge en sus primeros pasos como creación romántica, aunque después se aleje más o menos del punto de partida. Ahondar en lo humano, he aquí el interés primordial, y nada antirromántico, de la novela realista.

Este género, esencialmente nacional, comenzó a desarrollarse al calor del periodismo. Las publicaciones madrileñas, como *Cartas españolas* y el *Semanario Pintoresco Español* (1836-42), acogieron los artículos de costumbres que tan bien enlazaban con la tradición literaria de España y que con tanto agrado seguían o devoraban los lectores.

Lo más español y realista, lo más ingenioso y original de esta época fueron los «artículos de costumbres» de Mariano José de Larra (1809-37), donde a los ataques de su sátira acerada y amarga, caen maltrechas las extravagancias y demasías de la vida social y política de su tiempo; las *Escenas matritenses* de Ramón de Mesonero Romanos (1803-82), galería de retratos que recoge los tipos y costumbres de la Villa y Corte, reflejados con singular viveza, juzgados como deleitosa crítica, sin la hiel que destila Fígaro, y escritos en una prosa castiza y sobria: y las *Escenas andaluzas* de Serafín Estébanez Calderón (1799-867). «Muy superior a Mesonero, según Menéndez y Pelayo, en la pureza, abundancia y gallardía de la lengua», como también «en facultades descriptivas y en intensidad y viveza de rasgos típicos». Juan Valera, a su vez, califica estas recias pinturas de tipos populares descritas con inconfundible gracejo andaluz, como «dechado de perfección en lenguaje y estilo, y prototipo de concisión».

Estos tres costumbristas son los precursores inmediatos de Fernán Caballero (1796-1877), cuyas manos sabrán recoger esta semilla promisoria para convertirla en la primera flor de la gran novela costumbrista, que despega victoriosamente en *La gaviota* de 1848.

Posteriormente, por los años sesenta, ingresa España a la moda de la novela de folletín o de folletón, importada de Francia, donde se cultivaba con éxito sorprendente desde 1840.

Los fundadores del periódico el *Siècle* fueron los primeros en idear la publicación de obras de extensión considerable, de preferencia novelas, que entregaban a los lectores en partes relativamente breves, cortadas en el momento más dramático con la advertencia en cursiva «continuará en el próximo número».

Algunos periódicos protestaron contra estos procederes mercantiles, pero terminaron imitando el ejemplo, a tal grado que los editores se disputaban a los escritores más populares a fuerza de dinero. En la época de Luis Felipe, el folletín alcanzó un éxito tan extraordinario que no hubo diario ni revista que prescindiera de él. Los periódicos de Europa se apresuraron a copiar la idea con idéntica simpatía, en cuanto que el folletín les suministraba lectores y fortuna.

Así fue como el periódico se apoderó de la novela, como a la par se ha ido apoderando de otras cosas.

Este tipo de novela folletinesca estuvo representada en Francia por Eugenio Sué (1804-57), autor de *Los misterios de París* y *El judío errante,* que fue pagado en cien mil francos por el *Constitutionnel,* que ofreció más que *La presse* y que *Le journal des débats;* por Federico Soulié (1800-47), que escribió numerosas novelas sobre la Francia del Sur, en las que se ha dicho que remueve la historia, el infierno y los barrios bajos; y por Alejandro Dumas, padre (1803-70), cuyas novelas publicadas por entregas en el *Siècle,* le proporcionaron además de la avidez de los lectores que devoraban hasta la última línea de cada edición para alargar la mano en demanda de la siguiente, un ingreso voluminoso de varios millones de francos. Escribía un poco para todos los periódicos y tenía una tarifa de franco y medio por línea. Debían considerarse como enteras las fracciones de línea.

De tal suerte apasionó al público la novela folletinesca de Dumas, que Sarcey cuenta haber conocido a un niño que lloraba por no haber podido encontrar el final de la serie de una novela; y Lord Salisbury refiere cómo al ver luz en el cuarto del príncipe de Gales, hasta las cuatro de la mañana, le preguntó si había estado enfermo: «No, estaba leyendo a Dumas.»

Fue famoso el caso de *La patrie,* periódico de París, que con motivo de la publicación de *La guerre des dames* de este autor, fue bloqueada la sede de la tipografía. Para liberarse del extraño asedio que impedía la entrada y la salida, el director hubo de recurrir a la policía.

El estilo de la novela folletinesca, que consiste en dar al pueblo lo que pide el pueblo, se condimenta con una sucesión de peripecias emocionantes entretejidas con rapidez, despertando la curiosidad y el suspenso, siempre en busca de lo espectacular

e inesperado, aunque el estilo mismo sufra de incorrecciones y desmayos.

A pesar de sus evidentes fallas, este género de novela que no conoce más árbitro que el público, sirvió sin duda para difundir el gusto por la lectura, que no fue poca cosa en un siglo, igual o mejor que el nuestro, en que la lectura no era ciertamente el vicio impune de antaño, si es que alguna vez lo ha sido.

Además, la novela folletinesca produjo un segundo beneficio. Presionó al editor para que pagara decorosamente al escritor. Por primera vez en la historia, el novelista, tradicionalmente rico en la pluma y pobre en el bolsillo, empezó a ganar, y a ganar bien.

Sirva de confirmación este párrafo del discurso de Edmond About ante la estatua de Dumas padre: «Recordad el tiempo feliz en que los periódicos políticos se disputaban la clientela a fuerza de folletines, en que los artículos de fondo no eran por decirlo así más que un platillo, porque Francia se interesaba más vivamente por D'Artagnag o Edmundo Dantes que por los señores de Haurann y Guizot. Era la edad de oro de la novela, el reinado de Dumas I, que fue por lo demás un buen rey; porque no abusó del poder sino contra los libreros y los editores de periódicos con gran provecho de todos sus colegas; haciendo admitir el ingenio en la cotización de valores mobiliarios, sirvió a su prójimo tanto como a sí mismo o más que a sí mismo, y mejoró grandemente la condición del escritor.»

Si tradicionalmente el oficio de escritor parecía ser un monólogo desesperante y triste y «un modo de vivir que no daba para vivir», según escribía Larra, la novela de folletín demostraba al escritor que contaba con una resonancia afectiva en el público y efectiva en los honorarios. «Escribir en Madrid es llorar»… no lo fue tanto para los narradores de costumbres y de folletines en España; pues el propio Fígaro, periodista mimado y popular, que se quejaba de la mala remuneración del escritor, cobraba cifras entonces exorbitantes por sus colaboraciones.

EL PRECURSOR ESPAÑOL DE LA NOVELA FOLLETINESCA

A las traducciones de folletines franceses, siguió en España la publicación de originales patrocinada por el editor Urbano Manini.

El precursor de la novela por entregas fue Wenceslao Ayguals de Izco (1801-73), que tuvo tiempo para todo. Fue comerciante, propagandista político, alcalde de Vinaroz, su tierra natal, comandante de la Milicia Nacional, diputado a Cortes y como gajes del oficio, deportado en Baleares, fundador en Madrid de su famoso establecimiento tipográfico «Sociedad Literaria», donde imprimió sus obras y numerosos periódicos.

Fecundo autor de publicaciones festivas como *La Risa*, *El Dómine Lucas* o *La Linterna Mágica,* fue fecundísimo en novelones por entregas, delicia de la buena gente sin ocupación o sin preocupación.

Influido por Eugenio Sué, salieron de su pluma, *Pobres y ricos o La Bruja de Madrid, María o La hija de un jornalero, La Marquesa de Bella-Flor o El niño de la Inclusa, Los pobres de Madrid, justicia divina, La escuela del pueblo, El palacio de los crímenes, Los verdugos de la humanidad, El tigre de Maestrazgo, El pilluelo de Madrid;* son los títulos de sus novelas folletinescas más populares, algunas de las cuales constan de seis, ocho y aun quince y diecisiete volúmenes. Tiempos aquellos en que la acumulación importaba más que la selección. Y como se estilaba entonces, Ayguals de Izco promiscuó en literatura; porque, además de tanta novela, escribió algunas producciones teatrales, un poema filosófico *El derecho y la fuerza,* y aun un diccionario biográfico e histórico, *El panteón universal,* al que sin duda ingresaría el autor, apenas muerto, si no es que enterrado en vida, pues sus novelas fueron flor de un día.

EL MAESTRO DE PÉREZ ESCRICH

El mejor de los escritores de novela por entregas, fue el sevillano Manuel Fernández y González (1821-88), que habría de convertirse en el maestro literario de Enrique Pérez Escrich.

Estudió leyes en Granada, luego marchó a Madrid muy joven aún, para dedicarse con éxito a las letras. Ansia de mayor lucro lo llevó a París; pero, perfecto bohemio e incorregible despilfarrador, nada le bastaba, ni los mil reales que cobraba diariamente al anochecer, de los que, era casi infalible, ni un céntimo le quedaba a la mañana siguiente. A su muerte, ocurrida en Madrid, no le hallaron sino un duro y dos cigarrillos; tuvieron que enterrarlo de limosna.

De su personalidad corrían anécdotas singulares, reflejo de su pintoresca vanidad.

No tuvo España en el siglo XIX otro escritor más fecundo y conocido. Comparte con Lope de Vega el don de una fecundidad tan excepcional que casi parece increíble; escribió o dictó unas 300 novelas equivalentes a cerca de 500 volúmenes, además de un caudal de comedias, dramas, tragedias, poesía épica y lírica y aun crítica literaria que publicó con el seudónimo de «El diablo con antiparras».

Aparte de sus novelas de costumbres, Fernández y González es el autor más fecundo del siglo en el género de la novela histórica, cortada según el patrón de Walter Scoot.

Tenía todo lo necesario para triunfar en la novela folletinesca: el poder de la fantasía, el ingenio rico e inagotable, el don de la improvisación espontánea, la vigorosa fertilidad de su inventiva, la gracia y soltura en la exposición, la riqueza atrayente del enredo, su amor a la gloria y tradición de su país.

Pero el deseo de interesar a los lectores, su propio carácter y las circunstancias de su vida lo supeditaron a una obra abundante y premiosa, en detrimento de sus dotes excepcionales que no pudieron lograr un arte más puro y reflexivo.

Se multiplican en sus páginas los descuidos, se suceden las escenas de análisis y sicología superficiales y los caracteres apenas esbozados, como ineludible consecuencia de una labor que, por improvisada y aun irracional, parecía una fabricación en serie, febril y forzada. Fue un abastecedor de novelas para el consumo cotidiano.

Claro está que sus obras hoy yacen congeladas como simples fichas bibliográficas en las historias literarias. Pero su espíritu, que inmediatamente heredó a Pérez Escrich, es decir, la vocación o la tentación de un arte o de un artificio por entregas, continúa vigente en nuestro siglo, mucho más que en el suyo, aunque en otras formas y con otros instrumentos.

En nuestros días ya no se puede afirmar que una novela de folletín haga la fortuna de un diario. La gente tiene prisa y quiere saberlo todo de una vez. Ha pasado el tiempo en que el lector permanecía en vilo por el héroe en peligro de muerte.

Sin embargo… novelas gráficas son en realidad las tiras cómicas, que otros dicen historietas, tebeos, monos o muñequitos. La multiplicidad del nombre indica ya la popularidad de la realidad.

Desde que los lectotres del diario *The Word*, en Estados Unidos, se desayunaron aquel domingo 18 de noviembre de 1894 con aquellas ilustraciones a colores que ocupaban tres cuartas partes de una página, desde entonces, la vida de los monitos quedó asegurada contra la muerte. Baste un ejemplo más o menos reciente. El caricaturista Mac Manus vio cómo su historieta *Educando a papá* se traducía a 27 idiomas y se publicaba en 80 países.

El cine también ha producido películas de folletín que congregan ávidas y tumultuosas multitudes. Éxito de taquilla, filón de oro, la figura de Tarzán que nació en 1918, gracias a la inspiración comercial de la «National Film Corporation of America», no tiene el peligro de alguna marca de automóviles de quedar descontinuada. Mientras el mundo exista, existirá Tarzán.

La telenovela del cine casero incide muchas veces en tratamientos o clisés de folletín, cuyas escenas superficiales y color de rosa entretienen el tedio de las tardes de un inmenso público femenino otoñalmente devoto y fiel.

El triunfo de lo folletinesco radica en encontrar esa fibra del alma popular que busca la simple evasión que lo libera, sin ningún compromiso que lo ate, por pequeño que sea; los sentimientos elementales que tiene a flor de piel y la simpatía por la aventura descrita en un lenguaje sencillo y caliente.

Son necesarios un tema de interés general; pocos personajes, pero muy activos; la acción simple, clara y rápida; el tono melodramático; y los medios expresivos muy vivos y fluidos. Más que a los fines y exigencias del arte, se atiende a conmover y excitar la sensibilidad de las gentes. La publicidad se encarga de lo demás.

El fenómeno folletín, que ayer se circunscribió a la novela, hoy pervade todos los medios de comunicación masiva y con resultados económicos que ni en sueños se imaginó la vieja novela de entregas del siglo XIX.

Pero parece que el marco ha resultado demasiado grande para introducir en él la imagen de Enrique Pérez Escrich. Pensamos con Ortega y Gassett que el yo sigue necesitando de su circunstancia para que mejor lo explique.

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH

Nació en Valencia en 1829. Desde muy joven le madrugó la vocación literaria que supo encauzar con el trato de los escritores y artistas más importantes de su ciudad natal.

La muerte casi repentina de los padres de una joven con quien sostenía relaciones de noviazgo, le puso en el trance de contraer rápidamente matrimonio y tomar a su cargo la educación de cuatro hermanitos de ella; lo que implicaba la renuncia a los estudios y la urgencia de trabajo. Fue una de las mayores pruebas que el futuro novelista dio de la bondad de su corazón y de la rectitud de intención que guió siempre los actos de su vida. Tenía entonces diecinueve años.

Desde ese momento su situación fue tan difícil, que decidió transladarse a Madrid sin más fortuna que su pobreza y sus deseos de abrirse paso en la profesión de escritor.

Comenzó escribiendo comedias con una facilidad y una fecundidad tan poco frecuentes, que pronto atrajo la atención de la gente de letras, aunque no logró conquistar el favor del público.

Sus naturales disposiciones lo llevaron a cultivar todos los géneros, lo mismo el drama que la comedia y el juguete; y a buscar para sus obras, asuntos, personajes y situaciones que casi siempre alcanzan la simpatía popular; sin embargo, Pérez Escrich no pudo hallarla.

Lejos del desaliento, siguió con terca y optimista laboriosidad escribiendo y estrenando obras dramáticas para las que aprovechaba, por igual, la historia y la fábula, lo natural y lo fantástico.

Decidió sumarse a la moda de la novela por entregas que entonces alcanzaba su apogeo en la pluma bohemia de Manuel Fernández González.

El cura de aldea, de 1858, había sido su mayor triunfo escénico, por eso eligió esta obra para convertirla en novela folletinesca. Fue tanto el éxito que obtuvo en su primera incursión al campo de la novela, que la publicó el famoso editor Manini y los lectores se encargaron de agotar rápidamente la edición.

El autor declaró que para escribirla no tuvo más fuente de inspiración que el Evangelio. Sus páginas no son, ni mucho menos, un dechado de arte; pero interesan, conmueven, excitan, es decir, tienen todo lo que busca el lector de novelas por entregas. Al fin Pérez Escrich había encontrado su camino, que un ruidoso incidente vino a acabar de abrir.

Luis Mariano de Larra (1830-1901), hijo de Fígaro y fecundo escritor de

comedias históricas y de costumbres, publicó *La oración de la tarde*, de sabor muy cristiano, acerca del perdón de las injurias, que pasa por una de sus obras principales, y que en sus días interesó vivamente a la opinión pública. Como se dijese que tenía relación con *El cura de aldea*, el asunto se llevó a los tribunales y hubo de reunirse un jurado literario, presidido por Tomás Rodríguez Rubí (1817-1890), muy aplaudido entonces por sus poesías y comedias; el jurado sentenció que se trataba de dos obras independientes, sin parentescos ni contaminaciones.

El éxito de *El cura de aldea* indujo a Pérez Escrich a cultivar exclusivamente este género de novela y a escribir sin descanso las entregas que los editores le exigían.

No tardó en enriquecerse con el trabajo sin tregua de su pluma en esa forma popularísima que había puesto en boga Fernández y González, su maestro, al que si no iguala, sigue muy de cerca en lo literario y aun en lo biográfico, como si se tratara de vidas paralelas, hasta el punto de haber escrito casi tanto como él, y haber ganado poco menos que él, de cuarenta a cincuenta mil pesetas anuales, cantidad enorme para la época, que gastaba de inmediato en vivir como príncipe y en obsequiar a sus amigos.

Se trasladó a Pinto, en las inmediaciones de Madrid, donde ocupó un cómodo hotel con el único fin de agasajar con esplendidez a cuantos lo visitaban. Ayudó con generoso desinterés a muchos novelistas principiantes.

Sin la riqueza ni la ostentación de Fernández y González, al que siempre aventajó por la nobleza de su corazón, vivió para su hogar, para sus amigos y para su afición de cazador infatigable.

Por eso no es raro encontrar en sus novelas la alabanza de la familia y de la amistad, así como numerosas descripciones cinegéticas.

Escribió hasta los últimos días, en un afán de producir mucho y ganar más; así se malogró sin duda su alto ingenio de novelista. Igual que en el caso de Fernández y González.

Viejo y olvidado, tuvo que aceptar un empleo en la Imprenta Nacional; posteriormente consiguió que le dieran el cargo de director del Asilo de las Mercedes en Madrid.

Hombre bondadosísimo, caballero ejemplar, de excepcional simpatía, murió a los 68 años en 1897.

Aunque firmó casi todas sus obras con su nombre, algunas veces usó el seudónimo de Carlos Peña-Rubia, tal como entonces se usaba, no para esconder el nombre sino para realzarlo más.

Escribió novelas y dramas en tal cantidad, que sólo señalamos las más conocidas.

Principales novelas: *El cura de aldea, La caridad cristiana, El matrimonio del diablo, Historia de un beso, Fortuna, Sor Clemencia, La envidia, La Calumnia, La mujer adúltera, Escenas de la vida, El infierno de los celos, Las obras de misericordia, La esposa mártir, El genio del bien, El amor de los amores, El manuscrito de una madre, La madre de los desamparados, Las redes del amor, Los*

que ríen y los que lloran, El corazón en la mano (también comedia), *El ángel de la tierra, El frac azul* (autobiográfica), y la más conocida de todas, *El Mártir del Gólgota.*

Principales dramas: *El cura de aldea; Juan el tullido, Sueños de amor y de ambición, Alumbra a tu víctima, Los extremos, El ángel malo, El maestro de baile, Herencia de lágrimas, La hija de Fernán Gil, La corte del rey poeta, El vértigo de Rosa, Amor y resignación, Las garras del diablo Gil Blas, La mosquita muerta, El corazón en la mano, El maestro de hacer comedias, El músico de la murga, El maestro de escuela…*

Si las obras dramáticas de Pérez Escrich duermen ya olvidadas para siempre, en cambio siguen reeditándose para el gran consumo algunas de sus novelas; tal sucede con *El cura de aldea*, *La mujer adúltera, La Calumnia, Las obras de misericordia* y, desde luego, *El Mártir del Gólgota,* que ha gozado de especialísimo favor entre el público.

«Literariamente, su maestro Fernández y González superó a Pérez Escrich, pero se le puede calificar como el más adelantado de sus discípulos, según escribe Federico Carlos Sáinz de Robles. Su imaginación inagotable, su facilidad narrativa, su maestría en el diálogo y en las descripciones, su sentido de lo sensacional o melodramático, su prosa clara y vulgar, le hicieron un verdadero ídolo de las clases populares españolas. Durante veinte años se vendieron miles y miles de ejemplares de sus novelones, coleccionados principalmente en los sotabancos, en las porterías, en las trastiendas, en las fábricas y talleres. Supo llegar como pocos a la emoción íntima de los seres vulgares de la vida fácil.»

Rodolfo Ragucci opina a su vez: «Lo primero que se propuso fue interesar al pueblo que lee y logrólo en gran parte con su viveza de fantasía, con la habilidad para urdir tramas y crear situaciones de efecto y con la naturalidad de la exposición. Para los lectores de hoy, los folletines de Pérez Escrich no dejarán sin duda de ser pesados, debido en gran parte a la repetición de temas, recuerdos y personajes. El estudio sicológico de éstos, si lo hay, en general muy somero. El lenguaje adolece a menudo de impropiedad e impureza.»

Por su parte, Benjamín Jarnés afirma que «Pérez Escrich sabe juntar lo fantástico y lo inverosímil en una mezcla explosiva que hace derramar abundantes lágrimas a las familias campesinas junto al hogar, en las largas veladas de invierno»; en realidad sus obras eran esperadas con ansia y leídas con simpatía en todos los hogares españoles.

El tono de sus novelas y dramas, como reflejo de la vida dignísima del autor, y de sus convicciones religiosas, es eminentemente moral. En cambio, la obra de Fernández y González se resiente de cierta ligereza y atrevimiento en los asuntos morales y religiosos.

Los más nobles sentimientos, las virtudes humanas y cristianas, enhiestándose entre todas ellas la caridad al prójimo, inspiran los argumentos y los personajes de

Pérez Escrich.

Eusebio Blanco pudo decirle en un poema: «Nunca manchaste tu pluma.» Doble y merecido elogio a la calidad moral del autor y de su obra.

EL MÁRTIR DEL GÓLGOTA

Chateaubriand, que tanto influyó en los escritores del siglo XIX para que volvieran a los temas religiosos, pedía al poeta que dejara a Cristo en su gloria y no lo mezclara en sus ficciones. Lo maravilloso cristiano, pensaba, debe reservarse únicamente a los seres sobrehumanos con quienes el escritor puede tomarse mayores libertades: los ángeles, los demonios, las criaturas sobrenaturales.

Sin embargo, al proclamar la belleza literaria de la Biblia y al mostrar que de esta fuente la poesía puede obtener obras maestras, Chateaubriand comprometió al romanticismo en un camino nuevo. El autor del *Genio del Cristianismo,* empeñado en la tarea de enseñar que el cristianismo es tan fecundo y aun más en temas y en imágenes que el paganismo clásico, causó no únicamente conversiones literarias, sino también evoluciones sinceras del alma hacia la fe.

Quienes escogieron a Cristo como tema de sus cantos, son en cierta forma sus discípulos: Alejandro Soumet con su *Divina Epopeya,* Víctor Hugo con la *Leyenda de los Siglos* y el *Fin de Satán,* Lamartine con el *Crucifijo;* y en el campo de la novela, las dos de Honorato de Balzac que exaltan la bondad social de Cristo y de su doctrina, *El Cura de Aldea* —el mismo nombre de la novela y el drama de Pérez Escrich— y sobre todo su admirable narración, *Jesucristo en Flandre.*

Pérez Escrich trae a Cristo de la gloria a la ficción en la más celebrada de sus novelas, *El Mártir del Gólgota,* publicada por primera vez en cinco volúmenes entre 1863 y 64.

Porque eso es precisamente esta obra, la vida de Jesucristo novelada, donde como es claro, se mezcla la realidad y la fantasía, la historia y la imaginación. Éste es su riesgo y su mérito.

Riesgo, porque la novela que hace de un acontecimiento, de un personaje histórico, el centro de su narración, se enfrenta por principio de cuentas a un género híbrido, que implica la difícil combinación y dosificación de lo cierto y lo ficticio, con el peligro que supone caer en cualquiera de los extremos, o la preocupación objetiva en mengua de la creación personal, o la pura imaginación en detrimento de la historia.

Cuando logran salvarse los obstáculos, cuando la historia en realidad fertiliza a la literatura, sólo entonces puede producirse, en el aspecto literario, una novela o un drama artístico y en el aspecto histórico, un verdadero documento. Pero, ya lo afirmaba Alfonso Reyes en *El deslinde,* que la novela histórica «ni siquiera ha sido fecunda en sus obras maestras».

En este juego de fertilizaciones entre lo histórico y lo novelezco, Pérez Escrich logra, en *El Mártir del Gólgota* respetar la veracidad sustancial sobre todo de la figura de Cristo sin sacrificar su imaginación de novelista.

Aunque si se apuran los fieles de la balanza, la fantasía indudablemente domina.

Sin embargo, Pérez Escrich trata de reflejar el escenario político de Judea al tiempo del nacimiento de Cristo, el mundo en descomposición de la Roma imperial, la secuencia histórica de la vida de Cristo a la luz de los Evangelios, la fidelidad a la esencia de su doctrina y la persecución de los cristianos por el paganismo romano.

El autor de una novela histórica no puede afrontar toda una reconstrucción del pasado, sin el trabajo previo, minucioso y erudito de la investigación, al que ha de añadir el ingenio evocador capaz de mostrar, más allá del hecho externo, el espíritu, la vitalidad, la presencia misma de una época o de un personaje pretérito.

En *El Mártir del Gólgota,* se nota un esfuerzo del autor por adentrarse, con una óptima histórica, al mundo que rodeó a Cristo, y aún se preocupa por insertar algunas notas explicativas del texto, sin que ello suponga una mayor profundización. Pérez Escrich toma de la historia y de los Libros Sagrados, los elementos más necesarios que pudieran servirle de trampolín para la creación novelesca.

En realidad, aprovecha sus propios recursos, dotado como estaba de una especie de intuición para evocar épocas y sucesos; como también se vale del sustrato de cuanto había leído en novelistas o dramaturgos de su tiempo, quienes tantas veces volvieron a los temas de Oriente y Palestina. Por eso los escenarios y personajes de *El Mártir del Gólgota* cobran un perfil subjetivo, literario.

«La historia es reconstrucción del pasado —continúa Alfonso Reyes—. La vitalización que adquiere la historia en la presentación literaria es tan intensa, que aun logra predominar sobre anacronismos, errores y caprichos. La literatura de asunto histórico puede acertar con una verdad humana más profunda que los inventarios y calendarios históricos.»

El Mártir del Gólgota no se escapa de esos errores y caprichos y, aun cuando se resiente de un acabado color de época y lugar, interesa y aun emociona a veces.

Pérez Escrich mantiene el relato dentro de un clima emocional casi permanente y vivo, de suerte que el lector puede seguir con atención la lectura de un texto respetablemente voluminoso, gracias a la imaginación novelesca del autor y a su sentido dramático y sentimental.

Por otra parte, Pérez Escrich sale airoso de otra prueba comprometedora: el haber elegido un tema religioso, como es la vida y doctrina del Salvador, que no es nada sencillo para realizar con Él obras de creación o de literatura episódica y que, por añadidura, no suele convencer fácilmente ni a las minorías ni a las mayorías.

Si la novela histórica ya plantea un problema, la novela histórico-religiosa plantea muchos más.

La historia literaria está tejida de juicios y prejuicios, como cualquier otra. Y no siempre coincide el veredicto oficial con el popular.

El crítico de oficio, el lector exclusivo, claro está que tiene mucha tela de donde cortar de esta novela que está muy lejos de ser una obra maestra.

Tiene a su favor la prueba del tiempo y de la popularidad, traducida en el caudal de ediciones y lectores que la sitúan, por plebiscito democrático, como una novela típica en su género.

JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA.

ACONTECIMIENTOS LITERARIOS EN ESPAÑA EN LA ÉPOCA DE PÉREZ ESCRICH (1829-97)

1830 Comienzo de la novela histórica a manera de Scott:
Ramón López Soler, *Los bandos de Castillla.*
Francisco Martínez de la Rosa, *Aben-Humera.*
1831 Duque de Rivas, *Don Álvaro.*
Estébanez Calderón, *Escenas andaluzas.*
1832 Mariano José de Larra, Fígaro, *Artículos.*
Mesonero Romanos, *Escenas matritenses.*
1837 Juan Eugenio Hartzenbusch, *Los amantes de Teruel.*
1840 José de Espronceda, *Poesías.*
1841 Duque de Rivas, *Romances históricos.*
José Zorrilla, *Cantos del trovador.*
Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Poesías líricas.*
1844 Enrique Gil y Carrasco, *El señor de Membibre.*
José Zorrilla, *Don Juan Tenorio.*
1845 Ramón de Campoamor, *Doloras.*
Jaime Balmes, *El criterio.*
1848-49 Fernán Caballero, *La gaviota.*
1852 Fernán Caballero, *Cuadros de costumbres.*
1855 Manuel Tamayo y Baus, *Locura de amor.*
1861 Manuel Milá y Fontanals, *Los trovadores en España.*
1864 José María de Pereda, *Escenas montañesas.*
1867 Benito Pérez Galdós, *Fontana de oro.*
1869 Nace Ramón Meléndez Pidal.
1871 Gustavo Adolfo Bécquer, *Rimas* (póstumas).
1872 Ramón de Campoamor, *Pequeños poemas.*
1874 Pedro Antonio de Alarcón, *El sombrero de tres picos.*
Juan Valera, *Pepita Jiménez.*
1875 Gaspar Núñez de Arce, *Gritos de combate.*
Nace Antonio Machado.
1876 Benito Pérez Galdós, *Doña Perfecta.*
1877 José Echegaray, *O locura o santidad.*
Francisco Navarro Villoslada, *Amaya.*
1879 Emilia Pardo Bazán, *Pascual López.*
1881 José Echegaray, *El gran galeoto.*
Nace Juan Ramón Jiménez.

1893 Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España.*
Salvador Rueda, *Noventa estrofas.*
1884 Leopoldo Alas, Clarín, *La Regenta.*
Luis Coloma, *Lecturas recreativas.*
1887 Emilia Pardo Bazán, *La madre naturaleza.*
1889 Armando Palacio Valdés, *La hermana San Sulpicio.*
1890 Luis Coloma, *Pequeñeces.*
1892 Jacinto Benavente, *Teatro fantástico.*
1893 José María de Pereda, *Peñas arriba.*
1897 Ángel Ganivet, *Idearium español.*
Miguel de Unamuno, *Paz en la guerra.*

EL MÁRTIR DEL GÓLGOTA

Introducción del Autor

INTRODUCCIÓN

Doce años de paz inalterable, desconocida desde la muerte de Numa Pompilio, disfrutaba el mundo, cuando Dios, dirigiendo sus compasivos ojos hacia la tierra, decretó bajar a ella en forma de hombre y derramar su sangre por el delito ajeno.

Su venida debía anunciarse con grandes y asombrosos acontecimientos. Así sucedió.

Los impíos idólatras del Olimpo de Homero, los sensuales adoradores de Venus la prostituta y Mercurio el ladrón, los corrompidos cortesanos del Capitolio, languidecían en brazos de la pereza y el amor.

Aquella paz inalterable les llenaba de admiración, y un día subieron al templo a consultar al oráculo de Apolo cuánto tiempo duraría.

El oráculo les respondió estas palabras: «Hasta que para una Virgen».

Creyendo que por el orden natural, era imposible que esto sucediera pusieron esta inscripción sobre la altiva puerta: «Templo de la paz eterna».

Mientras tanto la Sibila «Cumea», la inspirada poetisa, vaticinaba en la ciudad impía de los Sibaritas la venida de Jesucristo.

Octaviano Augusto reunió su consejo, y la Sibila fue interrogada.

El César quería saber si nacería otro hombre mayor que él.

El emperador esperaba una respuesta, cuando un círculo de oro apareció alrededor del sol.

En el centro, rodeada de vivos rayos, se hallaba una Virgen llevando un hermoso Niño en los brazos.

La Sibila, entonces, extendiendo su mano hacia el brillante foco del cielo, exclamó con voz profética:

—«Ese Niño es mayor que tú, adórale.»

De repente oyóse una voz misteriosa que decía: «Ésta es la ara santa del cielo». (Sobre el Capitolio en Roma, en donde se alzaba en tiempo de la venida de Jesucristo el palacio de Octaviano Augusto, se halla hoy el convento de Santa María del Ara Coeli, de donde proviene la tradición que hemos narrado según San Antonio, arzobispo de Florencia.)

Esto sucedía en Roma cuando en Oriente, en la moderna Babilonia, en la populosa Seleucia, apareció una estrella que, arrancando de sus palacios a los Reyes magos, les condujo con su resplandor a la puerta de un establo de Belén.

La profecía de Baalam se cumplía. La estrella de Jacob acababa de nacer en los cielos.

Del Oriente llegaban unos idólatras a depositar a los pies de una cuna la primera piedra del cristianismo.

La voz del ángel despertó a los pastores en sus chozas, y éstos y los magnates se

hallaron al lado de un lecho a cuyo pie iba a morir el mundo pagano.

Un Niño hermoso como el sueño del justo, como las espigas de Egipto, se agitaba sonriendo dulcemente sobre un montón de paja: hijo de una Virgen, nacía en un pesebre y estaba destinado a redimir el mundo.

Este recién nacido era el Mesías anunciado por los profetas.

Los dioses terribles del paganismo, Molok, Tifón, Ahriman, doblaron su ceñuda frente ante Jesús, el Dios hombre, el Dios de la pobreza y la mansedumbre, que, vestido con la túnica del mendigo, buscaba la choza del humilde para vivir con él y enseñarle estas consoladoras palabras: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados».

El hombre entonces empezó a sentir en su seno el germen de una nueva vida, y cuando el cansancio le hacía caer bañado en sudor sobre el arado, elevaba los ojos llenos de dulces lágrimas al cielo, y le pedía a Dios fuerzas para esperar el día de la recompensa.

El esclavo, sacudiendo su cadena, lanzó una mirada en torno suyo y permaneció con el oído atento, hasta que poco a poco fue animándose su fisonomía, y una sonrisa melancólica apareció en sus labios.

La esperanza había brotado en su corazón, la cadena caía rota a sus plantas; porque estas palabras pronunciadas por Dios habían llegado a su oído: «Todos somos hermanos».

Los desgraciados entonces se agruparon en derredor de Jesucristo, pastor de las almas que cruzaba la tierra buscando al afligido para enjugar sus lágrimas y derramar en su angustiado corazón la rica semilla de la fe cristiana.

Allí donde gemía una criatura, allí estaba Jesús para consolarla.

Allí donde se lamentaba un enfermo, allí estaba el Nazareno para devolverle la salud.

Sus palabras fueron el copioso manantial de la caridad y del consuelo donde la humanidad aplicó su sedienta boca, y mitigando la abrumadora sed que devoraba su pecho, exclamó con entusiasmo: Creo en ti Dios mío, porque entre los innumerables beneficios que tu venida nos trajo, guardaremos uno en nuestro corazón eternamente: porque él es el escogido entre los escogidos, es el pan del alma cristiana, la divina antorcha que nos enseña el camino de la gloria: tu santa doctrina, los Evangelios.

Jesús apareció como el ángel del bien sobre la tierra, en Samaria, en Canaan, en Bethania, en Galilea, en Jerusalén.

Se vio rodeado de un pueblo que, sediento de amor, derramaba ante sus plantas flores, y llamándole su Dios, su Rey, le pedía con las lágrimas en los ojos que le enseñara su nueva doctrina.

Su fama, sus hechos, sus milagros, corrieron de boca en boca por todos los ámbitos del mundo, hasta que un día estas palabras «todos somos iguales», llegaron a oídos de los pontífices o pretores de Jerusalén.

Los tiranos se estremecieron en sus palacios y girando en torno sus sangrientos

ojos, buscaron al hijo del pueblo que se atrevía a llamarse el Dios de la humanidad, Rey de los Fariseos, cuyas palabras empezaban a trastornar el orden de las cosas.

Le hallaron por fin, le interrogaron, y al oír la santa verdad de su doctrina, retiráronse avergonzados tartamudeando con torpe lengua estas palabras: «Con este hombre, la ciencia es impotente»… ¿Será el Mesías?

Desde entonces, en sus sueños, en sus báquicas orgías, hasta en el borde de la rebosante copa, vieron escritas estas palabras: «El más grande de vosotros, no es digno ni de ser su criado».

Calcularon sus fuerzas y la inmensidad del peligro que les amenazaba, y rugiendo como el huésped de los bosques de África, mientras con la mano se apretaban el corazón, devorado por la conciencia, con la otra firmaban la muerte del Redentor.

Su rabiosa impotencia, su ciego orgullo, elevó un cadalso a Dios.

La tragedia divina tuvo su desenlace.

Cristo subió al Calvario, lanzó el último suspiro en brazos del sagrado leño, descendió desde allí al sepulcro, y al tercer día se elevó al cielo en apoteosis.

Sus lágrimas cayeron sobre el corazón de la humanidad como gotas de rocío; sus palabras fueron la fuente del consuelo, su sangre la preciosa semilla de la religión cristiana; la cruz el sagrado signo de la redención, la llave del paraíso.

Las profecías se habían cumplido.

Los apóstoles de la fe, los propagadores de la nueva ley se extendieron sobre la tierra, y buscando el martirio comenzaron a sembrar la palabra «humanidad», desconocida hasta entonces.

El Cristianismo creció como una bola de nieve.

Los circos de Roma, los tormentos de la India, no pudieron aplastar su hermosa cabeza.

Nerón, Domiciano, Cómodo, esos tres verdugos de la humanidad, sacrificaron más de un millón de Cristianos; pero el Cristianismo renació como el ave fénix, de sus cenizas.

Por todas partes brotaban nuevos retoños de la fe, que extendía su joven y poderosa savia en el corazón de la humanidad.

Las aguas del bautismo cayeron como el rocío celestial sobre los hijos de los idólatras.

Las mujeres con la sagrada institución del matrimonio cristiano, tuvieron una posición social, una familia; y como si todos estos beneficios no proclamaran la divinidad del Galileo, la impía Jerusalén, la ingrata ciudad de los fariseos, cayó convertida en escombros ante los romanos de Vespasiano y Tito, sepultando entre sus ruinas un millón de habitantes que la celebración de la Pascua había reunido en la ciudad sacerdotal.

La profecía del Mártir del Gólgota se había cumplido.

El Cristianismo, salvando a la sociedad de una ruina cierta, abrigó en su cariñoso seno los restos de la civilización y del arte.

El plan de nuestro libro abarca todos esos grandes acontecimientos que presenció el pueblo de Israel.

Antes de dar principio, hemos procurado estudiar las Sagradas Escrituras, las costumbres hebreas y las poéticas tradiciones de Oriente.

Sin faltar al dogma, muchas veces hemos adoptado el estilo poético tan necesario a un libro de esta índole.

La fe y la religiosa admiración que nos inspira el que lanzó su último suspiro en el monte de la Calavera, nos ha empujado a componer una obra que nos asombra al concebirla, y que hoy, viéndola terminada, la damos a luz con respeto y veneración.

Júzguela, pues, todo aquel que nos honre leyendo nuestro libro, y lejos de creerla una obra importante, téngala sólo como un grano de arena que colocamos en la inmensa pirámide del Cristianismo, elevada por las santas palabras del Mártir del Gólgota.

E. P. E.

AL SEÑOR

D. RICARDO SAN MIGUEL Y BUSTAMANTE

Querido Ricardo: La iconología nos representa la amistad bajo la poética forma de una mujer joven y hermosa coronada con mirto y flores de granado. Sobre su tersa frente, blanca como las nieves del Sabino, se leen estas palabras: *invierno y verano;* y en la franja de su finísima túnica estas otras: *la vida y la muerte.*

Esta diosa tiene el costado abierto, por donde enseña el corazón, y a sus pies un perro de hermosas lanas duerme tranquilamente.

Desde tiempos muy remotos, los hombres rindieron culto a la diosa que con tan poéticos atributos nos presenta la ciencia del conocimiento de las imágenes. Cuando sus cariñosos lazos unen a dos seres, les transmiten algo de su inmortal esencia. Por eso la amistad que es verdadera, ni envejece con los años ni se enfría con la nieve de las canas.

Dejemos, pues, amigo mío, que ruede el tiempo sobre nosotros: envejézcase en buena hora nuestro cuerpo siguiendo la ley inalterable de la naturaleza; pero conservemos joven y lozana, franca y desinteresada, la amistad que hace años nos profesamos.

Si mis sueños de poeta no me engañan, *El Mártir del Gólgota* será siempre mi obra favorita: tal vez está destinada a vivir más que su autor; por eso pongo el nombre de usted en la primera página.

Esta dedicatoria es un lazo que debe unir aun después de la muerte los nombres de Ricardo San Miguel y su amigo de corazón.

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

Madrid, 10 de junio de 1863.

PRIMERA PARTE

LIBRO PRIMERO

DIMAS

> ¿Qué otra cosa es la Escritura, sino una carta del Omnipotente a los hombres?
>
> Ruégote que estudies y medites cada día las palabras de tu Creador, aprendiendo así a conocerle en ellas. (*San Gregorio Magno*, libro IV, epístola 39.)

CAPÍTULO I

EL PUEBLO ERRANTE

Hermoso cielo de Galilea: mis ojos no han admirado, por desgracia, las poéticas tintas de tus crepúsculos.

Perfumadas faldas del Carmelo: mi pecho no ha respirado el balsámico aroma de tus brisas.

Frescas riberas del Jordán: mis profanos labios no se han humedecido jamás con el claro manantial de tu corriente santa.

Sagrada cumbre del monte de las Calaveras: mis plantas no han hollado tus calcinadas rocas, empapadas un día con la sangre de Dios y las lágrimas de la Virgen.

Anciano Olivete, cuya cima sirvió de pedestal al Nazareno, cuando las nubes celestes descendieron del Paraíso, para arrebatarle de la mansión del hombre: la brisa vespertina que agita las pequeñas y aterciopeladas hojas de tus olivos no ha oreado mi frente nunca.

Líbano inmortal, majestuoso fantasma de los tiempos, que guardas en tus mudos anales la historia monumental; Balbeck desconocido a los hombres, que fecundizas con el húmedo polvo de tu nieve el llano de Blak, que oreaste la plateada cabellera del solitario Noé, y presenciaste la divina tragedia del Gólgota, lanzando un gemido de dolor, cuyo eco fue a perderse en las profundas concavidades de tus barrancos; el oloroso perfume de tus cedros, el brillador reflejo de tus cordilleras no han detenido mi paso para admirarte desde los pintorescos valles del Zakle.

Y tú reina del Asia, cumbre inaccesible del Sabino, que ocultas la eterna nieve de tu cima en el tranquilo azul del firmamento; el húmedo polvo que el viento de la tarde

arranca a tu nevada cabellera, no ha humedecido mi traje, no ha cegado mis ojos. Yo no he tenido la dicha de admirarte, hermosa y poética Palestina. Los ojos del cuerpo no se han extasiado contemplando los campos de Zabulón cubiertos eternamente de violetas.

Yo envidio a los ilustres viajeros, a los cristianos peregrinos que han recorrido el dilatado suelo que ocuparon tus doce tribus, desde el monte Hermón hasta el torrente de Egipto, desde las cordilleras de Galaad hasta las tempestuosas playas del mar occidental. La historia de tu pueblo ha sido mi libro favorito desde que mi lengua comenzó a ligar las letras del alfabeto.

Pero, ¡ay!… ¿qué se hicieron los descendientes de Abraham y de Jacob?

El pueblo de Israel… tan sabio, tan valiente; esa raza de donde nacieron los Profetas, esas tribus que inmortalizaron los nombres de sus jefes, ¿en dónde están?, ¿qué punto de la tierra ocupan?, ¿dónde se halla su hogar?, ¿cuál es su patria?

Dios nació entre ellos, y la sangre de su Dios, que derramaron, pesa sobre sus cabezas como una maldición, y los empuja por el mundo como débiles aristas que arrastra sin rumbo cierto el poderoso soplo del huracán.

El ariete romano ha convertido en escombros sus poderosas ciudades; la triunfadora espada de los hijos del Tíber segó sus gargantas; las sombras terribles de Vespasiano y Tito se ciernen todavía sobre las sangrientas ruinas de Jerusalén, espantando el sueño y arrancando lágrimas de luto y vergüenza a los descendientes de los Macabeos.

La hora anunciada por los Profetas sonó en el horario incorruptible de los tiempos; las águilas y los cuervos que anidaban en las quebradas rocas del Líbano, sumisas al mandato de Dios, se cernieron sobre el llano de la ciudad maldita.

Sus corvos picos, sus aceradas garras, destrozaron sin piedad las entrañas de los deicidas, y los que sobrevivieron a tan horrible catástrofe, legaron a sus hijos una maldición eterna y una vida errante y vergonzosa hasta la consumación de los siglos.

Las profecías se han cumplido; el templo de Sión no alza sus soberbios pórticos; sus puertas de oro no se abren ante el paso del sacerdote hebreo; los descendientes de Jacob ya no acuden a sacrificar ante los altares del Dios invisible de sus mayores, y las arpas y los salterios de las hijas de Judá no elevan dulces y poéticas melodías al Santo de los Santos.

Moisés, el intérprete de Jehová, tu sabio legislador, tu dogma, ya no volverá a ilustrarte en el desierto. En vano esperas, pueblo maldito, la venida del Mesías: en tu seno tuvo su cuna, su rostro escupiste, su sangre derramaste, y su maldición aplasta con su peso la prosperidad de tus hijos.

No esperes, no, que los campos de Gabaón se cubran nuevamente con los laureles de Josué y los despojos sangrientos de los cinco reyes mandados por Adonisech.

Aquella batalla, que duró tres días sin ponerse el sol, sólo pudo efectuarse por la voluntad de Dios, y Dios ha lanzado su terrible maldición sobre tu raza. Por eso la bandera de los Macabeos no volverá a pasearse triunfante por la hostil Samaria, ni los

valientes hijos de Matatías alzarán sus tiendas sobre las altas cumbres del Garizim. Débora ya no administrará justicia a la sombra de las palmeras de Efraim, ni el canto de Johel, la mujer fuerte, reanimará en los combates el valor de los hijos de Judá. La hermosa Esther no tornará a salvar a su pueblo del furor de sus enemigos, ni Elías, rayo de Dios, hará llover fuego del cielo para encender la leña verde del sacrificio.

Tus conquistas no se extenderán desde el Mediterráneo al Éufrates, como en tiempo de David, *el ungido del Señor,* ni tus hijos gozarán en paz a la sombra de sus sauces las inmensas riquezas que les proporcionaba el floreciente reinado del Rey de los Cantares.

Salomón, *el bien amado del Señor,* ya no enviará sus naves a Ofir, tierra del oro, ni paseará las calles de la ciudad santa con su carro de bronce de Corinto, en cuyo frente se leía con letras de diamante: *Yo te amo ¡oh querida Jerusalén!*

La reina del Mediodía, la hermosa Nicaulis, no llegará, atraída por la fama de tu opulencia, montada en su dromedario de Efa, y resplandeciente como un mar de oro sembrado de plata y esmeraldas, para regalarle a tu rey tres elefantes cargados de aromas, perfumes, polvos de oro y piedras preciosas.

Tus naves no explotarán el comercio del mar Rojo, ni de las costas orientales de África, como en tiempo de Josafat, ni tus hijos hallarán en el destierro otro Zorobabel que les guíe hasta sus abandonados lares y reedifique el derruido templo de sus mayores.

¡Pueblo de Abraham!, tu nombre es un oprobio, tu patria el destierro. Grande es el castigo que Dios manda sobre tu raza; pero tu delito es grande, pues derramaste su sangre cuando Él te había elegido por su patria. Tú cerraste los oídos a sus palabras, los ojos a sus milagros, y aquellas palabras y aquellos hechos resuenan y se aparecen en torno tuyo hasta en tus sueños.

Dios quiso recogerte bajo sus alas, como la amante gallina a sus polluelos, y tú le sacrificaste en recompensa de su inagotable amor.

¡Jerusalén! ¡Jerusalén! En ti no ha de quedar piedra sobre piedra, te dijo, y su promesa se ha cumplido.

¡Jerusalén! ¡Jerusalén! Tu pasada gloria es un montón de escombros, sobre los cuales se mece todavía la aterradora maldición de Dios, repitiendo sin cesar: ¡Llora, llora, llora, *ciudad ingrata*!

Capítulo II

SOLO EN EL MUNDO

Cargado estaba el cielo, oscura la noche, frío el ambiente.

El solitario búho, cual centinela nocturno, lanzaba de vez en cuando su monótono y prolongado lamento desde las altas copas de los árboles, cuyo eco lastimero iba a perderse en las profundidades de los barrancos.

El interminable castañeteo de los hambrientos chacales del bosque de Efraim despertaba de su ligero sueño a los feroces lobos de los barrancos de la tribu de Manasés, los cuales enviaban a sus terribles compañeros prolongados y estridentes aullidos.

La luna rompía de vez en cuando las espesas nubes que la ocultaban, dejando caer un rayo de su luz clara y suave sobre las altas cimas de los montes de Samaria, que cual negros y encadenados fantasmas extendían sus sombríos lomos del Este al Oeste.

El monte Hebal, más encrespado, más tétrico, más imponente que sus hermanos, se alzaba en medio de aquella apretada cordillera como un gigante amenazador, maldiciendo la impiedad de los rebeldes samaritanos.

El viento Norte comenzó a silbar entre los espinos y las grietas de las rocas, y pronto, apiñados escuadrones de nubes repletas de electricidad, se extendieron con veloz carrera desde las riberas del mar occidental a las pacíficas márgenes del Jordán.

El trueno sordo y lejano comenzaba a retumbar en el espacio, anunciando con su potente voz a los hijos de Sem la próxima tempestad que iba a rugir sobre sus cabezas.

La atmósfera se condensaba por instantes, y de su vaporoso seno gruesas y precipitadas gotas comenzaron a caer sobre la seca tierra de los adoradores del becerro, llamada por los judíos *Casa de iniquidad.* Todo anunciaba una de esas tempestades terribles que con tanta frecuencia se improvisan bajo el cielo de Palestina. Los relámpagos comenzaron a sucederse con rapidez, y el trueno, recorriendo el espacio, redoblaba su poderoso acento.

Sobre la alta cima del monte Hebal, suspendido junto a un profundo precipicio como el nido de un águila, alzaba sus negros y toscos muros un castillo de pobre y tétrica arquitectura. Aquella sombría fortaleza, levantada allí por la mano atrevida de los cutheos después de la dominación de los asirios, se hallaba habitada en la época de Herodes por una gavilla de malhechores. Su jefe, joven que apenas contaba veinte años de edad, valiente y temerario, a quien una venganza había empujado a la vida aventurera del salteador de caminos, práctico en el terreno, se burlaba de los soldados herodianos, y cargado de botín regresaba a su madriguera inexpugnable, donde saboreaba con sus compañeros los despojos del pillaje.

Un relámpago encendió por un momento el oscuro horizonte, y a su rojiza

claridad viéronse unos hombres que se deslizaban por la quebrada y resbaladiza pendiente del monte Hebal en dirección a los barrancos de Garizim.

Los nocturnos viajeros caminaban, dejando a su espalda la fortaleza de Hebal, sin hacer caso de la tempestad que bramaba en el espacio, sin importarles las oscuras tinieblas que les envolvían ni lo peligroso de la senda, por la que avanzaban con paso precipitado y seguro.

Un relámpago iluminó por dos segundos el espacio. Su rojiza luz caía sobre los misteriosos caminantes, bañándoles con su tétrica y fantástica claridad.

Entonces se pudo ver que eran ocho.

Sus trajes, mezcla de hebreo y romano, sus frentes tostadas por el sol, y sus hirsutas y despeinadas barbas, les daban un aspecto feroz.

Entre ellos iba un joven en cuyo rostro apenas apuntaba el bozo; vestía una túnica gris como los nazarenos; un turbante alto con manga de lino se arrollaba por su cabeza, y un *matelot* de pelo de camello le servía de manto. Su mano derecha oprimía la corta jabalina de tres puntas de los soldados del César, y de su cintura colgaba el largo puñal de los samaritanos. Este joven era el jefe de los bandidos. Su valor temerario le había elevado entre sus compañeros, a pesar de sus pocos años, al puesto de capitán. Su talle era esbelto, su fisonomía franca y enérgica; sus ojos negros, velados por largas y espesas pestañas, lanzaban miradas irresistibles cuando la cólera devoraba su corazón, dulces y compasivas cuando la calma se hospedaba en su pecho. Ni una sola línea se hallaba en su semblante que inspirara repugnancia: era casi hermoso.

Al verle caminar entre aquellos forajidos de rostro repugnante, mirada sangrienta y descompuesto y asqueroso vestido, se hubiera dicho que más que su jefe era su prisionero.

El joven capitán de los bandidos samaritanos se llamaba Dimas: nombre que treinta y dos años después debía inmortalizar en la cumbre del Gólgota el Mártir de la Cruz, el Redentor del hombre. Dimas era hijo de un honrado platero de Jerusalén. Desde sus más tiernos años había demostrado un cariño sin límites hacia todos los niños de menor edad que la suya, un respeto profundo a las canas y una veneración extrema a los cadáveres. Creció aprendiendo, como buen israelita, el oficio de su padre, viéndosele siempre rodeado de los muchachos del barrio, con los cuales repartía sus frutas y sus juguetes. Cuando pasaban un cadáver por su calle, Dimas, si sus ocupaciones se lo permitían, seguía el séquito fúnebre hasta el valle de Josafat, brindándose siempre a ayudar a los enterradores a colocar el cadáver en el sombrío sepulcro.

Un día Dimas se quedó huérfano; el hijo lloró la repentina e inesperada muerte del bondadoso padre, y con los ojos aún enrojecidos por el llanto encaminóse a casa de un lapidario para que hiciera un modesto sepulcro para las cenizas de su padre. El ajuste quedó cerrado por mil doscientos óbolos. Pero ¡cuál no sería su sorpresa cuando al llegar a la casa mortuoria, en donde aún el frío cadáver descansaba en su

lecho de muerte, se encontró a tres fariseos, un centurión romano y un alcabalero, que estaban confiscando la pequeña fortuna del difunto joyero!

—¿Qué hacéis en mi casa? —les preguntó Dimas con asombro.

—Tomar con autorización de la ley y el poder romano lo que tu padre me adeudaba —le respondió un anciano.

—El soplo de la muerte ha enmudecido la boca de mi padre: él no puede responderte; pero yo te juro por el Dios invisible de Abraham, Isaac y Jacob, que nada me ha dicho nunca de la deuda que ahora le reclamas.

—No miente un fariseo que peina canas en la barba, y que doblega la frente ante el ara de Sión. Éstos que me acompañan son testigos del préstamo que le hice y, por cierto, que con todo lo que posee no alcanza a las dos terceras partes de lo que me debe.

Dimas, aturdido, desconcertado, traspasado el corazón de dolor y de sorpresa, no hallaba palabras que contestar a aquel anciano que le iba a sumir en la miseria.

Los testigos afirmaron la verdad de las palabras del fariseo, y el alcabalero siguió su procedimiento, sin detenerle el doloroso ademán del pobre huérfano.

—Pues bien, anciano, llévate todo mi erario, mis vestidos, mi cama, si quieres, no me opongo; yo soy joven y robusto, y no me asusta el trabajo. Pero concédeme al menos un favor.

—Habla —le dijo con sequedad el fariseo.

—Préstame dos mil óbolos; yo te los restituiré.

—¡Dos mil óbolos! Tú estás loco, mancebo. ¿Cómo podrías pagarme tan enorme suma?

—Trabajando para ti, si es preciso, toda mi vida.

—No puedo servirte.

—Véndeme como esclavo si quieres.

—Un fariseo israelita no puede vender a un descendiente de su raza.

—Por la santa sinagoga te ruego, anciano, que no me niegues lo que te pido.

—¡Ea, acabemos! —exclamó el fariseo con marcadas muestras de mal humor.

—Piensa lo que haces —volvió a decir Dimas rechinando los dientes de furor, viendo la dureza de aquel viejo.

—¿Me amenazas?

—Te aviso solamente.

—Yo te desprecio.

—Mira que ese dinero que te pido es para enterrar a mi padre.

—Los pobres no necesitan sepulcros habiendo muladares.

—¡Miserable! —gritó Dimas, cogiendo con nervudas manos al viejo fariseo por el cuello—. Mi padre y tú bajaréis a un mismo tiempo al sepulcro.

Los testigos arrancaron de las manos de Dimas al fariseo, no sin trabajo, y dos horas después el joven huérfano se hallaba en un tétrico calabozo de la torre Antonia.

Dimas tenía entonces dieciocho años: edad en que las pasiones y los sentimientos

no se ocultan, no se comprimen.

Al verse solo en el mundo, encerrado en aquellas húmedas y tétricas paredes, lloró como un niño, porque recordaba las caricias de su bondadosa madre y el insepulto cadáver del anciano autor de sus días.

Capítulo III

TRATO ES TRATO

El dolor, como el placer, tienen su término, y se agotan cuando el corazón se hastía o se encallece. El pobre huérfano acabó por no encontrar lágrimas en sus ojos.

Tres meses, olvidado de los hombres, permaneció en un húmedo y sombrío calabozo, soñando siempre en la hora apetecida de la venganza. Una mañana entró el carcelero a notificarle que estaba libre. Dimas corrió a su casa y entonces supo por un vecino que el cuerpo de su padre había permanecido insepulto seis días, y que por fin los enterradores le habían arrojado a un muladar en donde se depositaban los cadáveres de los leprosos. Dimas oyó el repugnante relato sin despegar los labios.

Ni una lágrima asomó a sus ojos: su corazón se había encallecido, pero la venganza crecía en su pecho, como una roja amapola abrasada por el sol de Egipto. Durante el resto del día y la noche vagó sin rumbo por las calles de Jerusalén. Al amanecer vio que se hallaba en el barrio de Bezeta o *ciudad nueva.*

Aquellas calles estrechas, sucias, tortuosas, pertenecían a la rica, a la opulenta Jerusalén; pero ni el canto de Sión, ni los perfumes de los jardines de Herodes, ni el lujo de la ciudad de David, llegaban hasta ellas. La habitaban modestos mercaderes de lanas, industriosos armeros y gente, en fin, dedicada al trabajo y al comercio.

Dimas, cansado, sin saber a dónde dirigir sus pasos, se recostó sobre una puerta que permanecía cerrada. Maquinalmente sus ojos se fijaron en las relucientes hojas que colgaban de una especie de aparador formado con hilos de cáñamo. Dimas pensó comprar uno de aquellos puñales, y su mirada, fijándose en el abundante muestrario, comenzó a buscar la hoja que debía ser la ejecutora de su venganza.

—¿Cuánto vale este cuchillo? —preguntó, señalando una ancha hoja de Damasco que colgaba de uno de los hilos.

—Dos siclos de plata: es una hoja excelente —contestó el cuchillero descolgándola del aparador.

Dimas la examinó un momento, pero recordando que no poseía ni un miserable óbolo, dijo al vendedor:

—¿Quieres fiarme esta arma, y te daré antes que la luna nueva bañe con sus rayos el alto minarete de la torre de David, veinte onzas romanas por ella?

—¿Y quién me responde de que cumplirás la palabra? Porque yo no te he visto jamás.

—Te responde la memoria de mi difunto padre, a quien voy a vengar con esta arma, y sobre cuya cabeza juro entregarte esa cantidad, que es, como sabes, veinte veces mayor que la que me has pedido, si no muero en la demanda.

Las palabras de Dimas tenían un sello de verdad irrecusable. El cuchillero comprendió que algo extraño pasaba en el corazón de aquel joven y por uno de esos

arranques que no se explican en un judío, fió en las palabras del matutino comprador, viendo un negocio soberbio en aquella venta extraña.

—Si me engañas, peor para ti —le dijo, entregándole el cuchillo—, si tienes palabra, Jehová te proteja y te salve de los peligros a que puede exponerte tu venganza.

—Gracias —contestó el huérfano—. Pero antes de separarnos debo decirte mi nombre para que conozcas a tu deudor. Me llamo Dimas; tú lo oirás alguna vez, porque es nombre que ha de sonar bastante en las doce tribus.

Y sin aguardar respuesta tomó la calle adelante, y poco después, cruzando la puerta de los Ganados, fue a sentarse a la sombra de un robusto sicómoro, de cuyo fruto comió con apetito, pues hacía muchas horas que no tomaba alimento.

Después empuñó el fornido mango del cuchillo y descargó un terrible golpe en el tronco del calloso arbusto. Dos pulgadas de hoja se hundieron en la añosa corteza del árbol.

—¡Oh! Tiene buen temple —se dijo para sí—; ni siquiera se ha doblado la punta; bien puede entrar toda la hoja de un solo golpe en la garganta o en el corazón del que arrojó el cadáver de mi padre a los perros del muladar.

Dos días después, junto a la torre de Siloe, los soldados de Herodes hallaron el cadáver de un anciano. Tenía una profunda herida en la garganta y otra exactamente igual en el corazón. Sobre su frente, prendido de un grueso alfiler, se veía un trozo de papiro, donde se hallaban escritas con sangre estas palabras:

«Dimas venga el insepulto cadáver de su padre con la muerte de este fariseo, y jura por su memoria perseguir a sus descendientes hasta la quinta generación.»

Después de este atentado, el joven huérfano huyó de la ciudad sacerdotal, refugiándose en los montes de Rama. El cadáver de su padre profanado le impulsó a cometer el primer asesinato: el hambre le obligó a ejecutar el primer robo. Dimas arrebató un cabrito a unos pastores. Desde entonces empezó a vagar como un malhechor por lo más fragoso de los bosques. De noche abandonaba sus incultas madrigueras para asaltar a los indefensos caminantes; pero el desgraciado huérfano, que aborrecía la sangre por instinto, jamás empleaba otras armas que la amenaza para despojar a sus víctimas.

Mientras tanto, la luna nueva se aproximaba, y Dimas no había aún satisfecho al cuchillero las veinte onzas romanas que le adeudaba. Había jurado pagarlas por la memoria del insepulto cadáver de su padre, y era preciso cumplir el juramento.

Mas, ¿cómo, cuando ni un miserable denario de cobre poseía?

Dimas, sentado al borde de un angosto barranco, comenzó a reflexionar sobre su futura suerte. Había dado el primer paso en la carrera del crimen. Sus vandálicas hazañas no pasaban aún de miserables despojos cometidos en los indefensos pastores. Vivía solo, errante, y encerrado consigo mismo comenzó a comprender lo que había hecho. Era imposible retroceder, pero también comprendía que era indispensable que sus aventuras fueran en mayor escala.

—Ladrón por ladrón —se dijo—, busquemos oro. Lo mismo se arriesga la vida robando un *sestercio*[1] que un *talento*[2] hebreo; lo mismo se pierde la honra robando una paloma que un buey.

Después de esta resolución, Dimas se puso en pie, y sacudiendo sus largos cabellos lanzó una mirada altiva por aquellas soledades que le cercaban, y acariciando el tosco mango de su cuchillo, murmuró estas palabras:

—Cuando la vida se tiene en poco, el hombre puede llegar a ser mucho. Sí, es preciso que yo sea rey de estos bosques, el terror de Israel.

Por entonces merodeaban en los montes de Samaria, una cuadrilla de bandidos que, a la sombra de las contiendas civiles que agitaban las tribus de Israel, cometían toda clase de crímenes con una audacia increíble.

En vano Herodes enviaba a sus soldados para exterminarlos: los bandidos de Samaria eran invisibles; y sin embargo, el teatro de sus sangrientas escenas era el corazón de Palestina. Los mercaderes de Egipto, de Damasco, de Tiro y Sidón, se veían con frecuencia asaltados en pleno día en mitad de los caminos. La audacia de los malhechores samaritanos no tenía límites. Las calles de Jerusalén presenciaron mil veces escenas de repugnante barbarie, llevadas a cabo por el puñal homicida de los indómitos habitantes del monte Hebal. Sus devastadoras correrías se extendieron desde la tribu de Judá a la tribu de Aser, y no pocas veces, cruzando el Jordán, habían llevado el terror y el saqueo hasta los bosques de Efraim. Los montes de Samaria con sus profundas cavernas les servían de refugio para burlar las persecuciones de los herodianos. El tétrico y solitario castillo que coronaba la cima del Ebal les servía de cuartel de invierno.

Dimas era valiente. Desesperando de hallar la sociedad de los hombres honrados, se decidió a buscar la de los feroces bandidos de Samaria. Después de cuatro días de marchas forzadas llegó a las faldas del terrible monte. Nadie se hubiera atrevido a tanto en aquellos tiempos. La desesperación centuplicaba el ánimo del hijo del platero jerosolimitano. Dimas se detuvo como a unos treinta pasos de la solitaria fortaleza. La subida era espinosa y cansada. Desfallecido por la fatiga se sentó sobre una piedra.

Se hallaba solo: ni el canto de las aves, ni la voz humana, interrumpían la profunda soledad de los hondos precipicios que le rodeaban; Dimas parecía el genio del mal cuando después de su caída se sentó al borde del abismo a contemplar por un instante la horrible mansión que Dios le concedía en castigo de su loca soberbia.

Capítulo IV

LOS BANDIDOS

Ni una sola nube manchaba el claro y hermoso horizonte de Palestina. El sol, desde la mitad del cielo, bañaba con la radiante luz de sus rayos las escabrosas cordilleras y los fértiles llanos de Samaria.

Y allá a lo lejos, por la parte del Este, se extendía una nube cenicienta que, a semejanza de una larga culebra de gasa, hundía su enorme cabeza en las azuladas aguas del lago de Genesareth, mientras que su enroscada cola iba a sepultarse entre las pesadas y malditas aguas del mar Muerto.

Aquella cinta de encaje flotante, aquella manga de polvo que parecía brotar de la tierra, eran las nieblas del Jordán, que se elevaban al cielo en vaporosas y húmedas emanaciones.

Dimas contempló en silencio el grandioso panorama que se extendía ante sus ojos. De vez en cuando sus miradas se fijaban en el tétrico y solitario castillo. Su cerrada puerta, sus desiertas almenas, sus desmoronados muros, le daban el aspecto de una de esas mansiones malditas, cuyas sangrientas tradiciones apartan con espanto de sus contornos a los medrosos habitantes de las aldeas, a los ingenuos y supersticiosos apacentadores de ganados.

Dimas, firme en su propósito, después de asegurarse de que su puñal permanecía oculto en los pliegues de su túnica, desenrolló de su cintura una honda formada con hojas de palmera seca, colocó una piedra de tres pulgadas de diámetro en la cuna de la honda, y haciéndola girar como un molinete sobre su cabeza, envió el proyectil dentro del castillo por encima de sus tétricas murallas. Esperó algunos momentos, pero nadie asomaba a sus torreones. Volvió a repetir por tres veces la misma maniobra, pero éstas, como la primera, tuvieron el mismo resultado.

—El castillo está solo —se dijo.

Y una sonrisa extraña asomó a sus labios. Luego continuó, hablando consigo mismo:

—¡Bueno fuera que un barbilampiño como yo se apoderara de la bolsa de esos zorros barbados que hacen temblar con sólo sus nombres a los impíos y afeminados romanos, a los torpes y cobardes herodianos y a los indefensos mercaderes del Nilo, el Éufrates y el Jordán!

Dimas, después de murmurar estas palabras, se quedó un momento pensativo. Se pasó la mano por la frente varias veces, y desnudando su largo puñal y arrojando saliva sobre una peña, se puso con tranquilidad a afilar el cuchillo que había vengado a su padre.

—¡Ea, valor, Dimas! La muerte es un momento; la vida es larga y pesada cuando se tiene hambre y se duerme en despoblado —y diciendo esto se encaminó

resueltamente hacia el castillo, en cuya puerta descargó tres fuertes golpes con una piedra que de propio intento había cogido al paso.

Nadie respondió. Entonces, seguro de que el castillo se hallaba abandonado, reconoció escrupulosamente el muro que le cercaba, y halló un trozo derruido, por el cual, aunque no con mucha facilidad, podía escalarse la fortaleza por las muchas grietas y rajadas piedras.

Con el puñal en los dientes comenzó a trepar por la muralla. Una mano que hubiera flaqueado, una piedra que se hubiera desprendido, su muerte era segura: su cuerpo, rodando de abismo en abismo se hubiera deshecho en sangrientos pedazos contra los salientes de las rocas. Por fin, después de incalculables dificultades, llegó a la plataforma de la muralla, cubierto de sudor el rostro y ensangrentadas las manos.

En vano recorrió los estrechos pasadizos, las desiertas cámaras de la tétrica fortaleza: no encontró el codiciado tesoro que había soñado. Sus moradores debían tener, indudablemente, algún sitio destinado a ocultar el botín, pero este sitio sólo a ellos o a la casualidad era fácil descubrirlo. Dimas desesperó de encontrarle, después de tres horas de minucioso escrutinio.

—Todo me indica que esta madriguera está habitada por los bandidos samaritanos —se dijo—; he visto huesos frescos de carnero esparcidos por el suelo, y teas resinosas recién apagadas metidas en sus argollas de hierro. Es igual: he venido por oro y no lo encuentro; esperaré a que regresen, y ellos me lo darán; de todos modos yo necesito un albergue… será este castillo.

Entonces se encaminó a una pieza que ya había visto antes y que, según su cálculo, debía ser la cocina y comedor de los bandidos. Una vez allí comenzó a registrar cuidadosamente todos los oscuros rincones de la cocina, y no tardó mucho en descubrir una pierna de carnero colgada de un gancho de hierro. Llevó adelante sus investigaciones y sucesivamente halló ánforas con agua, pellejos de vino y sacos de maíz en varios huecos practicados en la pared, y que a primera vista no había distinguido a causa de la oscuridad.

Aquello era la despensa de los bandidos, y Dimas pensó aprovechar el tiempo. Firmemente resuelto a esperarles, se encaminó al fogón o chimenea, que se hallaba, según costumbre de los hebreos, en mitad de la cocina, y con gran alegría de su parte vio que relucían entre las cenizas algunas ascuas.

A los extremos del hogar se hallaban algunos troncos de leña seca, entre los que se veían algunas teas esparcidas. Dimas reanimó el fuego y encendió una tea, porque en aquel sitio la claridad era poca.

Entonces colocó la pierna de carnero suspendida de un garfio junto a la llama y mientras se asaba amasó una torta con la amarillenta harina y el agua de los odres. Media hora después, el huérfano aventurero comía tranquilamente y libaba el delicioso zumo de la vid, sentado en mitad de la cocina del castillo. En esta tranquila ocupación se hallaba el atrevido Dimas, cuando apercibió un ruido sordo en las profundidades de la tierra.

Dimas, después de fijar un momento su atención, continuó su interrumpida cena, haciendo un movimiento de hombros con indiferencia. El ruido se aproximaba cada vez más. Diríase que muchos hombres hablaban y arrastraban pesados fardos por debajo de la tierra que le servía de base. De pronto se oyó un crujido extraño y agrio en el pavimento, como si un cerrojo o una barra de hierro enmohecida se hubiera descorrido. El huérfano siguió comiendo como si nada hubiera oído; sólo por precaución cogió el puñal que se hallaba junto a las viandas y se puso a picar con su punta la piedra que le servía de mesa. Hundióse un trozo del pavimento, y Dimas vio abierta a su lado una boca del diámetro de cinco pies cuadrados. Dos manos se apoyaron en el borde de aquella abertura y luego apareció la cabeza y después el cuerpo de un hombre que saltó con ligereza dentro de la cocina.

Este hombre no vio a Dimas, pues volviéndose de espaldas inclinó su cuerpo sobre el agujero y extendiendo los brazos, a los cuales se cogieron otras manos, tiró hacia sí con fuerza y otro hombre saltó desde la cueva a la cocina, y así sucesivamente, ayudándose los unos a los otros, salieron catorce forajidos, como si la tierra los vomitara, de repugnante catadura, de sucio y descompuesto atalaje.

El primer efecto que produjo a los bandidos la presencia de un hombre que comía tranquilamente en su madriguera fue el de asombro; pero repuestos instantáneamente, lanzaron un rugido y desnudando los largos puñales, se abalanzaron sobre Dimas.

Éste se puso en pie de un salto, y retrocediendo unos pasos con el cuchillo en la mano, les gritó con entereza:

—¡Eh, compañeros! Los lobos no deben morderse unos a otros. Y después el desagradecimiento es un defecto despreciable. ¡Por los cuernos del altar de Sión! ¿Conque os he preparado la cena, para ahorraros trabajo, y queréis matarme en pago al servicio voluntario que acabo de prestaros?

Los bandidos se miraron con asombro.

Aquella mirada podía traducirse por esta pregunta: «¿Quién es este loco?»

Capítulo V

DONDE DIMAS EMPEÑA SU HONRA POR PAGAR SU PUÑAL

Entre los salteadores, entre esa gente que arriesga la vida a cada hora y hunde su puñal en el pecho de su prójimo con la misma indiferencia que apura un vaso de vino, entre esa raza de miserables que crece en los presidios y muere en el cadalso, nada es tan digno de admiración, de asombro y hasta de respeto, como el valor personal.

Aquel joven imberbe, casi un niño, les miraba con los ojos serenos y la sonrisa en los labios. Su corazón, su espíritu, se hallaban tranquilos ante las aceradas puntas de los puñales que amenazaban su cabeza, que podían exterminarle. Sólo un hombre extremadamente atrevido y valiente podía haber asaltado aquella mansión de horror que ellos habitaban, teatro de sus vandálicas escenas y espanto de los campesinos samaritanos.

Todas estas reflexiones pasaron indudablemente por las obtusas y salvajes mentes de los bandidos, y sin podérselo explicar sintieron cierta simpatía, cierta admiración hacia el atrevido mancebo que tenían delante desafiando su poder, el cual había con su audacia cautivado sus corazones, encallecidos por una vida de crímenes y de sangre.

—¡Nadie lo toque! —exclamó uno de los bandidos cuya barba blanca, ademán altivo y lujoso traje decían bien claramente que debía ser el capitán—. ¿Quién eres? —le preguntó después de examinarle atentamente con una mirada de águila.

—Soy un compañero vuestro, un joven que comienza el oficio lucrativo que profesáis, y que admirado de vuestras proezas viene a que le perfeccionéis con vuestro saber en los secretos del arte.

Los bandidos soltaron una carcajada estrepitosa.

—¿Os reís? —exclamó Dimas, imitando la hilaridad de los facinerosos—. Me alegro infinito: eso quiere decir que ya comenzamos a ser amigos, y por lo mismo voy a pediros un favor: ¿Queréis prestarme veinte onzas romanas?

Los bandidos se miraron como queriendo decirse: «No hay duda, está loco». Sólo el capitán no demostró asombrarse de las palabras de Dimas. Sus ojos, penetrantes como los del ave de rapiña oculta en los matorrales, se fijaban de una manera tenaz en la franca y altiva fisonomía del joven.

—Comprendo vuestro asombro —volvió a decir Dimas, viendo que nadie le contestaba—. Antes de pediros dinero debía haberos explicado el motivo que me obliga a solicitar un préstamo la primera vez que tengo el honor de trataros, pero por el sombrío Balaal, a quien todos pertenecemos, os suplico que toméis asiento y no me miréis con ojos espantados.

Dimas contó en pocas palabras lo que desde la muerte de su padre le había acontecido en Jerusalén y sus cercanías. Al terminar su relato, el viejo capitán, que

hasta entonces sólo había despegado sus labios para prohibir a su gente que hicieran daño a su atrevido huésped, dio un terrible puñetazo sobre sus rodillas y, arrojando en las manos de Dimas un puñado de plata que sacó de una bolsa de cuero que colgaba de su cintura, exclamó con voz cavernosa:

—Toma y paga tu deuda, joven, porque es sagrada. Si eres ingrato a los beneficios, Belcebuth[3] te envíe sus asquerosas legiones y devorado seas por ellas; si eres leal, Gad[4] te eleve sobre los rayos de su rueda y proteja tu cuerpo del hierro homicida.

—Gracias, anciano. Dimas te probará que no has sembrado el favor en tierra infecunda.

—Mi nombre es Abaddon;[5] soy samaritano, no lo olvides; con la misma facilidad tenderé la mano para prohijarte que para exterminarte.

—No he de olvidarlo. Ahora dame tu permiso para partir: antes de cuatro días la luna estará en su lleno y desde aquí a Jerusalén hay tres jornadas largas.

—La paz de Dios sea contigo durante el viaje —contestó el anciano.

Y luego dirigiéndose a uno de los bandidos, continuó:

—Uríes,[6] acompaña a este muchacho por el subterráneo al camino crucero de los romanos.

—¿Le vendamos los ojos? —preguntó Uríes a su capitán.

Abaddon miró un instante a Dimas y éste mantuvo aquella mirada con tanta nobleza, con tal serenidad, que el capitán, dirigiéndose al bandido, dijo:

—No es necesario: yo fío en su palabra: no le vendes los ojos, pero llévale por el camino largo.

Uríes alzó la trampa y desapareció por ella, seguido de Dimas.

Ambos caminaron por espacio de media hora por un subterráneo. El camino era oscuro, la atmósfera pesada y salitrosa, y enfriaba con sus vapores las sienes de los dos caminantes.

—¡Por Jacob! —exclamó Dimas— que si no me das la mano para guiarme, creo que voy a dejar los sesos en alguna de estas rocas que amenazan caer sobre nuestras cabezas.

—Toma, y sígueme sin miedo: el piso es suave y la bóveda es tan alta que Goliat y Saff, si no hubiesen muerto, podrían pasar sin inclinar la cabeza.

Y diciendo esto, el bandido le alargó la punta de su capa o manto, que Dimas cogió. De vez en cuando el joven aventurero sentía sobre su rostro un airecillo fresco, lo que le indicaba que algunos agujeros practicados en la roca permitían la renovación del aire en aquella galería subterránea.

—¿Son respiraderos esas ráfagas de viento que se perciben de vez en cuando? —preguntó con naturalidad Dimas.

—Son caminos que conducen a otras salidas. ¡Oh! Si los soldados de Herodes llegan algún día a descubrir nuestra madriguera, trabajo les doy para encontrarnos.

Dimas comprendió que se las había con hombres prudentes y entendidos en el

oficio, y eso le regocijó.

Por fin el bandido se detuvo, diciendo:

—Ya hemos llegado. Ayúdame a levantar esta piedra.

Dimas le obedeció y poco después vio los rayos de la luna que lucían como hebras de plata sobre el dilatado valle que se extendía a sus pies.

Miró en torno suyo para reconocer el terreno.

—No veo el castillo —dijo.

—Se halla a la parte opuesta del monte. Pero no perdamos tiempo, hoy hemos andado mucho y el sueño me escarabajea entre las cejas.

—Vamos, pues.

Y comenzaron a bajar de roca en roca como dos cabras monteses, en dirección a la llanura.

La noche era clara y tranquila, y el céfiro nocturno apenas tenía fuerza para agitar las hojas de los árboles.

—Tú que serás práctico en la marcha de los astros —preguntó Dimas a su compañero—, ¿a qué altura nos encontramos de la noche?

Uríes miró al cielo y luego dijo:

—Es temprano: nos hallamos a la *cabeza de la osgelis*;[7] antes que llegue la hora del *galicidio*[8] podrás encontrarte en Bethel. Una vez allí, caminas siempre hacia el Este, bordeando un arroyo que te conducirá a las riberas del Jordán, luego tuerces en dirección al Sur hasta encontrar a Jericó; de Jericó a Jerusalén nadie se pierde, porque las caravanas abundan, y después la vía romana te conducirá a la ciudad santa, aunque yo voy a darte un consejo: los caminos hechos por los romanos, que Dios vivo confunda, no nos convienen a nosotros tanto como las veredas intransitables de los lobos. Créeme, joven, más vale caminar solo por los bosques que acompañado por los caminos de César.

—Te doy las gracias y seguiré tu consejo.

—Entonces que la paz sea contigo, porque ya hemos llegado al sitio donde es preciso separarnos. Sigue esta senda, que ella te conducirá a Bethel; la noche es clara, y durmiendo nosotros, la tierra de Samaria está más segura que el palacio del Idumeo.[9]

—Antes de separarnos, quiero hacerte una pregunta.

—Habla.

—Cuando regrese al castillo, ¿por dónde debo introducirme en él?

—Por la muralla, como lo hiciste hoy. Si no estamos, espera.

—Está bien. Hasta dentro de unos días.

—Que Jehová te guíe, y te salga todo como deseas.

—Lo mismo digo.

Dimas tomó la vereda que conducía a Bethel y Uríes se encaminó por la empinada cuesta en dirección a su madriguera.

El bandido murmuró para sí estas palabras al separarse del huérfano:

—Este muchacho hará suerte; es atrevido, y apuesto mi puñal de Damasco y la parte del botín que me corresponde en un año a que todos mis compañeros le desean suerte y feliz regreso.

Dimas, mientras caminaba, se decía a sí mismo, acariciando las monedas de plata que tan generosamente le había prestado el capitán de bandoleros:

—Mi primera aventura salió mejor que esperaba. Con este dinero podré quedar con honra, y si hallo el cadáver de mi padre, darle un sepulcro digno de él. Ea, avivemos el paso, pues dice el refrán que el que paga descansa.

Capítulo VI

LOS CADÁVERES

Dimas siguió el consejo de Uríes. Atravesando los senderos más incultos, llegó al torrente Cedrón a los tres días, y entrando en la ciudad sacerdotal por la puerta Judiciaria, se encaminó hacia el bajo Jerusalén que era donde habitaba el cuchillero.

El confiado artífice se hallaba ocupado en sacarle punta a un puñal, con el pecho inclinado sobre una muela, y bien lejos, por cierto, de imaginar que su deudor viniera a interrumpirle en su trabajo.

—La paz de Dios sea contigo —le dijo Dimas entrando.

El cuchillero levantó la cabeza, sin suspender el balanceo del pie derecho que hacía girar la rueda, y fijó una mirada indiferente en el joven.

—¿No me conoces? —le preguntó Dimas.

—Creo haberte visto en alguna parte.

—Hace quince días, en este mismo sitio, me prestaste un favor, y vengo a pagártelo.

—¡Ah! —exclamó el cuchillero, recordando la escena que ya conocen nuestros lectores.

—Sí, yo soy el joven a quien le vendiste al fiado el cuchillo damasquino cuyo precio era dos siclos.

—Y ahora recuerdo —dijo a su vez el vendedor— que tú me ofreciste…

—Veinte onzas romanas. Aquí las tienes —repuso Dimas sin dejarle acabar.

Y sacó de una bolsa de cuero bastante repleta las monedas indicadas, que fue dejando sobre una tabla mugrienta que se hallaba junto a la muela. El sonido de la plata hirió agradablemente los oídos del judío, a juzgar por la sonrisa que animó su semblante.

—¡Por Jacob y mi madre, que no esperaba que me cumplieras la palabra!

—Hiciste mal en desconfiar.

—Tienes razón, y me alegro, ¡por Dios vivo! que así haya sucedido, pues eso me indica que has hecho fortuna, de lo que me complazco.

—No mucha; pero estoy en camino de hacerla.

—¿Has heredado de algún pariente?

—No.

—¿Por fortuna te hallaste algún tesoro en el viejo palacio de Salomón?

—Nada de eso.

—Entonces…

—Mi fortuna tiene un origen que no puedo revelarte; pero si no se borra de tu memoria mi nombre, algún día lo sabrás sin necesidad de que yo te lo diga. Me llamo Dimas, no lo olvides. Graba bien en tu mente las cinco letras de que se compone.

—¡Dios de justicia! ¿Entonces tú eres el matador del sacerdote Isaac,[10] de ese viejo avaro y ruin a quien los cielos confundan?

—Sí, yo le maté porque debía matarle: el cuchillo que me prestaste fue el instrumento. En nombre de mi padre te doy las gracias; en nombre mío, las veinte onzas romanas que acabo de entregarte.

Y sin esperar respuesta, tomó una calle adelante, dejando al cuchillero absorto y aturdido.

Dimas se encaminó al muladar donde, según noticias, habían los enterradores arrojado el cadáver de su padre. Le quedaban aún en la bolsa más de dos mil óbolos, y firme en su propósito, quería dar honroso sepulcro al autor de sus días. Pero todo fue en vano: tres horas de escrupuloso escrutinio empleó en aquel hediondo sitio, y al fin desesperó de hallar los restos de su padre, que tal vez habían servido de pasto a los quebrantahuesos y cuervos que se mecen sobre la pesada atmósfera de tan repugnantes sitios. Entonces, dos gruesas lágrimas asomaron a sus párpados, y elevando sus ojos al cielo en dirección al templo de Sión, murmuró estas palabras.

—Padre y señor, tú fuiste bueno durante tu vida; yo imité tu honradez viviendo a tu lado. ¿Por qué al ver el desconsuelo de tu hijo no me llamas para que pueda darte sepultura digna de ti?

Dimas lanzó un largo y doloroso suspiro, y como si con él hubiera exhalado uno de esos pesos que nos oprimen el corazón, tornó a encorvarse sobre la tierra, y a favor de su largo cuchillo continuó la interrumpida y penosa tarea de remover aquel montón de huesos y podridos cadáveres medio insepultos que se extendían bajo sus plantas.

Dimas buscaba con el mismo afán que si aquella seca y estéril tierra ocultara un tesoro. Su cariño filial le hizo olvidar que los abrasadores rayos del sol caían perpendicularmente sobre su cabeza. Por su frente surcaban gruesas hebras de sudor, que convertidas en gotas iban a empapar y perderse entre la removida tierra que hería el prolongado y continuo golpe de su puñal. Aquel joven hermoso, valiente y fornido, cubierto de sudor, abstraído en su trabajo, indiferente a todo lo que pasaba a su alrededor menos a lo que le ocupaba, era verdaderamente un modelo de hijo.

Cada cabeza que asomaba a flor de tierra, cada miembro que descubría era una esperanza; pero cuando sus ojos, al buscar las facciones queridas de su anciano padre, se hallaban con el lívido y asqueroso semblante de un desconocido, entonces Dimas avanzaba unos cuantos pasos, lanzando un doloroso gemido, y continuaba su trabajo.

Aquel gemido era una esperanza que huía de su corazón, quejándose de haber sido vencida por la realidad de un desengaño. Muerto de fatiga, falto de aliento, se dejó caer en la sombra de un sauce, sin esperanza de poder hallar el cadáver de su padre. Allí, solo con su dolor, le asaltó una idea terrible, y una sonrisa feroz resbaló por sus labios.

—Sí —se dijo a sí mismo— eso es: esta noche iré al valle de Josafat, buscaré el opulento sepulcro de ese fariseo, de ese viejo cruel que ha infamado el cadáver de mi

padre, arrancaré la losa que le cubre, sacaré el cuerpo perfumado de ese miserable, y lo dejaré en este inmundo sitio para que sea pasto de los carnívoros raposos que desgarrarán su maldita carne, mientras el nocturno *onocrótalo*,[11] apoyando sus férreas garras en su impura frente, batiendo sus negras alas sobre su insepulta cabeza, lanzará gozoso su graznido horrible y espeluznante, preparando para el festín sus dos estómagos hambrientos de carne humana.

Dimas, después de proferir tan terrible amenaza, sacudió la cabeza como si las furias del infierno se agitaran en torno suyo, quemándole las sienes con sus ardientes e impuros silbidos. Sus labios entreabiertos, sus ojos brillantes y hundidos, su faz descompuesta, daban a aquel hermoso semblante algo de terrible, de infernal.

—Yo era bueno —volvía a decir—, y tú me has empujado al crimen. Un mar de sangre se extiende ante mis pies; mi vida será infame, mi muerte la cruz; mi cuerpo dividido en pedazos, se verá tal vez expuesto en los caminos. De todo esto tú tienes la culpa, viejo avaro de corazón de roca. ¡Maldito seas! ¡Maldito seas como la mujer impura, hasta tu décima generación, que yo juro exterminar, mientras mi brazo tenga fuerza para empuñar el cuchillo vengador!

Y Dimas, como si con aquellas maldiciones hubiera exhalado todo su espíritu, dejó caer la cabeza sobre las manos con abatimiento.

Así permaneció por espacio de mucho tiempo.

La brisa de la tarde comenzó a gemir entre las copas de los árboles, y aún permanecía inmóvil.

El céfiro nocturno suspiró entre las plantas del campo, y Dimas no Dimas aún permanecía en la misma se movía de aquel sitio.

La luna bañó con sus tibios rayos la cilíndrica y alta torre de David y Dimas aún permanecía en la misma postura, mudo y silencioso.

Las cigüeñas, de los altos minaretes de Jerusalén, comenzaron a entonar sus dolientes cantos, y un mochuelo, parándose entre las ramas de árbol a cuyo pie se hallaba inmóvil y silencioso el joven huérfano, lanzó al viento su tétrico y acompasado silbido.

Entonces Dimas se puso en pie, y miró en torno suyo como si acabara de despertar de un pesado sueño. Su rostro había perdido la ferocidad que poco antes demostrara. Su mirada, triste y húmeda aún por las lágrimas de fuego que había derramado era dulce e inofensiva. Un suspiro angustioso y prolongado se escapó de su pecho.

—No… mil veces no… —se dijo hablando consigo mismo—. Jamás profanaré los cadáveres; nunca dejaré sin protección a los niños y a los ancianos. La muerte y la infancia serán siempre respetadas por Dimas el facineroso. Perdona, pues, padre mío. Te he vengado en el cuerpo vivo; deja que respete la materia inerte que sirve de sustento a los gusanos de la tierra…

Dimas, durante las horas de triste meditación transcurridas, al pie de aquel árbol, había mantenido una lucha horrible entre los deseos de venganza y los instintos

buenos y generosos de su joven corazón, y, como se ve, el corazón salía vencedor.

Desistiendo de sus planes, sólo un camino se abría ante su paso: el de los montes de Samaria; se encaminó hacia ellos, llegando el cuarto día al declinar la tarde junto a los muros de la inexpugnable fortaleza de los bandidos, y entró en ella del mismo modo que la vez primera. Ya dentro se encaminó a la cocina, pero estaba desierta. Entonces se tendió en el suelo y esperó. Tenía dieciocho años, y el sueño en esa edad, cuando se ha caminado mucho, no tarda en descender sobre los párpados. Dimas se quedó dormido con la misma tranquilidad que si se hallara bajo el techo hospitalario de la casa de su padre cuando el sueño inocente de la adolescencia sonreía sobre su hermosa cabeza.

Muy entrada la noche, la trampa que ya conocen nuestros lectores se hundió para dar paso a los forajidos de Abaddon. Esta vez venían cargados de botín, y en sus fisonomías salvajes y feroces brillaba el contento. Como la habitación estaba oscura no repararon en Dimas.

El capitán mandó a uno de los bandidos que encendiera luz, y poco después las negras paredes se tiñeron de esa claridad rojiza e incómoda de las resinosas teas. Entonces vieron a Dimas dormido tranquilamente sobre el duro y frío pavimento de la cocina.

—Me ha cumplido su palabra —dijo Abaddon dirigiéndose a los suyos—. Creo que de este muchacho se podrá sacar partido.

Capítulo VII

EL BAUTISMO DE SANGRE

Desde aquel día perteneció a la terrible cuadrilla de los samaritanos el huérfano de Jerusalén.

Su juventud, su valor y su gracia personal fueron entre aquellos desalmados poderosos motivos para que todos le miraran con cierta deferencia, que no se escapó a la perspicacia del joven aventurero. Por otra parte, Abaddon, viejo encanecido en el crimen, comenzó a mirarle como a un hijo.

Su corazón encallecido no había amado nunca, y ante aquel bello y temerario joven que la casualidad le había lanzado ante su paso, comenzó a sentir esa dulce simpatía, ese afán desinteresado y puro que sienten los padres por los hijos.

Dimas, medianamente instruido en las Sagradas Escrituras por un rabino, amigo inseparable de su difunto padre, tenía la ventaja sobre todos sus feroces compañeros de leer y escribir el hebreo con bastante corrección.

Algunas noches, cuando los espías no traían nuevas favorables y era preciso permanecer encerrados en su madriguera, Dimas, que había comprado en Sichem[12] *El Pentateuco*,[13] les leía las sagradas y patriarcales narraciones que el historiador dogmático, el insigne filósofo, el admirable teólogo, el inspirado profeta Moisés, había escrito para los descendientes de Abraham. Esta sublime inspiración del Eterno que transmitió al pueblo israelita su ilustre caudillo y libertador, tenía agradablemente entretenidos a aquel puñado de hombres que el crimen había expulsado de la sociedad, obligándoles a vivir en las profundidades de las cuevas como las fieras carnívoras del desierto.

A veces, cuando Dimas con dulce y sentida entonación les trasmitía las sabias narraciones del legislador del Sinaí, los feroces bandidos prorrumpían en espontáneas aclamaciones, y la admiración hacia su joven compañero llegaba hasta el entusiasmo.

Entonces los bandidos aconsejaban a Dimas que abandonara su nombre, que ningún significado divino tenía entre los hebreos, y se pusiera otro de aquellos que, añadiendo algunas letras, según su costumbre, expresaban una condición celeste u honrosa en el que lo llevaba.

—Todos le queremos como a un hijo —gritaba un bandido—. Pongámosle por nombre David (Amado), que ese es el nombre que le corresponde.

—No, no —decía otro—. Jehová lo ha enviado entre nosotros; debe llamársele Samuel (puesto por Dios).

Dimas escuchaba con la sonrisa en los labios las contiendas de sus compañeros, y acababa por convencerles de que el nombre puesto por el padre era el mejor y el único que debía llevar el hijo.

Así transcurrieron algunos meses. Dimas fue insensiblemente inculcando en

aquellos corazones algunas ideas humanas, haciéndoles ver que nada podía enaltecerles tanto a los ojos de los israelitas como convertir sus vandálicas hazañas en heroicas y temerarias empresas de soldados independientes.

Una guerra de partido contra Herodes y los romanos era lo que Dimas se proponía llevar a cabo, parapetado en los escabrosos montes de Samaria. Pero sus feroces compañeros no se avenían a abandonar fácilmente sus antiguas costumbres.

El robo, el crimen, se nutrían en su impuro pecho, haciendo hervir la sangre, y cuando se encanece en una profesión se adquieren ciertos hábitos, que llegan a encarnarse en el mismo ser, formando, por decirlo así, una segunda naturaleza, que sólo abandona el individuo cuando el último soplo de vida se escapa de su pecho. Dimas conoció que para lograr su intento era preciso dejar correr el tiempo y los acontecimientos, o rodearse de gente joven y poco endurecida en el crimen, y se resignó a esperar mejor ocasión.

Una noche los bandidos tuvieron noticia por los espías de que una caravana que conducía a Jerusalén preciosas mercancías de Tiro, había acampado en un barranco de las cordilleras de Joppe. Abaddon dispuso caer sobre ella, y salió de su madriguera, seguido de sus terribles compañeros. La noche era clara y serena; blancas y vaporosas nubes, como pequeños copos de nieve, se deslizaban por el limpio horizonte, salpicando el diáfano azul del cielo con sus poéticas y caprichosas oscilaciones. A veces la luna velaba la plateada frente tras las flotantes gasas que se mecían en el espacio, mostrando de vez en cuando la clara luz de sus rayos entre los quebrados bordes de las nubes, y como las vírgenes de Sión, lanzaba sus miradas a través de su aéreo y delicado velo de encaje.

Noche hermosa y poética, llena de encanto, de vaguedad, de dulzura en que el cielo sonreía y la tierra exhalaba los perfumes de su seno. Porque una noche serena dirige el alma al inmenso tesoro de voluptuosos encantos, mientras que la belleza del día sólo nos habla de los sentidos.

El sol arranca lágrimas a los ojos, y la luna suspiros al corazón. La noche representa la bondad y la dulzura del Hacedor, y el día el poder y la fuerza de Dios; por eso mientras la una llora lágrimas dulces y perfumadas como el rocío, el otro fecundiza y abrasa con sus rayos de fuego.

Sin las hermosas brisas de la noche, sin el soplo perfumado del céfiro nocturno, el mundo sería un abrasado desierto, un páramo inhabitable. La luna es la amable confidente, la dulce amiga, la tierna compañera de las almas sensibles y apasionadas. Su luz tenue y delicada se puede contemplar con éxtasis, como los ojos del ser que amamos, y el corazón se dilata en su estrecha cárcel admirando la melancólica poesía que brota de su frente casta y radiante.

Ella es la madre bondadosa de los hijos del infortunio. Los hombres más altivos no se avergüenzan de llorar ante su presencia, desahogando los dolores de su corazón, las penas de su vida; porque los rayos que su disco derrama sobre la tierra están impregnados con la inagotable bondad de Dios, y fecundizan la esperanza en las

almas que sufren, el consuelo en los corazones que padecen, como el claro manantial que se desliza entre el césped de la pradera derrama la vida y la fragancia con sus frescos besos en el cáliz de las violetas, de las anémonas y de las siemprevivas. La luna es, en fin, la sonrisa de los ángeles, el rocío celeste que Dios envía todas las noches desde el cielo para decir a los desgraciados: «Esperad, confiad; yo no os olvido».

……

Los bandidos se deslizaban de roca en roca hacia el punto indicado por los espías. A la media noche llegaron a la cumbre de un montecillo y se detuvieron. Uríes, que era el más práctico, se separó de sus compañeros para explorar el terreno, pues, según sus cálculos, la caravana debía hallarse acampada en aquellas cercanías. El bandido samaritano, arrastrándose como una culebra, llegó sin hacer ruido al borde de un barranco, y agarrándose a unos arbustos con sus callosas y forzudas manos, se asomó, quedando casi suspendido sobre un abismo, para reconocer el fondo de aquel solitario valle.

La noche era clara, y la luna dejaba ver los objetos sin dificultad. Uríes paseó sus miradas algunos segundos por la apacible vega que se extendía a sus pies, y luego fue a reunirse con sus compañeros.

—Cuenta —le dijo secamente el capitán viéndole llegar.

—Efectivamente —contestó con indiferencia Uríes—, la caravana, como nos han dicho, ha levantado su tienda en el valle de Joppe. Todos duermen, camellos y hombres; pero he creído ver relucir a la luz de la luna algo parecido a los cascos romanos.

—Será una aprensión tuya —repuso otro.

—Tengo buenos ojos; ya sabes que me engaño pocas veces… y sobre todo, de noche.

—No tiene nada de extraño que en alguna ciudad del contorno —volvió a decir Abaddon— se les haya reunido algún soldado.

—O pueden haber pedido una escolta en Sichem los mismos caravaneros —añadió Dimas.

—¿Y qué hacemos? —preguntaron otros.

—¡Por Dios vivo! ¿Qué hemos de hacer? Bajar al valle, y si son romanos o herodianos, llevarnos sus cabezas a nuestro castillo como trofeo de la victoria —exclamó Dimas lleno de ardor patrio.

—Tiene razón el joven: bajemos al llano —volvió a decir el capitán.

Los bandidos se apretaron las correas de sus cinturones, vieron si los puñales salían con facilidad de las vainas, y oprimiendo con sus diestras las terribles jabalinas, se encaminaron en busca de los caravaneros.

Poco después cayeron de improviso sobre la tienda, envolviéndola como una red. Los comerciantes, sorprendidos en las primeras horas del sueño, despertaron sobresaltados; el pánico se apoderó de ellos, y desde entonces sólo pensaron en huir,

dejando en poder de sus terribles enemigos los fardos y los camellos.

Pero no sucedió lo mismo a tres soldados romanos, que al primer grito de alarma saltaron con ligereza sobre sus caballos, armando sus diestras con la corta y terrible espada que les había hecho dueños del mundo, y se lanzaron con ímpetu sobre los bandidos.

Un romano, y sobre todo un romano de Palestina en el tiempo de Herodes, se hubiera creído deshonrado retrocediendo delante de seis judíos; raza vendida y esclava a la que los hijos del Tíber miraban con insultante desprecio.

Los legionarios del Idumeo regresaban a Jerusalén, habían tropezado por una casualidad con aquella caravana, y se habían unido con ella por ese espíritu sociable que dominaba a los soldados del Capitolio.

Los romanos, lanzando un grito de guerra al que siguieron los nombres de Marte y Minerva, blandieron las espadas sobre las cabezas de los bandidos; pero, ¡ay!, aquellos israelitas no eran los débiles y acobardados hijos de la ciudad de Jerusalén; eran rayos de la montaña, soldados feroces del desierto, curtidos con la sangre y los peligros, y, después, el terrible renombre de moradores del monte Hebal les quintuplicaba las fuerzas.

Los romanos no podían hacer más que batirse hasta morir, y así lo hicieron. Pero su muerte debía costar cara a los samaritanos.

Abaddon, el viejo capitán, al querer clavar su jabalina en el pecho del caballo de uno de sus enemigos que le perseguía, recibió una terrible estocada en el cuello, por la que en pocos instantes arrojó hasta la última gota de sangre de sus venas. A dos bandidos más les cupo la suerte de su jefe.

Dimas mató por su mano a uno de los legionarios arrojándole la jabalina, que tuvo la suerte de clavársela en el pecho; pero al mismo tiempo recibió una terrible cuchillada en la cabeza que le hizo vacilar, y que, indudablemente, su enemigo hubiera secundado, si Uríes no hubiera salido a su defensa clavando su puñal en el costado del romano, lo cual le hizo caer del caballo.

La luna, siempre clara y hermosa, alumbró con sus tibios y poéticos rayos aquel combate, aquella escena de sangre en que seis hombres habían lanzado el último aliento de vida, y cinco llevaban sobre sus cuerpos sangrientos rasgos.

Los bandidos, dueños del campo, se disponían a cargar sus camellos con lo más rico de su botín y a colocar en otros los heridos que no podían por su estado hacer el camino a pie; pero Dimas, que aun herido no había perdido la serenidad ni el conocimiento, les detuvo diciéndoles:

—Compañeros, antes de partir demos sepultura a los muertos, con lo cual honraremos el cuerpo de nuestros camaradas, y no dejemos rastro de esta catástrofe que hemos experimentado, que siempre podría alentar a nuestros perseguidores.

Esta segunda razón convenció a los bandidos, que inmediatamente se pusieron a cavar una fosa, y poco después, romanos y samaritanos yacían sepultados para siempre bajo el pesado manto de la tierra. Los bandidos abandonaron aquel sitio,

mudos, cejijuntos. Dimas caminaba a pie al lado de sus compañeros sin despegar los labios. Por sus mejillas resbalaban dos lágrimas. El viejo capitán le había demostrado un cariño franco y desinteresado, le llamaba su hijo, y el joven, agradecido, lloraba por la memoria del segundo padre que acababa de perder.

Bastante entrado el día llegaron al monte Hebal, y a pocos pasos de la entrada subterránea se detuvieron.

—¿Qué se hace con los camellos? —preguntó Uríes dirigiéndose a Dimas como si fuera el jefe de la partida.

—Descargadles, y luego volved sus cabezas hacia el mar, dadles la voz de marcha y que vayan adonde quieran.

—¿No sería mejor venderlos mañana en Bethel? —repuso uno de los bandidos.

—Ya os he dicho que conviene desorientar a nuestros perseguidores, y estos camellos podrían descubrirnos.

—Tienes razón —dijeron varios bandidos.

Descargados los camellos, se les colocó como había indicado Dimas, y los ligeros cuadrúpedos emprendieron su largo trote a través del monte en dirección al Oeste.

Entonces, los bandidos entraron a brazo en el castillo el rico botín que tanta sangre les había costado.

Aquella noche Dimas fue proclamado capitán, y al tomar el mando les hizo jurar tres cosas:

Primera, que ampararían siempre, y aun a riesgo de la vida, a todos los niños que no llegaran a los diez años. Segunda, que respetarían en todas las ocasiones, y aun a trueque de sufrir violencia o insulto, a todos los ancianos. Tercera y última, que jamás dejarían los cadáveres insepultos, teniendo tiempo para cumplir esta santa faena.

Dimas les hizo comprender que ya que la suerte les había lanzado a la vida de aventureros, lo cual no era muy honroso, era preciso que la guerra a la sociedad se hiciera en condiciones más suaves que hasta entonces, y puesto que su intención no era otra que la de enriquecerse empobreciendo al prójimo, eso se podía lograr sin necesidad del terror y al abrigo de una bandera de partido que, como buenos israelitas, debían alzar en defensa de la patria humillada por los impíos romanos.

Las palabras de Dimas enardecieron a sus compañeros, y algunos de ellos llegaron a sentir remordimientos por la sangre derramada y el tiempo perdido en el pillaje y el crimen. Después, olvidando al capitán muerto, se brindó por el capitán vivo, hasta caer embriagados, rodando por el suelo. Desde entonces la cuadrilla de Dimas, si bien vivía del robo en despoblado, comenzó a ser más humana, llegando con el tiempo a formar, más que una gavilla de bandoleros, un puñado de hombres libres, que, amantes de su ley, su religión y su independencia, hacían con sus espadas una guerra terrible a los soldados del tirano Herodes.

Ahora retrocedamos otra vez al capítulo segundo de este libro, cuando a la rojiza luz del relámpago hemos visto deslizarse por los quebrados senderos de las montañas de Samaria ocho bandidos de aspecto feroz, entre los cuales caminaba un joven

armado con una jabalina y envuelto con un *matelot* de pelo de camello. Este joven era Dimas, que hacía seis meses capitaneaba a los forajidos, alcanzando de día en día más aprecio y dominio sobre sus corazones.

Explicados los antecedentes del joven bandolero, sigámosle, a pesar de lo tempestuoso de la noche y lo fragoso del terreno.

Capítulo VIII

UN GOLPE EN VAGO

—¿Conque tú aseguras, amigo Uríes, que la caravana egipcia, a pesar de su aspecto pordiosero y miserable, conduce un tesoro? —preguntó Dimas a uno de los bandidos que caminaba a su lado.

—Su cargamento es trigo fecundizado con las aguas del Nilo, pero en los sacos de cereales se ocultan dos cajitas construidas en Alejandría, las cuales encierran un tesoro. La una viene repleta de polvo de oro fino, la otra de piedras preciosas, y ambas están destinadas al César. Sus conductores ignoran que entre el rubio grano que transportan se oculta una fortuna. El cargamento va consignado a un rico comerciante de Cesárea, en cuyo puerto se halla anclado un navío romano que debe transportarlo a la ciudad de los cónsules.

—Bueno ha de ser el botín para que mis lobos montañeses no te maldigan por haberles hecho abandonar su madriguera en una noche como esta. Pero, ¡por Dios vivo!, que me admira que tan precioso tesoro no sea escoltado por gente armada.

—Los negociantes egipcios son recelosos, odian a los romanos, y temen ser despojados en la travesía por los mismos a quienes confían, mediante un salario, la custodia de sus caravanas.

—Pero, ¿no te habrás engañado?

—Sólo Dios es infalible. Pero, sin embargo, auguro un éxito feliz.

—¿Qué parte has ofrecido al que te ha revelado el secreto?

—Yo no he ofrecido nada; él fue el que exigió; de manera que si nada le damos nada no faltamos a la palabra.

—Veo que eres astuto y precavido.

—Capitán, tengo cuarenta años, y entré en el oficio cuando apenas levantaba del suelo tanto como la jabalina que llevas en la mano, porque mi padre tuvo, como yo, un cariño extremado a las cosas de su prójimo. Desde muy pequeño reconoció el autor de mis días que yo era un muchacho aventajado, y me dedicó a la honrosa y delicada comisión de espía; yo tomé como un juego aquella ocupación, y la desempeñé con ese afán con que la infancia hace las cosas que le gustan. A los doce años era yo un modelo de astucia, sagacidad y penetración. No es inmodestia, Dimas; todos los viejos bandidos de Palestina me tenían por modelo y me designaban como una maravilla del arte. No he sido capitán por dos razones: la primera, porque no soy ambicioso, y no es decir esto que tú lo seas; y la segunda, porque siendo simple individuo de una cuadrilla, puedo servir mejor a mis compañeros y llevar una vida más independiente. Tú sabes que a veces me ausento por diez o quince días de vosotros; durante ese tiempo recorro las tribus, soy judío en Judea, galileo en Galilea y samaritano en Samaria; mudo de nombre como de raza cuando así me conviene;

soy aquí comerciante, allá sacerdote; me introduzco en las casas, y como tengo eso que llaman don de gentes, me gano la amistad y las simpatías de sus dueños, descubro sus secretos, me entero de sus planes y de sus negocios, y cuando mi memoria reúne una buena cantidad de conocimientos que explotar, torno al viejo castillo de Hebal, donde me esperan mis compañeros, les entero de todo y ellos salen a coger el fruto de mis trabajos, evitándoles de este modo que pasen la noche en un barranco, muertos de frío, calados de agua, esperando a los caminantes para coger en cambio de tantas penurias, un saco de negra cebada o un puñado de amarillenta harina.

—Eres un sabio, amigo Uríes, y la compañía hace bien en darte dos partes en el botín.

—¡Ay, querido Dimas! Los hombres son muy ingratos. Estoy seguro que a pesar de mi saber, cualquier día, en recompensa de mi ciencia y mis desvelos, me colgarán de un árbol, como hicieron con mi honrado padre, que sabía tanto como yo.

Dimas sonrió oyendo la picaresca relación del facineroso, tenido entre sus camaradas por el más astuto de la cuadrilla.

—Créeme, capitán —volvió a decir Uríes—, el hombre fue creado para no hacer nada; estudia con detención su cuerpo, y verás que sus brazos se prestan más a estirarse en perezosa actitud que a cavar la tierra armados de un pesado azadón. La pereza es natural: el trabajo es violento e impropio. El hombre se afana y trabaja, porque así cree que llegará un día a no hacer nada. Trabajemos, pues, algún tiempo, y luego la regalada pereza nos estrechará entre sus amantes y cariñosos brazos.

Uríes terminó su relación dando un bostezo interminable que apagó un trueno espantoso.

—Mala noche —dijo uno de los bandidos.

—Peor fueron las del diluvio —le respondió otro.

—Como el botín sea tan pesado como la atmósfera, todo irá bien.

—Uríes es un perezoso, y cuando él nos ha hecho salir del castillo en tan cruda noche, no creo que sea con el objeto de que nos paseemos por estos barrancos.

—Hablad más bajo, que hemos llegado al sitio —dijo Uríes acercándose a sus camaradas—. Por aquí deben pasar en cuanto la luz del alba aparezca en el Oriente.

—Entonces será preciso emboscarnos —repuso otro.

—¡Ea, muchachos!, cada uno que busque al abrigo de una roca un refugio contra la inclemencia del cielo —les dijo Dimas en voz baja—. Conque envolveos bien con vuestras capas, y cuidado con dormirse; al primer grito de alarma todos a mi lado.

Los bandidos se emboscaron del mejor modo posible en las rocas de un angosto barranco, que era el sitio en que se encontraban.

Dimas y Uríes, despreciando la lluvia, se colocaron envueltos en sus *matelots* junto a un árbol corpulento que se hallaba próximo a la vereda por la que, según sus cálculos, debía cruzar la caravana. Media hora escasa haría que los bandidos se hallaban en el barranco cuando el canto monótono del cuclillo comenzó a oírse en la

vecina espesura.

Uríes se irguió como el chacal que oye los pasos del cazador y los ladridos del perro que ha tropezado con su rastro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dimas sin levantar la voz.

—Lo ignoro; pero nada bueno me promete este canto.

—Esa ave no augura el mal en nuestros libros.

—Es que ese que canta no es un pájaro, sino un hombre.

—¡Un hombre! —exclamó empuñando la jabalina Dimas.

—Nada temas: es un amigo, es un espía que me sirve bien. Pero pronto saldremos de dudas.

Y Uríes imitó de una manera prodigiosa el graznido estridente y desagradable del cuervo.

Poco después, un hombre salpicado de barro y chorreando agua apareció ante los dos bandidos, diciendo:

—La paz sea contigo, amigo Uríes.

Dimas miró con asombro a aquel hombre que había llegado hasta ellos sin haber hecho el más leve ruido.

—Contigo venga, amigo Adán.[14] ¿Qué nuevas traes?

—Una circunstancia inesperada nos quita la presa de entre las manos. Los conductores de la caravana caminan a estas horas hacia Jericó, entre dos filas de *terciarios romanos.*

—¡Por Isaac, explícate mejor y pronto! —exclamó Dimas con impaciencia.

—Según parece, vosotros —volvió a decir el espía— no sabéis aún la nueva que alarma al pueblo de Israel y hace estremecer al tirano Herodes en su palacio.

—En los montes de Samaria sólo se oyen los aullidos de los lobos —dijo el capitán.

—Pues bien, en la ciudad santa se cuenta que tres magos caldeos han venido a Judá en busca del Mesías prometido. El Idumeo, deseando apoderarse de esos extranjeros que han llegado a sus tierras a enardecer las esperanzas del pueblo judío con sus falsas nuevas, ha mandado por todas las tribus sus soldados; los viajeros son detenidos, interrogados, sus mercancías sufren un escrutinio escrupuloso, y esa suerte ha cabido a los egipcios que esperabais por este barranco… pues a estas horas caminan hacia Jericó, custodiados por los legionarios del rey de Jerusalén.

—¿De manera que ese tesoro?… —preguntó Dimas.

—Caerá indudablemente en poder de Herodes —replicó el espía— el cual al saber su destino, se apresurará a remitirlo a Roma, como una muestra del respeto que le inspira la ciudad impía.

Dimas se encogió de hombros, haciendo un gesto y luego dijo con impasible e indiferente entonación:

—Este asunto se ha desgraciado: es preciso resignarse y esperar otro tiempo mejor; sin embargo, sería muy conveniente no perder la pista a ese cargamento de

trigo.

—Opino lo mismo, capitán —dijo Uríes—. ¿Quién sabe? Herodes puede confiscarlo y ponerlo en venta, y en ese caso el asunto es comprarlo.

—¿Puedes tú encargarte de este negocio?

—Con mucho gusto.

—Pues entonces, parte a Jericó; nosotros esperamos noticias tuyas en el castillo.

—Mi bolsa está vacía, capitán.

—Toma este cinto: contiene doce *minas* hebreas,[15] que te bastarán para comprar el cargamento en caso necesario; pero no te olvides que lo que puede tomarse no debe comprarse, según el reglamento de nuestra profesión.

Y Dimas, diciendo esto, entregó a Uríes un cinto de cuero que ocultaba bajo los anchos pliegues de su túnica.

—Tú me acompañarás, Adán.

Éste hizo una mueca de indiferencia, y contestó:

—Vamos allá.

Entonces Dimas reunió a sus compañeros y les dijo en dos palabras lo que pasaba y lo que había decidido. Nadie despegó los labios, ni una queja se escapó de aquellas bocas; pero en los rostros se expresaba claramente el disgusto que les producía aquel contratiempo.

Uríes y el Rojo tomaron el camino de Jericó, y los bandidos se dirigieron, maldiciendo en su interior, hacia los montes de Samaria.

La lluvia había cesado, pero la noche continuaba oscura y encapotada, oyéndose de vez en cuando la lejana y amenazadora voz del trueno. Los bandidos caminaban taciturnos y cabizbajos, demostrando su mal humor al más pequeño incidente que se atravesaba ante su paso. Un charco de agua, un resbalón, era saludado con una blasfemia horrible. Habían abandonado su madriguera desafiando la crudeza de la noche, con la esperanza de un botín fabuloso y regresaban calados hasta los huesos y con el lodo hasta la cintura, sin haber aumentado un miserable óbolo a su fortuna. Cerca ya del castillo de Hebal, al atravesar un pedregoso barranco, oyeron pisadas de gentes que se aproximaban en dirección opuesta a la que ellos seguían. Dimas hizo que se detuvieran sus soldados y se ocultaran detrás de unos matorrales y en las quebraduras de las rocas. Mientras tanto, por el angosto barranco que conducía adonde estaban los bandidos emboscados, caminaba un venerable anciano, envuelto con el manto gris de los galileos. Este anciano conducía un asno de la rienda y sobre la modesta cabalgadura iba una mujer joven y un niño de pocos meses. El niño dormía en el regazo maternal, cuidadosamente envuelto con una capa de color de corinto; la madre lloraba en silencio y el anciano oraba en voz baja.

El trueno seguía rugiendo sobre las cabezas de los pobres viajeros. De pronto el anciano se detuvo, porque al doblar un recodo del barranco se levantó un hombre que se hallaba oculto detrás de un matorral, y poniéndole delante del pecho las aceradas puntas de una jabalina, gritó con voz cavernosa:

—¡Alto, o eres muerto!

El anciano retrocedió dos pasos, la mujer lanzó un grito, y, estrechando a su hijo contra su pecho, exclamó:

—¡Dios de Sión, salvad a mi Jesús!

Ahora el lector nos permitirá que retrocedamos.

Más adelante volveremos a encontrarnos con los viajeros y los bandidos del barranco de Samaria.

LIBRO SEGUNDO

ESTRELLA DEL MAR

> Una Virgen concebirá y dará a luz un Hijo por nombre Emmanuel, esto es, Dios con nosotros. Este Hijo, dado milagrosamente al mundo, será un renuevo del tronco de José, una flor nacida de su raíz. Será llamado el Dios fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de la Paz. Será levantado como un estandarte a la vista de los pueblos; las naciones vendrán a ofrecerle sus homenajes, y su sepulcro será glorioso. (*Profecía de Isaías.*)

CAPÍTULO I

MARÍA

Voy a dar comienzo al libro de la Virgen. La inspiración de Zorrilla, el genio de Murillo, se empequeñecen ante la hermosura de la Madre afligida que lloró en la cumbre del Gólgota la muerte de su Hijo. La grandeza de María es divina; por eso no llega a ella el talento humano. Perdón, pues, si mi insuficiencia se atreve a narrar tu dolorosa historia. La fe cristiana alienta mis escasas fuerzas; tu glorioso nombre dará color a mis pálidas ideas; en Ti confío para llevar a cabo la penosa peregrinación que me he impuesto.

Nazaret, patria de una Virgen, cuna de un Dios, envuelto aún con los últimos crespones de la noche, duerme tranquilo a un extremo del pintoresco valle de Esdrelón.

La suprema voluntad del Hacedor le ha colocado en el seno de dos colinas que como madres cariñosas le estrechan con sus robustos brazos para librarle de las tormentas otoñales.

¡Nazaret, azulada paloma de Oriente que formaste tu nido a la sombra del Hermón para embriagarte con el perfume que te envían los floridos campos de Canaan, que fueron un tiempo el codiciado jardín de la tribu israelita de Zabulón!…

¡Nazaret, modesta azucena de los valles, en cuyo cáliz depositó Dios la perla de Oriente, el grano de oro del cristianismo!… Jerusalén, Sófora y Beirut te miraron con desprecio porque se creían las reinas de Palestina, porque ignoraban que tú estabas

destinada a ser el nido santo anunciado en las profecías, la fuente inagotable de la salud del alma, el esplendoroso sol de la fe y la esperanza.

El rocío celeste cae sobre tus campos, Jehová te saluda desde su trono de luz, y los ángeles cantan el himno de bienvenida, porque las profecías van a cumplirse.

Una niña, hermosa como la estrella de la mañana, acaba de respirar el primer soplo de vida, y de su pecho virginal se escapa un gemido de dolor. Es el primero de un Ser que nace; de un Ser que viene al mundo a interceder eternamente por nosotros. Su cuna no se cubre con las ricas colchas de Egipto ni se adorna con el oro de Persia. Sus pañales no se perfuman con la esencia del nardo, ni se enciende mirra y aceite balsámico en los pebeteros de plata, como hacen los príncipes hebreos. Pobre y tosco lino cubre sus delicadas carnes. Una choza la alberga y humildes mujeres del pueblo rodean su cuna y reciben su primera sonrisa. Y, sin embargo, aquella débil criatura ha nacido destinada a ser la Reina de los cielos, la Madre de los ángeles, la Esposa de Dios. Los conquistadores de la tierra depondrán los cetros a sus plantas, los reyes doblarán ante Ella sus altivas frentes, y los afligidos, implorando su protección, irán a adorarla de rodillas ante los altares levantados por la fe cristiana. Porque Ella será el bálsamo universal de los dolores humanos, la esperanza del náufrago, el consuelo del triste. Su nombre glorioso será invocado en los momentos amargos de la vida, porque Dios la ha elegido para engendrar en su seno el Verbo Divino que en forma de hombre ha de redimir con su preciosa sangre el pecado nefando de la humanidad. Porque Ella será «un tronco recto y brillante en que no se ha de encontrar jamás, ni el nudo del pecado original ni la corteza del pecado actual» (San Ambrosio).

Su nombre será para los afligidos «más dulce a los labios que un panal de miel, más lisonjero al oído que un suave cántico, más delicioso al corazón que la alegría más pura» (San Antonio de Padua).

Pero no adelantemos los sucesos. Sigamos las sagradas tradiciones de Oriente, y con ellas a la vista y la fe en el alma, Dios nos dará fuerzas para llevar a término la difícil peregrinación que nos hemos impuesto. En Nazaret, pequeña ciudad de la baja Galilea, vivía un hombre honrado conocido con el nombre de Joaquín, de la tribu de Judá, y de la descendencia de David por Natham. Su esposa tenía por nombre Ana (Graciosa). Ambos eran buenos y observaban con la fe del corazón los mandamientos de Jehová, pero el Señor apartaba de ellos su mirada y Ana era estéril después de veinte años de matrimonio.

Joaquín podía romper aquellos infecundos lazos, dándole las letras de divorcio que la ley de los fariseos le concedía. Ley bárbara, inhumana, en que las esposas se convertían en esclavas y los esposos en despóticos señores, «pues sólo con haber hecho cocer demasiado la vianda *del amo de la casa*, o no ser bastante agraciada, el hombre podía repudiar a su mujer y unirse con otra».

Ana, pues, vivía triste, porque la infecundidad era mirada en Israel como un oprobio. Pero Joaquín amaba a su esposa y vivía resignado entre el trabajo, la oración y la limosna. Pedían con fervoroso acento a Dios les concediera un heredero para

verse limpios de la mancha que sobre ellos pesaba, y Dios escuchó sus ruegos, porque salían de dos corazones puros que ponían en Él la fe y la esperanza.

Ana sintió en sus entrañas agitarse el germen de un nuevo ser y loca de alegría fue a participárselo a su esposo. Pasó una luna y otra luna, y por fin una mañana del mes de Tisri[16] Ana fue madre y Joaquín presentó a sus parientes y amigos una niña, hermosa como un ángel, rubia como el oro en polvo de los mercaderes de Egipto. Nueve días después, según las costumbres de los israelitas, se reunieron en la casa paterna para dar un nombre al nuevo vástago. El padre le puso el más hermoso, el más sublime que han combinado nunca las letras del alfabeto, porque él solo encierra un poema de inagotable ternura. Este nombre era Miriam (María), nombre que en lengua siriaca significa *Soberana* y en hebrea *Estrella del Mar.*

¿Y cómo darle otro nombre y que mejor explicase la alta dignidad de la Virgen, que había de encerrar en su seno al Mártir del Calvario? San Bernardo lo ha dicho: «María es en efecto aquella hermosa y brillante estrella que resplandece siempre sobre el mar vasto y tempestuoso del mundo».

La mujer hebrea se purifica solemnemente en el templo ochenta días después del parto, ofreciendo ante el ara un corderillo blanco o dos tórtolas si es pobre, o una corona de oro si es rica. Ana era pobre y ofreció una tórtola al sacrificio; pero agradecida al precioso don que Jehová le había concedido, le empeñó su palabra de consagrar su hija al servicio del templo, cuando aquella tierna flor que le dedicaba supiese distinguir el bien del mal.

Ana crió a sus pechos a María, porque en Judá las madres tienen la imprescindible obligación de criar a sus hijos.[17] Ajena la hermosa niña desde sus más tiernos años a los juegos subyugadores de la infancia, creció entre la meditación y las tiernas caricias de sus padres. A los tres años era mirada con respeto por todos los humildes habitantes de Nazaret. En sus ojos azules, como el cielo de Oriente, brillaba una chispa de luz divina. Sus labios, nacarados como el cerrado cáliz de los alelíes de Jericó, tenían siempre una sonrisa de indefinible dulzura para todos cuantos se llegaban a Ella. Los abundantes rizos de su rubia cabellera caían como una lluvia de oro sobre la modesta túnica de lana azul que cubría su delicado cuerpo. Algunas tardes, en las pintorescas estaciones primaverales, su padre la llevaba a pasear por los floridos jardines del valle de Esdrelón. La hermosa niña, sentada a la sombra de uno de aquellos corpulentos sauces, que tantas veces cobijara bajo sus melancólicas ramas a las caravanas árabes,[18] se complacía en tender su dulce mirada por el claro y diáfano cielo de Galilea. Su padre no se atrevía a interrumpirla durante esos momentos de celeste contemplación, creyéndola inspirada por alguna revelación divina. Luego, al regresar a su casa, con sus pequeñas manos, blancas y finas como la flor del terebinto, hacía un ramo de narcisos, anémonas y azucenas, y durante el camino se complacía en aspirar su delicado perfume. Muchas veces su padre recogía el dorado fruto que le presentaban al pasar el sicómoro y el plátano, y la niña lo guardaba, y al llegar a su pueblo ofrecía a su madre aquella preciosa fruta y aquellas

hermosas flores diciendo:

—Padre se ha acordado de ti: te trae esto.

María llegó a la edad prefijada por sus padres para entregarla al templo sagrado, según lo tenían ofrecido, como una de las vírgenes de Israel. Los parientes de Joaquín se dispusieron a acompañarla, pues según los hebreos, debían presenciar la sagrada ceremonia. La humilde caravana salió, pues, de Nazaret en dirección a Jerusalén.

Era la estación de las lluvias; el Cisón, seco durante los calurosos meses del estío, arrastraba sobre su lecho de arena sus rojas y turbulentas aguas. Los viajeros evitaron el peligro que el río les ofrecía, tomando las pendientes embalsamadas del Carmelo y la fértil y arenosa llanura del Sarón, invernadero perenne de Galilea, sembrado por todas partes de naranjos, palmeras y abetos.

Llegaron, por fin, después de algunos días de marcha a la populosa ciudad de Jerusalén y entraron en ella por la puerta de Efraim.

Capítulo II

LA VIRGEN DE SIÓN

Algunos días después, los padres, seguidos de sus numerosos parientes y ataviados con el traje de gala, se encaminaron al templo. Joaquín llevaba en sus brazos el cordero sin mancha que debía ofrecer al Señor. Ana, su esposa, conducía a su hija. La santa niña llevaba en sus pequeñas manos, envuelta en un trozo de blanco lino, la flor de harina indispensable para el sacrificio.

Oigamos lo que dice de la presentación de María el abate Orsini:

«Atravesando el patio exterior, en que el extranjero debía detener sus pasos bajo pena de muerte, el séquito se aumentó con buen número de empleados del rey, de fariseos, doctores y damas ilustres, que una disposición secreta de la Providencia había reunido por casualidad bajo los pórticos de Salomón.

»Paróse un momento la comitiva en las gradas de mármol del *chel*,[19] Allí los fariseos extendieron sus *tephilim*,[20] y cubrieron sus frentes orgullosas con uno de los lienzos de su *taled*,[21] de lana blanca y fina, adornado con granadas de púrpura y con cordones de color de jacinto; los valientes capitanes de Herodes se envolvían en sus ricos mantos prendidos con broches de oro, y las hijas de Sión se velaron más estrechamente con los pliegues de sus velos *por respeto a los ángeles del santuario.*

»La divina niña y su brillante comitiva traspasaron la puerta de bronce que cerraba a los profanos el sagrado recinto. La puerta de Nicanor giró sobre sus goznes para dejar pasar la víctima, y ofreció en perspectiva el templo de Zorobabel con sus coronas votivas, sus puertas tapizadas de planchas de oro, sus paredes construidas de piedras enormes y pulimentadas, en las que las manos de los siglos habían extendido ese tinte de hoja seca que distingue los antiguos edificios del Oriente.

»Todo era grande y venerable en la casa de Jehová, y, sin embargo, a pesar de su magnificencia, ¡cuánto habían decaído su esplendor y santidad! Un no sé qué de defectuoso e incompleto se hacía sentir hasta en sus ceremonias más imponentes. Sus sacerdotes no eran ya los ungidos del Señor… el Arca Santa había desaparecido. Pero un día glorioso iba a brillar, y el Oriente empezaba a iluminarse. Los sacerdotes y los levitas, reunidos en la última grada, recibieron de las manos de Joaquín la víctima de *prosperidad.*

»Esos ministros del Dios vivo no tenían la frente ceñida con el laurel o con el apio verde, como los sacerdotes de los ídolos: una especie de mitra redondeada, de un tejido de lino muy espeso, una túnica larga, también de lino, blanca y sin anchura, apretada por un cinturón bordado de oro, de jacinto y de púrpura, componían el traje sacerdotal, que no se llevaba más que en el templo.

»Después de haberse echado sobre su hombro izquierdo los cabos flotantes de su

ceñidor, uno de los *echaneos*[22] tomó el cordero, cuya cabeza volvió hacia el Norte y le hundió en el cuello el cuchillo sagrado, pronunciando una breve invocación al Dios de Jacob. La sangre que caía en un vaso de bronce, quedó reservada para rociar los cuernos[23] del altar.

»Hecho esto, el sacrificador amontonaba en un espacioso plato de oro las entrañas, los riñones, el hígado, la cola y demás partes de la víctima, que varios levitas le presentaban[24] sucesivamente, después de haberla lavado con todo esmero en el salón de la fuente. El sacerdote puso sobre la oblación incienso y sal; en seguida, subiendo con los pies desnudos el suave tramo que conducía a la plataforma del altar de los holocaustos, hizo libaciones de vino y sangre, arrojó a la brillante llama que ningún soplo humano había encendido[25] un poco de flor de harina desleída en una copa de oro con aceite de oliva, el más puro, y puso finalmente la ofrenda pacífica sobre los ardientes leños que habían salido del gran bosque de Sichem,[26] y que los oficiales superiores del templo habían reconocido con cuidado y despojado de sus cortezas.

»El resto de la hostia, con reserva del pecho y de la espalda derecha, que pertenecía a los sacrificadores, fue entregado al esposo de Santa Ana, quien dividió los pedazos entre sus inmediatos parientes, en conformidad con las costumbres de su pueblo.

»Los últimos sonidos de las trompetas sacerdotales se percibieron a lo largo de los pórticos, y el sacrificio ardía aún sobre el altar de bronce, cuando un ministro del templo bajó al atrio de las mujeres para terminar la ceremonia.

»Ana, seguida de Joaquín y llevando a su hija en brazos y la cabeza cubierta con un velo, se adelantó hacia el ministro del Altísimo y le presentó la joven sirvienta del Señor, pronunciando conmovida estas tiernísimas palabras: "*Yo vengo a ofreceros el presente que Dios me ha hecho*".

»El sacrificador hebreo aceptó, en nombre del Ángel que fecundiza el seno de las madres, el precioso depósito que le confiaba la gratitud y bendijo a los santos esposos, como Helí,[27] el pontífice, había bendecido en otro tiempo y en una circunstancia semejante al piadoso Elcana y a su dichosa consorte.

»Extendió en seguida las manos sobre la asamblea, que se inclinaba a su bendición pontifical:[28] "*¡Oh, Israel!* —exclamó—, *dirija el Eterno hacia ti su luz, hágate prosperar en todas las cosas y concédate la paz*".

»Un cántico de gozo y acción de gracias, armoniosamente acompañado por las arpas sacerdotales, terminó la presentación de la Virgen.»

Ésta fue la ceremonia que tuvo lugar en el templo de Sión los últimos días de noviembre.

Zacarías, príncipe de los sacerdotes de Aín, y pariente de Joaquín y Ana, fue el que recibió a la tierna Virgen de los brazos de su madre para depositarla al lado de sus compañeras en la casa de Dios. Desde aquel día, las piadosas matronas que eran

responsables ante los sacerdotes del precioso depósito que se las confiaba, miraron con respeto a la tierna adolescente, cuya bondad y hermosura las subyugaba.

Su retiro en el templo no fue una clausura monacal. Sus padres, que desde el momento de la presentación se avecindaron en Jerusalén, la visitaban con frecuencia. No podían vivir lejos de aquella hija, blanca y pura paloma que todo lo perfumaba con su presencia, como la magnolia de Oriente al abrir su aromático cáliz.

Todas las tardes después de las abluciones, cuando los rayos del sol comenzaban a bañar con la roja luz del crepúsculo vespertino las cordilleras del Thabor, las águilas, abandonando sus negros nidos del Líbano, se cernían con perezoso vuelo sobre los blancos y elevados minaretes de Jerusalén, María, cubierta con el pudoroso velo de las vírgenes y seguida de sus compañeras, entonaba con fervoroso acento, al pie del ara, las plegarias de *Estra,* y el Dios de Sión, indudablemente, oía su dulce súplica, que desde el polvo de la tierra se elevaba hasta el santuario de su paraíso, expresada en este poético y santo estilo:

«¡Oh, Dios!… Que vuestro nombre sea glorificado y santificado en este mundo que vos habéis creado, según vuestra voluntad; *haced reinar vuestro reino:* que la redención florezca y que el Mesías venga prontamente».[29]

Esto entonaban al son de las melodiosas arpas las vírgenes del templo, y el pueblo les respondía con fervoroso acento, inclinando las frentes al suelo:

«Amén, amén».

Luego repetían los inspirados versículos del bello salmo de los profetas Aggeo y Zacarías:

«El Señor desata a los que están encadenados: el Señor ilumina a los que están ciegos».

«El Señor levanta a los que están caídos: el Señor ama a los que son justos».

«El Señor guarda a los extranjeros: Él tomará bajo su protección al huérfano, a la viuda, y destruirá los caminos de los pecadores».

«El Señor reinará en todos los siglos: tu Dios ¡oh Sión! reinará en todos los linajes».

María permaneció hasta la edad de quince años en el templo de Salomón, siendo el modelo de virtud y de santidad entre sus compañeras. Las horas que la dejaban libres los oficios divinos las empleaba en bordar y hacer otras labores delicadas y en el estudio de sagrados libros. Su habilidad sin igual en hilar el lino de pechera, ha llegado hasta nosotros en una tradición oriental, que se designa con el nombre de *Hilo de la Virgen,*[30] esos encajes finos y delicados, cuyo tejido parece que va a descomponerse con el menor soplo del viento. A los quince años, María era, según San Dionisio Areopagita, contemporáneo de la Virgen y que tuvo la incomparable ventura de ver la casta luz de su mirada y oír la dulzura de su voz, *hermosa hasta deslumbrar, y que la hubiera adorado como a un Dios si no hubiese sabido que no hay más que un solo Dios.*

San Epifanio, en el siglo IV, nos la describe de este modo: *Su talle era algo más*

que mediano; su tez, ligeramente dorada, como la de Sulamita por el sol de su patria, tenía el rico matiz de las espigas de Egipto; sus cabellos eran rubios; sus ojos vivos; su pupila tirando un poco a color de aceituna;[31] *sus cejas perfectamente arqueadas y de un negro el más hermoso; su nariz, de una perfección notable, era aguileña; sus labios sonrosados; el corte de su semblante hermosamente ovalado; sus manos y sus dedos eran largos.*

María, pues, según el dictamen de algunos sabios comentadores de la Sagrada Escritura, encerraba en ella sola, todos los ricos tesoros de la belleza, caridad, valor y virtud que podría reunir el grandioso catálogo de las mujeres de la Biblia. En el puro e inmaculado vaso en que se encerraba su ser se habían reunido todas las perfecciones que el Eterno puede otorgar a una criatura.

La Madre de Dios no se concibe de otro modo. La importante, la dolorosa, la regeneradora misión a que estaba destinada desde el momento que su pecho virginal respiró en la tierra de los hombres el primer soplo de vida, tan sólo una mujer tocada en el corazón por el soplo de Dios podía llevarla a cabo. Por eso, Dios, que la había elegido para que el mundo la invocase en lo venidero con el excelso nombre de su Madre, hizo que María fuese casta como Susana; bella y valerosa como Esther, la judía que evitó el exterminio de sus compatriotas; prudente como Abigail, la esposa de David; previsora como la profetisa Débora, que supo gobernar a los hebreos y salvarles de la dominación de los cananeos, y sufrida y resignada como la madre inmortal de los Macabeos.[32]

Terminaremos el retrato de la Virgen con decir que hablaba poco, que era sencilla en sus palabras y modesta en su porte, y no le gustaba dejarse ver, a pesar de ser joven y hermosa.

Así se hallaban las cosas, cuando en el cielo sonó la hora para que comenzaran las lágrimas a empañar las limpias pupilas de la Virgen. A Dios le plugo que diera principio la prueba terrible a que la había destinado.

Zacarías, gran sacerdote y pariente de María, entró una tarde en su celda y le dijo:

—Cúbrete la cabeza con tu manto y sígueme.

—¿A dónde, señor? —preguntó la joven.

—Un hombre lanza en el lecho de muerte el último soplo de la vida. Jehová le llama a *la casa de los vivos,*[33] y antes de abandonar a sus parientes quiere bendecirte.

—¡Mi padre! —exclamó María llena del más cruel dolor.

—Sí, tu padre —respondió el sacerdote con religiosa entonación.

Joaquín murió como mueren los justos: rodeado de su familia, y oyendo en torno suyo las oraciones y los sollozos de sus parientes y amigos. María le cerró los ojos y acompañó con su madre el cadáver a la última morada, según la costumbre de los hebreos.

Pero, ¡ay!, este golpe cruel no vino solo; otro le siguió en pos, más terrible si cabe, que dejó desconsolada y huérfana a la inmaculada María.

Su corazón comenzó a traspasarse con dos heridas crueles, que fueron el preludio de otras *mil que le esperaban.*

La lámpara mortuoria no se había apagado en la habitación de la viuda.

El grosero *camelote*[34] envolvía las delicadas formas de la Virgen, y los pequeños pies llevaba aún descalzos, cuando un segundo emisario fue al templo a anunciarle que su madre estaba expirando. La joven, acompañada de una de las matronas, corrió junto al lecho de su madre. Era de noche: junto a la modesta puerta de la casa de Ana vio María una plañidera acurrucada, que lanzaba al viento sus dolorosos gemidos.

—Mujer —le dijo—, ¿es la madre de mi alma muerta por desgracia?

—No, Virgen —le respondió—: aún vive; pero mi llanto anuncia su última hora que está cercana.

El rocío de la mañana, al descender de los cielos, encontró el alma de Ana, que se elevaba al trono de Dios.

María era huérfana, y, como tal, libre y dueña de su albedrío. Pero Ella eligió la casa de Dios como refugio de su destrozado corazón. Su dolor fue angustioso, grande, pero resignado.

Desde el fondo de su alma virginal, se exhalaron preciosas y abundantes lágrimas, porque su corazón, fuente de inagotable ternura, no se secó jamás; y elevando al cielo su rostro dolorido y sus anegados ojos, exclamó con doloroso acento, apurando el cáliz de la amargura:

—¡Oh, Jehová! ¡Hágase tu voluntad!

María encendió la lámpara en la sinagoga, mudo heraldo de su dolor que pedía oraciones para su difunta madre y ayunó por espacio de once meses todas las semanas el mismo día en que se quedara huérfana.[34A]

María, aunque pobre y huérfana, tuvo tutores de orden sacerdotal. Zacarías, esposo de Elisabet, padre de San Juan Bautista, predecesor de Cristo, fue el tutor que eligió Joaquín para su hija en la hora de la muerte.

Capítulo III

EL ANILLO DE ORO

Moisés había dicho: «*El que no dejare descendencia en Israel, sea maldito*».

La ley, pues, obligaba a María a tomar esposo.

Los padres del Bautista, de ese mártir del capricho de una reina impura, vivían en Aín, pequeño pueblo que se hallaba situado dos leguas al Sur de Jerusalén, y desoyendo las repetidas súplicas de su ahijada, que se obstinaba en permanecer por el resto de sus días en el templo de Sión, convocaron a todos los parientes del linaje de David y de la tribu de Judá.

Una descendiente de David no podía sustraerse al yugo del matrimonio. Los profetas habían anunciado que de una rama verde y frondosa saldría el Mesías deseado, el Salvador de Israel, el cual debía colocar el verde estandarte de los Macabeos sobre los templos paganos de la impura Roma, y los judíos gozábanse viendo en sus sueños de venganza el asombro y estupor con que los esclavos del Tíber leerían estos rojos caracteres de su gloriosa enseña: *¿Quién de entre los dioses es semejante a ti, oh, Eterno?* Esto era la esperanza del pueblo hebreo, desde que el asirio, arrolándole con sus vencedoras legiones, le transportó cautivo a las orillas del Éufrates. Israel lloró lágrimas de dolor en la impura Babilonia, las arpas de Judá perdieron sus dulces melodías, y los vasos sagrados del templo de Sión fueron depositados a los pies del dios Belo, como si Jehová, pudiera rendir vasallaje al ídolo bárbaro y sangriento de los babilonios.

María, pues, era una esperanza para el pueblo de Abraham. La perfumada violeta de Nazaret, el verde retoño del Rey de los Cantares, debía unirse con un hombre de su raza cuya limpieza de sangre fuera tan pura, tan inmaculada, como la que circulaba por las azuladas venas de la Estrella del Mar.

Según las sagradas tradiciones, veinticuatro aspirantes se presentaron a la mano de la joven Virgen. Entre ellos se encontraba José, el carpintero de Nazaret y Agabús, el noble jerosolimitano. José era pobre, humilde y ganaba su sustento con el esfuerzo de sus manos. Su edad frisaba en los cuarenta años.[34B] y su venerable cabeza se hallaba cubierta de canas.

Agabús era joven, rico y hermoso. Su linaje alto, y su familia de las más poderosas de Judá. Uno le ofrecía una vida de privaciones. Otro una existencia de lujo y abundancia.

José, el humilde sayo del pobre sobre su cuerpo y el duro pan del jornalero en su mesa.

Agabús, hubiera arrojado a sus pies preciosas telas de Egipto, y adornado sus brazos con oro y perlas de Persia, pero los sacerdotes despreciaban la riqueza y eligieron al pobre carpintero de Nazaret, porque Dios les había recordado el vaticinio

de Isaías, que decía: *Saldrá una vara de la raíz de José, y de su raíz subirá una flor preciosa.*

Veinticuatro varillas de almendro depositaron en el templo por la noche, después de orar, los pretendientes.

Una tradición antigua, relatada por San Jerónimo, refiere que la seca vara de José, hijo de Jacob, hijo de Natham, se encontró verde y florida al día siguiente.

Agabús, desesperado por este prodigio que le mostraba el cielo, cerrando toda puerta a su esperanza, rompió resignado su vara y corrió a encerrarse en una gruta del Carmelo con los discípulos de Elías. Su dolor fue inmenso; pero su fe, tan grande como su dolor, le hizo cristiano, y murió con los honores de santidad.

Los tutores manifestaron a María el nombre y la clase del esposo elegido y Ella lo aceptó sin pronunciar la más leve queja.

Los delicados trabajos del templo, los perfumes de la santa casa, iban a trocarse en breve por las rudas y penosas fatigas de la mujer del pobre. Pero María, fuerte de espíritu, confiaba en que el Señor le daría fuerzas para sobrellevar tan pesada carga. Aunque destinada a ser esposa de un carpintero, no se creyó degradada, porque todo israelita era artesano, pues por alta que fuese su jerarquía, el padre tenía la obligación de enseñar un oficio a su hijo, *a menos,* decía la ley, *que no quisiera hacer de él un ladrón,* y además, José, aunque pobre jornalero, descendía de David, y sangre de reyes circulaba por sus venas.

Los desposorios de José y María se celebraron con esa sencillez poética de los tiempos primitivos. El novio, en presencia de los parientes y sacerdotes, ofreció un anillo de oro liso y de escaso valor a su futura esposa, diciéndole:

—Si tú consientes en ser mi esposa, acepta esta prenda.

Los escribas extendieron el contrato con esta lacónica fórmula:

«Yo, José, hijo de Natham, he dicho a María, hija de Joaquín: Sé mi esposa según la ley de Moisés y de Israel. Yo prometo honrarte y proveer a tu mantenimiento y a tus vestidos, según la costumbre de los maridos hebreos, que honran a sus mujeres y las mantienen como conviene. Yo doy, desde luego, la suma prescrita por la ley de doscientos *zuces*,[35] y te prometo, además de los vestidos y alimentos y todo lo que sea necesario, la amistad conyugal, cosa común a todos los pueblos del mundo».

Aquí firmaba el marido y los testigos, y luego seguía de este modo el contrato:

«María ha consentido en ser la esposa de José, quien de su voluntad, para formar viudedad conforme a sus propios bienes, añade a la suma anteriormente indicada la de ochocientos *zuces*».[36]

Después de esta ceremonia se elevaron alabanzas al Dios de Israel, siendo a la conclusión bendecidos los esposos por un sacerdote que representaba al difunto padre de María.

Transcurrió un espacio de cinco meses, durante el cual los parientes de los desposados preparaban la segunda ceremonia, que era entre los israelitas la más importante.

Llegó, por fin, el día aplazado, que era un miércoles[37] del mes de enero. La luna extendía su frente de plata sobre las tranquilas aguas del estrecho mar de Galilea, cuando en alegre cuadrilla se dirigían por una angosta calle de Jerusalén hacia la casa de María, una multitud de doncellas ricamente ataviadas.

Las antorchas que empuñaban las callosas manos de los esclavos alumbraban el paso de las doncellas, bañando de clara y roja luz los ámbitos oscuros de la calle. Los ricos cinturones de oro, las tiaras de Persia y las redecillas de diamantes de las vírgenes despedían a la luz de las antorchas mil chispas brilladoras como las estrellas de una noche obscura y serena. Un palio, sostenido por cuatro jóvenes judíos, aguardaba a la esposa. La Virgen se presentó en los dinteles de su puerta. Las arpas y las flautas de los tañedores lanzaron al viento deliciosos raudales de dulce armonía, y los amigos y los parientes agitaron en señal de regocijo los ramos de palmera y de mirto que llevaban en las manos. La comitiva rompió la marcha en dirección al templo. José iba delante, rodeado de sus gozosos amigos. Por su venerable cabeza se arrollaba la corona de azufre y sal. La danza y los gritos de alegría comenzaron, y las mujeres, derramando esencia sobre los vestidos de la esposa y flores por la tierra que pisaba, gritaban con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Bendita sea, bendita, la descendiente de David!

Una muchedumbre inmensa que esperaba a los esposos en las gradas del templo, apenas los vieron a la claridad de las antorchas, exclamaron a coro:

—¡Benditos sean los que vienen!

¿Cómo calificar este inmenso placer, esta alegría entusiasta que rebosaba en todos los corazones, en las bodas de dos criaturas tan humildes como María y José?

Dios, sin duda, que reservaba a la Madre de Jesús la calle de la Amargura, quiso darle un día de triunfo en Jerusalén, como a su Hijo, en cambio de las dolorosas lágrimas que debía derramar en la cumbre del Gólgota.

El palio recibió bajo su augusto toldo a los esposos. Ambos se sentaron. María llevaba cubierto el semblante con un velo; José enrollaba su *talet* a su cuello.

—He aquí —dijo José colocando un segundo anillo en el dedo corazón de María —, *tú eres* mi mujer, según el rito de Moisés y de Israel.

—Extiende un lienzo de tu capa sobre tu sierva —le dijo el sumo sacerdote con voz pausada.

—Obedecido eres —le contestó el Patriarca desenrollando el *talet* y cubriendo con él la cabeza de María.

Luego un pariente llenó de vino una taza de vidrio, y después de aplicar en ella sus labios, la dio a los esposos para que bebieran también. Entonces el sacerdote arrojó al aire un puñado de trigo en señal de abundancia, y cogiendo la copa de mano de los esposos, la presentó a un niño de seis años. Éste rompió la copa con una varita de plata. La ceremonia nupcial había concluido; el festín iba a comenzar.

Mientras los convidados se entregaban al bullicioso encanto de los comentarios y la conversación, José dijo en voz baja estas palabras a su esposa:

—Tú serás como mi madre y yo te respetaré como al mismo altar de Jehová.

Siete días duraron las fiestas: al octavo, los esposos abandonaron Jerusalén para trasladarse a Nazaret. Algunos parientes, según la costumbre, les acompañaron hasta la primera parada, despidiéndose de ellos con las lágrimas en los ojos y el sentimiento en el corazón.

Capítulo IV

EL ÁNGEL GABRIEL

Nazaret, flor de Galilea, recibió en su amoroso seno a los castos esposos. Jesús, rosa del campo, lirio del valle, iba a ser concebido en las virginales entrañas de la Estrella del Mar.

José y María vivían contentos y felices en la humilde habitación de Santa Ana.

El Patriarca ejercía su profesión de carpintero en un cuarto bajo *de doce pies de ancho y otros tantos de largo, separado de la casa de Ana como unos sesenta pasos.* Siguiendo una antigua tradición de Oriente, ejercía su oficio de carpintero en otro local aparte del que vivía su esposa.

Caritativo en extremo, había levantado sobre la puerta de su casa de *trabajo* una especie de tendal, hecho con ramas de palmera, a cuya sombra los fatigados viajeros tenían un banco donde descansar, agua fresca con que apagar su sed, sabroso pan amasado por la Virgen con que matar el hambre, un techo hospitalario que les libraba de los ardientes rayos del sol, y un hombre bueno y afable que con la sonrisa en los labios les ofrecía su pobreza. Allí, según dice Orsini, el laborioso artesano construía arados, yugos y carros de labranza, y algunas veces levantaba las cabañas de las aldeas. Allí, según San Justino Mártir, fue donde más tarde el Hombre-Dios ayudó a su padre en tan penosos y rudos trabajos.

El brazo de José era fuerte y más de una vez el santo jornalero derribó al golpe de su hacha los robustos árboles del Carmelo. Mientras tanto, María, la esposa inmaculada, la tierna Virgen de Sión, molía con sus delicadas manos el grano de trigo y amasaba la harina en redondas tortas.

Diariamente, cubierto el rostro con el tupido velo, y la pesada urna[38] de los nazarenos sobre la delicada cabeza, tomando el camino de los Nopales, se dirigía a una fuente poco distante del pueblo a llenar su cántaro.[39]

Terminados los quehaceres de la casa, la Virgen empuñaba el tosco huso y el áspero lino, y entretenida con el trabajo esperaba la hora en que José, con el rostro cubierto de sudor, debía regresar a su casa. Entonces, sobre una mesa de pino, fina y blanca como la conciencia del artífice que la había construido, colocaba María frutas sabrosas y legumbres secas, que constituían la frugal comida de los descendientes de David. Los hebreos son sobrios hasta la inverosimilitud, pues en tiempo de necesidad les basta un jarro de agua y un trozo de pan moreno para pasar un día, sin que por eso se muestren desfallecidos en las horas de trabajo.

Durante la frugal comida de los santos esposos, que se verificaba a las seis de la tarde, el sol, hundiéndose en el ocaso, les enviaba sus últimos rayos a través de los vistosos celajes del cielo de Palestina. Los ruiseñores soltaban sus parleros trinos desde las vecinas enramadas, saludando a la noche, y las melancólicas tórtolas del

Carmelo arrullaban en las copas de los árboles, llamando a sus compañeros errantes al nido nocturno.

Así transcurrieron dos meses. El ángel de la paz cobijaba bajo sus níveas alas la modesta vivienda de los futuros padres del Mesías.

Una tarde[40] José se había encaminado al monte. El crepúsculo vespertino sólo prestaba al mundo esa tibia y vaga claridad que deja en pos de sí como una muestra del esplendor del sol. La noche estaba próxima a empuñar su cetro de tinieblas, y José no volvía del Carmelo. La Virgen le esperaba resignada bajo su emparrado de azucenas y aromáticas madreselvas. Sus ojos azules se dirigían hacia Jerusalén, buscando en el dilatado cielo el punto que, según su cálculo, debía hallarse colocado encima del templo de Sión.[41]

Sus labios, sonrosados como los claveles de los Alpes, se entreabrían silenciosos para dar paso a palabras sin ruido formuladas en el fondo de su pecho virginal. Aquellas palabras eran la oración de la tarde, dirigida al Dios de Jacob.

Las entrelazadas ramas del emparrado se abrieron para dar paso a un hermoso adolescente, de cuya blanca túnica salían raudales de luz. El ángel Gabriel, el emisario de la bondad inagotable de Dios, se hallaba junto a María, que llena de temor y sobresalto se quedó clavada en el duro pavimento; iluminó a la Virgen con una celestial mirada, y, luego, extendiendo una mano en señal de acatamiento, le dijo con dulce y armoniosa voz:

—*Yo te saludo; llena eres de gracia; el Señor es contigo: Tú eres bendita entre todas las mujeres.*

María, con los ojos fijos en el suelo, no se atrevía a despegar los labios.

Como la flor que al recibir la gota de rocío que le regala el cielo abre sus pétalos y dobla su tallo, así la pudorosa Virgen de Nazaret, mientras que su amoroso corazón se abría para albergar en él las misteriosas palabras del enviado de los cielos, doblaba su frente, temerosa de ofenderle con su mirada o tal vez temía, como Moisés, *ver a su Dios y morir.*

—*Nada temas, María* —volvió a repetir el ángel con dulzura, inclinando su radiosa frente—, *porque has hallado gracia delante de Dios: concebirás en tu seno y parirás un Hijo, a quien pondrán el nombre de Jesús. Él será grande y será llamado el Hijo del Altísimo. Dios le dará el trono de su Padre; reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin.*

—¿Cómo se hará esto, pues yo no conozco varón? —dijo sencillamente María, no sabiendo cómo conciliar el título de madre con el voto de virgen ofrecido junto al ara de Sión.

«La virgen no duda», dice San Agustín: «Ella sólo desea instruirse en la manera como debe obrarse el milagro».

—*El Espíritu Santo descenderá sobre Ti* —continuó el ángel—, *y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; he aquí por qué el fruto Santo que de Ti ha de nacer será llamado el Hijo de Sión.*

El mensajero de Jehová quiso dejar una prueba de la verdad de sus palabras a la Virgen, elegida como la urna santa que debía ser por nueve meses la depositaria del Verbo Divino.

—Elisabet, tu prima —le dijo—, *ha concebido un hijo en su senectud, y este es el sexto mes del embarazo de la que es reputada estéril, porque nada hay imposible a Dios.*

María, anonadada ante los beneficios de Dios, creyéndose en su modestia indigna de la elección con que el Eterno la honraba, bajó la frente con humildad, diciendo:

—He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.

El ángel desapareció, y el Verbo Divino se hizo carne para padecer por nosotros el martirio cruento de la cruz.

María, desde aquel instante, concibió el pensamiento de visitar a su prima, a quien tanto debía. Elizabet era muy entrada en años, y María llena de caridad. Ser útil a sus semejantes era su mayor placer.

Antes de traspasar los umbrales de los ricos parientes de la rosa de Nazaret, diremos dos palabras del padre de San Juan Bautista.

Oigamos lo que dice Ataulfo de Sajonia, refiriéndose al texto de San Lucas:

«En los días de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote llamado Zacarías, de la familia sacerdotal de Abea, una de aquellas que servían por turno[42] en el templo, cuya mujer, llamada Elisabet o Isabel, era igualmente del linaje de Aarón. Los dos eran justos a los ojos de Dios, y guardaban estrictamente todos los preceptos y las leyes del Señor, y habiendo entrado Zacarías a ofrecer el incienso cuando le correspondía, se le apareció el ángel del Señor, estando a la derecha del altar de los perfumes, teniendo su rostro lleno de tanta majestad, y toda su persona manifestando un aire tan divino, que Zacarías se turbó y se puso a temblar todo su cuerpo, que fue preciso que el ángel le sosegase diciendo: “No temas, Zacarías; mi presencia debe servirte de gozo y consuelo antes que de temor: tus súplicas llegaron al firmamento, fueron oídas de Dios, y para que te convenzas de esto, sabe que Isabel, tu esposa, aunque estéril y anciana, te dará un hijo, a quien llamarás Juan, el cual llenará de consuelo toda la casa de Israel. Su nacimiento será para ti, y otros muchos, motivo de una gran alegría, y presagio cierto de una futura grandeza. Será grande a la presencia del Señor: él está destinado para ejercer un cargo sublime cerca del Mesías, que vendrá bien presto, y lo cumplirá. Será santificado desde el vientre de su madre y lleno del Espíritu Santo, y por todo el curso de su vida guardará una abstinencia tan rigurosa, que jamás beberá el vino ni la sidra, y predicará con tanto celo, que convertirá a muchos hijos de su raza a su Dios y Señor. Él precederá la venida del Redentor e irá delante de Él con el espíritu y la virtud de Elías y predicará con tan prósperos sucesos, que los hijos renovarán en sus pechos la fe y la piedad de sus padres. Convertirá a los incrédulos y les obligará a seguir el camino de la prudencia de los justos, y preparará para cuando venga el Señor un pueblo perfecto, para que reciba con docilidad los preceptos de su nueva ley”.» Hasta aquí Ataulfo de Sajonia.

Zacarías vio al ángel con gran placer, pero la duda se anidaba en su corazón. Aquellas palabras que resonaban con dulzura en sus oídos, no eran creídas por su alma.

El cielo le otorgaba en su ancianidad la gracia de darle un hijo: este hijo era el Bautista, el precursor de Cristo, y el sacerdote afortunado no daba crédito a aquella revelación divina, exclamando:

—Yo soy anciano y mi esposa lo es tanto como yo. ¿Cómo podré saber que es cierto lo que me dices?

Esta desconfianza irritó al enviado de Jehová. Sus ojos despidieron un rayo de luz celeste. Este rayo del cielo fue a tocar la lengua del sacerdote incrédulo.

—Yo soy Gabriel —volvió a decir el emisario celeste—, uno de los ángeles que moran junto al trono de Dios, y de quien se vale para trasmitir sus órdenes. Él me ha enviado a ti, y por cuanto has dudado de mis palabras, sordo y mudo serás hasta el día en que se cumpla lo que he venido a anunciarte.

……

Zacarías se quedó aterrado, y sin poder terminar la semana de su oficio en el templo, por el castigo que Dios había lanzado sobre él. Triste y afligido abandonó la populosa Jerusalén y atravesando una parte de la Galilea, de la feraz Samaria y dos terceras partes de la tierra de Judá, después de cinco días de marcha llegó a la ciudad de Ain, en donde tenía sus casas y sus tierras.

Su esposa Elisabet le recibió con la alegría en el rostro y la sonrisa en los labios. La venturosa madre de Juan quería participar a su esposo el favor que Dios les concedía; pero el incrédulo sacerdote no pudo oír sus palabras ni responder a sus preguntas. Un mar de lágrimas corría de sus ojos. Angustiosos suspiros se escapaban de su pecho porque Jehová le había castigado.

Elisabet se arrojó en sus brazos, repitiéndole gozosa:

—El Dios de Jacob ha oído mis súplicas. ¡Soy madre!, ¡soy madre! Siento en mis entrañas el germen de un nuevo ser que se agita. ¿Y tú nada me dices?

Zacarías se esforzaba en vano por ligar las letras. Era sordomudo. Exhaló un suspiro de angustioso dolor, y cayó desfallecido a los pies de su esposa.

Capítulo V

LA PAZ SEA CONTIGO

María guardó en el fondo de su alma la revelación que el ángel le había hecho. Nada dijo a su esposo, porque, modesta en extremo, temía que trasluciera en sus palabras un rasgo de vanidad. Guardó, pues, el secreto como un tesoro precioso que Dios le había confiado, esperando con santa resignación que los acontecimientos portentosos que el cielo le anunciaba la condujeran al punto elegido por la superioridad divina.

Participó a José el placer que le causaría visitar a su prima Isabel, y él, que bueno y bondadoso se desvelaba por satisfacer todo cuanto era grato a su santa esposa, le dio gustoso su permiso para que emprendiera el viaje apetecido.

José era pobre; de su modesto jornal vivían, y no le era fácil abandonar el trabajo; así es que aprovechando la ocasión de pasar a Ain, patria de Elisabet, unos parientes suyos, les recomendó a su esposa, y María partió a Nazaret en la estación de las rosas.

José acompañó a su esposa hasta dos leguas del pueblo, y después, con el corazón oprimido por la ausencia de la Virgen, regresó a su casa.

Isabel, la esposa de Zacarías, había sido una segunda madre para la Virgen desde que Ana y Joaquín la dejaron huérfana. Los favores recibidos por la niña durante su permanencia en el templo de Sión, iban a ser pagados por la mujer en la casa de la anciana Elisabet. Ésta era la idea que animaba a María al salir de Nazaret, al emprender el viaje.

La joven y hermosa viajera, montada en su modesta cabalgadura y rodeada de algunas mujeres que, como ella, se dirigían hacia las montañas de Judea, en que Zacarías, el Aaronita, tenía su vivienda,[43] abandonó una mañana su patria nativa. La ciudad de Ain se halla situada a un extremo de la Judea. El camino, áspero y montuoso, expone a cada paso la vida del viajero.

Algunos escritores sostienen que la Virgen hizo el viaje sola; lo cual parece inverosímil, atendiendo lo áspero y quebrado del camino que tenía que atravesar, ya que en Siria, según Valney y otros varios conocedores de las costumbres de Oriente, nadie viaje solo, sino en grupos o caravanas, siendo preciso que muchos quisieran ir a un mismo punto; precaución necesaria en un país abierto a los árabes como la Palestina.

¿Cómo, pues, San José, el varón prudente y reflexivo, hubiera consentido que su casta esposa, la tierna Virgen de quince años, hubiera emprendido un viaje de cinco o seis jornadas en un país sin más posadas que los grandes y desmantelados cobertizos llamados *kervanseray,* en donde los caminantes se refugian durante la noche, en un monte, como un ganado de ovejas?

Nosotros hemos rodeado a María de amigos y parientes durante el viaje a Judea, porque esto es lo más verosímil, atendido el carácter de la viajera y las costumbres de

los judíos.

La caravana, después de atravesar las tribus de Issachar, Manasés, Samaria y Benjamín, saludó las altas coronas del templo de Sión y los gallardos minaretes de la ciudad sacerdotal que dejaba a su izquierda, y arribó felizmente a las cercanías de Ain, sin que los feroces habitantes de la *vía Sangrienta* detuvieran su paso.

Uno de los parientes que formaban parte de la comitiva de la Virgen se adelantó a participar a Isabel el próximo arribo de María. La que debía ser madre del Bautista se hallaba en su derruida casa de campo cuando recibió tan fausta nueva, y, llena de gozo corrió hacia el camino con los brazos extendidos para recibir en ellos a su joven prima. La Virgen vio llegar hacia ella a la noble anciana con el semblante lleno de alegría y de felicidad, y bajando al suelo la frente, le dijo con dulzura:

—*La paz sea contigo.*[44]

Elisabet sintió en su seno un movimiento extraño. La voz dulce y respetuosa de María había levantado un eco melodioso en su corazón. Su semblante se reanimó y su sangre comenzó a hervir en sus venas como si su naturaleza hubiera retrocedido cuarenta años.

¿Qué misterioso influjo, qué santa sensación habían introducido en su pecho las palabras de la nazarena, para que la lengua de Elisabet exclamara de este modo?

—*Tú eres bendita entre todas las mujeres y el Fruto es bendito de tu vientre.*

Y, luego, viendo que María, conservando su actitud humilde, no desplegaba sus labios, continuó:

—¿De dónde me viene la felicidad de que la Madre de mi Señor venga a mí? Porque luego que tu voz ha llegado a mis oídos, mi hijo ha saltado de alegría en mis entrañas, y Tú eres dichosa por haber creído, porque lo que se te ha dicho de parte del Señor será cumplido.

Elisabet, la inmortal esposa de Zacarías, tocada en los ojos del alma por el soplo misterioso de Jehová, había visto a través del ignorado porvenir el trono de gloria que el Eterno reservaba a su prima.

Pero oigamos las palabras de la Virgen, el canto poético y sublime del Nuevo Testamento, el más inspirado, el más armonioso de las Santas Escrituras, de esos libros que han sido, y serán eternamente, el inagotable manantial de la inspiración cristiana.

María respondió de este modo a Isabel:

«Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se transporta de gozo en Dios mi Salvador.

»Porque el Señor ha atendido a la humildad de su esclava.

»En adelante seré llamada bienaventurada en toda la serie de los siglos.

»Porque ha hecho en mí grandes cosas Aquél que es Omnipotente y cuyo nombre es santo.

»Su misericordia se extiende de edad en edad sobre los que temen.

»Ha desplegado la fuerza de su brazo, y ha disipado a los que se llenaban de

orgullo en medio de su corazón.

»Ha arrojado a los grandes de su trono, y ha ensalzado a los humildes.

»Ha llenado de bienes a los que estaban hambrientos, y ha empobrecido a los que estaban ricos.

»Se ha acordado de su misericordia, y ha protegido a Israel, su servidor.

»Según la promesa hecha a nuestro padre Abraham y a su linaje para siempre».

La Virgen, dice el abate Orsini, que con tan poéticos y delicados colores ha descrito la Visitación de María, permaneció tres meses en el país de los hetheos, y pasó esa larga visita a corta distancia del país de Ain, en el fondo de un florido y fértil valle en que Zacarías tenía su casa de campo.

«Allí fue donde la Hija de David, profetisa también y dotada de un genio igual al del ilustre jefe de su familia, pudo contemplar a satisfacción el cielo estrellado, los bosques sonoros, y el vasto mar que desplegaba al horizonte sus olas agitadas o apacibles sobre las resonantes playas de la Siria.

»El aspecto de esa naturaleza tan completa en sus pormenores, tan hábilmente armonizada en su conjunto, en que todo es maravilloso, desde el tejido de la flor y el ala del insecto, hasta esos mundos errantes que brillan en las tinieblas de la noche, excitaron la admiración profunda de la Virgen hacia las obras magníficas del Creador.

»¡Cuán grande es! —pensaba la Hija de los Profetas—, cuán grande es Aquél que da sus órdenes a la estrella de la mañana, y que señala a la aurora el punto del cielo en que debe aparecer; que manda al trueno, y a quien el rayo sumiso dice al presentarse: ¡Ya estoy aquí! ¡Cuán grande es!… Pero su bondad es igual a su poder. Él es el que ha puesto la cordura en el corazón del hombre, y dado el instinto a los animales. Él es quien provee las necesidades incesantes de la criatura, quien da calor bajo la arena al huevo del avestruz y vela sobre el *behemeth*[45] cuando se duerme a la sombra de los sauces del torrente; quien prepara al cuervo su alimento cuando sus polluelos van errantes y hambientos graznando por las peladas rocas de los barrancos.

»Entonces, a imitación del Salmista, la Santa Virgen convidaba a toda la naturaleza a bendecir con Ella al Creador. En sus excursiones a través de las praderas se complacía en la contemplación de las flores que hallaba ante su paso.

»Un día la Virgen puso su mano sobre una flor inodora, que los árabes llaman *arthemita,* e inmediatamente la flor adquirió una fragancia, un perfume tan grato[46] que aún hoy en día es mirada con predilección entre los hijos de Oriente, la familia de aquella planta que tal virtud adquirió al solo contacto de la Nazarena.

»Detrás de la hermosa casa del pontífice hebreo se extendía uno de esos jardines llamados *paraísos* entre los persas, y cuya disposición habían tomado los cautivos de Israel del pueblo de Ciro y de Semíramis. Campeaban en él los más bellos árboles de la Palestina, amenizando sus atractivos el dulce perfume de los naranjos y los arroyos de cristalina agua que serpenteaban bajo las pendientes ramas de los sauces.

»Allí era donde los tiernos cuidados de María hicieron olvidar a Elisabet sus temores sobre un suceso cuya esperanza la colmaba de gozo, pero que su edad

avanzada podía hacer funesto.

»¡Cuán religiosa y grave debía ser la conversación de esas dos santas mujeres!…

»La una, joven sencilla e ignorante del mal como Eva al salir de las manos del Hacedor; la otra, cargada de años y enriquecida con una larga experiencia profundamente piadosa. La una, llevando en su seno, por largo tiempo estéril, un hijo que debía ser *profeta y más que profeta*, y la otra, a la semilla bendita del Altísimo, al Jefe libertador de Israel.»

En las hermosas noches de verano, cuando el pálido resplandor de la luna alumbraba la floresta, colocábase bajo una coposa higuera o los verdes pámpanos de un ancho parral[47] la comida de la opulenta familia del mudo Zacarías, compuesta del corderito alimentado con la aromática yerba de la montaña, el pescado de Sidón, el panal de miel silvestre extraído del hueco de la vieja encina, los sabrosos dátiles de Jericó, que estaban por entonces hasta en la mesa del César, los albaricoques de Armenia, los alfónsigos del Alepo y las sandías de Egipto.

El vino de los collados de Engaddi, que el mayordomo del príncipe de los sacerdotes guardaba en cubas de piedra, circulaba en ricos vasos, que llenaban los criados con alegres rostros.

María, frugal así en el seno de la abundancia como en el de la escasez, se contentaba con algunas frutas, un poco de pan y una taza de agua de la fuente de *Naphtoa*.[48]

Así transcurrieron tres meses, durante los cuales María fue para la anciana Elisabet una hija tierna y solícita. Zacarías, entre tanto, mudo y sordo por su duda ante el enviado de Jehová, esperaba con santa resignación que la bondad del cielo descendiera sobre él, devolviéndole los dones que le había quitado. Llegó, por fin, el tan deseado día, y Elisabet dio a luz un hermoso niño.

Grande fue el asombro y la admiración de los pacíficos habitantes de Ain al ver aquella anciana que, inundado el rostro de lágrimas de gozo, les enseñaba el tierno hijo con que Dios la había favorecido. Los parientes se reunieron y se trató del nombre que al vástago del sacerdote debía ponerse.

Todos optaron por el de su padre, Zacarías; pero Elisabet, oponiéndose, respondió a sus parientes con firme y segura voz:

—*De ningún modo: Juan será llamado.* (Evang. de San Lucas).

Entonces el anciano sacerdote, a quien por señas preguntaban los parientes qué nombre debía ponerse definitivamente a su hijo, pidió una tablilla encerada y un punzón, y escribió estas palabras con segura mano:

«Juan es su nombre».

Los concurrentes se miraron los unos a los otros con muestras de asombro. Zacarías era sordomudo. ¿Cómo, pues, escribía el mismo nombre que su mujer acababa de pronunciar, y que él no había podido oír? Pero la expiación de la culpa había terminado, y Dios con su infinito poder devolvía al sacerdote hebreo las preciosas facultades de que le había privado por espacio de nueve meses.

Zacarías hablaba y oía como antes de la revelación del Ángel, y el pueblo comentaba con asombro este milagro. Por fin llegó la hora de que la Santa Virgen abandonara la casa de sus parientes, y después de abrazar y bendecir al recién nacido, regresó a Nazaret, acompañada de unos criados de Zacarías.

El nacimiento del Bautista fue espléndido como el del hijo de un príncipe hebreo. Los habitantes de Ain se regocijaron por espacio de algunos días con las fiestas que el sacerdote hizo en celebración de tan fausto acontecimiento.

Algunos años después, los judíos, teniendo en cuenta que Juan era el hijo de un sacerdote rico y Jesús de un pobre carpintero, tuvieron en más al primero que al segundo, pues el Hijo de Dios no fue para ellos más que un hombre común, sin importancia, sin categoría alguna.

La preponderancia del Bautista fue grande. Juan había pasado su vida en el desierto. Jesús vivió oscurecido en Nazaret hasta tres años antes de su gloriosa muerte. Pero, ¿quién no siendo un Dios, hubiera podido llevar a cabo en tan corto tiempo la santa obra de la redención que salva a la humanidad?

Los musulmanes, según dice el célebre helenista Herbelot en su *Biblioteca Oriental*, han conservado una gran idea de San Juan Bautista, a quien ellos llaman Jahia-ven-Zacaría (Juan, hijo de Zacarías). Saadi, en su *Gulistón,* hace también mención del sepulcro del Bautista, venerado en el templo de Damasco; en él hacían sus oraciones, y refiere las de un rey árabe que fue allí en peregrinación. El califa Abd-el-Malek quiso comprar esta iglesia a los cristianos; pero habiendo rehusado éstos la cantidad de cuatro mil *dinars* (doblas de oro) que les había ofrecido, armó su gente y se apoderó a viva fuerza del templo que deseaba adquirir con su oro.

Más adelante nos volvemos a ocupar de San Juan Bautista. Ahora volvamos a Nazaret, donde nos esperan otros acontecimientos.

Capítulo VI

EL EDICTO DEL CÉSAR

Doncellitas hermosas de Nazaret que abrís el postigo de vuestras ventanas cuando la luz indecisa del alba os envía desde oriente los buenos días, vosotras no madrugáis tanto como la casta esposa de José el carpintero. Miradla… allá va…

Sobre su divina cabeza, que ha de verse coronada de ángeles, descansa el pesado cántaro de las nazarenas. Sus pies, a los que la luna ha de servir de pedestal, se deslizan por la senda que conduce a la fuente, ligeros como los de una gacela. Sangre de reyes corre por sus venas; pero el trono de sus mayores se deshizo bajo las garras del águila romana, y la corona de sus ilustres antepasados descansa sobre las sienes de un señor extranjero. Su estirpe real no la enorgullece; modesta y hacendosa, se ocupa de los quehaceres de la casa, como la última de las mujeres hebreas. Porque María recuerda las palabras del Salmista, su antepasado: *Todo el honor de la hija de un príncipe consiste en el interior de su casa.* La Virgen llega a la fuente, algunas nazarenas que la siguen llegan también, y cambian la salutación de los israelitas.

—La paz sea contigo —le dicen.

—La paz sea con vosotras —les contesta.

Y colocando la pesada *urna* sobre su cabeza, vuelve a encaminarse a Nazaret por la senda tortuosa de los Nopales.

Entonces las nazarenas se reúnen alrededor de la fuente. El estado de la virgen no se ha escapado a las curiosas miradas de las mujeres. Una de ellas ha hecho observar a las demás que María está encinta, y aunque no se han atrevido a darle la enhorabuena, se regocijan en su interior y piensan propagar la nueva por el pueblo.

Mientras tanto, José trabajaba en su reducida tienda. El noble y honrado Patriarca nada sabe, porque sus ojos son ciegos a la malicia, y respeta a su esposa como a una virgen de Sión. Pero los días pasan y el estado de la Virgen se hace más visible. Entonces José no da crédito a sus ojos: una tristeza, una melancolía inexplicable se apoderan de su corazón. El sueño no desciende sobre sus párpados; hondos suspiros se escapan de su pecho, y la duda comienza a extender su matador veneno por su alma recta y sencilla.

Una mañana, con el hacha al hombro, se encamina al Carmelo. Las profundas arrugas de su frente venerable se hallan cargadas de negros presentimientos. Débil el cuerpo, preocupada la imaginación, se sienta a la sombra de un frondoso sauce, olvidándose del motivo que allí le conduce.

—¿Será verdad lo que mis ojos han visto? —se dice a sí mismo—. María, la inmaculada Virgen, la esposa casta, la mujer de sencillo y recto corazón, ¿cómo es posible que haya olvidado sus deberes? ¿Cómo creer que haya burlado así la buena fe del hombre que como padre cariñoso la ha admitido en su casa, respetado sus deseos?

¿Cómo creer que María deshonre las canas que pueblan mi cabeza anciana? ¡Oh!, No, no; eso no es posible.

Entonces, José, suspendiendo su soliloquio, derramando abundantes lágrimas, permanece mudo y silencioso por algunos instantes.

—*Ella ha sido reconocida preñada*[49] —volvía a murmurar el Patriarca—: todo Nazaret lo sabe; mis parientes han llegado a la puerta de mi casa a felicitarme, y sus palabras de regocijo y alegría han sido saetas que se han clavado en mi corazón, porque ellos ignoran el casto lazo que nos une. ¿Qué hacer, Dios de Sión?… ¿Viviré bajo el mismo techo de una mujer adúltera? ¿Me cubriré de infamia faltando a la ley? ¿Cerraré mis oídos a las palabras de Salomón, que nos ha dicho: *El que tiene consigo una mujer adúltera es un loco, un insensato*?

¡Cuánto debió sufrir aquel santo varón en los momentos de duda que le devoraban!

Faltar a la ley o deshonrar a su esposa eran los dos caminos que su situación crítica le presentaba. *La pasión de los celos es dura como el infierno y el marido no perdona en el día de su venganza.* Esto había dicho Salomón.

La mujer adúltera debe morir, había escrito el gran legislador de los hebreos en el monte Sinaí.

Los celos eran terribles entre los israelitas: la historia nos presenta ejemplos sangrientos. La sola sospecha de un delito que odiaban, armaba la mano del ofendido esposo y el hierro homicida volvía a la vaina manchado con la sangre de la mujer culpable.

Dina, Thamor, Marianna y otras muchas que no recordamos, son los ejemplos que nos presenta la historia. El bastardo, maldito hasta la décima generación, se veía privado de todas las prerrogativas, de todos los derechos concedidos a los hebreos. Sus plantas impuras no podían pisar las sinagogas; las asambleas nacionales se cerraban para ellos, y las escuelas del Estado les negaban las luces de la ciencia.

Todas estas ideas bullían en tropel por la mente del Patriarca cuando Dios, compadecido de su secreta agonía, mandó sobre sus párpados el reparador fluido del sueño.

José cerró los ojos, enrojecidos por las lágrimas de fuego que había derramado a la sombra del solitario sauce, y se quedó dormido. Entonces una brillante nube de color de ópalo descendió del cielo y se extendió como una red sobre el frondoso arbusto. Sus flotantes celajes envolvieron las caídas ramas del árbol melancólico. Una voz dulce y misteriosa salió de entre las plateadas gasas de la nube.

—José, hijo de David —decía la voz celeste—, lo que va a nacer en Ella ha sido formado por virtud del Espíritu Santo; Ella dará a luz un Hijo a quien pondrás el nombre de *Jesús*, porque será el Salvador de su pueblo librándolo de sus pecados.

José al despertar de tan hermoso sueño rebosaba de felicidad.

Sus sospechas se habían desvanecido como las ligeras nubecillas ante el soplo sutil de la noche. Su espíritu vacilante, fortalecido y lleno de fe con las divinas

palabras del misterioso anuncio de Jehová, ya no le atormentaban. Su brazo, desfallecido, y lánguido pocos momentos antes, comenzó a descargar golpes con vigor, armado del hacha, sobre los altivos pinos como si deseara recobrar con la actividad las horas perdidas. Adoró los misteriosos planes del Eterno, y viendo en *María a la madre del Redentor futuro,* se avergonzó de las sospechas que concibiera, guardándolas en el fondo de su noble corazón.

Pasaron algunos meses. Los vientos otoñales comenzaron a despojar las ramas de los árboles, de las amarillentas hojas. Las nieblas de octubre anunciaban las próximas nieves, cuando una mañana la trompeta de un heraldo romano llenó de curiosidad y zozobra a los pacíficos habitantes de Nazaret. Así como las espantadas abejas revolotean alrededor de la colmena, así los nazarenos se rebullían en torno de los soldados romanos, ansiosos de saber el motivo que a su indefenso pueblo les conducía armados del escudo de guerra y la lanza del combate.

Su incertidumbre duró poco, porque un centurión, agitando la banderola, indicó al heraldo que podía cumplir con su misión; éste alzó la larga trompeta, y después de arrancar al bélico instrumento dos prolongadas notas, indicando a la muchedumbre que iba a hablar, pronunció con voz clara y vibrante estas palabras:

Quirino, gobernador de Siria, por orden del César Augusto emperador de Roma, conquistador de Asia, de Egipto, de Siria, de Judea, de Galilea, de Fenicia: manda y ordena que todos los hebreos de la baja Galilea acudan a empadronarse, por familias o por tribus, a las ciudades de sus mayores, para que en término de tres meses sepa el César los súbditos que tiene en los países conquistados con el poder de sus legiones. El que desobedeciere sufrirá la multa de seis carneros, si es rico, y si es pobre, azotado será con vara. Que sea cumplida la voluntad del señor del mundo.

La curiosidad de los nazarenos estaba satisfecha, pero el edicto del *imperio impío*[50] les había dejado triste el corazón y demudado el semblante.

Sin embargo, era preciso obedecer: su señor lo mandaba. ¿Qué podían hacer los israelitas sino acatar sus órdenes?

La monarquía hebrea, tan altiva, tan valiente, tan estimada en tiempo del rey poeta no era en los tiempos de Herodes más que un rebaño de siervos que lamían la misma mano que les agobiaba de cadenas.

«*Nada bueno puede salir de Galilea*», habían dicho las Escrituras.

Y los profetas designaban a Belén de Judá como el lugar destinado al nacimiento de Cristo.

José se dispuso a emprender un viaje para cumplir las órdenes del César. Belén era la ciudad de sus mayores. Los fallos misteriosos de Jehová le conducían a la ciudad elegida, sin que él mismo lo sospechara. Los idólatras romanos eran el instrumento de que se servía el Eterno para que se cumplieran las profecías. Las nieves comenzaron a descender sobre las montañas de Samaria, y el solitario Líbano, envuelto con el blanco sudario del invierno, enviaba sus heladas brisas desde las orillas del Leontes a las costas tempestuosas de la Fenicia. Las encrespadas olas del

Mediterráneo se estrellaban con furor sobre las playas de Tiro, Sidón y Beyrut, y las nubes, señoras del espacio, paseaban las tempestades del invierno desde los confines pintorescos de Betania a los desiertos arenales de Idumea.

Lo riguroso de la estación no detuvo a José para emprender su viaje. Larga era la distancia, árido y peligroso el camino que tenían que atravesar, pero era preciso obedecer las órdenes del César. Puso la confianza en Dios y abandonó su pueblo una mañana fría y lluviosa del mes de diciembre.

Era el año 752 de Roma y el cuarenta y dos del imperio de Octaviano Augusto,[51] cuando el humilde nazareno abandonó su modesta casita y la tranquila paz de su hogar, para dirigirse con su virginal esposa a la ciudad de David.

María, como todas las hijas de Oriente, cabalgaba sobre una hermosa pollina de blanca y fina piel. Del aparejo pendían dos cestas de palma con las provisiones del viaje, y una vasija de barro para sacar agua de las cisternas.

José caminaba a su lado; con la una mano conducía la rienda del animal, con la otra se apoyaba en un nudoso cayado.

—¡Buen viaje! ¡Buen viaje! —les dicen sus parientes y amigos, viéndoles salir del pueblo en dirección a Samaria.

Los castos esposos les contestan con una sonrisa afectuosa, y siguen su camino. El día anunciaba lluvia; el cielo, encapotado, comenzaba a cubrirse de oscuras y espesas nubes.

José quitó de sus hombros el manto de piel de cabra y lo colocó sobre las delicadas espaldas de su esposa para preservarla de la lluvia que comenzaba a descender sobre la tierra en gruesas y precipitadas gotas, y, confiando en Dios, prosiguieron su marcha en dirección a la ciudad sacerdotal.

La noche llegó, y los santos viajeros se hospedaron en un desmantelado *kervanseray* que en las faldas del Naim servía de refugio a las fatigadas caravanas de Galilea y de Samaria.

Allí, apartados de todos los caminantes que le habitaban durante aquella noche, los padres del Mesías pasaron las horas de las tinieblas sin más cama que la capa de pieles de José, sin más alimento que las duras y delgadas tortas de los nazarenos y los higos secos y racimos criados en las márgenes del valle de Zabulón.

Capítulo VII

LA CUNA DEL MESÍAS

> *Y tú Belén, llamada* EFRATA, *tú eres pequeña entre las ciudades de Judá, pero de ti saldrá aquel que debe reinar en Israel y cuya generación tuvo principio desde la eternidad.*—«MIQUEAS».

Belén, perla de Judá, tú, cual la cansada tórtola de Palestina, te posas en las cumbres de los montes a respirar el perfume de tus campos. Por tus hermosas colinas trepan las verdes viñas que te regalan el zumo delicioso cuando el sol del estío sazona el cristalino grano. Los bosques de olivos y encinas te prestan sus frutos y su sombra durante las calurosas horas de la canícula. Los naranjos de tus huertos te perfuman con la esencia del azahar, y las anémonas y narcisos de tus valles te envían sus aromas y esmaltan tu suelo con sus delicados colores.

Predilecta ciudad, joya preciada que Dios contempla con amor desde su excelso imperio, tú fuiste la cuna de un pastor que, después de conducir sus mansos rebaños por tus pintorescos valles, llevó el estandarte de Israel triunfador hasta las orillas del Éufrates.

Tú serás la cuna de un Dios que viene al mundo a ser el humilde Pastor de las almas.

David y Jesús recibieron en tu seno la primera amorosa caricia de sus madres, y el primer soplo de vida que conmovió dolorosamente sus tiernos pechos estaba impregnado con el suave aroma de tus floridos collados.

Belén, pueblo inmortal, santificada ciudad, despierta de tu sueño, porque el día amanece y multitud de camellos trepan por tu suave pendiente. Inocentes belemitas, asomaos a las ventanas, porque los viajeros se acercan a vuestros pacíficos hogares. El edicto del César les hace dejar sus casas y encaminarse a las vuestras.

Mirad a las ricas herederas de Palestina montadas en sus gallardas pollinas, blancas como la nieve. Los mantos de púrpura de Tiro flotan al viento como las banderolas de Sión. Sus velos de transparente encaje se arrollan por sus cabezas, ocultando a las curiosas miradas el rostro de sus dueñas.

Los caballos árabes, aguijoneados por sus jinetes, lujosamente vestidos, relinchan y se encabritan, demostrando el fuego de su sangre y la pureza de su raza.

También se ven literas de cedro y marfil con ricas colgaduras de seda de Damasco, conducidas por hombres cuyos negros y largos ropones demuestran la bajeza de su clase y la opulencia del señor que conducen. Y ancianos venerables, con las piernas cruzadas sobre el jiboso lomo de sus camellos, y humildes caminantes sin más apoyo que el nudoso cayado que oprime sus callosas manos.

Todos caminan hacia Belén, porque el César lo ordena. Pero ¿cómo podrá esa ciudad pequeña, que cual un nido de palomas descansa sobre esa colina, recibir en su seno a tanta gente?

Los belemitas abren sus puertas y ofrecen a los forasteros sus casas y sus servicios, y la ciudad se llena de extranjeros que corren a inscribir su nombre en el gran libro del César.

En sus estrechas calles se rebulle como un hormiguero el gentío que la ha invadido. La ciudad sacerdotal, la gran Jerusalén, no estuvo nunca tan concurrida, tan animada, en las fiestas de los Ázimos, como Belén el día 24 de diciembre del año 5099 del mundo.

José y su esposa, obedientes a las órdenes de un pagano extranjero, llegaron también en este día, después de seis jornadas de penoso viaje, a inscribir sus nombres en la ciudad de David. El santo conductor de la Virgen se detuvo delante de un edificio de blancas paredes y altivas puertas que se alzaba a pocos pasos de la ciudad. Aquel caserío se había habilitado para recibir a los viajeros pudientes de Israel. A imitación de los grandes paradores de la Persia, su dueño ofrecía al caminante, en cambio de algunas monedas de plata, todas las comodidades apetecidas en casos semejantes.

José, cubierto de polvo, desfallecido de cansancio, se detuvo a pocos pasos del blanco caserío, y dejando a su esposa a la sombra de unos olivos, se encaminó solo hacia la casa en busca de una habitación donde hospedarse. Por el ancho hueco de sus puertas veíase en el interior del edificio rebullirse una multitud de hebreos, cuyos lujosos trajes demostraban la opulencia de su fortuna.

Un viejo judío de repugnante catadura, miserable traje y cetrino color, se hallaba sentado sobre un poyo de piedra a dos pasos de la puerta principal. Delante de él se veía una tosca y mugrienta mesa, sobre la cual se hallaba una pequeña arca de hierro abierta, en cuyo fondo brillaban algunas monedas de plata y oro. Su descarnada mano oprimía un punzón, con el que iba inscribiendo sobre una tablilla de cera el nombre de sus huéspedes.

—La paz sea contigo, buen anciano —le dijo José saludándolo humildemente.

—¿Qué quieres? —le respondió el viejo judío con sequedad.

—¿Eres tú por ventura el dueño de esta casa?

—Yo soy el dueño —respondió con laconismo el belemita.

—Mi esposa y yo venimos a inscribir nuestros nombres en el libro del César; somos de Nazaret, y te pedimos por Jehová nos concedas un trozo de techado donde albergarnos.

—Mi casa está abierta para el viajero que paga su hospedaje.

—Nosotros, amigo mío, somos pobres, en nuestra bolsa no se encontraría ni un miserable sestercio.

—Nada bueno nos viene de Galilea —respondió el judío.

Y volviendo groseramente la espalda a José, se puso a hablar con afabilidad con

un romano, cuyo cinturón de oro y bruñido casco pregonaban su alta categoría militar.

José, lanzando un suspiro desde el fondo de su alma, se apartó de aquella puerta inhospitalaria y fue a reunirse con su esposa.

—Hemos llegado tarde, María —le dijo, esforzándose por sonreírse—; en esta casa no queda ni un rincón que no esté ocupado.

—Entremos en la ciudad —le contestó la Virgen con dulzura—, tal vez allí encontraremos un alma caritativa que nos hospede.

Y ambos se encaminaron hacia Belén.

Pobres como los errantes peregrinos que más tarde debían recorrer la Palestina para adorar al Santo Sepulcro de Cristo, José y María recorrieron las estrechas calles de Belén sin encontrar una casa caritativa que les abriera las puertas para ofrecerles un abrigo.

El sol comenzaba a inclinar sus moribundos rayos hacia Occidente, y aún los pobres nazarenos no tenían un techado donde pasar la próxima noche, que fría y lluviosa les amenazaba. La resignación se veía pintada en sus semblantes; ni una queja se escapó de sus labios durante aquellas largas horas de agonía. La santa esposa, la inmaculada Virgen, se hallaba en el último mes de embarazo; y José, al verla sonreír ante la desgracia y la pobreza que les cercaba, sentía romperse en pedazos su corazón. El noble artesano, revistiéndose de santa paciencia, llamaba a una y otra puerta, suplicando con dulces palabras le permitieran pasar la noche en el rincón más despreciable de la casa.

—Aquí no cabes, galileo —le respondían los inhospitalarios belemitas. Y José, lanzando un suspiro doloroso, volvía a suplicar, y su súplica volvía a quedar desatendida.

¡Tierna Virgen de Sión, casta matrona, inagotable fuente de caridad y de ternura, madre purísima e inmaculada que llevabas en tus virginales entrañas el Verbo Divino, y que no hallaste una sonrisa compasiva, ni una mano cariñosa, ni una casa caritativa que te recibiera con amor, a Ti, que eres todo amor, todo caridad!…

Jehová, en sus misteriosos fallos, quiso poner a prueba tu inagotable paciencia, tu bondad infinita, tu resignación incomparable.

Así, discurriendo por las calles, la noche muy entrada sorprendió a los santos viajeros a un extremo de la ciudad. Ante sus tristes ojos se extendía la solitaria campiña de Belén. El silencio de la muerte les rodeaba.

La luna iluminó con sus melancólicos rayos el santo grupo que inmóvil e indeciso se hallaba, ignorando hacia dónde se encaminaría. El aullido del lobo y el chasquido estridente de los chacales comenzó a oírse en las vecinas espesuras, anunciando con sus salvajes gritos que la hora de abandonar sus madrigueras se aproximaba.

Los santos esposos se encontraban al mediodía de Belén, y no muy lejos de la ciudad que les había negado su hospitalidad, cuando un rayo clarísimo y brillante de luna cayó desde el cielo sobre una roca que se hallaba a pocos pasos del sitio que

ocupaban.

Por la parte que miraba al Norte, la inmensa roca presentaba un punto oscuro, José se acercó para reconocer el terreno que le rodeaba. El afligido esposo dio un grito de alegría. Aquella mancha oscura de la piedra era la entrada de una cueva o caverna bastante espaciosa, que angostándose hacia su fondo, servía de establo común a los belemitas, y algunas veces de asilo a los pastores durante las noches de tempestad.

Los dos esposos bendijeron al cielo, que les había deparado aquel asilo salvaje; y María, apoyándose en el brazo de José, fue a sentarse sobre una roca desnuda que formaba una especie de asiento estrecho e incómodo, en lo más hondo de la cueva.

Poco a poco sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad que les rodeaba, y entonces vieron que no se hallaban solos. Un buey manso y tranquilo, echado junto a su pesebre, rumiaba pausadamente los últimos restos de su pienso.

José colocó a la pollina junto al buey, y luego extendió su manto de pieles a los pies de la Virgen y se sentó sin despegar los labios. María, la inmaculada nazarena, la hija de David, la inmortal señora, dio a luz en aquel miserable establo, *sin socorro y sin dolores,* al Mesías prometido, al Rey de los reyes, al Hijo de Dios. La tierna madre colocó al Divino Vástago sobre la paja del pesebre, y arrodillándose a sus pies, le adoró como al enviado del cielo. José imitó a su esposa.

La noche era fría, la cueva húmeda y desabrigada; encender lumbre imposible; pero el manso buey y la inofensiva pollina prestaron el suave y templado calor de sus alientos para abrigar al Divino Infante. María, entre tanto, anegada en lágrimas de gozo, contemplaba al tierno Niño, que le enviaba una sonrisa cariñosa.

—*¿Cómo os he de llamar?* —exclamaba la Hija de los patriarcas inclinándose sobre su Hijo Dios—. *¿Inmortal? ¡Pero yo os he concebido por operación divina!… ¿Mi Dios? ¡Pero Vos tenéis cuerpo de hombre!… ¿Debo acercarme a Vos con el incienso, u ofreceros mi leche? ¿Es preciso que os prodigue los cuidados de madre, o que os sirva como vuestra esclava con la frente en el polvo?* (San Basilio).

La luna, deshecha en mil rayos de plata, caía sobre tan tierno y encantador cuadro, esmaltándole con su suave y hermosa luz. Dios había nacido: la humanidad iba a brotar del pie de su cuna. Los dioses del paganismo caían de sus impuros altares. Los sacrificadores de Roma no hallaban el corazón de las víctimas. Una estrella apareció en oriente. Gabriel anunciaba a los pastores el nacimiento de Cristo. Herodes, el cruel idumeo, se estremecía, y toda Jerusalén con él. Todos estos prodigios anunciaban un acontecimiento asombroso, que iba a llenar de gozo el corazón de la humanidad afligida. Este acontecimiento era que Jesús nacía en un establo, que el cristianismo brotaba del seno de una Virgen en un pobre pesebre de la ciudad de David.

LIBRO TERCERO

LOS PEREGRINOS DE ORIENTE

17. Le veré, mas no ahora; le miraré, mas no de cerca. De Jacob *nacerá una Estrella*, y de Israel se levantará una vara; y herirá a los caudillos de Moab y destruirá a todos los hijos de Seth.

18. Y será la Idumea su posesión: la herencia de Seir cederá a sus enemigos: mas Israel procederá esforzadamente.

19. De Jacob saldrá el que domine y destruya las reliquias de la ciudad.

(Libro de los Números, capítulo XIV, vaticinio de Balaam.)

CAPÍTULO I

LOS PASTORES

Un puñado de humildes chozas agrupadas por el amor en la falda de un monte indicaba a las viajeras caravanas que aquello era un pueblo. Este pueblo se llamaba el pueblo de los Pastores.

Distante media legua de Belén, la ciudad de David, sus ingenuos habitantes pasaban la modesta existencia alimentando los rebaños con la verde yerba de su valle, y su esperanza de israelitas con la anunciada venida del Mesías, que había de librarles del yugo extranjero.

Era el mes de diciembre, y el rumbo de las estrellas marcaba la media noche.

Apiñados alrededor de una fogata extinguida, bajo el frágil techo de una choza, se hallaban algunos pastores velando sus dormidas ovejas.

El frío era extremado. Entre ellos se veía un anciano de blanca y luenga barba, en cuya venerable frente brillaba la honradez y virtud de los antiguos patriarcas. Sentado sobre una piel de carnero, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, se hallaba inmóvil como Lot ante la presencia del enviado de Dios.

—Mala profesión es la de pastor en vela en noches como esta, anciano Sof.

—Razón tienes, joven —le respondió el viejo sin levantar la frente—, pero Abraham fue pastor y era mejor que nosotros; eso debe consolarte.

—Es que aquel profeta criaba la lana de sus rebaños para sus hijos, y nosotros nos

desvelamos para pagar el tributo al César y alimentar los vicios de los impíos romanos, que han invadido en mala hora nuestras tierras.

—Los romanos, que Jehová confunda, se ríen de las penalidades de los judíos —dijo otro mezclándose en la conversación.

—¡Toma! Como que para ellos no somos más que una horda de esclavos.

—¡Ay de los impíos romanos, ay de los torpes adoradores del sombrío Molok y de la lúbrica Venus, si el Mesías prometido baja de los cielos a salvar de la esclavitud a los hijos de Israel!

Y al pronunciar el anciano estas palabras, en sus ojos, en su acento, en la expresión de su semblante, se veía algo de extraordinario, de profético.

—Mucho tarda el Mesías, buen viejo —le respondió uno de los del corro—, y mientras tanto el sanguinario Herodes nos trata como a perros, y se ríe de nuestro dolor y de nuestras esperanzas.

—Respetemos los fallos de Jehová.

—Mejor sería que todos los israelitas corrieran a unirse con las bandas de hombres libres de las montañas para arrojar a los extranjeros de Judá.[52]

—Los asesinos, los ladrones, no pueden nunca devolver la libertad a los hijos de Abraham. Sólo al Mesías le es permitido guiarnos en la noche oscura de nuestro infortunio. Esperemos, pues, su venida.

—La paz de Dios sea con vosotros —dijo una voz dulce y armoniosa, a cuyo acento se conmovió el corazón del anciano, que se puso en pie como movido por un resorte.

—¡Adelante con Jehová! —dijo el viejo pastor—. Si eres caminante y buscas albergue, entra y toma mi piel de carnero para tu cama; si tienes hambre, pasa a disfrutar del pan del pobre y la leche de sus ovejas.

El nuevo personaje entró en la choza. Era un joven que apenas frisaba en los veinte años. En su hermoso semblante aún no apuntaba el bozo. Sus ojos eran azules como las violetas de Jericó. Su mirada, dulce y bondadosa como la de una virgen del templo de Sión. Sus cabellos rubios como las espigas de Egipto. Sus labios, rojos como el pequeño fruto del terebinto. Su frente radiante como el cielo de Palestina en un hermoso día de enero, era altiva y despejada. Su túnico blanco como la castidad, encubría su cuerpo con sus innumerables pliegues. Por su esbelto talle se ceñía un ancho cinturón de seda verde recamado en oro.

En mitad de su pecho brillaba una hermosa estrella, cuyos radiantes y claros rayos iluminaron con viva y grata claridad los oscuros ámbitos de la choza. Aquella hermosa aparición llenó de asombro a los sencillos pastores.

—¿Quién eres? —preguntó el anciano con estupor.

—Me llamo Gabriel, y vengo de las orillas del Tigris guiando a tres reyes Magos del Oriente que han abandonado la populosa ciudad de Seleucia para seguirme.

—¿Vienes tal vez a librarnos de la opresión de los romanos? —exclamó el viejo lleno de gozo.

—Vengo a anunciaros al Mesías prometido que acaba de nacer.

Los pastores miraron absortos, con recelosa curiosidad a Gabriel.

—*¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!* —añadió el forastero.

De todo su cuerpo salían raudales de clara y viva luz.

Cánticos celestiales de inmensa dulzura resonaron en el espacio: repitiendo sin cesar:

—*¡Gloria y paz! ¡Gloria a Dios, paz a los hombres! ¡Gloria en los cielos, paz en la tierra a las criaturas de pensamiento humilde y de corazón sencillo y recto!*

Y los pastores, asombrados y medrosos ante aquel prodigio, comenzaron a retroceder.

—*No temáis* —les dijo Gabriel—, *porque yo vengo a traeros una nueva que será para todo el pueblo motivo de una gran alegría, y es que hoy en la ciudad de David os ha nacido un Salvador que es Cristo, y he aquí la señal con que le hallaréis: encontraréis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.*

El forastero se disponía a abandonar la choza, cuando el viejo pastor, postrándose a sus pies, exclamó:

—Antes de abandonarnos, dinos al menos quién eres.

—Yo soy Gabriel, el ángel emisario de Dios sobre la tierra.

El ángel desapareció, la brillante claridad quedó extinguida, y los cánticos celestes cesaron.

Entonces los pobres pastores se miraron unos a otros con asombro.

—¡Abraham! ¡Abraham! Dios sin duda quiere —exclamó el anciano con regocijo — que tornen tus buenos tiempos, pues los ángeles descienden del cielo para visitar a los hombres.

Locos de alegría los sencillos pastores por la gracia que Dios les otorgaba, salieron de la choza y dejando sus rebaños sin más guardián que la silenciosa noche, corrieron a despertar a sus amigos y parientes para participarles la venturosa nueva.

El pueblo en masa abandonó sus humildes lechos, a pesar del frío y de lo avanzado de la hora, y cargando en una hermosa pollina todos los dones que su pobreza pensaba ofrecer a los pies del recién nacido, se encaminaron a Belén.

El anciano iba delante; como *Zorobabel*, se puso al frente de sus compatriotas para conducirlos a la tierra deseada. El rabel y el tamboril lanzaban al aire sus pastoriles melodías. Los jóvenes danzaban, y los mozos, elevando alegres cantares, hacían más corta la distancia que les separaba del Cristo prometido. La alegre comitiva llegó por fin a la venturosa ciudad que Dios había elegido para patria nativa de su Hijo. Los pastores se detuvieron ante las primeras casas para deliberar.

—¿Dónde está el Mesías? —preguntaban las curiosas mujeres al anciano—. Queremos adorarle y depositar a sus divinas plantas nuestra pobreza.

El anciano no sabía qué responder, porque él lo ignoraba.

Belén, aunque no era una ciudad muy populosa, lo era bastante para hallar de

pronto un niño recién nacido a las doce de la noche. Un acontecimiento sobrenatural les vino a dar conocimiento de lo que buscaban. Una estrella, desde el azul oscuro del firmamento, dejaba caer un rayo de luz clara y hermosa sobre el negro pórtico de un establo. Insensiblemente, y sin poderse dar razón ellos mismos, giraron sus cabezas como movidos por un impulso ajeno a su voluntad hacia el punto que reflejaba el rayo.

—¡Aquí es! —exclamaron todos con gozo, y con una seguridad que les admiraba a ellos mismos—. Entremos.

Y penetraron en el establo. Reclinado en un pesebre, sin más lecho que un montón de paja, se hallaba un niño recién nacido, hermoso como debía serlo el Hijo de Dios, fecundizado en las virginales entrañas de María. Aquel niño era el Mesías prometido, el Dios-Hombre que bajaba a la tierra a morir mártir por el pecado ajeno. José y María, junto al pesebre, contemplaban con amorosas miradas aquel sagrado depósito que Dios les confiaba. La entrada de los pastores les hizo apartar los ojos por un momento de su Hijo.

—Señora —dijo el más anciano de los pastores doblando la rodilla—, Señora, porque Tú debes ser una reina cuando un ángel del cielo nos envía a que adoremos a tu Hijo, admite estos pobres dones que vienen a depositar a tus plantas estos sencillos pastores. La pequeñez del ofrecimiento supla la voluntad con que la traemos; y si tus divinos labios, al depositar el beso maternal en la santa boca del pequeño Mesías que duerme en la paja, interceden por nosotros con el enviado de Jehová, con el Salvador del abatido pueblo de Israel, nos creeremos muy felices.

Al terminar el anciano sus palabras, varios pastores depositaron a los pies de la Virgen los humildes presentes que le traían, y una doncella, colocando en su falda un corderillo, exclamó de esta manera:

—¡Oh, Madre de mi Dios! Blanco como las eternas nieves del Ararat es el color de este corderillo que le traigo a mi Señor, tu Hijo; suave como los cabellos de Absalón es la lana con que envuelve sus delicadas carnes; pura como la sonrisa de tus labios, dulce como la mirada de tus ojos, es su corazón: admítelo, pues, Señora, y con él el gozo y la alegría de mi padre Sof, a quien Dios ha concedido el inmenso favor de rendir este corto tributo al Cristo anunciado por los profetas antes de lanzar el último suspiro.

—Yo acepto, amigos míos, en nombre de mi adorado Hijo, con lágrimas de gratitud, los presentes que me traéis. Jehová, que os mira y lee en vuestros corazones la fe que os ha guiado, os premiará como merecéis.

María y José recibieron con dulce y cariñosa complacencia los sencillos dones de los pastores.

Mientras que uno en pos de otro se arrodillaban junto al santo pesebre para besar la paja donde descansaba Jesús, el rabel y el tamboril hacían oír sus campestres acordes, las doncellas danzaban alegres ante el Niño Dios y sus augustos padres, y los mozos elevaban alabanzas al Dios de Sión, bendiciendo desde el fondo de sus almas

la venida del Mesías.

La luna con sus rayos de plata alumbraba desde el cielo aquel poético y sencillo cuadro, y el Eterno, desde su trono imperecedero, bendecía a los rústicos montañeses que iban a beber la primera gota de la fecunda agua del cristianismo al pie de la pobre cuna de su Hijo.

Los pastores abandonaron el santo establo después de adorar a Jesús, y locos de contento, corrieron a esparcir la *nueva por todos los contornos de Belén.*

—¡El Mesías ha nacido! —gritaban con la fe y el entusiasmo de verdaderos descendientes de Abraham—. ¡Israel se ha salvado! ¡Gloria a Dios en las alturas!

Capítulo II

LOS ÁRABES

La luz del día fluctuaba indecisa entre las sombras de la noche. Las estrellas, amortiguando sus discos, anunciaban la proximidad del sol, que debía eclipsarlas. Las palomas aún no arrullaban en los frescos lentiscos del Líbano, cuando una caravana árabe que bordeaba las faldas del Carmelo se detuvo a la voz de su jefe junto a la fuente del profeta Elías. Los obedientes camellos doblaron sus nudosas piernas, ofreciendo de este modo fácil descenso a sus amos.

Algunos árabes, envueltos en sus blancas túnicas de lana, con las piernas y brazos desnudos, se apearon, y extendiendo sobre la yerba unos lienzos de abigarrados colores, se sentaron en cuclillas junto a unos olivos, sin despegar los labios.

Largas gumías con empuñadura de hueso negro colgaban de sus toscos tahalíes de piel de cabra arrollados a su cintura.

Los camellos extendieron su enroscado cuello y aplicaron su redondo hocico en el fresco manantial que brillaba ante sus ojos, y después se pusieron a rumiar con calma el pienso de habas secas que habían colocado en unos sacos colgados de sus cabezas.

Uno de los árabes limpió una piedra, y colocando sobre ella algunos puñados de trigo, comenzó a triturarlo con otra piedra; luego, haciendo una especie de pasta con agua de la fuente y un líquido extraído de un cántaro de barro, fue a presentar a sus mudos compañeros aquel extraño y frugal desayuno.

Comieron todos, cogiendo puñados de aquella masa, y elevando los ojos hacia el Oriente, murmuraban en voz baja una oración. De pronto los silenciosos árabes interrumpieron su rezo y, apartando sus ojos del cielo, buscaron en la tierra algo que, sin duda, promovía su curiosidad.

—¿Oyes, Hassaf? —dijo uno de los árabes.

—Sí.

—¿Qué opinas tú de esa música campestre, mezclada con el canto de la voz humana que llega hasta nosotros a través de las sombras silenciosas de la noche y de los palmitos y arbustos de la montaña?

—Opino que ha muerto alguno de esos orgullosos descendientes de Abraham que sufren el yugo de los romanos, y que sus parientes le conducen al valle de Josafat.

—El eco que llega hasta nosotros no es el gemido triste y destemplado de las plañideras… Oye, si no.

—Tienes razón… Su canto es alegre y los aullidos con que le acompañan demuestran el gozo.

—Parece que las voces se aproximan hacia nosotros y en ese caso…

Y Hassaf acarició el mango de su gumía.

—¡Ba! —contestó el árabe encogiéndose de hombros—. Los judíos han perdido

su antiguo valor; fanáticos creyentes de sus tradiciones y sus profetas, su vida es una esperanza, y mientras tanto nacen y mueren esclavos.

—Ibrahim, ¿sabes en dónde nos hallamos? —preguntó Hassaf a su interlocutor.

—Junto a la fuente de Elías.

—Pues bien, Elías era un rayo del Dios de los israelitas, y ellos vienen a beber de esta agua porque dicen que endurece el corazón y aumenta el valor.

—Ya sé yo que en las grutas del Carmelo se refugian los terribles discípulos de este profeta; pero ellos no combaten nunca con los árabes, prefieren a los romanos. Nuestras frentes, tostadas por el sol de Egipto y el simún del desierto, les agradan menos que los rostros sonrosados y olorosos cabellos de esos mercenarios del Idumeo, que mamaron en la sentina del mundo la leche de sus prostituidas nodrizas.

—Confía menos en tu valor —continuó Hassaf—, y piensa que esos camellos que descansan y la pesada carga que los agobia es la única fortuna de nuestros hijos.

—Una caravana árabe que, como la nuestra, cuenta catorce conductores, no se roba tan fácilmente.

—Alá nos torne sanos y con el grano bien vendido a nuestra tierra.

—Él te oiga —respondieron varios árabes que hasta entonces no habían despegado los labios.

La gritería, la algazara, el canto de los hombres y los acordes de los pastoriles instrumentos iba aproximándose hacia la fuente donde estaban acampados los árabes. Las sombras oscuras de la noche comenzaban a replegarse hacia Occidente. Una línea de tibia e indecisa claridad anunciaba los primeros crepúsculos de la aurora.

Los árabes se pusieron en pie; sus ojos, acostumbrados a distinguir en la oscuridad, habían visto una sombra deslizarse entre las matas.

—¿Quién va? —dijo Hassaf empuñando su largo cuchillo.

—Nada tema el árabe —le contestó una voz.

E inmediatamente apareció un joven entre los comerciantes de Egipto.

—¿Qué quieres? —le preguntaron.

—Agua —contestó éste, lacónicamente.

Y sin esperar respuesta aplicó su sedienta boca al fresco manantial que serpenteaba entre los camellos.

—¿Quién eres? —volvieron a preguntarle.

—Un discípulo de Elías —contestó el extranjero, que era joven y fornido.

Entonces Hassaf se acercó a uno de los camellos, introdujo la mano en una cesta de palma, y sacando de ella un puñado de recortaduras de albaricoque secadas al sol, dijo:

—Toma: los árabes te ofrecen su amistad al darte el fruto de su tierra; ya sabes que cuando un hijo de Agar parte con un forastero su frugal comida, su persona le es sagrada de aquel instante.

—Lo sé —respondió lacónicamente el recién venido.

El joven sentóse entre ellos y comenzó a comer sin recelo alguno. Su semblante,

aunque demacrado, era hermoso, pues sus grandes ojos negros tenían una viveza que admiraba. Un largo sayo de lana oscura cubría su cuerpo, y unas abarcas de piel de lobo preservaban sus pies de las espinas del monte. Aquel joven tenía algo de extraordinario. Hubiera podido tomarse por un demente, y, sin embargo, su semblante respiraba dulzura y resignación, rasgos que formaban contraste con la sobriedad de sus palabras y lo descompuesto de su traje. Los árabes le contemplaron en silencio con esa mirada fría e investigadora de los hijos del desierto.

Mientras tanto, el joven extranjero seguía comiendo sin apercibirse de nada, con la misma indiferencia que si hubiera estado solo en una de las profundas y sombrías cavernas del Carmelo.

El lejano y alegre estruendo de los rabeles y los cantares se iba aproximando cada vez más hacia la fuente de Elías. Los árabes comenzaron a distinguir entre los árboles el grupo de alegres y madrugadoras zagalas que hacia ellos se encaminaba. Los comerciantes egipcios conocieron desde el primer momento que aquellos nuevos huéspedes eran gente de paz.

—¡Alto!… ¡Alto!… —gritaron los pastores agrupándose junto a los camellos.

—¡Sí… alto! —dijo una muchacha con alegre y atiplado acento—. ¡Alto! y a beber un trago de agua santificada por el profeta Elías… y luego a proseguir nuestro viaje.

Y volviéndose hacia los árabes, continuó:

—Digo, si los caravaneros nos lo permiten.

—El agua es del cielo… Dios la derrama desde las nubes sobre la tierra para aplacar la sed de los hombres… ¡Maldito sea aquel que la niegue a sus semejantes!… ¡Ahogado se vea por falta de agua entre las secas arenas del desierto…!

El árabe que pronunció estas palabras presentó con gravedad un cántaro de hierro a la doncella, la cual fue a llenarlo en la fuente, haciéndolo pasar después de mano en mano entre sus compañeros.

—¿A dónde van los pastores tan alegres y contentos antes que el sol los salude desde Oriente? —preguntó uno de los árabes de la caravana.

—Vamos —respondió un viejo de blanca y venerable barba— a esparcir por los pueblos de Galilea la fausta nueva de la venida del Mesías anunciado por los profetas.

—¿Estás loco, anciano? —respondió sonriendo el árabe.

—Extranjero, jamás he tenido el juicio más sano que ahora.

—Entonces te chanceas con nosotros.

—No sientan bien las burlas a mis canas.

—Pues por mi rey Aretas, que no te comprendo, hebreo.

—El ángel Gabriel se nos ha aparecido en nuestra choza, yo le he visto; éstos que me siguen han tenido la misma dicha. La luz celeste de Jehová ha caído sobre nuestras cabezas; el canto armonioso de los ángeles ha resonado en nuestros oídos; la estrella ha guiado a los pastores de la sierra hasta el pie de la cuna de su nuevo Rey, que debe librar del oprobio al pueblo israelita.

Los árabes se miraron con asombro los unos a los otros. Aquel viejo, ¿era un visionario, o un profeta? Lo que acababa de relatar ¿era una verdad, un hecho o una ilusión fingida por el deseo de todo israelita? La curiosidad de los árabes no podía quedarse en aquellas dudas.

—Ese Mesías, ese Rey anhelado tantos siglos por vuestra raza, y que decís que acaba de nacer, será hijo de un príncipe, y Jerusalén estará de fiesta.

—No árabe —volvió a decir el viejo pastor—. El Rey prometido tiene por cuna un pesebre, por palacio un establo. Su madre no es una princesa poderosa; es María, la esposa de José, el carpintero de Nazaret.

Algunos árabes soltaron una carcajada estrepitosa; otros se quedaron meditabundos. El misterioso discípulo de Elías se puso en pie y aprovechando un momento en que los egipcios deliberaban en voz baja, se acercó al anciano y, cogiendo una de sus manos, le dijo:

—Anciano, por la honra de tus barbas, por los huesos de tus padres, por la paz de tus hijos, te ruego que me contestes a las preguntas que voy a hacerte.

—Habla.

—¿Es cierto lo que acabas de decir?

—Como la luz del sol al medio día.

—¿Has visto al ángel de Jehová en la tierra del hombre?

—Como te veo a ti.

—¿En dónde ha tenido lugar ese prodigio, que llenará de júbilo al desdichado pueblo de Israel?

—En Belén de Judá.

—Gracias, buen viejo.

Y el misterioso joven, rápido como el gamo perseguido por el tendido galope de los caballos, se perdió entre las espesas arboledas. Los pastores, después de saludar a los árabes, siguieron monte arriba su camino, amenizándole con sus cantares y el son de sus rústicos instrumentos.

—¿Has oído, Ibrahim?

—Sí, Hassaf; pero me río de las ilusiones de los judíos: no hay doncella agraciada en Palestina que al parir un niño no le crea el Mesías.

—Pero esos pastores dicen que han visto y hablado al ángel mensajero de Jehová.

—El hambriento sueña siempre con los delicados manjares del festín de Baltasar; los judíos sueñan asimismo con el Mesías que debe librarles del baldón que sobre sus cabezas ha lanzado un extranjero.

—La duda es indigna de un creyente como tú.

—Cuando veo mis camellos hundirse hasta las rodillas en el desierto, agobiados bajo el peso de los granos que transportan desde Egipto, me digo para mí: ¡Alá es grande! Cuando el furioso simún envuelve con sus olas de arena y fuego mi espantada caravana, me digo para mí: ¡Alá es poderoso! Cuando oigo el canto de las aves del Paraíso, cuando el aroma de las flores de un oasis me embriaga, y el sol

sonríe sobre mi cabeza, me digo para mí: ¡Alá es bueno y misericordioso! Entonces le presiento, le veo a través del espeso velo que me lo oculta a los ojos. Pero el hijo de una judía que nace en un pesebre, sólo me dice que ha nacido un esclavo más de los romanos y ha muerto una esperanza de los israelitas.

Los árabes son muy dados a la controversia, pero después de las palabras de Ibrahim, Hassaf, su competidor, cruzándose de brazos, exclamó con acento casi imperceptible:

—Yo veré a ese niño.

Luego pasaron algunos minutos, y el día disipó con sus hermosos rayos las últimas tinieblas de la noche. La caravana se dispuso a continuar su interrumpida marcha y los obedientes camellos se pusieron en pie a una voz de sus amos.

Dejemos a los árabes caminando con sus camellos hacia Jerusalén, y retrocediendo un poco, vamos a encontrar otros personajes que, como los pastores, eran conducidos ante el Niño Dios por la voluntad del Eterno.

Capítulo III

LOS REYES MAGOS

Las trompetas lanzan al viento el toque de partida en la populosa ciudad de Seleucia. Los soldados bárbaros de la moderna Babilonia se agrupan bajo los altivos pórticos del palacio de su anciano rey. En sus robustos brazos brillan los *buzabens* (brazaletes) de oro; sus callosas manos empuñan la pesada lanza o el ligero arco.

Fuertes como el león, ligeros como el gamo, tendidos en mitad de la ancha plaza del palacio, esperan los dromedarios la hora de la partida. Su chatas cabezas enjaezadas con borlas de plata y seda, aspiran con delicia el aire puro de la mañana. Los esclavos comienzan a colocar las tiendas, los cajones de víveres y los pellejos de agua para el viaje, sobre sus robustos y jibosos lomos.

Los sátrapas, con sus blancos ropajes, los oficiales con su marcial y guerrero aspecto, se agrupan en las primeras gradas de la escalera, esperando a su señor para saludarle antes de partir. El bélico son de la trompeta resuena por segunda vez al extremo de una de las anchas calles que desembocan en el palacio. Todos los ojos se dirigen hacia aquel punto. Los seleucianos abren sus ventanas y asoman sus soñolientas cabezas, preguntándose con asombro el motivo de aquellos aprestos militares que les roban el dulce sueño de la mañana. Los medrosos piensan en la guerra, temen por sus vidas y las de sus deudos y lanzan recelosas miradas al brillante séquito que pasa por delante de sus cerradas puertas. Los valientes sienten latir su corazón ante el brillo de las armas. Al frente de la lujosa comitiva cabalga sobre un gallardo dromedario de rojiza piel, un joven ataviado con los magníficos ornamentos de la India Oriental. Rico turbante de crespón blanco recamado de esmeraldas se arrolla por sus sienes. Un penacho de crin verde sale del centro de un joyel de brillantes que descansa sobre su frente. Fina es la lana de su encarnado ropón, rico es el chal de seda azul con franja de oro que ciñe su cintura. Largo puñal de Damasco cuelga de su costado, y las babuchas que cubren sus desnudos pies brillan como la mar herida por los rayos de la luna. Negro como la noche es el color de su semblante, que brilla como las perlas de Basora a los rayos del sol. Sus gruesos labios tienen el color del granado. Sus apretados dientes son blancos como la leche de las camellas. Sus grandes ojos se asemejan a dos moras colocadas en un círculo de nieve; pero sus miradas son tristes y melancólicas.

Porque Melchor, rey peregrino, ha cometido un crimen horrendo y recorre el mundo implorando el perdón de los cielos. Por eso ha abandonado la India Oriental, que es su patria. Por eso llegó a Seleucia a consultar con los sabios su nefando crimen. Por eso es triste su mirada, tristes sus palabras. Sus sueños son intranquilos, porque siempre oye en ellos la voz de una hermana que le grita sin cesar:

—¡Melchor, devuélveme mi honra! ¡Melchor, maldito seas! ¡Maldito seas, infame

incestuoso!

Porque Melchor ha deshonrado a su hermana y ese crimen le oprime el corazón, mata su felicidad y espanta su sueño. Y así como la errante caravana busca en el desierto la fuente apetecida, el oasis deseado, así Melchor recorre la tierra ansioso de perdón.

Gaspar, el rey Mago, el profundo conocedor de la inmutable ciencia de los astros, le ha recibido con los brazos abiertos, como el padre cariñoso al hijo descarriado.

Sus palabras de consuelo han derramado la esperanza en el angustiado corazón del peregrino rey, porque el viejo caldeo, con sus sesenta años, su larga cabellera cana, le inspira una confianza sin límites, y sus palabras resuenan dulces y consoladoras en su corazón como las suaves notas del salterio en mitad de una noche tranquila.

—Corre —le ha dicho—, apresta tu gente y tus dromedarios para un viaje que debemos emprender mañana, y cuyo fin ignoro aún; pero esa estrella luminosa que se mece entre las blancas nubes debe conducirnos a los pies del rey de Judá, del Mesías anunciado por los profetas; porque esa estrella es la estrella que Jacob anunciaba por Balaam.

Melchor obedeció a Gaspar, y seguido de sus negros esclavos desembocó antes que el sol en la ancha plaza que habitaba el rey sabio.

Los soldados de Seleucia saludaron la llegada del extranjero, a quien su señor había recibido como a un hijo. Poco después aparecieron en los arcos de la plaza Gaspar y Baltasar. Sus esclavos se colocaron formando una escala, y los reyes subieron por encima de aquella pendiente humana que les conducía hasta los encanastillados lomos de sus dromedarios. Luego, a una orden del más anciano, las trompetas volvieron a despedir sus ardientes notas. La cabalgata comenzó a rebullirse y, por fin, tomó por una de las anchas calles que conducían a la famosa puerta de Occidente. Los tres Magos iban delante departiendo amigablemente. Detrás de ellos caminaba en silencio el lujoso escuadrón.

—¿A dónde van? —se preguntaban los seleucianos.

Nadie lo sabe; y mientras crece la curiosidad, el veloz paso de los dromedarios les aleja de la ciudad sin que la muchedumbre pueda explicarse lo que ve.

Por fin la comitiva desaparece y las curiosas miradas no ven otra cosa que las huellas y la nube de polvo que dejan en pos de sí los reyes Magos. Las preguntas se suceden, los comentarios, los absurdos corren de boca en boca, extendiéndose por la ciudad como la mancha de aceite, pero la verdad se ignora y la curiosidad queda burlada.

Gaspar, Baltasar y Melchor, más que hombres de guerra son hombres de ciencia.

¿A dónde, pues, irán los sabios?

Los grupos se disipan, el sol anuncia con sus rayos de fuego la hora del trabajo, y Seleucia torna a recobrar su estado normal.

Mientras tanto, la lujosa cabalgata camina hacia adelante sin rumbo conocido.

Cuando llegaron a las ruinas de Babilonia, Gaspar detuvo su dromedario y abarcó con una mirada dolorosa los restos de la ciudad favorita de los caldeos. Sólo escombros alrededor de la soberbia torre de Belo; sólo ruinas en derredor de los mármoles que en un tiempo sirvieron de pedestal a la estatua altiva de *Bres-Nemrod.* Ayer seiscientos mil habitantes circulaban alegres por sus calles, y cien dioses eran adorados en sus templos de mármol y oro. Hoy, mansión de espanto, montón de escombros que esparce con su poderoso soplo el huracán, sirve sólo de refugio a las salvajes fieras del desierto. Sus frondosos jardines, sus elegantes palacios ya no existen. Sólo en medio de tanta desolación crece un árbol cuyo nombre es desconocido a los viajeros, y a cuyo tronco atan los caballos y bajo cuya sombra se acampan las caravanas.

Allí el filósofo medita, el poeta canta, el creyente ora; pero todos piensan en Dios.

Gaspar, a la sombra del solitario árbol de las ruinas, elevó su plegaria al cielo. Sus soldados le imitaron, porque, como él, creían oír la voz del profeta Isaías repitiendo en medio de aquella soledad:

«Esa Babilonia, tan distinguida entre los reinos del mundo, y cuyo esplendor inspira tanto orgullo a los caldeos, será destruida como Sodoma y Gomorra que derrocó el Señor. Jamás volverá a habitarse; ni aun los árabes alzarán allí sus tiendas, ni los pastores dejarán descansar en su recinto los rebaños».

Terminada la plegaria, como un recuerdo tributado a los señores de aquella reina del mundo, la comitiva tornó a emprender su interrumpida marcha.

Gaspar, el venerable anciano, el sabio conocedor de los planetas, no apartaba sus penetrantes ojos del cielo, donde una estrella que no han podido apagar los rayos del sol, brilla con un fulgor extraño. Planeta misterioso, nuncio divino, que olvidando las leyes invariables que rigen los globos, ora se suspende en los caprichosos celajes de una nube de nácar, ora lanza sus luminosos destellos desde el limpio horizonte que se extiende en lontananza como un inmenso trozo de raso blanco.

Con marcha irregular se dirige hacia Occidente. Los reyes caminan en pos de ella, atraídos por una fuerza misteriosa.

—No me engaño, Melchor —dice Gaspar extendiendo su brazo en dirección a la hermosa estrella, que como un pequeño sol caminaba siempre delante de ellos, como si quisiera marcarles el camino que debían seguir—. No hay ningún planeta en el globo celeste que marque ese rumbo; esa estrella es completamente desconocida a todos los astrólogos caldeos.

—Sigamos, sigamos su hermosa luz —exclamó con gozo Melchor—. Ella es mi esperanza, noble anciano.

—No la perdamos de vista, y ella marcará el término de nuestra peregrinación —dijo a su vez Baltasar.

—Yo os lo aseguro —volvió a decir Gaspar—: esta es la estrella de Jacob, anunciada por el profeta Balaam. ¡Valor, amigos míos! Ella será para nosotros como la columna luminosa que guió a los israelitas a las desiertas playas del mar Rojo.

Y los Magos siguieron con la fe en el corazón y los ojos en el cielo la caprichosa marcha de su radiante guía. Los dromedarios de la Arabia hacen de jornada mil estadios (cuarenta leguas) de sol a sol. La estrella guiadora de los Magos, colocada siempre a una misma distancia de las ligeras cabalgaduras, seguía su marcha, sujetándola a la de sus perseguidores.

Cuando la noche extendía su manto de sombras sobre la tierra, el divino faro, suspendiendo su marcha, indicaba a los viajeros que la hora del descanso había sonado. Entonces, al verle inmóvil, suspendido sobre sus cabezas, los reyes mandaban a sus esclavos levantar las tiendas, y después de la frugal cena se entregaban tranquilos en brazos del sueño reparador que había de rehabilitar las fuerzas para el día siguiente. Pasaba la noche, el sol nacía y la estrella tornaba a emprender su silenciosa marcha siempre hacia Occidente. La oriental cabalgata seguía el faro misterioso una y otra jornada sin desfallecer, pues Dios alentaba sus esperanzas. La estrella como una reina, indicaba la hora del descanso, el momento de la partida.

Y así pasaban los días y las semanas.

«*¿Cuál era, pues, aquella estrella que jamás había aparecido en medio de los astros y que después nadie ha podido encontrar en el firmamento? ¿No era esto un lenguaje magnífico del cielo para cantar la gloria de Dios y el alumbramiento de una Virgen?*» (San Agustín).

El nacimiento de Jesús fue grande, como debía serlo el de un Dios.

Los pastores abandonaban sus rebaños para adorarle.

Los reyes de Oriente dejaron sus regios palacios para emprender una peregrinación cuyo término les era desconocido.

Seleucia, la nueva Babilonia, les miraba partir con asombro.

Jamás el hijo de un conquistador de la tierra se vio tan honrado como Jesús, el Hijo de un pobre carpintero, cuya cuna era un pesebre y su lecho un montón de paja.

Los hijos de los reyes reciben el vasallaje de real orden. Todos los que se humillan ante su cuna son tributarios forzosos del poder de su padre, o esclavos que lamen la mano que forjó sus cadenas, esperando la hora de poder despedazar al mismo ante quien se humillan.

La incredulidad de algunos filósofos no ha podido explicarnos aún los asombrosos acontecimientos que rodearon la venida del Dios-Hombre.

Herodes, rey poderoso y altivo que asesinaba a sus hijos y a su esposa sin que ni uno de sus músculos se conmoviera, sabedor del nacimiento de Jesús *turbóse en sí mismo, y todo Jerusalén con él* (los Evangelios), y reunió a los doctores y sacerdotes para consultar lo que debía hacerse, porque su espíritu intranquilo veía levantarse ante su poder la vengadora imagen de un Dios fuerte que iba a trastornar el orden de las cosas y a arrebatarles la corona a sus descendientes.

Los falsos dioses iban a caer rodando en pedazos de los idólatras altares. Los esclavos iban a romper sus cadenas. Los verdugos de la tierra iban a comparecer, a

dar cuenta de sus crímenes ante la presencia del Dios del cielo.

Jesús, el hijo de José, venía a recordar a Joas, el hijo de Ochozías, y el recuerdo de Athalía espantaba el sueño del verdugo de Galilea.[53]

Capítulo IV

JERUSALÉN

Antes de penetrar en el recinto de la ciudad santa, lancemos una ojeada sobre su pasado. Este capítulo debe ser el itinerario que guíe al lector en el transcurso de la presente obra.

El pueblo hebreo necesitaba fundar una ciudad fuerte, que fuera la capital donde se asentara el trono de sus señores, el refugio de aquellas huestes que desde la salida de Egipto iban errantes en busca de la tierra prometida. Adonisech, uno de los cinco reyes vencidos por Josué, se fortifica con su pueblo, los jebusinos, en el monte Sión. Desde esta fortaleza inexpugnable desafía y se burla del ejército de David.

—Los cojos y los ciegos —les grita Adonisech— son los que mandaré sobre ti. Ellos bastaran a exterminarte.

David, el rey de la guerra, el elegido del Señor, desprecia las bravatas del jubuseo, asalta la fortaleza, pasa a cuchillo la guarnición, según la bárbara costumbre de entonces, y el ejército vencedor acampa sobre los montes de Sión, Acra y Moria.

El rey poeta contempla desde la cumbre a su ejército acampado. La luna ilumina con sus rayos de plata aquel cuadro sublime. David empuña el arpa y eleva a Jehová el canto de triunfo. Los dulces acordes del instrumento, las vibrantes melodías de la voz privilegiada del rey van a perderse en alas de la brisa nocturna, entre las florestas de Gaboad y en las cóncavas rocas del Despeñadero de los Cadáveres.

El dulcísimo eco de aquel canto ha llegado hasta nosotros. Dice así:

«Los reyes de la tierra han conspirado reunidos contra nosotros; se han dicho en secreto: “Venid y los destruiremos. Dejarán de ser una nación; haremos desaparecer el nombre de Israel de la superficie de la tierra.” Pero el Dios fuerte ha preparado mi brazo para la batalla; he perseguido a mis enemigos y he avanzado siempre hasta que los he aniquilado: han caído por fin bajo mis pies; los he dispersado como el polvo al soplo del viento; he sometido pueblos que no conocía; se han humillado ante la fama de mi nombre; el extranjero se ha escondido y ha temblado en el fondo de su retiro».

David deja el arpa y se goza en la contemplación del poético paisaje que se extiende a sus pies. Sus ojos se fijan en aquellas tres montañas entrelazadas, que tienen fosos gigantescos creados por la palabra del que hizo brotar el mundo de la nada, del que ha suspendido el sol en el firmamento, del que ha marcado límite a las turbulentas aguas del océano.

Entonces, viendo al Oriente el profundo valle de Josafat arrastrando por su lecho las rojizas aguas del Cedrón, al mediodía el escarpado barranco de Gehennón, y al Occidente el monte de los Cadáveres, exclamó con un gozo inexplicable:

—*¡Jerousch al Aim, mansión de paz!*, tú serás la ciudad fuerte de Israel; yo te engrandeceré hasta el punto que las naciones han de envidiarte; yo elevaré por el

Norte, tu parte más débil, una triple muralla[54] donde se estrelle la codicia de tus enemigos.

David, el rey de la guerra, edificó a Jerusalén; Salomón, el rey de la paz, la engrandeció. El joven hijo de David se ciñó la corona el año 2970 de la creación del mundo. El monte de Gabaón vio correr por sus resbaladizas pendientes la sangre de mil víctimas sacrificadas a Jehová ante el altar de bronce de Moisés.

El Señor se le apareció en sueños y le dijo:

«Pide lo que quieras, amado mío».

Salomón le pidió la sabiduría y Dios le concedió además la belleza, la riqueza y la gloria. Salomón sobrepujó a los cuatro poetas moholitas de la tribu de Leví. Compuso tres mil parábolas, cinco mil cánticos y un libro gigantesco sobre las plantas y los animales. «*Desde el cedro que crece y perfuma las cumbres del Líbano, hasta el hisopo que se extiende por las quebraduras de los muros. Desde el águila que desafía el sol con su mirada altiva, hasta el diminuto pececillo que se oculta en las esponjosas rocas del Océano*».

Muchos de estos libros se han perdido en el transcurso de los siglos que han rodado sobre ellos, pero nos quedan los *Salmos* y el *Cántico de los cánticos*, cuya poesía aventaja en perfume a los lirios de Gaalbó, en galanura a las rosas de Saaron y en brillantez a los diamantes de Golconda.

Estos libros bastan para inmortalizar a su autor.

Salomón llegó a ser el hombre más rico, más feliz, más glorioso del mundo, pero le faltaban artistas constructores para llevar a cabo el pensamiento de su padre: edificar un templo a Jehová sobre el monte Moria. Hisam, rey de Tiro y Sidón, le envió los fundidores de bronce, los arquitectos, los artistas que le faltaban.

Diez mil hombres comenzaron a devastar del Líbano los olorosos cedros, y siete años después el templo estaba concluido. Los jonios necesitaron doscientos años para construir el templo de Diana en Éfeso. Dios le había cumplido su palabra, porque aquella maravilla del arte verdaderamente era un milagro.[*] La fama llevó por la dilatada tierra el renombre del rey poeta.

Las naves de Salomón recorrieron los mares, trayendo a su «ciudad amada» todo lo más grande, lo más rico, lo más sorprendente de los extensos países del Universo.

La reina de Saba, la hermosa Nicaulis, atraída por la fama de Salomón, quiso conocerle y deslumbrarle con su riqueza. La soberana del Mediodía llegó a la ciudad santa, seguida de un séquito deslumbrador. Al pisar el pavimento del palacio de Salomón se alzó la falda de su vestido, cuajado de pedrerías, temiendo mojarse sus diminutos pies, cubiertos de diamantes y zafiros. El rey se sonrió viendo el temor de la princesa, pues lo que ella había creído que era agua no era otra cosa que cristal bruñido.

Entonces Nicaulis le dijo:

—¡Dichosos los que alcancen tu sabiduría, oh rey! ¡Dichosos los que te sirvan, oh señor!

Nicaulis salió de Jerusalén cargada de regalos. La que había querido deslumbrar, había sido deslumbrada.

El reinado de Salomón duró cuarenta años con una paz inalterable. Su pueblo fue rico y feliz.

El reinado glorioso de David, su padre, lo empañó una mancha: el adulterio cometido por Bethsabé, mujer de Urías, a quien mató, avergonzado de su infamia.

El reinado floreciente de Salomón fue también manchado por los vicios y las falsas religiones que predominaron. La riqueza atrajo a Jerusalén multitud de mujeres hermosas de otros países, y Salomón, adorándolas a ellas, acabó por adorar sus impíos dioses. Las samaritanas le hicieron postrarse ante el becerro de oro; pero Jehová, reprendiendo la impiedad de Salomón, anunciόle que su reino iría a parar a manos de un siervo suyo.[55]

Entonces el pueblo hebreo se dividió; Judá se mantuvo obediente a Roboan, hijo de Salomón; Israel proclamó a Jeroboan. La decadencia del pueblo elegido por Dios comenzaba a pasos de gigante. Roboan, Abian, Asa, en Judá; Jeroboan, Nadab, Baasa, Ela, Zamri y Achab, en Israel, pasaron sobre la tierra como las débiles aristas que arrastra con su empuje el poderoso soplo del huracán.

Josafat fue una tregua poderosa para el pueblo hebreo pero pronto la inhumana Athalía cayó sobre las tribus como un azote del cielo. En vano Elías rayo de Dios, procura reunir aquel pueblo descarriado. Sus palabras, sus milagros, son desatendidos. Los descendientes de Abraham caminan hacia el abismo como un torrente desbordado. Detrás de Elías aparecen sucesivamente Jonás, Oseas, Amos, Isaías.

La venida del Salvador es anunciada; pero los oídos se cierran para escuchar las proféticas palabras. Ezechías, rey piadoso y valiente, levanta la bandera de Judá contra los asirios. Los ángeles ayudan a sus huestes; Dios vuelve sus ojos compasivos hacia el pueblo elegido como en tiempo de *los fuertes* de David. Los nombres de Hachamoni, Bamias, Semma, Jesboan y Fesdomoni[56] se recuerdan; y la esperanza renace. Muerto Ezechías por sus dos hijos, el impío Manasés ocupa el trono de su padre. Cobarde, malvado y sanguinario, huye ante el ejército asirio, se oculta entre unas zarzas; pero es hallado y conducido esclavo a Babilonia. Amon le sucede, tan impío, tan miserable como él, y veinte años después Nabucodonosor cae sobre Israel, devastando con su ejército la tierra de las doce tribus.

Jerusalén es la esclava del bárbaro babilonio, Nabuyardan, uno de los principales jefes del ejército de Nabuco, incendia por orden de su señor el templo de Sión y la casa real, a los cuatrocientos veinticuatro años, tres meses y ocho días de su fundación por el Rey de los Cantares. Este día era sábado. También en sábado debían destruirlo los romanos, como veremos más adelante. Nabuco se llevó cautivo al pueblo de Israel, y robó los vasos sagrados del templo de Sión. Jehová quiso castigar aquel sacrilegio, y apagó la luz de la razón en la mente del feroz babilonio. Nabucodonosor vivió siete años como las bestias inmundas.

Setenta años de esclavitud rodaron sobre el afligido pueblo de Israel. El profeta Daniel consolaba la amargura de sus hermanos; pero las arpas de las doncellas de Judá colgaban de los árboles, no tenían melodías para el Santo de los Santos.

Una noche, el afeminado Baltasar celebraba un banquete. Los vasos sagrados iban a profanarse por los labios de las impuras cortesanas, por los torpes adoradores del dios Belo y los serviles sátrapas del rey Nabonido.[57]

Sobre el muro del salón donde se celebraba el banquete, una mano misteriosa, al intentar el primer brindis, escribió estas tres palabras con letras de fuego: *Mane, thecel, pharés.*[*] El pánico aterró a los impuros cortesanos, las luces se apagaron, el trueno retumbó en el espacio, la tierra se estremeció bajo sus plantas y Baltasar, acobardado, llamó a su amigo el profeta Daniel para que le descifrara aquel misterio.

El profeta le dijo:

—Esta noche es la última de tu vida.

Darío y Ciro, con un ejército de medos y persas, pasaban pocas horas después a cuchillo a los habitantes de Babilonia.

Ciro fue bueno y clemente con el pueblo judaico; concedióle la libertad, y el permiso para reedificar el derruido templo de sus mayores.

Zorobabel guió a su pueblo hasta la ciudad santa, y al año siguiente volvieron a echarse los cimientos al nuevo edificio destinado al Santo de los Santos.

Doscientos años vivieron los judíos sujetos a los persas. Una noche llegó hasta Jerusalén el estruendo de la guerra sobresaltando a sus tranquilos moradores. Era Alejandro el Grande, el hijo de Filipo, el rey de Macedonia, el gran devastador del universo, que se acercaba a sus murallas con su triunfal bandera desplegada para exterminar al pueblo hebreo, para derruir a Jerusalén como había derruido a Atenas.[58]

El nombre de Jerusalén estaba inscrito en la tablilla donde el conquistador macedonio apuntaba las ciudades que debía destruir.

Jaddus, el gran sacerdote, oyó los gritos lastimeros de Tiro y Sidón, vio las rojizas llamas de la incendiada Gaza, y apercibió el estruendo fatal de las trompetas macedonias. Entonces corrió al templo a implorar el favor de Dios, y Dios le dijo:

—*Sal al encuentro de Alejandro, arroja flores y palmas a sus pies, ábrele las puertas de la ciudad santa, y nada temas.*

Jaddus obedeció, y el conquistador envainó su espada amenazadora, viendo a aquel pueblo que se prosternaba ante su paso, y se arrodilló a su vez a los pies del sumo sacerdote.

Permenión, su general, le reprendió diciéndole:

—¿Es acaso ese sacerdote del templo de Júpiter que has visitado en el oasis de Aunnor?

—Escucha —le dijo Alejandro—. Cuando estaba en Macedonia pensando en la conquista de Asia, mi Dios se me apareció en sueños. Vestía como ese anciano; rodeaba su frente una corona de luz, símbolo inequívoco de la divinidad. «No temas,

me dijo, cruza sin miedo el Helesponto; yo caminaré a la cabeza de tu ejército, y te haré dueño del imperio de los persas».

Después de Alejandro transcurrieron ciento sesenta años. Sus principales capitanes se habían repartido los pueblos conquistados por él. Antíoco, del linaje de los Eleneidas, se propuso la total ruina del pueblo de Abraham. Aquí vuelve a elevarse hasta la epopeya el pueblo de Israel. Los hijos del anciano Mathatías, los gloriosos Macabeos, vencieron en valor a los fuertes de David. A estos cinco hermanos les faltó un Homero que cantara sus gloriosas hazañas, más dignas de renombre que las del inmortal Aquiles.

Su bandera que ostentaba estas cuatro letras por lema, M. C. B. I. de donde se cree que tomaron el nombre de Macabeos, pasó triunfante por las doce tribus.

He aquí los nombres de los cinco héroes que nos ha conservado la historia: Juan, llamado *Eadis;* Simón, llamado *Thasis;* Judas, llamado *Macabeo;* Eleazar, llamado *Abdón,* y Jonatás, llamado *Appus.*

Para describir los heroicos esfuerzos de estos mártires de la independencia hebrea, entre los cuales figuraba su padre Mathatías, anciano de ciento cuarenta años, sería preciso escribir un libro de mil páginas. Por fin sucumbieron a la fuerza numérica, que después de muchas derrotas envió contra ellos Demetrio el Macedonio. Judas Macabeo había enviado embajadores a Roma pidiendo la protección de ese gran pueblo que empezaba a asombrar al mundo. Cuando regresaron, Judas había muerto rodeado de sus valientes.

El que había destrozado hasta el último soldado del formidable ejército de Demetrio, el que había clavado la cabeza y la mano de Nicanor a la vista de Jerusalén, el héroe, el inmortal hijo de Palestina, ya no existía.

Desde entonces los romanos comenzaron a influir en los destinos de Israel, acabando por hacer a los judíos tributarios del Capitolio. Pompeyo, general romano, asaltó la ciudad santa y colocó a Hircano, protegido suyo, en el reino de Israel, prohibiéndole que usara diadema. Las profecías de Jacob iban a cumplirse: la venida del Salvador no podía tardar; el cetro de Judá había pasado a manos extranjeras.

Algunos años después, un idumeo ocupaba el trono de David y Salomón. Jerusalén, en tiempo de Herodes, conservaba en gran parte su antiguo esplendor. La muralla de Nehemía la rodeaba con sus robustos brazos de piedra, y sus trece torres y doce puertas aún podían desafiar el enojo de los extranjeros.

Por el frente Oriental costeando el valle de Josafat y a la vista del monte de los Olivos, se hallaban las cuatro puertas: la del *Fiemo,* la del *Valle,* la *Dorada* y la de las *Aguas.*

La primera caía sobre la fuente del Dragón, la segunda conducía al pueblo de Gethsemaní, la tercera a Engaddi y al Mar Muerto y la cuarta al Jordán y a Jericó.

El frente meridional de las murallas tenía dos puertas: una conducía al monte Erogo; la otra a Belén y Hebrón.

Dominando el despeñadero de los Cadáveres por la parte de Occidente, se

hallaban las puertas de los *Pescados,* la puerta *Judiciaria* y la puerta *Genath.*

Saliendo por la primera se encontraba a una distancia de cincuenta pasos el camino que conducía indistintamente a Belén, Hebrón, Gaza, Egipto, Emaús, Joppe y al mar.

La segunda conducía a Silo y Gabaón, tomando la derecha, y a la izquierda al sepulcro del pontífice Ananías, y enfrente el monte Calvario.

La tercera era una dependencia del palacio de Herodes: permanecía casi siempre cerrada, pero a través de su magnífica verja de hierro, los curiosos podían contemplar los elegantes jardines del Idumeo, con sus bosques de pinos, palmas y sicómoros, sus caprichosas fuentes, sus magníficos estanques, por donde se paseaban perezosamente escuadrones de cisnes y se veían correr bandadas de gacelas por en medio de aquellas deliciosas florestas.

Por último, al Septentrión se hallaban las puertas de las torres de las *Mujeres,* la de *Efraim* y la del *Angulo.*

La primera de éstas conducía a unas plantaciones de árboles frutales muy frecuentados en aquella época por la gente joven en los días festivos; la segunda a Samaria y Galilea, la tercera a Anattol y Betté, dejando a su izquierda el estanque de las Culebras y a su derecha el monte del Escándalo.

Como hemos dicho, las torres eran trece a saber: la de los *Hornillos,* la *Angular,* la de *Hananiel,* la *Torre Alta,* la de *Meah,* la *Torre Grande,* la de *Siloe,* la de *David,* la de *Psfine,* y las cuatro restantes se llamaban torres de las *Mujeres.*

Jerusalén se dividía en cuatro ciudades, separadas por una espesísima muralla, para hacerla más inexpugnable en caso de ataque; pero todas ellas se comunicaban las unas con las otras. *La ciudad de David* o *superior* encerraba en su circuito la montaña de Sión, el sepulcro de David y los palacios de los reyes de Judá, de Anás y de Caifás. *La ciudad inferior* se enorgullecía con el templo, que ocupaba aproximadamente una cuarta parte; el palacio de Poncio Pilato; la ciudadela Antonia; el Xisto, especie de puente desde donde arengaban al pueblo los gobernadores romanos: el monte Acra; el palacio de los Macabeos, y el teatro fabricado por Herodes el Grande en honor de César, sobre el que descansaba un águila de oro, ave que tenía desvelados a los verdaderos israelitas. *La segunda ciudad* era habitada por las personas de distinción, y en ella tenía Herodes su palacio y sus magníficos jardines.

La última se llamaba *la ciudad de Bezeta,* donde vivían los comerciantes de lana, caldereros, ropavejeros y quinquilleros.

Tal era Jerusalén bajo el poder de Herodes.

Ahora entremos en su glorioso recinto, destinado por la impiedad de sus hijos a ser hasta la consumación de los siglos un montón de escombros. Su nombre llena el mundo: pero lo llena con su recuerdo, porque en la cumbre de uno de sus montes fue sacrificado el Salvador del hombre.

Capítulo V

LOS PEREGRINOS

El nacimiento de Jesús fue un grito de alarma para las divinidades paganas. Sólo Dios podía conseguir tan inmenso triunfo. Sólo a Dios le era dado arrancar del corazón del hombre la ponzoña que el error había introducido en él.

Milton, ese gran poeta, ese sabio inglés que tanto honra a la patria que le sirvió de cuna, ese gran orientalista que admiran las naciones civilizadas, en una de sus primeras poesías ha descrito con esa robustez admirable que poseía, los errores del paganismo antes de la venida al mundo del Redentor del hombre.

Vamos a extractar algunas de sus estrofas, sirviéndonos de la traducción del abate Orsini:

Dicen así:

«Los oráculos enmudecen; ninguna voz, ningún murmullo siniestro hace resonar palabras falaces bajo las bóvedas de los templos.

»Apolo, abandonando con un grito de desesperación la colina de Delfos,[59] no puede pronosticar lo futuro.

»Ningún éxtasis nocturno, ninguna inspiración secreta, saliendo de una caverna profética, se hace sentir al sacerdote de ojos espantados.

»Sobre las montañas solitarias y a lo largo de las murmuradoras riberas, sólo se escuchan llantos y lamentos.

»El genio se ve forzado a alejarse de los valles que habitaba en medio de los pálidos chopos.

»Las ninfas, despojadas de sus guirnaldas de flores, gimen a la sombra de los espesos matorrales.

»Los lares[60] y los larvas[61] hacen oír sus quejas nocturnas en la tierra consagrada y sobre los santos hogares.

»Las urnas y los altares despiden sones lúgubres y desfallecidos que espantan a las flámides[62] ocupadas en sus servicios, y el mármol helado parece cubrirse de sudor mientras que cada deidad abandona su sitio acostumbrado.

»Peor y Baal huyen de sus opacos templos con el dios arrojado de la Palestina.

»Astarot, bajo el nombre de la Luna, reina y madre del cielo al mismo tiempo, ya no brilla cercada del santo resplandor de las antorchas.

»El Hammon de la Libia oculta sus cuernos, y los hijos de Tiro lloran en vano su Thamuz herido.

»El sombrío Molok se escapa dejando en la sombra a su ídolo reducido a negros carbones; en vano el ruido de los instrumentos y de la danza llama a un rey feroz cerca de un horno ardiente.

»Los dioses del Nilo, de la raza de los brutos, se alejan también rápidamente, y el

perro de Annubio sigue a Isis y a Osiris.»[63]

Hasta aquí Milton. Continuemos nosotros.

Por fin los reyes Magos, después de trece días de marcha, vieron a lo lejos los altivos minaretes, las gallardas torres y las fuertes murallas de Jerusalén. Cerca del camino que seguían murmuraba una límpida fuente, y los viajeros ilustres se detuvieron.[64] A una voz del jefe del convoy los dromedarios se echaron en el suelo y los reyes se apearon. Entonces cuatro esclavos africanos extendieron una rica alfombra de paño de grana recamado en oro sobre la fresca yerba, y sentándose en ella los Magos, les sirvieron en delicados canastillos de palma sabrosos dátiles y enroscados *mich mich*,[65] desayuno frugal de los orientales.

Otros esclavos encargados de los dromedarios, dieron a éstos su pienso de habas secas.

De repente y cuando más tranquila se encontraba la lujosa caravana de los reyes, Gaspar se puso en pie y exclamó con asombro:

—¡La estrella, la estrella ha desaparecido!

Melchor y Baltasar se pusieron en pie, apartando de su boca las frutas que se disponían a saborear.

La estrella había desaparecido entre las flotantes nubes que se mecían sobre la ciudad tributaria. Los reyes vieron con dolor que su radiante y misterioso guía les abandonaba, y como el náufrago a quien se le escapa de entre las manos la tabla en que ha creído ver su salvación, exhalaron un grito de dolor.

Pero uno de ellos, extendiendo el brazo hacia Jerusalén, interrumpió la silenciosa meditación de sus amigos diciendo:

—Prosigamos nuestra noble peregrinación: La estrella ha desaparecido. Pero no importa: ante nosotros se levanta una gran ciudad digna de servir de cuna al Rey de los judíos. Marchemos a Jerusalén.

—Sí, sí, prosigamos nuestro camino: la misteriosa estrella que nos ha conducido desde el Tigris al Jordán, no puede habernos abandonado sin un poderoso motivo —exclamó Baltasar.

—Y después, ¿quién habrá en la ciudad de los pretores, que no sepa dónde ha nacido el Mesías? Con sólo preguntar al primer transeúnte que encontremos, estoy cierto que nos conducirá al pie de la cuna de ese Rey a quien buscamos.

Acordes los Magos, volvieron a montar en los ligeros dromedarios, y poco después entraban en Jerusalén por la puerta *Judiciaria.* Pero, ¡ay!, la ciudad no presentaba el bullicioso y alegre cuadro que esperaban. Las calles se veían desiertas, y las rosas, el mirto y el laurel no alfombraban su duro pavimento. Las arpas de los hebreos no entonaban alegres melodías: las doncellas de Sión no elevaban sentidos cantos a Jehová. La mirra y el incienso no se derramaban ante los altares del templo. El óleo no ardía en los pebeteros, y las lámparas de oro no alumbraban los ricos trajes de los sacrificadores.

Jerusalén, muda, silenciosa, casi desierta, recibió en su recinto a los peregrinos de

Oriente. Algunas mujeres curiosas, envueltas en sus ligeros mantos, se asomaban a las azoteas para ver pasar a los viajeros. Los reyes, tristes, desalentados, caminaban calle adelante. La esperanza se iba enfriando en sus corazones. Poco a poco fueron agrupándose en torno de la oriental cabalgata algunos curiosos.

Entonces Gaspar, que iba delante, se inclinó sobre el nervudo cuello de su dromedario, y dirigiendo la palabra a los curiosos espectadores, les dijo:

—Jerosolimitanos, vosotros sabréis en dónde se halla el Mesías prometido por los profetas, el Rey de los judíos que acaba de nacer.

El populacho se miró con asombro, y no hallando palabras que responder a los viajeros, hizo un movimiento indiferente de hombros.

Baltasar, a su vez, preguntó a los que tenía más cerca:

—¿Dónde está el Mesías, el Rey de los judíos?

—En Jerusalén no hay más rey que Herodes el Grande, nuestro señor —le respondió un alcabalero con duro acento.

—Nosotros hemos visto una estrella desconocida en el cielo —añadió Gaspar—, y esa estrella no nos cabe duda, es la que predijo Balaam.

—La estrella de Jacob aun no ha nacido para los israelitas —le contestó un fariseo.

—Locos deben ser —murmuró un soldado romano mirando con desdén a los Magos.

—Demos parte a nuestro rey Herodes —repuso un escriba.

—Sí, sí, démosle parte —exclamaron varios herodianos que se hallaban entre la apiñada multitud.

Los reyes, viendo que eran inútiles sus preguntas, pues nadie les indicaba la casa del Mesías, torcieron por una ancha calle que conducía al antiguo palacio de David, y se instalaron en uno de sus ruinosos patios.

Aquel palacio, un tiempo encantadora mansión de un rey sabio y poderoso, no era en la época del nacimiento de Cristo, más que un montón de ruinas; pero los Magos sabían por la tradición hebrea y por los vaticinios de los profetas, que de la rama de David debía nacer el Mesías libertador del pueblo de Israel.

Perdida la estrella que con tanta insistencia venían siguiendo desde sus lares, les quedaba una esperanza.

—Tal vez bajo los pórticos del rey David —se dijeron— encontremos al Mesías prometido; tal vez junto a aquellos derruidos torreones, donde el arpa del rey poeta acompañaba con melancólico gemido los cantares del vencedor de Goliat, hallemos algún indicio que nos oriente.

Y una vez allí, mandaron levantar las tiendas, y encerrándose en una de ellas, se pusieron a deliberar.

Capítulo VI

HERODES EL GRANDE

> La historia ha llamado Grande a Herodes; nosotros creemos que el verdugo de Belén no fue digno de tan honroso calificativo.

En el año del mundo 3932, y 68 antes de la venida de Jerucristo, nació el sanguinario Herodes, terrible plagiador de la inhumana Athalía. Su patria fue Escalón, ciudad marítima de Turquía asiática en Palestina. Negra como su alma, fría como su impiedad, tempestuosa como las pasiones que dominaron su corazón, fue la noche en que desde el seno de su madre nació para ser el azote de Galilea, el oprobio de su raza.

Los huracanes desencadenados saludaron su venida al mundo, haciendo estremecer los edificios con su poderoso aliento.

Las olas mugidoras de los mares bramaron, como si legiones infernales se agitaran en medio de sus aguas.

Los vientos irritados hicieron temblar con el veloz empuje de su carrera los altos cedros y las robustas higueras de las cercanías de Escalón.

Los ríos salieron de madre, y desbordaron por sus campos sus turbulentas y rojizas aguas, llenaron de pavor y miseria a los infelices moradores de las aldeas.

La naturaleza entera lanzaba un gemido de dolorosa agonía saludando al futuro tirano.

Herodes fue como el torrente desbordado, que todo lo arrolla ante su paso; como el rayo, que todo lo incendia con su caída, como la peste, que todo lo mata con su aliento. Esclavo de sus pasiones, imperioso y colérico, llegó a la edad de veinticinco años cruzando por una senda de crímenes y de escándalos.

Su padre, Antipater, que había prestado al César vencedor de Pompeyo y señor de Roma, servicios importantes en el cerco de Alejandría, alcanzó del dictador romano el gobierno de Galilea para su hijo Herodes. Su edad frisaba en los veinticuatro años cuando subió las primeras gradas que debían conducirle al trono de la inmortal ciudad de Jerusalén.

Herodes era arrojado y ambicioso. Los obstáculos no existían para él. Había soñado una corona, y el crimen, el oprobio, la bajeza, no detuvieron su paso.

Por lograr su fin, no hubiera retrocedido aunque se hubiera visto precisado a pasar por encima del cadáver de su padre, de sus hermanos, de su raza entera.

Una corona, sólo una corona anhelaba su ambición, y despreciando los obstáculos, siguió el camino que podía conducirle a la realización de sus sueños con la frente erguida.

Pero la suerte le fue contraria: vencido por Antígono su rival, rey de Judá, se vio precisado a refugiarse con su familia y su riqueza en un castillo de Idumea. Herodes se ahogaba en aquel rincón de la Arabia pétrea.

Cuando algunas tardes, desde los altos torreones de su inexpugnable fortaleza, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada torva, extendía sus sangrientos ojos por aquellas soledades de estéril arena y calcinadas rocas, lanzando un rugido desde el fondo de su agitado corazón, solía exclamar con bronco acento:

—¡Idumea! ¡Idumea!, mansión de los chacales, patria de los lobos, tú no eres más que un esqueleto, y sólo presentas a mis hambrientas fauces huesos que devorar. Pero yo necesito una tierra donde el hueso esté unido a la carne, para aplacar este apetito que me consume. ¡Jerusalén! ¡Jerusalén, tú eres el plato que ambiciono en el festín de mis sueños… yo seré tu rey y tú mi esclava!; sobre tus altivas torres ondeará mi pendón escarlata y oro; tus hijos besarán el polvo que levante la fimbria de mi regio manto y tus doncellas cantarán himnos de gloria ante las aras de Sión, por su señor Herodes.

Por fin el desterrado de Idumea abandonó una noche su fortaleza, y arriesgando mucho en su atrevida empresa, pasó a Egipto a captarse la voluntad de Cleopatra.

Herodes había calculado bien confiando sus ambiciosas esperanzas en la reina de Egipto, tan célebre por su hermosura como por sus crímenes.

Sólo una pantera podía comprender los instintos de un tigre. Las hienas acuden siempre a los gritos de los chacales. Herodes, recomendado por Cleopatra a Marco Antonio, pasó sin perder tiempo a la orgullosa y degradada ciudad de Roma.

El Senado, resentido con Antígono porque había pedido auxilios a los parthos, enemigos acérrimos de Roma, se puso de parte del ambicioso idumeo que llegaba a las puertas del Capitolio a implorar su protección.

El viento de la fortuna comenzó a orear los dorados ensueños del verdugo de Belén. Antonio apadrinó las ambiciosas aspiraciones de Herodes, y accediendo a los ruegos de la que más tarde debía compartir con él su tálamo nupcial y su sepulcro, ofreció a su recomendado la corona tributaria de Jerusalén.

Herodes, al aceptarla, se convirtió en el primer esclavo del Capitolio. El César romano era desde entonces su señor. Pero ¿qué le importaba, cuando iba a sentarse sobre un trono, cuando sus sienes iban a coronarse con el verde laurel que entretejía el Senado para sus favoritos?

Activo en demasía, y anhelando el momento de su elevación al trono, levantó tropas sin pérdida de tiempo, juntó con su oro legiones de mercenarios en la ciudad del Tíber, y acatando las órdenes irrevocables de Antonio, dio el mando de sus tropas a Verutidio, favorito del César. Hechos los aprestos militares y hambriento de venganza, salió con sus soldados de la corte de Roma y se encaminó a marchas forzadas sobre Jerusalén.

Antígono, avisado por un amigo de los preparativos de Herodes y el favor que le dispensaba el César, aprestó su gente y se dispuso a castigar la osadía de sus

enemigos desde las altas murallas de la ciudad santa, que debía maldecir más tarde el Mártir del Calvario. Herodes atacó con fiereza aquellos baluartes de piedra y acero que se colocaban ante él como un obstáculo, como una valla a su ambición. La sangre corrió a torrentes. José, hermano del sitiador exhaló su último suspiro en uno de los asaltos. Por fin, el cortesano de Cleopatra, el adulador del Capitolio, el esclavo del César, entró triunfante en Jerusalén, y el águila romana fue colocada sobre el templo de Zorobabel.

Miles de habitantes perecieron bajo el sangriento filo de las espadas de sus parciales. Ni uno solo de los partidarios de Antígono se libró de su furor, sobre todo, si tenían bienes que confiscar. Roma pedía oro y Herodes era esclavo de Roma. Queriendo entonces asegurar la corona sobre sus sienes, repudió a su mujer y se casó con Mariamne, nieta de Hircano, rey de Judea y prisionero en Roma, adonde fue llevado por Pompeyo, su vencedor.

Tintas sus manos aún con la sangre del feroz degüello, corrió al templo a unirse con la bella joven princesa.

Los jerosolimitanos enjugaron por una orden de su nuevo señor las lágrimas que enrojecían sus ojos, y se vieron precisados a cantar y danzar en las fiestas reales que celebró el tirano. Un rostro afligido era una sentencia de muerte. Una lágrima derramada costaba una cabeza. Maquinador astuto y receloso, para mayor seguridad concedió la alta dignidad de sumo sacerdote a Aristóbulo, su cuñado, a pesar de sus pocos años. Aquel joven gallardo y querido de los israelitas, aquel desgraciado hijo del cautivo de Roma, había nacido para ceñir la corona que le usurpara el esposo de su hermana.

El pueblo comenzó a demostrarle el amor que por él sentía, y Herodes, celoso de aquel cariño que él no había sabido inspirar, mandó ahogar a su cuñado en un baño en Jericó, y fingiendo después un dolor hipócrita por su muerte, supo justificarse a los ojos de los fariseos y altos dignatarios de Jerusalén.

El Senado de Roma atendió en esta ocasión más a los regalos del asesino que a la justicia que reclamaba la inocencia sacrificada.

Jamás monarca alguno sobre la tierra derramó tanta sangre inocente, ni dio cabida en su pecho a tan bajas pasiones, como Herodes, el idumeo, a quien la historia dio el dictado glorioso de Grande. Fue poderoso, careciendo de todas las virtudes que honran y engrandecen a los monarcas. Cruel y sanguinario, se gozaba en el dolor de sus víctimas. Hizo morir al viejo Hircano, abuelo de su esposa, el cual le había salvado la vida siendo gobernador de Galilea. Los años y la alta dignidad de Hircano no detuvieron el brazo de su ingrato asesino. El delito del pobre anciano no era otro que el de sospechar su verdugo que había recibido algunos dones del rey de los árabes.

Su esposa Mariamne, la princesa más bella de su tiempo, y que poseía un talento nada común, murió asimismo asesinada por orden de su marido y poco después, cupo la misma suerte a Alejandra, madre de la desgraciada Mariamne.

Temeroso de que su hijo Filipo vengara a su madre, le dio muerte, sin que la voz de la naturaleza se levantara para detenerle desde el fondo de su corazón. El pueblo indignado, viendo aquel río de sangre que hacía correr un bárbaro opresor, comenzó a agitarse como un campo de espigas sacudido por dos vientos encontrados.

Herodes, protegido siempre por Roma, cortó aquellas cabezas que se erguían ante su paso desafiando su poder. Una corona de laurel, comprada en el Capitolio con el oro del rico y la indigencia del pobre, manchaba su frente, llena de remordimientos.

Porque su vida era un remordimiento continuo.

Sus intranquilos sueños siempre se veían poblados de fantasmas aterradores, de visiones horribles que, girando en infernal tropel por su cerebro, le amargaban sin cesar una por una de las sangrientas horas de su maldita existencia.

Herodes, no tenía para oponerse a la abierta rebelión de su pueblo más que sus sicarios, sus cortesanos y la secta baja, despreciable y reducida de los herodianos, que al recibir de su señor el oro a manos llenas, había pretendido elevarle sobre el altar de Sión y adorarle como a un Dios.

Los fariseos, potentes y atrevidos, le negaban el juramento de fidelidad. Los indómitos esenios seguían el ejemplo de los fariseos. Los jóvenes entusiastas, los valientes discípulos de los doctores de la ley de Moisés, llenos de noble indignación, conspiraban, desafiando a la muerte, en mitad del día, soñando siempre en el delicioso momento de la venganza, en el venturoso instante de la libertad.

Porque en Herodes sólo veían a un verdugo extranjero, a un enemigo cruel, y ansiaban exterminarle.

La vida del rey tirano de Judá era un continuo sobresalto. El puñal homicida le amenazaba por todas partes. Un día corrió de boca en boca la falsa noticia de su muerte, y el pueblo encendió fogatas en señal de regocijo.

Herodes apagó aquellas hogueras con la sangre de los que habían tenido el atrevimiento de encenderlas.

En lo más fuerte de estas discordias civiles fue cuando los reyes Magos llegaron a Jerusalén preguntando por el rey de Judá que acababa de nacer, por el Mesías anunciado por los profetas, por el Salvador del pueblo de Israel.

Capítulo VII

LA CARTA DE ROMA

Herodes había trasladado a Jerusalén el lujo y las costumbres de la ciudad de los Césares. Los artífices griegos, de cuyas obras tanto gustaban entonces los patricios romanos, se veían con frecuencia contratados por el rey tributario para embellecer los salones de su palacio.

Se hacía servir por un crecido número de esclavos etíopes, de esos hijos de la abrasada Libia, que fieles como los perros e inmutables como el bronceado color de sus mejillas, adoran a sus señores como a los dioses paganos de sus templos. Para formar contraste con éstos tenía otros de raza siriaca, de sonrosado cutis y dulce expresión. Daba el nombre de *Cubículo* a su cámara, y el de *Ginneo* a la pieza destinada a guardar las joyas y la corona real.

Cuando rodeado de sus mercenarios se entregaba a los placeres de Baco para ahogar en las vapores del Falerno y el Chipre los gritos de su conciencia, se complacía en invocar a todos los dioses paganos del Olimpo de Homero, echando de menos las libres *bacantes* de los bosques de *Baya,* y el delicioso Creta, que le servían en largos cuernos de plata cuando celebraba sus embriagadores banquetes.

Durante su permanencia en Roma, las sibaríticas costumbres de los libertos le habían fascinado, y quiso trasladarlas a Jerusalén.

Roma era entonces la señora del mundo. Sus patricios se hallaban hastiados de apurar goces. Sus cortesanos tenían circos, teatros, juegos de palestra, en donde el ingenio podía lucir sus galas delante de la hermosura; ejercicios de Marte, donde el valor era aplaudido por la belleza. Contaba en sus tiempos más de cien dioses a quienes quemar incienso, circos donde los gladiadores luchaban hasta morir o vencer, alimentando el sangriento instinto del pueblo con tan bárbaro espectáculo.

La vida era allí un torrente de placeres, un delirio embriagador; se gastaba con lujo. Su afán se reducía a saciar los apetitos del cuerpo, olvidándose por completo del alma, la materia estaba sobre el espíritu. La guerra y el amor eran sus únicos desvelos, sus ocupaciones favoritas. Las orgías, su paraíso terrenal. El lujo, su pasión dominante. Morir en el campo de batalla con la espada en la mano, la mejor de las muertes, el más apetecido triunfo, la fortuna más codiciada. El hastío y el cansancio, los inseparables compañeros de sus viciados corazones.

¿Cómo, pues, trasladar a Jerusalén ese desorden que marca siempre la decadencia de un imperio poderoso?

La ciudad santa, serena y tranquila como el mar de Galilea en una noche clara del estío, la madre de los sobrios descendientes de Abraham y Jacob, cuyas modestas hijas, después de adorar al Dios de sus padres con la pura fe de sus sencillos corazones, abandonaban el sagrado templo, cubierto el pudoroso semblante con el

tupido velo, y regresando a sus casas se ponían a hilar el lino y a adorar los hijos que habían criado con la leche de sus pechos. ¿Podía nunca ser una imitadora de Roma, de esa sentina del mundo?

La ciudad elegida, la pudorosa paloma del Jordán, la modesta Jerusalén despreciaba a los hijos de la loba. Herodes nunca consiguió la metamorfosis, que se proponía llevar a cabo. Esparta nunca hubiera sido Atenas, aunque todos los tiranos del mundo lo hubieran deseado.

El Gólgota estaba destinado a Jesucristo: Delfos a Apolo.

……

Entremos en el palacio de Herodes, y cruzando unos salones nos hallaremos en un aposento lujosamente adornado. En un lecho de marfil tendido sobre mullidos almohadones de paño grana se halla el rey de Jerusalén.

Una mesa triangular de mármol de Paros, blanca como la nieve que corona eternamente la cumbre del Sabino, sostiene una lámpara de oro que tiene la forma de una águila con las alas extendidas.

Una luz clara y viva sale del pico del animal, símbolo de Roma.

Una corona de laurel colocada sobre un pequeño cojín, se halla junto a la lámpara.

Herodes, apoyada su cabeza entre las manos como si quisiera ocultar su semblante, se agita convulsivamente, víctima de los agudos dolores que le destrozan las entrañas.

El rey viste un túnico talar de un color amaranto, el cual se ciñe a la cintura formando anchos pliegues por su cinturón de cuero con pequeñas estrellas de plata. Un casquete negro bordado de oro, sujeto a la coronilla como un solideo, cubre la parte superior de su abundante cabellera negra poblada de ásperas canas. Entre los enmarañados rizos que van a descansar sobre sus hombros brillan dos gruesos anillos de oro que cuelgan de sus orejas. La barba cana, sus pobladas cejas, sus ojos hundidos y chispeantes, su color excesivamente moreno y su huesudo y arrugado semblante, le dan un aire de ferocidad increíble.

Basta mirarle para convencerse, de que aquel hombre es cruel, de que aquella naturaleza de acero puede muy bien presenciar la muerte de toda su raza sin estremecerse, ni mudar el color de su semblante.

Sus pies, extremadamente grandes, calzan la cáliga romana sembrada de pedrerías y botones de oro.

No muy distante de su lecho se hallan dos personas, reclinadas perezosamente sobre ricos divanes de seda con franja y bordados de plata. Son un hombre y una mujer.

La mujer es Salomé, hermana de Herodes; tiene cuarenta años y es hermosa, pero sus facciones participan de la dureza de las de su hermano.

El hombre es Alejo, esposo de Salomé, de rostro dulce y mirada fría, de estatura mediana y extremadamente blanco.

Ambos guardan silencio, como si temieran interrumpir la silenciosa inmovilidad del monarca. El temor y el respeto pueden adivinarse en su semblante.

Alejo tiene en sus manos un rollo de papiro; Salomé se levanta de vez en cuando de su sitio para derramar en un pequeño braserillo de plata polvos aromáticos de yerbas del Líbano, que llenan de grato y penetrante perfume la habitación.

Luego todo vuelve a quedar en silencio: sólo el agitado resuello del idumeo o el gemido de dolor que se escapa de su pecho interrumpen de vez en cuando aquella quietud.

Por fin, Herodes, se incorpora un poco sobre sus almohadones. Aquel movimiento ejecutado por el rey pone en pie a los esposos favoritos que le asisten.

El asesino de Hircano aparta las manos de su rostro, y separando algunos mechones de grises cabellos que caen por su torvo semblante, lanza una mirada feroz, en torno suyo.

Aquellos ojos parecen los del tigre que busca presa que devorar.

Su rostro se vio alumbrado entonces por la brillante luz de la lámpara. Por su ancha y tostada frente cruzan multitud de arrugas. A través de cada una de ellas se oculta un crimen, se agita un remordimiento. Sus pómulos abultados, su nariz corva, su hirsuta barba y sus pequeños y vidriosos ojos dan a su semblante una expresión de ferocidad que enfría la sangre del que tiene la desgracia de contemplarle e incurrir en su enojo.

Sesenta años se sepultan en aquella naturaleza embotada de crímenes. Su vejez es repugnante, asquerosa. Redondas y amarillentas manchas salpican su rostro; emanaciones mortíferas de la terrible enfermedad que le consume. Aquellas manchas parecían los crímenes, que cansados de devorar el corazón salían a la cara para que de este modo fuese tan feo su semblante como su alma.

Herodes, después de haber abarcado con una mirada recelosa y cobarde todo cuanto le rodeaba, la detuvo en la corona de laurel que se hallaba sobre la mesa, y luego de contemplarla algunos segundos, exclamó con acento cavernoso y como si hablara consigo mismo:

—Mis hijos quieren ceñirse cuanto antes mi corona… Los empíricos de esta ciudad ingrata son sus cómplices… ¡Oh! Si mañana vivo, si la ciencia es impotente para conmigo, yo mandaré colgar de los pórticos de mi palacio a toda esa caterva de avaros vendedores de salud que dejan a su rey morirse en un rincón de su cámara.

Y luego, dirigiendo la palabra a su cuñado, continuó:

—¿Lo oyes, Alejo? Mañana, no te olvides, quiero que ahorques a todos los médicos, porque la ciencia es impotente, porque sufro mucho, mucho. Estos dolores son terribles; creo que tengo un áspid en el estómago, otro en el corazón y otro en el cerebro, que me roen y roen sin cesar. ¿De qué me sirve ser rey sufriendo tanto?

Salomé, cogiendo entonces un frasco de plata, derramó algunas gotas en una taza del mismo metal y fue a presentársela a su hermano, diciendo:

—Esto te calmará; bebe, hermano mío.

El enfermo cogió la taza, y después de lanzar una mirada al líquido que contenía, dijo con pausado acento:

—Ya sé que tú no me harás daño, porque tú me quieres y tu esposo también: vosotros sois mi única familia; yo deseo pagaros vuestros servicios. Allá veremos.

Y lo apuró de un solo trago.

—Pero mis hijos —continuó— que están en Roma, ¿por qué no sacrifican de buena voluntad una gallina negra en el altar de Esculapio para que yo recobre la salud?

—Tus hijos —dijo Alejo con gravedad acercándose hacia el lecho del enfermo— en vez de anhelar tu restablecimiento te acusan ante el César Augusto.

—¡Que me acusan! —repuso Herodes sentándose en la cama—. ¿Y de qué?

—Este papiro te enterará.

Y Alejo le presentó el rollo que tenía en la mano.

Herodes se acercó cuanto pudo a la luz de la lámpara y, desenrollando el papiro, murmuró:

—Veamos qué reclaman mis queridos hijos contra su padre.

Una sonrisa infernal cruzó por sus labios al decir estas palabras. Luego recorrió con la vista, las líneas escritas, diciendo al terminar, con un acento extraño y amenazador:

—¡Ah! Me acusan ante el César de sanguinario y cruel, dicen que he matado, sin mas motivo que por el placer de matar, a su madre Mariamne y a su abuela Alejandra, y como soy un rey tributario, Augusto me dice que vaya a defenderme en persona ante el Senado… Iré, iré, hijos míos; pero ¡ay de vosotros!

Dos rayos de fuego brillaron en las pupilas de Herodes al decir estas palabras.

Sus dientes produjeron un ruido agrio y extraño al chocar los unos con los otros, impulsados por la rabia, y sus descarnadas manos estrujaron aquel rollo de papiro que reclamaba justicia desde Roma.

—Hermano mío —exclamó Salomé con voz dulce y cariñosa—, olvida a tus hijos y al César; piensa sólo en tu salud.

—Tienes razón, Salomé; Alejo no debía haberme entregado esta carta.

Y Herodes la arrojó lejos de sí con marcadas muestras de desprecio.

—Era del emperador —contestó bajando la cabeza su cuñado.

—Sí, el emperador me ha empujado para escalar el trono que ocupo; pero yo le he mandado montones de oro a buena cuenta. Soy, pues, el rey de Judá, y sólo yo administro justicia en la tierra que es mía. Si crímenes he cometido, razón tendré para ello. Pero yo iré a Roma a defenderme como debo. ¿Qué puedo yo temer de mis hijos rebeldes? Nada. Si Augusto desoye mis razones y los protege, entonces… lucharemos, y Dios decidirá.

Un esclavo etíope, negro como una gota de tinta y ricamente vestido, apareció entre las cortinas que cubrían la puerta de la estancia.

—¿Qué quieres, Cingo? —le preguntó Herodes—. ¿Necesita de su señor mi

esclavo favorito?

—Verutidio, el liberto romano, general de las legiones extranjeras, dice que tiene precisión de hablarte.

—Verutidio es mi amigo predilecto; pero yo estoy enfermo. No quiero nada, ¿lo oyes? Deseo descansar, estar solo.

—Eso le he dicho, señor; pero se ha obstinado en entrar, diciendo que era de alta importancia lo que tenía que comunicarte.

—Que pase, pues, ese importuno adorador de Cibeles, que nunca ha depositado una paloma en los altares de la castidad, y que no tiene compasión de su doliente soberano.

Herodes dijo estas palabras en tono de mofa, y el etíope salió a comunicar la orden de su señor.

Poco después entraba el general romano en la cámara del judío, y este rey le tendió la mano, que besó el liberto, más por ceremonia que por respeto.

Su aire era marcial, altivo su semblante y rico el manto, que sujetaba un grueso florón de oro incrustado de diamantes colocado sobre el hombro izquierdo.

Verutidio cogió con desfachatez un mullido almohadón que colocó cerca del lecho del rey, y, sentándose en él, exclamó haciendo antes un saludo:

—Marte en la guerra, Apolo en la paz, protejan al amigo y aliado del César mi señor.

—Ellos te oigan —le contestó Herodes.

Y luego continuó:

—¿Qué importante misión te conduce hasta mi estancia?

—Rey de Jerusalén, deja tu lecho, olvida tus dolencias, porque en tu ciudad acaban de penetrar tres reyes Magos seguidos de un brillante séquito, que, guiados por una estrella, dicen que vienen en busca del Rey de Judá, del Mesías anunciado por los profetas, que acaba de nacer.

Herodes se estremeció, y deslizándose de su lecho quedó en pie al lado de Verutidio.

Salomé y Alejo se acercaron para sostenerle, pero él les rechazó, y cogiendo una varita de metal que tenía oculta debajo de un cojín de su cama, dio dos fuertes golpes sobre una plancha de acero, la cual produjo dos sonidos agudos y vibrantes, que fueron a perderse por los dilatados ámbitos del palacio.

Inmediatamente Cingo, seguido de una multitud de esclavos, apareció como por encanto en la habitación del rey.

Cingo, el esclavo favorito de Herodes, era un africano negro como las alas de un cuervo, fornido como un atleta.

Para aquel hijo del lago de Schiat no había más Dios, más ley ni más pasión que su señor. El monarca de Jerusalén amaba a su esclavo como a un miembro de su cuerpo.

Cingo era su brazo. Algunos enemigos de Herodes intentaron comprar la

fidelidad del feroz africano, que dormía a los pies del lecho de su señor con la mano puesta en el mango de su cuchillo y el oído atento como un perro leal; pero sólo habrían comprado su muerte, porque Cingo era incorruptible como las aguas del mar.

Cuando Herodes le vio aparecer en la puerta de su cámara se sonrió, pues sabía que para llegar a él era preciso antes pasar por encima del cadáver de Cingo.

El idumeo le hizo un ademán indicándole que esperara. El esclavo se inclinó en señal de acatamiento.

—¿Dónde están esos reyes que dices? —preguntó Herodes a Verutidio.

—Han levantado sus tiendas junto a los derruidos pórticos del palacio de David.

—Cingo, enciende las teas resinosas, reúne a mis herodianos y tráeme a esos extranjeros.

Cingo salió, seguido de los esclavos.

—Tú, Alejo, reúne a los sumos sacerdotes y escribas de la ciudad, a esos sabios conocedores de las profecías hebreas, y condúcelos a esta pieza.

Alejo obedeció sin decir una palabra.

—Tú, mi bravo Verutidio, junta tus legiones y acámpalas en los pórticos de mi palacio, y tú, mi querida hermana, mi buena Salomé, consulta a los médicos de la ciudad sobre la salud de tu pobre hermano.

Todos partieron a ejecutar las órdenes del señor de Jerusalén.

Herodes se quedó solo, y después de una breve pausa, durante la cual permaneció inmóvil como si estuviera clavado en la alfombra de su habitación, lanzó un suspiro, y dejándose caer en su mullido lecho, murmuró estas palabras:

—¿Qué rey será ese que acaba de nacer?… ¡Oh! ¡Pobre de él si cae en mi poder!

Y luego, extendiendo la diestra sobre la corona que se hallaba en la mesa de mármol, continuó:

—Esta corona es mía; sólo desearla cuesta la cabeza. ¡Pobre de él si la mira con codicia, si quiere arrancarla de mis sienes!

Capítulo VIII

LA SEMANA DE DANIEL

> Herodes turbóse en sí mismo, y toda Jerusalén con él.—(Evangelio.)

Una hora después, Cingo volvió a entrar en la cámara de su señor.

—¿Dónde están esos extranjeros? —le preguntó.

—La luz del alba les hallará a la puerta de tu real palacio —contestó Cingo con un laconismo admirable.

—¿Qué gente llevan?

—Poca, señor. Basto yo con los esclavos de tu casa para exterminarlos, si te place.

Herodes respiró.

—¿De dónde vienen?

—Dos de ellos de Persia o Seleucia y el otro de la India oriental, según me han informado sus soldados.

—¿Conque es decir que los patriarcales persas no quieren abandonar sus tiendas durante la noche?

—El día no está lejos.

Herodes se deslizó de la cama, y encaminándose a una ventana, la abrió para mirar al cielo.

—Está bien —dijo—. Pero aquí no estamos bajo los arcos de su palacio, donde se halla suspendida la campana de los *Suplicantes* que anuncia con su timbre sonoro que un hombre pide justicia a su señor; aquí estamos en Galilea yo soy el rey de Jerusalén, y puedo castigar su desobediencia si así se me antoja.

Herodes, mientras decía esto, se paseaba por la cámara, ocultando su agitación.

Cingo, inmóvil como una roca del Cáucaso, seguía con la mirada las evoluciones de su señor, esperando una orden para ejecutarla.

Una puerta secreta se abrió, dejando un hueco en las preciosas tapicerías. Su chirrido imperceptible hizo que Herodes volviera la cabeza con rapidez, porque por todas partes veía el puñal del asesino. Cingo empuñó el mango de la ancha cuchilla que pendía de su cintura, y avanzó dos pasos. Alejo apareció entonces en la puerta.

—Esos hombres esperan tus órdenes —dijo, dirigiéndose a su cuñado.

Poco después, Herodes, con la corona de laurel sobre su frente, y afectando una tranquilidad de espíritu que no sentía, se hallaba rodeado de los doctores de la ley y los príncipes de los sacerdotes.

Absortos los nobles ancianos ante su rey, sin poderse explicar la causa de aquella

reunión, esperaban silenciosos oír de boca de su señor el motivo de tal convocatoria.

Después de una ligera pausa, durante la cual Herodes procuró leer con una mirada escrutadora en el corazón de aquellos ancianos, dijo con dulce acento y la sonrisa en los labios:

—Ilustres sabios, sagrados sacerdotes que trasmitís a vuestros pueblos las profecías de los profetas, si os he llamado a tal hora a mi palacio es porque en Judea, yo, vuestro rey, soy el primer súbdito de las sagradas leyes de Moisés, y deseando rendir vasallaje a vuestro Dios invisible, quiero preguntaros: *¿En qué lugar debe nacer el Mesías?*

Los sabios conocedores de las Sagradas Escrituras, aunque absortos ante la inesperada pregunta, respondieron sin vacilar:

—*En Belén de Judá.*

Herodes se turbó en sí mismo, permaneciendo algunos instantes como aturdido y sin saber qué decir, pues aquellas profecías que veía casi realizadas le desorientaban.

Los ancianos de Israel se apercibieron del efecto que su respuesta había causado al tirano de Jerusalén, y deseosos de sujetar al favorito de los romanos, uno de ellos continuó de este modo:

—Herodes, sábelo, ya que según dices eres el primer súbdito de la ley de Moisés: *la semana* del profeta Daniel se halla próxima a expirar; los días del Mesías, nuestro Salvador, están cercanos; la aurora feliz que debe alumbrar con sus templados rayos la libertad de los descendientes de las doce tribus de Israel ya comienza a asomar su refulgente disco en el cielo de Palestina; las profecías van a cumplirse, y Jehová dirige sus compasivos ojos sobre la tierra de David y hace nacer la estrella de Jacob en Oriente.

A estas palabras proféticas, pronunciadas por el más anciano de los jueces, siguieron algunos instantes de sepulcral silencio.

La duda y el miedo luchaban en el corazón del monarca, que no encontrando palabras con qué responder a aquel augurio, se había encerrado en un vergonzoso silencio.

Por fin, desechando las ideas que le subyugaban, tartamudeó estas palabras:

—Gracias, sabios doctores; habéis complacido una curiosidad que me preocupaba hace algunos días. Jehová cumpla vuestros deseos. Ahora podéis retiraros.

—Nosotros —contestaron los sacerdotes— somos tus súbditos. Hasta que el Mesías aparezca entre los hombres manda y serás obedecido.

Estas palabras podían tomarse por una amenaza; pero Herodes, o no lo comprendió así, o preocupado con la idea del *nuevo Rey de Judá que acababa de nacer,* no quiso hacer caso de aquel insulto que le arrojaban sus súbditos. Los hebreos, saludando respetuosamente, salieron de la cámara del rey. Herodes quedó solo. Por su mente pasaron en tropel, tomando forma, las profecías de los sacerdotes.

Vio al Mesías, al nuevo Rey de Judá, llevar triunfante su glorioso estandarte de Oriente a Occidente; recordó las innumerables víctimas sacrificadas en el altar de su

desmedida ambición para consolidar su poder, y gruesas gotas de sudor comenzaron a deslizarse por su rugosa frente. La sangre ilustre de los Macabeos había corrido en arroyos durante su monarquía.

El carro de hierro del despotismo había paseado en triunfo a su orgulloso señor por los dilatados confines de Judá, aplastando bajo su peso a los descendientes de Abraham.

Montes de oro depositados a los pies de Roma para conquistarse su protección habían cruzado los mares de Escalón a Gaeta.

Sus hijos, su esposa, sus amigos y parientes, habían sido sacrificados bajo el filo de su terrible hacha a la menor desobediencia; perdida su alma, su honor, su reposo, viendo eternamente en sus sueños las ensangrentadas sombras de sus víctimas, oyendo sin cesar por todas partes la maldición de su pueblo, sentía en su cuerpo la maldición de Dios con los terribles y prolongados padecimientos de una enfermedad mortal. ¿Y todo esto para qué?

Un rey de la descendencia de David acababa de nacer. Y ese Rey poderoso y vengador se iba a levantar delante de él, y a expulsarle de su trono como un leproso inmundo.

Esto pensaba Herodes midiendo a grandes pasos su cámara.

El sanguinario idumeo tenía miedo, y ese miedo fue su verdugo en los últimos años de su vida.

—¡Oh! ¡No será!… —exclamó con reconcentrado furor, deteniéndose delante de la corona, cuyas hojas brillaban a los rayos claros de la luz que despedía la lámpara —. ¡Tú serás mía, y sólo mía, hasta mi última hora!… Y si es preciso para eso sacrificar a la raza israelita, yo armaré mis legiones, mis lanzas tracias. Mis valientes germanos, mis nobles aliados saldrán de Jerusalén, y las trompetas de degüello anunciarán su último instante. Sí, yo os exterminaré como Nabucodonosor: ni los muertos del valle de Josafat se han de librar de mi furor. Dicen que el mar Muerto se formó sobre las ruinas de Sodoma y Gomorra con la lluvia de azufre y fuego que el cielo indignado lanzó sobre ellas; pues bien, la arenosa Palestina, con la sangre de sus soñadores hijos se convertirá antes de mucho en otro mar, que llamarán los venideros el mar de Sangre.

Y Herodes, como si hubiera agotado las últimas fuerzas de su enfermizo espíritu, se dejó caer desplomado sobre un almohadón, contraído el semblante y tembloroso el cuerpo.

De esta abatida situación vino a sacarle su esclavo Cingo.

—Los extranjeros esperan —dijo con su habitual laconismo.

—¿Vienen solos? —preguntó el idumeo, girando en torno suyo los recelosos ojos.

—Así lo has mandado. Tu orden es ley para mí —respondió el esclavo.

—Tú eres bueno, Cingo, amigo; tú amas a tu señor, y tu señor no ha de olvidar en su última hora, que no está lejana, lo que te debe.

—Mi vida es tuya: dime que muera, y me verás expirar sereno a tus plantas.

El rey extendió una mano a Cingo, que éste besó con respetuosa veneración. Era tal vez el único ser que le amaba en Palestina.

—¿Qué respondo a los caldeos? —volvió a decir el esclavo después de una ligera pausa.

Herodes se deslizó de su cama, fue a colocarse delante de un espejo, y cogiendo una redoma y una esponja, comenzó a teñirse los cabellos y la barba, que adquirieron instantáneamente una brillantez y un negro admirables.[66]

—Esos caldeos podrían despreciarme viendo mis canas; porque los viejos son débiles… Es preciso engañarles, ¿no es verdad, Cingo?

El esclavo se inclinó.

Cuando el idumeo terminó, una sonrisa de satisfacción asomó a sus labios.

—Ahora soy otro hombre… Que entren, pero solos, sin sus soldados, ¿lo oyes?, ellos solos.

Cingo salió.

Herodes, procurando serenar su semblante, después de ceñirse la corona y colocar sobre sus hombros un rico y lujoso manto romano, fue a sentarse en uno de los divanes, tomando una actitud noble, majestuosa.

Cuando los tres Magos aparecieron en la puerta de la cámara, Herodes era otro hombre del que acababa de verse solo con su conciencia.

Antes de hablarles les estuvo observando con detenimiento, como si quisiera leer en sus corazones.

Los Magos, con los brazos cruzados sobre el pecho habían saludado al señor de Jerusalén, esperaban sus órdenes junto a la puerta, inmóviles y silenciosos.

Cingo leía en los ojos de su amo, y fue a ocultarse con algunos compañeros de esclavitud entre los anchos pliegues de las colgaduras de la puerta. Allí esperaba con la mano puesta en la empuñadura de su puñal a una orden de su amo. Herodes por fin se dirigió a los Magos, diciendo con pausado y melifluo acento:

—Pasad y sentaos, ilustres extranjeros.

Los peregrinos de la estrella obedecieron al *rey de Jerusalén.*

Libro Cuarto

CAMINO DE EGIPTO

13. Un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate y toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto y estáte allí hasta que yo te diga, porque ha de acontecer que Herodes busque al Niño para matarle.

14. Levantóse José, tomó al Niño y a su Madre, de noche, y se retiró a Egipto.

15. Y permaneció allí hasta la muerte de Herodes para que se cumpliese lo que había hablado el Señor por el profeta Isaías, que dice: De Egipto llamaré a mi hijo.—(Evangelio de San Mateo, capítulo II.)

Capítulo I

LOS CUATRO REYES

Él se informó minuciosamente, no del Niño, sino de la estrella.—(San Juan Crisóstomo.)

—Sabios de Irán que habéis llegado a mis tierras en busca de un rey que acaba de nacer, yo os saludo —dijo Herodes después de contemplar un breve momento a los caldeos.

Los discípulos de Zoroastro, los gentiles adoradores del sol, se inclinaron respetuosamente, y Gaspar, el más viejo de los tres, y conocedor de la lengua hebrea, dijo:

—La esperanza de encontrar a ese Rey, nos trae desde las orillas del Tigris a tu ciudad, que los dioses protejan; pero nuestras esperanzas se desvanecieron como un sueño.

—No os comprendo, caldeos —respondió Herodes, que con melosas palabras y hábiles giros quería saber cómo habían llegado aquellos reyes a sus tierras—, pero siempre he admirado a los sabios de Persia. ¿Por qué, pues, no habéis venido a

hospedaros en mi palacio, que es el vuestro? ¿Por qué habéis levantado vuestras tiendas antes de verme, en los derruidos pórticos del Rey de los Cantares?

—Dios, el gran Peregrino del cielo, tiene su tienda en el sol; nosotros, mortales peregrinos de la tierra, hemos levantado nuestras tiendas junto al derruido palacio de David, porque de ese tronco ha de nacer el Salvador de Israel.

—¿Por ventura a los ilustres babilonios les interesa la suerte de un pueblo que no es el suyo?

—Lo que se anuncia a los hombres con signos del cielo interesa a la humanidad entera.

—¿Se os ha anunciado a vosotros de ese modo?

—Balaam predijo una estrella que debía aparecer en la época del nacimiento de un gran Rey, el cual estaba destinado a pasear su vencedor estandarte desde el Oriente al Ocaso.

—Pero esa estrella no la hemos visto en Judá: mis sabios nada me han dicho. ¿Cómo, pues, me explicáis una cosa tan extraña? ¿Cómo, pues, el Dios invisible de los hebreos, el verdadero Jehová, se anuncia en la tierra de los paganos, y no en la de sus fieles?

—Nadie puede explicar a los incrédulos las misteriosas revelaciones del Creador del universo.

—La fe no falta a Herodes.

—Entonces cree que ese hermoso astro ha brotado en Oriente.

—¿Durante la noche?

—Noche y día ha brillado sobre las cabezas de nuestros dromedarios, guiando con su misteriosa luz nuestros inciertos pasos a través de la arenosa Palestina, desde Seleucia a Jerusalén.

—Enseñadme el punto del cielo en que se encuentra esa estrella: quiero verla.

—Es imposible: el hermoso astro nos ha abandonado al divisar los altos minaretes de tu ciudad.

—¿Y qué auguráis vosotros de esa desaparición?

—Que aquí ha nacido el Rey que buscamos.

—¿Y para qué queréis encontrarle con tanto empeño?

—Para depositar a sus plantas oro fino recogido en las orillas de Nínive la Grande como a un príncipe, mirra como a hombre, e incienso como a Dios; besar sus santos pies, rendirle vasallaje y adorarle como se merece un anunciado de los cielos.

—Sabios caldeos, yo admiro vuestra ciencia, yo respeto vuestra fe. Nada es tan grande para Herodes sobre la tierra, después de Dios, como un sabio. Ya que el destino os conduce por fortuna a mi palacio, perdonad si mi ignorancia os molesta pidiéndoos pormenores acerca de esa estrella que habéis seguido hasta Jerusalén.

Herodes, hábil político, fingió aquella admiración, aquel acatamiento a la ciencia, porque quería saber de los mismos Magos todo lo acaecido desde su salida de Seleucia.

Sagaz y astuto, procuró que no entendieran los regios extranjeros el sangriento plan que bullía en su cerebro.

Sabía que los reyes de Persia lo primero que aprendían en su infancia era a decir la verdad.[67]

La mentira se tiene como un oprobio, como una mancha hedionda que empaña la sangre y el blasón de los caballeros.

Seguro Herodes de lo verídico del relato que iba a oír de los caldeos, se propuso sacar armas para su plan de todos los pormenores.

Gaspar explicó científicamente la ley invariable que rige a los globos celestes.

Le hizo comprender asimismo que el rumbo marcado por la estrella que habían seguido hasta allí, era extraño y sobrenatural.

Dijo que nunca en las regiones celestes se había visto un astro de las dimensiones y brillantez de aquel que les tenía preocupados.

Herodes escuchó con profunda atención las palabras de Gaspar. Amable y zalamero, más de una vez mostróse asombrado ante las profundas palabras de los reyes.

Mientras tanto, los Magos nada sospechaban.

Como todos esos sabios que ilustran al mundo con sus luces, eran buenos e ingenuos, y en sus corazones nobles y generosos no daban cabida a la desconfianza y a la malicia.

El idumeo les había tendido un lazo, y satisfecha su curiosidad despidió a los reyes de un modo cortés y cumplido, diciéndoles:

—Id a informaros exactamente de ese niño y cuando le halléis hacédmelo saber para que yo también vaya a adorarle, y celebraré gustoso un banquete de nacimiento a usanza de vuestro país.[68]

Los Magos salieron del palacio de Herodes encantados del bondadoso carácter del protegido rey del Capitolio.

Bajando la escalera, Gaspar dijo a sus compañeros:

—Si el rastro de sangre humana que enrojece la tierra de Israel no le hiciera un asesino despreciable, creería que este hombre no es lo que dicen.

Apenas los persas habían abandonado la cámara del rey de Judá, abrióse una puerta, y apartando una mano invisible las colgaduras que la cubrían asomó por ella una cabeza cubierta de blondos y suaves cabellos negros, cuyo risueño y expresivo semblante contrastaba con la torva y taciturna faz del rey tributario.

El nuevo personaje que así se introducía sin anunciarse en el dormitorio del verdugo de Mariamne, era un niño de doce a catorce años de altivo y hermoso semblante.

El traje romano que vestía sentaba perfectamente a su esbelto talle. A pesar de sus pocos años, colgaba el arco de su brazo, la aljaba de sus espaldas y la espada corta de su cintura.

La toga *pretesta*,[69] guarnecida de púrpura, caía con majestad sobre el cuerpo del

adolescente, dejando adivinar bajo sus anchos pliegues la naciente musculatura de un atleta.

Su frente era altiva, su mirada serena y majestuosa, y a través de la fina epidermis de su rostro veíanse las azuladas venas por donde circulaba su sangre real.

Este niño se llamaba Achiab y era uno de los innumerables nietos de Herodes. En la familia se llamaba *el Favorito;* se había educado en Roma con la esplendidez de un príncipe, a expensas de su abuelo, que le amaba de un modo indecible, avivando con este cariño los celos de sus hijos, en particular de Archelao, padre de Achiab.

Capítulo II

ACHIAB

Herodes el Grande tuvo once mujeres, veinte hijos y un número más considerable aún de nietos. Doris fue repudiada y desterrada de Jesuralén, donde solo podía entrar en los días festivos, por Mariamne. Sucesivamente les cupo la misma fortuna a Maltaca, Palada, Olimpiada, Fedra, Elpide, Roxana, Salomé y otras dos cuyos nombres no recordamos.

Estas esposas, arrojadas villanamente del palacio del monarca, lloraron en sus destierros la indiferencia del bárbaro idumeo, estrechando a sus hijos contra sus pechos heridos por el dardo cruel de la infidelidad de su esposo. Un día las lágrimas se agotaron, y el deseo de venganza brotó robusto y animoso en los corazones varoniles de aquellas reinas postergadas.

Aquellos ojos, enrojecidos por el llanto, buscaron con codicia una corona para sus hijos; vieron la de Herodes, a la que todas tenían un derecho, y, entonces, con las manos crispadas aún por la rabia, comenzaron a acariciar el puñal o la pócima que debía vengarlas, exterminando al tirano.

Herodes vio el peligro que le amenazaba: tuvo miedo a su numerosa familia; vio cien puñales sobre su cabeza prontos a descargar el golpe fatal, y se dijo:

—Matemos: los muertos no se vengan.

Sin embargo, era preciso buscar un pretexto para disculparse a los ojos del César, su aliado, y de Israel, su esclava.

Entre las princesas repudiadas, Mariamne era la más temible, por su claro talento y su deslumbrante belleza. Mariamne fue acusada de haber mandado un retrato a Marco Antonio, con quien se la supuso en relaciones amorosas y fue muerta. Poco después, su hijo Alejandro, el más querido del pueblo hebreo, el más a propósito para ceñirse la corona, sufrió la misma suerte que su madre. La sangre derramada comenzó a espantar los sueños del verdugo de Israel; la desconfianza se encarnó en su alma, y sólo se rodeaba de esclavos fieles, a los que enriquecía su miedo.

Tres eunucos que no se apartaban nunca del lado del rey, llegaron a ser sus favoritos. Siloé, su copero; Ratt, que cuidaba de su comida, y Fararax de su cama (este último dormía abrazado a Herodes cuando los terribles miedos le asaltaban durante la noche).

La familia de Herodes vio que aquellos tres servidores formaban un muro impenetrable ante el cuerpo del tirano, y los compró.

Cingo descubrió esta venta la misma noche que estaba destinada como la última de su señor.

Los eunucos sufrieron el tormento y declararon la conspiración. Alejandro, hijo de Mariamne, era el jefe, y murió con sus cómplices.

Más tarde, como verá el lector en el transcurso de este libro, cayeron bajo el filo del cuchillo sangriento de Herodes seis hijos más. El tirano quiso ahogar el grito incesante de su conciencia, que le recordaba su crueldad para con sus hijos, prodigando toda clase de cuidados a sus nietos.

Muchas veces, en la prolongada agonía de sus últimos años, hizo que aquellos niños que su mano había dejado huérfanos rodearan su lecho, y se entretenía en disponer los matrimonios de aquellos infantes para más adelante. Entre sus nietos, el favorito era Achiab, hijo de Archelao, a quien destinaba la corona de Jerusalén.

Sólo siete personas rodeaban al rey: Salomé, su hermana; Alejo, su cuñado; Cingo, su esclavo; Verutidio, general legionario; Archelao, su hijo, y Ptolomeo, viejo guardasellos. Después de éstos, todos los habitantes de Israel eran tenidos como enemigos, si se exceptúan los soldados mercenarios y los viles herodianos.

Para Herodes, la vida era un sueño de muerte. El último de los súbditos era más feliz que su señor.

Hechas estas aclaraciones, volvamos a encontrar a Achiab en el momento que penetra en la cámara del rey.

—Gracias a Marte que te dejan solo, querido abuelito —dijo el mancebo entrando precipitadamente en la habitación.

Herodes volvió la cabeza, y al ver a su nieto apareció una sonrisa en sus labios.

—¿Cómo me encuentras? —le preguntó con aturdimiento el niño, dando una vuelta en redondo para que le viera mejor.

—Estás hecho un capitán del César. Pero, ¿a qué vienen esos aprestos militares en tiempos de paz? ¿Por qué abandonas tu lecho antes que el sol salude con sus rayos las tumbas del valle de Josafat?

—Si me prometes no enfadarte conmigo voy a decírtelo.

Y el joven se detuvo, temeroso de que su abuelo le reprendiera por lo que iba a revelar.

—Habla y nada temas, Achiab: tú sabes que soy harto condescendiente contigo.

—Pues bien, señor. Cingo, tu esclavo favorito, es muy amigo mío desde que tú le nombraste mi maestro, y yo te lo agradezco; porque Ptolomeo, el viejo guardasellos de tu corona, maldito lo que me enseñaba. Huraño y regañón, jamás clava una saeta en el blanco, nunca puede desarmar a un esclavo, y siempre que ha pretendido montar tu yegua siriaca, el ardiente animal le ha arrojado por las orejas. Dime, abuelito: cuando tenías guerra, ¿era valiente Ptolomeo?

Herodes, el feroz verdugo de Belén, era débil ante aquel niño, como Sansón a los pies de Dalila.

—Ptolomeo es un servidor fiel, y te prohíbo que le quieras mal —le respondió con dulzura Herodes.

—Pues entonces dejemos a tu guardasellos: hoy no quiero que te enfades conmigo, y vuelvo a hablar de Cingo, el cual, viendo que ayer clavaba cuatro flechas seguidas en el blanco, exclamó dando una patada en el suelo:

«—¡Por vida de Júpiter Olímpico, príncipe mío, que de todo corazón siento dejarte ahora que con tanta rapidez adelantas en el ejercicio de las armas!»

—¿Que me dejas? —le dije.

«—Mañana nos trasladamos a Jericó, y los dioses sólo saben cómo encontraré a mi discípulo cuando regrese a Jerusalén».

—¿Por qué no me llevas contigo? —volví a decirle.

«—Príncipe Achiab, Cingo no es más que un esclavo —me respondió—: tu abuelo es mi rey; pídele su venia, que yo estaré muy contento si te veo cabalgar a mi lado».

—Siguiendo, pues, sus consejos y mis deseos, vengo a decirte, abuelo, que yo quiero acompañarte a Jericó. ¿Verdad que tú también quieres que te acompañe Achiab?

—Es preciso que tu padre Archelao lo consienta.

—¡Ah! Pues entonces de seguro no voy… Pero tú eres el rey: aquí todos te prestamos obediencia: ¿Quién osará contradecir una orden tuya?

Herodes, que, como todos los tiranos, era débil ante la adulación, cogiendo cariñosamente a su nieto Achiab por la barba, le dijo:

—Vendrás.

El niño dio un salto, y colgándose de los hombros de su abuelo y cubriendo de besos aquellas barbas que hacían temblar a los hebreos, exclamó con infantil entusiasmo:

—Tú eres bueno, rey y señor, muy bueno para conmigo; pero yo te prometo ser un muchacho obediente y aplicado.

Archelao, hijo de Herodes, entró en ese momento en la cámara real. Tenía triste la faz y la mirada inquieta. Su hijo Achiab perdió la alegría a la vista de su padre.

—Señor —dijo Archelao con voz agitada dirigiéndose a Herodes—, desde la torre de Hípicos al valle de Josafat, desde la puerta de Efraim al templo de Sión, se ha levantado una voz de alarma, producida por la llegada de unos reyes extranjeros que vienen en busca del rey de Judá que acaba de nacer. Padre, ¿quién es ese rey que viene a usurparnos la corona?

Herodes, que se estremecía a cada palabra que pronunciaba su hijo, procuró dominarse diciendo:

—Nada temas, Archelao; los sueños de los judíos deben inspirar desprecio a los herederos de Herodes.

Y luego, dirigiendo la palabra a su nieto, continuó:

—Achiab, corre a decir a mi esclavo Cingo que deseo partir al instante: tú me acompañarás.

Achiab besó la mano de su abuelo y salió de la cámara saltando de alegría.

Cuando Archelao y Herodes quedaron solos, éste dijo a su hijo bajando la voz:

—Tú, hijo mío, te quedas en Jerusalén; yo parto a Jericó a hacer los aprestos de un viaje a Roma, donde tus rebeldes hermanos me acusan; pero antes de partir,

escucha bien lo que voy a decirte, y no olvides que del cumplimiento exacto de mis órdenes depende que esta corona que descansa sobre mis sienes pase mañana a tu cabeza. Esos sabios caldeos que han sembrado la alarma en nuestra ciudad, tornarán a darme noticia de ese rey que buscan; entonces te apoderarás de ellos y me los mandas a Jericó presos entre dos muros de lanzas.

—Serás obedecido —contestó con gozo Archelao, en cuyas venas ardía la podrida sangre de su padre—. Mientras tanto, duerme tranquilo: tú reinarás en Galilea aunque sea preciso para ello llenar el Cedrón de sangre humana.

Herodes, asomándose a la ventana por la que comenzaban a entrar los rayos del sol naciente, agitó un pañuelo, y al instante resonó en la plaza el toque de las trompetas.

Después, cogiendo la varita de metal, volvió a arrancar de la plancha de acero tres sonidos vibrantes.

Salomé, Alejo y Verutidio se presentaron en la puerta.

—¿Y los médicos? —preguntó Herodes a su hermana.

—Esperan en la plaza y te acompañarán a Jericó.

—Pero, ¿qué te han dicho?

—Hoy, como siempre, te aconsejan los baños termales de Calliroe.

—¡Bah! Los médicos siempre acaban por lo mismo: cuando se ven perdidos entregan el cuerpo en brazos de la naturaleza. Vamos.

Y salieron de la cámara.

Verutidio, el general romano, iba delante. Herodes, apoyado en el brazo de su hermana y de Alejo, bajaba en pos la ancha escalera del palacio. Detrás, grave y cejijunto, seguía el guardasellos del palacio, Ptolomeo. Cuando llegó a los pórticos, una riquísima litera le esperaba. Cingo abrió la portezuela, y puso una rodilla para servir de estribo a su señor. A su lado se hallaba Achiab, montado en una gallarda yegua de raza siriaca.

Un grito de *¡viva el rey!* resonó en la plaza.

Herodes, después de saludar con una sonrisa a su nieto y con el pañuelo a sus soldados, dijo a su esclavo Cingo:

—A Jericó.

—A Jericó —repitió Cingo al guardasellos, el cual trasmitió la misma orden a un centurión romano.

Entonces Salomé subió en otra litera con su esclava favorita. Alejo montó un fogoso caballo, y fue a colocarse a la derecha de la litera de Herodes.

Poco después, el tirano de Judá salía por la puerta Doria rodeado de sus lanzas mercenarias, y tomando el camino de Bethania se encaminó hacia las orillas del Jordán en busca de su ciudad favorita.

Dejemos al idumeo proseguir su camino, abismado en sus sangrientos planes, y volvamos a encontrar a los peregrinos de Oriente, a los sabios de Seleucia.

Capítulo III

LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS

Cuando los peregrinos persas salieron del palacio de Herodes, el día se hallaba indeciso en los celajes de Oriente.

Inmediatamente mandaron levantar tiendas, y con la esperanza en el corazón abandonaron la capital de la Judea, saliendo por la puerta de Damasco, mientras que la cabalgata de Herodes se encaminaba a Jericó por la puerta Doria.

Dos horas de marcha llevaban los caldeos, cruzando valles y trepando empinados desfiladeros, ya el sol en toda su plenitud lanzaba sobre la tierra de Palestina la vivificante y clara luz de sus rayos, cuando se detuvieron junto a una cisterna (que hoy aún existe, conocida con el nombre de la *Cisterna de los Magos*), dejando beber a sus dromedarios de sus frescas y transparentes aguas.

De repente, y cuando más distraídos se hallaban, aparece en el cenit un astro luminoso que desciende como una exhalación sobre sus cabezas. Los viajeros, sin poderse contener, hacen un movimiento de terror y cierran los ojos, creyendo que un rayo caía sobre ellos para exterminarlos.

Pero el fuego del cielo no llega a la tierra; quedándose suspendido en el espacio, a corta distancia de sus cabezas y les envía las cambiantes irradiaciones de sus hermosos rayos, que esmaltan cuanto tocan con sus brillantes chispas.

—¡La estrella! ¡La estrella! —exclamaron con loco entusiasmo los esclavos y soldados de la caravana.

—¡La estrella!, ¡nuestra estrella! —repitieron con gozo los reyes, elevando los brazos al cielo con religioso ademán.

—¡Prodigio de los cielos, misteriosa revelación de un Dios que no hemos adorado los discípulos de Zoroastro —añadió Gaspar con fervoroso acento—, guíanos hasta la cima de tu Santo Hijo, y yo besaré sus pies y adoraré su cuerpo!

Entonces la estrella, como si hubiera esperado las palabras del rey idólatra para emprender su marcha, comenzó a deslizarse por el espacio.

Los reyes la siguieron.

Dejando la tierra a sus dromedarios, fijos sus ojos en la hermosa estrella caminaron dos horas más entre barrancos y precipicios, sin ocuparse del peligro que les amenazaba a cada paso.

Por fin el brillante astro se detuvo en la cima de una ciudad pequeña que descansaba en la cumbre de una colina.

Aquella ciudad era Belén de Judá, patria inmortal, cuna santificada del Redentor del hombre. Los reyes se disponían a entrar en Belén, cuando la estrella, como si se hubiera desprendido de la mano misteriosa que la sujetaba en el espacio, cayó del cielo y fue a colocarse sobre la desmoronada y ruinosa puerta de un establo.

Los reyes creían encontrar en un palacio al Mesías; pero aunque les asombró el sitio miserable que la mensajera del cielo elegía para detener su paso, echaron pie a tierra, y haciéndose descalzar las sandalias por sus esclavos, hundieron sus frentes en el polvo del umbral y entraron después en el establo.

El Niño Dios se hallaba tendido sobre un humilde lecho de paja; la Santa Madre, a su lado, contemplaba con dulce veneración a la prenda de su amor.

El astro de los cielos le enviaba sus hermosos rayos, que caían como un arroyo de luz sobre la Madre y el Hijo.

Los reyes avanzaron hasta el pie del pesebre con profundo respeto. Grande era la fe que les animaba, cuando doblando la rodilla fueron a besar con respeto los pequeños pies de aquel niño pobre y abandonado que había nacido en un establo.

Los poderosos reyes de Seleucia y Oriente, a cuya voz doblaban la cabeza sus leales esclavos, los idólatras babilonios, los sabios de Persia, rendían vasallaje ante el Niño de un pobre carpintero de Nazareth. ¿No era esto un sueño del *Gimnastan*, más inverosímil, más extraño que la existencia fabulosa de esa raza de *Dives y Peris*, de esos gigantes que habitaban una ciudad formada de un solo diamante, y que las caprichosas hadas del Cáucaso y del mar Caspio, convertían en torrentes de cambiantes colores y en mares de luz brillante con sólo tocarla con su varita misteriosa?

Postrarse ante el hijo de un pobre jornalero tres poderosos reyes de Oriente, en el tiempo de la *venida de Jesucristo*, era tan inverosímil, tan portentoso, como desaguar el océano y convertir el desierto de Sahara en un vergel frondoso de las orillas del Éufrates. Sólo Dios podría llevar a cabo tan portentosa transformación. Sólo el Hijo de Dios pudo conducir junto a su cuna, con los pies descalzos y el polvo en la frente, a Gaspar, Melchor y Baltasar.

Puestos de hinojos ante Jesús los poderosos reyes, adoraron al recién nacido como los príncipes de Oriente adoraban entonces a sus dioses y a sus príncipes.

Abrieron los ricos cofrecillos que llevaban, y sacaron, para depositar a los pies del Mesías, oro puro de Nínive la Grande y perfumes árabes del *Yemen*. El sacrificio de la sangre comenzó a abolirse por los mismos paganos que lo veneraban. La blanca becerra, el inocente corderillo, no doblaban ya su humilde cuello ante el cuchillo del sacrificador, ni dirigían su dulce y dolorosa mirada al tiempo de expirar hacia el Dios que les quitaba la vida.

Jesús, desde la cuna, desterraba de la Sinagoga la sangre y las víctimas. El Dios del perdón, de la caridad, de la tolerancia, nacía entre los hombres para sacrificarse por ellos. Sólo una víctima reclamaba la humanidad extraviada, para librarse de su infalible perdición: esa víctima descendió de los cielos para salvar al mundo.

La civilización cristiana, el derecho de gentes, la libertad del hombre, nacieron en un establo.

Por inspiración divina, tres reyes bárbaros pusieron su piedra fundamental.

Los idólatras caldeos dieron el primer paso, sin podérselo explicar ellos mismos,

al ofrecer al Hijo de María, como tributo de su vasallaje, oro como a príncipe de la tierra, mirra como a hombre, incienso como a Dios.

María contemplaba con gozo indefinible aquella adoración que los poderosos reyes de Asia tributaban a su hermoso Hijo.

Madre enamorada, derramaba dulces y agradecidas lágrimas ante aquellos nobles extranjeros que desde tan apartados climas venían a besar los pequeños pies de su adorado Hijo.

José no se hallaba en el establo cuando tuvo lugar la adoración de los reyes Magos.

¡Con cuánto gozo hubiera contemplado aquella escena tierna y asombrosa el casto y sencillo carpintero de Nazaret!

Pero el Eterno lo había dispuesto así. Su presencia en aquel sitio, tal vez hubiera sembrado la duda en el corazón de los reales peregrinos.

Gaspar y sus compañeros eran hombres de ciencia, y poseían el hebreo. Después de adorar con fervor profundo al Niño y ofrecer su respeto y valer a su Santa Madre, salieron del establo, caminando de espaldas hacia la puerta, y montando en sus dromedarios, se pusieron en marcha.

Antes de la salida de los Magos, un árabe entrado en años y un joven hebreo, confundidos entre los esclavos de los caldeos, se habían introducido en el santo establo. Durante la adoración no apartaron los ojos de la misteriosa estrella, que, suspendida de las bóvedas de la cueva, lanzaba sus radiantes rayos sobre el pesebre en que dormía el Niño-Dios.

Apenas los reyes abandonaron la caverna, el árabe se encaminó hacia el lecho de Jesús, y doblando una rodilla y cruzando los brazos sobre su pecho con veneración, besó la paja que le servía de lecho, murmurando estas palabras:

—Tú eres el Mesías prometido; tú eres mi Dios: tu nombre glorioso se grabará en mi corazón eternamente, y en el de mis hijos y en el de los hijos de mis hijos.

Y luego salió del establo del mismo modo que lo habían hecho los reyes Magos. El joven hebreo hizo lo mismo que el árabe; entró, se arrodilló y besó la paja del pesebre. Después salió de la cueva, murmurando estas palabras:

—El Mesías ha nacido: Jehová se ha apiadado por fin de los descendientes de Jacob; yo creo en Él, yo le adoraré mientras viva.

El árabe se encaminó hacia Jerusalén, abismado en sus reflexiones. El hebreo, con la fisonomía rebosando felicidad, dirigióse hacia el monte Carmelo. El árabe era Hassal, el caravanero de Egipto, el hebreo, Agabús, el pretendiente de María, el misterioso personaje de la fuente de Elías.

Mientras tanto, los reyes Magos, fieles a su palabra, dirigieron la cabeza de sus dromedarios hacia Jericó, con el objeto de revelar a Herodes todo lo que les había acontecido.

Dios, que lee en el cerrado libro del corazón humano, vio la fe sencilla, la honradez de los caldeos y la miserable hipocresía del tirano de Judá, y quiso salvar

del peligro que les amenazaba a los primeros, mandándoles un emisario misterioso que les enteró de los sangrientos planes del rey de Jerusalén.

Esta revelación fue hecha en sueños, según el Evangelio, y al día siguiente *los discípulos de Zoroastro dieron gracias a Aquel cuya tienda está en el sol*, y en vez de tomar las playas infecundas del lago Maldito para encontrar el Jordán, hicieron torcer el rumbo a sus dromedarios hacia el gran Mar, y cruzando las perfumadas llanuras que besa con sus frescos labios el *Benbuier,* se dirigieron confiando en Dios a las riberas pintorescas de la Siria.

Para terminar el cuadro de los reyes Magos, cuya misión junto a la cuna de Cristo es de tanta monta para el cristianismo, acabaremos este capítulo dando a conocer a nuestros lectores algunos datos que sobre el fin de los ilustres peregrinos hemos podido adquirir.

Santo Tomás Apóstol pasó a la India a predicar el Evangelio, y los reyes caldeos, que con esta misión recorrían el mundo hacía algunos años, recibieron el bautismo de manos del discípulo de Jesucristo.

Algún tiempo después, llenos de fe, instruyendo en los misterios santos de la nueva ley a los moradores indómitos de los bosques de la India, Gaspar y Baltasar sufrieron el martirio, muriendo a manos de una horda de feroces y descreídos idólatras.

Melchor, el más joven de los tres, el que nos han representado las Escrituras *de color negro u oscuro,* librándose de la muerte, se encaminó a la India oriental, su patria, y fue a refugiarse en la ciudad de Cangranora. Una vez allí, con sus riquezas fundó la ciudad de Caleencio, y lleno de fe cristiana el corazón erigió un templo soberbio en honor y gloria de la Virgen María y su glorioso Hijo.

Desde entonces los calencios se consagraron al culto y la piedad de María, aumentando de día en día con la influencia de Melchor el respeto y la veneración hacia la Reina de los cielos.

Culto que de generación en generación, y siempre en aumento, se ha transmitido hasta el siglo actual para que en todo se cumplieran las profecías de los libros sagrados, que dicen: «Que del Oriente había de nacer la verdadera fe del Mesías anunciado por los profetas».

Capítulo IV

EL ANCIANO Y LA PROFETISA

> Y luego que fueren cumplidos los días de su purificación por hijo o por hija, llevará un cordero de un año para holocausto y un pichón o una tórtola por el pecado.—(El Levítico. Capítulo XII, versículo VI.)

La ley de Moisés prescribía a la mujer hebrea la purificación en el templo cuarenta días después del parto. María, para cumplir con la ley, abandonó la ciudad de David y se trasladó a Jerusalén. La Virgen, con el Niño Jesús en brazos, y acompañada de su esposo, llegó a las gradas del templo. La Nazarena era pobre, y sólo podía ofrecer al sacrificio una humilde tórtola.

La Santa Familia esperaba bajo los altos pórticos de la sinagoga la hora del rescate de su primogénito, cuando un anciano venerable, a quien el Evangelio llama *Simeón el hombre justo,* abriéndose paso entre la gente, llegó hasta donde estaban los esposos, y después de arrodillarse a sus pies tomó al Niño Jesús en brazos, y elevándole a la altura de su rostro, exclamó con indefinible gozo:

—Ahora es cuando Vos, Señor, dejaréis morir en paz a vuestro siervo; pues que mis ojos han visto al Salvador que Vos nos habéis dado, y a quien destináis para estar expuesto a la vista de todos los pueblos como la luz de las naciones y la gloria de Israel.

Los santos esposos escucharon absortos las palabras proféticas del anciano Simeón, que con los ojos arrasados en lágrimas permaneció estático contemplando el candoroso semblante del Niño-Dios.

—¡Oh, Madre feliz! —prosiguió el anciano después de una pausa—. Tu Santo Hijo será el sol resplandeciente que espante las tinieblas que envuelven a Israel. Objeto de gloria para unos, motivo de perdición para otros, su santo nombre será el alimento del débil, el temor del fuerte; y Tú, que le llevaste en tu seno, verás traspasada tu alma maternal por la acerada punta de cien espadas.

Cada vez más admirada María de las profecías del anciano, le miraba sin despegar los labios, como si a través de sus misteriosas palabras viera el doloroso porvenir que los cielos le destinaban.

Había entonces en Jerusalén una mujer entrada en años llamada Ana la Profetisa, hija de Samuel, de la tribu de Aser. Esta virtuosa viuda pasaba la vida entre la penitencia, el ayuno y la oración; vivía continuamente en el templo, y era respetada entre los judíos por su saber, como uno de sus sacerdotes, como uno de sus profetas.

Ana llegó al templo en ocasión en que el Niño Jesús se hallaba aún en los brazos del anciano.

La profetisa detiene su paso ante Simeón; su rostro se inmuta, su corazón se conmueve de gozo dentro de su pecho, y exclama absorta:

—¡Qué es esto, Dios invisible!

Entonces sus ojos se fijan en Jesús; un grito de gozo se escapa de su boca, y cayendo postrada a los pies de María, dice extendiendo sus brazos:

—Tú eres la Madre del Mesías: deja que bese las plantas de tu Santo Hijo.

Los jerosolimitanos, que respetaban el saber de Ana, fueron agrupándose en torno suyo, ansiosos de oír las inspiradas palabras que la vista de aquel tierno Niño le arrancaba.

—¡Oh, pueblo de Israel! —exclamaba la profética mujer derramando lágrimas de gozo y elevando sus ojos al cielo—. ¡Oh, pueblo de Israel! ¡Venturosos descendientes de Abraham y de Jacob!, ya sobre la tierra afortunada de Judá ha descendido el Dios fuerte, el Dios poderoso que ha de llevar vuestro estandarte glorioso por todo Oriente. Miradle… Este es… El vaso humano que contemplan vuestros felices ojos encierra el Ser inmortal y poderoso de Jehová. Sembrad flores y palmas ante el paso de su Santa Madre; elevad cánticos de Hossana… por la gloria del Hijo… Corred, piadosas mujeres, justos israelitas, sabios sacerdotes, poderosos escribas, esparcid tan fausta nueva por los dilatados confines de Palestina… ¡Hijos de Jerusalén!, engalanaos como en la fiesta de los Ázimos, cantad como en la fiesta de los Tabernáculos, derramad óleos y esencias como en las bodas de los príncipes; porque aun todo eso y cuanto hagáis en honor de su anhelado advenimiento, será pobre y mezquino para obsequiar al Mesías salvador de nuestra oprimida raza.

Y Ana, la inspirada profetisa, la virtuosa viuda, abandonando el templo de Sión, comenzó a correr por las calles de la ciudad sacerdotal pregonando la venida del Mesías, el nacimiento de Dios.

Las mujeres y los ancianos que se hallaban en las gradas del templo, absortos ante las palabras de Ana, se apresuraron a besar el humilde y tosco manto de la Virgen María, que no hallando frases su lengua para demostrarles su gozo maternal, un mar de perlas preciosas se deslizaron por sus frescas y sonrosadas mejillas, pagándoles con una sonrisa de dulcísima bondad su respetuoso acatamiento.

«No solamente (dice San Ambrosio) los ángeles, los profetas y los pastores publican el nacimiento del Salvador del mundo, sino que también los justos y los ancianos de Israel hacen brillar esta verdad.

»Uno y otro sexo, jóvenes y viejos, autorizan esta creencia, confirmada con muchos milagros.

»Una Virgen concibe, una mujer estéril pare, Elizabeth profetiza, el Mago adora, y una viuda confiesa este suceso maravilloso, y el justo lo espera».

La hora de presentar al Niño en la *sala de los Primogénitos* sonó, y José, dejando a su santa esposa en los atrios del templo entró en la casa de Dios con su hijo en brazos.

Pero, ¡ay!, allí Jesús fue tratado como el último de los hebreos. El sacerdote que

recibió la ofrenda de manos del padre ni siquiera se dignó dedicarle una mirada al Dios Niño.

El judío avariento y mal sacerdote miraba con desprecio el pobre don que el honrado carpintero venía a ofrecer ante el altar de los holocaustos.

La sed de oro endurecía el corazón de la mayor parte de los rabinos de aquella época gloriosa e inmortal. Jesús era pobre, y por consiguiente fue mirado como *basura del mundo.*

El egoísta sacrificador recibió de manos de José las inocentes aves destinadas por el Levítico, murmurando palabras groseras, a las que el glorioso Patriarca cerró los oídos, preguntándose a sí mismo por qué aquel hombre pretendía humillarle tan duramente, cuando a pocos pasos de allí, a la entrada del templo, su glorioso Hijo había sido la admiración de los que le rodearon.

Según Josefo en sus *Antigüedades judaicas,* y Besnage en su *Historia de los judíos,* el lujo y la avaricia de los príncipes de los sacerdotes de Jerusalén era inconcebible.

Los pontífices enviaban a sus satélites por los campos a arrebatar los diezmos. Esto reducía a los simples sacerdotes a vivir pobremente, sin otro alimento que higos y nueces; y sin embargo, sus labios no podían producir una queja, porque entonces a los pobres y desatendidos levitas se les acusaba de insubordinación, y eran entregados a los romanos.

El gobernador Félix encerró un día a cuarenta en una cárcel, sólo por complacer a los príncipes de la sinagoga.

Otra bajeza, otra úlcera moral se había encarnado en el corazón de los judíos, más repugnante, más despreciable, si se quiere, que la avaricia: la venganza: «*Aquel que no alimente su odio y no se vengue, es indigno del título de rabino*». Esta máxima horrible y cruel la practicaban con una escrupulosidad criminal.

La venida de Cristo al mundo era una necesidad, porque la ruina, el caos, estaban próximos. Jesús fue el Salvador del hombre, la antorcha divina que vino a derramar los claros rayos de su luz sobre las espesas tinieblas que envolvían a la sociedad.

El inmortal Balmes lo ha dicho: nosotros lo repetimos con él:

«Sombrío cuadro, por cierto,[70] presentaba la sociedad en cuyo centro nació el cristianismo. Cubierta de bellas apariencias, y herida en su corazón con enfermedad de muerte, ofrecía la imagen de la corrupción más asquerosa velada con el brillante ropaje de la ostentación y de la opulencia.

»La moral sin base, las costumbres sin pudor, sin freno las pasiones, las leyes sin sanción, la religión sin Dios flotaban las ideas a merced de las preocupaciones del fanatismo religioso y de las cavilaciones filosóficas.

»Era el hombre un hondo misterio para sí mismo, y ni sabía estimar su dignidad, pues que consentía que se le rebajase al nivel de los brutos.

……

»Mientras una gran parte del linaje humano gemía en la más abyecta esclavitud, se

ensalzaban con tanta facilidad los héroes y hasta los más detestables monstruos sobre las aras de los dioses».

……

»El cristianismo apareció y sin proclamar ninguna alteración en las formas políticas, sin atentar contra ningún gobierno, sin inferirse en nada que fuese mundano y terrenal, llevó a los hombres una doble salud, llamándoles al camino de una felicidad eterna, al paso que iba derramando a manos llenas el único preservativo contra la disolución social, el germen de una regeneración lenta y pacífica, pero grande, inmensa, duradera a la prueba de los trastornos de los siglos; y ese preservativo contra la disolución social, ese germen de inestimables mejoras, era una enseñanza elevada y pura derramada sobre todos los hombres sin excepción de edades, de sexos, de condiciones, como una lluvia benéfica que se desata en suaves raudales sobre una campiña mustia y agostada…»

……

José, terminada la ceremonia prescrita por la ley, salió del templo, reunióse con su santa Esposa y abandonó la ciudad sacerdotal, dirigiéndose a Nazaret por el camino de Galilea.

Capítulo V

EL BOSQUE HOSPITALARIO

Muy corta fue la permanencia de los santos esposos en Galilea.

Simeón había vaticinado a la gloriosa madre que un puñal traspasaría su pecho; y escrito estaba en los cielos que las palabras del anciano debían cumplirse muy en breve.

El mes de febrero se hallaba próximo a la mitad de su carrera, cuando una noche José se levantó azorado en su lecho. La voz de Jehová había interrumpido su tranquilo sueño. Estas palabras misteriosas habían llegado a sus oídos:

«Levántate y toma el Niño y a su madre, y huye a Egipto y permanece allí hasta que yo te avise sobre tu vuelta, porque Herodes va en busca del Niño con intención de matarle».

Aún el eco misterioso de la divina revelación zumbaba en los oídos de José cuando precipitadamente llegó a la puerta del dormitorio de su esposa y le dijo con agitado acento:

—María, despierta y deja tu lecho, coge en tus brazos al inocente Niño, y disponte a emprender un viaje largo y penoso.

María, que se hallaba junto a la cuna de su Hijo, corrió sobresaltada a abrir la puerta.

—¿Partir de Nazaret? —preguntó la Virgen—. ¿Y adónde?

—A Egipto: Dios nos lo ordena; Herodes busca a nuestro Hijo para matarle.

María dio un grito, y precipitándose sobre la cuna, abrazó a Jesús, como si en su seno se hallara más seguro del puñal asesino el Hijo de sus entrañas. El Niño despertó, enviando una angelical sonrisa a su aterrada madre. Esta sonrisa, cual el rayo de sol después de la tormenta, tranquilizó el agitado espíritu de la Virgen; y luego, volviéndose hacia el Patriarca, que permanecía respetuosamente junto a la puerta, dijo:

—Entra, José, y no temas; Jesús sonríe, y su sonrisa es como el arco iris de la tarde que disipa las cargadas nubes.

—Dios nos ordena ejecutar lo que te he dicho —repuso el anciano.

—Partamos, pues, y desde el cielo Jehová vele por nosotros durante la travesía —dijo María con santa resignación.

Los esposos dispusieron precipitadamente lo más necesario para el viaje.

Pero, ¡ay!, ¡eran tan pobres!… La Santa Virgen colocó en un saco de lino algunos pañales y piezas de ropa indispensables, mientras que José, buscando en el cajón de una mesa de pino sus pobres economías, las guardó cuidadosamente en una bolsa de cuero. Luego entró en el establo, aparejó la hermosa pollina blanca que les había conducido a Belén dos meses antes, colocó sobre sus pacientes lomos una cesta con

víveres y un pellejo de agua, dejó bajo el emparrado al manso animal, y abriendo sin ruido la puerta de su casa, fue a decir a su esposa que todo estaba dispuesto.

La Trinidad de la tierra salió de Nazaret con las lágrimas en los ojos y el dolor en el corazón, cuando los astros de la noche se hallaban en la mitad de su carrera. El ángel les había anunciado un gran peligro; pero no les había dicho la manera de salvarlo. De Nazaret a Egipto mediaba una distancia de ciento sesenta leguas. Y después, ¿cómo atravesar el desierto con sus olas de arena, sin más cabalgadura que una modesta pollina?

Los árabes, que como bandas de buitres se lanzaban sobre las caravanas armadas que podían resistirles, ¿no les amenazaban también con sus largas lanzas y sus corvos puñales, a ellos, pobres, indefensos y abandonados viajeros que no podían presentar contra el hierro enemigo más que sus lágrimas y sus súplicas?

Pero dejemos estas reflexiones para colocarlas en acción más adelante.

Ya muy entrado el día, los viajeros, temerosos de que la luz del sol les entregara a sus enemigos, se ocultaron en un bosquecillo de palmeras de la tribu de Zabulón, cuya solitaria y abundosa sombra les ofrecía un abrigo durante las horas del día.

El murmurio de los arroyuelos que nutre el Cisón durante las tempestades del equinoccio, y el suave gemido de las brisas que se mecían entre las gallardas copas de las sombrosas palmeras, el canto tierno y cadencioso de los pajarillos, el doliente arrullo de la tórtola silvestre, acompañaron con sus melodiosos ecos la permanencia de los fugitivos en aquel valle hospitalario.

La sonrisa del inocente Niño, el transparente cielo, la embalsamada aura de los campos, comenzaron a tranquilizar el angustiado corazón de María, cuando José, que se hallaba ocupado en los preparativos de la frugal comida, paralizó sus brazos y quedóse inmóvil con el oído atento.

—¿Has oído, María? —preguntó a la Virgen.

La joven nazarena escuchó un momento. Sus sonrosadas mejillas palidecieron, e instintivamente apretó a su Hijo contra el corazón. El Niño no sonreía; las tórtolas no arrullaban; los pajarillos del bosque suspendieron los arpados trinos en sus gargantas, y una nube sombría oscureció el ardiente disco del sol.

—Oigo —murmuró María en voz muy baja— así como ruido de armas y pisadas de caballos al extremo opuesto de este valle.

—Sí, hacia la montaña, por el camino romano que conduce a las riberas de Hepha: tal vez son mercaderes de Tolemaida[70 bis] o Tiro que regresan a sus puertos.

—¡Si fueran herodianos!…

Y María, amedrentada de tal pensamiento, apenas pronunció las últimas sílabas.

—Tranquiliza tu espíritu; este valle se halla apartado del camino.

Luego siguió una breve pausa. Las pisadas de los caballos se iban aproximando.

María ocultó maquinalmente a Jesús entre los flotantes extremos de su manto hebreo, y alzó los ojos al cielo en ademán suplicante.

José estaba a su lado, mudo, triste, y con la dolorosa mirada fija hacia el punto del

camino por donde debían aparecer los viajeros que tan terribles temores causaban a su corazón.

De pronto una voz varonil, ardiente y vibradora, llegó a sus oídos. Esta voz humana era acompañada de un canto armonioso y guerrero, cuyas notas llegaban claras y sonoras a los oídos de los fugitivos, quebrándose en las altas copas de las palmeras.

—Son romanos —murmuró José—. Aunque no comprendo bien las palabras, creo que cantan la canción del famoso gladiador.

María no despegó sus labios; sólo pensaba en su Hijo, que oprimía cariñosamente contra su seno. La voz se iba aproximando, y poco después las brisas del campo llevaron hasta los oídos de la Santa Familia esta canción romana:

Pan y circo pide el pueblo
al César, su emperador;
que de Minerva y Saturno
está muy próximo el sol.
Ya las trompetas convocan
con su belicoso son,
sobre la arena del circo
al valiente gladiador.
Ya por la puerta del sótano sale
el airoso escuadrón:
delante de todos marcha
el invencible Agenor;
Júpiter lleva en sus brazos
a Marte en su corazón,
Hércules en su presencia,
en su mirada a Moloch.
Joven es, pero su frente
cien veces se engalanó
con la corona de palmas
y las cintas de color.
El pueblo olfatea sangre
al ver a su campeón,
y en el ancho anfiteatro
se agita y muge feroz.
Desde el Olimpo de Homero
le envían su protección
los dioses, a que consagra
las víctimas que venció.
Los patricios le saludan,

el César le da pensión,
el Senado le respeta
y Roma canta en su honor;
porque él, con red y tridente,
siempre a los tracios venció,
con áureo carro a los galos,
con el caballo al bretón;
pues no hay quien venza en la arena
al invencible Agenor,
desde la orilla del Tíber
a los campos del Hermón.

Cesó la voz, y las pisadas de los caballos se oyeron a muy corta distancia del bosquecillo. Los fugitivos apenas respiraban. Un momento después, los cascos romanos y las lanzas tracias de los jinetes brillaban entre las verdes espesuras del bosque, como el mar de Galilea herido por los rayos de la luna.

María tuvo miedo, y elevando sus dulces ojos al cielo, exclamó con dolorido acento:

—¡Oh, dulce palmera que elevas tu gallarda copa hacia los cielos! Tú que te hallas más próxima a Jehová que esta pobre madre, dile que no abandone a mi inocente Hijo.

Entonces sucedió una cosa extraña, sobrenatural: el árbol inclinó hacia la tierra sus largas y poderosas ramas, cubriendo con su verde bóveda a la Santa Familia. Los soldados de Herodes pasaron junto a la palmera protectora sin ver a los que se ocultaban entre la espesa cárcel de sus hojas.[71]

Como a unos treinta pasos de aquel sitio murmuraba entre el césped el hervidero de un manantial de agua cristalina.

Los romanos se detuvieron, y algunos echaron pie a tierra.

—La consigna no nos prohibe beber agua cuando tengamos sed y hallemos ante nuestro paso una fuente —dijo uno de los jinetes quitándose el casco y llenándolo en el manantial.

—¡Por Júpiter, que la pena infamante de las baquetas[72] no habría de detenerme si tuviera sed y hallara un manantial tan claro como ese que se arrastra a los pies de mi caballo!

—¿Qué opinas tú de nuestro mensaje, amigo Cayo? —dijo uno de los soldados después de beber agua, alargando el casco lleno a otro que permaneció aún sobre la silla de su corcel.

—Opino, Octavio amigo, que el tributario Herodes aullará como un perro rabioso cuando nos vea regresar a Jericó sin los reyes Magos.

—La tierra, sin duda, se ha tragado a esos extranjeros.

—Me alegro, ¡voto a Esculapio! Los soldados de la invicta Roma no hemos

venido a Palestina a perseguir chiquillos y a encarcelar indefensos peregrinos.

—Herodes paga y manda en Judea —repuso un herodiano de la comitiva.

—Roma le protege —volvió a decir el romano con imperio—. El César mi dueño será siempre el señor de Oriente.

El herodiano se mordió los labios de rabia, y fue a ocultar su turbación en el claro manantial de la fuente.

—César Augusto y sus cortesanos duermen en perezosa paz, arrullados por los placeres de la imperial ciudad; Venus domina en vez de Marte; el triunfo de los vencedores no inflama la sangre de los hijos del Tíber; los sagrados bosques no se ven despoblados de sus verdes laureles para ornar la frente de las legiones; la corta espada se enmohece en la vaina, y la bolsa va enflaqueciendo por la falta del botín codiciado; el mundo no se atreve a respirar, temeroso de que Roma, irritada, pasee sus águilas vencedoras sobre sus cobardes naciones. Pero esto, amigos míos, no puede durar; el soldado del Capitolio necesita la guerra como el ciego la luz, como las fieras la sangre de las víctimas, como el hambriento el pan. César debe darnos batallas, si no quiere que antes de mucho empuñemos la rueca y el huso.

El soldado que había pronunciado las anteriores palabras era casi un anciano. Su mirada de águila, su rostro tostado por el sol, el relente de los campamentos, su barba gris y su aire marcial, decían claramente que aquel viejo militar era uno de esos veteranos de las legiones romanas que tomaban la profesión de soldado a los dieciocho años y no la dejaban sino al perder la vida.

Para ellos la mejor muerte era la que se recibía por el hierro enemigo en el campo de batalla.

Un casco de cobre que bajaba por detrás hasta los hombros, dejándole en descubierto toda la cara, una coraza de cuero con apretados anillos de acero, un calzado especie de sandalia con gruesos clavos de bronce, y un manto prendido por ambas partes sobre el hombro, sujeto con una hebilla de plata, componían su traje.

En su nervudo brazo brillaba un brazalete, y en el asta de su larga lanza flotaba una flámula de estofa de varios colores, donde se veían bordadas dos coronas de laurel. La cimera de su casco tenía la forma de un pez, por cuya boca salía un penacho de crin negra que se mecía sobre el bruñido capacete al menor soplo del viento.

Sus compañeros vestían poco más o menos el mismo uniforme, exceptuando que los cascos estaban forrados de pieles de varios animales, y no llevaban banderolas en la lanza.

El viejo militar montaba sin estribos, y de su costado izquierdo pendía una espada corta y ancha.

—¡Hola, lobo carnicero! ¿Cuándo se hartará tu vieja espada de sangre? —le preguntó uno de los jinetes que hasta entonces no había despegado los labios, en cuyo bruñido casco de acero brillaba una cepa de oro, que era el distintivo de los centuriones romanos—. ¿No te bastan —continuó— los premios militares que

ondean tu flámula y brillan en tus brazos?

—El soldado de pura sangre es como el avaro de raza —contestó el viejo haciendo un saludo militar con el escudo de cuero que pendía de su brazo—. Cuando un avaro posee un óbolo ambiciona un sestercio; cuando tiene un sestercio sueña en adquirir una onza; y una vez poseída ésta se desvela por una mina, con el solo deseo de que así sucesivamente se vaya aumentando su caudal hasta llegar a ser dueño de un talento hebreo. Yo llevaba cinco años de legionario en los *principales,*[73] y una simple flor me había regalado mi manípulo[74] por orden del Senado, cuando un día salvé a un ciudadano de una muerte cierta, y me dieron en el Capitolio la *corona cívica;* esto me hizo ambicioso, y en el cerco de Jerusalén me dije: «Ea, Cayo, a ver si subes tú el primero a su muralla, porque tu corona se muere de fastidio viviendo sola sobre tu casco y necesita una compañera». Y efectivamente, subí el primero, y el general me premió con la *corona mural.* Después, por no sé qué otra bagatela, el emperador me premió con este brazalete, y el Senado con la flámula de colores que ondea a la punta de mi lanza; pero mi brazo es fuerte, y jamás he vuelto de la pelea sin el escudo. Y soy franco, ambiciono más; soy *decurión,* mando diez hombres; pero puedo, si hay guerra y los dioses no me abandonan, mandar ciento como tú.

—Mucha es tu ambición, amigo Cayo —le dijo sonriendo el centurión.

—Marco Antonio, de simple soldado llegó a cónsul: ya ves que cónsul es algo más que centurión.

—También era mucho más Marco que Cayo.

Los soldados se rieron, no tanto del chiste como porque lo decía su jefe; y Cayo, que como todo militar valiente, era jovial y poco rencoroso, rió también con sus compañeros, ofreciéndoles su protección para el día en que el Senado le llamara al Capitolio a regir los destinos de Roma.

El centurión dio poco después la orden de partir, y tomaron a buen paso el desigual y quebrado camino que conducía a las playas de Cesárea, adonde les enviaba Archelao, el hijo de Herodes, para evitar que los reyes Magos se embarcaran en aquellas costas.

Conforme iban alejándose las pisadas de los caballos, las caídas hojas de la palmera tornaban a tomar su posición natural. Entonces pudo verse a la Santa Familia reclinada sobre el calloso tronco del árbol protector, que dormía con el sueño tranquilo y dulce de los justos.

Dios, sin duda, para evitar a la afligida madre una hora de horrible angustia, oyendo a pocos pasos de Ella la conversación de los perseguidores de su Hijo, hizo que descendiera sobre ellos el fluido reparador del sueño.

Capítulo VI

EL BUEN LADRÓN

Al despertar María y José del dulce y reparador sueño que habían disfrutado a la sombra de la hospitalaria palmera, la luna, traspasando con sus plateados rayos las apiñadas hojas del árbol que les servía de tienda, bañaba con su luz clara y tranquila la sonrosada frente de Jesús.

Una sonrisa de indefinible ternura vagaba en los rojos labios del Santo Niño, y una mirada amorosa dirigida a su madre infundió a la Virgen nazarena todo el valor que en tan penoso viaje necesitaba su espíritu.

—¿Es esto un sueño? —decía la Virgen, estrechando a su Hijo contra su corazón —. ¿Vive aún la vida de mi vida?… ¡Dios de bondad! ¿Sus impíos perseguidores no han derramado su preciosa sangre?

—Sí, María sí —contestóle su esposo—. Los ángeles del Señor nos anuncian el peligro, y ellos lo evitan con su infinito poder. Pero el tiempo es precioso, y la noche debe ser nuestra amiga hasta que lleguemos a las riberas de Siria, pues sólo allí comenzaremos a estar seguros.

La Virgen, delicada azucena de frágil y quebradizo tallo, se revistió de ese valor que sólo poseen las madres cuando de él depende la vida de sus hijos, y abandonando el bosque hospitalario donde tantos temores había experimentado, siguió a su esposo con la resignación de una mártir.

En tan penoso viaje, ¡cuántas amarguras, cuántas penalidades, cuántos sinsabores aguardaban a los santos esposos!

La enfermedad de Herodes, el odio de los israelitas a los soldados mercenarios de la opulenta Roma, habían exacerbado los ánimos, y de día en día se engrosaban las bandas de malhechores que infestaban el país. Por todas partes se cometían robos escandalosos, asesinatos horribles. Trasladarse de una tribu a otra era correr un peligro inminente. Los hombres se agrupaban y armaban para emprender un viaje insignificante.

Más que caravanas de pacíficos comerciantes, parecían destacamentos de soldados; y sin embargo, aun así no se hallaban libres del peligro que les cercaba por todas partes.

María y José llegaron después de mil penalidades a la rebelde y hostil Samaria. Durante las horas del día se refugiaban en las profundas e ignoradas cuevas, y no pocas veces tuvieron que dejar el paso libre a los inmundos animales que en ellas habitaban, y que la Santa Familia desalojaba para hospedarse.

La Virgen lo sufría todo con la resignación de los ángeles, con el valor de los mártires: porque aquella afligida madre sólo tenía un deseo, sólo la alentaba una esperanza: salvar a su Hijo del furor de sus enemigos. Por eso cruzaba a favor de las

sombras de la noche los espesos bosques y los calcinados barrancos de Palestina.

El estridente aullido de los lobos era más grato a sus oídos que el estruendo de las armas y el galope de los caballos.

Por todas partes su asustadiza imaginación creía ver un soldado romano que con feroz sonrisa extendía sus nervudos brazos para arrebatarle a su amado Jesús.

Errantes, fugitivos cual criminales, perseguidos por la ley, cruzaron la Galilea y parte de la Samaria, huyendo de las ciudades, evitando el contacto de las gentes, caminando de noche y refugiándose en las profundas cuevas de los montes durante las horas del día.

Jamás madre alguna sufrió tan continuos sobresaltos, tan terribles temores por su hijo, como la Santa Virgen por Jesús. Parecía que el cielo les retiraba su protección o ponía a prueba su paciencia y sufrimiento.

A cada paso que avanzaba la Santa Familia hacia el término de su viaje, hallaba un peligro, un obstáculo, y sin embargo, de todos esos contratiempos la misteriosa mano de la Providencia los sacaba ilesos.

¡Pero cuántas penalidades les quedaban aún que sufrir antes de llegar a Egipto!…

Después de atravesar las tribus de Palestina, cuando ya casi libres del furor de Herodes se hallaron en las playas de Siria, ¿no les esperaban los arenosos desiertos de Egipto? ¿Por ventura los santos viajeros podrían cruzar aquellas inmensas sabanas de arena, que cual un mar embravecido sepulta entre sus cálidas olas caravanas enteras de viajantes, tan luego como el simún tiende por el desierto su poderoso soplo?

Aquellos caminos sembrados de cadáveres, aquellas vías marcadas por los esqueletos de los camellos y los caravaneros; aquellas soledades terribles infestadas de bandidos cien veces más salvajes y crueles que los de Samaria; donde no se halla ni un árbol, ni una gota de agua, ni un pájaro que cante a la venida de la aurora.

Donde no se escucha más que el graznido del cuervo que se cierne sobre el agonizante pasajero, o el bramido de la pantera que desde sus ignoradas cuevas ha olfateado el cadáver del abrasado caminante, era el porvenir que le esperaba.

¿Cómo podrán los castos nazarenos cruzar tan dilatado camino sin más auxilio que su modesta cabalgadura, que se hundirá en la movible arena como el cadáver en su fosa, para no volver a salir más de ella?

Pero no adelantemos los sucesos, y volvámonos a Samaria, por donde en una noche cruda, fría y lluviosa, caminaban los santos esposos y el Divino Jesús por un profundo y solitario barranco, cuando San José, que iba delante llevando la pollina del ronzal, se detuvo ante una voz áspera e imperativa, que con brusco tono gritó desde el hueco de una peña: «¡Alto, o eres muerto!»

José se detuvo asombrado, María se estremeció, y temerosa de que aquel hombre tratara de robarle a su Hijo, procuró ocultarle en el rebozo de su manto. Era la primera vez, desde su salida de Nazaret, que había visto interrumpido su misterioso viaje por la voz de los hombres. Antes que los viajeros se dieran cuenta de lo que les acontecía, se vieron rodeados por una multitud de hombres armados que fueron

saliendo de entre las matas y las quebraduras del barranco. Los puñales se hallaban levantados sobre sus cabezas, cuando San José, con una entonación dulce y suplicante, les dijo:

—¿Qué mal os han hecho esta pobre madre y su inocente Hijo para que levantéis vuestros puñales contra ellos?

—Tienes razón, anciano —dijo una voz varonil—. Estos bandidos no tocarán ni un hilo de vuestra ropa, me lo han jurado, y estoy seguro que ninguno de ellos faltará a su juramento, aunque los satélites del feroz Herodes les enseñaran una cruz clavada en el Gólgota.[75]

Dimas, pues él era el que había pronunciado las tranquilizadoras palabras, se abrió paso por entre sus compañeros, y acercándose a San José, que estaba absorto sin despegar los labios, volvió a decirle:

—Nada temas, anciano: las canas de tu barba son una garantía para tu persona, y en cuanto a esa pobre mujer que oprime a su tierno infante, temerosa de que le ofendan, puedes tranquilizarla que ningún riesgo corre entre nosotros. Si alguno se atreviera a ofenderla nuestro puñal daría buena cuenta de él. Pero la noche es fría y veo que esa infeliz se halla calada de agua. Toma, ofrécele mi *matelot* para que se abrigue.

Y Dimas se quitó sin afectación el manto de pelo de cabra que llevaba sobre sus hombros y se lo alargó a José.

—¡Oh! Gracias, gracias, hombre bueno y caritativo. Jehová te premie en la hora de la muerte, como mereces.

Y José, derramando lágrimas de agradecimiento, cubrió a su Esposa y al Niño con la capa del bandido.

—Ahora, buen viejo, síguenos con tu Esposa; mi castillo está cerca, y creo que admitirás el hospedaje que te ofrezco hasta que se despeje la tempestad que aún muge sobre nuestras cabezas.

Los santos viajeros aceptaron el ofrecimiento del bandido, y algunas horas después se hallaban instalados en la cocina del castillo, donde Dimas hizo encender una fogata para que se secaran la ropa. El hospitalario facineroso obsequió a sus huéspedes con una solicitud admirable. Sirvióles una cena abundante, y por su misma mano les hizo dos lechos formados de pieles de camello para que descansaran de la fatiga del viaje.

Al dejarles solos para que se entregaran al sueño, pidió permiso a la madre para dar un beso al Niño, y María le presentó a Jesús, diciéndole:

—Bésale, señor, pues tú le proteges.

Dimas imprimió un ruidoso beso en la frente del Mesías, y luego, saliendo de la habitación con sus compañeros, les dijo:

—No sé lo que he sentido en mi pecho al tocar con mis labios a ese Niño; pero parece que respiro mejor y me hallo como si toda mi sangre se hubiera purificado.

Poco después todos dormían en el castillo, tan sólo las nocturnas cornejas

revoloteaban sobre los bordes de las murallas y en las grietas de las rocas.

Cuando a la mañana siguiente Dimas se encaminó a la habitación de sus huéspedes, la Santa Familia le recibió con una sonrisa de agradecimiento.

El bandido hospitalario mandó disponer una abundante comida, y suplicó a la Santa Familia que saliera a tomar el aire a la plataforma del castillo.

—El día está hermoso —les dijo—; subid conmigo para que vuestro Hijo aspire el aire puro de la montaña.

Los huéspedes siguieron a Dimas, admirándose de la benevolencia del bandido. Dimas, fascinado ante la mirada de Jesús, no apartaba sus ojos de aquel hermoso Niño.

Viendo que nada le decían del motivo de aquel viaje que les obligaba a caminar durante la noche, como gente perseguida por la ley, no quiso preguntarlo, respetando aquel secreto que no le revelaban. Llegaron a la muralla, y trepando por una estrecha y empinada escalera, subieron a la plataforma del castillo. Dimas cogió en sus brazos a Jesús, y asomándole por las troneras, le enseñó unas ovejas que pacían junto a los fosos, diciéndole con afable y complaciente entonación:

—Esas ovejas que pacen tranquilamente a la sombra de los muros son nuestras, y aquel cabritillo, blanco como la leche de su madre, es tuyo; yo te lo regalo para que te acuerdes del hospedaje que te ha ofrecido el facineroso de los montes de Samaria.

Jesús se sonrió como si hubiera comprendido aquellas palabras, y sus pequeñas y delicadas manos comenzaron a acariciar la crespa y larga cabellera del bandido. La tierna Virgen derramaba en silencio preciosas lágrimas de gratitud al contemplar aquel hombre envuelto en las pesadas redes del crimen que con tanta benevolencia trataba a su Hijo. José, acercándose a Dimas, le dijo con suplicante acento:

—Si eres bueno, si en tu corazón no se ha extinguido aún el amor a los desgraciados, ¿por qué no abandonas esta vida de sobresaltos y crímenes que puede conducirte a la perdición?

—Buen anciano —le contestó Dimas enviándole una sonrisa benévola—, el camino del crimen es una pendiente muy resbaladiza, y cuando el hombre da el primer paso, le es imposible detenerse. Yo era bueno… los hombres me hicieron malo y rencoroso… ahora es tarde.

La Santa Familia permaneció en el castillo hospitalario hasta la caída del sol. Durante su permanencia fueron obsequiados por el caritativo capitán de una manera delicada.

Cuando José se encaminó a buscar su modesta cabalgadura, un bandido, por orden de Dimas, la sacó del ronzal a la puerta de la fortaleza. Mientras José ayudó a subir a la Virgen sobre la pacífica pollina, Dimas cogió al Niño en brazos.

Jesús, como si hubiera querido despedirse del hombre que con tanta bondad le había recibido en su casa, rodeó con sus brazos el cuello del facineroso.

Entonces Dimas oyó una voz dulce y melodiosa como el sonido de un arpa aérea herida por el céfiro nocturno, que le decía al oído:

—Tu muerte será gloriosa… y morirás conmigo.

Dimas quedóse absorto, demudado, como si del fondo de su sepulcro se hubiera levantado la voz de su padre. ¿De quién era aquel acento misterioso? ¿Quién había pronunciado aquellas palabras? El Niño que tenía en sus brazos contaba apenas cuatro meses de edad.

Dimas sintió que las fuerzas le abandonaban, y temeroso de que aquel misterioso Niño se le cayera de sus brazos, fue a depositarle en los de su madre, que ya se hallaba montada en la pollina. María recibió de manos del bandido, con una sonrisa de bondad, el precioso tesoro de su corazón, y después, despidiéndose de cuantos la rodeaban abandonó el castillo.

Dimas, inmóvil, como la estatua de la meditación, con la vista fija en los santos viajeros, creyendo aún oír las misteriosas palabras, permaneció en el muro del viejo castillo hasta que los últimos rayos del sol se ocultaron detrás de las altas cimas del Líbano; Dimas, siempre preocupado con aquel acento que no pudo producir otra lengua que la de Jesús, viéndose rodeado de tinieblas y oyendo la voz de sus compañeros que le llamaban para salir como de costumbre, a recorrer los caminos de Samaria, extendió los brazos en dirección a la tortuosa senda por la cual habían desaparecido sus misteriosos huéspedes, y exclamó con fervoroso acento:

—*¡Oh, Tú, el más hermoso y bienaventurado entre todos los niños, si se ofreciese otro tiempo en que sea preciso tengas otra vez misericordia, acuérdate de mí entonces y no te olvides de esta ocasión!* (San Anselmo.)

Treinta y dos años después, Cristo, sobre el Calvario, recompensaba con estas palabras la caridad hospitalaria del buen ladrón: «*Hoy estarás conmigo en el Paraíso*».

La tradición sobre la cual hemos basado la leyenda que antecede, dice así:

«La Santa Familia había pasado más allá de Anathot, y caminaba de noche a fin de sustraerse de una peligrosa vecindad, cuando vio desembocar de una oscura barranca unos hombres armados que le impedían el paso.

»El que parecía jefe de esta tropa de bandidos se adelantó del grupo hostil para reconocer a los viajeros.

»El salteador, que buscaba sangre u oro, lanzó una mirada de asombro sobre el viejo sin armas, muy parecido a un patriarca de los antiguos tiempos, y sobre aquella mujer encubierta con un velo que ocultaba a su pequeño Hijo entre los pliegues de su manto.

»Ellos son pobres, se dijo el bandido para sí, después de detener su mirada algunos momentos sobre el Santo grupo que tenía ante los ojos; y viajan de noche como unos fugitivos…

»Tal vez aquel bandido tenía un hijo en la cuna, tal vez la atmósfera de dulzura y misericordia que rodeaba a José y a María obró sobre aquella alma feroz; porque el terrible salteador bajó la punta de su arma, y tendiendo una mano amiga a José, le ofreció hospedaje para la noche en su fortaleza, suspendida en el ángulo de una roca,

como nido de un ave de rapiña.[76]

»Este ofrecimiento, hecho con franqueza, fue aceptado con una santa confianza, y el techo del bandido fue en esta ocasión para la Santa Familia hospitalario como la tienda del árabe.

»Al día siguiente, hacia la mitad del día, la Santa Familia abandonó la morada de los bandoleros y se encaminó hacia Egipto, buscando los barrancos más solitarios, los bosques más desiertos».

Esta tradición, que según creemos fue San Anselmo el primero que la admitió, en nada afecta al dogma: por eso la hemos dado cabida en este libro.

El reverendo padre Ludolfo, de Sajonia, y el abate Orsini, la han admitido en sus escrituras, y nosotros al darle más dimensiones y adoptar la forma de leyenda, es porque está muy lejos de nuestro propósito y de nuestra fuerza el hacer un libro filosófico, pues sólo aspiramos a que sea ameno, sin faltar en nada a los sabios escritores que nos han precedido y lo que encierran las Sagradas Escrituras.

Esperamos que esta aclaración servirá para el resto de la obra; cortando de una vez interrupciones siempre enojosas para los lectores cuando se emplean en mitad de una narración.

Capítulo VII

LA CARAVANA

¡Gaza, ciudad marítima de Oriente, perla preciosa de los filisteos, a cuyos pies se arrastran perezosas las azuladas ondas del Mediterráneo, y en cuyos altos minaretes gime el cálido soplo del desierto!, el árabe te saluda. Las caravanas respiran con avaricia el perfume de tus campos y la fresca brisa de tus tardes, antes de internarse en las inmensas soledades de arena del Etham y el Pharaam. Porque Gaza es el último jardín de Palestina y el primer oasis del desierto.

Las palomas torcaces le envían sus lastimeros y dulces arrullos desde las grietas de sus desmoronadas torres, donde anidan eternamente.

Los ruiseñores cantan en sus florestas, las gacelas blancas corren en sus montes y las cabras de largas lanas pacen en sus praderas.

Cuando el árabe, con las piernas cruzadas sobre el jiboso lomo de su dromedario, lanza una mirada investigadora por el horizonte rojizo y sin fondo; cuando ve a sus pies extenderse seco, infecundo, maldito, aquel vasto arenal que le espanta; cuando la sed acrece y la esperanza de hallar un manantial se extingue, entonces reanima con un grito salvaje su cabalgadura, cierra los ojos y sueña en los arroyos, en las amenas florestas de los jardines de Persia.

A través de aquellas olas de fuego y arena que le secan las fauces y le queman las pupilas, suele ver a Gaza con sus campiñas, con sus palmeras, con sus frescos manantiales y sus pacíficos habitantes, tan hospitalarios, tan inofensivos, tan amigos del forastero. Y el árabe entonces canta, acaricia aquel sueño delicioso para infundir aliento a su paciente cabalgadura. Gaza es para el árabe tanto como su patria, y ama sus muros como a su tienda y a su caballo.

Pero por el contrario, cuando la abandona para trasladarse a Egipto: cuando al llegar a las llanuras de Siria vuelve la cabeza para darla el adiós de despedida, y no ve sus palmeras y sus minaretes, y el cálido ambiente del desierto se estrella sobre su tostada frente, anunciándole los peligros y las penalidades que le aguardan, entonces un suspiro doloroso se escapa de sus labios y tal vez una lágrima resbala por su bronceada mejilla.

Porque la ciudad de Gaza es desde tiempo inmemorial el punto de reunión de las caravanas que van y vienen a Egipto. Puede decirse que es la colmena de los caravaneros; todos se reúnen y plantan sus tiendas en sus riberas. Su puerto[77] es el bazar de venta y compra; y desde allí se esparcen como las abejas en busca de flores que libar, para nutrir con sus esencias el rico panal de su negocio.

Gaza está situada en la loma de un monte bajo, cuyas faldas se ven eternamente acariciadas por las olas del mar. Miradas desde lejos sus blancas casas, parecen una manada de ovejas que se encaminan a tomar un baño.

Ciro, rey de Persia, la cercó y tomó después de dos meses de asedio (599 años antes de Jesucristo) y desde entonces sus torres destruidas sirven de asiento a sus pacíficos habitantes, cuando en los calurosos meses de la canícula van a respirar la brisa de la tarde a la sombra de sus hermosas palmeras.

A esta ciudad, pues, fue adonde llegó una mañana, al despuntar el día, la Santa Familia. Las penalidades que los viajeros galileos sufrieron durante su travesía fueron incalculables. Su refugio durante las noches eran los desiertos e inmundos silos, las oscuras cuevas, los húmedos barrancos, los incultos bosques.

La tradición marca una gruta en las cercanías de Belén[78] donde la Virgen pasó sola todo un día, mientras su esposo, arriesgando su existencia, entró en Jerusalén.

Ignórase lo que buscaba el patriarca en la ciudad de Herodes, su perseguidor; tal vez alguna caravana que no encontró, tal vez vender alguna alhaja de su esposa para ayudar con su valor a los gastos de tan penoso y largo viaje.

José se detuvo junto a un sicómoro, y ayudando a su esposa a bajar de la cabalgadura, la hizo sentar al pie del árbol. Entonces descargó a la pollina de todos los enseres modestos, único patrimonio de la Familia nazarena, y fue colocándolos alrededor del árbol.

Dimas había cumplido su palabra; porque un blanco corderillo comenzaba a saltar junto a María, la cual con dulce y maternal solicitud enseñaba a su Hijo el regalo del bandido.

—María —le dijo José después de terminado su trabajo—, Dios ha querido conducirnos buenos y salvos a la puerta del desierto: Dios nos sacará con bien de las terribles soledades que vamos a cruzar en breve.

—En Dios recae todo el poder, de Dios viene todo lo grande y maravilloso que admira a los mortales —murmuró la Virgen.

—Mucho me consuela tu resignación; pero voy a dejarte por unos instantes. Es preciso que pongamos algo de nuestra parte para que el viaje sea menos penoso. Pobres somos… pero confío que aún reuniremos lo suficiente para poder pagar tu pasaje al primer caravanero que salga para Egipto.

José, entonces, llevando al modesto herbívoro del ronzal, se encaminó hacia la ciudad de Gaza, que alzaba sus destrozados muros como a unos trescientos pasos del sitio en que se hallaban.

María se quedó sola con su adorado Hijo, sentada al pie del sicómoro. De sus ojos azules, llenos de bondad, se desprendió una lágrima. Aquella lágrima era la muda y silenciosa despedida que la Virgen enviaba a la pacífica cabalgadura que tan buenos servicios le había prestado durante el viaje, y de la cual iba a separarse para siempre, pues su esposo se encaminaba a Gaza con intención de venderla. La Virgen se quedó sola, y después de enjugarse los ojos, extendió una piel sobre el césped, y en esta modesta cama acostó al Niño. Luego comenzó a disponer sobre los ruedos de palmas algunas frugales provisiones para que al regresar su esposo poder servirle el desayuno.

María, distraída con estas ocupaciones, no reparó que a poca distancia del árbol que le servía de albergue se alzaban dos tiendas árabes, a cuyos alrededores descansaban diez o doce dromedarios. Tampoco observó que unos hombres iban y venían a una fuente cercana, y llenando grandes pellejos de agua los colocaban cuidadosamente sobre los arqueados lomos de sus ligeras cabalgaduras, nacidas para el desierto. Entre estos hombres se hallaba un árabe entrado en años, y que al parecer debía ser el jefe de los demás, pues les dictaba órdenes en voz baja sin ocuparse del ímprobo trabajo que hacía gotear de sudor la frente de sus compañeros. El anciano se paseaba con los brazos cruzados desde las tiendas hasta unas ruinas cercanas junto a las cuales brotaba el manantial. En uno de estos paseos sus ojos se fijaron en el sicómoro que servía de tienda a la Virgen.

El árabe vio a María, y se estremeció visiblemente como si en Ella hubiera reconocido alguna persona allegada. Luego permaneció un momento indeciso, pero sin apartar los ojos de la galilea, la cual, tan abstraída se hallaba con su Hijo, que no había reparado en que era objeto de un examen detenido por parte del árabe. Por fin, el silencioso observador de la Virgen hizo un movimiento particular con la cabeza, como el hombre que acepta una resolución que le ha tenido indeciso por algunos momentos, y luego se encaminó hacia el árbol donde se hallaban María y Jesús.

—Mujer, la paz sea contigo —le dijo inclinando ligeramente la cabeza.

—Árabe, ella te sea propicia —le respondió la Virgen tranquilamente.

—Perdona si con mi pregunta te parezco indiscreto —volvió a decir el árabe—: pero a juzgar por tu traje me pareces galilea.

—Nazaret es mi patria.

—¿Nació tu Hijo también en Nazaret, la flor de Galilea?

—Belén de Judá fue su cuna.

—Entonces tú eres María, la madre venturosa, a quien los ángeles de Abraham saludan y los reyes de Oriente rinden vasallaje.

—Mi Hijo fue el que mereció tanta honra.

—Perdona si vuelvo a dirigirte una nueva pregunta. ¿Qué esperas en este sitio, tan apartada de tu patria? ¿A dónde te encaminas?

—Espero a mi esposo: voy a Egipto.

—¡A Egipto! —exclamó el árabe con asombro—. No veo los camellos ni el guía que deba conducirte.

—Dios es grande y misericordioso. ¿Quién puede leer sus designios? Sólo sé que voy a Egipto.

Las misteriosas palabras de María, la dulce y modesta dignidad de su acento, conmovieron al viejo árabe, el cual respondió de este modo:

—Venturosa mujer, a quien los reyes rinden vasallaje, y que moras en un establo y te dispones a entrar en los inmensos arenales de Etham y Pharaam a pie y sin guía, yo te venero, aunque no te comprendo; dile a tu esposo, cuando regrese de la ciudad, que Hassaf el árabe parte hoy para Heliópolis, la ciudad del sol, desde donde se

encaminará a Alejandría, y le ofrece su amistad y sus camellos. Si lo acepta, ahí en mi tienda le espero.

Hassaf, que era el mismo árabe de la fuente de Elías y de Belén, saludó a la Virgen y fue a reunirse con sus compañeros.

Una hora después, José regresó de la ciudad de Gaza y se reunió con su Esposa.

El anciano estaba triste y meditabundo. María le recibió con la sonrisa de bondad eterna en sus divinos labios, preguntándole la causa de aquella melancolía.

—¿Qué tienes, esposo mío? —le preguntó con dulzura.

—Es preciso que hagamos el viaje solos, sin un guía que nos marque los desconocidos caminos del desierto, sin un camello que acorte las inmensas distancias que hemos de atravesar.

—Dios no olvida a los buenos —le contestó la Virgen con esa entonación de las mujeres virtuosas que tienen que trasmitir una buena noticia—. Mientras tú buscabas una caravana que nos admitiera, mediante un puñado de dinero que tal vez sea el resto de nuestra fortuna, Jehová nos ha enviado a un mercader caritativo que se ofrece a conducirnos a la ciudad del sol.

—¿Será posible? —exclamó José con asombro.

—Mira —continuó la Virgen—. ¿Ves aquel anciano que se pasea con los brazos cruzados sobre el pecho por delante de aquellas tiendas? Pues ese anciano es el jefe de la caravana que está acampada junto a las ruinas; parte hoy para Heliópolis, y se ha brindado a conducirnos.

José, lleno el corazón de alegría, fue a encontrarse con el árabe, y éste ofrecióle con ruda franqueza un camello para su esposa y su Hijo sin retribución alguna.

—Judío —le dijo Hassaf—, no te ofrezco más que un camello porque no tengo más. Todos los que ves acampados en derredor tuyo son míos, es verdad; pero los tengo alquilados a los mercaderes de Gaza que conducen sus mercaderías a Heliópolis, el Cairo y Alejandría. Mucho lo siento, pero tú tendrás que caminar a pie con mis criados.

—¿Qué me importa —respondió José con alegría— si mi Esposa y su Hijo caminan sin fatigarse?

El Patriarca se olvidaba de las penalidades que le aguardaban en el desierto.

María y Jesús tenían un bagaje, y esa era toda su ambición. El galileo colocó sobre el animal que le prestaba el árabe su modesto equipaje, entre el cual se hallaban las herramientas de carpintero, pues en Egipto no contaba con otro recurso para socorrer sus necesidades que el que tenía en Nazaret, esto es, el trabajo.

Poco después, todo estaba dispuesto; los comerciantes de Gaza se reunieron con los egipcios, y el árabe Hassaf mandó levantar las tiendas y emprender la marcha.

Capítulo VIII

EL DESIERTO

La tradición poco o nada dice del largo y peligroso itinerario que siguieron los Santos Viajeros desde Nazareth, su patria nativa, hasta Matarieh, la pintoresca aldea de Egipto, que eligieron como patria adoptiva durante siete años de destierro.

Si se consultan los eruditos cálculos de los cronologistas de la Virgen, se hallarán distintas opiniones sobre el modo o manera de hacer la peligrosa travesía del desierto.

Desde las costas de Siria hasta Heliópolis, emplea un camello diez o doce días, y aunque nada hay imposible para Dios, un viajero no podrá cruzar las inmensas soledades de arena del desierto a pie, sin emplear un mes en el viaje, e indudablemente hallarán entre aquellas abrasadoras arenas su sepultura.

Siguiendo, pues, la opinión de los sabios escritores que creen más verosímil que la Santa Familia se reuniría en las costas de Siria con una caravana para emprender el peligroso paso del desierto, y atendiendo a que este viaje debió llevarse a cabo por el mes de marzo y que el equinoccio de la primavera estaba próximo, tiempo en que el simún arrolla con su mortífero aliento las soledades del desierto, nosotros hemos adoptado este medio por creerlo menos inverosímil.

La caravana abandonó los arrabales de Gaza, y algunas horas después los callosos cascos de los dromedarios pisaban los infecundos campos de Siria.

Apenas las primeras ráfagas del ambiente cálido del desierto se estrellan sobre el tostado rostro de los caravaneros, el árabe suspende su conversación, su mirada se oscurece, su frente se puebla de arrugas, y su ademán se torna grave y meditabundo. Entonces, cruzando las piernas en el tosco cuello de su cabalgadura y los brazos sobre el pecho, cierra los ojos por no ver aquellas inmensas sabanas de arena que se extienden ante su vista, cuya sequedad da sed con sólo mirarla, y se dispone a soñar despierto en algún fértil y pintoresco oasis, en los transparentes y claros arroyos de los jardines de la Meca, o en el dulce amor de su familia, que le espera ansiosa para recompensar las penalidades de tan larga travesía con sus cariñosos cuidados.

Porque el árabe, como todos los hijos de Oriente, es propenso a soñar: teme al desierto como ama sus costumbres. La historia le recuerda que las arenas de Etham, de Pharaam y de Sahara, son hambrientas sepulturas que reciben diariamente los desgraciados cuerpos de sus hermanos, a quienes el simún arrolla con sus olas tempestuosas de ardiente polvo. La sed que abrasa las entrañas, el simún que sepulta bajo los montes de arena que arrastra con su empuje poderoso, la certera y mortífera flecha de los *boucoles*,[79] las fieras hambrientas que acechan ocultas entre las calcinadas rocas, el sol abrasador que derrite con el fuego de sus rayos, la peste, tan común en el desierto, son los poderosos enemigos con que luchan las caravanas que le cruzan.

El árabe conoce los peligros a que se expone, y sin embargo, los acepta con ese valor peculiar del hijo de la naturaleza.

Su cuerpo es tan fuerte, como fantástica su imaginación. Sobrios hasta la inverosimilitud cuando sus modestas provisiones se agotan, les basta un puñado de habas secas, para pasar un día. El dromedario, ese dócil y ligero transportador del árabe, no es menos fuerte ni menos sufrido que su dueño. Con ese instinto del animal, que no se explica, sabe que ha nacido para sobrellevar un trabajo penoso e ímprobo, desconoce la pereza, y nunca un gemido de dolor se escapa de su abrasado pecho.

Cuando sus fuertes piernas vacilan bajo el peso de la inmensa carga que le abruma, cuando su chata cabeza cae desfallecida hacia la tierra y sus melancólicos ojos comienzan a cerrarse hundidos por la fatiga, entonces un ligero temblor agita su cuerpo: ese temblor indica a su dueño que la vida de su fiel cabalgadura va a extinguirse.

Entonces el árabe lanza un suspiro y espera impasible algunos segundos: el camello dobla las piernas, y el dueño baja y transporta en silencio toda la carga a los otros que le siguen en pos, fija su penetrante mirada en los cerrados ojos de su *haghin* (dromedario), saca el largo puñal que cuelga de su cintura, lo sepulta en el cuello de su noble animal y, luego, apartando los ojos de aquella sangre, corre a reunirse con sus compañeros, y salta ligero como el gamo sobre el lomo de otro camello.

Ni torna su cabeza para mirarle, ni abriga la menor duda sobre si su noble conductor está muerto. Sabe que su puñal le ha evitado con la muerte padecer, que los chacales y las fieras del desierto no lo devorarán en vida, y el árabe evita a su fiel compañero, ya que no puede otra cosa, que sienta las rabiosas mordeduras de sus implacables enemigos.

……

Una hora después los chacales y las hienas, esos cobardes perseguidores de las caravanas que nunca atacan a los hombres vivos hasta que el repugnante olor de un cadáver hiere su delicado olfato, se lanzan sobre el pobre cuadrúpedo y le devoran sin piedad.

El nuevo día alumbra un esqueleto, y aquellos huesos esparcidos por la arena que blanquean los rayos del sol, van poco a poco convirtiéndose en blanca ceniza que marca a los pasajeros una línea blanquecina sobre la roja arena del desierto, indicando el camino que debe conducirles al puerto deseado.

Los huesos insepultos son las carreteras del desierto, y no siempre sirve de itinerario los de los dromedarios: también se hallan otros más pequeños y de otra forma que han pertenecido en otro tiempo a seres humanos.

……

Llegó la noche y cesaron los insufribles ardores del sol abrasador. La luna tendió su disco de plata por aquellas imponentes soledades, y los árabes hicieron alto. Levantaron la tienda los mercaderes y luego los conductores descargaron los camellos, y atándolos en un círculo a unas estacas clavadas profundamente en la

arena, comenzaron en silencio su modesta cena de dátiles y tortas de trigo asadas a las brasas.

La Santa Familia extendió junto a unos secos matorrales un trozo de estera de palma, que era su única cama. Su tienda era el dilatado firmamento coronado de estrellas que brillaban sobre sus cabezas. Pobres, desvalidos, abandonados hasta del último de los criados de la caravana, se hallaban, tal vez elevando su oración de la noche al dios de Sión, cuando el anciano árabe, que se había demostrado su protector desde Gaza, se acercó a ellos con una cacerola de hierro en la mano.

—Galilea —dijo a María—, el árabe en el desierto es sobrio por necesidad; pero ama a los niños, respeta a las madres y es hospitalario. Toma: hoy parto contigo mi ración de leche de camella; tal vez mañana no pueda darte ni una gota de agua.

Y sin aguardar respuesta, el árabe fue a reunirse con sus compañeros. María aceptó la fineza del anciano egipcio, agradeciendo en el fondo de su alma tanta generosidad.

La Virgen galilea no pudo cerrar los ojos durante la noche. La próxima vecindad de las hambrientas fieras del desierto oprimían su sensible y medroso corazón. Sus aullidos, sus interminables lamentos llegaban hasta ella, amedrentándola por la suerte que podía caber a su adorado Hijo. Los árabes, más avezados que la Virgen a la estridente y monótona armonía que producen las fauces de las hienas al chocar una con otra, dormían envueltos en sus capas al lado de sus camellos, sin recelo alguno. Uno solo velaba, paseándose alrededor de una grande hoguera, que alimentaba de vez en cuando con las secas retamas que pobres y ponzoñosas crecen de trecho en trecho, para ahuyentar con su llama a las vecinas fieras. La claridad de la fogata se extendió sobre aquella soledad, bañando con su roja luz, como una aurora boreal, un círculo bastante extenso, y la Virgen más de una vez creyó ver los vidriosos ojos de los chacales brillar en la oscura sombra que proyectaba el último término donde la llamarada de la hoguera se extinguía.

De vez en cuando la madre fugitiva se estremecía de espanto y apretaba sobrecogida, contra su pecho al Hijo de sus entrañas. Era que la arena se removía bajo su cuerpo, abriéndose por fin para dar paso a un repugnante lagarto o a una asquerosa culebra, reptiles inmundos que tanto abundan en el desierto, y que el ojo perspicaz del árabe tiene el instinto de conocer sólo por el rastro que dejan, *no sólo a la familia que pertenecen, sino también su edad, su volumen, su fuerza*, y *lo que es más extraordinario todavía, si aquellos vestigios son de la víspera o de pocos horas antes.* (A. Danzats, *Viaje al Sinaí.*)

¡Cuántas amarguras, cuántos sobresaltos, cuántas penalidades debió sufrir durante la peligrosa y larga travesía la delicada y tierna Nazarena!

Cuando después de un día abrasador por aquellas horribles soledades, sobre las cuales se desploma un cielo de fuego; cuando el palpable viento del desierto azotaba su delicado rostro con sus pesadas ráfagas de arena hasta el punto de hacerle brotar sangre; cuando sus hermosos ojos, quemados por los rayos del sol, su boca abrasada,

su mente entontecida por la sed y el calor insufrible, creían ver allá a lo lejos en lontananza un lago claro y transparente como el de Galilea, rodeado de palmeras y sicómoros, un delicioso oasis que le brindaba con la sombra de sus árboles y las frescas aguas de sus manantiales, sin apartar su afanosa mirada de aquel panorama engañador seguía y seguía las voluptuosas ondulaciones del follaje, creyendo oír entre el césped el dulce murmurio del arroyuelo que se deslizaba a sus pies.[80] Mas, ¡ay!, la noche llegaba, la caravana se detenía y las tiendas se alzaban, y entonces a la pálida luz de la luna sentía la fresca brisa, que al orear su pura frente la despertaba de aquel sueño halagador. María lanzaba un doloroso suspiro e inclinaba su hermosa cabeza sobre el pecho virginal de su Hijo, como la débil azucena que se dobla a la aproximación de la lluvia, temerosa de no poder resistir con su cáliz delicado los manantiales que amenazan desprenderse de las nubes que se mecen sobre ella. José entonces alentaba a su delicada compañera, y ambos, con los ojos fijos en el Niño Jesús, elevaban sus preces a Jehová.

Pobres y humildes viajeros a quienes la caridad de un árabe había prestado un camello, carecían de todo en el desierto: sólo la fe les alentaba para soportar las penalidades de la travesía. Por eso cuando el grito salvaje del egipcio conductor de la caravana exclamaba con el gozo inexplicable del náufrago que ve aproximarse a la frágil tabla que le sostiene sobre las espumantes olas el buque salvador: «*¡Mokalteb! ¡Mokalteb!*»,[81] grito que todos repiten con un gozo indefinible, grito ante el cual los sedientos dromedarios parten a galope tendido abriendo sus abrasadas narices, estirando su encorvado cuello, ansiosos de aplicar sus robustos belfos en el claro manantial que barrunta su delicado olfato, entonces hombres y animales, amos y criados se arrojaban con el desorden de la avaricia, con la rabia natural del sediento ante el agua, sobre aquel charco salvador.

La Santa Familia era la última en aplacar la sed. La Madre de Dios, la Reina Universal, aplicaba los sonrosados labios después que los animales se habían hartado y removido con sus pisadas el inmundo cieno de su fondo, convirtiendo en un asqueroso lodazal lo que antes era un poco de agua clara y destilada. Por fin, después de innumerables fatigas, los santos viajeros divisaron a lo lejos las llanuras de Gizeh, de cuyo centro se alzan esos gigantes de piedra cuyas frentes no han podido desmoronar los cuarenta siglos que la destructora mano del tiempo ha hecho rodar sobre ellos, esos monumentos que el orgullo y la soberbia de los poderosos de Egipto edificaron con el sudor y la vida de sus vasallos, con la honra y la castidad de sus propias hijas: las Pirámides.[82]

A la vista de esas masas gigantescas, de esos colosos, de esas historias de granito que pregonan la grandeza de sus antiguos fundadores, las caravanas lanzan un grito de gozo, porque muy en breve los callosos pies de sus dromedarios se deslizarán sobre hermosas y fértiles praderas esmaltadas de flores y el perfume embalsamado de los campos les hará olvidar el cálido y pesado soplo del simún.

Entonces el árabe entona su monótono canto, su rostro desecha las sombrías

tintas, y sus ojos negros y penetrantes buscan el fecundo Nilo, el río santo que convierte con sus inundaciones el Egipto en un hermoso jardín; porque Dios y las negras arenas del Nilo derraman sobre aquella tierra privilegiada todos los dones, todas las riquezas de una vegetación robusta y poderosa.[83]

La Santa Virgen empezó a respirar con alguna tranquilidad después de doce días de incesantes angustias; porque allá en lontananza comenzó a distinguir el cielo de Egipto; cielo sin nubes, horizonte triste, por donde irradia un sol de fuego como la boca de un horno; la patria de los Faraones, donde los cadáveres disputan la materia a la nada, donde la eternidad se hace palpable; los campos del Nilo con sus negras arenas, tumba colosal socavada en la tierra, donde ni el roedor gusano turba el frío y prolongado silencio de la muerte; las llanuras de Gizeh, donde el soberbio Cheops levantó el palacio de la muerte, colosal monumento dedicado a su real cadáver, gigante de granito donde cien mil hombres trabajaron por espacio de veinte años; el Egipto, donde las adúlteras llevaban escrito su crimen en el rostro,[84] donde el perjurio era castigado con la muerte (Diódoro de Sicilia); donde el pueblo adora a su rey en vida como a Dios, y le juzga después de muerto como el último de los plebeyos, negándole muchas veces, según sus creencias, hasta los honores de la sepultura; donde en los banquetes se paseaba un cadáver de madera metido en un rico ataúd, y enseñándolo a los alegres convidados, les decía el jefe de la casa: «*Mirad este hombre, a quien os pareceréis después de muertos. Bebed, pues, ahora y divertíos*». (Herodoto.)

El Egipto, mezcla de ilustración y barbarie, donde se creía en la inmortalidad del alma y se adoraba a un mismo tiempo multitud de dioses con cabeza de gato, vientre de cocodrilo y garras de milano: el Egipto, donde el arte había llegado a lo más sublime y la degradación a lo más abyecto; donde el hombre hilaba y se entretenía en las ocupaciones domésticas, y la mujer en los negocios de fuera; donde *todo era Dios excepto Dios* (Bossuet), *y donde lo grande estaba confundido con lo pigmeo.*

El peligro había terminado. Heliópolis, la ciudad del sol, con sus esbeltos obeliscos, sus gallardos minaretes y las bruñidas cúpulas de acero de sus templos paganos, donde los rayos del sol arrancan mares de luz que en cambiantes caprichosos se extendían sobre la ciudad como una inmensa cabellera de plata y fuego.

Heliópolis, la ciudad favorita de Cleopatra, con sus agujas sutiles de piedra y bronce que se escondían entre los risueños celajes de su cielo, como su hermosa y caprichosa fundadora ocultaba entre la púrpura de Tiro de su rico turbante las doradas hebras de sus blondos cabellos.

Heliópolis, donde el fénix resucitado acudía a depositar los restos de su padre sobre el altar del sol.

Heliópolis, en cuyo centro se alza el famoso templo de On, en donde Putifar ejercía el sacerdocio del sol.

Heliópolis, perla de Egipto, ciudad natal de Moisés, en donde el profeta Onías

había levantado un templo a Jehová, procurando que la arquitectura egipcia se asimilara lo posible a la Casa Santa de Jerusalén; sólo que en señal de inferioridad, el famoso candelabro de siete brazos del templo de Sión, era en Egipto representado por una lámpara de oro.

María, la poética flor de Galilea, dirigió sus dulces ojos por aquellos bosques de palmeras y aquellos campos cuajados de violetas silvestres. Una lágrima se desprendió de sus azules ojos. Era la lágrima del desterrado que recuerda a la vista de una ciudad populosa su humilde aldea, su pobre casita, sus amigos de la infancia.

La caravana, antes de penetrar en la ciudad de Cleopatra, se detuvo un momento. El sol molestaba lo bastante, y José, cogiendo de la brida el dromedario sobre el cual cabalgaba la Madre de Dios con su Hijo en los brazos, le condujo bajo las frondosas hojas de un corpulento árbol.

Al acercarse la Santa Familia, el árbol bajó lenta y graciosamente sus sombrías ramas como para ofrecer un palio de verdes hojas al joven Dueño de la naturaleza que María llevaba en sus brazos.[85]

Después de algunos momentos de descanso, la caravana penetró en la ciudad. Al pasar la Santa Familia por bajo los arcos de granito de la puerta principal de Heliópolis, *todos los ídolos de un templo vecino cayeron de rostro contra la tierra*,[86] saludando, al descender de sus profanos pedestales, al verdadero, al único Dios, que llegaba fugitivo a pedir hospitalidad a los idólatras egipcios.

Los divinos viajeros sólo se detuvieron en la ciudad para dar gracias a su protector y descargar del camello sus modestos enseres.

José carga sobre sus espaldas las herramientas de su oficio y todo lo que poseía; María cogió la ropa y el precioso Niño, y saliendo de la populosa Heliópolis, donde la vida era demasiado cara para su pobreza, tomaron el camino que conducía a la cercana aldea de Matarieh, hermoso pueblo sombreado de sicómoros, y en el que se encuentra la única fuente de agua dulce que hay en Egipto.

(Orsini.—Esta fuente lleva todavía el nombre de fuente de la Virgen, y una antigua tradición refiere que la Virgen bañaba en ella al Niño Jesús. Se alza sobre esta fuente una pequeña mezquita, objeto de veneración para los cristianos y musulmanes.)

Los fugitivos galileos se detuvieron como a unos doscientos pasos del pueblo; a nadie conocían aquéllos pobres desterrados que iban a pedir hospitalidad entre los idólatras.

Un espeso sicómoro (según los mismos mahometanos, al amparo que prestó a la Madre de Cristo, debe este árbol su milagrosa longevidad y verdor eterno.—A. Danzants, *Viaje al Sinaî*) les sirvió de tienda durante la primera noche, porque José, como llegó a la caída de la tarde a Metarieh, no quiso entrar en un pueblo en donde a nadie conocía, hasta la mañana siguiente.

Poco después la Santa Familia habitaba una humilde choza, debida a la caridad de los egipcios, y allí, en aquel nido miserable de golondrinas, la virtuosa galilea respiró

en paz lejos del terrible Herodes, del inhumano perseguidor de su hermoso Hijo.

LIBRO QUINTO

LA DEGOLLACIÓN

> Entonces Herodes, cuando vio que había sido burlado por los Magos, se irritó mucho, y enviando a sus soldados hizo matar a todos los niños que había en Belén y en toda su comarca de dos años abajo, conforme el tiempo que había averiguado de los Magos. (*Evangelio de San Mateo,* capítulo II, versículo 16.)

CAPÍTULO I

LOS HIJOS DE LA VESTAL

Mientras tanto, Herodes esperaba impaciente las noticias que su hijo Archelao debía trasmitirle de los Magos. Los días pasaban y el feroz escalonita rugía en su cámara como el león que olfatea la carne y ve que se le escapa la presa que ha soñado devorar. Los soldados recorrían la Palestina. Diariamente se enviaban nuevos destacamentos de mercenarios en busca de los caldeos y de Jesús, el Hijo de la Narazena; pero todo era inútil: la tierra los ocultaba a sus pesquisas, Dios extendía sobre ellos su manto protector e impenetrable.

Sin embargo, una esperanza alentaba aún el vengativo corazón del asesino de Mariamne: esta esperanza era que su hijo no le había notificado definitivamente la desaparición de los caldeos.

En el momento en que volvemos a encontrarle, Herodes se hallaba inclinado sobre unos almohadones de Damasco en su camarín de Jericó.

Su nieto Achiab, de pie, a su lado, se entretenía mirando un mapa del mundo conocido de los antiguos. Esta carta geográfica estaba estampada primorosamente sobre una piel adelgazada de ternera. Con una tinta roja se veían marcadas las provincias conquistadas por los romanos.

Herodes, que cuando se hallaba con su nieto solía olvidarse hasta de su dolencia, con su punzón de oro se entretenía en marcarle los puntos por donde el ejército romano había marchado durante sus conquistas. Achiab demostraba una profunda atención a las guerreras explicaciones de su abuelo.

—Me gustaría mucho —exclamó el adolescente después de algún momento de

meditación— que tú fueras un rey tan poderoso como nuestro aliado Octaviano Augusto.

El idumeo se sonrió. El niño, inocentemente, había halagado un deseo que Herodes hubiera realizado a costa de su honra y aun de algunos años de su vida.

—Mira —le dijo Herodes colocando el punzón sobre las líneas encarnadas, y como si no hubiera oído las palabras de su nieto—, estas pequeñas águilas marcadas con tinta azul demuestran los límites o fronteras del imperio romano; son: por el poniente el océano Atlántico, por el oriente el Éufrates, por el norte el Danubio y el Rhin y por el mediodía las cataratas del Nilo; los desiertos de África y el monte Atlas. [87] Esto es la Italia, que tanta sangre ha costado a los romanos, desde Numa Pompilio hasta el César Augusto, nuestro poderoso amigo. Aquí está España, país rico y poblado, cuyos hijos han ostentado siempre un valor heroico y un cariño sin ejemplo a su independencia. Esto es Sagunto, ciudad grande y populosa, la aliada más fiel de Roma. Una mañana Aníbal se presentó ante sus muros con un ejército de ciento cincuenta mil cartagineses, y les intimó a la rendición. En plena paz, como se hallaban entonces, aquella era una infame traición. Sagunto era un pueblo de héroes, y se defendió esperando socorros de Roma. Por fin vio que le era imposible mantenerse entre aquellas ruinas, que el Senado no corría a protegerle, y los saguntinos, antes de rendirse, encendieron una inmensa hoguera en mitad de la plaza, y se arrojaron a ella hombres, mujeres, ancianos y niños. Cuando entró el vencedor Aníbal, Sagunto era un montón de cenizas formado con los huesos de sus habitantes.

Achiab, al oír el rasgo heroico de los saguntinos, exclamó enardecido:

—¡Pueblo valiente!, yo te saludo y te venero: tu nombre se grabará en mi memoria.

—No concluyó ahí el valor increíble de los hijos de España —continuó Herodes mudando el punzón de sitio—. Aquí está Numancia, que sitiada poco después por Scipión el Africano, tuvo el mismo valor que Sagunto. Los romanos fueron entonces tan inicuos como los cartagineses.

Herodes, siempre bueno y condescendiente con su nieto, se entretenía enseñándole de este modo ameno la historia militar de las naciones.

—Siguiendo mi punzón —continuó Herodes, haciendo correr sobre el mapa el marcador de oro qué tenía en la mano—, puedes ver los dilatados reinos que posee Roma, y que pagan tributo a nuestro amigo Augusto. Esto es África, donde el atroz Masinisa, al frente de sus ligeros numidas, hizo huir al vencedor Aníbal, quemando dos campamentos y apoderándose de la ciudad de Zama. Aquí está la Macedonia: el desventurado Perseo, su último rey, fue conducido a Roma por Polo Emulio, su vencedor, en donde murió de hambre entre las negras paredes de un calabozo. Esto es la Grecia y esto las islas Británicas. Julio César fue el primero que desembarcó sobre las encrespadas rocas de sus riberas, sometiendo poco después la Galia, Asia, Siria, el Ponto, la Bitinia y el reino de Pérgamo. Siguiendo esta línea, encontrarás a Egipto, donde Marco Antonio, el amigo de César, llegó como conquistador y terminó siendo

el esclavo de la reina Cleopatra, que supo adormecerle con sus hechizos. Y esto, por fin, es nuestra hermosa Judea, reino que yo legaré a tu padre, y que tú regirás algún día como dueño y señor.

—Y dime, querido abuelito —exclamó Achiab en un arranque de infantil curiosidad, colocando los codos sobre el mapa y acariciando la áspera barba de Herodes—, esos reyes de Roma que son hoy día dueños del mundo, ¿fueron siempre tan poderosos?

—No, hijo mío; sus dominios se han ensanchado por sus conquistas. El origen de Roma tiene una historia fabulosa; es casi un cuento.

—¡Oh! Pues ya sabes que yo me muero por los cuentos y por las historias.

—Óyelo, pues, hijo mío, y no olvides que un rey, por pequeño que sea su reino, puede con su valor y su prudencia convertirlo en grande y poderoso.

Herodes abandonó la mesa, y tendiéndose en su mullido lecho, hizo que su nieto se sentara a la cabecera sobre unos almohadones, y luego continuó de este modo:

—Amullio reinaba en la ciudad de Alba, situada en el Lacio, provincia de Italia. Sus fértiles campos, su cielo azul y sereno, y el mar Mediterráneo que besaba sus hermosas playas, la hacían una de las más pintorescas y ricas provincias del mundo. Amullio había usurpado el trono a su hermano Numita, el cual lloraba su desgracia en un calabozo con sus dos hijos, Laso y Rea. Amullio hizo asesinar a Laso, heredero de Numita, y encerró a Rea en un templo, donde se adoraba a la diosa Vesta. Las vestales tenían la obligación de alimentar continuamente el fuego sagrado, y a la que lo dejaba apagar se la condenaba a ser enterrada viva. Además, las vestales no podían casarse.

Por este medio Amullio aseguraba la corona sobre sus sienes. Pero los dioses habían dispuesto que la hermosa Rea fuese robada del templo por un mancebo valiente, que algunos dan en decir que era el dios Marte, a quien adoraban en forma de lanza los hijos de Alba.

La desgraciada Rea cayó por segunda vez en poder de su tío Amullio, y poco después dio a luz en un calabozo dos niños, a quienes pusieron por nombres Remo y Rómulo. El rey ordenó a un criado de su confianza que arrojara al Tíber aquellos dos niños inocentes.

El criado partió de noche a cumplir la triste comisión que le confiaba su amo, pero al llegar a las orillas del río que debían servirles de tumba, los dejó sobre el mullido césped, a tiempo que la luna desde el cielo, quebrando el tupido celaje de una nube, dejó caer su luz de plata sobre las inocentes cabezas de los recién nacidos. El criado, viendo las dulces fisonomías de aquellos niños, se turbó y tuvo miedo de cometer un crimen tan horrible.

Entonces volvió a cogerlos en sus brazos, se internó en un bosque vecino, dejándolos sobre unos matorrales, y corrió al palacio de su señor a decirle que sus órdenes estaban cumplidas. La Providencia veló desde aquel instante por los dos niños abandonados.

Una loba que había perdido sus lobeznos, en vez de devorarlos los condujo a su cueva, donde los alimentó con su leche hasta que un día fueron hallados por unos pastores. Remo y Rómulo crecieron entre los pastores, ocupándose de apacentar las cabras. Pero Rómulo era violento: por el motivo más fútil armaba una pendencia con los guardas de Amullio. Un día se llevaron preso a Remo, que inmediatamente fue encerrado en un calabozo. Rómulo, hambriento de vengar a su hermano y perseguido por los soldados del rey, vagaba por las cercanías de Alba, cuando una casualidad hizo que encontrara al viejo Faustulo, que era el mismo criado que les había perdonado la vida engañando a su señor.

Se hablaron, y entonces, al saber Faustulo quién era Rómulo, le contó su historia. Rómulo, al saber su nacimiento, rugió como la hiena encerrada en un círculo de fuego, y ardiendo en deseos de venganza, logró reunir algunos pastores atrevidos como él, y entrando una noche en la ciudad, asesinó a su tío Amullio y abrió los calabozos de su hermano y de su abuelo Numita, que hacía cuarenta años que se consumía en su lóbrega cárcel.

Acostumbrados a una vida salvaje y libre, se ahogaban en la ciudad, y dejando la corona a su anciano abuelo, salieron al campo ansiosos de llevar su antigua e independiente vida de cazadores.

Un día que los dos hermanos no sabían qué hacer, se les ocurrió fundar una ciudad para vivir en ella con sus compañeros a su antojo. Buscaron y eligieron el sitio que debía ocupar, y ambos, con el ardor natural de la juventud comenzaron a ahondar el foso que debía marcar el muro del nuevo pueblo.

Entonces se les ocurrió una duda: cuál de los dos le pondría el nombre, y convinieron que fuera aquel que viese mayor número de buitres al volver la cabeza.

Remo dijo que había visto diez; Rómulo aseguró que había visto doce. De aquí surgió una disputa acalorada, y Rómulo, arrojando sobre la cabeza de su hermano una maza de hierro, le dejó muerto en el acto.

Los primeros cimientos de la ciudad de Roma se empaparon con sangre fratricida.

Poco tiempo después, Rómulo fue proclamado por sus compañeros primer rey de Roma. Tenía dieciocho años. La ciudad nueva fue el asilo de todos los vagabundos y criminales de los países vecinos. Ni una sola mujer se atrevió a penetrar dentro de aquellos muros, en donde vivieron los hombres solos hasta que una estratagema de Rómulo dio origen más tarde al robo de las Sabinas.

Capítulo II

LAS VÍBORAS DEL ESCLAVO

Embebecidos se hallaban en su relato histórico el viejo y el niño, cuando una mano apartó la pesada colgadura que cubría la puerta de entrada al camarín de Herodes, y detrás de esta mano apareció entre los ondulantes pliegues de seda la figura de Verutidio, general romano. El valiente mercenario llevaba el traje de campaña, con sus inmensas botas de cuero y su casco de bronce. Su barba y cabello, negros como las alas del cuervo, se hallaban cubiertos de polvo, y el manto de lana azul arrugado y medio desprendido del grueso clavo de oro que le sujetaba sobre el hombro. Todo indicaba en él que había hecho una jornada larga y a caballo. Herodes, al verlo entrar, apartó suavemente a su nieto, que se hallaba a su lado, y se incorporó sobre los blandos almohadones.

El romano se acercó con ademán familiar hacia el lecho, y besó por cumplido la mano que le extendía el rey de Judá.

—¡Ah! Por fin te dignas venir a ver a este pobre rey enfermo, mi valiente general. Supongo que me traerás nuevas de esos caldeos.

—Señor —le respondió Verutidio—, los babilonios, a quienes Júpiter confunda, protegidos tal vez por su dios Belo, han logrado escapar de nuestras pesquisas. Los silos del Carmelo, los bosques de Samaria, el desierto de Judá, la vía Sangrienta y las riberas del mar Occidental, han sido registrados con escrupulosidad por mis valientes soldados. Pero todo en vano: les ha sido imposible tropezar con su rastro.

Herodes abarcó con una mirada al romano. De sus pardas pupilas se desprendieron dos chispas de ira, y deslizándose del lecho, se acercó a Verutidio, apoyándose en el hombro de su nieto, que con la curiosidad peculiar de los niños, escuchaba sin comprender las palabras del general, y sentía la agitación nerviosa que la mano de su abuelo comunicaba a su cuerpo.

—¿Y qué dice mi hijo Archelao? —preguntó el idumeo de un modo extraño, pero que heló la sangre de su nieto.

—Tu hijo —le contestó el romano— se halla en tu palacio de Jerusalén entregándose a todas las furias del averno.

—¡Oh! La enfermedad me hace impotente.

Y Herodes se llevó la mano al pecho, rasgándose la magnífica túnica de escarlata como si un áspid le hubiera mordido en el corazón.

—Que la diosa Ceres aparte de mí sus favores, si tu hijo Archelao no siente en este momento tanto como tú la misteriosa desaparición de los Magos, yo le he visto arrancarse las barbas con rabia cuando tus herodianos han regresado sin ellos; yo le he oído poner un precio exorbitante por sus cabezas. Créeme, señor, a tu hijo nada le disgusta tanto como hallar obstáculos en el cumplimiento de las órdenes que le

comunicas.

—¡Ah! Los caldeos han faltado a su palabra —murmuró Herodes con nervioso acento—; yo pretendía burlarles, y he sido burlado. Tanto peor para ese niño a quien el vulgo llama el Mesías. Por fortuna aún no se ha perdido todo… los reyes se han fugado, pero el niño caerá en mi poder… Cingo aún no ha vuelto… y Cingo tiene ojos de lince y es intencionado y precavido como los chacales. Estoy seguro que él me traerá buenas noticias —y como si estas palabras hubieran sido pronunciadas por una pitonisa, como una evocación, se descorrió un tapiz de la pared, y la oscura y feroz figura de Cingo el etíope apareció en la cámara de Herodes. Cingo llevaba el pintoresco traje de los árabes de Nigricia. Su alquicel listado de vistosos colores, su túnica negra con ramos de grana, su turbante de lino, daban un aire salvaje a su negro y reluciente semblante, cuyas pronunciadas facciones tenían una dureza feroz. Sobre su pecho cruzaba un cordón de seda verde, a cuyo extremo colgaba una calabaza pequeña, herméticamente tapada con una plancha de oro. Sus pies descalzos se hallaban salpicados de barro y cubiertos de polvo. Su mano derecha empuñaba un grueso bastón de acebo. Por su cintura se enrollaba un cinturón de piel de gamuza, del que pendía una pequeña cadenita de bronce, y de ésta un puñal ancho y corto que se perdía entre los anchos pliegues de su alquicel.

Cingo era el ejecutor secreto de Herodes, el espía de confianza del idumeo. Cuando el rey tenía necesidad de saber algo o de llevar a cabo una venganza, le llamaba a su cámara, y después de enterarle de sus deseos, el fiel esclavo dejaba su traje de corte y corría a vestirse del modo que le hemos descrito, y con este traje y la bolsa bien repleta de onzas romanas, a pie o a caballo, según las circunstancias, recorría los dominios de su señor como un simple mercader.

Si la víctima designada por su rey debía morir sin escándalo, entonces Cingo se deslizaba como una culebra hasta el lecho del sentenciado, alzaba la plancha de oro de su calabaza y depositaba sobre su cuello una de las víboras que encerraba el vientre de aquella redoma de muerte. La mordedura era mortal. Cingo, sin embargo, permanecía por los alrededores de la casa hasta que por sus ojos veía el cadáver de su víctima. Entonces regresaba al palacio a participar a su señor que estaba servido.

Herodes, al ver a su esclavo, se sonrió con una ferocidad indescriptible. Cingo permaneció impasible como una estatua: ni un solo músculo de su rostro se conmovió.

—Verutidio, amigo mío —exclamó Herodes—, espérame en la antesala: tal vez necesite de tus servicios. Y tú, Achiab, ya es hora de tomar el baño. Vete.

Achiab besó la mano de su abuelo y salió. Verutidio hizo lo mismo, pero no sin dirigir antes una mirada de desprecio al esclavo negro, cuyo favor con el rey le disgustaba altamente en su calidad de general y de romano. Herodes y Cingo se quedaron solos.

—Habla —le dijo el primero.

—Malas son las nuevas que traigo, señor.

Herodes lanzó un rugido, pero indicó con un gesto a su esclavo que continuara.

—Los judíos creen llegada la hora de su libertad; por todas partes se habla de la venida del Mesías, y, sin embargo, si se exceptúa a unos pastores de Belén y alguno que otro hebreo, nadie lo ha visto, todos ignoran dónde se halla. Jesús es el nombre del niño, y dicen que es el rey de Judá; ha nacido en un establo de Belén. Pero debemos tener en cuenta que hace como seis meses nació otro niño en Aín que goza de tanta o más popularidad entre los israelitas que Jesús. Este niño se llama Juan, y es hijo del sacerdote Zacarías. Se cuentan entre la plebe cosas pasmosas de estos dos niños.

—Pues bien, Cingo, emplea tus víboras en esos dos niños.

—¡Oh! Eso no me ha sido fácil esta vez. Toda mi astucia, todo el dinero invertido para averiguar su paradero ha sido inútil. He recorrido casa por casa de la ciudad de Belén, y todos sus habitantes me han dado por respuesta, encogiéndose de hombros: «No sé de quién me habláis… no le conozco». En cuanto a Juan, el hijo de Zacarías, ése me ha sido más fácil saber dónde está, y espero tus órdenes.

—¿Conque es decir que los belemitas se han propuesto ocultarle? Pues bien, tanto peor para ellos. Yo pensaba arrancar sólo una espiga, y ellos se oponen. Cingo, será preciso segar todo el campo.

El esclavo inclinó la cabeza en señal de acatamiento, aunque no comprendía las palabras de su señor.

—La historia es el gran libro que debe regir a los reyes, el sabio maestro que les aconseja en las situaciones críticas de la vida. Los hombres adulan al poder o por miedo, o por ambición; pero la historia, franca como la verdad, aconseja sin miedo y sin codicia. Sus ejemplos deben servir para evitar las grandes catástrofes que amenazan las cabezas de los monarcas. Amullio y Rómulo, Athalía y Joas, vosotros seréis mis ejemplos en esta ocasión: os tendré presentes; vuestra sangre guardará la mía, y vuestras coronas derribadas conservarán la que se ciñe alrededor de mis sienes.

Herodes se decía todas estas palabras para sí mismo como si estuviera solo, dando largos pasos por su cámara.

La presencia de Cingo no le impidió murmurar aquellas reflexiones históricas que enseñaban sin máscara el fondo de su alma, porque Cingo era sordo y ciego. Su lealtad, probada en cien ocasiones, le había demostrado que aquel negro terrible, aquel esclavo sin corazón, se hubiera sepultado en la garganta el puñal que pendía de su cinto si su señor se lo hubiera mandado.

Por desgracia, los tiranos que han cruzado sobre la tierra con la frente coronada, como una maldición, como un azote del cielo, han tenido siervos leales, ejecutores fieles de sus horribles designios, que no han vacilado en dar su sangre por ellos.

Porque la ferocidad, el crimen, el asesinato, suelen tener también sus admiradores. Almas empedernidas, seres degradados y repugnantes que lamen cariñosamente la mano ensangrentada del verdugo y se sonríen con desprecio ante las lágrimas de la inocente víctima que implora arrodillada a sus pies una demencia que

no ha de alcanzar. Cingo era una de estas criaturas. Por su señor hubiera sacrificado a su padre: Herodes estaba seguro de ello; por eso no tenía secretos para aquel negro, para aquel terrible y mudo agente de sus sentencias privadas.

El señor y el esclavo permanecieron algunos momentos sin pronunciar ni una palabra. Herodes combinaba tal vez en aquel momento el plan de un crimen monstruoso que llenó de asombro a las naciones: la degollación de los niños belemitas.

Cingo esperaba en silencio las órdenes de su señor. El uno paseándose por la estancia, agitado y descompuesto el semblante; el otro, clavado en la alfombra, inmóvil junto al rico tapiz de la puerta, parecía una de las figuras que adornaban las paredes que había adelantado un paso cansada de su eterna inmovilidad. De esta situación vino a arrancarle el ardiente y penetrante sonido de un clarín, al que siguió poco después un ruido de armas y pisadas de caballos. Herodes se acercó a la ventana del palacio que daba a la plaza, y descorriendo un poco la pesada cortina de Damasco, lanzó una mirada; pero antes que tuviera tiempo para formarse una idea de lo que sucedía en los pórticos de su palacio de Jericó, una voz que pronunciaba el nombre de «¡padre!, ¡padre!» con alguna precipitación, le hizo volver la cabeza hacia el interior de su cámara.

Aquella voz era la de Antipatro, el segundo de sus siete hijos, a quien van a ver nuestros lectores por primera vez, y del que nos hemos de ocupar en el transcurso de este libro.

Antipatro tendría unos veinte años de edad: era rubio, afeminado y de estatura menos que mediana. En sus ojos azules, claros y rasgados, brillaba algo siniestro. Su nariz recta y bien formada, sus cejas, arqueadas y extremadamente pobladas, se juntaban sobre el extremo inferior de su despejada frente, formando una punta aguda que caía sobre la nariz. Sin pelo de barba aún, enseñaba sus labios sonrosados y en extremo sutiles; sus dientes claros revelaban la falsedad y la astucia; era, en fin, un joven hermoso, cuyo semblante hubiera inspirado desconfianza a un frenólogo.

Su traje usual, y al que mostraba más predilección, pues de nada servían las reprensiones de su padre, era el de los babilonios, porque gustaba lucir sus diminutos pies, blancos como la leche, en cuyos dedos se colocaba profusión de sortijas preciosas, pues el calzado se reducía a una plantilla de metal sobre la que se colocaba el pie, que sujeta por el empeine con una correa incrustada de piedras preciosas, dejaba en descubierto los dedos.

Un saco de cachemir blanco, adornado de pequeñas borlas de oro y sujeto a la cintura por dos cinturones de paño de grana, cubría su cuerpo, bajando hasta la garganta de la pierna. Este saco sin mangas y abierto por el sobaco algunas pulgadas, dejaba completamente el brazo en descubierto, en el que llevaba Antipatro como adorno gruesos brazaletes de oro.

Un cintillo de brillantes a manera de diadema sujetaba sus blondos cabellos, del que caían dos cintas verdes que flotaban sobre sus espaldas. De sus orejas pendían

gruesos arillos de oro, que se ocultaban entre los flotantes rizos. Antipatro no llevaba arma ninguna; pero en cambio, su traje estaba perfumado como el de una cortesana de Roma.

Herodes odiaba a Antipatro, hijo de su primera esposa, Doria la jerosolimitana, víctima de sus sanguinarios instintos. El afeminado príncipe se había educado en Roma, donde aún permanecían Aristóbulo y Filipo, como tributo de baja adulación rendido al César Augusto.

Archelao era su favorito: Antipas era honrado con su benevolencia. Herodes tenía, además, un hijo, del que nos ocuparemos más adelante.

El rey, al volver la cabeza y hallarse con su hijo Antipatro a su lado, frunció el entrecejo; pero éste, antes de darle tiempo para que le hiciera la pregunta que, sin duda, estaba formulando en la garganta, exclamó con voz meliflua:

—Padre mío, Augusto te manda desde Roma un emisario a quien acompañan varios soldados pretorianos. ¿Quieres recibirle?

Herodes se quedó un momento suspenso; luego, acercándose a Cingo, le habló en voz baja, y éste desapareció por la puerta secreta.

Antipatro, para quien no había pasado desapercibido el aparte de su padre con el negro, se mordió los delgados labios, mirando disimuladamente la puerta por donde acababa de salir el etíope.

—Que entre ese enviado de Roma —dijo Herodes sentándose en sus almohadones, después de colocarse la corona de laureles sobre sus sienes y el manto de púrpura sobre sus hombros.

Antipatro hizo un saludo, acompañado de una sonrisa, y salió de la cámara. Poco después, cuatro esclavos levantaban la pesada y ancha cortina de la puerta del camerín de Herodes para que pasara el mensajero de Roma.

Capítulo III

LA LEY DE LAS DOCE TABLAS

Era éste un hombre de cincuenta años de edad. Su expresivo y bondadoso rostro se hallaba extremadamente afeitado. Por su frente despejada cruzaban esas arrugas tan peculiares a los hombres estudiosos, que, despreciando los mentidos placeres del mundo, les sorprende la primera cana encorvados sobre sus libros.

Sus cabellos entrecanos caían descompuestos sobre sus hombros, demostrando con su aspereza indómita que el hierro de los peluqueros romanos no se había introducido nunca en ellos para domarles en caprichosos rizos, según la costumbre de la época.

Su traje era extremadamente sencillo, pues se reducía a la túnica *laticlavia* de los senadores, de un color oscuro, guarnecida por delante con una franja de púrpura, y el coturno negro, especie de calzado que le llegaba hasta media pierna, adornado con una C de plata puesta en la parte superior del pie. Una bolita de oro hueca, en la que se veía grabado un corazón, pendía de su cuello, sujeta a una cadena de oro, descansando sobre su pecho. Su brazo izquierdo se ocultaba bajo los pliegues de su túnica, que, como las togas, se hallaba sujeta sobre el hombro derecho por un broche de plata formando multitud de pliegues sobre el pecho en donde colocaba como en un bolsillo el pañuelo. Su brazo derecho, completamente desnudo, salía por la abertura de su vestido. Su mano oprimía un libro bastante grueso, en cuyas tapas se leía en gruesos caracteres romanos esta inscripción: *Ley de las Doce Tablas*.[88]

—¡Salud al César Augusto! —exclamó Herodes viendo entrar en su cámara al enviado de Roma.

—Contigo sea la paz, rey de Judá —respondió el patrono colocando la mano sobre la bolita de oro que pendía de su cuello—. Octaviano me envía —continuó— con esta carta para ti.

Y colocando un rollo de papiro a cuyo extremo colgaba un sello de cera, donde se representaba la imagen de una esfinge (símbolo de la astucia) sobre las tapas del libro, se la presentó a Herodes.

Éste hizo una reverencia y cogió el rollo del papiro, el cual comenzó a desdoblar con pausa.

La segunda carta de Octaviano Augusto, el emperador de Roma, decía así:

«Al rey de Judea por nuestro favor, Herodes el Escalonita, desde el Capitolio: salud.

»Mi querido idumeo: Roma tiene una ley conocida por sus ciudadanos con el nombre de *Ley de las Doce Tablas o de los Decenviros;* por si no la conoces te envío al patrono Mario Curio el Severo: es un sabio a quien desde ahora te aconsejo que tomes por defensor en la acusación que tus hijos Aristóbulo y Filipo entablan en

contra tuya, por la muerte de su madre Mariamne. Sé su cliente, pues, y confía en que los dioses no te han de abandonar. Roma te concede el tiempo necesario para el viaje, y el emperador, tu amigo, te aconseja que no lo demores, porque ningún acusado, ni aun el César, puede evadir su persona ante los magistrados. Mario puede enterarte de la ley IV durante el viaje, para que te tranquilices. Te espera tu emperador. —*Augusto*».

Herodes terminó la carta, procurando dominar las encontradas emociones que agitaban su corazón.

Por una parte, el César, el poderoso Octaviano, el gran Augusto, el dueño del mundo, le llamaba *querido* y *amigo*, por la otra, sus hijos le acusaban ante los tribunales de Roma como asesino de su esposa.

—¿Conque mis hijos me acusan y reclaman mi presencia en Roma?

—Y Roma no puede negarles lo que piden. Patricios y libertos, nobles y plebeyos, militares y sacerdotes, en fin, cuantos en las dilatadas provincias donde extiende sus alas el águila romana acatan la autoridad del César y de los magistrados de su imperio deben acatar la ley que justa e imparcial descansa escrita en las tablas del Capitolio.

—Pues bien, romano, yo acato la ley, y te nombro mi patrono. Léeme la ley IV de los decenviros.

—Antes de que yo te acepte por mi cliente es preciso que conozcas los deberes que unen hasta el día de su muerte al defensor y al defendido.

—Habla, pues.

El romano dejó el libro sobre una mesa, y con un ademán indicó a los esclavos que podían retirarse.

Cuando se quedó solo con Herodes, le dijo:

—Puesta tu mano sobre estas leyes que nos rigen y tu conciencia en los dioses que nos protegen, vas a jurar que desde el instante en que me tomes por tu patrono verás en mí la persona de tu hermano; que nunca me acusarás ante los tribunales, ni por ningún pretexto podrás ser testigo en cosa que en mi daño recayere, y que tu vida estará siempre dispuesta a salvar la mía.

—Lo juro —exclamó Herodes extendiendo la mano sobre el libro.

—Yo juro también, sin violencia de ninguna especie, no acusar y aun no ser testigo nunca en contra tuya, y defenderte, aun a riesgo de mi vida y mi fortuna, siempre que necesitares de mí. Si uno de entrambos falta a su juramento, su cuerpo ensangrentado sirva de víctima consagrada a Plutón y a los dioses infernales.[89]

Mario Curio hizo una pausa, durante la cual abrió el libro de la ley que había dejado sobre la mesa.

—Tus hijos te acusan —dijo el patrono con voz grave— porque dicen que has asesinado a tu esposa, su madre; pero tus hijos, cliente amado mío, desconocen que Roma y sus leyes, miran con horror al hijo que se rebela contra la autoridad paterna. Oye, pues, la ley IV de los Decenviros, sobre los derechos del padre de familia, y luego disponte a seguirme.

Herodes oía a su patrono con una atención profunda; apenas respiraba; hubiera dado la mitad de su corona por poder ahogar por sus propias manos a sus rebeldes hijos.

—La tabla IV, ley sobre los derechos del padre de familia —volvió a decir el patrono— concede a los padres el derecho de vida y muerte sobre los hijos. El padre, por esta ley *puede condenar a sus hijos a prisión, a ser azotados,* a que trabajen en las labores del campo, y aun si lo merecieren, al suplicio que creyere oportuno.[90] El hijo no podrá adquirir sin el beneplácito de su padre ninguna propiedad ni empleo público, y si lo hiciere será mirado el dinero que produzca como el peculio de los esclavos. Los hijos se verán libres del poder paterno hasta la muerte de éstos, aunque llegaran a tener nietos. *Las hijas casadas sólo dependen de los esposos.*

—¡Ah! Pues entonces… —exclamó Herodes sin poderse contener.

—Tus hijos son tuyos, a pesar de su acusación.

El idumeo se puso en pie, y cogiendo una varita de metal, descargó un fuerte golpe sobre un timbre que se hallaba en la mesita de noche que en forma de águila se veía a la cabecera de su lecho.

Cingo apareció en la cámara.

—Convoca inmediatamente a mis hijos, a mis hermanos, al general de mis legiones y a Ptolomeo, mi guardasellos.

—¿A dónde han de acudir, señor? —preguntó el esclavo bajando la cabeza.

—Aquí —le contestó Herodes con laconismo.

—Debo advertirte, señor —dijo el patrono—, que en Cesárea nos espera un navío, que es el que me ha conducido a esta plaza, y que me acompaña un *manípulo*[91] de valientes[92] a las órdenes de Paulo Atme el Atrevido.[93] El César Augusto lo ha previsto todo para que los aprestos de viaje no te robaran el tiempo.

—Descuida; partiremos mañana al despuntar el día.

Algunos momentos después se hallaban reunidos en uno de los espaciosos salones del palacio de Jericó, la familia de Herodes el Escalonita y algunas dignidades de su corona.

El rey les expuso brevemente el motivo de su viaje: dio la orden a Ptolomeo de que lo dispusiera todo, indicándole las personas que debían acompañarle, y encargó a su hijo Archelao el gobierno de su reino, para cuyo efecto escribió una carta que entregó al general Verutidio, pues Archelao se hallaba en Jerusalén.

Entre los que las órdenes de Herodes habían reunido en el salón se hallaba Paulo Atme, jefe del *manípulo* que desde Roma había escoltado al patrono Mario. Paulo era uno de esos hijos de la guerra que crecen dentro de su coraza, encima de su caballo, en los campos de batalla; joven aún, pues no contaba más que treinta años, desde simple soldado había llegado a general legionario.

Como todos los guerreros romanos de aquella época, tenía la mirada altiva y desdeñosa del conquistador. Era ambicioso, porque la historia le recordaba que la guerra había elevado a muchos soldados a las primeras dignidades del Estado. Su

uniforme era la *clámide* de viaje, especie de capote de grana guarnecido de púrpura.

De un ancho cinturón que sujetaba su vestido pendía una espada española sobre su costado izquierdo. Su pie derecho calzaba un borceguí de metal,[94] mientras en el izquierdo llevaba simplemente un calzado ligero guarnecido de clavos, conocido con el nombre de *caliga*, del que tomó su nombre el feroz y sanguinario Calígula.

Paulo extendió desdeñosamente su mirada por los ámbitos del salón mientras Herodes daba las órdenes necesarias para el viaje, y cruzándose de brazos, quedóse en actitud indiferente.

Al extremo opuesto del que Paulo ocupaba, el afeminado Antipatro, vuelto de espaldas al hueco de una ventana, se hallaba con los codos apoyados en el alféizar, escuchando con suma atención las palabras de su padre. De repente sus ojos tropezaron con la desdeñosa figura de Paulo, y el sonrosado semblante de Antipatro se conmovió. Su primer movimiento fue inclinarse hacia adelante como el hombre que se dispone a marchar; pero al instante se detuvo, volviendo a tomar la actitud indiferente que tenía.

Pasaron algunos minutos, durante los cuales el hijo del rey no apartó de su padre su dulce mirada. Después afectando una indiferencia intencionada, abandonó la ventana y se puso a pasear por el salón, cambiando algunas frases hipócritas sobre la temeridad de sus hermanos con los que hallaba a su paso, procurando alzar la voz cuando se acercaba a su padre para que éste las oyera. Así continuó hasta llegar a donde estaba Paulo, y, entonces, colocando su mano familiarmente sobre el hombro del hijo del Tíber, le dijo en voz muy baja:

—Yo te hacía en el campo de Marte venciendo hombres y conquistando hermosas.

—¡Cuerpo de Baco, Antipatro! ¡Por Júpiter Stator que me place encontrarte! Te hacía en la ciudad santa de los Macabeos, pero celebro que te halles en la ciudad de las rosas.

Debemos decir que Antipatro, como todos los hijos de Herodes, se había educado en Roma; rasgo de adulación servil que el rey tributario de Judá rindió al emperador Octaviano Augusto. Paulo le conoció en la ciudad pretoriana y se hicieron íntimos amigos. Además, Atme había por dos veces acudido a Jerusalén a cobrar el tributo del César; de modo que eran antiguos conocidos.

—Si Paulo no ha olvidado —continuó Antipatro bajando la voz— nuestras antiguas costumbres sibaríticas, si aún prefiere el Chipre y el Falerno al agua, si recuerda aquellas deliciosas noches que pasábamos en la pequeña casita de campo de la vía Appia, desde cuya azotea se veía el sepulcro de los Scipiones; si aún es el amigo de Antipatro, esta noche al comenzar la vigilia media me esperará junto a la cuarta columna de los pórticos de palacio.

Y Antipatro, sin aguardar respuesta, se separó de Paulo, temeroso de que su padre sospechara algo de aquella familiaridad con que trataba al romano.

—¡Siempre el mismo! —se quedó murmurando Paulo—. Fino como una dama y

fuerte como un gladiador del César cuando se trata de deber y de reñir. Pero ese muchacho se olvida que he llegado hoy y debo partir mañana. ¡Bah! Un soldado no rehusa nunca una media docena de botellas de Falerno, aunque se las ofrezcan en la hora de su muerte. Iré, iré: los desaires hechos a Baco suelen costar caros.

Herodes despidió a su corte con el pretexto de que deseaba descansar.

Achiab fue el último que le besó la mano.

—¿Conque partes mañana, abuelito? —le dijo.

—Sí, pero mi permanencia en Roma será corta.

—¿Y qué vas a hacer en la ciudad del Cesar?

—Voy a hacer con tus tíos Aristóbulo y Filipo lo que no hizo Amullio con Remo y Rómulo, para que no me suceda lo mismo que le sucedió a él.

Y Herodes, dando a su nieto un golpecito en la espalda, le indicó que se marchase.

Al quedarse solo, se encaminó hacia su lecho, murmurando:

—Con mis hijos me servirá de ejemplo Amullio; con el nuevo Mesías, con el Rey de Judá, tomaré por modelo a Athalía.

Capítulo IV

EL NIDO DE UN PRÍNCIPE

Jericó dormía. Sólo el cadencioso murmurio de las aguas del Jordán, al lamer el verde césped de sus orillas, alteraba con sus húmedos besos la quietud sepulcral en que se hallaba envuelta la ciudad favorita del idumeo.

La luna había emigrado del cielo; pero en cambio, ni una sola estrella había dejado de asistir a aquel concilio, y extendiéndose en numerosos escuadrones por el oscuro y dilatado horizonte lanzaban sus templadas chispas sobre la sombría tierra, como si pretendieran encontrar en ella a la reina de la noche, que no estaba en el firmamento.

El ambiente, embalsamado con las emanaciones de las plantas olorosas, buscando un abrigo entre los invisibles pliegues del céfiro nocturno, se derramaba por los campos, gimiendo con dulce melancolía, entre las copas de los árboles y el cáliz entreabierto de las flores.

Un hombre, envuelto en una de esas capas triangulares de los hebreos, salió del palacio de Herodes, y encaminándose hacia los arcos de la plaza, contó las columnas, más con las manos que con los ojos, y al llegar a la cuarta se detuvo. Una vez allí, dirigió una mirada en torno suyo como si quisiera investigar a través de la oscuridad de la noche todo lo que le rodeaba.

Persuadido después de algunos momentos de que se hallaba solo, se recostó sobre la columna, tomando esa actitud del hombre que está resuelto a esperar.

Al principio, el misterioso y nocturno personaje se mantuvo inmóvil como si estuviera incrustado en la dura piedra de los pórticos; pero luego, sea que la impaciencia comenzara a molestarle, o que el relente no le fuera muy grato, se enrolló sobre la cabeza una de las puntas de su capa o manto, a cuyo extremo colgaba una borla, como lo hacían los hebreos con su *thalet* de lino al entrar en el templo, y se puso a dar paseos por debajo de los pórticos.

Así transcurrió como una media hora, hasta que, por fin, otra figura humana apareció en el extremo opuesto de la plaza. Este mudo paseante nocturno ocultaba su cuerpo bajo los numerosos pliegues de una toga romana de un color oscuro.

—¡Paulo! —dijo el primero al ver junto a sí al segundo, pero en voz muy baja.

—¡Antipatro! —le respondió el de la toga.

—Ya desconfiaba.

—Como soy poco fuerte en el conocimiento de las estrellas, suelo equivocar las horas. Esa y no otra ha sido la causa de mi retraso.

—Lo mismo da. Vamos.

—Vamos adonde quieras; pero te advierto que al amanecer tengo que estar dispuesto para partir.

—Antes de que termine la vigilia matutina habremos terminado nosotros.

El hijo de Herodes, el afeminado Antipatro, cruzó su brazo con el de Paulo, el soldado romano, y ambos se encaminaron por las tortuosas y estrechas calles, en busca de uno de los barrios más solitarios y apartados de la ciudad, donde se detuvieron delante de una casita de modesta pero aseada apariencia.

—Aquí es —dijo Antipatro.

—Enhorabuena —respondió Atme con indiferencia.

El hijo de Herodes llamó de un modo particular con los nudillos de la mano derecha sobre las tablas de la puerta, que, como si por dentro hubiera estado alguno esperando, se abrió al momento.

—Buenas noches, Enoé —dijo Antipatro al entrar en la casa a una muchacha que con una lámpara en la mano alumbraba a los dos amigos.

—La paz sea contigo, señor y con el que te acompaña —respondió Enoé con esa entonación melodiosa de las judías.

Paulo lanzó una mirada a la hija de Israel y luego otra a su amigo como si quisiera preguntarle: «¿Quién es esta muchacha?»

Antipatro se sonrió: aquella sonrisa era una respuesta a la mirada de Paulo.

—Esperad, buenos señores —volvió a decir Enoé—; el pasillo está oscuro y voy a alumbraros.

La judía cerró la puerta sin hacer ruido, y pasó delante, deslizándose por un estrecho corredor. Los dos amigos siguieron en silencio a su joven conductora, y así caminaron como unos veinticinco pasos, hasta que, tropezando con una pared, se detuvieron. La hija de Israel colocó su mano sobre la pared y ésta, como si obedeciera al contacto de una varita mágica, se abrió para dar paso a los dos amigos.

—Entrad —les dijo Enoé.

Paulo y Antipatro atravesaron aquel hueco, que conducía a otra habitación. Entonces se hallaron en un camerín profusamente alumbrado, que contrastaba agradablemente con la oscuridad de la primera pieza. Enoé había desaparecido.

—¡Oh! —exclamó con marcado asombro Paulo—. Esto es maravilloso: la luz sucede a las tinieblas; la ostentación a la pobreza.

Y el hijo de Marte comenzó a mirar los objetos que le rodeaban, con el asombro del hombre que después de una pesadilla horrible se encontrara al despertar en el camerín de una diosa de la mitología egipcia.

Veamos nosotros lo que causaba la admiración del soldado pretoriano.

Era una habitación pequeña, adornada con ese gusto refinado de los griegos, y que los romanos esparcieron por el mundo antiguo paseando su águila triunfadora. Las paredes, tapizadas con nacarada seda de las Galias, brillaban como la flor del granado herido por los rayos del sol poniente. Cuatro lámparas de oro suspendidas del artesonado techo vertían las claras ráfagas de sus llamas alimentadas con aceite de Mitilete, sobre una mesa de ébano, con incrustaciones de marfil. La mesa era redonda y de un solo pie o *manupudium*, como la llamaban los romanos, cuya forma

caprichosa demostraba el buen gusto del artífice constructor. Un lecho en forma triangular se extendía alrededor de la mesa, donde los mullidos almohadones de raso azul convidaban al descanso y a la pereza.

Algunas pieles de leopardo arrojadas por el suelo servían de alfombra, y en los cuatro ángulos de la habitación ardían cuatro braserillos de plata, embalsamando el ambiente con el perfume de la mirra y el nardo, que exhalado en blanca y caprichosa columna de transparente humo se elevaba en espiral hacia la bóveda artesonada, desapareciendo, después de perfumar la habitación, por un ancho tragaluz. La mesa estaba servida para la cena; la ausencia del mantel (pues no se empezaron a usar hasta mediados del reinado de Augusto) la suplía la extremada limpieza de la madera, que relucía como el ébano pulimentado. Veíanse colocados sobre ella cuatro jarrones de tierra de dos asas, blancos como la leche y finos como el nácar. En su seno los vinos se mantenían frescos y claros como los manantiales del Líbano. Estos jarrones tenían cada uno un pergamino cuadrado en donde se leía la clase de vino, el año de su cosecha, y el nombre del cónsul o dictador que gobernaba la república romana cuando se cogió la uva.

Sobre una inmensa torta de harina de trigo descansaba un cervato, rubio como el oro, embutido de yerbas aromáticas y pajaritos de pequeñas dimensiones.

Alrededor de este plato seguían otros de vidrio que contenían dulces en conservas y preciosas frutas. Una ánfora de ámbar llena de agua y vinagre (bebida de que gustaban mucho los romanos) se hallaba al extremo de la mesa, y junto a los lechos dos grandes copas de oro de ancha boca, incrustadas con caprichosas figuritas de realce, que se quitaban y ponían durante la conversación alegre y animada de los postres. A un extremo de la habitación veíase una pila de mármol blanco, y encima de ésta dos perchas de madera de naranjo de las que colgaban dos toallas de finísimo lino.

Paulo, después de haber pasado revista con la mirada a todo cuanto le rodeaba, fijó sus ojos en los manjares, y extendiendo sus brazos sobre ellos, exclamó con entonación cómica.

—El dios Pan, protector de los ganados, prolongue tu familia, inocente cervatillo. El alegre Baco fecundice con su calor divino los regalados campos de Italia, en donde brota entre verdes pámpanos el Sorrento, el Lágrima, el Falerno, el Másico, el Calvi, el Cesabo y el Sezano. Y tú, bulliciosa Comus, diosa de los banquetes y las francachelas, derrama sobre Antipatro, mi anfitrión, todos tus dones, y concédele un estómago fuerte e incansable como el de los avestruces, para que nunca sienta los horrores de la indigestión en sus gloriosas batallas sibaríticas.

—Así sea —exclamó el hijo de Herodes soltando una carcajada.

Entonces los dos amigos se despojaron de aquellas prendas de ropa que podían molestarles durante la comida, y después de lavarse las manos en la pila de mármol, se arrollaron la toalla por el cuello y fueron a tumbarse en el lecho, quedando apoyado su brazo izquierdo y la cabeza levantada en proporción a la mesa;

comenzaron a comer con los dedos del sabroso cervatillo,[95] arrancando con el índice y el pulgar pedazos de carne con una facilidad asombrosa.

—Pero, ¿y Enoé?, ¿dónde se oculta? —preguntó Paulo, que había echado de menos a la judía—. ¿Por qué no cena con nosotros?

—Enoé, amigo mío, ha desaparecido como un sueño fantástico; pero yo te juro por la diosa Cibeles que la volverás a oír como una realidad encantadora.

—Los dioses saben lo que siento su ausencia.

—¡Bah! ¿Qué te importa a ti esa esclava?

—Soy romano, y como tal, supersticioso, y en todo banquete en que el número de convidados son menos que las Gracias o más que las Musas, antes del año el vino suele tornarse sangre.

—¡A la salud tuya, Paulo, y a la salud mía, que soy tu amigo! —exclamó Antipatro levantando una copa a la altura de su frente, y como si no quisiera dar oídos a la superstición de su compañero, que, sin embargo, le había hecho palidecer.

—¡A la salud del César Augusto! ¡Por la gloria de Roma y por la prosperidad de los hijos del Tíber!

Los dos amigos vaciaron de un solo trago las copas.

—¡Delicioso Falerno!

Y Paulo cogió otra jarra para volver a llenar las copas.

Sus ojos se fijaron en el pergamino que contenía el nombre y la edad del vino, y exclamó lleno de gozo leyendo la inscripción:

—¡Poder de Baco! «Sorrento puro, año 636 de la fundación de Roma, siendo dictador Lucio Cornelio Sila». ¡Tirano ilustre, que obligaste al general Mario a que muriera de hambre en los pantanos de África, tú que con tu *Tabla de proscripción* anegaste en sangre las calles de Roma, robando el sueño a los patricios, y fuiste devorado por los gusanos antes de ser cadáver, álzate de tu fosa y saluda a un contemporáneo que ha sabido sobrevivir a tu sanguinario reinado!

Y Paulo, después de este discurso histórico, tomó aliento, y dijo con voz hueca y burlona:

—¡A la salud del dictador Sila!

Antipatro bebió sin hablar: indudablemente alguna idea preocupaba al afeminado hijo de Herodes.

—¡Por los sagrados bosques del divino Julio! —volvió a decir Paulo acercándose un plato de conserva— que a no verte a mi lado, a no saber que mi caballo cordobés come su pienso en las cuadras del palacio de Jericó, a no estar plenamente convencido de que el Jordán se arrastra sobre su lecho de arena a pocos pasos de nosotros, creería, al aspirar los gratos perfumes que me embriagan, que me hallaba en el aromático y fascinador baño de una patricia romana.

En este momento, el silencioso Antipatro, sin que su alegre compañero le observara, apoyó el dedo índice de su mano derecha sobre una de las molduras de la cama, y la aguda vibración de un timbre de acero se extendió por los ámbitos de la

sala.

—¡Ah! —dijo Paulo girando los ojos en torno de sí, como si buscara aquel eco de metal que resonaba en sus oídos—. Ese timbre me anuncia otra nueva sorpresa; pero te advierto, querido anfitrión, que un romano del tiempo de Augusto no se admira tan fácilmente cuando los humos del Sorrento y el Falerno comienzan a embriagarle la cabeza.

—No trato de sorprenderte; sólo quiero cumplirte mi palabra —respondió el hijo de Herodes—. ¿Recuerdas que te he ofrecido que volverías a oír a Enoé como una encantadora realidad?

—Es cierto.

—Pues bien, escucha y juzga.

En este momento comenzaron a oírse las dulces y melodiosas notas de un salterio.

Su poética y sentida cadencia, sus melodiosos acordes, se extendieron con adormecedora vaguedad por los ámbitos de la habitación.

Diríase que aquel melancólico instrumento herido por la mano de un ángel, derramaba desde los cielos torrentes de armonía sobre los dos amigos.

Paulo suspendió el manjar que iba a llevarse a la boca; estaba extasiado. Aquello era un sueño, un canto de Homero puesto en acción ante sus ojos, una poesía de Virgilio recitada por un coro de diosas.

El salterio suspendió un instante sus notas, que inmediatamente volvieron a oírse, pero esta vez acompañadas de una voz humana; voz de mujer, pero tan melodiosa, tan dulce, tan melancólica como el gemido que arranca el céfiro a las arpas aéreas suspendidas de las melancólicas ramas de un sauce del bosque de Efraim.

Aquella voz cantó lo siguiente:

Yo soy el ruiseñor del bosque umbrío,
y a la pálida luz de las estrellas
exhala el pecho mío
dulcísimas querellas.

Yo soy el colorín que vio su nido
del río santo en la feraz ribera;
mi canto es un gemido,
mi amor una quimera.

Yo soy la pobre tórtola que errante
en las rocas del Líbano se anida;
¿por qué queréis que cante
si tengo el alma herida?…

Dejad que de su amor el pecho mío
viva muriendo en soledad dichosa;

sin sol y sin rocío
no le pidáis perfumes a la rosa.

El canto y la música cesaron; los ecos del solitario y los gemidos armoniosos de la voz de la mujer se perdieron como los sueños impalpables de una alma enamorada, dejando solamente en pos de sí un dulce recuerdo vago, melancólico, indefinible, como el ruido de un beso de despedida enviado en alas del céfiro al objeto de nuestro amor.

Capítulo V

EN EL QUE DOS AMBICIOSOS FORMAN CASTILLOS EN EL AIRE ALREDEDOR DE ALGUNAS BOTELLAS

—¿Quién es esa mujer que canta como una bacante de los bosques de Baya herida por la flecha del dios ciego? —exclamó Paulo en un arranque de entusiasmo musical tan pronto como el eco de la última nota se hubo perdido en el espacio.

—Esa mujer —le respondió su amigo— es Enoé, mi esclava favorita, la solitaria guardiana de esta casa, refugio en mis ratos de hastío, consuelo de la eterna melancolía que me devora, nido, en fin, de un príncipe desgraciado.

—¡Tu melancolía!… ¡Tú, el bebedor incansable, digno rival de Marco Antonio, que encareció los vinos de Egipto en los banquetes de Cleopatra!…

—La sonrisa de los labios no tiene nada que ver con las amarguras del corazón. El vino embriaga y adormece las penas.

—Tienes razón, bebamos; el mofletudo Baco embellece el presente y borra el pasado. Pero hablemos de Enoé; me interesa tu esclava; cuéntame su historia.

—Enoé no tiene historia: es una violeta silvestre nacida en las márgenes del Nilo y trasplantada a Judá antes de abrir su perfumado pétalo; yo la compré a unos árabes, y la tengo en esta casa, tratándola como a una hermana cariñosa. Estoy seguro que esa pobre niña se dejaría matar por ahorrarme un suspiro de dolor.

—¿Tu hermana? —preguntó con alguna duda Paulo.

—¡Mi hermana, Atme, mi hermana! Te juro por la memoria de mi desgraciada madre que no profanaré esa bella sensitiva sin darle antes el nombre de esposa.

Y Antipatro, al invocar el recuerdo de su madre, se estremeció visiblemente.

—¿Qué tienes? —le preguntó Atme.

—Nada, amigo mío; cuando recuerdo a mi madre, veo sangre ante mis ojos… Pero hablemos de otra cosa. ¿Te gusta el oro?

A Paulo le admiró esta pregunta; pero dio esta respuesta:

—La vida es cara en Roma, y la paz empobrece al soldado.

—Pues bien, yo puedo enriquecerte.

—Ofrecimiento es ese que me admira. Sepamos lo que me cuesta la fortuna que me ofreces.

—Júrame antes que, si no aceptas mis condiciones, morirá contigo el secreto de mis planes.

—Lo juro por mi espada de soldado.

—Ahora, cambiaremos los puñales y las copas, y escucha, pues desde este momento Paulo Atme el Atrevido será el hermano de Antipatro.

Los dos amigos descolgaron a un tiempo sus dagas del tahalí y las trocaron; después, llenando las copas, se las ofrecieron mutuamente.

—¡Que el sombrío Moloc, que el terrible Arimán turbe los sueños y emponzoñe la sangre del primero que quebrante la santa alianza que nos une! —exclamó el hijo de Herodes apurando la copa que le había presentado el romano.

—¡Que el sombrío Moloc, que el terrible Arimán turbe los sueños y emponzoñe la sangre del primero que quebrante la santa alianza que nos une! —repitió Paulo imitando a su compañero.

—Muy en breve el sol bañará con sus rayos matutinos los altos minaretes de la ciudad y los ámbitos del palacio de Jericó. Entonces las trompetas de los legionarios anunciarán a los dormidos habitantes con sus lenguas de metal la partida del rey, mi padre. Tú, Paulo, al frente de tu *manípulo,* debes escoltarle hasta Roma. ¿Sabes a qué va mi padre a la ciudad del César?

—No, a fe mía. Me mandaron escoltarle y obedecerle. Ésta es mi consigna.

—Pues bien, Paulo, mi padre va a Roma porque mis hermanos le acusan ante el Senado como asesino de nuestra madre; pero con esa acusación han firmado su sentencia de muerte.

—Herodes no matará nunca a sus hijos: es padre.

—No le conoces: su muerte es segura, y la mía no está muy lejana; pero yo no soy de los que se rinden sin luchar, y una vez apagada en mi corazón la voz de la naturaleza, la lucha será terrible, y necesito de ti, Paulo.

—Habla —contestó el romano, viendo con disgusto que aquella cena que había empezado con tan buen auspicio, iba a terminar con una conspiración.

—Terminadas en Roma sus gestiones, mi padre tornará a Judá escoltado por los soldados pretorianos. Si al pisar las riberas de Palestina mi padre deja de existir, la corona será mía, y tuyos veinte *talentos* hebreos.

El soldado de Augusto se quedó un momento pensativo, y luego le dijo:

—Si yo no formo parte de la comitiva, de regreso, no puedo servirte.

—Formarás parte.

—¿Sabes de antemano las órdenes del César mi dueño?

—No; pero puede combinarse que regreses a Judá con mi padre.

—Explícate mejor.

—Escucha. Los soldados romanos aborrecen la paz: morir en el campo de batalla es la muerte mejor y más gloriosa para los hijos del Tíber. Roma cuenta un crecido número de legionarios que, cansados de la inacción que les enerva, se hallan dispuestos a desnudar sus espadas a la voz del primero que les ofrezca un puñado de oro; tú debes ser ese hombre. Si el César no te nombra jefe de la escolta, puedes sin embargo, introducirte en las filas, comprando a uno de los centuriones, y ocupar su puesto; durante la travesía no te será difícil sobornar algunos soldados, y cuando pises la tierra de Judá, no habrá de faltarte un pretexto para que uno de los tuyos sepulte su espada en el pecho de Herodes. Yo mientras tanto, en Jerusalén, reuniré mis parciales, y cuando tú llegues a sus murallas, para ti el oro, para mí la corona.

—Tu plan es arriesgado. ¿Te olvidas que César Augusto es el único que puede

concederte la corona de Judá?

—Al César se le compra: mi padre lo hizo así; yo puedo hacerlo también.

—En este juego arriesgas la cabeza.

—La muerte de Herodes debe atribuirse a la casualidad, o motivada por su carácter irascible.

—Pero en Jerusalén quedan tres hijos de Herodes, tres hermanos tuyos.

—Haz tú lo primero, y deja a mi cargo lo demás.

Paulo se quedó pensativo por algunos momentos.

—¿Vacilas? —le preguntó Antipatro.

—Siempre he despreciado la vida.

—Entonces no comprendo tu indecisión. Veinte *talentos* hebreos son una fortuna. Veo que prefieres vivir pobre toda tu vida a trueque de correr un riesgo de poca monta.

—La cantidad que me ofreces se me irá de las manos como un puñado de humo. No conoces la sed insaciable de oro de mis compatriotas: nada les basta cuando se trata de poner precio a sus vidas. Si yo fuera el jefe encargado de la escolta, el asunto podía, entonces, llevarse a cabo con más economía.

—Fija tú mismo la cantidad —respondió con laconismo el hijo de Herodes.

—Di más bien las condiciones. A los hombres de mi temple no les basta el oro.

—Entonces explícate sin rodeos, y no olvides que ambos hemos jurado guardar el secreto en caso de no convenirnos.

—Si la conspiración te da a ti por fruto una corona, yo en ese caso reclamo para mí el gobierno de una de las tribus de Israel.

Antipatro se mordió los labios, pero no dijo ni una palabra.

Paulo continuó con su pausada y fría gravedad:

—Tú serás rey, y yo gobernador. En cuanto a la suma que debo percibir, se aumentara en doce *talentos*, que son los que deben distribuirse entre los soldados de los apostaderos de Palestina para que secunden el movimiento.

Esta vez Antipatro fue el que se quedó pensativo por algunos segundos; pero luego, como si hubiera formado una resolución repentina, dijo sin vacilar:

—Acepto.

—Pues bebamos por el buen resultado de nuestra empresa.

Llenaron las dos copas, y Paulo volvió a decir:

—¡Por la prosperidad del futuro rey de Jerusalén, y por la fortuna del próximo gobernador de Galilea!

Después de apurar las copas, Antipatro saltó de su lecho, y encaminándose a uno de los extremos de la pieza, sacó de una especie de armario, embutido en la pared muy disimuladamente, una bolsa de cuero bastante abultada, un tintero de barro y dos pedazos de papiro, objetos que colocó sobre la mesa sin despegar los labios.

—En esta bolsa hallarás doscientas *minas* hebreas. ¿Tienes bastante para las primeras distribuciones de Roma?

—Creo que sí; pero…

—Te comprendo. En estos papiros podemos extender las obligaciones; tú guardas uno, y yo el otro.

Y Antipatro extendió el papiro y mojó la pluma en el tintero.

—Veo que llevas el trato con toda la legalidad de un patrono: eso me gusta.

Los dos amigos extendieron una obligación de lo que cada uno debía hacer y percibir en la conjuración que se urdía contra el rey de la ciudad santa. Terminada esta operación, cada uno guardó cuidadosamente el trozo de papiro que le correspondía. Ambos estaban comprometidos; tal vez los dos habían firmado su sentencia de muerte.

El resto de la cena que había sido interrumpida para tratar de lo que saben nuestros lectores fue silenciosa. Los dos amigos comieron poco, pero hicieron frecuentes libaciones, tal vez para desvanecer con los vapores del vino las ideas que se agolpaban en sus mentes. Antipatro pensaba en la corona que, según su ambición, calculaba debía descansar antes de poco en sus sienes.

Paulo recordaba la frase fatalista de los romanos del tiempo de Augusto: «*No te sientes en ninguna mesa en que los convidados sean menos que las Gracias o más que las Musas*».

El penetrante sonido de un timbre que se extendió por la sala sacó de su profunda meditación a los dos amigos.

—¿Qué significa ese sonido? —preguntó Paulo.

—Que Enoé nos avisa de que el lucero de la mañana ha aparecido en oriente.

—Entonces es preciso que nos separemos.

—Pronto las trompetas convocarán a la comitiva.

—Salgamos, pues, y Júpiter nos dé buena suerte en la empresa.

—Así lo espero. Valor y confianza.

—Más fuertemente se arraiga el valor en un corazón que la confianza.

—Pues no olvides que ambas cosas necesitamos.

—Lo tendré presente.

Los dos amigos se estrecharon las manos con cordialidad, luego tomaron las precauciones necesarias, y se encaminaron a palacio, pero por distinto camino.

Poco después, la puerta secreta del camarín de Herodes se abrió para dar paso al esclavo Cingo, el cual se encaminó al lecho de su señor.

El idumeo no dormía.

—¿Y bien, Cingo? —preguntó Herodes a su esclavo.

—No te habías engañado, señor: Paulo y tu hijo han pasado la noche juntos.

—¿En dónde? —preguntó con indiferencia Herodes.

—En casa de Enoé, su esclava.

—Ya lo sabes: desde ahora tu obligación es ser la sombra de ese romano ambicioso. En cuanto a mi hijo, le desprecio. ¿Qué hora es?

—La aurora despuntará muy luego en oriente.

—Avisa a Ptolomeo y disponlo todo para la marcha. Tú vienes conmigo.

Cingo saludó, y volvió a salir del camarín por donde había entrado. Herodes volvió a dejarse caer sobre su mullido lecho como si nadie le hubiera interrumpido.

Capítulo VI

CLEOPATRA Y LOS TRIUNVIROS

Antes de penetrar en la orgullosa ciudad del Capitolio, antes de recorrer las calles de Roma, de esa reina del mundo, de ese arsenal inmenso de la gloria y del arte; antes de colocarnos delante de la figura imponente de Octaviano Augusto, emperador de los romanos, nuestros lectores nos permitirán que dirijamos una ojeada retrospectiva, desde la muerte de Julio César hasta el nacimiento de Jesucristo.

Julio, Graco y Pompeyo, después de formar el triunvirato, extendieron sus poderosas legiones por el mundo, ensanchando con sus continuas conquistas las posesiones romanas.

Pero la suerte comenzó a ser contraria al avariento Graco, y en las llanuras de Mesopotamia fue destrozado por el rey de los parthos, que sabiendo la sed insaciable de oro que acosaba al feroz romano, hizo que le cortaran la cabeza y que le echaran oro derretido en la boca, diciendo con ironía cruel:

—Ahora es preciso hártale de ese metal del que no ha podido saciarse durante su vida.

Italia recibió con un grito de dolorosa rabia la noticia de la derrota de las legiones de Graco. El triunvirato estaba deshecho; César y Pompeyo tardaron poco en indisponerse. Julio se hallaba en las Galias, Pompeyo en Roma, y ambos concibieron el ambicioso plan de gobernar solos la república.

Julio, levantando sus tiendas, atravesó los Alpes a marchas forzadas, y detuvo su ejército a las orillas de un arroyo.[96]

Pompeyo, sabedor de que César avanza sobre Roma, sale a su encuentro, rodeado de los senadores, entre los que se hallaban Cicerón y Catón de Utica. Ambos ejércitos se encuentran en Macedonia en una llanura llamada de Farsalia. Trábase la batalla; la sangre romana enrojece el ancho campo que ocupan los combatientes, olvidando en su furor que son hermanos. César vence a Pompeyo, al que salva la velocidad de su corcel. Se acerca a la ribera, salta sobre una nave, el viento le favorece y llega a Egipto, en donde la reina Cleopatra y su hermano Ptolomeo le cortan la cabeza y se la remiten en una caja al vencedor Julio como una muestra de cobarde sumisión.

César, clemente, perdona a los partidarios de su enemigo; pero Catón de Utica se da la muerte por sus propias manos *por no sobrevivir a la república, que creía perdida en las manos de Julio César.*

Recibe César el sangriento cráneo de Pompeyo, y no pudiendo olvidar que había sido su suegro y su amigo, lloró sobre aquella cabeza insepulta y castigó a Ptolomeo.

Entra en Roma, donde se hace proclamar dictador, como Sila, por diez años. Distribuye trigo y dinero al pueblo, da espectáculos de gladiadores, y convierte el campo de Marte en un lago inmenso, en donde los romanos acudían, ebrios de gozo,

a presenciar los simulacros navales con que los obsequiaba el vencedor Julio.

El pueblo olvida que la república tiene un señor, y da a éste el sobrenombre de divino. Le adora como a uno de sus dioses, y se cree feliz.

Pero Bruto y Casio, los amigos de Pompeyo, los rudos y leales republicanos, no duermen, y afilan el puñal que debe librar a la patria de un dictador. César es avisado por sus amigos del peligro que le rodea, ve a su pueblo feliz, recuerda su clemencia para con sus enemigos, sus conquistas, que tanto engrandecieron el nombre romano, y vive tranquilo.

Pero una noche, en el oscuro azul del cielo de Roma, aparece un cometa. Marco Antonio y Lépido conducen a Julio a una galería de su palacio, y extendiendo sus brazos hacia el firmamento, se lo enseñan *como señal precursora de algún grave acontecimiento.* El pueblo se agrupa en las plazas y comenta, a su modo, aquel misterioso signo del cielo. La noche pasa, el sol nace, y César, con su manto de púrpura, sin armas, se encamina a pie al Senado rodeado de sus amigos. Mas, apenas cruza los pórticos de la Asamblea, cien puñales salen de entre los pliegues de las togas de los senadores.

César no se conmueve: ve el peligro y lo desafía; pero al sentirse herido, vuelve la cabeza y ve a su amigo, a su querido Bruto, y exclama con inexplicable sentimiento: *¡Tú también, Bruto!*

Entonces se cubre la cabeza con su manto como para no presenciar la ingratitud de un amigo tan querido, y cae atravesado sin vida a los pies de la estatua de Pompeyo.

Marco Antonio, el rudo y valiente soldado, el amigo de campamento del desgraciado Julio, acude con Lépido al sitio de la catástrofe, mandan trasladar el ensangrentado cuerpo del dictador a la plaza pública, y le colocan sobre un lecho de marfil para que el pueblo pueda ver a su protector. El pueblo se enfurece, y los asesinos huyen de Roma para morir más tarde en la batalla de Filipos en los campos de Grecia.

Cicerón, el sabio orador, se halla ya salvo sobre la popa de una galera; pero teme el mareo, y se hace conducir a su casa de campo en una litera.

Los soldados de Antonio le encuentran, le cortan la cabeza y la colocan en el Senado sobre la *tribuna de las arengas;* sarcasmo cruel y sangriento del feroz Antonio, que arrancó lágrimas de dolor a los sabios de Roma y Grecia.[97]

Marco y Lépido tornan a Roma vencedores de los conjurados. Entonces se les presenta un joven que apenas contaba dieciocho años de edad, de carácter tímido y pacífico, de complexión delicada, de rostro pálido y dulce, y que cojeaba del pie izquierdo.

Aquel joven era sobrino de Julio César, y éste le había nombrado su heredero. Los feroces soldados le miran con desprecio y le admiten en el triunvirato, que era el segundo de Roma.

Marco Antonio y Lépido, admitieron la cooperación de aquel niño enfermizo,

como una burla. Pero aquel niño, delicado como una violeta, hermoso como una sensitiva, se llamaba Octaviano Augusto, y fue más tarde el emperador más poderoso del mundo.

Armáronse las legiones; Marco y Octaviano se encaminaron al frente de ellas hacia Grecia, en donde Casio y Bruto habían levantado un poderoso ejército. Los vencen en la batalla de Filipos.

Lépido, entre tanto, quedóse en Roma; *cobarde, perezoso,* inepto para gobernar aquella poderosa nación, comete mil torpezas. Convence Octaviano a Marco de que se encamine a Egipto con la mitad de su ejército, mientras él se dirige a Roma, y Marco Antonio que, aunque valiente era indolente y gustaba de los placeres de la mesa y los goces de Baco,[98] aceptó la proposición, con la idea de descansar de las fatigas del campamento, pues la conquista de las riberas del Nilo era extremadamente fácil para aquel caudillo.

La reina Cleopatra ve amenazada su corona con la aproximación de los romanos, y en vez de huir o prepararse para el combate, se embarca en una galera *cubierta de oro y pedrería, cuyas velas eran de púrpura y los remos de plata,* y sale al encuentro de la armada enemiga.

Cleopatra, muellemente reclinada sobre ricos almohadones en la cubierta de su nave, bajo un riquísimo palio de brocado de oro, aspira con voluptuosa pereza el perfume del incienso que a su lado quemaban cuarenta hermosas mujeres, vestidas con todo el lujo y esplendor de Egipto, mientras doce niñas *disfrazadas de amores* agitaban sobre la encantadora cabeza de su soberana vistosos abanicos de plumas, purificando el ambiente con sus ondulaciones. Marco Antonio, a la vista de aquella encantadora aparición, se quedó fascinado como si la diosa de las espumas le hubiera enviado sus ninfas para recibirle. Desde aquel momento, el amor que le brindaron los brazos de la astuta reina le aprisionó en sus redes, y se olvidó de Roma, de su esposa Octavia, de su deber, para pensar sólo en Cleopatra.

Augusto, indignado del comportamiento de Antonio, le mandó castigara a los parthos, que comenzaban a insolentarse; pero, ¡ay!, Antonio y sus legiones se habían enervado en la corte de Egipto, y los parthos los destrozaron, y Antonio corrió a ocultar su vergüenza en los brazos de Cleopatra. Octaviano Augusto se propuso vengar a Roma y a su hermana, y se encaminó con un ejército considerable a Egipto.

Antonio, falto de valor para esperar a su contrario, huyó con su cómplice a la vista sólo de la flota de Augusto, retirándose a Alejandría, en donde se atravesó el pecho con su espada.

Cleopatra, temerosa de la venganza de Augusto, encerróse en un sepulcro, grande como una casa, a donde hizo conducir a Marco Antonio, que se hallaba malherido, introduciéndole por una ventana atado con unas cuerdas. Dos horas después, Antonio había dejado de existir, y Octaviano, su vencedor, se hallaba en presencia de Cleopatra.

—Disponte a seguirme a Roma con el manto de púrpura sobre los hombros y la

corona en la frente; te haré entrar por la vía Triunfal delante de mi carro vencedor.

La reina nada dijo. Sus ojos negros como la noche, lanzaron una mirada de odio y desprecio al romano. Cuando se vio sola, llamó a Iras, su esclava favorita, y le dijo estas palabras, entregándole un puñado de oro:

—Toma, busca al campesino a quien he encargado el último adorno de mi reinado.

Del fondo del mar comenzaron a alzarse las tinieblas anunciando la noche a los habitantes de Alejandría, cuando Iras envuelta en una manta, abandonó el grandioso mausoleo de Cleopatra, y atravesando algunas calles, llegó al campo y se detuvo a la puerta de una choza.

Allí había un hombre.

—¿Has cumplido las órdenes de mi señora? —le dijo.

—Sí, esclava —le respondió el hombre, entregándole un canastillo lleno de higos y cuidadosamente cubierto con pámpanos y flores. Iras dio al campesino una bolsa de seda llena de monedas de oro, y se retiró.

En los ojos del campesino brilló la alegría y la codicia mientras acariciaba con sus callosas manos el bolsillo de la reina murmuró estas palabras:

—¿Para qué querrá Cleopatra las víboras, y por qué me habrá dado tanto dinero por ellas? ¡Bah!, las reinas tienen caprichos inexplicables.

Mientras tanto, Iras llegó al panteón, donde la esperaba su señora. La reina cogió el canastillo de higos, y dijo a su esclava:

—Vete; quiero estar sola.

Cuando se fue Iras, Cleopatra reconoció el canastillo. Entre los higos se hallaba un trozo de caña verde, cuidadosamente cerrado con dos tapones de raíz de sauco. La reina agitó la caña, que produjo un leve ruido, como si dentro hubiera un cuerpo pesado, y una sonrisa de gozo brilló en su hermoso semblante.

Dejó el canastillo sobre los blancos almohadones, y se vistió con el traje más rico y más resplandediente. Púsose la corona, y se tendió en el lecho.

Entonces arrancó uno de los tapones de la caña y se aplicó el vegetal a su blanco y mórbido pecho. Una víbora asomó su verdosa cabeza, agitando con rapidez su lengua venenosa.

La reina lanzó un grito. El reptil se había agarrado a la carne. Cleopatra cerró los ojos y esperó la muerte, tal vez pensando en su amante, tal vez en el asombro que la presencia de su cadáver causaría a Octaviano, su vencedor. Al día siguiente los soldados de Augusto la hallaron muerta, con la corona de oro sobre la cabeza, y reclinada en su lecho como si estuviera dormida. Augusto mandó enterrar los cuerpos de Antonio y Cleopatra en el mismo monumento, y tornó a Roma, en donde al verse dueño de la república, tomó el nombre de emperador.

Aquel niño débil y enfermizo, de mirada dulce y carácter pacífico, cuya cojera imitaba Antonio cuando los vapores del Falerno le trastornaban, reunió en sí todos los poderes, todas las dignidades de la república. Agrippa y Mecenas, Horacio y Virgilio,

fueron desde entonces sus amigos favoritos.

Restablecida la paz en el mundo, querido de su pueblo, admirado de los reyes, sus tributarios, fue bueno y bondadoso para con todos; perdonó a sus enemigos, y los colmó de favores; fue, en fin, un gran rey, un padre cariñoso y tolerante, un aliado de las naciones, y un protector incansable de las letras y de los dominios que le pagaban tributo.

En este estado se hallaban las cosas, cuando en un establo de la ciudad de Belén de Judá nació el Redentor del mundo.

En la introducción de esta obra creemos haber indicado, aunque ligeramente, los asombrosos acontecimientos que acompañaron la venida al mundo del Hijo de Dios: los oráculos enmudecieron. Augusto consultó a la Sibila, y misteriosos signos aparecieron en el cielo.

Nuestro intento no es por cierto, reproducirlos aquí, puesto que quedan consignados en otro lugar; pero Roma está enlazada con Israel. Augusto y Tiberio, su sucesor, fueron inmortalizados con la venida de Jesucristo.

Herodes el Grande, esa sombría figura de la historia de Israel, va a penetrar en la ciudad de los pretores, de donde le veremos salir para llevar a cabo el crimen más odioso, más repugnante, que haya manchado jamás las páginas de la historia.

Antes, pues, que el terrible idumeo, atravesando la vía Appia y la antigua muralla de Tulio Hostilio, penetre por la puerta Capena en la ciudad del Capitolio; antes que se arroje a los pies del emperador Augusto en el monte Celio, detengamos nuestra mirada en el palacio del César.

Un grupo de soldados viejos y encanecidos en las batallas se paseaba en el primer atrio del vestíbulo, y en la plazoleta que precedía a la fachada del edificio, se veía alguna litera y empleados de la casa.

Un hombre, casi un anciano, vestido modestamente con la toga de los patricios, salió del palacio del César y saludó con amabilidad levantando el extremo de las amplias vestiduras, a los que se hallaban en la plazoleta. Todos se inclinaron con muestras de respeto. El hombre de la toga, cruzó el arco del vestíbulo y se encaminó con paso tranquilo hacia la calle que se extendía delante del monte *Celio.*

Su rostro tenía una expresión de indefinible bondad: su cabeza, cubierta de canas, se inclinaba ligeramente sobre su pecho como las ramas de un árbol cargado de fruto. Su estatura mediana, su físico delicado y su ademán humilde, no demostraba en él nada extraordinario. Deteniéndose un poco, podía verse que aquel anciano cojeaba ligeramente de la pierna izquierda. De vez en cuando algún transeúnte se detenía para mirarle como si pretendiera reconocerle. Entonces el hombre de la toga se sonreía con bondad, confundiéndose entre el gentío, y continuaba su camino, procurando evadirse de las miradas investigadoras que le dirigían.

Así cruzó una gran parte de Roma, y atravesando la vía Sacra, llegó al monte *Esquilino* y al *Viminal.*

Al llegar a este cuartel, retirado de la populosa ciudad, el rostro del misterioso

transeúnte se entristeció visiblemente, y se detuvo, dirigiendo una mirada cariñosa hacia una casa de modesta apariencia que se hallaba cerrada.

Algunos árboles de hojas amarillentas alzaban sus copas por detrás de los muros, como los cipreses de un cementerio abandonados por los vivos.

El hombre de la toga se llevó la mano a los ojos, como para enjugar una lágrima, y después lanzando un suspiro desde el fondo de su pecho, pronunció estas palabras:

—¡Pobre Virgilio! Tus flores ya no perfuman tu apasionado acento; los pájaros no cantan sobre las copas de tus árboles, oyendo tus dulces versos; los dioses inmortales te arrancaron de la tierra para llevarte a su cielo. Ellos te sean propicios.

Después prosiguió su camino en dirección a una magnífica casa de campo, cuyos extensos jardines se hallaban a corta distancia de la casa de Virgilio. Del centro del edificio se alzaba una torre que dominaba toda la posesión y gran parte de los catorce cuarteles en que se hallaba distribuida Roma en tiempo de Augusto.

En la parte más alta de esta torre se hallaba la pieza destinada a comedor, para disfrutar durante la comida de las hermosas vistas que ofrecía.

El hombre de la toga entró en los jardines y cruzando una dilatada calle de árboles, llegó al vestíbulo de la casa, en donde sobre un pedestal de piedra rústica se alzaba una elegante estatua de mármol. Aquella estatua tenía algún parecido con el hombre de la toga que pasó por su lado.

Al cruzar la portería, un esclavo que se hallaba sentado en un taburete de madera se puso de pie.[99] Junto al esclavo se veía un mastín atado con una gruesa cadena de hierro, y encima del clavo que le sujetaba a la pared podía leerse esta inscripción: «*Guardaos del perro*». El hombre que entraba acarició la nervuda cabeza del can con muestras de familiaridad, y éste cerrando perezosamente los ojos, extendió el cuello y alzó la cola en señal de cariñoso reconocimiento. Luego entró en la casa, subió por una escalera al piso principal, y después de atravesar varias piezas en las cuales halló algunos criados que se inclinaban ante él, se detuvo delante de una puerta, y empujándola, se halló dentro de una cámara. En aquella cámara había dos hombres: uno de ellos se ocupaba en hojear un volumen; el otro, tendido en un lecho, parecía enfermo, a juzgar por la demacración de sus mejillas.

Por todas partes se veían gruesos volúmenes esparcidos hasta en la cama del enfermo. Diríase que aquella habitación era el estudio de un sabio o de un historiador.

El enfermo era Mecenas; el que hojeaba el libro Agrippa; el que acababa de entrar Octaviano Augusto, emperador de Roma.

Capítulo VII

OCTAVIANO AUGUSTO

—¡Salud al César! —exclamaron a un tiempo Mecenas y Agrippa.

—Para ti la quisiera yo, mi querido administrador.[100]

—¡Ah! Mi salud, poderoso Augusto, es una niña malcriada que hace algún tiempo anda descontentadiza por dentro de mi ser.

Y Mecenas, diciendo estas palabras, procuró incorporarse en el lecho.

Mientras tanto, el César se había sentado sin ceremonia alguna al lado de Agrippa.

—¿Sabes, querido yerno —dijo Augusto dirigiéndose a Agrippa—, que esta mañana mi hija Julia, tu esposa, me ha reprendido por las horas que te robo de su lado? La pobre no sabe que nos ocupamos en coleccionar las obras de nuestros queridos amigos Horacio y Virgilio, para enriquecer con ellas mi biblioteca griega y latina del templo de Apolo.

—Las mujeres son egoístas, señor; ninguna de ellas comprende sacrificar un instante de felicidad por el bien público —dijo Mecenas.

—Y sin embargo, nada les gusta tanto como exigir sacrificios de los hombres —repuso Agrippa.

—Dejando a las mujeres tal cual ellas son, tengo que daros una buena noticia —dijo a su vez el César.

Los dos amigos del emperador indicaron con un movimiento que deseaban saberla.

—Nuestro muy querido Pison, el *prefecto de la ciudad* —continuó Augusto—, ha logrado por fin recopilar en un volumen las *Obras de la sibila Cumana*, y desde mañana, los numerosos favorecedores del teatro Marcelo podrán leerlas en mi biblioteca Octavia.

—Los dioses Lares me concedan vida suficiente para ver terminada nuestra obra —exclamó Mecenas.

—Pues entonces a trabajar.

Y Augusto, Mecenas y Agrippa se pusieron a hojear volúmenes, que colocaban luego con orden sobre un estante, formando antes un índice sobre largos trozos de papiro que se hallaban extendidos en la mesa. Estos tres hombres pasaron una gran parte del día en esta ocupación bibliográfica, enriqueciendo con sus trabajos las dos bibliotecas fundadas por Augusto. El bondadoso emperador apartaba de vez en cuando sus ojos de los libros para fijarlos en el demacrado semblante de Mecenas. Luego aquella mirada se encontraba con la de Agrippa, su yerno, y ambos hacían uno de esos imperceptibles movimientos que anuncian la muerte del enfermo cuando se observan en un facultativo.

Octaviano Augusto decía siempre cuando se nombraba a sus cuatro amigos Horacio, Virgilio, Mecenas y Agrippa:

—Mi mayor disgusto será sobrevivirles.

Dios quiso que así sucediera, y los sobrevivió. La muerte de sus dos poetas favoritos le llenó de dolor, porque hojeando sus versos, pasaba las horas mejores de su vida. Cuando algún tiempo después la muerte arrebató a Mecenas y Agrippa, que tan buenos consejos le habían dado durante su largo reinado, Augusto lloró, y su desconsuelo fue tan grande, que se dejó crecer la barba, y cortando el trato con los hombres, pasó los últimos años de su vida dedicado a instruir a su sobrino Tiberio en los deberes de un buen rey.

Mientras estos ilustres personajes se ocupaban, con el afán y el interés de un anticuario, en coleccionar los volúmenes para trasladarlos a la biblioteca, Herodes, seguido de un crecido número de esclavos y una lujosa comitiva, entraba en Roma por la vía Triunfal, y atravesando el Tíber por el puente Junículo, se encaminaba al palacio de César Augusto.

El idumeo llegaba a la ciudad del Capitolio, llamado por el emperador para defenderse de la acusación entablada por sus hijos.

Herodes montaba un caballo de raza siriaca. A su derecha cabalgaba Mario, su patrono; a su izquierda, Cingo, su esclavo negro. Detrás le seguían algunos esclavos lujosamente vestidos, entre los que se veía una litera recamada de oro con las varas de plata; luego, Paulo Atme con sus doscientos jinetes romanos, y en último término una recua de poderosos mulos que conducían las tiendas y algunos regalos que el rey tributario traía al emperador. Cuando César Augusto regresó a su casa, halló a Herodes y su comitiva esperándole en el ancho vestíbulo.

La humildad, la modestia del poderoso Octaviano, que caminaba a pie y vestía como el último de los ciudadanos de la república, contrastaba con el lujo insolente y afectado del escalonita, del tributario rey de Judá, del primer esclavo de Roma.

Augusto recibió a Herodes con la amabilidad que tenía por costumbre, y le hizo que se hospedara en su casa.

El bajo y adulador idumeo, que debía su corona tributaria a Marco Antonio, olvidándose de su protector tan pronto como Augusto se hizo dueño del imperio del mundo, después de la batalla de Accio, imploró y obtuvo a fuerza de oro y de bajezas la protección del sobrino de Julio César. Imitando a Aristóbulo II, rey de Jerusalén, que después de cuantiosas sumas regaló una viña de oro[101] a Pompeyo, su vencedor, el escalonita, deseando tener de su parte al dueño del mundo en la cuestión promovida por sus hijos, y sabiendo la insaciable sed de oro que predominaban entre los romanos en su tiempo, trajo infinitos regalos a los jueces y unos racimos de perlas para el César, entre los que se hallaba uno de gran valor y de un gusto exquisito, pues el artífice había colocado algunas perlas negras y bronceadas mezcladas con las blancas, imitando de un modo prodigioso, la aproximación de la vendimia.

Herodes, como era astuto, no se olvidó de transportar de Jerusalén dos grandes

cajones de libros hebreos para las bibliotecas del César; regalo que Augusto le agradeció.

Cuando a la mañana siguiente de su arribo a Roma, Herodes pidió permiso a Augusto para presentarle sus regalos, el idumeo entró en la cámara de su señor.

—Estos racimos de perlas, ilustre César —le dijo— te los he traído desde Judá para que los mandes colocar en la viña de oro de Aristóbulo, mi antecesor, para que vea Roma que la viña de Judea da fruto en las manos de tu siervo Herodes.

Desde entonces Augusto se propuso, escudado con la ley IV de las Tablas, conceder a Herodes todos los derechos que como padre tenía sobre sus hijos.

Avisados Filipo y Aristóbulo[102] de que su padre se hallaba en Roma para defenderse de la acusación, se dispusieron para la defensa.

Mario, el patrono de Herodes, era uno de esos legistas que con el poder de la palabra y el ingenio de sus recursos para la defensa hacen del delincuente más despreciable el héroe más simpático y digno de la tierra.

Herodes fue defendido con tal maestría, con tanta elocuencia, con tal lógica, que el tribunal vio en el idumeo un hombre de honor, y en la desgraciada Mariamne una mujer viciada y adúltera.

Se tuvo en cuenta la ley hebrea que manda matar a las esposas que olvidan sus deberes, y Herodes fue absuelto después de veinte días de debates.

El tribunal, por consejo de Augusto y queriendo que se respetara la Ley de las Doce Tablas, entregó sus hijos al padre para que obrara con ellos según le aconsejara su corazón.

Aquella entrega era la sentencia de muerte de Aristóbulo y Filipo, como veremos más adelante.

Mientras esto acontecía, el *manípulo* Paulo Atme no se descuidaba por su parte. Diariamente concurría al campo de Marte en busca de aventureros que reclutar para su empresa, alistándolos secretamente en su pequeña legión.

Cingo, el esclavo de Herodes, fiel a su señor, astuto como una culebra, espiaba al romano sin que él se apercibiera, llegando a tal extremo su astucia y fingimiento, que Paulo, fiado en la palabra del etíope, le creía un enemigo irreconciliable de Herodes, y no tuvo inconveniente en confiarle su plan.

Esta confianza le perdió. Todo estaba dispuesto: la partida señalada por el Cesar era el primer día de las Calendas de junio,[103] y Paulo estaba nombrado jefe de la escolta que debía conducir a Jerusalén al rey tributario.

Cuatro galeras del César esperaban en el abrigo marítimo de Civita-Vecchia[104] para transportarla a las playas de Cesárea.

La víspera de la partida, Augusto con su carácter conciliador, quiso que Herodes y sus hijos comieran con él, creyendo que por este medio se borrarían aquellas rencillas de familia. El idumeo fingió durante el banquete una bondad, una tolerancia para con sus hijos, que estaba muy lejos de sentir. Al terminarse el banquete solicitó de Augusto una entrevista secreta, y ambos pasaron a una pieza retirada. Cuando

Herodes se vio solo con Augusto, sacó una hoja de pergamino entre los pliegues de su túnica y se la presentó al César.

—¿Qué es esto? —preguntó Octaviano fijando sus ojos en el escrito.

Pero antes que Herodes le respondiera, exclamó con doloroso acento:

—¡Ah! ¿Conque aún hay en mi imperio quien conspira en contra de las órdenes que dicto? ¿Conque esos revoltosos hijos de Marte, confiando en mi clemencia, conspiran contra los reyes que yo protejo?… Está bien, Herodes, está bien… Yo te doy las gracias por tu descubrimiento, que en honor de la verdad, más le correspondía a Pisón, el prefecto general de la ciudad, que a ti, que eres un forastero.

—El nombre de Cingo que aparece en esta lista debe excluirse del castigo, porque Cingo es mi esclavo favorito. Perdería gustoso su vida por mí, y además él no ha hecho otra cosa que obedecer mis órdenes, pues previendo yo desde Jericó que mi hijo Antipatro y Paulo estaban de acuerdo, hice a mi esclavo espiar al último durante mi viaje y su permanencia en la ciudad del Tíber.

—En las conjuraciones, amigo Herodes —le respondió Augusto—, los reyes que, como yo, no gustan de derramar sangre, se dirigen a la cabeza para castigarlas. Los reyes sanguinarios son bestias feroces que sus pueblos deberían aplastar como a las víboras venenosas.

Augusto, que conocía la ferocidad del idumeo, recalcó las últimas palabras. Herodes bajó cobardemente los ojos al suelo. Después de estas palabras, Augusto se encaminó a la puerta y alzando el tapiz, llamó a uno de sus lictores que se paseaban en la antesala, dándole algunas órdenes en voz baja.

Una hora después, el tapiz volvió a levantarse para dar paso a dos soldados romanos: uno de ellos era Paulo Atme; el otro un anciano que vestía el uniforme de centurión.

Augusto detuvo un momento su mirada serena, penetrante, en el semblante de Paulo, que se estremeció ligeramente, y luego le dijo alargándole el pergamino que le había presentado Herodes:

—Por los dioses del Capitolio, por la honra de tus padres y por la gloria del águila que sirve de cimera al estandarte de tu *manípulo,* te exijo que me digas si es cierto lo que dice este pergamino.

—Cierto es, César.

—Sólo Augusto levanta legiones en Roma —exclamó el emperador con voz amenazadora—, nadie más que yo tiene derecho a conceder las coronas tributarias en mis dominios. Tú faltas a la ley; muere, pues, como soldado.

Y Augusto, sacando la espada que pendía del cinturón de Paulo, le dijo con voz enérgica, presentándosela por la empuñadura:

—Toma.

Paulo no se hizo repetir la orden: sin vacilar, sin detenerse, comprendiendo lo que el César quería decir entregándole su misma espada, con un valor digno de mejor suerte se atravesó el pecho, cayendo ensangrentado sobre la alfombra del pavimento.

—Así deben morir los traidores que amenazan la existencia de los reyes a quienes concedo hospitalidad en mi palacio —volvió a decir Augusto apartando los ojos del cadáver de Paulo.

Y luego, viendo que los dos testigos, Herodes y el centurión, nada decían ante aquel drama sangriento, continuó, dirigiéndose al viejo soldado:

—Tú, mi leal Antonio, escoltarás al rey de Jerusalén, obedeciendo sus órdenes como las mías propias. Disponte, pues, para hallarte mañana con tu centuria, cuando la luz de la aurora salude a Roma, en el embarcadero del Tíber. Sé quién eres; nada tengo que decirte.

Y volviéndose a Herodes, continuó:

—Puedes fiarte de él; es un viejo y leal servidor que ha peleado conmigo en Egipto.

Poco después los lictores mandaban enterrar el cadáver de Paulo.

Capítulo VIII

FANTASÍA

El sol comienza a hundir sus moribundos rayos tras las azuladas montañas que sirven de pedestal al templo de Júpiter. El bosque del divino Julio, oreado por las brisas de la tarde, sacude sus empolvados laureles, que perfuman el ambiente con su aroma. La violeta abre su cáliz, irguiéndose hacia el cielo, y la magnolia de las Indias inclina su copa de marfil hacia la tierra. Las palmeras y los pinos extienden sus sombras hacia Oriente en busca de la noche. Los ruiseñores, ocultos en los frondosos espinos, agitan alegres sus pequeñas alas, sus intranquilas alas, esperando que el céfiro nocturno rice sus plumas para enviar al Hacedor el canto de las tinieblas.

Los pastores conducen sus inocentes ganados a sus apriscos, y el laborioso campesino regresa a su hogar, sentado sobre la dura testuz de los pacientes bueyes, con el rostro cubierto de sudor y polvo. Las montañesas de Albano, rodeadas de sus hijos, sentadas bajo el tosco cobertizo de sus chozas, entonan alegres el poético canto de la noche, preludio amoroso que indica el regreso de sus maridos. Las naves del Tíber, ancladas, enrollan sobre su cubierta los toldos de lona que han librado a sus tripulantes durante el día de los rayos del sol, y las ligeras golondrinas revolotean alegres en derredor de los gallardos mástiles y, allá a lo lejos, cubierta por un cielo de color plomizo, envuelta con una densa niebla, se alza Roma, esa ciudad que llena con su nombre el universo, y de la cual el mundo fue una provincia.

Cien templos paganos se alzan altivos en su seno: el sol los baña a todos con sus últimos rayos. La paz, la molicie, han enervado el brazo de sus soldados. Venus ha adormecido el valor de sus héroes.

La vía Appia, ese bazar del amor y la galantería, donde el soldado se convierte en sibarita, donde el epigrama reemplaza a la espada y el perfume a la coraza, ese paseo favorito de la elegante sociedad de Roma, donde bullía la juventud superficial, esclava de la moda en tiempos de Augusto, es en donde vamos a detenernos, un momento.

Si el censor Appio Claudio Craso se hubiera levantado de su tumba, indudablemente no hubiera reconocido aquel camino que él había trazado cuatrocientos años antes. No era ya la vía por donde llegaban a Europa las preciosidades de Asia y África: era más bien un elegante arrabal de Roma.

Las casas de campo se habían convertido en espléndidos palacios; las tumbas en elegantes y colosales mausoleos. El silencio de la muerte, la frialdad majestuosa de las urnas funerarias, importaban muy poco a la elegante y viciada juventud de Roma.

Cicerón había dicho: «*Desde que los hombres no son tan sencillos, los oráculos han enmudecido*».

Roma, pues, comenzaba a reírse hasta de sus dioses.

La vía Appia se había convertido en el palenque de sus aventuras amorosas.

Los vivos hablaban de amor sentados sobre las cenizas de los muertos.

El banco de piedra que rodeaba la tumba de Scipión sirvió más de una vez de cátedra a Ovidio para recitar a la juventud su *Ars amandi.* Las patricias se citaban al pie del mausoleo de Apio, sentándose sobre ricos paños de brocado de oro.

Allí esperaban a sus amantes con la voluptuosa mirada en dirección al campo de Marte, y agitando un abanico de plumas y aspirando los perfumes de un tarro de esencia, aguardaban con la cabeza perezosamente apoyada en el mármol del sepulcro.

Los caballeros recorrían la vía Appia desde las cercanías de Albano hasta las murallas de Roma, y poco les importaba que el precipitado galope de sus ligeros caballos númidas turbaran el pesado sueño de la muerte.

Cupido empujaba los corazones hacia Venus, y el amor, casi siempre egoísta, lo olvidaba todo, menos sus goces, sus esperanzas, sus voluptuosos ensueños.

En aquel mentidero de la corte de Augusto se hablada de modas, se discutían las pomadas y los perfumes que suavizaban y embellecían el cutis, la anchura de las túnicas, el peso de las sortijas, la dimensión de los mantos, los adornos del calzado. Allí se mantenían disputas acaloradas sobre el corte de los cabellos y la más o menor longitud de la barba.

Por todas partes se veían discurrir ligeros *cisium* con sus cajas de mimbre, carros tirados por tres mulas enjaezadas con pieles de leopardo y multitud de cascabeles de plata.

Por doquiera se veían los *rhedos* traídos de las Galias con sus cuatro ruedas doradas, sus cojines de púrpura y sus flotantes paños de seda arrastrando por los suelos, donde sentadas con la gravedad de una estatua de piedra iban las matronas vestidas con su estola, blanca como la nieve del Ararat, y envueltas en finísimos mantos de escarlata que flotaban a merced del viento, mostrando sus brazos cuajados de brazaletes.

Allí se veían las patricias con sus coronas de diamantes, que enseñaban al bajar del carruaje sus diminutos pies desnudos, perfumados con la pasta del lentisco y violeta.

Los esclavos extendían un paño de las Galias junto al carruaje para que su señora no tocase nunca el inmundo polvo de la tierra con sus plantas.

Entonces esas lánguidas sensitivas del Tíber, esas hermosas hijas del amor y la pereza, daban algunos pasos, apoyando las manos en las nervudas espaldas de sus esclavos como si les faltara aliento para caminar solas, y, sentándose en un mullido almohadón, comenzaban a jugar con unas bolitas de ámbar, que tenían el doble privilegio de perfumar el ambiente y las manos.

¡Ah! No eran sólo las mujeres las que caminaban de este modo: los hombres, los descendientes de aquellos bravos que habían conquistado el mundo, también buscaban un apoyo que sostuviera sus cansadas fuerzas.[105]

No era extraño encontrar en medio de aquella alegre y resplandeciente reunión al

impasible filósofo, que, envuelto en su raído manto, miraba con desprecio aquella vanidad de la tierra, y al suplicante mendigo que se gozaba mezclando el repugnante hedor de sus harapos con el aromático perfume de las cortesanas. Pero estos fantasmas que la ciencia y la miseria hacían pasar ante los soñolientos ojos de las corrompidas cortesanas, se disipaban pronto.

Al mendigo le arrojaban una moneda, al filósofo una sonrisa de desprecio; después la nube se disipaba, el placer sonreía sobre sus cabezas y el dios ciego, haciéndoles olvidar el alma, les presentaba de lleno los encantos de la materia.

Así pasaba dos horas la elegante sociedad de Roma, hasta que el sol, hundiéndose por completo tras las espaldas de occidente, dejaba su imperio a la noche, que extendía su lúgubre manto sobre las tumbas y los palacios de la vía Appia.

Entonces aquel sitio quedaba desierto. Roma tornaba a recibir en su seno a sus alegres hijos. Los placeres no habían terminado. La noche tenía también sus encantos en la ciudad del Tíber. Los bufones de Grecia, las bailarinas de Cádiz, los gladiadores de África, el cómico Pílade, el mímico Batilo, las boas, los tigres, los leones, los elefantes, los leopardos, llegaban diariamente a la patria de Rómulo para entretener el ocio de los afortunados hijos de la loba.

Augusto había fundido su vajilla, conservando solamente un vaso, herencia de su tío Julio César, y ciento cincuenta millones de sestercios[106] se invirtieron en teatros, hipódromos y en la vía Flamini. Augusto quiso ver feliz a su pueblo, y el sabio emperador no encontraba obstáculo para conseguirlo.

Pero no entremos en Roma; detengámonos un momento en la vía Appia.

La luna, clara y radiante, trepaba serena por un cielo sin nubes, bañando con los melancólicos rayos de su frente las desiertas tumbas y los elegantes palacios de la vía Appia, poco antes tan concurridos.

Una mujer, o más bien, un fantasma en forma de mujer caminaba en dirección a Roma. Su larga cabellera roja caía sobre sus hombros, flotando a merced del viento de la noche. Un túnico negro sujeto a la cintura por un cinturón de acero, era su traje. Por sus sienes se arrollaba una corona de hojas secas. Su mano derecha se apoyaba en un báculo de abeto y en la izquierda podía verse una varita de metal, a cuyo extremo figuraba una especie de búcaro formado con cinco cabecitas de víboras. Iba descalza y parecía muy fatigada. Paróse un momento. Un rayo de luna cayó sobre su rostro y entonces pudo verse que aquella mujer, extremadamente morena, tenía una hermosura salvaje. Sus ojos negros como la noche, sombríos como el remordimiento, se agitaban en sus órbitas, lanzando miradas amenazadoras. Su frente altiva y despejada, sus labios gruesos y teñidos de un carmín vivísimo, su nariz perfectamente delineada y recta, daban a aquel semblante algo de lúgubre y amedrentador.

Difícilmente habría podido decirse la edad de aquella viajera que con paso moderado bordeaba las tumbas de la vía Appia a tal hora de la noche. De vez en cuando alzaba sus ojos al cielo, y entreabriendo sus labios, un rugido de ira escapaba de su pecho; pero pronto, como si un poder misterioso hubiera castigado su soberbia,

exhalaba un gemido de dolor, inclinando su frente hacia la tierra, murmurando estas palabras:

—¡Ay de los dioses del Olimpo de Homero! ¡Ay de los augures de la ciudad del Tíber! La laguna Estigia agita sus aguas, la esfinge de Gizet cae de su pedestal y se hunde en las arenas del desierto. ¡Ay de nosotras, que no podemos sentarnos sobre el trípode del templo de Delfos!

Después de esta dolorosa lamentación exhalaba un suspiro profundo, extenso y continuaba su marcha, que había interrumpido entre lamentos. Así llegó hasta una tumba que se alzaba solitaria al borde del camino, y sentóse en el banco de piedra, con la frente apoyada sobre el frío mármol del sepulcro. El mármol del mausoleo se estremeció al sentir el contacto de la frente de la extranjera; pero ella profundamente abismada en su dolorosa meditación, no se apercibió de aquel acontecimiento sobrenatural. La extranjera seguía exhalando hondos suspiros, cuando una voz que parecía brotar del fondo de la tumba la habló de esta manera:

—¿Quién viene a turbar con sus gemidos el sepulcral silencio de la muerte?

—Yo —dijo la extranjera, irguiéndose como si el eco del sepulcro hubiera reanimado sus fuerzas.

—¿Y quién eres tú? —volvió a preguntar la misma voz.

—Una extranjera que viene desde el centro del mundo, que ha dejado a sus espaldas el golfo de Corinto y que camina en busca de la orgullosa Roma.[107]

—¿Vienes entonces de Grecia?

—Vengo de Delfos.

—¿Has visto el oráculo de Apolo? ¿Has visitado el templo de las musas?

—Sí. Pero, ¿quién eres tú que me diriges la palabra desde el seno de una tumba?

—La luna baña con su luz clara la lápida mortuoria de mi tumba… Lee si sabes.

La extranjera se separó unos pasos del mausoleo, donde pudo ver esta inscripción grabada en el frío mármol:

VIAJERO:
DETÉN TU PASO, Y SALUDA LAS CENIZAS
DEL CENSOR
APPIO CLAUDIO CRASO.
ÉL TRAZÓ EL CAMINO DONDE
TE HALLAS, E HIZO EL ACUEDUCTO DE LAS
AGUAS APPIAS. ROMA AGRADECIDA
LE HA LEVANTADO ESTE MAUSOLEO.
ADIÓS. APLAUDE.

—¿Tú eres Appio el censor, el que escribió la Ley de las Doce Tablas?

—¿Sabes si los romanos se rigen aún por ellas?

—Aún están colgadas de los muros del Capitolio: tus contemporáneos las grabaron en doce tablas de oro.

—¿En qué año nos encontramos de la fundación de Roma?

—En el año setecientos cincuenta y dos.

—Entonces hace cuatrocientos años que descanso en esta tumba.

—Tú lo has dicho.

—¿Quién rige la república romana?

—Roma no tiene república.

—¡Y lo sufren los patricios!

—Sí, porque su emperador Octaviano Augusto es señor del mundo.

La voz de la tumba guardó silencio por un breve espacio; luego continuó de este modo:

—¿Quién eres tú que tienes el poder de agitar mis cenizas y dar voz a mi espíritu? ¿Por fortuna perteneces a la familia de los dioses?

—Soy la sibila *Cumana.*

—¿La sibila *Cumana,* la sibila de Tarquino el Soberbio, la que llegó a Roma cuando se estaban abriendo los fosos del Capitolio sobre la roca Tarpeya[108] a vender los Libros *sibilinos*?[109]

—La misma.

—¿Cómo gozas de una ancianidad tan dilatada? ¿No han cortado las Parcas el hilo de tu vida?

—Sí, he muerto: el viejo Quirón ha conducido mi alma por la laguna Estigia; he visitado la caverna de la muerte y he visto las tres Parcas;[110] Láquesis, de cuyos dedos brotan millares de hilos; Cloto, que sostiene eternamente el huso, y Átropos, con sus incansables tijeras de diamante, que cortan sin cesar el hilo de la vida. El mío cayó también bajo el corte incansable de su arma fatal.

—¿Cómo, pues, oigo tu voz si dejaste de existir?

—¡Ay! —respondió la sibila exhalando un doloroso lamento—. Themis ha ordenado a sus hijas que reanuden por breves días el hilo de mi existencia, pues soy portadora de la última misión del oráculo de Delfos, del divino Apolo, que ya no responde a las preguntas que le dirigen. Los dioses paganos se estremecen y caen derrocados de sus pedestales, huyendo en precipitada fuga a la caverna de Plutón, donde llorarán eternamente su impotencia. El Titán del Cáucaso, el ladrón divino, el soberbio Prometeo, ha roto sus cadenas de diamante y ha visto morir sobre su sangriento pecho el cuervo insaciable. Júpiter, rey de los dioses y de los hombres, vacila en su trono de marfil; el cetro cae de sus manos; los rayos han quemado su frente; el águila plega sus alas, y la hermosa Hebe llora sin consuelo a sus pies. Juno, su esposa y hermana a un tiempo, desoye los ruegos de las recién casadas y aparta los ojos de las madres primerizas. Minerva ha cerrado el libro de la sabiduría. Vesta ha visto con espanto extinguirse el fuego sagrado. El escudo de Palas se ha roto en tres pedazos. La corona de espigas de la fructífera Ceres se ha secado sobre su frente. Venus, hija del amor y la hermosura, llora la ingratitud de Eros, su Cupido favorito. Rea ha visto morir los leones de su carro y caer las torres de su corona. La serpiente de Saturno ya no se muerde la cola, ni la guadaña está en sus manos. Diana recorre los bosques desolada, porque sus flechas son impotentes contra los gamos. Mercurio

ha visto caer las alas de su casco y la bolsa de su mano. Marte ha sentido miedo en el corazón. La hermosa cabellera de Apolo ha encanecido en una noche; su sonora lira se ha quebrado, y las nueve musas hijas de Júpiter y Mnemona lloran amargamente recorriendo los montes de Pierio, Helicona y el Parnaso.

—¡Cesa, cesa —exclamó la voz de la tumba—, fantasma evocador del averno, espíritu infernal que vienes a turbar con tus palabras el tranquilo sueño de la muerte!

—Vete, deja que repose en paz en el seno del mármol frío que encierra mis cenizas, y no te goces en pintarme las ruinas de los dioses del Olimpo.

La extranjera se puso en pie, lanzó un doloroso suspiro y emprendiendo el camino que conducía a Roma, dijo estas palabras:

—Duerme en paz, Appio; pero si tu alma vaga errante por las regiones de lo desconocido en busca de un perdón que no pueden concederte los dioses paganos, dirígela hacia Israel, la tierra prometida, donde ha nacido el verdadero Dios, el Salvador del mundo, el Mesías anunciado por los profetas.

—¿Y qué nombre tiene ese Dios?

—Jesús se llama: Redentor del mundo será.

Entonces oyóse un gemido en el seno de la tumba; la luna ocultó su hermoso disco tras los celajes de una nube de ópalo; la estatua de Esculapio, que adornaba la cúspide de la tumba de Appio Claudio Craso, cayó al suelo rota en pedazos; los mármoles se estremecieron, y la sibila *Cumana,* inclinada la frente hacia la tierra, apoyando el cuerpo sobre el cayado que le servía de sostén, se encaminó a Roma, exclamando:

—¡Ay de los dioses del Olimpo de Homero! ¡Ay de los augures de la ciudad del Tíber! La Laguna Estigia agita sus malditas aguas: la esfinge de Gizet cae de su pedestal y se hunde en las arenas del desierto. ¡Ay de nosotros que no podremos sentarnos en el trípode del templo de Delfos… porque el Dios verdadero ha nacido en Israel, porque el Redentor de los hombres ha bajado a la tierra a derrotar a los dioses paganos!

Capítulo IX

EL ORÁCULO DE DELFOS

Al mismo tiempo que la sibila *Cumana* se encaminaba a Roma por la vía Appia, dos jinetes atravesaban la ancha calle de Juno, en dirección al monte Palatino.

A juzgar por las manchas de barro que salpicaban sus flotantes mantos y las ricas pieles de leopardo de los caballos, la lluvia debía haberles molestado durante el camino.

Uno de los jinetes era joven: apenas tendría veinticuatro años de edad. Su estatura mediana, era distinguida, manteniéndose con aire marcial y desenvuelto sobre la silla. Era de pálido y agraciado rostro, aunque en el conjunto se notaba cierta rigidez en sus facciones que le daban un aire sombrío y taciturno.

A la claridad de la luna pudo verse que el joven llevaba una culebra del diámetro de dos pulgadas arrollada por el cuello, cuya chata cabeza acariciaba de vez en cuando con su mano o con el extremo inferior de su barba, perfectamente afeitada. Este joven se llamaba Tiberio; era sobrino de Augusto y estaba destinado a ser emperador en Roma.

El otro jinete que cabalgaba a su lado, más que un hombre parecía un atleta. Se llamaba Macron; era el esclavo favorito del futuro tirano, el que más tarde, baldón de la humanidad, había de matar a una madre porque lloraba la muerte de un hijo que él había mandado degollar, y había de arrancarse los cabellos y lanzar gritos de desesperación porque Cartusio se dio muerte en su calabozo, librándose por este medio del tirano.

Los dos jinetes llegaron a los pórticos del palacio de Augusto y echaron pie a tierra. Los soldados del César rodearon a los forasteros, extrañándoles la franqueza con que se introducían en el palacio de su señor a tal hora de la noche.

—¡Qué! ¿No me conocéis ya, lobos caducos? —les dijo Tiberio imperiosamente —. ¿Tan pronto se os ha borrado de vuestra memoria la fisonomía del sobrino de vuestro señor? En ese caso os aconsejo que depositéis un corazón de paloma a los pies de Esculapio para que se os refresque la memoria y os abra los ojos.

Y diciendo esto, arrojó las riendas de su caballo a su esclavo Macron.

—¡Salud a Tiberio, nuestro general! —exclamaron algunos soldados inclinándose.

—Gracias sean dadas a Júpiter inmortal —les respondió Tiberio.

Y quitándose la culebra que se enrollaba por su cuello, se la alargó a su esclavo, diciendo después de acariciarla:

—Macron, toma a mi favorita, guárdala. Mi ilustre tío siente sin razón, repugnancia hacia esos reptiles. Todos los grandes hombres tienen cosas pequeñas. Julio César, nuestro glorioso pariente, se ocultaba en los sótanos de su palacio cuando

las nubes tronaban sobre Roma; Augusto, mi tío, se estremece a la sola vista de una culebra.

Macron, que nada decía, se metió con impasibilidad la culebra en el pecho, y mientras Tiberio subía las anchas escaleras del palacio, se encaminó a las caballerizas, seguido de sus corceles.

Cuando Tiberio llegó a la antecámara del emperador, dijo lacónicamente a uno de los lictores que salió a su encuentro:

—Di a César que Tiberio está aquí.

Poco después, Augusto estrechaba gozoso a su sobrino entre sus brazos.

—Mi querido tío —le dijo Tiberio—, tú has querido que abandonara mi roca solitaria[111] para instalarme en tu palacio de Roma, y tus deseos son órdenes para Tiberio: aquí me tienes.

—Los años comienzan a doblar mi cuerpo hacia la tierra, querido sobrino —le dijo Augusto—. Necesito un brazo joven y robusto que dirija el imperio después de mi muerte; y quiero colocar sobre tu frente mi corona, mi manto imperial sobre tus hombros.

Tiberio se inclinó, más que por agradecimiento hacia su tío por ocultar la inmensa alegría de su corazón.

—Yo soy tu primer esclavo, señor —le dijo—, manda; pero preferiría la soledad de mi roca de Rodas al estruendo de Roma.

—Te he llamado —continuó Augusto desatendiendo las palabras de Tiberio— porque deseo instruirte en los deberes de un rey clemente y justiciero. La paz, hijo mío, debe ser el primer afán de los reyes.

Tiberio volvió a inclinarse.

Así permanecieron por espacio de una hora. Augusto había dispuesto que su sobrino se instalara en su mismo palacio, en una cámara contigua a la suya. Cuando el emperador manifestó que podía retirarse, pues al día siguiente continuarían su interrumpida conversación, Tiberio le dijo:

—Señor, antes de separarnos quisiera interceder por un desgraciado que gime en un calabozo a orillas del Ponto Euxino, recordando en su soledad los encantos de Roma, los goces de la vía Appia.

Augusto frunció el ceño: y una mirada de cólera cruzó como un rayo por sus ojos, siempre bondadosos. Su rugosa mano cogió el brazo de su sobrino, apretándole con una fuerza increíble a sus años, un temblor nervioso agitó su cuerpo y luego, con una pausa cruel dijo, mirando con severidad a Tiberio:

—Ovidio Nasón, el poeta cínico, el corruptor de la juventud romana, aunque dotado por Apolo de un numen fecundo y creador, morirá encerrado en los calabozos de Sarmacia: no vuelvas nunca a interceder en su favor. Roma y sus placeres no existen para él.[112]

Augusto despidió con un ademán a Tiberio, que salió de la cámara sin despegar los labios.

El emperador quedóse un momento preocupado, taciturno, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada en el suelo, como si el nombre de Ovidio, el cantor inspirado del *Artis Amatoriæ,* de Medea y del poema *La batalla de Accio,* hubieran evocado en su mente recuerdos dolorosos. De esta actitud vino a sacarle un lictor, anunciándole que una mujer extraña y cubierta de polvo, que decía venir de Delfos, mostraba gran empeño en hablarle, a pesar de lo avanzado de la noche.

Augusto volvió a reponerse oyendo las palabras del lictor.

—¿Qué quiere de mí esa extranjera? —preguntó César.

—Dice que viene a hablarte de parte del oráculo de Delfos.

Augusto se estremeció.

—¿Te ha dicho su nombre?

—Sí, pero todos nos hemos reído: debe ser una loca. Dice que se llama la sibila *Cumana.*

—Abridle las puertas —exclamó Augusto estremeciéndose—; dejad pasar a la enviada del oráculo de Delfos.

La *Cumana,* apoyada en su cayado, entró en la cámara del emperador. Ocho lictores con sus varas de sarmiento en la mano se quedaron junto a la ancha cortina de la puerta, como esperando la orden de su señor. La sibila, con paso grave, fatídico, misterioso, llegó a colocarse a tres codos de Augusto. Éste miraba a aquella mujer misteriosa con espanto.

—Tú ya no eres Augusto —le dijo la *Cumana*, con una voz que parecía salir de una tumba—, el rey más poderoso y más grande de la tierra, porque ha nacido tu Señor en Belén de Judá. He aquí la última revelación de Apolo antes de enmudecer para siempre, antes de bajar al infierno por una eternidad.

La sibila partió la varilla de acero que llevaba en la mano; las víboras de metal que adornaban su extremo se agitaron, y sacando un papiro arrollado, lo puso en las manos de Augusto.

El César, sobrecogido, desenrolló el papiro y se puso a leer con voz insegura estos tres versos, últimas palabras del oráculo de Delfos:

Me puer hebraeus, divos deus ipse gubernans
Cedere sede jubet, tristemque redire sub orcum
Aris ergo lime Tacitis abcedito nostris.[113]

Apenas Augusto había pronunciado la última palabra de los tres versos del oráculo, cuando la *Cumana,* extendiendo el brazo hacia Oriente, exclamó:

—De Israel brota la luz que ha de disipar las tinieblas. ¡Ay de los ciegos idólatras del Olimpo! ¡Ay de los dioses paganos! Jesús les ha mandado enmudecer, y caen de los soberbios pedestales ante su glorioso nombre para bajar al infierno.

Augusto apretaba el papiro entre sus dedos, temblando ante el fatídico eco de la sibila. Gruesas gotas de sudor caían de su frente.

La *Cumana* continuó:

—Ya he cumplido la última misión del oráculo. ¡Atropos, corta el hilo de mi existencia!

La sibila lanzó un gemido doloroso, extenso.

El cayado se desprendió de sus manos, sus ojos se cerraron y cayó desplomada sobre la alfombra.

Augusto, espantado, salió de la estancia, oprimiendo los fatídicos versos con temblorosa mano.

Los lictores se abalanzaron a recoger a la sibila; pero al colocar sus manos sobre el cuerpo de la *Cumana,* sólo hallaron un esqueleto envuelto en un oscuro ropón que la cubría. El pánico se apoderó de los servidores del César, y huyeron de aquella estancia.

Mientras tanto, Augusto llegaba al camarín de Herodes, y el idumeo, viéndole entrar con el semblante descompuesto, sentóse sobresaltado sobre los almohadones de su lecho.

—Dime —le dijo el emperador sin darle tiempo—: ¿sabes tú algo de ese Rey poderoso, de ese nuevo Dios de dioses que los oráculos dicen haber nacido en Belén de Judá?

Herodes, reponiéndose un poco de la sorpresa que aquella visita le causaba, explicó a Augusto la llegada de los caldeos a Jerusalén, el rumor del pueblo hebreo, y las profecías de Daniel comentadas por los rabinos. El César quedóse pensativo, y después de una breve pausa, dijo:

—Tú partes mañana; pues bien, búscame a ese Niño, a ese Jesús anunciado por los profetas, y mándale a Roma escoltado como a un Rey poderoso; quiero que entre por la vía Triunfal en mi carro de oro, quiero tributarle los honores del triunfo.

Herodes prometió buscar a aquel Niño y cumplir las órdenes del César.

Cuando poco después Augusto se dejaba caer en su lecho, agitado y calenturiento, con el papiro en la mano que encerraba los tres versos del oráculo de Delfos, un lictor entró a decirle que la sibila *Cumana* había muerto.

—Pues bien —les respondió Augusto—, enterrad su cadáver en los fosos de la muralla, y no volváis a interrumpirme: quiero estar solo.

—Señor —volvió a decir el lictor con una entonación que demostraba claramente el miedo de que se hallaba poseído—, no es un cadáver, es un esqueleto.

—Pues bien, enterrad el esqueleto.

Los lictores, aunque con repugnancia, fueron a obedecer las órdenes del César, pero el esqueleto de la sibila *Cumana* había desaparecido.[114]

Capítulo X

UN CORAZÓN DE HIENA

Como acontece siempre, a la noche sucedió la luz del alba, y Herodes abandonó la casa de Augusto para emprender su viaje a Jerusalén, seguido de sus esclavos, aunque algo sobresaltado con las últimas palabras del emperador.

El idumeo, astuto y precavido, había solicitado del emperador, alegando su falta de salud, que le obligaba a permanecer sentado la mayor parte del día, que el viaje se hiciera por mar, embarcándose en el Tíber. El Cesar accedió y dispuso que las galeras se hallaran en el embarcadero de Roma. Herodes estaba enfermo; pero en realidad no era esa la causa de querer hacer el viaje por mar.

La acusación de sus hijos Aristóbulo y Filipo, y el complot de Antipatro y Paulo para asesinarle, le habían hecho concebir uno de esos planes feroces que con tanta facilidad se arraigaban en su perverso corazón.

«Mis hijos —se había dicho— me conocen, y durante la travesía por tierra intentarán escaparse, lo que no es muy difícil; pero por mar es otra cosa, pues nadie me impide que los amarre a la proa de la galera, de donde no podrán moverse sin mi voluntad».

Herodes hizo conducir a sus hijos hasta las orillas del Tíber en una litera custodiada por su fiel esclavo. Una vez allí mandó embarcarlos en la misma galera que debía conducirle a él. Las galeras esperaban a la comitiva para celebrar las ceremonias de costumbre antes de la partida. Aquellas naves estaban lujosamente ataviadas como para una fiesta. Multitud de guirnaldas de flores y vistosas banderolas colgaban del palo mayor, y de proa a popa.

Los tres órdenes de remeros sentados en sus bancos, con las palas levantadas tres codos sobre la amarillenta superficie del río, esperaban la señal del cómitre para emprender la marcha. Sobre el castillo de popa se hallaba el comandante, el piloto y el *pollero.* Este último tenía una jaula en la mano, donde se veían unos pollos de gallina, animales indispensables para la celebración de los auspicios.

Herodes subió sobre el castillo de popa, y dio principio la ceremonia, sin la cual no podía una nave abandonar el puerto.

El cómitre, a una señal del comandante, descargó un fuerte golpe sobre una tabla con el grueso bastón que llevaba en la mano. Todos se pusieron en pie y elevaron su plegaria a los dioses inmortales. Después el pollero arrojó dos puñados de trigo junto a la jaula y abrió las puertas, dejando en libertad a los inofensivos animales, que se arrojaron con avaricia sobre el codiciado grano que veían ante sus ojos. Entonces un anciano venerable, de barba blanca y extraño y vistoso traje, se adelantó hasta colocarse junto a la jaula.

Su vestido era un arabea listada de púrpura y escarlata, sujeta a su cuerpo con

unos corchetes de oro. Un bonete cónico de fondo blanco, con signos cabalísticos negros, cubría su venerable cabeza. Su diestra empuñaba un bastoncito curvo de metal. Este anciano era un augur, especie de sacerdote encargado de profetizar lo futuro, a quienes los romanos tenían una veneración sin límites.

El anciano, después de una ligera pausa, durante la cual examinó con detención cómo comían los pollos, elevó sus ojos al cielo con fanática y supersticiosa actitud, y, luego tocando a uno de los pollos con el extremo de su vara, exclamó con voz robusta, para que lo oyeran los tripulantes de las tres galeras que se hallaban alrededor de la que él ocupaba:

—Los pollos comen con avaricia… el grano cae de sus picos esparciéndose por el suelo… ¡Buen agüero!… ¡Buen agüero!

Un grito de gozo resonó en las galeras. Entonces se sacrificaron algunas víctimas para la felicidad del viaje. Si uno hubiera estornudado durante esta ceremonia a la izquierda del comandante, o alguna golondrina hubiera cruzado revoloteando por encima de la nave, el viaje se hubiera suspendido. Tal era en aquella época el fanatismo de los romanos.

El augur, en vista de que la ceremonia se había terminado sin que el síntoma más pequeño viniera a interrumpirle, presagiando un desastre, y viendo además el cielo limpio y despejado, dio el permiso al jefe de la expedición para que las galeras salieran del puerto.

Entonces el augur fue transportado a la orilla en una especie de canoa, y durante la corta travesía le acompañaron las bendiciones y los gritos de los tripulantes. Luego el comandante dio la orden de marcha.

El cómitre dejó caer por segunda vez su bastón sobre la tabla, y los palos de los remeros, como si estuvieran dirigidos por una sola mano, se hundieron a un tiempo en las aguas del río, produciendo un ruido sordo y acompasado.

Las galeras, empujadas por la corriente y los remos, comenzaron a deslizarse sobre las amarillentas aguas del Tíber, en dirección al mar Tirreno.

Apenas desembocaron en el mar, se armaron las velas, porque el viento era favorable.

Herodes, echado sobre mullidos almohadones en el castillo de popa, departía con el comandante a la sombra de un toldo de lienzo que se había colocado para librar al ilustre pasajero de los rayos del caluroso sol de junio.

Sus dos hijos vigilados por Cingo y sus compañeros, se hallaban en la proa.

Aunque el tribunal había pronunciado la sentencia en favor del padre, concediéndole todos los bárbaros privilegios de la ley IV que ya conocen nuestros lectores; Herodes fingiendo seguir los consejos de Augusto, se había mostrado con sus hijos, durante los últimos días de permanencia en Roma, con una amabilidad tal, que el César, engañado por la falsa conducta del Idumeo, creyó terminadas las cuestiones enojosas de familia.

Libre de la conjuración de Paulo, gracias al incansable celo de su esclavo Cingo,

y navegando hacia sus costas, seguro de la gente que le escoltaba, apenas la quilla de su galera rasgó las aguas del Mediterráneo, Herodes mandó a sus esclavos que para mayor seguridad pusieran una cadena al cuello a sus hijos.

El comandante de la flota y el centurión Antonio miraron aquella orden con repugnancia, censurando aquel acto de barbarie paternal en el fondo de su conciencia, pero ateniéndose a las órdenes de su dueño, no se atrevieron a oponerse.

Aristóbulo y Filipo conocieron desde aquel momento el desastroso fin que les aguardaba; pero eran jóvenes y valientes, y su padre no pudo ver en sus labios más que una sonrisa de desprecio y en sus ojos una mirada de odio.

La flota llegó sin tropiezo, después de algunos días de viaje, a las costas de Fenicia. Herodes vio desde el castillo de popa de su galera las altas cordilleran del Líbano, y mandó al piloto que atracara las galeras en el puerto de Berito, que cual un ave marina se veía sobre una roca dos millas del mar en las riberas del Mediterráneo occidental. El piloto dirigió la proa de sus naves hacia la costa, y una hora después, los remeros, abandonando sus banquillos, amarraban la nave en las estacas y fuertes argollas del embarcadero de Berito.

Herodes manifestó al comandante de la flotilla que quería desde aquel punto hacer el viaje en litera, y después de distribuir una suma considerable entre los tripulantes, desembarcó sobre la playa, siguiéndole Antonio con su centuria.

Entonces la escolta del rey tributario y los habitantes de Berito, que habían acudido atraídos por la curiosidad, presenciaron una escena terrible, cruel, inhumana.

Herodes había mandado a sus esclavos que armaran su litera, y se hallaba echado muellemente sobre sus almohadones, hablando con su esclavo Cingo, mientras desembarcaban los caballos de la centuria que debían escoltarle hasta Jerusalén.

—Cumple mis órdenes, Cingo, y despachemos —dijo Herodes a su esclavo—: tengo grandes deseos de entrar en Jerusalén y ver a mi hijo Antipatro.

Cingo se separó de la litera y fue a reunirse con los esclavos, que algo separados de aquel sitio cuidaban de los bagajes y de los prisioneros, esperando las órdenes de su amo.

Sin que nadie comprendiera el motivo, seis de los esclavos clavaron con una prontitud maravillosa sobre la movible arena unos caballetes de madera en forma de horcas, y antes de que los espectadores pudieran darse cuenta de nada, aquellos malvados, ciegos instrumentos del feroz escalonita, arrollaron un lazo corredizo a los cuellos de los infelices Aristóbulo y Filipo, y arrastrándolos con increíble ferocidad hasta el pie de la horca fueron colgados en presencia de todos, sin que nadie se atreviera a evitar aquel acto de barbarie.

Aquellos desgraciados príncipes lanzaron horribles maldiciones durante la prolongada agonía de su muerte.

Pero aquel padre bárbaro y cruel, en cuyo corazón no existía ningún sentimiento bello ni humanitario, presenció la ejecución con indiferencia.

El pueblo y los soldados romanos, tan pronto como se apercibieron de lo que allí

acontecía, lanzaron un grito de horror.

Entonces Herodes, asomando su cuerpo tanto como pudo por la portezuela de su litera, exclamó con voz entera y vibrante:

—¡Romanos, fenicios!, oíd: Ésta es la justicia que el rey de Jerusalén manda hacer en las personas de sus rebeldes hijos. ¡A Jericó! ¡A Jericó!

Esto dijo Herodes. Sus palabras helaron de espanto a los ingenuos habitantes de Berito y a los rudos soldados del Capitolio.

Luego corrió las cortinillas de la litera y se dejó caer sobre los mullidos almohadones.

La comitiva se puso en marcha por la vía romana, que, cruzando la Galilea y la Samaria, conducía a la ciudad favorita del idumeo.

Poco después, los dos cadáveres, con el pelo erizado, la mirada vidriosa y la faz cárdena y descompuesta, se balanceaban en silencio sobre las arenas de la playa.

Los cuervos del Líbano olfatearon la carne muerta, y abandonando sus cóncavas rocas, comenzaron a mecerse sobre las horcas, lanzando estridentes graznidos.

El padre les brindaba el festín con los cadáveres de sus hijos; pero los habitantes de Berito, repuestos un tanto de su sorpresa, burlaron sus carnívoras esperanzas, dando un sepulcro ignorado y humilde a aquellos dos príncipes infortunados.

……

Herodes llegó a su ciudad favorita. Durante el camino, Antonio y su centuria, aterrados con la cruel venganza de aquel padre bárbaro, siguieron triste y cejijuntos la litera de su nuevo señor, como si fuera el cadáver de un general, muerto en el campo de batalla.

Su consigna era obedecer a Herodes. Aquellos soldados rudos y curtidos en la guerra obedecían sin replicar, pero con repugnancia.

Cuando el idumeo llegó a Jericó, mandó sin perder un momento a Verutidio con su legión sobre Jerusalén, la ciudad santa.

El general romano debía apoderarse de Antipatro y trasladarlo a Jericó cargado de cadenas; pero el príncipe rebelde, sabedor de que su padre había frustrado sus planes, antes de que los soldados romanos llegaran a las murallas de Jerusalén, creyéndose perdido, salió disfrazado de la ciudad durante la noche, y gracias a la velocidad de su caballo logró salvarse por entonces del peligro que le amenazaba.

Algunos cómplices de Antipatro fueron conducidos a los calabozos de la torre Antonia cargados de cadenas.

Cuando el feroz Herodes supo que su hijo se había escapado, tuvo un acceso de cólera terrible. Aquel monstruo, olvidándose de la dignidad de un rey, se rasgó los vestidos, y atacado de los terribles dolores de estómago que padecía, se revolcó por el suelo, arrojando espumarajos y blasfemias por su inmunda boca.

Más que un monarca, parecía un perro rabioso; más que un hombre, se asemejaba a una bestia inmunda devorada por las mordeduras de los insectos venenosos. Cuando el Escalonita era presa de esos accesos de furor, sólo dos personas se atrevían a

dirigirle la palabra: su nieto Achiab y su esclavo Cingo; porque era peligroso hablarle en aquellos momentos.

—¡Achiab! ¡Achiab! —gritó el feroz idumeo clavando sus espantados y vidriosos ojos en el niño, que temblaba de miedo a su lado—, si algún día llegas a colocar una corona sobre tus sienes, recuerda la historia de Amullio, Remo y Rómulo… ¡Mata, hijo mío, mata! Porque los usurpadores siempre usurpan, con el poder, la vida a los reyes.

El niño, que era el enfermero de su abuelo, creyendo que aquellos gritos eran hijos de los agudos dolores que padecía, trémulo y aturdido, cogió una copa, y vaciando en ella el contenido de una botella, fue a ofrecérsela a su abuelo, diciéndole:

—Bebe; esto te calmará.

—¡Ah! —exclamó el enfermo—. ¿Con que tú también quieres envenenarme?

Esta desconfianza hizo ruborizar al joven. Dos lágrimas se desprendieron de sus ojos, y por única respuesta aplicó a sus labios la copa, apurando la mitad de su contenido.

—Bebe, abuelito —volvió a decirle.

Herodes, como avergonzado de aquella sospecha, apuró el resto de la copa, y luego dijo, procurando endulzar su acento:

—¡Vete, Achiab, vete! Quiero estar solo con Cingo.

El niño salió, después de besar la frente del anciano.

El rey y el esclavo quedaron solos.

Entonces Herodes se incorporó, y clavando sus fosfóricos ojos en Cingo le dijo, extendiendo su brazo hacia la puerta.

—¡A Belén, Cingo, a Belén, y que no quede ni un belemita de dos años abajo en todos sus contornos! Soy el rey de Judá y quiero que a mi muerte mi corona pase a mis hijos y a los hijos de mis hijos.

Cingo salió sin despegar los labios a obedecer las órdenes de su señor. El idumeo, cuando se vio solo, murmuró estas palabras:

—Augusto quiere que le mande a Jesús como a un rey, para tributarle los honores del triunfo. ¿Querrá darle mi corona?

Y comenzó a acariciar la corona, que siempre tenía a su lado, y a sonreír de un modo feroz, diciendo:

—No irá a Roma, no irá a Roma. Los muertos, no reinan, ni hablan, ni se vengan.

Capítulo XI

CÁNTICOS DE ALEGRÍA

Cantad, aves de Oriente, desde las altas copas de los árboles que os sirven de nido. Extender vuestras alas de pintados colores, que ya el céfiro matinal riza con sus besos delicados vuestra suave pluma.

Rosas de Jericó, aromáticas yerbas del Carmelo, azucenas delicadas de Zabulón, violetas del Jordán, extended sobre la tierra el aroma de vuestros cálices, porque ya la delicada aurora derrama sobre vosotras el cristalino rocío que os sustenta y embellece. Perfumad el ambiente, hermosead la tierra, porque el cielo puro y radiante sonríe sobre vosotras, y la brisa murmura melancólica entre las verdes ramas de las palmeras de Jerusalén.

Jamás un día tan hermoso, tan risueño, ha extendido sobre la fértil Palestina sus radiantes resplandores, su poética y hermosa luz. Los hombres abandonan sus casas con el primer rayo del sol que viene a saludarles, y se encaminan alegres hacia sus campos con el espíritu tranquilo y el semblante risueño.

Porque un cielo sin nubes espanta los pesares; porque el sol cuando nace sin manchas que lo obscurezcan, sin nubes que lo oculten, derrama sobre los hijos del trabajo un bienestar, una alegría inexplicable, un gozo que llena el alma de inefable contento.

A la poética armonía de la mañana que nace, al inimitable canto de las aves que la saludan, al embriagador aroma de las flores que la perfuman, al delicioso soplo de la brisa que gime acariciando las copas de los árboles, a las nubes de púrpura y plata que preceden al sol, se une, para embellecer más los encantos del día, el alegre canto de las mujeres de Belén y Ramla, que al son de pastoriles instrumentos se dirigen gozosas y engalanadas hacia la ciudad de David, como si fueran a la fiesta de los ázimos de la ciudad santa.

¿A dónde se encaminan con sus más lujosos trajes? ¿Por qué llevan todas un tierno infante en sus brazos, que sonríe como la luz de la aurora a las dulces caricias y a los alegres cantares de sus madres? ¿Qué novedad ocurre en Belén, que por todas partes se dirigen hacia su empinada cima las mujeres de Judá, llenas de gozo?

Un anciano, envuelto con el ancho y rayado alquicel de los habitantes de la ribera del mar Rojo, sigue el camino que conduce a la infecunda Idumea; y ve a las mujeres que avanzan hacia él en camino opuesto; sus cantos, sus gritos de alegría, sus risueños semblantes le llaman la atención y detiene su paso. Apoyado en su grueso bastón de cedro se para en el centro del camino y las espera.

—Mujeres de Judá —les dice con tembloroso acento—, ¿a dónde corréis en alegre cuadrilla tan de mañana, con vuestros tiernos primogénitos en los brazos?

—Anciano —le responde la más decidora de todas—, ¿quién ignora en Belén y

sus cercanías el regocijo de las madres?

—Yo soy extranjero… Mi tienda se alza en la Arabia pétrea, y hoy cruzo por las tribus de Israel como las aves de paso en busca de su nido.

—Dirige tus pasos hacia el templo de Sión, vente con nosotras y te haremos partícipe de nuestra inmensa alegría.

—No puedo… mis hijos y mi esposa me esperan en las orillas del mar Rojo… Cada sol que muere arranca una lágrima a sus ojos… aquella lágrima es un recuerdo tributado a mi memoria. Pero contadme el motivo de vuestro contento, para que yo en las veladas del invierno lo refiera a mis hijos, cuando al amor de la lumbre les narre las aventuras de mis viajes.

—No podemos detenernos: en Belén nos esperan antes de que termine la vigilia matutina; de ello depende el porvenir de nuestros hijos.

—Entonces no os detengo. Que la paz sea con vosotras.

—Contigo vaya, honrado extranjero.

El anciano se encaminó con tranquilo paso hacia los montes de Judea. Las mujeres volvieron a entonar sus cantares, y alegres y gozosas comenzaron a trepar por las faldas del monte en cuya cima descansa la patria inmortal de David, la cuna santa de Jesús.

Retrocedamos algunas horas para saber el origen de la alegría y el contento de las belemitas.

A la caída de la tarde del día anterior, Cingo, el feroz esclavo de Herodes, llegó con un fuerte destacamento al pueblo de Belén. El belicoso son de la trompeta anunció a los pacíficos belemitas que iba a publicarse algún edicto del César o de su rey Herodes.

No se engañaban; un heraldo, con clara y vibrante voz, dijo estas palabras, que fueron repitiéndose como un eco por todos los extremos de la ciudad hasta perderse en sus cercanías:

«Yo, Herodes, rey de Judea, y gobernador general de las doce tribus de Israel, por el presente edicto, mando y ordeno: Que todas cuantas madres de Belén y sus cercanías que tuvieren hijos varones de edad de dos años abajo, se presenten con sus hijos en brazos en el atrio de la piscina grande de Belén, mañana durante la vigilia matutina, a recibir el premio que me place concederlas por el precioso don de primogenitura que el Dios de Sión les concede para honra de sus nombres y aumento y gloria de su raza. La madre que, desobedeciendo este edicto, faltare a hora y lugar citados, será castigada con la separación de su hijo. Cúmplase mi real voluntad.—Yo, *Herodes*.»

Estas palabras recorrieron la ciudad de David y sus cercanías, llenando de gozo los corazones de las madres. Las ignorantes belemitas soñaron durante la noche en el brillante porvenir que su rey destinaba a sus hijos.

¿Cómo faltar al llamamiento, cuando la puntualidad era premiada y la falta castigada de una manera tan dura?

Pero, ¡ay!, aquellas madres infelices, desconociendo la inaudita barbarie de su rey, corrían gozosas a colocar sus blancos corderos bajo el hacha de los verdugos.

El sitio destinado para la horrible matanza, era un ancho patio rodeado de muros. Cingo, el encargado de llevar a efecto las órdenes secretas del escalonita, rodeado de sus terribles compañeros, esperaba tranquilo el momento del degüello. Las inocentes madres comenzaron a entrar en el sangriento matadero. Los niños sonreían en sus brazos, y ellas saludaban con amabilidad a sus verdugos, mostrándoles gozosas el adorado fruto de sus entrañas, y así fueron llegando una tras otra hasta que se llenó el local.

Entonces Cingo extendió una mirada feroz sobre aquel cuadro de maternal cariño que se agitaba en torno suyo, pensando que había llegado el momento de ejecutar las órdenes de su señor.

Una madre se le acercó para preguntarle cuándo se les distribuiría el galardón ofrecido. Aquella infeliz llevaba dos niños: el más pequeño dormía, libando la sabrosa leche del pecho maternal; el mayor, de dos años de edad, sonreía apoyado en su brazo izquierdo, como si el negro y reluciente semblante del esclavo le hubiera hecho gracia.

—¿Cuándo se distribuyen los premios, señor? —preguntó la madre inocente—. Yo tengo prisa: los quehaceres de la casa me esperan.

—Ahora mismo quedarás libre y dueña de tu voluntad —le respondió Cingo.

Y extendiendo su nervuda mano, antes de que la madre infeliz se diera cuenta de ello se apoderó del tierno vástago, y arrancándolo del nutritivo pecho, lo estrelló inhumanamente contra el ángulo del muro.

La madre abrió los ojos con espanto, y lanzando un grito horrible, aterrador e inexplicable, cayó sin sentido sobre el palpitante y despedazado cuerpo de su hijo. Aquel grito fue la señal de la matanza.

¿Dónde hallar colores tan poderosos para bosquejar el cuadro de los mártires belemitas, con la verdad horrible y sangrienta, cuando sólo con traer a la memoria tan incomprensible barbarie, exhala un grito de espanto el corazón y una lágrima de dolor brota en los ojos?

San Agustín, con su fecundo y poderoso ingenio, con su santa y elevada inspiración, con los inimitables rasgos de su inmortal pluma ha descrito el cuadro de la degollación con una verdad, con un sentimiento a que es muy difícil aproximarse.

Oigamos, pues, por un momento al africano convertido,[115] al poderoso autor de *La ciudad de Dios.*

Su relato es gráfico como la luz del día, sintético como el dolor, inspirado como las lágrimas que brotan de las almas doloridas.

Dice así:

Capítulo XII

LAMENTOS DE DOLOR

> «Se ha oído en Ramla una voz de lamento, de luto, y de gemidos; es la voz de Raquel que desde su tumba llora a sus hijos y no quiere admitir consuelo porque no existe».—(Jeremías.)

«¡Gran martirio!… ¡Cruel espectáculo!… Desnúdase el alfanje sin haber causa que le desnude.

»Ensangriéntase furiosa la envidia sin que nadie le opusiera resistencia, y recibía la ternura los golpes que no había podido provocar.

»La amarga queja de las desoladas madres superaba al gemido triste de los degollados corderillos. Luchaba la naturaleza agraviada en sus más amorosas prendas, y apelaba a las leyes de la compasión anegada entre sangrientos girones.

»Arrancábase los cabellos la infeliz madre cuando los feroces verdugos le arrebataban de sus amorosos brazos la mitad de su alma. Cuantas diligencias empleaba para ocultar al tierno infante, otras tantas practicaba el inocente niño para descubrirse. No sabía callar, porque aún no había aprendido a temer, y luchaban a brazo partido el verdugo y la madre; ésta por retener y salvar a su querido hijo, aquél por arrancar de su seno al tierno mártir.

»—¿Por qué apartas de mí al que engendré en mis entrañas? —decía al sayón la triste madre—. Mi vientre le dio el ser, mi pecho le alimentó; nueve meses abrigué cuidadosamente al que tú despedazas con mano cruel y sangrienta. Ahora acaba de salir de mis entrañas, ¡y tú le arrojas contra la dura tierra!…

»Otra madre desconsolada al ver que despedazando a la prenda de su corazón la dejaban con vida, decía a su verdugo:

»—¿Para qué me dejas sola? Si hay culpa, esa es mía… mía, ¿no lo oyes? Si no hay delito y es sólo por el placer de matarle, entonces junta la sangre mía con la de mi hijo, y líbrame de este modo del dolor que siento.

»Otra afligida, decía:

»—A uno buscáis y a muchos destruís, y a ese uno que buscáis jamás lo encontraréis.

»Mientras que otra infeliz, apretando contra su dolorido corazón el cuerpo ensangrentado de su hijo, exclamaba elevando sus llorosos ojos al cielo:

»—¡Ven ya, Salvador del mundo! Por más que te busquen, a ninguno temes: que te vea el tirano y no quite la vida a nuestros queridos hijos.»

Hasta aquí San Agustín.

La sangre inocente enrojecía la tierra. El dolor de algunas madres era tan

inmenso, tan terrible, que se sentaban en el suelo con los destrozados cuerpos de sus hijos en los brazos, y comenzaban a mecerles y a cantarles como para dormirles.

Aquellas desgraciadas tenían los ojos sin lágrimas, la sonrisa en los labios, y cantaban porque habían perdido la razón.

Otras, más varoniles y menos resignadas con su suerte, al ver maltratados a los queridos trozos de sus entrañas, se abalanzaban contra los verdugos como las panteras heridas, y hacían presa con sus dientes en las manos de los sayones, cayendo, después de una lucha desesperada, anegadas en sangre sobre el cadáver de sus hijos.

Más de sesenta belemitas, sacrificados al furor de Herodes, yacían degollados en el ancho atrio de la piscina. El cuadro, era horrible, espantoso; la historia lo recuerda con asombro, sin ejemplo. La cruel matanza había terminado, y los verdugos se disponían a abandonar aquel inmenso bazar de sangre y dolor cuando vieron a una mujer que se dirigía hacia aquel sitio con un niño en brazos.

Aquella infeliz, ignorante de lo que le esperaba, se iba acercando hacia el matadero de los inocentes entonando alegres cantares. De vez en cuando elevaba a la altura de su frente los delicados piececitos del infante, haciendo que los apoyara en su cara, y los besaba. El niño se reía de las ternezas que le tributaba su cariñosa madre.

Cingo salió al encuentro de aquella mujer, y sin despegar los labios extendió su callosa mano y se apoderó del niño por una pierna. La inocente criaturilla quedó colgando de la mano del verdugo con la cabeza hacia abajo. La madre lanzó un grito de sorpresa; el niño prorrumpió en un lloro amargo.

—¡Ay de ti, miserable esclavo, si tocas un solo cabello de ese niño! —exclamó la mujer con las facciones horriblemente contraídas por el asombro y la rabia.

—Nada temas —le respondió Cingo sonriéndose de un modo feroz—; lo que es él no me denunciará a los jueces de Jerusalén.

—Tiembla, infame —volvió a decir la mujer, a quien dos satélites de Cingo habían sujetado—: ese niño es el heredero de la corona de Judá, es hijo de reyes, y está destinado a ocupar un trono.

Al oír estas palabras, en el obscuro semblante de Cingo brilló una alegría feroz.

—¡Ah! ¿Conque este niño es el rey de Judá? —la dijo—: pues a éste buscábamos: la sangre derramada podía muy bien haberse evitado; y haciendo girar al niño como un molinete sobre su cabeza, lo despidió por el aire con toda su fuerza.

Sus compañeros lanzaron una carcajada horrible y recogieron con sus manos aquel cuerpo que su jefe les enviaba por el aire.

Uno de ellos separó con su espada la tierna cabeza del inocente cuerpo, y se la presentó a su jefe doblando una rodilla en el suelo y diciendo con incalculable cinismo:

—Cingo yo te presento la cabeza de un rey: no te olvides de darme el galardón.

La infeliz mujer no pudo resistir aquel sangriento espectáculo, y cayó de espaldas sin sentido.

Cingo ató la cabeza del niño a un extremo de su manto y salió de la piscina seguido de sus feroces soldados.

Las madres se quedaron solas en aquel sitio de horror y sangre.

Espantadas, llorosas, sin darse cuenta de lo que les acontecía permanecieron horas y horas junto a los restos destrozados de sus hijos, como si una mano poderosa les sujetara a pesar suyo, en aquel sitio.

Llegó la noche, y la luna clara y hermosa derramó la lluvia de plata que brota de su frente sobre aquel campo de sangre.

Diríase que el astro luminoso de las tinieblas, por voluntad suprema, brillaba con más claridad que nunca, para que las almas de los inocentes belemitas llegaran al cielo guiadas por sus tibios y radiantes resplandores.

Los padres regresaron a sus casas terminadas sus cotidianas faenas del campo.

Su dolor, su asombro, fueron grandes al saber la horrible tragedia durante su ausencia.

Pero, ¡ay!, aquellos infelices e indefensos labradores, ¿qué otra cosa podían oponer al furor de Herodes y al poder de los romanos, que sus lágrimas?

Lloraron… sí, lágrimas de fuego; lamentos de dolor inexplicable se oyeron en Belén y sus cercanías que llegaron hasta las tumbas de los muertos, y estos unieron sus lágrimas y sus lamentos con los que les habían sobrevivido para presenciar la inconcebible escena de la Degollación de los Inocentes.

Belén, patria de David, cuna de Dios, fue la madre de los primeros mártires del cristianismo.

La sonrisa de aquellos ángeles inmolados bajo la mano de un rey sanguinario, cae aún benéfica y fecunda como el rocío matinal sobre las flores, endulzando las amarguras de las almas cristianas que doblan su frente ante el Leño Santo que ha sembrado la fecunda semilla de la libertad del hombre, de la caridad y de la mansedumbre.

Los destinos del Eterno comenzaban a cumplirse desde aquella noche fatal.

Dios se había salvado para morir más tarde: la sangre de la redención fue precedida por la sangre de los inocentes belemitas.

Capítulo XIII

LA SANGRE EN EL ROSTRO

Los verdugos de Belén llegaron a la ciudad santa a la caída de la tarde.

Cingo distribuyó entre sus feroces compañeros el precio de su horrible asesinato, y aquellos miserables se desparramaron por la ciudad, ansiosos de ahogar con los vapores del vino el remordimiento del crimen que acababan de perpetrar.

Aquella noche los habitantes de Jerusalén, a cuyos oídos había llegado la noticia del sangriento drama, presenciaron escenas de increíble cinismo. Los compañeros de Cingo discurrían por las calles beodos, haciendo alarde de su brutal ferocidad y disputándose el número mayor de víctimas que había inmolado su cruel cuchilla. Uno de ellos enseñaba su brazo cubierto de heridas a sus amigos, diciendo:

—Yo he cortado veinte cabezas: ved aquí clavados los dientes de las madres.

Sus compañeros soltaron una feroz carcajada; pero en medio de aquellas risas salvajes, incomprensibles, flotaba una cosa sombría: era el fantasma terrible del remordimiento, que clavaba sus envenenadas saetas en los corazones de aquellos miserables asesinos. Más tranquilo que sus satélites, el esclavo favorito se encaminó hacia el palacio de su señor. Como siempre, penetró en el dormitorio de Herodes por la puerta secreta. El idumeo se paseaba con grandes muestras de agitación cuando Cingo entró en su cámara.

Una sonrisa feroz apareció en sus labios.

—Cingo… ¿eres tú? ¡Ah! Gracias a Moloc, vuelves por fin.

—Estás obedecido.

—¿Todos?

—Todos —respondió el esclavo con su acostumbrado laconismo.

—¡Ah!

Herodes exhaló un profundo suspiro desde el fondo de su corazón.

—Si hemos de dar crédito a una de las mujeres que se quedó llorando en Belén —volvió a decir Cingo con una frialdad cruel—, el rey de Judá no debe inspirarte el menor recelo: he aquí su cabeza.

Y el esclavo, desdoblando la punta de su manto, presentó la cabeza del niño que tan cruelmente había arrebatado de los brazos de la última belemita.

Herodes dejó aquel miembro insepulto sobre una mesa, y comenzó a examinarle en silencio. Las vidriosas pupilas del idumeo se fijaban con una tenacidad extraña en el lívido semblante de aquella cabeza ensangrentada. De vez en cuando se restregaba los ojos, como si algún estorbo le impidiera examinar a su placer aquellas facciones inanimadas.

—¡Es extraño! —murmuró después de una pausa—. Se me figura que yo he visto esta cara antes de ahora.

Cingo nada decía. Orgulloso con haber desempeñado tan fielmente la terrible misión de su señor, esperaba impasible la recompensa que, según costumbre, debía seguir al servicio prestado.

Herodes, preocupado siempre con el examen de la cabeza, y como si una duda le atormentara, cogió por los cabellos ensangrentados el cráneo del niño y acercóse a la ventana, como si quisiera con los últimos rayos del sol poniente que iban a morir, desvanecer las dudas que sentía.

En este momento alzóse el pesado tapiz que cubría la puerta, y una mujer pálida, ensangrentada y con los ojos hinchados por el llanto, se presentó en la sala.

La mujer lanzó un rugido reconociendo a Cingo.

Herodes volvió la cabeza.

—¿Tú aquí, Rebeca? —le preguntó el rey con extrañeza.

—¡Sí… yo! —exclamó la mujer con ronco y nervioso acento—; yo, que vengo a entregar al rey de Jerusalén el cuerpo de su hijo, para que lo una con la cabeza que tiene entre las manos.

Y Rebeca arrojó a los pies de Herodes el mutilado tronco de un niño que llevaba oculto bajo su manto.

—¡Ah! —exclamó el idumeo retrocediendo algunos pasos—. ¿Conque esta cabeza…?

—Es la de tu hijo; del hijo que encomendaste a mis cuidados, que yo he alimentado con el jugo de mi pecho; tu hijo, que ese infame ha asesinado por orden tuya.

Y Rebeca extendió su brazo en dirección a Cingo.

Herodes lanzó un grito y dejó caer la cabeza, que rodó por el suelo, produciendo un ruido hueco y frío.

Luego se llevó las manos a la cara para ocultar a sus ojos el cadáver del último fruto de su amor; pero aquellas manos estaban tintas en su propia sangre, y aquella sangre le manchó el rostro.

El esclavo no despegó sus labios: esperaba su sentencia, y a través de su negra piel se le vio palidecer.

Rebeca, cual la sombra del remordimiento, terrible, amenazadora, permanecía en medio de la sala, siempre con el brazo extendido en dirección al etíope.

—¡Dejadme!… ¡Dejadme!… —gritó el rey con acento amenazador después de un momento—. Pero llevaos a ese cuerpo ensangrentado de mi presencia; su vista me quema los ojos y hace arder mi corazón.

Rebeca recogió el destrozado cuerpo del niño, envolviéndolo en su falda y luego, lanzando una mirada amenazadora al esclavo, exclamó con tono profético:

—¡Ay del asesino de los primogénitos de Judá! Su nombre será maldito por los siglos de los siglos, y en la última hora de su muerte las furias del averno se gozarán en destrozarle las entrañas con sus lenguas de fuego.

Y Rebeca salió de la cámara del rey, estrechando contra su pecho el cadáver del

inocente mártir. Cingo iba a hacer lo mismo, cuando Hedores exclamó incorporándose:

—Espera…

—Señor, castígame: soy digno de tu enojo.

Y Cingo inclinó la cabeza como si esperara el golpe que debía vengar a su rey.

—No temas, Cingo; la fatalidad colocó bajo el filo de tu cuchillo el cuello de mi hijo. Culpa es del Dios enemigo de mi raza, y no tuya. Pero escucha: la sangre derramada será inútil si no logramos apoderarnos del hijo de Zacarías y del rebelde Antipatro; a tu celo encomiendo la tranquilidad de mi reino. Corre, busca, no perdones medio para que se realicen mis deseos. Mientras Juan y Jesús vivan, mientras Antipatro goce de libertad, la corona vacila en mi cabeza, el poder se escapa de mis manos, el puñal de mis enemigos me amenaza por todas partes, mi sueño es intranquilo, mi vida una agonía lenta y prolongada que me consume… Porque tú lo sabes, Cingo, esta enfermedad cruel que me devora alienta a mis enemigos; allá donde dirijo mis ojos les veo alzarse amenazadores, codiciando mi cetro y mis tesoros. Por todas partes levanta la cabeza la conjuración. Los fariseos, los asesinos, cada día más terribles y provocativos, conspiran hasta en el templo de Sión y en la ciudad santa. Esos dos niños que se han librado de mi castigo, les sirven para enardecer los ánimos de los israelitas. Pero tú, mi bravo Cingo, destruirás la esperanza de los hebreos. Corre… corre… pues en ti solo descansa mi trono. Los romanos son indolentes, y se hacen pagar muy caros los servicios que prestan a su señor, y, además, que estos asuntos deben desempeñarse en secreto y se debe preferir la noche al día: es más callada.

Herodes se detuvo. Sus hundidos y vidriosos ojos se fijaron de un modo tenaz en el impasible semblante de su esclavo, como si quisiera sorprender el efecto que habían producido sus palabras; pero el etíope, acostumbrado a obedecer ciegamente las órdenes de su señor, inclinó ligeramente la cabeza y encaminóse hacia la puerta.

El rey le detuvo cogiéndole por el brazo. Aquella familiaridad hizo estremecer al esclavo.

—Si logras presentarme las cabezas de Juan y de Jesús, yo te ofrezco en recompensa un talento hebreo, y devolverte la libertad.

Herodes dijo estas palabras poco a poco, y como dejándolas caer en el corazón de Cingo.

El esclavo contestó con impasibilidad:

—Eros, el esclavo de Marco Antonio, ha inmortalizado su nombre muriendo a los pies de su señor; mi única ambición es inmortalizar el mío muriendo por ti.[116]

Herodes tendió una mano a aquel bravo y leal servidor, que no tenía más voluntad que la de su dueño.

Cingo besó aquella mano que su rey le alargaba, y en sus negros y penetrantes ojos, en sus grandes y toscas facciones, pudo distinguirse bien claramente la inmensa alegría en que rebosaba su corazón.

—Parte, y no olvides que te espero.

—Jamás descanso cuando mi señor me encomienda algo que le importa.

El esclavo salió del aposento, caminando de espaldas hasta la puerta. El rey de Jerusalén quedóse algunos momentos inmóvil en mitad de su cámara, como si con la ausencia de su esclavo hubiera sentido un vacío en su corazón.

De repente su semblante tornóse lívido y desencajado, sus ojos se hundieron y todo su cuerpo se contrajo de un modo horrible. Algunas manchas de un color purpúreo asomaron a la piel de su rostro, y su boca, contraída por el dolor, se abrió para dar paso a un prolongado gemido. Llevóse las manos al estómago, y su cuerpo, agitado por una convulsión nerviosa, se desplomó sobre la mullida alfombra, gritando:

—¡Socorro!… ¡Socorro!… ¡Que me muero!…

Herodes se revolcaba por el suelo como un condenado. Por su boca salían borbotones de espuma, y un temblor convulsivo agitaba su cuerpo. Diríase que el soplo del infierno le estaba quemando las entrañas. Su familia acudió precipitadamente y le trasladó a su lecho.

Los médicos le rodearon, prestándole los auxilios de la ciencia, pero la enfermedad se había declarado sin máscaras; tenía un cáncer en el estómago, y este horrible mal debía conducirle al sepulcro muy en breve, después de hacerle padecer de un modo incalculable.

Dios, harto de los crímenes del feroz idumeo, le comenzaba a castigar dándole una agonía larga y dolorosa.

La Providencia es muda, invisible; pero su mano poderosa y justa, reparte desde el cielo los bienes y los males con una justicia irreprochable.

Capítulo XIV

PRELUDIOS DE LA MUERTE

Cingo era hombre de clara y rápida imaginación para concebir y coordinar los golpes de mano que le encomendaba su señor. Bastáronle algunos minutos para formarse el plan de sorpresa que debía seguir en la ardua comisión que se le confiaba. Llegó a la planta baja del palacio, y cruzando un corredor, entróse en la cuadra destinada a los esclavos.

Una vez allí, eligió cuatro hombres de su confianza, y mandóles que ensillaran sus caballos y que se echaran sobre los hombros el alquicel de los mercaderes árabes, sin olvidar el puñal de Damasco en la cintura.

Hechos los preparativos, esperó impasible que el sol doblara las espaldas de occidente, y entonces, a favor de las tinieblas, salió, seguido de sus satélites, de la ciudad santa. Una vez en el campo, enteró a sus compañeros de la importante comisión que le había confiado el rey; después, con ese silencio peculiar a los asesinos, se encaminaron hacia el sur de Jerusalén en busca de la ciudad de Aín, patria del Bautista.

Cingo, como hemos dicho ya, había calculado el modo de ejecutar su plan. Se había dicho:

—Juan es estimado en más por los israelitas que Jesús; apoderémonos primero de Juan.

En cuanto a Antipatro, el hijo de Herodes, tenía la esperanza de hallarle en Jericó, en casa de la esclava Enoé.

Aín dista sólo dos leguas largas de la ciudad santa; pero como el camino es montañoso, y la noche oscura en demasía, los perseguidores del hijo de Elisabet llegaron casi mediada la noche a los arrabales de la ciudad.

Cingo dispuso que uno de sus compañeros se quedara guardando los caballos en un bosquecillo inmediato a Aín, mientras él, acompañado de los tres restantes, se llegaba a casa de Zacarías.

El terrible drama de Belén había alarmado a las madres de Judá. Cuando la noche cubrió con sus espesas sombras el sangriento cuadro; cuando se hallaron con los mutilados cuerpos de sus hijos en brazos, sentadas en uno de los rincones de sus casas; cuando sus ignorantes esposos regresaron del campo, ansiando endulzar las fatigas de un día penoso e ímprobo trabajo con la sonrisa y los besos de sus hijos, y se hallaron con la increíble realidad ante sus absortos ojos, el dolor, la desesperación, las lágrimas y los gritos de rabia y venganza fueron incalculables.

Aquellos sencillos israelitas no podían dar crédito a lo que estaban viendo.

Aquel mismo día, pocas horas antes, cuando el lucero de la mañana asomaba su disco refulgente tras los pelados riscos del valle de Josafat, habían abandonado sus

casas para dirigirse al campo.

La mañana era hermosa. El ambiente perfumado con las yerbas aromáticas del Carmelo, el cielo azul y sereno de Judá, la sonrisa de sus hijos que en brazos de sus esposas se asomaron a las ventanas para darles el adiós cotidiano, todo les anunciaba un día de trabajo, feliz y alegre.

Pero aquel cielo sin nubes, aquella mañana risueña había sido reemplazada por una noche de dolor; pero un dolor tanto más terrible, tanto más inconsolable, cuanto que estaban muy lejos de esperarlo.

¡Ay! Aquellos padres desgraciados, aquellos infelices israelitas acabaron por llorar, como sus esposas, sobre los sangrientos cadáveres de sus hijos.

Pueblo sin caudillo, raza envilecida por el yugo extranjero, los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob eran entonces un puñado de siervos que la orgullosa Roma encadenaba a sus pies.

Aquel pueblo privilegiado, aquella familia de héroes elegida por Dios para cuna del verbo Divino, ya no contaba entre sus hijos, a un Moisés que le ilustrara, a un Elías que hiciera llover fuego del cielo sobre sus enemigos, a un David que les elevara, a un Salomón que les enriqueciera y a un Josué que haciendo parar el sol en su carrera, les cubriera con los laureles del vencedor.

Su último caudillo, el heroico Judas Macabeo, el adalid fabuloso de Israel, el caudillo invencible de Judá, al derramar la última gota de su sangre por la independencia de su pueblo, había forjado las cadenas a las doce tribus de Israel, y desde entonces la ignominiosa mancha de la esclavitud se esculpía con oprobio en sus abatidas frentes.

Las setenta semanas de Jacob se habían cumplido. El Mesías anunciado por los profetas acababa de descender de los cielos. La raza humana contaba entre sus hijos al Salvador del mundo. Pero los judíos olvidaron a sus profetas, cerraron sus ojos a la luz y los oídos a la verdad, y escupiendo la santa faz de Cristo, elevaron sobre el Gólgota un madero para crucificarle.

Una maldición terrible pesa desde entonces sobre la miserable raza de los descreídos. Sin patria y sin hogar, sin leyes que les protejan, sin templos santos que les admitan en sus senos para implorar ante el Dios ofendido, el perdón de sus culpas; raza maldita y despreciable, su suerte es vagar errante sobre la ancha superficie de la tierra hasta la consumación de los siglos.

……

Hasta la pacífica y tranquila morada de Elisabet habían llegado los dolorosos lamentos de las belemitas. La noble anciana, temiendo por la suerte de su hijo, comunicó sus temores a una de sus criadas que había nacido en su casa; Zacarías se hallaba en Jerusalén ejerciendo los oficios de su sacerdocio; pero Elisabet no retrocede en su propósito, y apenas el último destello del día se extingue tras las montañas de Judá, abandona su hogar, llevando en brazos al pequeño Bautista, y, seguida de su fiel sirvienta, llega al monte Carmelo y se instala en una de sus

profundas e ignoradas grutas.

Un puñado de hojas secas sirve de lecho a las dos mujeres y al santo precursor de Cristo. Pero nada les arredra: allí, al menos, se creen libres del furor de Herodes.

Mientras tanto, Cingo y sus compañeros llegan a la ciudad de Aín e interrumpen el pacífico sueño de los criados de Zacarías. Preguntan por Juan el primogénito, y sus preguntas se quedan sin respuesta, porque todos ignoran su paradero. Amenazan con la muerte a los criados, y éstos se arrojan a los pies de sus verdugos derramando un mar de lágrimas.

Cingo necesita una víctima para aplacar la rabia de su señor. Pregunta por el anciano sacerdote, y se le dice que se halla de semana en el templo de Jerusalén.

Parte de Aín, llega a Jerusalén, penetra en la cámara de Herodes por la puerta secreta con el objeto de enterarle de su desgraciada comisión, y se detiene a la vista del espectáculo que se presenta ante sus ojos. El idumeo se halla tendido en su lecho, lanzando horribles blasfemias entremezcladas con dolorosos gemidos. Presa de una horrible convulsión, se revuelca sobre los mullidos almohadones. En pocas horas, el semblante del enfermo se ha desfigurado espantosamente. Su cuerpo exhala un hedor insufrible y repugnante; multitud de úlceras gangrenosas manchan la lívida piel de su rostro; un sudor pegajoso, inmundo, surca su frente, y sus ojos hundidos y empañados dirigen miradas vagas y moribundas en torno suyo. Su hermana Salomé agita un abanico de plumas sobre la cabeza del enfermo para refrescar la atmósfera, mientras su cuñado Alejo rocía de vez en cuando con esencias olorosas la cama y el cuerpo del enfermo.

A un extremo de la sala se hallan sentados cuatro ancianos alrededor de una mesa. Una lámpara de plata derrama su luz sobre un grueso volumen que se halla abierto.

Estos ancianos son los médicos del rey, que deliberan en voz baja. Oigamos lo que dicen.

—La enfermedad se ha descubierto por fin: es un cáncer en el estómago. El mal es terrible, incurable.

—Nunca deben perderse las esperanzas —repuso otro—; el médico tiene el deber de arrebatar su presa a la muerte.

—En nuestros libros no existe el remedio para el cáncer —volvió a decir el primero.

—Al otro lado del Jordán —volvió a decir el segundo— se encuentran los baños cálidos de Calliroe; sus aguas, que van a caer en el mar Muerto, son medicinales y gratas al paladar. Mi parecer es que el rey se bañe en Calliroe. Si esto no le salva, entonces que preparen la sábana de lino para envolver su cuerpo, porque su muerte es segura.

—Aún nos falta intentar —dijo otro— los baños de aceite aromático. Las úlceras de la piel se cerrarán, y el hedor del cuerpo desaparecerá.

—Todo es inútil —replicó el primero—; pero nuestro deber es aconsejar, y opto por los baños de Calliroe.

—El rey tiene sesenta años. Con esa edad y con ese mal el médico más sabio sólo puede engañar a la muerte por algunos días. Aconsejémosle pues, los baños de Calliroe.

Este parecer, que fue el de un anciano que no había despegado los labios hasta entonces, fue aprobado por sus compañeros, y después de mediar algunas frases en voz baja, uno de los médicos se acercó al lecho del enfermo con la sonrisa en los labios.

—¿Qué opina la ciencia, amigo Joaquín, de este pobre enfermo? —preguntó Herodes viendo que se acercaba su médico favorito.

—La ciencia, señor, opina que debes tomar los baños cálidos de Calliroe.

—¡Pero yo sufro horriblemente!… Es preciso que busquéis algo que aminore mis padecimientos. ¿Para qué sois médicos, si no? ¿Para qué os pago, para qué os tengo en mi casa? Pedid oro, pero dadme salud. ¡Ya que habéis estudiado el remedio de los males del cuerpo, apagad este infierno que devora mis entrañas!

—La ciencia aconseja los baños.

—¿Pero la ciencia me responde del resultado?

—El porvenir está en manos del Dios invisible.

—Entonces no sabéis nada.

—El hombre es imperfecto.

—Eso es dejar mi cuerpo en manos de la casualidad.

—No; la práctica es nuestro maestro, y ella nos aconseja lo que nosotros te aconsejamos.

—Pero, ¿no conoces, desdichado, que apenas puedo moverme? Mi cuerpo se hincha por momentos; estas úlceras se agrandan a cada instante; mis carnes se pudren, según el hedor que exhalan… ¿Cómo quieres que me ponga en camino, si todos los tormentos del infierno serán nada, comparados con los que voy a sufrir durante el viaje?

—Una litera conducida por tus esclavos puede trasladarte, sin que sufras por ello más que sufres ahora.

—Está bien —volvió a decir Herodes exhalando un suspiro doloroso—; me pongo en vuestras manos: haced de mí lo que os plazca, pero salvadme la vida, porque no quiero morir aún, ¿lo entendéis?

—Entonces dispón que se prepare todo para el nuevo sol.

—¡Ptolomeo! ¡Ptolomeo! —exclamó Herodes dirigiendo la palabra al viejo guardasellos—. Ya lo oyes, disponlo todo: la luz del alba no debe sorprendernos en Jerusalén.

Las órdenes de Herodes nunca se demoraban. Todos fueron saliendo de la habitación para disponer el viaje a Calliroe. De vez en cuando se estremecía, y cubriéndose el rostro con la colcha, murmuraba estas palabras:

—Pasad, ensangrentados fantasmas; no quiero veros, no quiero, no, no, no.

Capítulo XV

LA PROFANACIÓN

El rey se quedó solo, echado en su lecho.

Una lámpara lanzaba sus rayos melancólicos sobre la faz lívida y contraída del enfermo. El semblante del idumeo daba horror. Aquel enfermo, a pesar de su lecho de marfil, sus colchas de Egipto y sus almohadones de Damasco, parecía un viejo asqueroso y repugnante. El remordimiento, en la hora de la muerte, imprime una mancha espantosa en el rostro del criminal.

Cingo, que había permanecido oculto tras los pliegues de una cortina, entró en la sala apenas vio que su señor se hallaba solo. El esclavo, andando de puntillas para no meter ruido, se acercó al lecho. En este momento Herodes tenía los ojos cerrados; parecía un cadáver.

El esclavo le contempló unos instantes. Aquel negro infame, aquel hombre cruel y sanguinario que inmolaba bajo su puñal asesino todas cuantas víctimas le señalaba su amo, parecía conmovido ante el lecho de su dueño. Sus ojos se humedecieron, y un bronco y prolongado suspiro se escapó de entre sus gruesos labios.

El esclavo adoraba a su señor. Su cariño sin límites le hubiera colocado como a un Dios en el altar de Sión; porque para Cingo, el rey Herodes era todo el mundo.

El enfermo abrió los ojos, y se halló con la negra y sombría figura de su esclavo a la cabecera de su lecho.

—¡Ah! ¿Eres tú, mi leal Cingo? —le dijo con desfallecido acento—. ¿No lo sabes? Los médicos desconfían; la ciencia es impotente, y me dejan morir. Pero ¡ay de ellos! Mi último suspiro será su sentencia de muerte.

—Señor —le dijo el esclavo—, si la salud, si la vida pudiera trasmitirse como la riqueza, tú no morirías.

—¡Cómo!

—Porque yo te daría mi salud para salvarte.

—Lo sé, Cingo, lo sé… tú eres bueno y leal; yo no te he de olvidar en la hora de mi muerte, que no está lejos, según creo…

—Vive tú y no te ocupes de otra cosa; tu salud es para mí más que la libertad y la fortuna.

—Tú no eres mi esclavo; eres mi amigo, mi confidente.

—Señor…

—En cuanto me vea libre de esta horrible enfermedad, te nombraré general de las legiones herodianas, te daré la patente de hombre libre, y tendrás un palacio en Jerusalén y otro en Jericó.

—Déjame tu esclavo; sólo ambiciono servirte, aunque esta noche me ha sido imposible obedecer tus órdenes.

—No te comprendo.

—Elisabet, la esposa de Zacarías, ha huido de su casa, llevándose a Juan, su primogénito.

—¿A dónde? —preguntó Herodes incorporándose y como si aquella noticia le hubiera curado de sus padecimientos.

—Lo ignoro.

—¡Ah!

—Pero tengo un medio de descubrir su paradero.

—Habla.

—Zacarías es sacerdote.

—Lo sé. Continúa.

—Se halla de semana en el templo.

—¿En la ciudad?

—Sí, en Jerusalén.

—¿Y piensas?

—Que el padre nos indique el sitio en donde se halla el hijo escondido.

—Se negará: los israelitas son tercos.

—Entonces…

Y Cingo acarició el mango de su puñal.

—Es verdad, Cingo; con esos soñadores eternos, con esa raza terca y atrevida de Aarón, los reyes que ocupen el trono de Jerusalén es preciso que se jueguen el todo por el todo; sólo la muerte extermina a los enemigos irreconciliables… Mata, Cingo, mata si es necesario.

……

Al otro día, los aclamadores de oficio, los bajos herodianos que anhelaban elevar a su señor sobre el altar del santo templo como a un Dios, saludaron a Herodes con furiosos y repetidos vivas, apenas se presentó en la plaza para trasladarse a los baños de Calliroe.

Herodes no era cobarde; pero en los últimos días de su vida tuvo miedo a dos fantasmas que se levantaban a todas horas en su calenturienta imaginación: la rebelión, que le cercaba por todas partes, y los niños Juan y Jesús, aclamados en voz baja por los israelitas como los próximos libertadores de las doce tribus. Esto le quitaba el sueño.

Antes de abandonar la ciudad santa quiso mostrar a sus legiones su munificencia, su esplendidez para con los leales servidores de su trono, distribuyendo cincuenta dracmas a cada soldado y doscientas a cada capitán, sin contar muchísimos dones que distribuyó a sus amigos.

Seguro por esta parte de la fidelidad de sus legiones, porque el ejército entonces aclamaba por su señor al que con más largueza pagaba sus aclamaciones, salió de la ciudad santa seguido de un brillante acompañamiento, entre el que se hallaba una parte de su familia y los cuatro médicos de cámara.

Cingo se quedó en Jerusalén. El negro debía derramar sangre inocente y manchar con ella la casa de Dios.

El santo sacerdote Zacarías, el padre del Bautista, el sabio preceptor de la Virgen, estaba sentenciado a muerte. Sus verdugos no retrocedieron ante el horroroso y sacrílego crimen que iban a cometer. Cingo y sus infames compañeros se presentaron en el templo de Sión con el puñal homicida en la diestra. El anciano sacerdote se hallaba desempeñando sus santos oficios en el atrio interior de la casa de Jehová. Los verdugos le preguntaron por su hijo. Él, que ignoraba su paradero, respondió sencillamente que estaba en su casa de Aín, y que si allí no se hallaba, le era imposible decir dónde estaba.

Esta respuesta sencilla y verídica fue tomada por una negativa burlona y despreciativa, y el pobre anciano cayó a los pies de sus asesinos bañado en su sangre inocente.

Los fieles huyeron con horror de la casa de Dios ante aquel asesinato sacrílego. La noticia corrió con la velocidad de la desgracia por todos los ámbitos de la ciudad. Algunos pacíficos comerciantes cerraron sus tiendas y ocultos en el rincón más apartado de sus casas, comentaron el hecho en voz baja y amedrentada entonación. Las patrullas de soldados romanos pasearon las calles. Algunos jóvenes más atrevidos enseñaban a los soldados, en señal de amenaza, sus puños cerrados, porque aquel crimen que manchaba la morada de Dios había llenado de espanto a los medrosos, y de odio y venganza a los valientes hijos de la abatida raza de Israel.

Treinta años después esta muerte sacrílega e injusta hizo exclamar al Mártir del Gólgota estas palabras: «*Sobre vosotros caerá toda la sangre inocente derramada en la tierra desde la del justo Abel, hasta la de Zacarías, a quien habéis quitado la vida entre el altar y el templo.*»

La muerte de Zacarías fue el sangriento epílogo con que terminó la terrible tragedia de los mártires de Belén.

La sangre del justo manchaba los mármoles de la casa del Santo de los Santos. No estaba lejano el día en que la sangre de Dios debía correr por las ásperas pendientes del Gólgota.

LIBRO SEXTO

EL ÁGUILA DE ORO

> 6. Porque, ¿cómo podré yo sufrir la muerte y el estrago de mi pueblo?
>
> 7. Y respondió el rey Assuero a la reina Esther y al judío Mardocheo: He dado a Esther la casa de Aman, y he mandado que fuese fijado en una cruz, porque se atrevió a extender su mano contra los judíos. (*Libro de Esther,* capítulo VIII.)

CAPÍTULO I

LA VÍA SANGRIENTA

Herodes llega a Calliroe, y los baños de aquellas aguas medicinales, tan célebres entonces, empeoraron su salud.

Una orden real convoca a todos los médicos de Palestina alrededor del augusto enfermo. La ciencia discute, mientras que el mal avanza y devora el cuerpo. Por fin se adopta el baño de aceite aromático, y los esclavos conducen a su señor desde su lecho al baño; pero el miserable verdugo de Israel, apenas es sumergido en el suave líquido pierde el conocimiento, y los que le rodean, creyendo llegada la última hora del enfermo, lanzan desconsolados gritos. La familia y los médicos, acuden: Herodes es casi un cadáver. Inmediatamente es envuelto en una sábana perfumada y trasladado a su lecho; allí, a fuerza de esmero y cuidados, logran reanimarle, y el enfermo, entreabriendo sus vidriosos ojos, exhala un suspiro apagado.

Sus labios cárdenos se agitan convulsivamente como si quisieran hablar; pero todos los esfuerzos son inútiles.

Por fin, después de una hora de angustiosa y horrible lucha, las palabras que se ahogaban en la garganta llegan ligadas a la lengua, y Herodes exclama con desfallecido acento:

—¡Tengo hambre… mucha hambre!… Dadme algo que comer, porque me muero.

Salomé consultó con una mirada a los médicos; pero éstos, que han perdido la esperanza de salvarle y que temen desobedecer las órdenes de su rey bárbaro y cruel que puede mandarles degollar ante su presencia, contestan que se le dé a comer todo

cuanto quiera.

Entonces los esclavos incorporan al rey en su lecho y le sirven una comida espléndida.

Herodes se lanza sobre los manjares como una bestia feroz. Cuanto más come, más hambre siente y pide más, y aquel miserable, castigado por la oculta mano de Dios, inspira lástima al último de sus esclavos.

Por fin se deja caer rendido en la cama, derribando sobre la colcha las viandas y el vino. Herodes está borracho, y en su embriaguez pide a grandes voces que le trasladen a su palacio de Jericó. Todos temen desobedecerle, y sus órdenes se cumplen al instante. Llega a Jericó; pero ¡en qué estado! Su boca sólo se abre para blasfemar o decir que tiene hambre y sed; sus extremidades se han hinchado; su piel se ha vuelto cárdena; no puede moverse sin el auxilio de sus esclavos. Montones de gusanos brotan en las úlceras que manchan su rostro; su aliento pestífero demuestra la podre de que está lleno su cuerpo, y su respiración fatigosa da un claro indicio de que el cáncer va minando interiormente aquella existencia que con trabajosos dolores se despide del maldito cuerpo que la encierra.

Los médicos, accediendo a los ruegos de Salomé, la hermana de Herodes, se disponen a atacar con mano vigorosa la enfermedad, aunque la creen incurable.

Prohíbese la entrada en el cuarto del rey a todo el mundo; nadie puede darle, aunque lo pida, más que lo que los médicos ordenan, y sus esclavos, creyendo que su señor ha muerto, esparcen esta noticia, que corre la Judea, llenando de júbilo a cuantos la oyen.

Dejemos por algunos instantes a Herodes bajo la salvaguardia de los médicos, y fijemos nuestra atención en un jinete que a galope tendido cruza por una de las tortuosas y pedregosas veredas de los montes de Judá.

Imposible es imaginarse un camino más tétrico, más sombrío, más espantoso. Profundos barrancos, rocas escarpadas que amenazan con su caída la vida del viajero, profundas cuevas abiertas en el seno de aquellas áridas montañas por las espantosas sacudidas de la tierra, eterno e impenetrable refugio de los bandidos árabes y las salvajes fieras, encuentra por todas partes la intranquila mirada del caminante. La naturaleza no posee un teatro más terriblemente dispuesto para el crimen que los barrancos de los montes de Judá. El puñal del asesino ha dado un nombre a aquellas solitarias veredas: *la vía Sangrienta*. Célebre por la sangre derramada, el viajero, apenas distingue sus espesos matorrales, sus profundos barrancos, siente latir su corazón y piensa en Dios y en la muerte.

La noche de que nos ocupamos la luna estaba en su lleno; pero los apiñados escuadrones de blanquecinas nubes que cruzan por el firmamento ocultan la clara luz de su casta frente, dejando en completas tinieblas la tierra.

El nocturno caballero parece práctico en el camino, y el caballo le inspira, al parecer, una confianza completa, pues las riendas flotan al viento sobre su robusto y reluciente cuello. De vez en cuando el aéreo celaje de una nube se quiebra, y un rayo

de la misteriosa soberana de la noche cae desde el cielo, bañando con su dulce y plateada luz las oscuras sinuosidades del camino.

Entonces el jinete se emboza con la flotante tela de su blanca capa o alquicel, como si temiera ser reconocido por aquellos solitarios árboles y agrestes rocas que se alzan a los costados del camino. El ardiente corcel, ajeno a las emociones que indudablemente agitan el corazón de su amo, que a tales horas de la noche cruza tan solitarios caminos, sigue galopando con incansable e imperturbable regularidad. Así transcurren dos horas. El noble animal demuestra con sus fatigosos resoplidos que comienza a sentirse fatigado. Sus ijares laten con precipitada violencia y un sudor espumoso comienza a manchar la fina piel de su pecho. De pronto el jinete, que ha lanzado en torno suyo una mirada escrutadora para reconocer el sitio en que se halla, coge las bridas y tira hacia sí; el caballo detiene su galope, y apoyándose sobre el cuarto trasero, se queda parado junto a un espeso arbusto, a cuyo pie nace una senda angosta que conduce a un barranco.

—Aquí debe ser —murmuró en voz baja el jinete.

Después echa pie a tierra, y pasando las bridas por su brazo derecho, comienza a descender en dirección al barranco, seguido por el dócil animal. De este modo anduvieron caballero y caballo sobre unos quinientos pasos. Una vez allí se detuvieron.

El sitio no era, por cierto, el más a propósito para visitarle a las doce de la noche. Se hallaba en el fondo de un precipicio. Multitud de chopos y espinos crecían entre las agrietadas rocas. Un monte en forma de herradura cerraba el paso al extremo del barranco, y los dos trozos laterales de aquella especie de anfiteatro tenían una elevación prodigiosa. Los palmitos, las zarzas y las retamas erizaban las empinadas faldas de aquella montaña circular, que oprimía con sus nervudos brazos el pedregoso y áspero barranco. Aquella naturaleza salvaje, castigada desde la creación del mundo por los eternos rayos de un sol de fuego, no habían podido ver alzarse entre sus calcinadas rocas ni un solo árbol que prestara su sombra a los viajeros y que purificara el ambiente cálido con el cimbreo de sus ramas.

La planta del hombre hollaba muy pocas veces aquel rincón maldito, eterna madriguera de las bestias feroces. El caballero misterioso, después de atar su corcel en las ásperas ramas de un espino, se quedó inmóvil como si le importara reconocer el terreno. Persuadido después de algunos momentos de que era aquel el sitio que buscaba, comenzó a trepar por la empinada pendiente que se alzaba ante su paso cerrando el barranco. Los primeros cincuenta pasos los dio sin dificultad alguna; pero luego se vio precisado a servirse de las manos para no caer. De vez en cuando suspendía su penosa ascensión para tomar aliento. El sudor caía hilo a hilo por su frente, y algunas gotas de sangre manchaban las pequeñas y blancas manos del nocturno caballero; pero ni un suspiro de cansancio ni un grito de dolor se escapaba de sus labios cuando al agarrarse a alguna roca un espino le hería las manos. Por tan penosa senda adelantaba poco, porque precipitarse a querer acortar la distancia con

paso ligero hubiera sido despeñarse indudablemente.

El que por tal camino viajaba y a tales horas de la noche, debía ser uno de esos hombres de corazón, a quienes no arredran jamás ni las fatigas ni los peligros, por grandes que se levanten ante su paso, y, sin embargo, en uno de esos cortos intervalos en que la luna, rompiendo las trasparentes gasas de las nubes, mandaba uno de sus claros y argentados rayos sobre la oscura sombra de la tierra, pudo verse que el nocturno viajero era un joven de rostro dulce y delicado, sin bozo en el labio, sin rudeza en la mirada, casi un niño, rubio y blanco como una doncella del templo de Sión.

Cuando llegó a la mitad de la peligrosa subida se detuvo, al ver que un arbusto, arrancado de las entreabiertas rocas que le dieron el ser, cedió al colocar sobre él la mano. Reconoció por segunda vez el terreno, y como si aquello hubiera sido una señal, sentóse sobre una piedra, y sacando un pequeño cañón de metal de entre los pliegues de su vestido, se lo acercó a la boca y se puso a tocar un aire hebreo muy en boga en aquellos tiempos, sobre todo, en la popular y tradicional fiesta de los Ázimos.

Inmediatamente un ruiseñor cantó a pocos pasos del caballero; éste se puso en pie, y, como si lo expulsara la tierra, un hombre se alzó de entre las matas. El jinete, al ver levantarse una sombra a su lado, empuñó como por vía de precaución la espada que pendía de su tahalí.

—El águila tiene alas —dijo el hombre acercándose al caballero.

—Y Abraham venablos —contestó éste como si fuera una seña convenida.

—Israel quiere la salud —volvió a decir el hombre.

—Porque está enfermo el que la quita —respondió el caballero.

—Ayúdame —repitió el hombre.

—Comienza tú —dijo el caballero.

Entonces el hombre dio algunos pasos y se agachó, cogiendo con sus robustos brazos una roca.

El caballero hizo lo mismo. Poco después la boca de una gruta se halló abierta ante ellos.

—Entra —dijo el hombre—; tú solo faltas.

El caballero entró sin despegar los labios en aquel abismo que se abría ante sus pies; pero la oscuridad era tan completa que se detuvo sin atreverse a dar un paso.

De esta indecisión le sacó una mano que en la oscuridad le cogió por el brazo y comenzó a conducirlo por aquel negro e intrincado laberinto.

El caballero no pudo disimular un estremecimiento nervioso que el contacto de aquella mano invisible le produjo.

—¿Tienes miedo? —preguntó una voz.

—¡Bah! Estremecerse no es tener miedo. Me creía solo y tu mano, al tocarme el brazo, me ha hecho el efecto de una víbora. El león se agita también cuando una hormiga le toca los párpados.

—Más vale así —volvió a decir la voz—; creía que te había asustado.

—Tú juzgarás andando el tiempo.

—Gente dura es la que se alberga en este sitio.

—La rudeza nada tiene que ver con el valor. Guía y calla, ese es tu deber.

El hombre invisible cerró los labios y continuó guiando al caballero. Esta marcha subterránea duró aproximadamente un cuarto de hora. Por fin se detuvieron, y el misterioso guía empujó con su hombro el ángulo de una roca, que giró como si estuviera montada sobre un eje.

—Entra —dijo al caballero.

Éste entró en una cueva espaciosa, alumbrada por una inmensa lámpara de hierro de tres mecheros. La piqueta, dirigida por la mano del hombre, no había practicado el ahuecamiento de aquella montaña, si se exceptúa la puerta giratoria de entrada. Aquel subterráneo de altas y arqueadas bóvedas que alumbraban las oscilantes llamas de la lámpara, era uno de esos silos, una de esas cuevas que con tanta frecuencia se hallan en los montes de Israel, y que tantas veces han servido de refugio, durante las contiendas civiles y religiosas del pueblo hebreo, a los bandidos, a los hombres libres, a los apóstoles de la nueva ley, y últimamente a los peregrinos cristianos.

Cuando entró el caballero en la espaciosa gruta, se detuvo: al principio nada vio, pero poco a poco sus ojos, recorriendo los lejanos ámbitos donde no llegaban los reflejos de la luz, pudieron distinguir un grupo de hombres que, sentados en el suelo, departían en voz baja.

El viajero avanzó algunos pasos y al ruido de sus pisadas los moradores de la gruta volvieron la cabeza.

—Él es —dijo uno a sus compañeros.

Y todos se pusieron en pie.

—Caudillos de Israel, empiezo por pediros perdón por mi tardanza —dijo el caballero saludando con una ligera inclinación de cabeza—. El hombre que, como yo, es perseguido por los perros de Herodes, no dispone de las horas, sino de la casualidad.

—Sabemos los peligros que te amenazan y te dispensamos de todo corazón el retraso de algunas horas —dijo uno de los hombres de la cueva.

—Os doy las gracias.

—Así pueda un día dártelas el pueblo hebreo.

—Su felicidad será la mía si llego a gobernarle.

—Siéntante, pues, entre nosotros; te admitimos como a un hermano que viene a derramar su sangre en aras de la libertad de su patria.

Nuestros lectores habrán, sin duda, reconocido en el nocturno caballero a Antipatro, el fugitivo hijo de Herodes. El joven príncipe sabía que su cabeza se hallaba puesta a precio por su padre, y procuraba salvarla del peligro que la amenazaba, buscando en las cuevas de Judá a los rebeldes y encarnizados enemigos de su perseguidor. Antipatro, pues, tomó asiento entre aquellos misteriosos

revolucionarios. Digno hijo del rey de Jerusalén, buscaba una corona, sin importarle pasar por encima del cuerpo de su padre con tal de conseguirla. No desmentía la raza de Herodes: tenía su misma sangre, sus mismos instintos, su misma ferocidad.

Pero cambiemos de capítulo para continuar nuestra narración.

Capítulo II

LA CONJURACIÓN

Cuatro eran los hombres que se hallaban en la cueva esperando a Antipatro, el hijo de Herodes, y diremos sus nombres para que el lector no se confunda.

Tres de ellos le son desconocidos, y pasarán por las páginas de este libro rápidos como una exhalación; el otro es conocido, y nos acompañará hasta la cumbre del Calvario. Los nombres de los desconocidos son: Sedoc, Judas y Matías, los tres son doctores de la ley, y enemigos irreconciliables de los romanos. El otro es el joven bandido de Samaria, Dimas, el que recibió en su castillo hospitalario a la Virgen. Sedoc, es asenio y tiene fama de adivino entre la gente del pueblo; pero sólo es un anciano que ha encanecido en el estudio y la meditación. Su padre profetizó a Herodes, cuando era niño, que sería rey de Jerusalén, y esta profecía, que se realizó, había quedado en la familia como herencia; todos eran adivinos. Josefo nos dice que Herodes protegía a los asenios, y la explicación que de ellos nos da es tan curiosa que nos permitirá el lector que la consignemos:

«Un asenio llamado Manahem vio a Herodes estudiar en la escuela con otros niños de su edad, y le vaticinó que llegaría a reinar algún día sobre los judíos, y como el joven estudiante titubease en creerlo, Manahem, dándole un golpecito en el hombro, le recordó su palabra profética, le trazó los deberes de un gran rey, y al mismo tiempo le anunció que su impiedad para con Dios y su injusticia para con los hombres mancillarían la prosperidad y la grandeza de su imperio. Cuando Herodes fue rey se acordó de la predicción del asenio y le envió a llamar para preguntarle si reinaría por lo menos diez años. Reinarás veinte, treinta, respondió Manahem. Y el nuevo soberano de los judíos despachó a su profeta con grandes honores, y desde entonces se mostró muy favorable a la comunidad asenia.» Sedoc, era el hijo de Manahem y la fama de su padre había quedado hereditaria en él. Judas y Matías tenían grande influencia entre sus discípulos, y en cuanto a Dimas, ya sabemos con la gente que contaba y la fidelidad y respeto que por su valor le tenían sus soldados. Enterados de quiénes eran los personajes de la cueva, prosigamos la narración.

Sedoc, el asenio, como el más anciano, fue el primero que rompió el silencio.

—Mancebo, tú vendrás de la ciudad santa; dinos qué pasa en ella.

—Jerusalén llora como siempre —respondió Antipatro—. Las hijas de Israel han roto sus salterios y han colgado sus arpas del tronco de las palmeras.

—Los jerosimilitanos llorarán eternamente, mientras el águila de los impíos extienda sus alas de oro sobre la casa de Dios —dijo Matías.

—El águila se rompe y los impíos se exterminan —dijo a su vez Dimas.

—No olvidéis que el pueblo de Israel teme a las legiones del César —repuso Sedoc.

—Pero tened presente que el rey tributario se halla en las últimas horas de su vida —dijo Antipatro—; que otro rey debe reemplazarle en cuanto expire y que yo sé respetar las leyes de Moisés y venerar el templo de Jehová, Dios invisible y verdadero. Los buenos tiempos de Josué, David y Salomón aún pueden tornar para los descendientes de Jacob, y si un rey justo empuña el cetro de Judá. Yo vengo a ofreceros mi sangre y mis parciales para la empresa. Decid, pues, si me admitís como amigo.

—Piensa, joven, que si Israel desnuda su acero, será la primera víctima tu padre —le dijo Sedoc con voz imponente.

—Mi padre debe haber expirado a estas horas; pero en el caso que viva el día de la batalla, ¿por ventura no ha sacrificado él a mi madre, a mis hermanos? ¿No me persigue con el intento de sacrificarme? Pues entonces calle la voz de la naturaleza y hable el odio que busca en la lucha. Ojo por ojo, diente por diente, como ha dicho el legislador de Israel, el sabio Moisés.

—Hermanos, ¿aceptáis la fraternidad de este joven? —les preguntó Sedoc después de una pausa.

—Que jure sobre las leyes de Israel —dijo Matías.

—Sí, que jure —repitieron Dimas y Judas.

—Sea —murmuró el asenio.

Y levantándose, se encaminó a uno de los extremos de la cueva de donde volvió al momento con el volumen de la ley en la mano. Este volumen no era un libro: eran dos cilindros de madera. Sedoc sentóse por segunda vez entre sus compañeros y Matías bajó la lámpara de modo que la llama bañara con sus rayos la frente del anciano.

Entonces el asenio, cogiendo con sus manos los cilindros por los pequeños manubrios, los levantó sobre su cabeza y comenzó a hacer girar sus ruedas de modo que el pergamino o papiro donde estaban escritas las leyes de Moisés, saliendo de un cilindro y después de rodar por su frente, fuera a esconderse en el otro cilindro.

Esta operación se hizo con la pausa suficiente para que Matías leyera los versículos hebreos de la ley con voz grave y pausada.

—Éstas son —dijo Sedoc— las principales leyes de los hebreos que redujo a diez capítulos el Señor Dios nuestro, y que escritas están en las Tablas del profeta Moisés. Hay un capítulo para cada dedo de la mano; no lo olvides; guárdalos en tu memoria y escríbelos en las tablas de tu pecho.

Matías comenzó a leer las sabias leyes esparcidas por el sublime legislador del Sinaí en el *Éxodo* y el *Levítico.*

Antipatro, sin alzar los ojos del suelo, murmuraba con imperativo fervor un *amén* a cada terminación del versículo.

Sedoc, impasible, hacía girar el cilindro, y Judas y Dimas, inmóviles como si fueran dos estatuas de piedra, sólo agitaban sus labios para decir *así sea*, tan pronto como el eco de la última letra del *amén* de Antipatro se perdía en las profundidades

de la cueva.

Esta ceremoria duró poco más de una hora, y, por fin, el cilindro dejó de girar ante la frente de Sedoc; la lectura de la ley de Moisés se había terminado —y Antipatro, colocando una mano sobre el volumen que le presentaba el anciano, y otra sobre su corazón, juró no faltar mientras viviera a aquellos diez capítulos dictados por Jehová. Entonces los cuatro israelitas se levantaron y, colocando sus manos sobre la cabeza del joven príncipe, exclamaron:

—Ya eres nuestro hermano. Tu carne es nuestra carne, como la nuestra es tuya, y tu sangre nos será tan preciada desde este día como la que circula por nuestras venas.

—Apedreado sea como los blasfemos, devorado por los perros se vea mi cuerpo como los réprobos, sin luz queden mis ojos, sin armonía mis oídos y sin palabras mi lengua, si falto a esas leyes de mi Dios, que he visto, oído y ensalzado —volvió a murmurar Antipatro.

—Amén —volvieron a decir los cuatro compañeros.

Y después de esto hubo una pausa.

Durante esta pausa los cinco conspiradores rezaron en voz baja para que Dios hiciera santo aquel lazo fraternal que en pro de la libertad y de la patria acababan de estrechar.

—Ahora —dijo el asenio— cada cual revele a sus hermanos con lo que cuenta para el día del alzamiento.

Y dirigiéndose a Antipatro, le dijo:

—Habla tú primero que eres el más joven.

—Yo cuento con mi bolsa bastante repleta de monedas de oro; con este dinero y mi calidad de príncipe, creo reunir algunos parciales en las orillas del Jordán que arriesguen su vida a mi voz por la libertad del pueblo hebreo.

—Yo —dijo Dimas— estaré donde me designéis con mis terribles compañeros samaritanos, dispuestos a morir a vuestra voz.

—Por mi parte ofrezco —dijo a su vez Matías— los cuarenta discípulos que reciben en Jerusalén mi inspiración. Gente joven y atrevida, harán lo que yo les mande en el momento del peligro; su Dios y su libertad les llevará al combate con la espada en la diestra, la sonrisa en los labios y la fe en el corazón.

—Yo también —replicó Judas— ofrezco, como Matías, mis discípulos, y respondo con mi cabeza de su valor y patriotismo.

—Yo por mi parte exaltaré los ánimos del pueblo jerosolimitano —exclamó Sedoc—, y cuando otra cosa no pueda, este pobre anciano derramará hasta la última gota de sangre por su Dios y por su patria. Ahora sólo falta señalar el día, la hora y el sitio en que se debe dar el grito de libertad.

—Tú eres, como el más anciano, el más prudente: a ti corresponde, pues, dirigir el movimiento —dijo Dimas.

—Permitidme que os diga, hermanos míos —repuso Antipatro con melosa entonación—, que la enfermedad de mi padre pudiera auxiliar nuestros planes y no

debemos desaprovechar esta ocasión.

—Dentro de cinco días —dijo Sedoc— se celebrará en Jerusalén la fiestas de las Suertes. Multitud de israelitas acudirán de todas partes para adorar a su Dios en los atrios del santo templo. En estos días, como las ceremonias hebreas permiten que de todas partes lleguen a Jerusalén forasteros, los soldados romanos y los herodianos duermen tranquilos, fiados en nuestra fe; en este día, pues, nuestros parciales con el arma oculta entre los pliegues de sus mantos, confundidos con la muchedumbre que llenará las calles, no es fácil ni que sean reconocidos ni que llamen la atención de los mercenarios de Herodes. ¿Creéis que el día de la Suertes será a propósito para nuestro plan?

Los cuatro contestaron afirmativamente con un movimiento de cabeza.

—Sea entonces el día de las Suertes, ya que, como a mí, os place. Elijamos la hora y la seña para dar el grito de rebelión. Cuando el sumo sacerdote lea en el libro de Esther el versículo que dice: «*Y así fue colgado Aman en el patíbulo que había preparado para Mardocheo, y cesó la ira del rey*», entonces los discípulos de Matías y Judas romperán en pedazos el águila de oro que mancilla la casa de Dios, y esto será la señal del combate.

—Cuando el águila que se posa sobre el pórtico del templo caiga, mis soldados desnudarán sus aceros por la patria —exclamó Dimas lleno de entusiasmo.

—Lo mismo ofrezco yo —dijo Antipatro.

—Nosotros respondemos, al frente de nuestros discípulos, derribar ese padrón de ignominia que roba el sueño a los justos descendientes de Jacob.

—Ahora, que el león de Judá afile sus garras como en otros tiempos, y que el estandarte glorioso de los Macabeos tremole agitado por el aura de la libertad sobre el abatido pueblo de Israel.

Los cinco conspiradores abandonaron la cueva después de empeñar su segundo juramento. Era de día. Los cinco compañeros comenzaron a bajar, no sin mucho trabajo por la falda de aquel escabroso y sombrío monte. Llegaron al fondo del barranco y se detuvieron. Allí debían separarse.

—Que Dios sea con vosotros —se dijeron los unos a los otros.

—Que la celebración de las Suertes sea tan propicia a los judíos de ahora, como lo fue para los judíos del tiempo de Esther —exclamó Sedoc.

Después Dimas, ligero como un gamo, tomó por una vereda y desapareció. El bandido se encaminaba a Samaria. Antipatro, montado en su fogoso corcel, tomó el camino de Jericó, y los tres doctores de la ley se dirigieron con tranquilo paso a la ciudad de Jerusalén.

Capítulo III

EL TEMPLO DE SIÓN

En tanto que el Eterno concedía una morada fija a los judíos para elevar un templo estable, las doce tribus de Israel se sirvieron de uno portátil durante sus largos años de errante peregrinación.

El pueblo israelita no reconocía entonces más rey que a Dios. Moisés era la providencia que les dirigía, transmitiéndoles las órdenes de Jehová. Por eso alzaban en medio de su campamento el Santo Tabernáculo, como la tienda de un rey. Por eso, en torno de aquel templo improvisado con lienzos, pieles y ligeras tablas, se instalaban los reales de los levitas, y a sus cuatro extremos planteaban sus banderas, para proteger la casa de Dios, las valientes tribus de Judá, Rubén, Efraim y Dam.

Las ocho tribus restantes dormían tranquilas bajo sus tiendas, viendo flotar los estandartes sobre sus cabezas.

Aquellos lienzos que agitaba el aire del desierto llevaban esculpidas las insignias de las tribus. Judá ostentaba un león, símbolo de la fiereza; Rubén un hombre, como rey de los animales; Efraim un buey, imagen de la fuerza; Dam un águila con una serpiente enroscada a sus pies, imagen de la astucia y la sabiduría.

Cuando el sabio legislador mandaba levantar los reales, los levitas deshacían el templo con una rapidez prodigiosa, pues cada uno tenía a su cargo un lienzo o una tabla de las que se formaban sus paredes. Llegó por fin el venturoso reinado de David. El joven monarca conoce que su pueblo necesita una ciudad fuerte que le defienda de sus enemigos; su mirada de águila se fija sobre las montañas de Sión, de Acra, de Moria, como se fijó poco antes, armado de su honda, en la colosal figura de Goliat, el gigante filisteo.

Las escarpadas rocas del valle de Josafat le atraen; arenga a sus tribus, y ofrece el grado de general de su ejército al primero que escale aquellas fortalezas que detienen su marcha. Las trompetas de plata enardecen a los guerreros; Joab, sobrino del rey, escala el muro en medio de una nube de flechas y la espada de Israel degüella a la población jebusea.

David queda dueño de Jerusalén; su reinado crece como si la mano invisible de Dios derramara sobre sus vasallos sus eternos dones, y el rey piensa en elevar un templo a Jehová.

Todo está dispuesto: planos, materiales; pero David muere, y su hijo Salomón tiene la gloria de poner por obra el pensamiento de su padre.

El monte Moria es elegido para cuna de la casa de Dios, y siete años después el templo de Sión brilla a los rayos del sol como una ascua de oro. Cinco siglos ruedan en torno de sus soberbios muros, que caen convertidos en escombros ante los formidables soldados de Nabucodonosor.

Los babilonios se apoderan de las riquezas del templo, y arrojando una cadena al cuello del desgraciado rey Joaquín, ciegan sus ojos y lo trasladan cautivo con su numeroso pueblo israelita a la orgullosa ciudad de los sátrapas, en donde el dios Belo es adorado.

Jeremías llora en sus sentidos y poéticos cantos la esclavitud de su raza; pero al fin Zorobabel logra la libertad de su pueblo, y torna al frente de él a instalarse en la ciudad santa.

Un segundo templo se eleva en el monte Moria, en el mismo sitio que el primero: los israelitas acuden presurosos a adorar al Dios invisible ante sus sagrados altares; pero el tiempo, con su poderoso aliento, desmorona sus altivos pórticos, sus soberbios muros.

Seis siglos han descargado sus tempestades, sus lluvias y sus huracanes sobre el gigante de piedra que sirve de morada al Dios de Sión, y Herodes el Grande se ciñe sobre sus sienes la corona tributaria de Jerusalén, y vuelve a reedificarlo tal como vamos a bosquejarlo a nuestros lectores, sirviéndonos de la descripción que Josefo el historiador judío, nos ha dejado.[117]

«Tenía el templo cien codos de ancho y ciento veinte de alto, altura que, andando el tiempo, quedó reducida a cien codos por el desplome de los cimientos.

»Era de maravillar la dureza y blancura de las piedras del edificio, no menos que sus dimensiones, pues tenían veinticinco codos de largo, ocho de alto y doce de ancho.

»Las artes habían desplegado todas sus riquezas en la arquitectura de aquel monumento que parecía el palacio de un rey, y el más hermoso que se vio nunca debajo del sol.

»Ricos tapices recamados de flores de púrpura decoraban los pórticos; en las cornisas de las columnas pendían cepas de oro con sus pámpanos y racimos. Tenía el templo diez puertas: cuatro al Norte, cuatro a Mediodía, dos al Oriente; el lado que miraba a Occidente estaba tapiado; estas puertas eran de dos hojas, que tenía cada una treinta codos de alto y quince de ancho; estaban los quicios chapeados de oro y plata; uno solo lo estaba de cobre de Corinto, pero aquel cobre superaba en valor a todos los metales; el frontispicio del monumento, cuajado de oro, relucía como un ascua a los rayos del sol naciente.

»El interior del templo, dividido en dos partes, asombraba por su rico ornato. Sobre la puerta del primer recinto sagrado se veía una cepa de oro del tamaño de un hombre con racimos del mismo metal; un tapiz babilónico de cincuenta codos de alto y dieciséis de ancho cubría las puertas por donde pasaba a un segundo recinto; el azul, la púrpura, la escarlata y el lino, mezclados en aquel tapiz, representaban los cuatro elementos: el azul, el aire; la púrpura, el mar, de donde sale; la escarlata, el fuego; el lino, la tierra que le produce. Ayudado de la ciencia, el arte había representado en aquel gran velo el círculo de la esfera celeste, menos los doce signos.

»Pasado el segundo recinto, y en la profundidad del templo, se hallaba el *Santo de*

los Santos.[118] Rodeaban el templo, sostenidas por recias paredes, anchas y altas galerías. Un collado al este del monumento religioso se había convertido en terrado de cuatro fachadas, cuyas enormes piedras estaban unidas entre sí con plomo; una triple galería que cruzaba un profundo y dilatado valle o precipicio, enlazaba el templo con el barrio occidental de la ciudad; ciento sesenta y dos columnas de orden corintio, de veintisiete pies de circunferencia cada una, sostenían en tres hileras aquella triple galería.»

Esta última obra, que no hacemos más que indicar muy incompletamente, porque aun conociendo los sitios, nos es imposible desentrañar la oscuridad de la descripción que hace de ella el historiador judío, debía ser una construcción prodigiosa.

«Al norte del templo, la torre de los Asmoneos, reedificada por Herodes y semejante a su palacio tomó el nombre de Antonia en memoria del bienhechor rey.[119] Una bóveda subterránea conducía de la torre Antonia a la puerta oriental de la casa de Dios. En esta fortaleza era donde se custodiaba la vestidura solemne del sumo sacerdote, bajo los dos sellos del pontífice y el tesorero.

»El día de la dedicación del templo, Herodes, su restaurador, ofrecía por su parte trescientos bueyes en sacrificio. Un águila colocada sobre la puerta principal del santuario turbaba la piadosa alegría de los israelitas, forzados a devorar como un ultraje aquel signo profano.»

Con el mayor gusto ofreceríamos la iconografía del templo de Jerusalén, para que nuestros lectores pudieran formarse una idea más aproximada de lo grandioso del templo inmortal que recibió en su seno al Hijo de Dios; pero la índole de nuestro libro no nos permite detenernos en los pequeños detalles descriptivos, por lo que desistimos, contentándonos con el ligero bosquejo que hemos hecho.

Fáltanos ahora penetrar en el santuario de la ciudad santa, para describir alguna de sus notables ceremonias religiosas; ceremonias de que eran tan fieles conservadores los israelitas, y en las cuales desplegaban un lujo y una pompa verdaderamente asombrosa.

Los judíos, cuya historia es unas veces la epopeya del entusiasmo, y otras la cobardía del desaliento más incomprensible, se mostraban siempre a una misma altura tratándose de sus ceremonias religiosas, de sus fiestas populares.

Capítulo IV

LA FIESTA DE LAS SUERTES

El sol extendía sobre la ciudad santa los puros rayos de su frente en una mañana del mes de Adar;[120] mes que guardaba en los anales de Israel un recuerdo de dolor y otro de placer; mes en el que los días 7 y 8 se ayunaba por la muerte de su maestro Moisés, y el 14 y 15 se celebraba la fiesta llamada Purim o de las Suertes, en memoria de haber alcanzado la bella Esther del rey Assuero que revocase la sentencia de muerte que contra los judíos *de todas partes* había firmado por consejo de su favorito Amán.

El favorito había echado suertes para ver el día en que había de comenzar la terrible matanza; pero afortunadamente para el pueblo hebreo, la hermosa reina logra salvarle del cuchillo homicida y perder al iniciador de tan terrible pensamiento.

Los rayos del sol, como hemos dicho, caían cual hebras de oro sobre la ciudad el día 14 de Adar, primero de los que duraba la fiesta de las Suertes. Un gentío inmenso circulaba por las calles. Las casas eran insuficientes para albergar a la multitud de forasteros que habían acudido a oír de boca del sumo sacerdote los hermosos versículos del libro de Esther, su salvadora, que debían leerse en el templo.

Apiñadas masas de hombres, mujeres y niños se encaminaban hacia la *ciudad inferior* ansiosos de encontrar un puesto cómodo en los grandes atrios de las naciones, porque en estos días de solemnidad religiosa no a todos les era permitido penetrar en el atrio de los israelitas.

El pórtico oriental o de Salomón parecía un inmenso hormiguero que se tragaba aquella apiñada cadena de gente que por la puerta Shusan se introducía en los atrios, para detenerse junto a la segunda puerta llamada Corintia, delante de la cual se alzaban las dos terribles columnas cuyas latinas y griegas inscripciones prohibían bajo pena de muerte penetrar en el templo a los gentiles o inmundos.

Andando un poco más, la muchedumbre se hubiera encontrado con la puerta superior, y detrás de ésta el atrio de los sacerdotes; pero en aquel recinto le estaba vedado penetrar al pueblo.

La alegría era general y brillaba en todos los rostros. La gente fue colocándose lo mejor que pudo y revistiéndose de esa paciencia bulliciosa del pueblo en las festividades que nada le cuestan, esperando la aparición del sumo sacerdote.

Mientras tanto, no estaba ociosa la muchedumbre, pues los hombres inscribían sobre los bancos y sobre piedras, con trozos de carbón o yeso que llevaban de propio intento, un nombre: este nombre era el de Amán, y las mujeres y los niños comenzaron a agitar sobre sus cabezas pequeñas mazas de madera y martillos de hierro.

Llegó por fin, la hora en que debía dar comienzo a la ceremonia el sumo

sacerdote. Era éste un anciano de respetable y noble semblante, de alta y majestuosa figura. Vestía una túnica talar de color de jacinto, guarnecida en su extremo inferior de sesenta y dos campanillas de oro, que producían un sonido vibrante y armonioso al menor movimiento del sacerdote. Un paño del tamaño de medio codo bordado de torzal blanco cubría su pecho, en cuyo centro brillaban de un modo deslumbrante doce piedras preciosas en las cuales estaban grabados los doce nombres de los hijos de Jacob.

Este rico pectoral se hallaba sujeto a la cintura por dos cintas que marcaban el talle, y a los hombros por dos rosetones de oro, en donde también se veían incrustados los nombres de los hijos de Jacob, del modo siguiente: en el de la derecha los seis mayores, y en el de la izquierda los seis menores.

Terminaba este traje imponente una especie de tiara o bonete en el cual se veía encima de la frente una lámina de oro llena de inscripciones hebreas, sujeta por una cinta de color azulado que rodeaba su cabeza. En los pies nada llevaba, iba descalzo. El sacerdote bendijo al pueblo, y abriendo un libro voluminoso que llevaba en la mano, se dispuso a leer en voz alta. La multitud guardaba un silencio tan profundo que si un extranjero hubiera pasado en aquel momento por los alrededores del templo, lo hubiera creído deshabitado. El sacerdote, con voz grave y pausada, habló de esta manera a su pueblo:

—Oíd, oíd, oíd el libro de Esther, hija de Abigail, sobrina de Mardocheo, de la tribu de Benjamín, mujer de Assuero, rey de Persia.

Aquí hizo una pausa y leyó los dos primeros capítulos del libro en medio de un silencio religioso.

Mientras la poética e interesante narración del libro de Esther sólo se reducía a la desobediencia de la reina Vasthi, esposa de Assuero, al decreto para que las mujeres obedecieran a sus maridos, y a la descripción de la hermosa judía que arrebató de amor el corazón del monarca persa, nadie se movió de su sitio; pero al llegar al final del capítulo III, cuando el favorito Amán, indignado de que Bardocheo no dobla la cabeza como un esclavo, concibe el plan de aconsejar a su señor que extermine la raza judía, y el rey sella el decreto, cuando después de echar suertes el rencoroso favorito sobre el día de la matanza, queda consignado el día 13 del mes *duodécimo,* llamado *Adar,* y el sacerdote leyó con las lágrimas en los ojos el versículo 15, que dice: «*Los correos que fueron enviados se apresuraron a cumplir la orden del rey… y luego se fijó en Shusan, corte de Assuero, el edicto a tiempo que el rey y Amán celebraban un convite, y todos los judíos que había en la ciudad estaban llorando*», el sacerdote suspendió la lectura y todo el pueblo prorrumpió en un lamento desconsolador que duró varios minutos.

Las mujeres se rasgaban los vestidos, los hombres se mesaban los cabellos y los muchachos agitaban en son de amenaza los martillos y las mazas. Desde entonces, cada vez que de los labios del lector sacerdote salía el nombre de Amán, los asistentes descargaban furiosos golpes con sus martillos sobre el mismo nombre que

poco antes habían escrito con carbón o yeso, exclamando con toda la fuerza de sus pulmones:

—*Borrado sea tu nombre; el nombre del malvado sea destruido.*

El dolor de los judíos se cambió en atronadora alegría cuando leyó el sacerdote el versículo 10 del capítulo VII, en que dice: «*Y así fue colgado Amán en el patíbulo que había preparado para Mardocheo, y cesó la ira del rey.*»

Tocaba a su término la lectura del libro de Esther, cuando un acontecimiento inesperado vino a turbar la solemnidad religiosa de la fiesta de las Suertes.

—¡Abajo los ídolos de los impíos! —exclamaron varias voces que figuraban salir de la parte alta de los pórticos del templo.

—¡El león de Judá quiere ser libre! —respondieron otras voces que salieron de la multitud que llenaba el atrio de las naciones.

En este momento, el águila de oro que Herodes había colocado como una baja adulación a Roma sobre la entrada oriental del templo, cayó rodando en pedazos a los golpes de algunos jóvenes hebreos, que armados con martillos se habían encaramado sobre el alto pórtico.

Un clamor general siguió a este rasgo de audacia. Este grito tenía varias entonaciones: las unas de gozo, las otras de asombro, las más de espanto. Las mujeres, los niños y los ancianos huyeron en alas del miedo a encerrarse en sus casas. Los soldados de Antipatro, los bandidos de Dimas y los discípulos de Sedoc, Matías y Judas se agruparon en los atrios, y las ocultas espadas brillaron a los rayos del sol. Por otra parte, la curiosidad había formado sus grupos de espectadores indecisos, que esperaban con impaciencia el resultado de aquel motín inesperado.

La noticia, como acontece siempre en semejantes casos, corrió con rapidez por todos los ámbitos de la ciudad y, por fin, se detuvo en el palacio de Herodes, y fue a posarse en los oídos de su hijo Archelao y su general Verutidio.

Las trompetas de las legiones reunieron a los soldados del Tíber. Verutidio y Archelao desnudaron sus espadas, y montando a caballo, se encaminaron al sitio en donde el motín comenzaba a alzar su cabeza, resueltos a todo trance a castigar a los revoltosos.

Apenas los soldados de Herodes aparecieron delante del templo, los sediciosos se agruparon alrededor de sus jefes. Los gritos habían cesado; pero el peligro comenzaba. Los valientes israelitas abarcaron con una mirada aquella legión cubierta de acero que se acercaba hacia ellos. Comprendieron el peligro que les amenazaba, pues los soldados legionarios del idumeo les quintuplicaban las fuerzas.

Sus enemigos podían presentar sus anchos escudos de cuero ante la punta de sus puñales, mientras que ellos sólo presentaban sus pechos cubiertos con la simple túnica; muro humano en donde iban a hundirse para salir ensangrentadas hasta la empuñadura las cortantes espadas de los romanos.

Dimas comprendió que aquel batallón de aguerridos soldados que avanzaba hacia ellos con su aspecto marcial y amenazador podía enfriar el valor de sus compañeros.

La sangre enardece a los combatientes, el estruendo de las armas, los gritos de los que luchan en el combate, reaniman el valor. Dimas conocía todo esto y temeroso de que sus parciales retrocedieran ante el peligro, sacando su largo puñal con la mano izquierda, arrojó con toda su fuerza la jabalina, la cual fue a clavarse en el pecho de un centurión que caminaba delante de los soldados del Capitolio. El centurión lanzó un grito y cayó de su caballo bañado en sangre. Aquel grito fue la señal del combate. Los israelitas detuvieron la primera embestida de los romanos. Por ambas partes se hacían esfuerzos de valor: Israel defendía la casa de su Dios; Roma luchaba por vencer a los profanadores de su águila triunfadora. La sangre corría con abundancia por los atrios. Aquella lucha era el último esfuerzo de un pueblo que combate por su libertad: la última tentativa del esclavo desfallecido para arrancarse la pesada cadena que le sujetaba al despótico yugo de su tirano opresor.

La lucha, pues, era desesperada, rabiosa, sin cuartel. El herido no tenía que esperar la clemencia de su vencedor, porque era inútil. Por fin, los israelitas fueron cediendo ante la fuerza numérica de los romanos. Algunos combatientes, viendo la superioridad de sus enemigos, comenzaron a buscar su salvación en la fuga. Antipatro fue uno de los primeros que abandonaron vergonzosamente el campo de batalla. Aquel príncipe afeminado y sedicioso perdía por su falta de valor una corona y arriesgaba su vida, que el miedo le hizo mirar en aquellos instantes con más cariño del que debiera.

Una hora de lucha encarnizada bastó a los soldados de Herodes para probar a los sediciosos israelitas que su plan había fracasado. Más de cien hombres se revolcaban por el suelo, bañados con la sangre que manaba de sus heridas.

Cuando el combatiente se persuade que es impotente contra el peligro que le amenaza, el valor se apaga y la idea de la salvación individual toma grandes proporciones en el ánimo.

A Dimas le bastó una mirada para comprender que todo se había perdido y sacando un cuerno de caza que colgaba de su cinturón, lo aplicó a sus labios.

Aquel sonido reunió en torno suyo como por encanto a todos los soldados de su compañía que quedaban con vida.

—Todo se ha perdido —les dijo con rabioso acento—. ¡A Samaria! ¡A Samaria! … ¡Sígame el que pueda!

Y derribando con su terrible puñal cuanto hallaba a su paso, salió del templo, seguido de sus compañeros, y abandonó la ciudad. Poco después todo había terminado. Los habitantes de Jerusalén se asomaban con miedo a sus ventanas para ver pasar una legión de herodianos que conducía entre dos filas de lanzas a Sedoc, Judas y Matías, y cuarenta de sus valientes discípulos.

Estos mártires de la independencia de su patria caminaban cargados de cadenas, con el traje en desorden, el rostro descompuesto y manchados con la sangre de sus vencedores.

Archelao y Verutidio marchaban a la cabeza de la columna: iban a Jericó a

presentar al terrible Herodes los prisioneros de guerra.

Aquellos infelices demostraban en sus miradas que todo había acabado para ellos en la tierra.

Dios era su única esperanza; pero esa esperanza es la única del creyente; por eso cae como un bálsamo santo sobre el corazón de los desgraciados.

Capítulo V

LA CLEMENCIA DE HERODES

Al día siguiente, cuando el rey enfermo supo que los revoltosos de Jerusalén se hallaban cargados de cadenas en el hipódromo de Jericó esperando sus órdenes, hizo que le vistieran y le trasladaran en una litera adonde estaban los prisioneros.

Herodes, cruel por naturaleza, sanguinario por placer, quiso gozarse del dolor de aquel puñado de israelitas que habían tenido el atrevimiento de insultar el águila vencedora de los romanos.

Sedoc, Matías y Judas alentaban el desfallecido espíritu de sus discípulos, que, jóvenes y llenos de vida, comenzaban a palidecer ante la muerte que se cernía sobre sus cabezas.

La llegada de Herodes causó una impresión desagradable en los prisioneros. El séquito real se detuvo a pocos pasos del grupo de los rebeldes hebreos, y Cingo descorrió las rojas cortinillas de seda de Tiro que cerraban la litera, para que su señor asomara la cabeza.

—¿Son ésos? —preguntó el rey a su esclavo de un modo despreciativo.

—Ésos —respondió el negro con laconismo.

—No veo a mi hijo.

—Se escapó.

—¡Ah! Se escapó… ¿Sabes que esa palabra me incomoda? Veo con dolor que te vuelves algo torpe en los asuntos más importantes.

—Cuando la pieza se pierde, el podenco no desconfía mientras no ha perdido el rastro.

—¿De modo que tú tienes el rastro?

—Es más, señor, confío tropezar con el jabalí antes de mucho.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Pues si es tanta tu fortuna, enciérralo bien y avísame al momento.

—Así lo haré.

—Pero no olvides que los viejos tenemos algo de niños, y nos enojamos cuando no nos cumplen lo que nos ofrecen.

Cingo saludó y Herodes dirigió una mirada hacia el grupo de los prisioneros cerrando un poco sus párpados como si quisiera replegar el foco de sus pupilas sobre aquellas cabezas que comenzaban a doblarse ante él abatidas y medrosas.

—¡Ingratos! —exclamó después de una pausa, con una entonación sentida y bondadosa, como la que suelen emplear los padres para reprender alguna inconveniencia del hijo que más quieren—. ¡Ingratos! He ahí el pago que recibo, en cambio de los beneficios que derramo a manos llenas sobre ellos. Yo he reedificado

su santo templo, yo abro mis graneros cuando el hambre les cerca amenazadora y cruel; yo sacrifico con la fe del creyente ante el altar del Dios invisible de sus mayores, yo he agotado mis tesoros para pensionar sus poetas, levantar teatros, circos y ciudades, engrandeciendo con la ayuda del arte la tierra de Israel, y ellos, hijos desnaturalizados, se rebelan contra su padre enfermo con una ingratitud inconcebible… Mi mano bienhechora, siempre extendida para sembrar el bien, esperaba una lágrima de agradecimiento y un beso de cariño… y como víboras vienen a clavar su venenoso aguijón, emponzoñando los últimos momentos de mi vida… ¡Dios lo quiere!… ¡Dios lo quiere!…

Herodes lanzó un suspiro, y aun se cree que asomaron dos lágrimas a sus ojos. Los prisioneros ante aquella dulce y paternal reconvención de su señor, se sintieron tan conmovidos, que, agrupándose en derredor de la litera, se arrojaron a los pies del rey, pidiendo perdón de sus culpas.

Sedoc, que no había inclinado su orgullosa frente ante Herodes, admirado de la extraña clemencia de aquel tirano, le dirigió la palabra de esta manera:

—Yo soy Sedoc, hijo de Manahem el adivino, y te doy las gracias en nombre de estos jóvenes que se postran a tus pies, admirados de tu leal clemencia.

—¡Ah! —exclamó el idumeo, fijando su penetrante mirada en aquel anciano—. ¿Por ventura posees tú el mismo don de tu padre? ¿Eres, como él, de esos inspirados que vaticinan lo futuro y leen el misterioso libro del porvenir?

—Así lo cree el pueblo —respondió el asenio.

—Pues acércate, acércate y lee en el libro mío.

Sedoc dio algunos pasos y volvió a detenerse. Su mirada de águila abarcó con tenacidad el cadavérico rostro de Herodes. Hizo una ligera pausa como si estuviera descifrando algún enigma, y, luego, extendiendo la mano, dijo con voz profética:

—La página de tu vida se presenta muy oscura en el libro del porvenir; sus letras están borradas; pero observo un signo que me dice que antes que la luna nueva aparezca en todo su esplendor sobre las tranquilas aguas de Tiberíades, lanzarás el último soplo de tu vida, porque Dios tiene su mano suspendida sobre el gran libro de los vivos para borrar tu nombre.

Herodes guardó silencio. Diríase que la profecía de Sedoc había anudado su lengua. Tuvo miedo de aquel anciano que, precursor de la muerte se alzaba ante él para enseñarle una fosa.

El padre le había profetizado una corona: el hijo una tumba.

El idumeo arrojó un puñado de monedas de plata sobre aquellos infelices que temblaban a sus pies; y dio la orden de que le condujeran a su palacio. Al salir del circo, el rey agitó su pañuelo en señal de perdón. Los conspiradores lanzaron un grito de gozo pero aquella clemencia de Herodes era un cruel sarcasmo, una burla sangrienta.

El infame idumeo les enseñaba el cielo por el solo placer de hundirles en el infierno: les ofrecía una esperanza para hacerles más amargo el desengaño. Porque en

los sangrientos cálculos del verdugo de Mariamne jamás había entrado el perdonar a los rebeldes israelitas que atentaban contra la tranquilidad de sus reinos derribando la enseña triunfadora de sus aliados. Por eso, olvidando sus padecimientos, preocupado con una idea sangrienta tan frecuente en él, llegó a su palacio y llamó a su guardasellos, diciéndole:

—Oye, Ptolomeo. ¿Qué pena te parece que debía imponerse a esos rebeldes?

—La clemencia es la mayor virtud de los reyes —respondió el viejo servidor.

—Sí… lo he oído decir… la clemencia es una gran cosa; pero con el carácter de los hebreos la clemencia es un grave inconveniente.

—Salomón ha dicho que la benevolencia es como el rocío —volvió a repetir Ptolomeo.

Herodes le dirigió una mirada terrible, que hizo temblar al guardasellos.

—Salomón —dijo con una entonación fría y cruel Herodes— era un sabio… muy sabio… y pensaba como suelen pensar esa familia de locos pacíficos que vagan por las calles, y que el vulgo denomina con la palabra sabios; pero yo no tengo talento: más que un hombre de letras soy un hombre de armas, y mi deber es castigar la rebelión que levanta la cabeza para turbar la paz de mis súbditos.

—Tú eres el señor nuestro: tu voluntad es ley. Manda y serás obedecido.

Ptolomeo dijo estas palabras con todo el miedo que podría decirlas un cortesano que ve en riesgo su privanza y su vida.

—¿Cuántos son los sediciosos? —preguntó Herodes después de una pausa.

—Cerca de ochenta.

—Pues mira, eliges cuarenta, los que más te incomoden, y hazles morir asaetados en el hipódromo, y en cuanto a los tres jefes de la rebelión, lo más prudente es quemarlos vivos y esparcir después las cenizas. La mala semilla conviene exterminarla de raíz.

Ptolomeo se disponía a abandonar el cuarto de su rey, temeroso de que tan terrible sentencia le alcanzara, cuando Herodes le detuvo diciendo:

—¡Ah! Me olvidaba. A los demás puedes dejarles libres para que pregonen la clemencia de Herodes. Vete, y di a mis esclavos que me sirvan la cena.

El guardasellos salió de la cámara real y media hora después el rey cenaba tranquilamente con su hijo Archelao, su nieto Achiab y su general Verutidio.

Las órdenes de Herodes fueron cumplidas al día siguiente. Los primeros albores del crepúsculo oriental cayeron sobre el circo de Jericó; bañando las altas columnas del real edificio levantado con el oro de Herodes para entretener al populacho con los feroces espectáculos que tanto entusiasmaban al pueblo del Tíber. El inocente canto de las aves se mezcló con los dolorosos gemidos de los cuarenta discípulos, que por espacio de dos horas sirvieron de blanco a los tiradores herodianos.

Sedoc, Matías y Judas fueron quemados en presencia de sus compañeros. El feroz idumeo había lavado con un mar de sangre el insulto que los israelitas habían inferido a Roma.

Poco después, cuando los asesinatos de Berito, Belén y Jericó llegaron a saberse en el Capitolio, cuando el clemente César Augusto supo que Herodes, después de asesinar a sus hijos, degollaba a los primogénitos de la ciudad de David, el ilustre vencedor de Cleopatra, el prudente emperador de los romanos, pronunció con indignación estas palabras que la historia ha consignado como un padrón de infamia que mancha las páginas del tempestuoso reinado de Herodes: «Ese miserable con corona es un infame sin corazón. *Vale más ser cerdo que hijo de Herodes*.»

Dejemos al rey cenando en su cámara, rodeado de sus hijos y su general, y sigamos a Cingo, que camina a favor de la oscuridad de la noche por una de las calles desiertas y angostas de Jericó. El esclavo va solo y envuelto con un manto gris que se arrolla a manera de alquicel por su enorme y áspera cabeza. Como a unos cincuenta pasos, y siguiendo el mismo camino que Cingo, se destacan cuatro bultos entre las sombras de la calle.

Todos marchan sin meter ruido, como las culebras que se deslizan por las márgenes del río a sorprender los nidos de las cercetas. El esclavo se detiene delante de una puerta de mezquina apariencia, y tienta con su diestra la madera como si buscara la cerradura. Entonces, con un instrumento de hierro que no puede distinguirse por la oscuridad, comienza a forcejear, pero sin que el más leve ruido interrumpa la calma silenciosa de la noche. La puerta cede y queda abierta ante el etíope. Las cuatro sombras se reúnen con el negro y éste les dice en voz baja:

—Entremos.

Los puñales brillan en las manos de los misteriosos compañeros de Cingo, y al momento desaparecen todos en el estrecho y oscuro callejón que comunica con el interior de la casa.

Cingo se detiene como si una idea le hubiera asaltado, y aplicando sus labios al oído de uno de sus compañeros, murmuró una frase que sólo pudo oír aquel a quien iba dirigida.

Entonces éste se detuvo, volvió a desandar lo andado y, rebujándose con su manto, fue a sentarse en cuclillas sobre el tosco peldaño de la puerta. Los otros cuatro siguieron adelante, caminando por el oscuro corredor con las manos extendidas como si temiesen tropezar con las paredes que les rodeaban.

¿A dónde iban?… Vamos a verlo.

LIBRO SÉPTIMO

LA AGONÍA

Hierve mi carne en gusanos; llagas asquerosas cubren todo mi cuerpo; mi piel seca se ve toda encogida y arrugada.

Si concibo alguna esperanza de hallar algún descanso cuando por la noche me recojo a reposar, consolándome con gemidos y buscando alivio a mis males con lágrimas y con suspiros, entonces, lleno de sobresalto, me veo acometido de espanto con las imágenes y sueños que hurtan mi calma. (*Libro de Job*, versión parafrástica.)

CAPÍTULO I

LA DOBLE CADENA

Retrocedamos algunas horas y tomemos el quebrado hilo de nuestra narración desde el momento en que el príncipe Antipatro, viendo perdida su causa, abandonó el templo, buscando en la fuga la salvación de su vida, amenazada tan de cerca por la vencedora espada de los romanos.

Un hombre, sordo al cercano estruendo de los combatientes, insensible al grito de dolor del moribundo, se hallaba sentado junto al poyo de una puerta de miserable apariencia, en una de las callejas del barrio nuevo de Bezeta. Aquel hombre oprimió con su diestra las riendas de un fogoso corcel que piafaba impaciente a su lado. El bronceado color de sus mejillas, al ancho alquicel de abigarrados colores con que cubría su cuerpo, y la recelosa y estúpida mirada de sus pequeños y hundidos ojos, decían claramente que aquel hombre era uno de esos seres degradados que arrojó la Arabia de su seno y que arrastran toda su vida la pesada cadena de la esclavitud ni dase cuenta del afrentoso yugo que como una maldición del cielo pesa sobre ellos, de padres a hijos, siglos y siglos.

El joven príncipe, cubierto de sangre y sudor, entró precipitadamente en la calle indicada, y acercándose al hombre del caballo, le arrancó bruscamente las bridas de la mano, y saltando sobre el robusto lomo del inquieto animal, dijo al mismo tiempo que arrojaba unas monedas de plata en el suelo:

—Esclavo, ya eres libre, celebra tu gozo y mi desdicha con esos siclos que

siembro a tus pies.

Y hundiendo el acicate en los ijares del corcel, partió a galope tendido.

El esclavo arrojóse de bruces en el suelo y comenzó a recoger las monedas con avaricia. Aquello era una fortuna para él; jamás sus ojos habían visto tanto dinero junto, y aquel dinero era suyo. Tanta emoción le trastornaba; así que no reparó en dos jinetes que penetraron en la calle y que pasaron cerca de él.

—¡Eh! —gritó uno de los jinetes, desviando su caballo para no atropellarle.

El árabe levantó la cabeza. Su primer pensamiento al ver dos hombres a su lado que llevaban las espadas desnudas en la mano, fue creer que eran dos ladrones que venían a robarle, y apretó los puños, ocultándolos bajo su alquicel para que no vieran su tesoro.

—¡Eh, buen hombre! —volvió a gritar el mismo—. ¿Quién es aquel jinete que desempiedra la calle?

—Lo ignoro, pero debe ser por lo menos hijo de un rey —respondió el árabe.

—Es mi hermano —dijo uno de los jinetes dirigiéndose al otro.

—Lo mismo creo —respondió aquel a quien iban dirigidas las anteriores palabras.

—Entonces, Cingo, ya sabes tu deber.

—Nunca lo olvido, príncipe mío.

—Que Mercurio preste a tu corcel sus alas; que el huracán envidie tu carrera.

—Así lo espero.

Entonces Archelao hizo volver su corcel en dirección al templo, y Cingo, el esclavo favorito de Herodes, partió como una exhalación en seguimiento de Antipatro.

El árabe se quedó solo en la mitad de la calle, mirando con espantados ojos en torno suyo como si quisiera explicarse todo lo que había acontecido en su derredor en tan poco tiempo.

Luego, como si aquella pregunta que su curiosidad dirigía en silencio a su entendimiento le pareciera muy difícil de responder, lanzó un prolongado bostezo, y estirando los brazos por encima de su cabeza todo lo que puede un perezoso, se dejó caer sobre un banco de piedra horizontalmente y cerró los ojos como el hombre que se dispone a dormir después de un día de penoso trabajo.

Mientras tanto, Antipatro llegó a la puerta de Damasco, y atropellando a los curiosos que a la sombra de sus cuadras y robustas torres comentaban el acontecimiento del día, salió al campo, haciendo retemblar con el precipitado galope de su caballo los chatos arcos y las huecas troneras.

Poco después, Cingo, el negro, salía en seguimiento del hijo de su rey.

—Belzebú os guíe —exclamó un hebreo arrimándose al muro para no ser derribado.

—Están locos —murmuró otro.

—Di más bien que huyen de la chamusquina —dijo a su vez un mozalbete.

—¿Los has conocido?

—¡Toma! ¿Quién no conoce en la ciudad al afeminado hijo y al sombrío esclavo de Herodes? Son un par de alhajas dignas de la cruz.

La conversación se hizo general, pero en voz baja, y los jinetes se perdieron entre las revueltas callejas pedregosas que cercaban la puerta de Damasco.

Una hora de carrera desesperada a merced de sus caballos llevaban los dos jinetes, sin que por eso hubieran podido, ni el uno evadir la terrible persecución de que era objeto, ni el otro acortar la distancia que le separaba del que con tanto empeño perseguía.

Cingo conoció que la marcha de los dos caballos era tan igual que nada adelantaría, pues sólo en el caso de que su enemigo cayera de la silla podría lograr alcanzarle.

Entonces recurrió a un medio muy usado entre los hijos del desierto, y que se reducía a aligerar al corcel de carga inútil y tenderse el jinete sobre el cuello del animal para que su cuerpo, al cortar el aire en la carrera, no entorpeciera la marcha.

Cingo, resuelto a llevar a cabo su estrategia, agarróse con fuerza a las crines del caballo, y a riesgo de caer logró quitarle la silla, la manta y demás arreos, dejando al poco rato al cansado animal en pelo. Entonces se echó sobre el cuello del caballo, y éste relinchó como si quisiera decir a su amo: «Ahora sí que lo alcanzaré.»

Pronto conoció Antipatro que su perseguidor ganaba terreno, y creyendo imposible el salvarse, y no teniendo bastante valor para revolverse contra él, se le ocurrió la idea de dejarse caer del caballo y ocultarse en uno de los espesos matorrales que por todas partes le rodeaban.

Firme en su resolución, reconoció el terreno con una mirada, y viendo un recodo que formaba el barranco que seguía era el más a propósito para que su maniobra no fuera descubierta, fue deslizándose hacia el cuarto trasero del animal y se dejó caer, quedando de pie en el suelo.

Esta maniobra fue ejecutada con tanta rapidez que Cingo no pudo verlo a causa de lo quebrado del terreno.

Antipatro tuvo buen cuidado de pinchar al caballo con la daga que llevaba en la mano, a tiempo de dejarse caer; de modo que el corcel, libre del peso de su dueño y herido por el acero, redobló su volador escape. El príncipe fue a ocultarse en la maleza y, poco después, por entre las ramas, vio pasar como una sombra fantástica la negra figura de Cingo tendido sobre su caballo.

Pasó un cuarto de hora y las pisadas de los caballos se perdieron a lo lejos. Cingo, siempre tendido sobre el cuello de su corcel, esperaba impaciente el instante en que los caballos se juntaran para apoderarse de su enemigo.

Antipatro comenzó a respirar cuando el eco de las pisadas se perdieron a lo lejos. Más tranquilo sobre el peligro que tan de cerca le amenazaba, comenzó a ocuparse del presente. Negro y borrascoso era el que le cercaba, y más terrible aún el porvenir que su acalorada mente distinguía en lontananza. En la sombría noche de su

infortunio sólo se aparecía una estrella que desde el cielo tempestuoso de su desgracia le enviaba los suaves y tranquilos rayos de su luz pura y hermosa. Aquella estrella era Enoé, su esclava favorita. Paloma del Nilo trasladada a las márgenes del Jordán, antes que el dulce arrullo del amor hubiera conmovido su corazón, la bella egipcia se unía al príncipe hebreo por la doble cadena del amor y la esclavitud.

Cuando cansada la mente, desfallecido el espíritu, sentía Antipatro que su ser languidecía, devorado por el hastío, volaba al lado de Enoé en busca de una vida que iban consumiendo las discordias de su familia. Entonces el amor de Enoé era el misterioso amuleto que le reanimaba. Porque el amor es el rocío celeste que cae sobre el corazón de los que padecen, la sonrisa de los ángeles que vienen a ahuyentar los fatigosos ensueños de la vida.

Fecundo en belleza como el Eterno, rico en tesoros como la tierra, hermoso como la luz nacarada de la mañana, él es el maná santo, que siglos y siglos llueve sobre los desgraciados, como una recompensa que la invisible mano del Eterno derrama sobre sus dolores.

Amar y ser amado, comprender el balbuciente lenguaje de los besos, descifrar las expresivas frases sin ruido de las miradas, sentir los dulces efectos de un suspiro embalsamado con el aroma del corazón que nos lo envía, tener un seno amigo donde reclinar nuestra frente cargada con los negros pensamientos que agrupa el infortunio, tener, en fin, un nido de amor en donde pueda olvidarse la perfidia de los hombres, el ruido del mundo, ¿dónde mayor ventura? ¿Para qué más felicidad sobre la tierra, mientras llega la hora de la eterna recompensa a poner fin a las amarguras de la vida?

Por eso Antipatro, que al ocultarse entre la maleza del barranco se creyó el hombre más desgraciado del universo, comenzó a tranquilizar su agitado espíritu, porque el recuerdo de Enoé descendió sobre su frente como un bálsamo consolador, como una armonía celeste. Pensó en su amor y se creyó menos desgraciado. Un pensamiento asaltóle la mente, y se dijo para sí:

—Enoé me ama: corramos a su lado. Su casa será mi puerto de salvación, sus lágrimas el benéfico consuelo que ambicionan mis dolores; sus dulces y enamorados cantos tornarán a mi espíritu la paz que tanto necesito; porque el amor es el remedio universal de las penas del alma.

Formada esta resolución, salió de su escondite, y como ningún ruido se percibía alrededor suyo, después de orientarse sobre el sitio donde se hallaba y el camino que debía seguir para llegar a Jericó, se puso en marcha, sirviéndole de guía el perezoso Jordán, que a poca distancia de aquel sitio se arrastraba sobre su lecho de arena.

Algunas horas después, ya de noche, el príncipe fugitivo llamó a la puerta de su esclava, y ésta abrió tan pronto como supo que era su amante. Enoé era, como hemos dicho en otra parte, una niña de dieciocho años, tan hermosa, tan llena de vida, como puede serlo una doncella nacida en las riberas del río santo.

Amaba a su señor como acontece a las esclavas egipcias, que se enamoran del que las compra, es decir con un respeto que tiene muchos puntos de contacto con la

adoración.

Sólo un sentimiento agitaba el dulce y tierno corazón de aquella pobre niña: el amor; sólo un nombre sabía pronunciar su encantadora boca: Antipatro. Solía acordarse de su patria; pero una mirada de su dueño tenía el poder de hacérselo olvidar todo. En cuanto a sus padres, apenas los había conocido.

Antipatro entró en casa de Enoé, y ésta, cogiéndole de la mano después de besarla, le condujo a su camarín favorito. Sólo allí pudo reparar la hermosa egipcia el deplorable estado de su amante.

Roto, ensangrentado, el cabello en desorden, la faz conmovida y pálida, los ojos hundidos y vidriosos, aquel hermoso joven había envejecido diez años en un solo día.

Enoé dio un grito al verle de aquel modo, y se arrojó en sus brazos.

Antipatro pagó aquel recibimiento afectuoso con un beso y una sonrisa, y antes de que su esclava le dirigiera la palabra le dijo:

—Querida Enoé, tengo un hambre horrible; hace más de veinte horas que no como, y contra mi costumbre, me he visto precisado a correr a pie una distancia considerable. ¡Oh!, mis delicados pies me han dado una prueba de su fortaleza, pero con esa prueba se han hecho pedazos… Mira…

Y Antipatro, que se había dejado caer sobre un almohadón, señaló sus pies a Enoé.

Ésta se arrodilló y los besó respetuosamente.

—¡Eh! —le dijo el príncipe levantándola con cariño—. Deja ahora los pies y ocúpate de mi estómago, querida mía.

Enoé salió de la pieza enjugándose las lágrimas. La pobre niña no había despegado sus labios. Su amor no encontraba palabras bastante cariñosas para expresarse con toda la belleza de su sentimiento, y recurrió a la muda elocuencia de las lágrimas y las miradas, patrimonio exclusivo de las almas sensibles, de los corazones amantes.

Antipatro vio salir a su esclava, y la acompañó con una mirada dulce y cariñosa.

—¡Pobre niña! —se dijo—. Sólo los dioses Lares podrían revelarte el porvenir que te espera cuando los esclavos de mi padre arrojen a mi cuello la cadena opresora que me preparan.

Un suspiro siguió a estas palabras. Luego, separando con su pequeña mano los desordenados cabellos que caían por su frente, se tendió en el lecho, y apoyando los codos en el almohadón, dejó caer la cabeza entre las manos, quedándose en aquella actitud por algunos momentos.

Capítulo II

DONDE SE PRUEBA QUE NO ES DIFÍCIL DORMIRSE EN LOS BRAZOS DE UN ÁNGEL Y DESPERTAR EN LOS DE UN DEMONIO

Enoé volvió a entrar en el camarín, conduciendo una bandeja con viandas y dos botellas de vino. Antipatro no levantó la cabeza: un infierno rebullía en su cerebro, un mundo de ideas le preocupaba, y cuando el hombre se halla en uno de esos períodos críticos de la vida, nada siente, nada ve, más que lo que le preocupa y aturde en aquellos instantes. La tímida doncella no se atrevía a interrumpir el silencio, la inmovilidad de su señor. En vano se afanaba por descubrir el origen de aquel profundo dolor. Mujer, y enamorada, participaba de los dolores de su amante sin comprenderlos, sufría con él, pero temerosa de enojarle, sufría en silencio. Entonces cruzó una idea por su mente. Sus húmedos y hermosos ojos se fijaron en una pequeña y ligera arpa que colgaba de un clavo. Sus manos se apoderaron de aquel instrumento, y pronto una dulce melodía que llegó al corazón del joven príncipe le hizo volver la cabeza.

—¡Ah! ¿Estás ahí, Enoé?

—Espero tus órdenes, señor.

—Canta, pues, hermosa mía: tu dulce voz me hace bien. ¡Soy tan desgraciado!…

—El amo indique a su sierva la canción que más le place.

—Tú no eres mi sierva, eres mi dulce amiga; puedes cantar lo que te plazca. Sólo debo advertirte que soy un príncipe muy desgraciado, a quien persigue la muerte muy de cerca.

Enoé se estremeció.

Antipatro comenzó a comer distraídamente, y Enoé, después de buscar una canción análoga a las circunstancias, se atrevió a decir:

—Señor, en la historia de tu pueblo se halla un rey, llamado Ezequías, que, próximo a la muerte, salvó su vida por la fe que le inspiraba el Dios de sus mayores. El profeta Isaías le anunció quince años más de vida, cuando él sólo esperaba vivir un instante. A la voz del profeta, el reloj solar de Acaz retrocedió seis grados y el sol subió nuevamente al horizonte por la parte de Oriente. ¿Quieres que preludie el canto de gracia que elevó a su Dios el rey Ezequías?

—Oigamos el canto del rey.

Enoé comenzó un acompañamiento que tenía una dulzura, una vaguedad indefinibles, y poco después su voz argentina comenzó a cantar la poética prosa de Isaías de esta manera:

«A la mitad de mis días entraré por las puertas del sepulcro; privado me veo del resto de mis años.

»Ya no veré yo al señor, mi Dios, en la tierra de los que viven.

»No veré yo más a hombre alguno, ni a los que morarán en dulce paz. Se me quita el vivir y se va a plegar mi vida como la tienda de un pastor; mientras la estaba aún urdiendo, entonces Él me la ha cortado; de la mañana a la noche acabarás conmigo, oh Dios mío. Esperaba vivir hasta el amanecer: el Señor, como un león fuerte, había quebrantado todos mis huesos, pero por la mañana decía: antes de anochecer acabarás, oh, Señor, mi vida.

»Estaba yo como un pollito de golondrinas; gemía como las palomas; debilitáronse mis ojos de mirar siempre a lo alto del cielo. Mi situación, Señor, es muy violenta; toma a tu cargo mi defensa.

»Mas, ¿qué es lo que digo? ¿Cómo me tomará Él bajo su patrocinio cuando Él mismo es el que ha hecho esto? Reposaré, oh, Dios mío, delante de Ti con amargura de mi alma todos los años de mi vida.

»¡Oh, Señor! Si esto es vivir y en tales apuros se halla la vida de mi alma, castígame, te ruego, y castigado vivifícame.

»Ved cómo se ha cambiado en paz mi amarguísima aflicción, y Tú, oh, Señor, has librado de la perdición a mi alma, has arrojado tras de tus espaldas todos mis pecados.

»Porque no han de cantar tus glorias todos los que están en el sepulcro, ni han de entonar tus alabanzas los que están en poder de la muerte; ni aquellos que bajan a la fosa esperaban ver el cumplimiento de tus verídicas promesas.

»Los vivos, Señor, los vivos son los que te han de tributar alabanzas, como hago yo en este día; el padre anunciará a sus hijos tu felicidad en las promesas.

»¡Oh, Señor! Sálvame y cantaremos nuestros salmos en el templo del Señor todos los días de nuestra vida.» (*Isaías,* cap. XXXIII.)

Cesó el canto: Antipatro, preocupado aún como si escuchara el dulce eco de la voz de Enoé, quedóse unos momentos sin despegar los labios. Las palabras del rey moribundo habían llegado hasta el fondo de su corazón, y éste latía de un modo extraño para él.

Por fin, deslizándose del lecho y cogiendo un abanico de plumas, comenzó a hacerse aire y a pasear distraído por la sala. Enoé le miraba sin hablar. De pronto los ojos del señor se encontraron con los de la esclava y entonces Antipatro fue a sentarse a los pies de la hermosa, que le presentó su seno para que reclinara la cabeza. Antipatro aceptó, enviando una sonrisa a Enoé, y luego le dijo:

—Has hecho bien en recordarme la plegaria del rey Ezequías. Desde este momento te ofrezco ocuparme algo más de Dios y un poco menos de los hombres.

—Príncipe mío, de Jehová emana todo lo bueno y consolador; de los hombres todo lo aciago y pesaroso. Dios es la fuente del bien que vivifica, el foco de luz que ilumina; piensa en Él y serás feliz; ámale, y tendrás dicha sobre el polvo de la tierra.

—Veo, querida Enoé, que tu alma es tan bella como tu rostro. ¡Oh! ¡Bendito sea el instante que mis ojos te vieron por la vez primera! ¡Bendito el día en que formamos este pequeño nido, en donde tú blanca paloma del Nilo, me haces olvidar con tus dulces arrullos de amor, las terribles tempestades que agitan mi vida!

—La felicidad es la hija predilecta del amor. Las tiernas avecillas son felices porque aman: forman sus tiendas en las suspensas ramas de los árboles, desde donde elevan su canto matinal hacia el Dios que fecundiza el grano que las sustenta.

»Como nada ambicionan, sus sueños son tranquilos, sus cantos son alegres; cuando la noche avanza, mientras la madre da calor con su cuerpo a los frágiles huevecillos, el padre enamorado corre a posar sus delicadas plantas sobre el industrioso nido, y después de acariciar con su pico la suave pluma con que Natura ha engalanado la cabeza de su compañero, se quedan dormidos mirándose mutuamente con amor. Un rayo de sol, una gota de rocío, algunas semillas esparcidas sobre la tierra del paraíso que han elegido para amarse, es todo lo que ambicionan para el día venidero. Y Dios, eterno velador de lo creado, nunca deja sin realizar las esperanzas de las aves, porque todo lo esperan de Él, y sólo en Él confían. ¿Por qué, pues, el hombre no imita a las aves para ser dichoso?»

—Porque el hombre, Enoé, pertenece a una raza maldita y ambiciosa que mira el amor como un pasatiempo ameno de la vida, y la ambición como el gran todo de sus aspiraciones; porque el hombre lucha y se devora para engrandecerse con el despojo de sus víctimas y su hambriento orgullo nunca queda harto aunque reúna montes de oro, y la vanidad nunca se contenta aunque vea encorvado el cuerpo bajo el peso de las dignidades. Pero yo te juro, Enoé mía, regenerarme. Tus palabras han levantado un eco dulcísimo en mi corazón. Esas preciosas lágrimas que se desprenden de tus negros ojos, borrarán con sus húmedos rocíos la memoria de lo que fue. Tu amor, y sólo tu amor, será desde hoy en adelante mi mayor fortuna, mi constante pensamiento. ¿Qué vale una corona de oro, cuando quema las sienes que oprime, comparada con la que tus pequeñas manos pueden tejerme de rosas embalsamadas con el perfume de tus besos y el aroma de tus suspiros?… ¡Oh!, conozco que he sido un insensato. Gocen en buena ley mis hermanos la herencia maldita de mi feroz padre; elévense sobre el sangriento trono de Jerusalén los de mi raza. ¿Qué me importa? Mi patria será desde hoy la que tú elijas, mi fortuna tu amor, mi palacio una tienda en donde nos cobijemos los dos, mi ambición, tu felicidad, mi tesoro tu corazón, tus besos y tus hermosos cantos.

—¡Antipatro! ¡Antipatro! —murmuró la esclava acariciando la rubia cabellera de su amante con sus pequeñas manos—. Tu felicidad comienza si tu corazón siente lo que acaba de expresar tu lengua; porque el amor es el paraíso anticipado de los mortales.

El príncipe hebreo selló con un beso las palabras de su amada. Enoé, llena de felicidad con el risueño porvenir que le brindaba el amor, apoderóse del abanico de plumas de Antipatro, y comenzó a hacerle aire como si quisiera ahuyentar de la mente de su amado el resto de los sombríos pensamientos que le agitaban.

—Mañana —continuó el príncipe—, cuando fortalecido mi cuerpo con el descanso, llegue la noche, que es la protectora de los desgraciados, reuniremos nuestra pequeña fortuna y partiremos a Egipto. Como los árabes del Yemen,

alzaremos nuestra tienda en las orillas fértiles del río santo. Tú, mi hermosa Enoé, te engalanarás como las desposadas de Israel, para que yo te contemple eternamente con amor y beba mi felicidad en tus miradas. El color de jacinto que tanto me gusta será el de tu calzado. Por tu esbelta cintura colocaré con mis manos el suave ceñidor de lino y un manto finísimo de blanca lana cubrirá tus delicadas formas. Yo adornaré con joyeles tu nevada frente, y tus orejas con ricos zarcillos de coral. Tus delicadas manos amasarán tortas de flor de harina, como las princesas de David; yo a tus pies te adoraré como a la reina de la hermosura y del amor. Porque te amo, Enoé, pero de un modo desconocido para mí hasta este momento. Porque tú eres una necesidad de mi vida, un segundo espíritu de mi cuerpo, la mitad de esta misteriosa alma que se agita en mi ser.

La voz de Antipatro iba acallándose poco a poco. Algunas frases entrecortadas siguieron a las palabras de amor, y luego un beso, un nombre y un suspiro se escaparon de los labios del príncipe. Después se quedó dormido en brazos de su esclava. Aquella naturaleza delicada no pudo resistir más tiempo, y pagó su tributo al sueño.

Enoé siguió abanicando la hermosa cabeza de su amante. El amor de la contemplación brilló con todo su fuego en las negras pupilas de la egipcia. La hermosa extranjera no se atrevía a moverse por no despertar a su dueño. Así transcurrió una hora.

Antipatro, embriagado de amor, había hecho promesas que estaba muy lejos de cumplir, porque era ambicioso. Enoé nada le había preguntado; conocía a su amante, y esperaba con la resignación de la mujer enamorada que el tiempo y sus caricias le hicieran desistir de sus temerarias empresas.

El príncipe se había dormido en sus brazos y el sueño iba a revelarle con su ruda franqueza lo que el amor no se había atrevido a comunicarle despierto.

—Hijo de reyes —balbuceaba en sueños Antipatro— tu puesto es un trono… La vida es nada cuando se arriesga por una corona… Ruede mi cráneo insepulto si los anillos de oro de la diadema de mi padre no enrojecen con su contacto la piel de mi frente. Un trono… un pueblo arrodillado a mis pies y cien legiones que doblen su cabeza y desnuden sus espaldas a mi voz… eso ambiciono. Pero la desgracia me acaricia con sus descarnadas manos y la enojada fortuna me vuelve la espalda… ¡Maldito… maldito sea el matador de mi madre!… Su podrida sangre circula por mis venas y me quema el corazón… Pero, ¡ah!, la muerte sonríe sobre su cabeza… Está pálido como un cadáver… tiende sus largos y amarillentos brazos sobre la corona, y los retira con horror, porque ha encontrado otras manos que acarician sus hojas de laurel… Son las manos de su hijo, de mi hermano Archelao… Pero yo tengo aún oculto entre los pliegues de mi túnica un puñal cuya punta está envenenada con la ponzoña que me ha vendido un árabe… y ese puñal se sepultará en la garganta de mi hermano y su corona será mía… yo seré rey… sí, rey… rey… ¡Oh! ¡Qué hermoso será ser rey!…

Antipatro soltó una carcajada y Enoé comenzó a llorar en silencio. Pasaron dos horas, y Enoé aún lloraba, porque su amante, dormido en sus brazos, presa de una pesadilla horrible, seguía revelándole todos los secretos ambiciosos de su corazón. La pobre niña estaba tan preocupada, tan absorta en el dolor de su amante, que para ella nada existía en el mundo más que su amor. Por eso no se percibió de que una puerta se abría a espaldas suyas, y un hombre entraba en el camarín andando de puntillas sobre la mullida alfombra para no meter ruido.

Aquel hombre era un negro de feroz semblante. Una sonrisa de gozo horrible partió de sus gruesos labios, dejando ver dos murallas de marfil. Su diestra oprimía un largo cuchillo y su siniestra unos cordones de seda.

Detrás del negro apareció otro hombre y detrás de éste otro, y detrás otro. Eran cuatro: el negro iba delante, y llegó hasta donde estaba la esclava.

Antipatro dormía con su hermosa cabeza reclinada en el seno de su amada, y ésta lloraba en silencio y agitaba el abanico de plumas, refrescando la ardorosa frente de su señor.

De repente Enoé exhaló un grito terrible, pero ahogado, porque una mano ruda y callosa cayó bruscamente sobre su nacarada boca.

Antipatro abrió perezosamente los ojos y en su semblante se pintó con los colores más vivos el asombro y el terror.

—¡Ah, hermoso príncipe —dijo Cingo con insultante entonación—, por fin he logrado ponerme en contacto con tu hermosa persona!

—¡Miserable! —exclamó Antipatro lleno de cólera.

—No hay que enfadarse, amo mío —respondió el negro, colocando la punta de su puñal sobre el corazón de Antipatro y haciendo una seña a los suyos para que le ataran con los cordones.

—¡Cobardes! ¿Por qué no me matáis de un solo golpe? —dijo el joven, forcejeando para desasirse de sus perseguidores.

—Porque esa es incumbencia de mi señor, tu padre.

Antipatro, a quien sus enemigos habían atado y puesto en pie, dirigió una terrible mirada a su esclava Enoé, que se hallaba llorando a su lado, aturdida con lo que veía.

—¿Y cuánto te ha valido, esclava miserable, entregar mi persona a mis enemigos? —le dijo con tono despreciativo—. Responde.

—Yo soy inocente, Antipatro; esos hombres han forzado mi puerta… yo nada sabía…

—¡Mientes! ¡Mientes!

Enoé quiso arrojarse a los pies de su amante; pero el irritado mancebo la rechazó bruscamente, diciendo:

—¡Maldita sea la mujer que olvida sus juramentos de amor y pone precio a la libertad de su amante!

Enoé dio un grito y cayó desplomada a los pies de Antipatro. Éste apartó la vista con desprecio de aquella mujer que él creía culpable, y volviéndose a Cingo, le dijo:

—Sácame cuanto antes de esta casa.

—Conducidle donde sabéis —dijo el negro a los suyos.

Los tres hombres salieron, llevándose atado a su prisionero.

En cuanto al negro, quedóse un momento en el camarín, y cruzándose de brazos, se puso a contemplar el desmayado cuerpo de Enoé.

—Es hermosa como una virgen del templo de Sión, esbelta como una garza del mar de Tiberíades. ¡Pobre niña! Ha perdido a su protector… ¡Bah! Bien puedo serlo yo desde ahora.

Y diciendo esto, cogió en sus brazos a Enoé como si fuera un niño, y salió por el estrecho corredor detrás de sus compañeros.

Capítulo III

LAS MANZANAS Y EL NIÑO

Han transcurrido algunos meses desde los últimos acontecimientos que hemos narrado. La enfermedad de Herodes se agrava de día en día. El ilustre enfermo apenas cuenta algunos intervalos de calma, durante los cuales se ocupa en formular su testamento y dar órdenes excéntricas que tienen en alarma a su familia y a los pocos cortesanos que le rodean.

Con asombro de los rabinos y altos dignatarios de Jerusalén y Jericó, el idumeo, cuyo origen plebeyo le atormenta, ha mandado quemar los libros hebreos en donde se consigna la cronología de los príncipes de Israel.

—Por este medio —dice— la posteridad ignorará que mi raza no era tan ilustre como la de David.

En el momento que volvemos a presentarlo en escena, se halla como de costumbre, echado en la cama.

Ptolomeo, sentado junto a una mesa, escribe en unos grandes trozos de papiro las órdenes que le dicta su señor…

—Léeme el último testamento —le dice con apagada voz.

Ptolomeo leyó lo que sigue:

«—Distribuyo mi reino, porque así es mi voluntad, de la manera siguiente: Dejo por sucesor en el reino y corona de Jerusalén a mi hijo Antipas.»

—No… no es eso —gritó el enfermo extendiendo la mano.

—Señor —se atrevió a decir el guardasellos—, hace tres días tú mismo me dictaste lo que acabo de leer.

—No te digo lo contrario, pero ahora he cambiado de parecer.

—¡Ah! Entonces…

—Entonces coge la pluma y escribe de nuevo; quiero testar en otra forma.

—Obedecerte es mi obligación.

—Así me gusta; escribe. Nombro por sucesor a mi hijo Archelao, el cual es mi voluntad y deseo que se ciña la corona después de mi muerte.

Ptolomeo escribió, encogiéndose de hombros y haciendo un gesto de disgusto, pero muy disimulado, temeroso de que lo descubriera su señor.

—*A mi hijo Antipas* —continuó Herodes— *le nombro tetrarca de Galilea y de la Arabia Pétrea; a Felipe le doy la Traconitide, la Gaulonita y la Batanea, que erijo a la dignidad de tetrarquía; a Salomé, mi hermana, le doy la Jamnia, Azoto y Fasaclide, con cincuenta mil monedas de dinero contante.*[121]

Ptolomeo, cuando acabó de escribir la última frase, repitió levantando la cabeza:

—Contante…

Aquí hubo una pausa, durante la cual el guardasellos permaneció inmóvil, con la

pluma suspendida sobre el papiro, esperando que su señor dictara.

—Ahora continúa copiando las donaciones que hago a mis amigos y a la emperatriz de los romanos, tal como está en el testamento anterior, pues no quiero variar esa parte.

El secretario escribió, y después fue a presentarlo a Herodes.

Leyó el rey con calma su testamento, luego lo selló y volvió a entregárselo a Ptolomeo, el cual lo introdujo arrollado en un canuto de plata, colocándole en una especie de armario de marfil que había en la alcoba del enfermo. El guardasellos, al terminar, se quedó inmóvil delante de su señor, como el hombre que espera nuevas órdenes.

—Ahora, Ptolomeo, vuelve a tomar la pluma y escribe lo que voy a dictarte: es un nuevo pensamiento que sorprenderá a los israelitas.

El guardasellos obedeció.

Herodes hizo una pausa. En su demacrado semblante brilló una sonrisa de salvaje alegría; sus pequeños y hundidos ojos se inyectaron de sangre, y dijo de esta manera:

—Yo, rey de Jerusalén y de todo el territorio que comprenden las doce tribus de Israel, desde las fronteras del Líbano a las desiertas playas de Idumea, desde las riberas del mar Occidental a las rocas del monte Galaad, mando y ordeno: Que en el término de quince días, desde aquel en que se fije y publique este edicto, todos los primogénitos de mis estados que desciendan de familias ilustres y nobles acudan al hipódromo de Jericó, en donde deseo trasmitirles mi última voluntad para bien del pueblo hebreo y descanso de mi espíritu, que desfallece agobiado por los males del cuerpo. Los que desobedecieren mi mandato serán considerados como reos de lesa majestad, y el rigor de la ley caerá sobre ellos. Cúmplase mi edicto.— Yo, *Herodes*, rey de Jerusalén.— Dado en mi palacio de Jericó a los siete días del mes de Sebat[122] y el año treinta y seis de mi coronación en el Senado de Roma.

—Ya está, señor —dijo el guarda sellos.

—Ahora encárgate tú de la publicación de este edicto. Hoy mismo pueden extenderse los heraldos por mi reino.

Ptolomeo saludó y salió de la cámara del rey, no sin sentir alguna curiosidad sobre aquella medida extraña que acababa de dictarle su señor, pero el guardasellos era todo un cortesano, y dejó al tiempo la revelación de lo que para él era entonces un secreto.

—¡Oh! ¡Qué canto tan sublime hubiera escrito mi amigo Virgilio si existiera! —exclamó Herodes cuando se vio solo—. La posteridad podrá admirar mi sublime pensamiento en las graves páginas de la historia. Pero un poema le hubiera inmortalizado más. Mi nombre no se borrará nunca de la memoria de los israelitas… y ¡quién sabe! tal vez inventen alguna fiesta para celebrar el aniversario de mi muerte. ¡Qué sorpresa va a causarles la realización de esta idea, que ha nacido en mi cerebro en uno de esos momentos de dolor!… Sí, sí, ellos llorarán mi muerte… ¡ja, ja, ja!, la muerte de su rey, de su querido idumeo, como me llaman… ¡ja, ja, ja!

Herodes comenzó una risa convulsiva que dejó sin terminar un fuerte golpe de tos. Quiso pedir socorro, pero su voz se apagó en la garganta, produciendo un ronquido extraño, como la última blasfemia de un condenado a quien la muerte cierra la boca antes de terminarla. Entonces clavó las uñas en la rica colcha de Egipto de su lecho, y con el rostro cárdeno como el de un ahorcado, y los ojos chispeantes como un hidrófobo, comenzó a deslizarse de la cama, haciendo esfuerzos inauditos.

Cayó, no sin trabajo, sobre la alfombra y continuó su difícil marcha, arrastrándose por el suelo en dirección a la puerta. En este momento el niño Achiab se presentó en la cámara del rey. El joven príncipe llevaba un canastillo de palma lleno de manzanas. Al ver a su abuelo en aquel estado, lanzó un grito, y el canastillo se desprendió de sus manos, rodando la fruta por el suelo.

—¡Abuelo! ¡Abuelo mío!… —exclamó Achiab, corriendo hacia donde estaba Herodes, con los brazos abiertos.

El rey, arrojando espuma por la boca, extendió su descarnado brazo en dirección a una mesa en donde se veían algunas redomas de vidrio.

El niño, comprendiendo al momento lo que quería decirle su abuelo, vertió parte del líquido que encerraba una botella en una taza, y lo aplicó a los cárdenos labios del enfermo.

Éste bebió con avaricia. Al terminar dio un suspiro como si hubiera arrancado el inconveniente que paralizaba su lengua, y al momento gruesas gotas de sudor comenzaron a deslizarse por su frente.

—¡Ah! —exclamó el enfermo después de la horrible lucha—. ¡Todos me abandonan… todos me olvidan!… Creí ahogarme… creí que la última hora de mi vida había sonado… Gracias Achiab, gracias: tú me has salvado.

Mientras tanto, el niño, no sin grandes esfuerzos, pudo colocar al rey en su lecho.

—Yo no te abandono nunca, abuelo mío, y una prueba de ello es que te traía este canastillo de manzanas, porque sé que es tu fruto favorito. Son muy ricas… Yo me he tomado la libertad de probar una. ¡Oh! Cuando yo sea rey recompensaré a los labradores de los campos de Damasco, que tan ricas manzanas hacen producir a sus árboles, y, sobre todo, si son tan coloradas, tan finas y tan sabrosas como esas que ruedan por la alfombra.

La verbosidad del tierno adolescente tenía encantado al viejo monarca.

—Ya sé, hijo mío, que me amas —dijo acariciando la sedosa cabellera del niño y mirándole de una manera extraña—. Tú eres para mí como el rayo del sol que calienta el entumecido cuerpo de los ancianos en un día de invierno; tu sonrisa aplaca los dolores de mi cuerpo, tu voz ahuyenta los tétricos pensamientos que se agrupan en mi mente; porque yo sufro mucho, hijo mío.

Y Herodes cogió las manos del niño con febril agitación.

—Tengo sueños horribles —continuó— que se alzan en mi mente como sombras malditas, como espectros evocados de las tumbas… y, sobre todo, mucha hambre, mucha hambre, pero un hambre devoradora, insaciable, cruel, que no me deja ni un

instante, que no se aplaca nunca, que no cesa jamás.

El niño callaba porque las palabras de su abuelo le daban miedo, además, le miraba con unos ojos tan espantados, tan fosfóricos y su voz era tan ronca, tan extraña, que el pobre no se atrevía a respirar.

—Mira, Achiab —continuó el enfermo atrayéndolo hacia sí—, yo tengo un tesoro grande, muy grande; ese tesoro está sepultado en el fondo de un barranco que nadie conoce más que yo, porque a los cuatro esclavos que me ayudaron a enterrarlo les corté la cabeza para que no revelaran mi secreto,[123] porque los muertos no hablan, hijo mío, tenlo presente para cuando seas rey… Pues bien, ese tesoro es tuyo… todo para ti, porque con mucho oro los reyes consolidan la corona sobre sus sienes… Ya te diré dónde lo hallarás… pero es preciso que tú me cuides mucho y espíes a tu padre y a tus tíos y a todos los que me rodean, porque quieren envenenarme.

Herodes miró en torno suyo con recelo.

Achiab estaba pálido y temblaba; sus piernas casi se negaban a sostenerle, porque el hedor horrible que despedía el cuerpo del enfermo le iba trastornando la cabeza.

Fijóse el rey en la agitación de su nieto, y una sonrisa espantosa cruzó por sus relucientes labios.

—¿Tienes miedo? —le preguntó—. ¿Y por qué tienes miedo?

—Yo no tengo miedo, señor —le respondió el niño con apagado acento—; pero tus palabras me hacen daño.

—¡Ah! Mis palabras te hacen daño… Tú venías a traerme un canastillo de manzanas cultivadas en los campos de Damasco… y esas manzanas… esas manzanas… —y Herodes se detuvo un momento y miró a su nieto como si quisiera leer en el fondo de su alma—. Recoge las manzanas y tráelas aquí sobre la cama; quiero verlas, tocarlas, y comerlas, porque tengo mucha hambre… ¡Ah! Dame el cuchillo… Anda, trae las manzanas y el cuchillo.

Achiab recogió las manzanas, las dejó sobre la cama, y, luego, cogiendo un cuchillo de hoja de plata de la mesa donde se hallaban los medicamentos, fue a entregárselo a Herodes.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis… manzanas —dijo Herodes contándolas y mirando a hurtadillas a su nieto—. ¡Qué hermosas! Son coloradas como la flor del terebinto… finas como la seda de Siria… ¿No es verdad que son muy bonitas?

—Mucho, abuelito —contestó el niño, más tranquilo y casi repuesto de su miedo.

—Pues mira, tú vas a comerte tres… ¿lo oyes?, tres; yo las otras.

—Pero yo no tengo ya ganas de más… Las he traído para ti. Son tan bonitas que al verlas en ese canastillo me dije: Voy a cogerlas y a llevárselas al abuelito, y él me lo agradecerá.

Herodes quedó un momento como estudiando las palabras de su nieto, y luego dijo:

—Pues bien, comámoslas los dos… yo lo quiero, ¿lo oyes?

—Entonces obedezco.

Y el niño cogió una manzana y empezó a comerla.

Seguro Herodes de que su nieto no trataba de envenenarle, comenzó a cortar otra y se la comió con la avaricia que tenía por costumbre, y luego otra. Al llegar a la tercera, sus dientes se cerraron y un fuerte dolor de estómago le hizo lanzar un grito desgarrador.

Los recelos volvieron a atormentarle, y obligó al niño a que se comiera la manzana que él acababa de morder. Achiab obedeció.

Persuadido el rey de que los fuertes dolores que sentía no eran hijos más que de su horrible enfermedad, comenzó a revolcarse por su lecho como un demente en un acceso de furor.

—Sí, sí —exclamó agitando el cuchillo en derredor suyo—; este mal que me devora es insufrible. Me hará padecer demasiado y de un modo cruel algunos días, tal vez algunos meses; pero luego me matará, porque no hay esperanza para mí. Tengo hambre, y apenas me llevo el alimento a la boca parece que un puñal me rasga las entrañas; me devora la sed, y el agua cae en mi estómago como plomo derretido… La vida es una carga enojosa; la vida es un mal cuando no produce un bien… pues entonces, ¿para qué la quiero? Ea, valor, y acabemos con ella.

Y diciendo esto, hizo ademán de sepultarse en el pecho el cuchillo que tenía en la mano.

Achiab lanzó un grito y se precipitó sobre su abuelo. Entonces comenzó una lucha desesperada.

Herodes procuraba desasirse de los brazos de su nieto para sepultarse el puñal en el corazón, y el generoso adolescente, colgado del cuello de su abuelo, le imposibilitaba el llevar a cabo aquel suicidio.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritaba Achiab—. ¡El rey quiere matarse! ¡Guardias! ¡Esclavos! ¡Padre mío! ¡Aquí, aquí!…

—Calla, imbécil. La vida me estorba, me cansa —repetía el rey arrojando espuma por la boca—. Calla. ¿No conoces que yo quiero acabar de una vez con esta agonía lenta y dolorosa?

Herodes, aunque debilitado por la enfermedad, era más fuerte que su nieto; así es que había podido separarle de su pecho, a pesar de los esfuerzos del niño, y herirse, aunque levemente, y algunas gotas de sangre mancharon la cama real.

Salomé, Alejo y Ptolomeo acudieron a la cámara de Herodes, seguidos de una multitud de esclavos y soldados.

El bondadoso Achiab, rechazado por su abuelo algunos pasos de la cama, ya no podía impedir el suicidio; pero, afortunadamente, Alejo se arrojó sobre el rey, y arrebatándole el puñal de las manos, salvó su vida por entonces.

Herodes, viendo frustrada su tentativa, ciego de rabia, lanzó un gemido y cayó sin sentido sobre su lecho.

—Salid vosotros —exclamó la hermana del rey dirigiéndose a los esclavos y soldados—; pero haced que vengan inmediatamente los médicos, porque el rey creo

que ha muerto.

Los esclavos salieron sin volver la espalda. Entonces Achiab enteró a sus tíos de lo que había acontecido, y todos rodearon la cama, procurando auxiliar al enfermo. Aquella noche se extendió la noticia por Jericó de que el rey, cansado de sus padecimientos, había puesto término a su vida clavándose un puñal en el corazón.

Esta nueva voló por todas partes con la rapidez que acontece. El príncipe Antipatro, que gemía en un calabozo desde la noche que el terrible Cingo le arrancó de los brazos de su esclava, oyó al través de la gruesa puerta de su encierro varias voces que hablaban con calor. Aplicó el oído a la cerradura y oyó estas palabras, pronunciadas detrás del muro que le privaba de la libertad:

—Algo importante ocurre en la ciudad, cuando se ha reforzado la guardia de esta torre con veinte soldados más.

—¡Ya lo creo! Como que el rey Herodes acaba de poner término a sus días.

—¡Cómo!

—¿Cómo? Muy sencillamente: clavándose un puñal en el corazón.

—¡Ah!

—Yo creo, amigo Cocles, que ese viejo leproso ha hecho bien en matarse. Cuando el hombre no puede beber ni amar, la vida es un estorbo.

—Tienes razón, Heraclio. Yo pido a los dioses inmortales de Roma que con el primer síntoma de vejez me envíen los últimos suspiros de mi vida.

—¡Ah! Me olvidaba decirte que el centinela que esta noche se duerma en su puesto tiene pena de la vida.

—Bueno es saberlo.

—Las rondas serán más frecuentes, ya lo sabes: se ha encargado mucha vigilancia.

—Según eso, les da un poco de asco el prisionero de la torre alta.

—¡Chist!… Cocles… el soldado romano cobra su sueldo, calla y obedece.

—Tienes razón, Heraclio, el tiempo dirá por quién deben desnudarse nuestras espadas.

—En Roma, la muerte de un emperador es siempre una fortuna para sus legiones, porque el nuevo rey derrama a manos llenas el oro entre los soldados.

—Nosotros podíamos establecer también esa costumbre en Judea. ¿No son tres los herederos?

—Sí, pero…

Aquí se interrumpió la conversación. Se oyeron pasos que se acercaban a la puerta del encierro de Antipatro, y otros pasos que se alejaban. El príncipe volvió a echarse sobre el montón de paja que le servía de lecho, procurando recoger la gruesa cadena para no hacer ruido. Poco después, la pesada puerta giró sobre sus enmohecidos goznes y un hombre entró en el calabozo, cerrando la puerta tras sí. Aquel hombre llevaba un farol en una mano y en la otra una cesta de palma.

Era Cingo, el negro, y acercándose hacia el miserable lecho del desgraciado

príncipe, dejó ambas cosas en el suelo, diciendo con voz pausada:

—Buenas noches, príncipe mío.

Capítulo IV

EL LIBRO DE JOB

Antipatro se incorporó sobre la paja, como si hubiera despertado en aquel momento, dijo con naturalidad:

—¡Ah! ¿Eres tú, Cingo? Me alegro de verte: esta soledad me cansa. ¡Qué quieres! Soy un hombre afeminado a quien desde pequeño han acostumbrado a vivir con alguna comodidad, y en este calabozo no tengo muchas, por cierto.

—El hombre debe avezarse a todo, señor.

—Sí, es verdad, pero yo no puedo… Prefiero una puñalada en el corazón, como la que mi buen padre se ha dado hoy, a dormir en una cama dura y comer malos alimentos.

—¡Ah! ¿Conque tú sabes…?

—He oído a través de la puerta que un soldado se lo contaba a otro.

—¿Y qué efecto te ha hecho la noticia?

—El efecto del estímulo: mi padre ha hecho lo que yo haría si tuviera un puñal.

—¿Te matarías, señor?

—¿Y por qué no? La muerte es un instante… Jamás la he temido; pero los sufrimientos físicos me horrorizan. Veo con disgusto que los dioses inmortales me vuelven la cara, me abandonan… Yo no tengo el mal gusto de creer en el Dios invisible de los rabinos de la ciudad santa: el libro de Job me daba un sueño horroroso cuando mi madre me lo leía siendo niño para inclinarme a la paciencia. Calcula, pues, querido Cingo, el aburrimiento de este desgraciado príncipe, que de las veinticuatro horas del día pasa veintitrés solo entre estas cuatro paredes.

—El rey, mi señor, es justo castigando tus rebeldías.

—¡Por Júpiter, que ni tú mismo crees lo que dices!… ¡Herodes justo! ¡El matador de la virtuosa Mariamne, el asesino de mis hermanos, el verdugo de Belén, justo!… ¡Bah! Cingo, tú te chanceas. Aunque su hijo Antipatro hubiera sido tan inofensivo como una alondra, tan manso como un corderillo, su padre se hubiera deshecho de él: estaba escrito.

—Tú exageras.

—Será como dices… Pero se me ocurre hacerte una pregunta.

—Habla.

—¿Eres ambicioso?

—¿Quién no lo es? —respondió el esclavo encogiéndose de hombros.

—Ocasión tienes de enriquecerte si te place.

—A curiosidad me mueven tus palabras, señor, y te ruego por la estrella matinal que seas tan claro como la luz del mediodía, pues no te comprendo.

—Voy a ser claro contigo. Los enemigos deben atacarse de frente.

—¿Soy tu enemigo?

—Al menos lo has sido hasta ahora.

—Servía a mi rey.

—No te acuso. Cuando el esclavo cumple con su deber es tan honrado como su dueño. Tú puedes alzar la frente sin vergüenza.

—Volvamos a la fortuna.

—Pues ganada la tienes si me sirves en esta ocasión.

—¿Qué debo hacer?

—Abrirme la puerta de mi calabozo.

—Eso es ser traidor.

—Mi padre ha muerto.

—Así lo dicen los propagadores de nuevas de la ciudad; pero…

Y Cingo se quedó pensativo como el hombre que duda al tomar una resolución.

Antipatro creyó ver alguna esperanza en la indecisión del esclavo.

—Tu mano puede trasladarme de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida; el favor, como comprendes, es grande. Pide sin miedo.

—Yo soy hombre que gusto de meditar las cosas: pido un día de tiempo para decidirme.

—Un día es un siglo en estos instantes.

—Comprendo tu impaciencia y rebajo doce horas.

—Mi hermano Archelao será entonces rey de Jerusalén, y tu generosa protección me sería inútil.

—¡Bah! Doce horas se pasan en un momento.

—Ese momento es la muerte de mi esperanza, porque la primera víctima de Archelao al subir al trono seré yo.

Cingo cogió el farol y se dispuso a salir del calabozo.

—¿No te decides a servirme? —volvió a preguntar el prisionero.

—Duerme, príncipe mío, duerme tranquilo, mientras yo medito tus proposiciones.

Y Cingo se encaminó hacia la puerta.

—Detente, Cingo —exclamó el príncipe con desesperación.

—Tengo prisa, señor; no olvides que las horas pasan con rapidez y tengo que decidirme.

—Comprendo que no quieras enriquecerte ni ser mi amigo, y dejo encomendado a los dioses mi porvenir; pero si late en tu pecho un corazón, si has comprendido alguna vez el amor, esa pasión que forma nuestra vida y nuestra muerte, esa misteriosa esencia que nadie sabe lo que es, pero que al esparcirse por nuestra alma nos llena de dolor y de placer; si has amado, en fin, Cingo, responde por tu amor y por los manes de tu padre: ¿qué es de Enoé, mi esclava?

Cingo vaciló un momento antes de responder, y luego dijo del modo más natural del mundo:

—Enoé… ¿Y quién es Enoé?…

—¿No la conoces? —exclamó Antipatro, dejando caer sus palabras sílaba por sílaba, y estudiando el efecto que hacían en el esclavo.

—Es la primera vez que llega ese nombre a mis oídos.

Y Cingo dio otro paso en dirección a la puerta.

—Espera, esclavo —exclamó el príncipe con voz imperiosa—. Si tu bárbaro señor te manda clavar tu cuchillo en mi garganta, aquí la tienes, no te detengas… hiere y cumple con tu deber; pero antes de darme la muerte, arranca con una palabra esta duda que como una culebra se ha enroscado en mi corazón. Dime si la esclava en cuyos brazos me sorprendiste ha sido cómplice tuyo.

—Yo no la conocía ni la conozco; mis soldados te espiaron, descubrieron tu madriguera, y yo te sorprendí: esa es la historia.

—De modo que Enoé…

—Enoé es inocente; ya lo sabes.

Antipatro dio un grito de gozo y se dejó caer sobre el montón de paja, exclamando:

—Gracias, esclavo, gracias. Ahora, si no aceptas mis condiciones, di a mi feroz hermano que al comenzar su reinado debe sacrificar, como de costumbre, víctimas ante los altares; que no se olvide que yo debo ser la primera.

Cingo salió del calabozo y encaminóse hacia el palacio de su señor. El esclavo se detuvo ante la puerta del camarín de Herodes y aplicó el oído. El rey no estaba solo: oíanse las voces de varias personas que conversaban. El esclavo levantó el extremo de la ancha cortina que cubría la puerta, y miró con un ojo lo que pasaba en el interior de la cámara real. El idumeo, tendido en su lecho, miraba con espantados ojos a un anciano venerable, que sentado a la cabecera de su cama leía en un grueso volumen. Su hermana Salomé y su cuñado Alejo, de pie junto al lecho, tenían sus ojos fijos en el real enfermo. Achiab, sentado a los pies del anciano, se entretenía en deshilar la gruesa franja de la rica colcha de Egipto que cubría la cama.

—Rabino —exclamó Herodes con debilitado acento—, los médicos abandonan mi cuerpo, pero recomiendan mi espíritu a los sabios: tú lo eres; recíbele, pues, bajo tu amparo, y que los dioses inmortales te premien.

—Sólo Jehová, el Dios invisible de Abraham y Jacob, puede proteger a los hijos de Israel —respondió el anciano—. Los dioses paganos del Olimpo, los ídolos de barro y vil metal, fabricados por la mano del hombre, no pueden atraer el bien y el mal sobre la raza humana.

—¡Eh, buen anciano!, lee tu libro, si es que con su lectura puedes tranquilizar mis penas, y deja los dioses y las creencias religiosas a un lado.

El viejo rabino abrió el libro, no sin refunfuñar, y leyó de este modo con una entonación afectada y gangosa:

—*Libro de Job,* capítulo I. Había en la tierra de Hus[124] un varón que se llamaba Job, y éste era de un corazón sano y recto; temía a Dios y huía de todo lo que pudiese tener la menor sombra de mal.[125] Tenía siete hijos y tres hijas, y sus bienes

consistían en siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas…

—Ea, acabad, rabino —exclamó Herodes—; basta con decir que mi compatriota Job era rico, pero no tanto como yo.

—Moisés no escribió este libro santo —respondió el judío sin turbarse— para que tú lo cortases por donde se te antojara.

—Moisés escribió ese libro para los desgraciados. Yo respeto al gran legislador, pero quiero que comiences por el capítulo tercero, cuando Job maldice el día de su nacimiento… ¿lo oyes, rabino? Yo soy el rey, te lo mando.

La frente del anciano se cubrió de color encendido; pero una suplicante mirada de Salomé bastó para que el terco judío se encogiera de hombros y comenzara a volver hojas con la misma tranquilidad cual si no hubiera mediado la anterior disputa.

—*Libro de Job,* capítulo III —volvió a decir con la misma entonación—. Y pasados los siete días, abrió Job su boca y maldijo el día de su nacimiento.

«Y habló de esta manera:

»Perezca el día en que yo nací, y la noche en que de mí se dijo: Concebido ha sido un hombre sobre la tierra. Conviértase en tinieblas aquel día. No tenga Dios cuenta con él desde lo alto, ni de luz sea alumbrado. Quede sepultado en tinieblas y sombras de muerte; cérquele oscuridad y sea envuelto en amargura.

»Sea aquella noche ocupada de tenebroso torbellino, y no se cuente más en el número de los días ni de los meses del año. Quede como excomulgada y separada de las otras y no se oigan en ella voces ni cantos de alegría. Maldíganla todos los infieles que reniegan del día que nacieron, y todos los que se hallan en estado de endulzar y lamentar sus desgracias.

»La oscuridad de esta noche ofusque el resplandor de las estrellas: que espere la luz del otro día y no llegue a verla, ni nazca la aurora sobre ella.

»¿Por qué no morí en el seno de mi madre? ¿O por qué no perecí en el punto mismo en que nací? ¿Por qué me recibieron en las rodillas? ¿Por qué me arrimaron al pecho para que mamase?

»Estaría ahora durmiendo en el silencio de la muerte: reposaría en mi sueño. En el sepulcro cesa por último el gran ruido que movieron los impíos: allí es donde hallan el reposo aquellos cuyas fuerzas se agotaron con los trabajos y faenas de la vida.

»Allí descansan sin recibir la menor molestia y sin temer la voz del que ni siquiera los dejaba respirar, los que estaban destinados a arrastrar juntos una cadena y a los trabajos más penosos.

»Me cuesta pena y suspiros el llegar la comida a la boca, viéndome en la dura necesidad de conservar una vida tan llena de gemidos y de lágrimas.»

Herodes, torva la faz y presa el cuerpo de un temblor convulsivo escuchaba en silencio la lectura del *Libro de Job*, de ese gran poema del desierto, de ese grito de dolor sublime, inmutable.

Sus descarnadas manos estrujaban de vez en cuando la rica colcha de su cama y

horribles gestos, que en vano procuraba dominar, descomponían su cadavérico semblante.

El rabino, inspirado con la lectura del libro santo que tantas veces había hecho oír en la sinagoga, iba insensiblemente levantando la voz hasta tomar un timbre imponente y majestuoso, que hacía estremecer el corazón del enfermo. El viejo lector conoció que al rey llegaban los efectos de su lectura, y quiso aprovechar las buenas disposiciones del monarca. Para no fatigarle creyó conveniente, pues era su oficio leer los libros santos a los enfermos, y los sabía de memoria, ir saltando capítulos y leerle sólo aquellos versículos que más en armonía estuvieran con las circunstancias agravantes del enfermo. Así es que, sin que se apercibiera Herodes, pasó unas cuantas hojas y tornó a comenzar la lectura en el versículo 5.º del capítulo VII, que dice así:

«Hierve mi carne en gusanos: costras asquerosas cubren todo mi cuerpo: mi piel seca se ve toda encogida y arrugada. Si concibo alguna esperanza de hallar algún descanso, cuando por la noche me recojo a reposar consolándome con gemidos y buscando alivio a mis males con lágrimas y suspiros, entonces, lleno de sobresalto, me veo acometido de espanto con las imágenes y sueños que turban mi alma.

»Yo no tengo esperanza de vivir; compadécete, Señor, de mí, y cese ya el castigo. No es mucho lo que te pido, puesto que es tan poco lo que me queda que vivir…

»¿Qué es el hombre para que merezca que Tú pongas en él tu corazón, y lo mires como alguna cosa grande?

»Yo soy pecador, lo confieso, y merezco tu indignación: ¿mas qué podré yo hacer para apaciguarte, ¡oh! Salvador de los hombres?… ¿Por qué me has puesto por blanco de tus tiros, hasta hacer que a mí mismo no me pueda tolerar?

»¿Por qué tardas en restituir la calma a mi alma, destruyendo mi pecado y borrando mi iniquidad?… Ves que estoy cerca de mi fin y voy a dormir en el polvo del sepulcro. La noche me verá expirar, y cuando vinieren a buscarme por la mañana ya no seré».

—¡Basta, basta, viejo miserable! —exclamó Herodes extendiendo los puños amenazadores hacia el rabino, que se levantó de su almohadón todo azorado, viendo al rey de aquel modo—. Tú me profetizas la muerte para esta noche y te gozas en mi agonía… Pues bien, responde, ya que tanto sabes y tanta fe tienes en tus libros: ¿Cuántos días te quedan a ti de vida?

El rabino se quedó pálido como un moribundo. Herodes, con sus ojos fijos en el aturdido anciano, se reía de una manera cruel. Salomé, Alejo y Achiab no se atrevían a respirar, conociendo que el pobre lector iba a recibir una sentencia de muerte de los labios del rey. De repente se reanimó la fisonomía del rabino, y arrodillándose junto a la cama de Herodes, dijo con voz serena y clara:

—Muy pocos, señor, porque te he ofendido, según parece, y mi vida está pendiente de tus labios: mi estrella puede eclipsarse cuando a tu real voluntad se le antoje.

Herodes humanizó la dura expresión de su semblante, y, dejándose caer sobre los

almohadones, dijo con tono despreciativo:

—Vete… yo te perdono… pero llévate ese libro que de nada ha servido a mis males.

El rabino no se hizo repetir la orden, y salió. Salomé y Alejo se acercaron al enfermo; pero él les dijo, ocultando la cabeza bajo de la colcha:

—Idos todos… quiero estar solo con mis dolores… para nada os necesito… de nada me servís. Idos, pues, yo lo mando.

Todos salieron: Herodes se quedó solo.

Cingo, que, oculto detrás de la cortina, todo lo había oído, dudó un momento, y luego se decidió a entrar en la cámara, desobedeciendo la orden de su señor Llegóse hasta el lecho sin meter ruido y estuvo contemplando algunos segundos, sin respirar, al ilustre enfermo.

Por las toscas mejillas del esclavo rodaron dos lágrimas. Porque aquel hombre feroz, aquel verdugo, privado de Herodes que mataba sin temblar a una seña de su rey, amaba a su señor como a un hijo querido, y hubiera dado hasta la última gota de su sangre por devolverle la salud.

Después de una ligera pausa, Herodes destapó su cabeza, abrió los ojos y vio a su lado a su esclavo favorito.

En el rostro del enfermo brilló un rayo de alegría, y extendió una mano, que el esclavo cubrió de ruidosos besos.

Una lágrima quedó en la mano del rey, y éste le dijo:

—¿Lloras, Cingo?

—Sí, por la primera vez de mi vida, porque tú te mueres, señor.

Capítulo V

DONDE SE PRUEBA QUE EL AMOR DOMESTICA LAS FIERAS

—Eres un servidor leal, Cingo, y quisiera antes de lanzar el último soplo de vida, recompensar tus servicios. Dime qué ambicionas, qué es lo que quieres. Pide: estoy pronto a satisfacer tus deseos.

—Sólo anhelo servirte hasta que mueras, y luego partir a África, pues quisiera morir bajo aquel sol que me vio nacer.

—Poco ambicionas.

—Los hijos de la Libia son sobrios, señor; sus caballos, sus armas, su tienda y una mujer que arrulle con sus cantares las calurosas siestas del estío, es todo lo que ambicionan, todo lo que anhelan.

—Mañana recibirás una cantidad de oro, en recompensa de tus servicios.

—Gracias, señor; pero no me conducía a tu cámara el afán de la riqueza; vengo de la torre y he visto a tu hijo Antipatro.

—¡Ah! ¿Y qué dice el prisionero? ¿Se resigna con su suerte?

—La estrechez de su calabozo le ahoga; la libertad es la reina de su pensamiento, la imagen más bella de sus ensueños.

—Nunca la obtendrá, mientras yo viva.

—La noticia de tu muerte se ha extendido por la ciudad, y traspasando las gruesas paredes de su encierro, ha llegado a sus oídos.

—Tanto peor para los que sientan mañana el rigor de mi justicia.

—Tu hijo me ha ofrecido medio reino si le abro las puertas de su prisión.

—Y tú… —preguntó Herodes incorporándose y con ese recelo tan peculiar en él.

—Yo he corrido los cerrojos de su puerta, me he guardado la llave y vengo a consultarte lo que debo hacer.

El rey se quedó un momento pensativo; las arrugas de su frente se ahondaron, y una sombría y feroz expresión cruzó por su semblante.

—Antipatro tiene un rostro de mujer y un corazón de acero; es uno de esos ambiciosos que no cejan nunca, una de esas víboras que hay necesidad de aplastar para que no nos emponzoñen: mientras él viva, ni yo ni su hermano Archelao tendremos tranquilidad en nuestro reino… Cingo, matarás esta noche a mi hijo. Lance la historia ese nuevo y horrible crimen ejecutado en la hora de mi muerte sobre mí… nada me importa: su muerte es una necesidad, pero procura que muera sin escándalo, y que su cuerpo sea sepultado como quien es, en el viejo castillo de Hircanión.[126]

—¿Qué muerte se le debe dar? —preguntó el esclavo, como si se tratara de la cosa más indiferente del mundo.

—Nada de sangre; emplea tus víboras. Dicen que esos animales ponzoñosos

apenas nacen devoran a sus madres, y se devorarían los unos a los otros si no fueran ciegos. Antipatro es una víbora: suelta, pues, tus víboras sobre él.

—Se hará como deseas. Dime el día y la hora.

—Esta noche. Mañana una losa de piedra debe cubrir su cuerpo eternamente. Parte, y no olvides que es la última orden que recibes de tu señor, porque mi vida se apaga, la ruin materia se descompone por instantes, y el espíritu no tardará en evaporarse de este vaso quebrado y deleznable.

—Parto, pues, a obedecerte.

El esclavo salió de la cámara de su señor y encaminóse a su humilde habitación, situada en el último piso del palacio de Herodes. Subió preocupado la angosta y alta escalera, y deteniéndose delante de una puerta, sacó una llave y abrió, cerrando cuidadosamente después de entrar. Nada tenía de lujosa la habitación del negro. Una lámpara de hierro esparcía su tenue claridad por sus parduscas y desmanteladas paredes.

Una mujer salió a su encuentro: aquella mujer era Enoé. Cingo pasó junto a ella como si no la hubiera visto, y lanzando un suspiro doloroso, fue a sentarse sobre un viejo y roto almohadón que se veía en mitad del pavimiento. Hubo un momento de pausa. La egipcia contemplaba al africano, y éste, inmóvil como la estatua del dolor, con la cabeza oculta entre las manos, nada le decía.

—¿Qué tienes, esclavo? —le preguntó Enoé.

La dulce voz de la egipcia le hizo levantar la cabeza.

Cingo fijó sus negros ojos en la joven: de aquellos ojos se desprendían algunas lágrimas.

—¿Por qué lloras? —volvió a preguntarle.

—Porque tengo un infierno en el corazón… porque te amo y tú me aborreces… porque te he visto…

—Mientras mi dueño gima en un calabozo, mi lengua sólo sabrá maldecirte; rompe sus cadenas y este odio que encierra para ti mi pecho se extinguirá.

—Ayer pensaba complacerte… hoy me es imposible.

—¿Entonces el príncipe ha muerto?

—El príncipe vive… pero la muerte acaricia con sus descarnados dedos los rubios cabellos de su hermosa cabeza.

—Tú me juraste salvarle. ¿Acostumbran en África faltar a su palabra los hombres de tu raza?

—Nunca, esclava: en la Etiopía el juramento es sagrado.

—Entonces…

—Mira, Enoé —continuó Cingo procurando endulzar todo lo posible su acento —: allá en la Libia, al extremo oriental del desierto de Sahara, se halla la región de Nigricia, cuyas altas cordilleras, alfombradas de yerbas aromáticas, aprisionan con sus robustos brazos el pacífico lago Tchad. Los hijos de aquellas riberas tienen el color de la cara negro como la noche, el corazón ardiente como el sol de su cielo,

altivo como las palmeras de sus oasis, bravo como los leones de sus arenales, y libre como el viento que orea sus aduares; aman y aborrecen hasta el punto de matar o morir por las personas que conmueven sus pechos, porque sus únicas pasiones son el amor y el odio; en sus abrasados campos se crían yerbas ponzoñosas y víboras de mortal picadura para sus enemigos; en sus jardines, dátiles, plátanos y aceite aromático para los que aman. Cuando la luna derrama su cabellera de plata sobre las tranquilas aguas de su lago, extienden una mullida piel de leopardo a la puerta de su tienda, hacen sentar sobre ella a la mujer que adoran y echados a sus pies le recitan los cantos de amor de sus poemas más populares. ¡Oh, Enoé… Enoé! Las noches en las orillas del Tchad son tranquilas como el sueño de las vírgenes, hermosas como el paraíso donde moran las huríes de África, claras como los manantiales del Líbano. Aquella es mi patria; el primer sol que hirió mi pupila arrancándole una lágrima es el que allí brilla. Yo tengo oro suficiente para ser el más rico, el más poderoso de los pobladores del lago; mi brazo es fuerte como la rama de un cedro; mi corazón late en su cárcel con un vigor que no desmaya; mi amor hacia ti crece y se aumenta. Ámame tú, y serás la reina de mi tienda y yo tu esclavo; vea yo en tus divinos ojos un solo destello de amor y besaré el polvo que levanten tus diminutos pies.

Cingo, con la mirada suplicante, las manos juntas y sobrecogido el cuerpo de un temblor convulsivo, se arrojó a los pies de la egipcia.

—Esclavo —exclamó Enoé con indignación, retrocediendo algunos pasos—, las mujeres de mi raza nunca se unen con los hombres de la tuya: su ley lo prohibe.

—Medítalo bien —murmuró el negro ahogando un rugido—. Yo he respetado tu cuerpo, viviendo bajo un mismo techo, el uno al lado del otro. Siendo tú hermosa y joven y amándote yo, no me he atrevido a ofenderte ni con una mirada; pero tu desprecio puede exacerbarme. Soy más fuerte que tú, y estás en mi poder. Piénsalo bien, Enoé, piénsalo bien.

—Yo era feliz —respondió la egipcia sin inmutarse por la amenaza del negro—; tú, como el ángel del mal, envuelto en las sombras de la noche, te introdujiste en mi morada y me robaste la felicidad: luego, al verme sola y desvalida, te apoderaste de mí y me encerraste en esta mansión maldita. Yo soy la paloma, tú el gavilán; puedes despedazarme, pero no esperes que mi garganta armonice arrullos de amor para ti. Las mujeres como yo aman una sola vez en la vida. No lo olvides… la violencia redoblará el desprecio que me inspiras… ahora haz lo que mejor te plazca.

—Por última vez —exclamó el negro conteniendo su rabia—, ¿quieres partir conmigo mi fortuna? ¿Quieres venir a África a ser mi esposa?

—Nada quiero sin Antipatro.

Cingo abarcó con una mirada aquella tierna joven que con tanto valor se defendía, y murmuró en voz baja:

—Tú lo quieres… sea.

Y se encaminó a uno de los extremos de la habitación, abrió un pequeño armario y sacó de él una calabaza herméticamente cerrada con un botón de plata.

—¡Las víboras! —exclamó Enoé con horror—. ¿Cuál es tu intento?

—Recuerda mis palabras. En mis arenales se crían yerbas ponzoñosas y víboras de mortal picadura para los enemigos; frescos oasis, dátiles sabrosos y perfumes delicados para los amigos.

Y el negro, diciendo esto, salió precipitadamente de su cuarto, dejando absorta y agitada a la infeliz egipcia.

Repuesta un tanto después de un momento, corrió a la puerta, pero estaba cerrada. Entonces, dejándose caer sobre el viejo almohadón, se cubrió la cara con las manos y comenzó a llorar. La feroz sonrisa de Cingo, las palabras amenazadoras que había pronunciado, y sobre todo, aquellas víboras que por espacio de algunos días había visto al negro alimentar con cuidado durante la noche, todo la hacía temer una catástrofe.

Aquel hombre feroz se había enamorado por desgracia de ella: tenía celos. Su amante se hallaba bajo su custodia, y todo debía temerse.

—Si mata a Antipatro —se dijo la egipcia como si hablara consigo misma—, yo sabré vengarle.

Aquella resolución pareció tranquilizarla.

Después esperó una hora, dos, tres, y Cingo no venía.

Nació el día, cayó el sol sobre los hierros de su ventana, y el esclavo no tornaba. La ansiedad de Enoé era terrible. Un mundo de ideas bullía en el cerebro de aquella niña enamorada. Su febril imaginación le presentaba a su amante muerto, y al feroz negro contemplando el cadáver con una sonrisa satánica.

Libro Octavo

LAS VÍBORAS

17. El que hiriere y matare a hombre, muera de muerte.

20. Quebradura por quebradura, ojo por ojo, diente por diente restituirá. Cual fuere el mal que hubiere hecho, tal será obligado a sufrir. (*El Levítico*, capítulo XXIV.)

Capítulo I

UN ENSUEÑO DE AMOR

Dejemos por algunos instantes a la egipcia, y sigamos al africano, a quien los celos y el deseo de venganza que devoraba su corazón prestaban alas para llegar cuanto antes a la prisión del infortunado príncipe.

Cingo podía matar a su rival impunemente, satisfacer una venganza, sin que la conciencia, ese juez terrible y secreto de los hombres, viniera más tarde a robarle el sueño y a amargar su existencia, porque Herodes, el sangriento monarca de Israel, colocaba la vida de su hijo bajo los pies de su esclavo.

Es así que una alegría salvaje, un placer feroz, inexplicable, reanimaba el encono del africano. Nunca con mayor placer, con mayor afán había corrido a ejecutar una orden de su señor. Salvar al príncipe, perdonarle la vida, concederle la libertad hubiera sido, para un esclavo tan servil y tan fiel como Cingo, faltar a su deber.

El desgraciado destino del príncipe estaba en sus manos, y Antipatro no tenía más porvenir que la muerte. Pero ¿cómo había de morir? El rey se lo había indicado.

«Mata a mi hijo, pero nada de sangre, y entiérrale sin pompa ni ceremonia alguna en el viejo castillo de Hircanión.» Éstas eran las palabras del idumeo, y Cingo corría a obedecerlas. La clase de muerte no hacía al caso. Morir de una puñalada, estrangulado o envenenado por la picadura de una víbora, todo era morir.

El resultado de aquella misión terrible era un cadáver: ofrecerle cubierto de sangre por el hierro homicida, amoratado por el cordón de seda, o verdoso por el veneno del reptil era lo mismo. Se necesitaba ahogar el latido de un corazón joven y ambicioso, apagar la vida de un mancebo inquieto y atrevido, cortar una existencia peligrosa para la tranquilidad de un rey fanático y cruel, que agonizaba abrazado a su

corona y que temía le arrebatasen algunas horas de reinado.

Cingo llegó ante la pesada puerta del calabozo y se detuvo. Por la primera vez en su vida sintió que su corazón latía de un modo extraño y nuevo para él. Aquel crimen, ¿era del rey o suyo? Sin explicárselo se hizo esta pregunta. La conciencia se alzaba dentro de su pecho; su voz extraña y poderosa le conmovió como la primera ráfaga de una tempestad sacude las velas de un buque, arrancádole un gemido inexplicable.

—¡Bah! —se dijo como queriendo tranquilizarse a sí mismo—. El rey lo manda, y yo obedezco: entremos.

Descorrió los pesados cerrojos; pero esta vez, sin saber por qué, procuró hacer el menor ruido posible, como si temiera ser oído. Este detalle tampoco se lo explicaba; pero no pasó desapercibido para él.

Entró en el calabozo. Antipatro, echado sobre el montón de paja que le servía de lecho, dormía profundamente. La hermosa y afeminada cabeza del príncipe tenía un desorden encantador.

El negro se detuvo para contemplarle a dos pasos de su cama. Los dorados cabellos del vástago real caían en gruesos bucles por su blanca y fina garganta como la cabellera de una mujer. Una sonrisa llena de amor y voluptuosidad resbalaba de la boca del joven dormido, y sus nacarados labios se agitaban como si besaran algún objeto adorado. Cingo creyó adivinar el sueño del príncipe y se llevó la mano al corazón como si hubiera sentido en él un golpe doloroso.

No se había engañado: el príncipe soñaba con su esclava: y el sueño, ese misterio impenetrable de la naturaleza, ese ignorado secreto de la humanidad que tantas formas toma en nuestra mente, que ahora nos fatiga y anonada bajo el terrible peso de horrores imaginarios, y luego nos llena de placer con sus fantásticas y poéticas ilusiones; que nos muestra la felicidad y el infortunio, el amor y el odio, el bien y el mal con la misma verdad, con los mismos colores de la vida real, y que muchas veces casi siempre, nos hace exclamar cuando tornamos a la vida después de esa pequeña muerte diaria. ¡Oh, qué feliz he sido! O bien por el contrario, pasando nuestra mano por la fatigada frente, murmuramos como queriendo ahuyentar sus dolorosos recuerdos: Afortunadamente fue un sueño, ¡qué horrible pesadilla! Antipatro dormía, e iba a revelar los pensamientos más recónditos de su corazón.

Oigamos lo que soñaba:

—Mira, Enoé —decía con balbuciente voz, como si el amor agitara su corazón—, yo te creí culpable… ¡Qué quieres! El hombre a quien azota sin cesar con sus ásperas ráfagas el viento del infortunio es mal pensado, desconfía de todo y se vuelve receloso y taciturno. ¡Qué loco he sido sospechando que tú, amor mío, podías haberme vendido a mis enemigos!… Cuando esa idea bastarda cruzaba por mi mente, yo olvidaba que pocos días antes me habías jurado un amor eterno por la memoria de tus padres. Entonces no comprendía, como ahora que sé que eres inocente, que una niña como tú no puede vender al hombre que ha entregado su corazón sin ser más pérfida que Dalila, más infame que Thamar, más criminal que Athalía. Pero ese

agravio que te he hecho, yo juro que sabré recompensarlo… porque oye y no lo digas a nadie, Enoé… guarda este secreto… porque estoy rodeado de enemigos: mi padre ha muerto y un esclavo a quien he ofrecido mucho oro, vendrá esta noche a darme libertad y mañana cuando la luz de la aurora brilla sobre los hierros de la estrecha ventana de mi calabozo, a esa hora en que el rocío cese de caer sobre las flores, y las violetas abran sus cálices para regalar el aroma de su seno al céfiro oriental… yo seré libre… correré a buscarte, a estrecharte contra mi corazón. ¿Qué vale un reino, comparado con tu amor? Desde ahora sólo tú serás mi ambición: mi corona será tu amor eterno, mi reino tu pecho enamorado, mis vasallos, mis súbditos, tus ardientes besos…

El príncipe detuvo su relato y lanzó un suspiro voluptuoso; luego parecía como si escuchara una contestación, pues agitaba la cabeza y sonreía con un gozo, con un placer indefinible.

Cingo, clavado en el duro pavimento del calabozo, con los ojos inyectados en sangre, el semblante descompuesto y el cuerpo trémulo, contemplaba al dormido príncipe, lanzándole una sonrisa feroz, sangrienta, y mientras con una mano se apretaba el pecho, devorado por los celos, con la otra agitaba la pequeña calabaza de las víboras, con el objeto, sin duda, de ensoberbecer con aquel sacudimiento prolongado a los venenosos reptiles que se rebullían en el seno de aquel vegetal. Antipatro continuó después de una breve pausa:

—¡Oh! ¡Nunca! ¡Nunca! Mi amor hacia ti es una fuente inagotable que brota en mi corazón… No se extinguirá jamás. Será mi última palabra al dormirme por la noche, te amo; mi primera frase al despertar por la mañana, te amo; la última cosa que pronunciará mi lengua al tiempo de morir, será también te amo, te amo, te amo, Enoé mía.

Cingo se agitó como el fogoso corcel que ve caer a pocos pasos un rayo, y arrancando el tapón de la calabaza, dio un salto, quedándose de rodillas junto a la cabeza del príncipe, a quien aplicó en los labios la abertura de la maldita jaula de las víboras.

El príncipe agitó los labios como si quisiera dar un beso, murmurando:

—¡Te amo, te amo, Enoé mía!

En ese momento asomaron por el cuello de la calabaza tres o cuatro cabecitas de víbora, agitando sus venenosas lenguas con una rapidez increíble. Antipatro se estremeció como si hubiera arrollado por sus sienes un cordón eléctrico, y, sin embargo, sus labios trémulos seguían agitándose, sin apercibirse de que las víboras hundían en ellos una y otra, y otra vez las ponzoñosas saetas de sus mortíferas lenguas.

En cuanto al esclavo, estaba horrible en aquel momento. El más ligero descuido, la picadura más pequeña de aquellas víboras que él aplicaba a la boca del príncipe, esparcían una ponzoña mortal por la sangre, a la que seguía una muerte rápida y desesperada. Conoció que no podía gozarse más sin grave riesgo, porque las víboras,

aunque ciegas, tienen un oído tan fino, una elasticidad tan prodigiosa, que matan con su picadura a un caballo en lo más rápido de su carrera, colocándose por el eco de sus pisadas en el sitio por donde calculan que debe pasar, y sacando un pequeño punzón de acero, tocó con la punta de éste las cabezas de los reptiles, los cuales inmediatamente se replegaron, ocultándose en el fondo de su jaula. Entonces cerró con el botón y se colgó la calabaza en la cintura.

Pasaron algunos momentos sin que Antipatro despertara; pero en aquel corto espacio se agitó en su humilde lecho demostrando su malestar. Su frente se fue tiñendo primero de un color lívido, luego se ennegreció de un modo horrible y, por fin, un color amarillento con manchas escarlata fue pintando su rostro. Exhaló un suspiro doloroso y abrió los ojos. Vio a Cingo y quiso levantarse, mas no pudo moverse; hizo un segundo esfuerzo y, como el primero, fue en vano.

—¡Por Júpiter! —tartamudeó el príncipe—. Creo que aún estoy dormido. Esclavo, honra tu mano estrechando la mía, y ayúdame a ponerme en pie.

Cingo no se movió ni extendió la mano que le pedía el hijo de su rey. Sabía que era inútil, porque la muerte se enseñoreaba dentro de aquel cuerpo.

—¡Qué! ¿No me oyes? —exclamó el príncipe con asombro—. ¿O es que tus oídos se han vuelto tan torpes como mis miembros?

—Tú no puedes moverte ya de ese lecho de paja —dijo el negro, gozándose en la próxima agonía de su rival.

—¡Que no puedo moverme! —exclamó Antipatro—. Voy a desmentir tus palabras, esclavo insolente y…

No pudo acabar la frase: un grito extraño, terrible, agudo, se escapó de su pecho como si un clavo ardiente se le hubiera hundido en el cerebro; su rostro se desfiguró de un modo horrible, sus miembros tomaron una elasticidad monstruosa, y abriendo espantosamente los ojos, que se habían hundido en sus órbitas expiró después de revolcarse por el suelo algunos momentos, presa de una convulsión horrible.

Cingo, con esa frialdad del hombre endurecido en el crimen, colocó una mano en el corazón del cadáver, y dijo:

—Príncipe mío, tú ya no podrás realizar tus hermosos ensueños de amor. ¿Quién sabe si Cingo el esclavo realizará los suyos? —después se encogió de hombros, y lanzando una mirada de triunfo al cadáver, salió del calabozo.

……

Algunas horas después, la gente corría por las angostas calles de Jericó aglomerándose ante una bocacalle para ver pasar un séquito fúnebre.

Delante iba Cingo montado en un soberbio alazán: llevaba el airoso traje de los esclavos etíopes del rey; detrás de él caminaban cuatro hombres vestidos de negro, cuyos anchos ropones les llegaban hasta los pies. Estos hombres conducían una especie de litera descubierta. En esta litera descansaba el cadáver del príncipe Antipatro. Cerraban la marcha fúnebre doce soldados romanos. Las mujeres judías, según su costumbre, prorrumpían en ridículos y exagerados lamentos, al ver pasar el

cadáver. Estos lamentos llegaron hasta la habitación de Enoé la egipcia, y la curiosidad la llevó hasta la ventana. Al asomarse reconoció el cadáver de su amante, y lanzando un grito, cayó desmayada sobre el duro pavimento de su cuarto.

El séquito salió de la ciudad, llegó al castillo de Hircanión, y el cuerpo del malogrado príncipe, siguiendo las órdenes de Herodes, fue enterrado modestamente en una de sus cuevas. Aquella noche Cingo entró como siempre en la habitación de su señor.

El rey seguía enfermo: era casi un cadáver; pero al ver a su esclavo favorito, se incorporó sobre sus brazos y le dijo:

—¿Y mi hijo?

—Ya no existe, señor.

—¿Se han cumplido mis órdenes?

—Exactamente.

—Gracias, leal esclavo.

Cingo saludó.

—Toma… te esperaba, y por eso he mandado a Ptolomeo que me trajera esa cantidad de oro.

Y Herodes alargó a su esclavo un saco lleno de monedas.

—Señor… —murmuró Cingo besando aquella mano que le enriquecía.

—Ahora ya eres libre —volvió a decir el rey.

—Nunca mientras tú vivas.

Herodes le indicó que podía retirarse y el esclavo obedeció.

El feroz idumeo, al quedarse solo, lanzó una mirada de gozo a la corona que tenía en la mesa de su alcoba, y luego se quedó dormido con la sonrisa en los labios.

Al siguiente día cuando sus cortesanos entraron a enterarse de su salud les dijo con una calma inexplicable:

—Esta noche he dormido muy bien: hacía mucho tiempo que no había disfrutado de un sueño tan dulce, tan tranquilo. Creo que estoy mejor.

Afortunadamente, aquel padre feroz, aquel rey inhumano, se engañaba: aquel reposo era el reposo de la muerte, la calma del sepulcro.

Capítulo II

LA AGONÍA DE UN VERDUGO

Mientras tanto, los príncipes y los nobles de Israel se reunían en Jericó, obedeciendo el edicto de su terrible señor, y Ptolomeo, que era el encargado de recibirles, iba conduciéndoles al hipódromo, de donde tenían prohibida la salida hasta nueva orden de Herodes.

Los hebreos, a quienes le barbarie del rey tenía atemorizados, se preguntaban en voz baja la causa de aquella reunión; pero su curiosidad quedaba sin satisfacer, pues era un secreto para todos. Así transcurrieron cuatro días mortales para aquellos afeminados descendientes de Jacob. El valor de los Macabeos se había extinguido en el corazón de los hijos de Israel. Sufrieron el afrentoso yugo que sobre ellos pesaba con las lágrimas en los ojos y el vergonzoso silencio del miedo en los labios.

Más de diez mil judíos se habían reunido en pocos días en el hipódromo. En otro tiempo, ciento sesenta años antes, bastaron ochocientos campeones al valiente Judas Macabeo para combatir con Báquides y Alcino, que marchaban contra Jerusalén al frente de veinte mil soldados. El camino de Gálgalo, los campos de Masalot, presenciaron el fabuloso arrojo del hijo de Matatías.

El hipódromo de Jericó fue testigo del afrentoso miedo de los descendientes de aquellos héroes que vencieron a los seleuciades. A Judas le faltó un Homero para ser el héroe más grande, más fabuloso del mundo.

En cuanto a los príncipes de Israel, su cobardía era tanta, que bastaba una orden de Herodes para hacerles temblar.

Más tarde, la maldición de Dios debía expatriarlos, como una raza maldita por el universo.

Dejemos por unos instantes a los nobles de Israel, llorando su suerte, envueltos en sus *taleds* y sus capas triangulares, y entremos por la vez postrera en el camarín del rey tributario.

Cuatro eran las personas que rodeaban el lecho del moribundo: su hermana Salomé, su cuñado Alejo, su nieto Achiab y su hijo Archelao. Los médicos, despedidos en un momento de furor por el real enfermo esperaban en la cámara inmediata, tal vez, su sentencia de muerte. Herodes estaba horrible. Gritos de desesperación, blasfemias espantosas, amenazas terribles, brotaban de su contraída y repugnante boca. El lobo cogido en el cepo, el león emparedado en la cueva de la hiena no lanzan más terribles miradas ni aullidos tan feroces como el verdugo de Belén en el momento de su agonía.

—¡No quiero morir, no quiero! —exclama retorciéndose en su lecho de púrpura como un poseído, y arrojando miradas espantosas en derredor suyo como si quisiera con ellas absorber la vida de los que le rodeaban—. ¡Yo soy el rey, el señor, el dueño

de Israel! Vuestra salud es mía, la necesito, ¿lo oís? Dádmela o mando que os crucifiquen en lo más alto de la torre Antonia, para que vuestros cuerpos sean pasto de las voraces aves de rapiña.

—Cálmate, hermano mío —le decía Salomé limpiándole con el suave lino el asqueroso sudor que inundaba la frente del monarca—. La ciencia aún no ha perdido la esperanza de salvarte: confía, espera.

—¡Confiar, cuando la impotencia de los médicos se ha demostrado clara como la luz del día! ¡Esperar, cuando los fríos dientes de la muerte han hecho presa en mis entrañas y me las están arrancando de su sitio!

Herodes hizo un esfuerzo violento para incorporarse, y no pudiendo conseguir su intento, dejóse caer en el lecho como la encina secular tronchada por el hacha del cortador.

Transcurrieron algunos minutos; el silencio de muerte que reinaba en la cámara real sólo era interrumpido por el resuello ronco y fatigoso del enfermo.

Alejo indicó a su esposa que hiciera beber al rey del líquido que contenía una copa de oro que se hallaba en la mesa de cabecera, y ésta, después de repetidas y cariñosas súplicas, logró que el enfermo obedeciera.

—Te obedezco, hermana mía —dijo el rey después de haber bebido—; pero todo es inútil: sé que me muero: mi vida se escapa por instantes de este frágil vaso en que se encierra… Mi único sentimiento ante la muerte cierta que me acaricia, mi horrible desesperación al abandonar la vida, no es mi muerte: es el gozo, el placer, el grito de alegría con que será saludada por el pueblo hebreo… Pero yo soy el rey. ¿No es verdad que soy el rey, y que en las doce tribus nadie se atreverá a desobedecerme?

—¿Quién puede dudar eso, señor? —le respondió la hermana—. Mientras tú vivas, en tu reino no habrá más ley que tu voluntad.

—Y después de muerto se acatarán tus últimas disposiciones —dijo a su vez Alejo.

—Cumplidlas todas.

Y Herodes cogió a su hermana por el brazo y la acercó a su lecho como para estudiar en sus miradas lo que acababa de decir. Salomé palideció, porque el hedor que arrojaba el cuerpo del rey era insufrible. Disimuladamente se cubrió la cara, con un pañuelo, empapado en esencia, fingiendo que se enjugaba las lágrimas.

—Puesto que aún se obedecen mis órdenes —continuó con fatigado acento Herodes—, acercaos todos, y tú, Alejo, escribe en ese trozo de papiro sellado con mi anillo, porque voy a dictarte mi última voluntad.

Todos rodearon la cama del enfermo. Alejo se sentó y, disponiéndose a escribir, dijo:

—Dicta, señor, ya te escucho.

—Querido Alejo, lo que voy a dictarte es el pensamiento más feliz que mi real cabeza ha tenido durante sus treinta y nueve años de reinado. ¡Ya verás! ¡Ya verás! Sófocles hubiera escrito una gran tragedia a habérsele ocurrido. ¡Ya verás! ¡Ya verás!

Y Herodes lanzó una carcajada horrible, que hizo temblar a los que la oyeron.

—Escribe —continuó Herodes después de una pausa—. «Es mi voluntad que el pueblo de Israel que me ha aborrecido en vida, me llore después de muerto, y como esto parece algo imposible, atendido el odio que me profesa, a pesar de los beneficios que de mí ha recibido, mando que mueran degollados en el hipódromo de Jericó los trece mil judíos que allí se hallan reunidos, tan pronto como yo expire, para que sus familias, llorando su muerte, lloren al mismo tiempo la mía.»[*]

Alejo escribía sin respirar, pero su mano temblaba y el color de su rostro había desaparecido.

—¿Qué os parece mi recurso?

—Señor… —murmuró Salomé.

—¡Basta, hermana, basta! Conozco tu intención, ya sabes que soy inflexible. Quiero que se cumpla mi voluntad, ¿lo entendéis? ¡Y ay del que incurra en mi enojo! ¡Ay del que desobedezca mis mandatos!

—Muere tranquilo. Serás obedecido, señor —dijo Archelao con severidad.

—Gracias, hijo mío; esa obediencia me anuncia en ti, que eres mi sucesor, un reinado digno del mío.

Alejo presentó el papiro y el rey lo firmó y selló con mano convulsa, exclamando:

—Es mi regalo de muerte. El pueblo de Israel verá que en la última hora de mi vida le he dedicado mi postrer pensamiento.

Alejo enrolló el pergamino y se lo entregó a Archelao, diciendo:

—Toma, señor; cuando seas rey cumple a tu antojo la voluntad de tu padre.

Herodes agitó la cabeza varias veces como aprobando aquellas palabras, y después dijo:

—Ahora hagamos la última prueba. Puesto que los médicos no hallan el remedio para este mal que me devora, colocadme en una litera y conducidme rodeado de mis esclavos a la plaza pública.

—Eso es imposible, hermano mío.

—¡Imposible! ¿Hay imposibles para Herodes?

—Tu salud puede empeorarse —dijo a su vez Archelao.

—¡Bah! Yo soy un cadáver que habla y siente aún por una casualidad.

—Es que no comprendemos qué bien puede producirte una medida tan extraña.

—¡Ah! ¿No lo comprendéis? Pues yo os lo diré. Los caldeos tienen fama de sabios, ¿no es cierto?

—Sí, hermano mío. De todas las partes del mundo acuden los hombres de saber a la moderna Seleucia a admirar a esos sabios, a esos conocedores del globo celeste que con tanta precisión marcan el misterioso rumbo de las estrellas; pero…

—Pues mira, hermana, los caldeos no tienen médicos. Cuando uno de ellos se encuentra enfermo de gravedad y su familia pierde las esperanzas, le colocan en una litera cerrada y le conducen a la plaza pública, y todos los que pasan tienen obligación bajo penas muy severas, de acercarse al enfermo y enterarse de la clase de

mal que padece. Entonces, si hay alguno que se ha encontrado en el mismo caso, indica a sus parientes el método que siguió para recobrar la salud.

—Eso es un absurdo —murmuró Alejo.

—Será lo que quieras, pero te advierto que en ninguna parte del mundo llegan a mayor vejez los hombres que en las orillas del Éufrates, en la tierra de Us y en la Arabia feliz, porque allí se curan por la experiencia y la caridad, y no por la ciencia y el interés.

—Perdona, señor, si no te obedecemos en estos instantes —se atrevió a decir Archelao—; sería una imprudencia.

Herodes, acostumbrado a ser obedecido durante su reinado hasta en las cosas más absurdas, miró a su hijo con asombro, y luego exclamó:

—¿Quién se opone a mi voluntad?

—Yo —dijo con energía su hijo y sin bajar los ojos—, yo, porque creo que es un deber de hijo y súbdito leal desobedeceros.

—¡Tú! ¡Tú! —exclamó de un modo feroz.

Y dirigiéndose a su cuñado, continuó:

—¡Llévate a ese borracho!

Archelao, que más tarde demostró que tenía el alma tan negra y el corazón tan sanguinario como su padre, se cruzó de brazos, y con una calma impropia de la situación, dijo:

—Los insultos se convierten en alabanzas cuando se tributan a un hombre que cumple con su deber. Alejo no pondrá sus manos sobre mi ropa, porque Alejo sabe que no debe obedecerte.

Herodes se pasó las manos por los ojos como si despertara de una pesadilla extraña, inverosímil.

Después se tapó la cabeza con la colcha y empezó a maldecir a todos los que le rodeaban.

De repente arrojó lejos de sí la ropa que le cubría, y con un movimiento brusco y nervioso saltó de la cama al suelo; pero estaba débil y no pudo tenerse en pie, cayendo, después de tambalearse un segundo, sobre la mullida alfombra.

Todos corrieron a levantarle: él los rechazó con cólera. Su rostro estaba más horrible que nunca, sus palabras eran un ruido ronco e ininteligible; temblaba como si un frío interior le helara la sangre, y, sin embargo, un copioso sudor se deslizaba por todo su cuerpo.

Salomé corrió a la estancia inmediata en busca de los médicos. Cuando éstos llegaron, el auxilio de la ciencia era inútil. Herodes el idumeo, el azote de Israel, el verdugo de los hebreos, había muerto. Su agonía fue terrible, como un castigo de Dios: puede decirse que duró dos años. Su cuerpo fue devorado en vida por la podre y los gusanos. En los últimos momentos de su vida, acosado por los remordimientos y los agudos dolores del mal que le devoraba hacía que sus innumerables nietos rodearan su lecho de muerte, complaciéndose en arreglar los matrimonios de aquellos

infantiles vástagos reales a quienes su puñal sangriento había dejado huérfanos.

El Idumeo solicitaba las caricias de aquel puñado de niños, como si de ellos dependiera su felicidad eterna; pero el rostro ulcerado y fétido del enfermo, asustaba a los niños, demostrando su repugnancia con la franqueza peculiar de esa edad, en que todo se dice porque se ignora el valor de las palabras.

Dios quiso negarle hasta el cariño de aquellos inocentes. Su muerte fue un grito de alegría para Israel. Sólo un ser lloró la muerte de aquel tirano: su esclavo Cingo. Su familia no derramó ni una lágrima, no exhaló ni un suspiro de dolor.

……

El entierro de Herodes fue fastuoso. La tradición sólo recordaba uno que se le pareciera: el de Salomón.

Archelao mostró gran esmero en las honras funerarias de su padre. Puso el cadáver en un lecho de oro labrado con perlas y piedras preciosas; el estrado guarnecido de púrpura; *el cuerpo, vestido de oro y grana, traía una corona en la cabeza y un cetro real en la mano derecha; alrededor de la cama estaban los hijos y los parientes; después todos los de su guardia, un escuadrón de gente tracia, de alemanes y franceses, todos armados y en orden de guerra, iban delante; todos los otros soldados seguían a sus capitanes después muy convenientemente; quinientos esclavos y libertos traían olores; y así fue llevado el cuerpo camino de doscientos estadios*[127] *al castillo de Herodión, donde fue sepultado según sus órdenes*.[128]

Y ¡cosa extraña! Herodes, el viejo lobo de Israel, el corazón malvado que nunca se cansaba de verter sangre, el feroz verdugo de los hebreos, amaba las artes con delirio.

Durante su azaroso reinado levantó el derruido templo de Zorobabel, edificó las ciudades de Sabasto y Cesárea, en honor de Octaviano Augusto, reparó los monumentos de Atenas, reedificó en Rodas el templo de Apolo Pitio, construyó palacios en Ascalón, baños públicos en Trípoli, Damasco y Tolemaida; cercó de muros la ciudad de Biblos, e hizo lonjas, cátedras, templos y plazas en Tiro, Berito y Sidonia; dio premios en los juegos olímpicos y pensionó poetas en Roma; hizo teatros, acueductos y hermosas lagunas. Las artes y la crueldad pocas veces se han unido.

Herodes fue el enemigo de los hombres, el azote de la humanidad; pero debemos ser justos con su memoria: pagó tributo a los artistas, admiró a los poetas y dejó monumentos magníficos. Esto le valió el renombre de Grande. Sus crímenes le han disputado este glorioso apodo, recordando las célebres palabras de César Augusto cuando supo la terrible venganza de Berito: «*Más vale ser cerdo que hijo de Herodes*».

Capítulo III

¡EL REY HA MUERTO! ¡VIVA EL REY!

Herodes murió al amanecer, y a las doce de aquel mismo día, su hijo Archelao, seguido de los jefes legionarios y todas las dignidades de la corte de su padre, se presentó en el hipódromo.

La guardia pretoriana sabía el regio acontecimiento y había pronunciado en voz baja el grito de: «¡El rey ha muerto!» y esperaban a su nuevo señor para aclamarle y recibir el pago de su sumisión. Los infelices judíos temblaron ante el séquito real. Los soldados romanos, empuñando sus armas, se formaron para saludar a su futuro rey. Los primeros temían una sentencia de muerte; los segundos esperaban un puñado de oro que afianzara más su fidelidad.

Ptolomeo desenrolló con calma un largo pergamino, e indicando con un ademán que guardaran silencio, leyó con voz grave el testamento del difunto rey, en el que se nombraba a su hijo Archelao heredero de su corona, pero expresando que esto sería después que el César Octaviano Augusto, su protector, lo confirmara.

Leída la última voluntad de Herodes, resonó por todo el anfiteatro el grito de: «¡Viva el rey Archelao!»

El joven monarca saludó con amabilidad a la multitud. El gozo, el placer, saltaban a borbotones por su semblante. Era rey por la voluntad de su padre y esta voluntad la confirmaba la espontánea aprobación de sus soldados.

Quedaba, en verdad, un obstáculo que vencer: que el César confirmara el testamento; pero Archelao sabía de sobra que el oro de Israel hacía tiempo que ablandaba el corazón de los señores de Roma.

Mientras tanto, los soldados legionarios le juraron fidelidad como a su padre, y Archelao, que seis años más tarde debía caer del trono por sus crueldades, quiso una vez en su vida mostrarse clemente, para conquistarse por este medio el aprecio de los israelitas. Mandó leer la última sentencia de su padre, y el temor y el asombro, se extendieron por entre los pobres prisioneros.

Los desgraciados se rasgaban las vestiduras con desesperación; otros caían llorando a los pies de Archelao, pidiéndole con los gritos del miedo la vida que su padre con tan increíble inhumanidad les mandaba quitar.

Archelao, en medio de aquel desorden, de aquella confusión, de aquellos lamentos interminables, agitó el pergamino en el aire y mandó que guardaran silencio.

Callóse la aterrada muchedumbre, y él habló de este modo:

—¡Nobles de Israel! ¡Ilustres primogénitos de Judá! Nada temáis. Mi reinado, si es que el César nuestro señor, le place que yo os gobierne, no empezará con un crimen tan horrible, con un asesinato tan espantoso. Yo quiero vuestro cariño, y no

vuestro odio; quiero vuestras bendiciones, y no vuestras amenazas; mi padre os sentencia a muerte, yo os salvo la vida. Libres sois: podéis abandonar el hipódromo cuando os plazca.

Y diciendo esto, rasgó el pergamino e hizo volar por el aire sus pedazos. Imposible sería describir el entusiasmo de aquellos infelices. Caminar hacia la muerte y encontrarse con la vida, es una alegría que no hay palabras con que describirla. Archelao fue llevado en triunfo a su palacio, y su reinado tuvo un comienzo que bien pronto desmintió la perversa sangre que circulaba por sus venas. Herodes el Grande fue conducido al sepulcro con un lujo, con una ostentación tan desusada en aquella época, que los israelitas solían decir:

—¡Quién comiera como el rey Assuero y fuera enterrado como el rey Herodes!

Assuero dio banquetes que duraron cien días; Archelao hizo fiestas por la memoria de su padre en todo Israel, y el número de las plañideras que acompañaban al cadáver subía a cinco mil; pero aquellos lamentos, aquellas lágrimas compradas con el oro de sus víctimas no subieron al cielo.

Los primeros cuidados del nuevo rey al tomar las riendas del poder, fueron mandar emisarios a Roma cargados de preseas para inclinar al César en su favor, y buscar el tesoro que, según voz pública, tenía el idumeo enterrado. Los embajadores fueron más afortunados que los buscadores de oro. Octaviano Augusto reconoció a Archelao por rey de Judea; pero el tesoro no pudo encontrarse.

Un rey pobre se halla más expuesto a ser destronado que un rey rico. Archelao había comprado el ejército legionario a fuerza de oro. La bolsa de los soldados del Tíber estaba repleta: la del rey vacía; era, pues, indispensable recurrir a los impuestos.

Israel sintió el primer golpe real, que caía atronador sobre sus arcas. Gimió y pagó. El primer decreto de su nuevo rey le costaba oro; el segundo le iba a costar sangre.

Capítulo IV

FUEGO ENTRE CENIZAS

Cingo había terminado su misión en Israel al pie de la tumba de Herodes. Libre y rico, pensó en su patria. Su leal servilismo, su carácter enérgico y salvaje, el favor de que había disfrutado durante doce años al lado del idumeo, le habían creado enemigos en Judea.

Archelao, el joven rey, le odiaba; así es que cuando le pidió permiso para abandonar la tierra de Jacob, encogiéndose de hombros, le contestó con desprecio:

—Vete cuando te plazca; para nada te necesito.

El negro se mordió los labios, dobló su cabeza y salió de la cámara real sin murmurar ni una sílaba; pero aquel desprecio le quemaba el corazón. Hubiera dado toda su fortuna por arrancar la lengua a aquel mancebo que le ofendía. Desde aquel día pensó en su patria, en el ardiente sol de África, en las salvajes cacerías del desierto, en la tienda del árabe, en las tranquilas noches de Chad y en la hermosa libertad de los hijos de la Libia.

Resuelto a no servir de instrumento a ningún tirano, ansiando echarse en brazos de la voluptuosa pereza, tan encarnada en la sangre de los hijos de África, comenzó a hacer sus preparativos de viaje. Ocho días después todo estaba dispuesto. Dos fornidos dromedarios esperaban en una casa de los arrabales de Jericó el momento de la partida. La travesía era larga, pero Cingo no olvidó nada: la tienda, los odres para el agua, las cajas para las provisiones, las mullidas pieles para la noche, los *matelots* para los aguaceros, y los perros guardadores del sueño.

Sin embargo, no partía porque una mujer le preocupaba hasta el punto de robarle el sueño: Enoé. La hermosa egipcia vivía con él en la casita del arrabal, dócil, sumisa, obediente: más que un ser vivo parecía un autómata desde la muerte de Antipatro. Jamás despegaba los labios. Su eterna melancolía, su inmovilidad, su retraimiento, desconcertaban al feroz negro, el cual no se atrevía a molestarla ni con su conversación. Ella no ignoraba que su amante había sido asesinado por Cingo, sin embargo, sus labios no pronunciaban ni una queja, ni una reconvención. Llorar, permanecer horas y horas acurrucada en un rincón de su aposento, con las manos cruzadas sobre sus rodillas y la mirada fija en el suelo era su vida. Así transcurrieron algunos días. Cingo procuraba en vano descifrar el pensamiento de aquella joven encantadora, que hacía latir y estremecer su corazón de acero.

Débil como un niño ante la indiferente hermosura que le despreciaba, no se atrevía a dirigirle la palabra por no molestarla en sus profundas reflexiones. Falto de resolución ante el dolor y el ensimismamiento de Enoé. Cingo temía emprender el viaje. Partir sin ella era de todo punto imposible, porque la amaba con delirio; dejarla en Judea era dejar la mitad de su vida, todas sus ilusiones, todos sus hermosos sueños

de felicidad.

Esperar una recompensa para el amor que devoraba su pecho, era casi imposible. Cingo comenzaba a sentir un vacío en su cerebro. Temió volverse loco, y una noche, resuelto a arriesgar el todo por el todo, sentándose al lado de la esclava, le habló de este modo:

—¿Sabes, Enoé, que voy a abandonar la tierra la Israel?

—Haces bien, si no tiene encantos para ti.

—El ave del desierto quiere libertad. Y tú, Enoé, ¿qué quieres?

—¿Yo?… Nada; me sobra todo, porque me falta él.

—Mucho le amabas.

—Era mi vida.

—El tiempo y las distancias dicen que son grandes remedios para las dolencias del amor.

—El amor que vive en el alma muere en el sepulcro y vuelve a renacer en el paraíso.

—¿Qué haría yo para consolar tus penas?

—Llorar conmigo.

—Las lágrimas afrentan a los hombres.

—Pero embellecen a la mujer.

—¡Si tú me amaras, Enoé!

Y Cingo dejó caer esta frase con miedo. La egipcia alzó sus hermosos ojos del suelo, y fijándolos con indefinible melancolía en el negro, exclamó, después de exhalar un suspiro doloroso:

—¡Amarte! ¿Se puede amar dos veces en la vida? No hay más que un amor: el primero; como no hay más que una existencia: la que recibimos al nacer.

—Los poetas de mi patria han escrito muchas historias en verso ponderando la excelencia del segundo amor.

—¡Pobres hombres! Lo que ellos creían amor era vanidad; lo que creían segundo era primero.

—Pero el hombre que logró apoderarse de tu corazón ya no existe.

—¿Y qué importa? ¿Por ventura, aunque la tierra le cubra con su capa impenetrable, aunque el sepulcro encierre sus cenizas para guardarlas en el silencio profundo de la muerte, aunque yo no le vea con los ojos del cuerpo, dejo de verle siempre con los ojos del alma? El amor de la realidad no existe; pero el amor de los recuerdos se alza más grande, más hermoso en mi corazón, en mi memoria.

Y Enoé plegó sus manos y alzó sus ojos al cielo, como si a través del ahumado techo de la habitación viera en el firmamento la imagen querida del príncipe de Israel.

—Tú me aborreces, Enoé —murmuró Cingo—, y ese odio, ese desprecio que te inspiro reanima más el fuego de amor que tu mirada dulce encendió en mi pecho.

—¡Aborrecerte! ¡Oh! ¡Pobre de mí! El odio no cabe en mi corazón, porque todo él está lleno de amor.

Enoé mintió. Si el negro no hubiera estado tan aturdido, hubiera visto cruzar por las pupilas de la egipcia algo extraordinario.

—Pues bien, si no me aborreces, si te inspira lástima el eterno sufrimiento que tu frialdad me causa —exclamó Cingo con el entusiasmo del náufrago que ve cerca de sí una esperanza de salvación—, esta misma noche partirás conmigo para África.

—Iré donde me mandes —respondió con dulzura Enoé—; tu voluntad es la mía. Tú respetas mi dolor, yo debo obedecerte.

Cingo se puso en pie, pasóse las manos por los ojos como si dudara de lo que oía, y luego, extendiendo una mano a Enoé, le dijo con el tono medroso de un niño a quien su padre reprende:

—Si fueras tan buena que me dejaras estrechar tu mano en señal de amistad, de simpatía.

Enoé estrechó la mano del negro, y éste imprimió en ella un beso respetuoso. Enoé se estremeció como si un botón de fuego la hubiera quemado; pero el negro era tan feliz que nada observó.

—Si quieres, Enoé, partiremos cuando el lucero matutino asome su hermosa luz por encima de las cumbres de Judá. Todo está dispuesto. Yo no me atrevía a emprender el viaje temeroso de ofenderte, porque tu voluntad es mi ley… ¡Qué quieres! Te amo como un insensato. En África seré tu esclavo; mi fortuna será tuya. Tú serás la señora, yo el siervo. Complacerte, aceptar tus deseos, será mi único afán. Los dioses propicios a mi pasión hagan que un día broten de tus labios sonrosados palabras de amor para mí.

Cingo esperaba impaciente una respuesta, porque la condescencia, la bondadosa resignación de la egipcia le dejaba entrever una esperanza.

—Partiremos a esa hora, si es que así te place —respondió sin alzar los ojos del suelo.

—Tú no puedes pensar el bien que me hacen tus palabras. Partir a mi patria, y partir llevándote a mi lado. ¿Para qué más ventura? ¡Oh, qué buena eres! No sé por qué me dice el corazón que he de ser muy feliz.

Enoé exhaló un suspiro. Cingo, loco de alegría, comenzó a recoger todo lo que creía indispensable para el viaje.

La egipcia miraba de vez en cuando al negro; pero sus ojos se fijaban a veces con una tenacidad particular en la calabaza que colgaba de su cinto. Diríase que con sus miradas quería absorber las pequeñas víboras que se agitaban en el seno de aquel vegetal.

—Mira, Enoé, voy a dejarte sola unos instantes: necesito llenar los odres de agua y cargar los dromedarios. Pronto vuelvo: procura hallarte dispuesta para la partida.

Cingo salió entonando una canción de su país. Enoé permaneció inmóvil en el mismo sitio, sólo que, alzando los ojos al cielo, exclamó después de lanzar un doloroso suspiro:

—¡Oh! ¡Cuánto tardas, momento deseado! ¡Antipatro, Antipatro, confía! Mi valor

no desmaya: mi memoria está fresca como el día de tu muerte.

Después volvió a su habitual posición, triste, inmóvil, llorosa como la estatua de la amargura, con la mirada en el suelo y las manos cruzadas sobre las rodillas.

Capítulo V

EL CANTO DEL CISNE

Algunas horas después, Cingo y Enoé abandonaron la ciudad de Jericó. El negro etíope, armado de una lanza tracia y un corto sable de Damasco en la cintura, con su traje árabe y el semblante risueño, montaba un poderoso caballo, regalo de su difunto señor. A su lado, rebujada en un manto rayado, Enoé cabalgaba encastillada sobre un dromedario, y detrás de éste un camello de carga llevaba sobre su robusto lomo los pertrechos de viaje, la tienda y la fortuna de Cingo. Caminaban al lado del negro, dando saltos y ladridos de contento, tres de esos perros enormes de raza caldea que tan importante papel desempeñaban en las batallas. Apenas salieron de la ciudad, tomaron la vía romana, que cruzando Samaria y parte de la Galilea conduce a los viajeros del interior a las riberas marítimas del mar Occidental, donde pensaba Cingo hallar algún navío de transporte que le condujera a la costa de África.

La luz de la aurora comenzó a desplegar sus poéticos celajes sobre los fértiles y floridos campos de la ciudad de las rosas, y el aire, embalsamado con el perfume de las violetas que festonean las orillas del Jordán, llegaba hasta los viajeros.

Los pájaros cantaban sobre los árboles, y las tórtolas arrullaban desde las altas copas de las encinas y en los lentiscos de las praderas.

Todo respiraba vida, amor, poesía, era una mañana de mayo, mes de las flores y los perfumes, porque los ángeles le envían su sonrisa desde los cielos y Dios la bendice desde su trono enviándola algunos destellos de su luz divina.

—¡Qué mañana tan hermosa, Enoé! —decía Cingo—. Todo sonríe en torno nuestro; sólo tú conservas esa eterna melancolía que me desespera. ¡Oh! Tú no puedes comprender lo que yo haría por verte alegre, feliz.

Cingo calló, porque Enoé respondió a sus palabras con un suspiro. Pasaron algunos segundos.

—¿Ves esas nubecillas de color de ópalo que asoman por oriente? —volvió a decir el negro—. Pues en mi tierra, cuando mis hermanos se disponen a elevar su oración matinal y ven la salida del sol precedida de esas nubecillas, se tiene por buen agüero, y las caravanas, dispuestas para cruzar el desierto, emprenden su penoso viaje con la alegría en la faz, la esperanza en el corazón y los cantares en la boca. Canta, sí, Enoé; ríe, desecha la tristeza, porque los dioses inmortales nos auguran una feliz travesía.

—Sí, tienes razón, Cingo, debo cantar. Cuando era niña me levantaba con el alba y unía mis trinos con los de los pájaros que andaban en la orilla del río santo. Voy a ver si recuerdo una canción de mi infancia.

—Tu voz encantadora resuena en el espacio, levantando un eco dulcísimo en mi corazón. Canta, Enoé, canta; yo te escucho.

Hubo un momento de silencio, durante el cual la egipcia parecía recordar los versos del cantar de su infancia.

Por fin, precedido de un lamento prolongado, cantó el siguiente romance, con una entonación triste como el gemido de un cisne moribundo:

—¿A dónde vas, Darío mío?
—Edna, a la guerra me voy,
que ya el ejército persa
en nuestras tierras entró.
—No te vayas, no me dejes;
te lo pido por mi amor,
por los manes de mi madre,
en el nombre de tu Dios.
—De Gizet en las llanuras
ya sus tiendas levantó
un ejército extranjero
que mancilla nuestro honor.
Nada temas, Edna mía,
yo tornaré si me voy;
Júpiter me da su apoyo,
Minerva su protección.

Edna llora, Darío parte,
y pasa un sol y otro sol,
y Edna su llanto no enjuga,
y Darío no torna, no.
Desde entonces la doncella
busca en vano a su amador
por las orillas del Nilo,
por los bosques de Nicot.
Triste tiene la mirada,
triste tiene el corazón,
triste su hermoso semblante,
triste el eco de su voz,
que repite: ¡Darío! ¡Darío!
piensa que muriendo estoy.
¡Torna pronto! ¡Torna pronto!
¡Te lo pido por mi amor,
por los manes de mi madre,
en el nombre de tu Dios!

Calló la egipcia. Su voz perdióse en lontananza como el gemido del céfiro entre las

pobladas ramas de los sauces. Dos lágrimas resbalaron por sus tersas mejillas. Su hermosa cabeza cayó sobre su pecho, doblada como la pura sensitiva ante los calurosos rayos del sol de mediodía. Los dos perros que saltaban alrededor de su camello, apenas se extinguió el triste canto de la voz de Enoé, lanzaron un prolongado y fúnebre aullido que fue a perderse fatídicamente entre las concavidades de los barrancos.

Cingo era árabe y, por lo tanto, supersticioso. La canción de Enoé, el aullido de los perros, le hicieron estremecer, y sintió que la sangre de sus venas se helaba. Entonces, no hallando palabras en su lengua, quiso desimpresionarse del fatídico estupor que le había sobrecogido, y clavando el acicate en los ijares de su corcel; partió a galope, haciendo en su carrera mil evoluciones que demostraban que era un jinete consumado.

Los camellos imitaron el galope del caballo, los perros saltaron alrededor de los camellos; todos corrían preocupados, tristes, meditabundos. La canción de Enoé había producido un efecto melancólico. La aurora de aquel viaje se había presentado risueña, tranquila; pero aquellas nubecillas de color de ópalo se habían transformado en pardos nubarrones de color feo y amoratado. Cuando el sol salió no pudo lanzar sobre la tierra sus rayos vivificadores, porque estaba nublado.

Mientras tanto, Cingo corría y corría, más para aturdirse que por correr, y detrás de él los camellos, levantando sus chatas cabezas, aspirando el aire y enseñando sus blancas murallas de dientes, y los enormes perros, ora delante, ora detrás de la pequeña caravana, galopaban también, dando saltos y ladridos, como si quisieran preguntar el motivo de aquella marcha rápida.

De repente se rasgaron las nubes y un rayo cruzó el éter, dejando en pos de sí una culebrina de fuego. El caballo de Cingo se encabritó. Los dromedarios lanzaron un resoplido medroso, augurando la vecina tempestad. Un trueno sordo y lejano rodó en las nubes, y algunas espesas y gruesas gotas cayeron sobre la tierra.

El negro contuvo su caballo y se paró.

Los camellos hicieron lo mismo. Los perros se echaron al suelo con la lengua dilatada, la respiración fatigosa y los ijares latentes.

—Antes de mucho el agua caerá a torrentes sobre nosotros, Enoé; es preciso detenernos y levantar la tienda —dijo Cingo.

—Como gustes —respondió la egipcia con indiferencia.

El negro echó pie a tierra, ató el caballo al tronco de un árbol, y luego, acercándose al dromedario de Enoé le tocó con la lanza en las nudosas rodillas, y el dócil animal se echó para que bajara la egipcia.

Con una rapidez asombrosa el negro alzó la tienda, colocándola junto a la falda de un montecillo, resguardada del Levante, que traía sobre ellos la tempestad.

Luego extendió unas pieles y dijo a la esclava:

—Entra: la lona de la tienda tiene una preparación que rechaza el agua. Bajo su techo te hallarás tan al abrigo de la lluvia como en el palacio de un rey.

Después ató los camellos junto al caballo y mandó a los perros que no se movieran de allí; y los canes, avezados a vigilar el sueño de la caravana, fueron a echarse a veinte pasos del árbol que servía de refugio a los herbívoros, cual si la hora de su atalaya hubiera llegado.

Cingo entró en la tienda donde ya se hallaba Enoé, y cerró tras sí la puerta de lona con las fuertes correas de piel de toro.

No parecía sino que las nubes esperaban que el negro terminara su faena para descargar sobre la tierra las hirvientes cataratas que encerraban en sus flotantes senos.

Pocos minutos bastaron para que el día, que se presentaba hermoso, claro, lleno de poesía y de luz, se convirtiera en un día de horrible tempestad, de furiosos vientos, de mares de agua. En Oriente estos cambios de tiempo son muy comunes. Cingo conocía el país y se dio prisa, pues sabía que bastaba un segundo para que los hermosos rayos del sol se cambiaran en torrentes de agua. Los dromedarios y el caballo se pegaron al tronco del árbol secular que les servía de tienda, para librarse del mar de agua que el cielo derramaba sobre ellos. Los perros no se movieron del sitio que les había indicado su amo.

Capítulo VI

BAJO UNA TIENDA

Cuando el etíope entró en la tienda, la egipcia se hallaba sentada sobre una piel, en su postura habitual, es decir, la vista en el suelo y las manos cruzadas sobre las rodillas.

Cingo la contempló unos instantes y luego, haciendo un movimiento de hombros como el hombre que se decide a revestirse de paciencia, sentóse también, aunque algo apartado de su compañera de viaje.

—La tormenta durará poco —dijo casi hablando consigo mismo y dando golpecitos con las yemas de los dedos sobre la piel que les servía de alfombra—, pero hemos corrido mucho, y un descanso no les vendrá mal a nuestras cabalgaduras. Si tú estás cansada, pasaremos parte de la noche en esta tienda.

—A mí sólo me toca obedecer —respondió Enoé.

—Eres muy cruel.

—¿La condescendencia es crueldad en tu tierra, africano?

—No; pero la indiferencia despedaza los corazones ardientes y apasionados como el que siento latir en mi pecho.

—¿Y qué me importa a mí que tu corazón se despedace, cuando el mío está hecho cenizas desde el instante en que bajó mi dueño al sepulcro?

Cingo abrió los ojos desmesuradamente, se puso en pie, y cruzando los brazos sobre su agitado pecho, exclamó con ira reconcentrada:

—¿Sabes que tus palabras pueden convertir a la mansa oveja en lobo feroz?

—¿Es eso una amenaza?

—Es una advertencia que puede servirte de mucho. No lo olvides.

—El rey poeta, el padre de Absalón, el de los largos cabellos, dijo: «Las reprensiones suaves quebrantan la ira; las palabras duras excitan el furor». No olvides estas palabras del sabio Salomón.

—¡Oh! ¿Qué más humildad quieres en el hombre que te ama? —dijo el negro juntando las manos con ademán suplicante.

—¿Qué más resignación esperas de la mujer que te aborrece? —respondióle la egipcia lanzándole una mirada altiva que hizo estremecer al negro.

—Enoé, Enoé, piensa que estamos solos; que soy el más fuerte, y que hasta el ruido poderoso de la tempestad está en favor mío, porque apaga la voz humana.

Enoé se encogió de hombros y cerró los ojos, inclinando la cabeza sobre un almohadón, murmurando:

—¡Bah! Tú no me harás daño, lo sé. Déjame dormir… me molesta la conversación… estoy cansada.

Cingo se hallaba desorientado ante aquella joven; lanzó un rugido y se dejó caer en uno de los extremos de la tienda, ocultando la cabeza entre sus manos, sin duda

para no verla.

Mientras tanto Enoé, triste como siempre, tranquila como nunca, seguía reclinada sobre el cojín con los ojos cerrados. Para un hombre como Cingo, una mujer como Enoé era la desesperación. El feroz negro, viéndose siempre vencido, derrotado por aquella débil niña, estaba fuera de sí. Las ideas se sucedían en tropel, en aquella imaginación inculta y salvaje.

Tan pronto pensaba obligarla a obedecer sus mandatos por el poder de la fuerza, como se le ocurría caer a sus pies y llorar con ella la muerte del venturoso príncipe, que aun después de muerto reinaba en su corazón.

Hay tempestades en el cerebro que devastan y dejan señales en el ser humano como el paso del huracán en un campo de espigas. Cingo tenía la tempestad de su amor, de sus celos, de su ira, de su benevolencia, dentro de su cráneo. Estas pasiones, estos sentimientos luchaban sin piedad, a muerte. El pobre tuvo miedo de volverse loco, y se puso en pie como el cazador que oye el bramido del león y se dispone a afrontar el peligro frente a frente.

—Sí —murmuró—, de mi estado a la locura no hay más que un paso. Es preciso desechar este montón de ideas que se agitan en mi mente… Yo no he sentido esto nunca, no quiero sentirlo ahora, no debo sentirlo jamás, si es que anhelo ser feliz. Soy el más fuerte, soy el señor: mi voluntad será ley. Compadecerse del que nos desprecia, amar al que nos aborrece, enaltecer al que nos humilla, es una bajeza, un oprobio… Afortunadamente creo que aún estoy a tiempo para corregir las torpezas que he cometido. Y esa mujer… ¡oh! esa mujer… ¡desgraciada de ella!

Cingo, a pesar del reducido espacio de la tienda, se paseó, o por mejor decir dio vueltas como la hiena alrededor de un cadáver desenterrado.

—El vino es un buen consejero en los casos graves de la vida —se dijo—, y después, sus vapores consuelan y nos hacen olvidar las penas. Bebamos, pues.

Y dirigiéndose a uno de los extremos de la tienda desató un odre y vació una cantidad de vino en un ánfora de barro. Después tomó un puñado de dátiles de la caja de las provisiones y un pedazo de torta, y fue a sentarse junto a la puerta, en donde había colocado la piel y un almohadón.

Una vez sentado, bebió un gran trago de vino y miró a Enoé.

—¿Quieres dátiles? —le dijo alargando la mano llena de aquella fruta.

La egipcia no respondió.

—¿Se habrá dormido?

Al hacerse esta pregunta, a juzgar por el brillo de sus ojos y la expresión de gozo que asomó a su semblante, algún pensamiento horrible había cruzado por su mente; pero al instante hizo una mueca de indiferencia con los labios y volvió a beber con avidez, murmurando:

—¡Bah! El tiempo es un gran remedio, y el vino una gran medicina para la enfermedad que yo padezco. Respetemos el luto del amor, y bebamos.

Cingo, algo más tranquilo después de estas reflexiones, buscó una postura más

cómoda y continuó de aquella manera las repetidas libaciones. Los vapores del vino comenzaron a producir su efecto; pero Cingo bebía, y Enoé fingía dormir. De repente los perros comenzaron a ladrar de un modo desesperado. Cingo, con esa voz bronca y ligada de los borrachos, murmuró estas palabras:

—¿Qué es eso, Moloch?, ¿qué ocurre, Tifón? ¿Hay algún curioso por los alrededores? ¿Por qué ladráis, leales centinelas? Morded, despedazad, pero no me rompáis los oídos con vuestros gritos desagradables.

Los perros continuaban con más fuerza sus ladridos.

—Veamos lo que ocurre —volvió a decir el negro.

Y no sin algún trabajo, se puso en pie, y cogiendo la lanza, salió de la tienda. Enoé abrió los ojos al verse sola, se levantó, recorrió la tienda con precipitación, buscando algo que no encontraba, y luego, volviendo a colocarse en la misma posición, dijo sonriendo tristemente:

—Espera, espera, amor mío, yo no duermo jamás.

Cingo, apoyado en su lanza recorrió los alrededores de la tienda; pero no halló nada. La tempestad se había disipado. Los rayos del sol de la tarde bañaban con su luz clara y radiante los pintorescos campos de la tribu de Efraim y las verdes riberas del Jordán. Hacia el norte destacábanse en lontananza las tétricas montañas de Samaria como un escuadrón de gigantescos fantasmas. La tempestad se cernía aún sobre sus cumbres, encaminando su terrible cólera hacia las costas occidentales.

Cingo tornó a entrar en la tienda tambaleándose, y se dejó caer sobre su piel. Algunos momentos después dormía profundamente. Su respiración fuerte y pausada, demostraba la calidad del sueño que la producía. Cingo dormía el sueño pesado y profundo del borracho.

La egipcia abrió sus hermosos ojos. Un rayo de sol, entrando por la puerta de la tienda, bañaba la negra y salvaje cara del esclavo.

—¡Cingo! ¡Cingo! —dijo Enoé en voz baja.

El negro no se movió.

—¡Cingo! ¡Cingo! —volvió a repetir en tono más alto.

El etíope permaneció en la misma postura.

Entonces la joven se levantó, y acercándose al dormido, volvió a repetir el mismo nombre, pero esta vez con acento más fuerte y aplicando sus labios a los oídos del durmiente.

El negro se estremeció, pero sus labios permanecieron cerrados.

—Duerme —se dijo Enoé—, duerme profundamente como si fuera el sueño de la muerte.

Y una sonrisa de inefable gozo iluminó el semblante de la joven. Cingo había dejado sus armas a la distancia de su mano, y Enoé cogió un cuchillo. Después, colocándose de rodillas al lado del negro, con una mano se apoderó de la pequeña calabaza que contenía las víboras y con la otra, que tenía el cuchillo, cortó el cordón de seda que la sujetaba al cinto.

Dueña de aquella arma terrible, se puso en pie, diciendo con acento sombrío:

—Diente por diente, ojo por ojo. Ahora eres mío, africano feroz. Tu muerte es cierta y horrible, como la de Antipatro, a quien voy a vengar. Mañana, Belzebú, el dios asqueroso de las moscas, mandará sus repugnantes legiones para que saboreen la podrida sustancia de tu carne envenenada.

Rápida como una pantera, saltó por encima del cuerpo del negro, y colocándose a la puerta de la tienda, destapó la calabaza y vertió todas las víboras en el pecho de Cingo. Los venenosos reptiles comenzaron a extenderse, agitando sus lenguas por todo el cuerpo; dos de ellas se enroscaron en el cuello del negro y clavaron sus aguijones en su carne, otra fue a picarle en los labios, otra en los ojos. Con la alegría feroz de la leona que acaba de despedazar a la hiena que sorprende en la cueva de sus cachorros, se separó Enoé de la tienda, y desatando a los dromedarios y al caballo del tronco del árbol montó en el suyo y dio el grito de partida.

Los dóciles camellos tomaron con paso grave el primer sendero que se abría ante su paso. El caballo siguió a los camellos saltando y relinchando. Los perros, con su mirada fosfórica, buscaban a su amo, y no viéndole, se encaminaron hacia la tienda, con ese instinto leal tan propio de la raza canina.

Al llegar a la puerta, se hallaron con el cuerpo del negro, que se revolcaba por el suelo luchando por sacudir el pesado sueño del vino.

Los canes extendieron el cuello, dilataron sus narices olfateando el cuerpo de su amo; pero de repente sacudieron las orejas y retrocedieron unos pasos, lanzando un aullido lastimero.

Habían visto a las víboras: su silbido imperceptible les horrorizaba. El león huye de la víbora; todos los animales de la creación, aun los más feroces, las temen y evitan su encuentro, cediéndoles el campo, porque su picadura es la muerte, y ellos lo saben por un secreto instinto.

Capítulo VII

MELODÍA FÚNEBRE

Los aullidos de los perros y las terribles punzadas de las víboras acabaron de despertar al negro, que haciendo un esfuerzo violento como para sacudir el pesado y horrible sueño que le subyugaba, se puso en pie y miró en torno suyo con ojos espantados.

—¿Y Enoé? —se preguntó—. ¿Dónde estará?

Y se llevó ambas manos al rostro para frotarse los ojos, temeroso de no ver bien.

Entonces sintió entre sus dedos un cuerpo extraño que le dio frío, y lo arrojó lejos de sí con repugnancia, lanzando un grito horrible, desesperado, atronador, que fue seguido de otro no menos espantoso que lanzaron los perros, pues una de las víboras había ido a caer sobre la cabeza de uno de ellos, e instantáneamente se había sentido herido por el mortal aguijón.

—¡Las víboras!, ¡las víboras! —exclamó desesperadamente lanzándose fuera de la tienda—. ¿Adónde está Enoé? ¡Miserable mujer!, yo necesito ahogarte entre mis brazos antes que el veneno que circula por mi sangre enfríe mi corazón.

Y Cingo corrió loco, desalentado, hacia el árbol donde había dejado su caballo.

Los perros le seguían detrás ladrando fúnebremente.

Y Enoé, a unos cien pasos de la tienda, montada en su camello, se encaminaba hacia los vecinos bosques de Samaria, cantando con melódica voz el romance de Edna y Darío:

> No te vayas, no me dejes;
> te lo pido por mi amor,
> por los manes de mi madre,
> en el nombre de tu Dios.

Cingo levantó la cabeza y vio a Enoé; lanzó un grito de gozo, corrió a la tienda, pasó por encima de las víboras, empuñó la larga y pesada lanza, volvió a salir al campo, y se lanzó en seguimiento de la egipcia.

Ésta, sin dejar su patético canto, puso la cabalgadura al trote.

El negro veía alejarse a la joven delante de él como una visión fantástica.

La rabia, la desesperación, crecieron en su pecho, al ver que aquella mujer que le había burlado se escapaba de su venganza. Más que una figura humana, parecía un espectro infernal lanzado a la carrera por el soplo maldito del ángel de las tinieblas.

La espuma brotaba por su contraída boca. Sus ojos hundidos y relucientes tenían una movilidad espantosa. Sus piernas, débiles por el vino y temblorosas por el veneno que emponzoñaba su sangre, apenas podían sostenerle.

Caía, pero tornaba a levantarse por su poderosa fuerza de voluntad, y a cada caída lanzaba blasfemias que los perros coreaban con sus aullidos.

Y Enoé corría delante, y corría Cingo detrás, y ladraban los perros de un modo horrible, saltando en torno de su amo.

—¡Espera, espera, Enoé! —gritaba con infernal entonación—. Yo necesito antes de morir lanzarte al rostro mi lengua emponzoñada. ¡Espera!, ¡espera! Y tú, Sactis, diosa terrible de la muerte, detén su paso con tu emponzoñado aliento.

Pero Enoé, siempre a igual distancia, como si tuviera el maravilloso poder de medir el terreno que la separaba de su perseguidor, cantaba con impasibilidad:

Triste tiene la mirada,
triste tiene el corazón,
triste su hermoso semblante,
triste el eco de su voz.

—¡Oh! ¡Cesa, cesa ese canto maldito que me despedaza el corazón! —exclamaba Cingo, ahogado de fatiga.

Y Enoé, siempre con su melancólica voz, cantaba:

Que repite: Darío, Darío,
piensa que muriendo estoy;
por los manes de mi madre…

—¡Maldita seas!, ¡maldita la que te llevó en sus entrañas!, ¡maldito el fruto de tu vientre, si un día concibes, hasta la cuarta generación! —exclamó Cingo lanzando un rugido.

Era que exhalaba el último soplo de su vida; y lanzando con una furia sobrenatural la pesada lanza que tenía en la mano, cayó desplomado y rodó por una pendiente, despedazándose el rostro al caer con los pedriscos que sembraban aquel terreno.

La lanza pasó silbando por encima de la cabeza de Enoé; pero la egipcia no se movió. Vio caer a Cingo, cesó su canto y detuvo su cabalgadura, y alzando los ojos al cielo con dolorosa actitud, murmuró en voz baja:

—Amor mío, ya estás vengado.

Después, queriendo cerciorarse más dirigió la cabeza de su dromedario hacia el sitio en donde había caído el negro, y llegando a dos pasos de su ensangrentado cuerpo, se detuvo de nuevo.

El etíope estaba horriblemente desfigurado.

Había muerto; pero aún tenía los ojos abiertos y se agitaban sus párpados con una espantosa precipitación.

Los tres perros le lamían las manos y el rostro, aullando siempre.

—Sí, ya no existe —murmuró Enoé—. Su muerte ha sido horrible, espantosa. Mi

pobre Antipatro debió sufrir mucho, pues murió del mismo modo que este miserable esclavo… ¡Oh! Cuando pienso que tú, príncipe mío, señor de mi corazón, has muerto sin que mis besos cierren tus hermosos párpados, abandonado de los hombres y tal vez de los dioses inmortales, creo que mi venganza ha sido pequeña. Y tú, cuerpo maldito de un ser que ya no existe, bien muerto estás en mitad de ese camino que te conducía al edén de tus eternas esperanzas, de tus continuos ensueños.

Enoé se detuvo un momento. Después apartó su mirada del cadáver, y la elevó al cielo, exclamando:

—¡Dioses del Olimpo, cerrad vuestro hermoso paraíso al espíritu de este malvado! ¡Lares protectores de mi familia, guiad por la senda de la vida a esta doncella abandonada!

Enoé hizo pasar su camello por encima del cuerpo inanimado de Cingo y continuó su camino a merced de su noble cabalgadura.

A la querencia siguieron el camello de carga y el caballo. Los perros, más leales, se quedaron junto al cadáver.

El último rayo del sol poniente bañó con su luz poética y nacarada aquel horrible cuadro. Poco después las sombras de la noche que avanzaban por Occidente cubrían con sus espesos mantos el lugar del crimen. El aullido de los perros y el melancólico canto de la egipcia surcaban la distancia que iba separando a la víctima de su asesino.

Después, nada; sombras, silencio, soledad… porque Enoé ya no cantaba y los perros habían muerto sobre el cadáver de su amo, envenenados como él por las mortales saetas de las víboras.

Capítulo VIII

UN CABALLERO QUE ROBA EN DESPOBLADO

Dejemos a los muertos y sigamos a Enoé, que hace tres horas camina sin saber adónde.

Si la vista y el paso del dromedario no fueran la una más perspicaz, y el otro más seguro que el del hombre, indispensablemente el modesto y forzudo hervíboro que conducía a la egipcia hubiera caído en alguno de los profundos precipicios que rodeaban el camino que tan a su voluntad seguía; pero esto acontece pocas veces. Un árabe duerme sobre el encastillado lomo de su camello con la misma tranquilidad que a la sombra de una palmera o bajo el pabellón de su tienda.

Enoé, abismada en sus reflexiones, en sus recuerdos, dejaba al prudente animal caminar a su antojo, porque le era indiferente cualquier punto de la tierra. Caminaba pues al azar, sin pensar en lo que haría mañana: en su imaginación sólo existía el ayer, es decir, Antipatro y su amor.

Joven y enamorada, sola en el mundo, había cometido un crimen por vengar a su amante. Su imaginación entusiasta, ardiente, creía un deber lo que acababa de ejecutar. No matar a Cingo hubiera sido para ella una cobardía… más que una cobardía, una ingratitud; más que una ingratitud, una falta de amor.

Estaba, pues, tranquila; no tenía remordimiento; no le amedrentaba lo que pudiera sobrevenirle porque no pensaba, como hemos dicho en el porvenir. El presente y el pasado, es decir, su amor sentido y su amor llorado, era todo lo que ocupaba su imaginación. Tenía diez y ocho años. Sólo había amado al príncipe Antipatro, de quien era esclava, esclavitud que más de una vez había bendecido acariciando los rubios y sedosos cabellos de su amante.

Abismada en el recuerdo de su amor, caminaba Enoé, como dejamos dicho, a merced de su cabalgadura, cuando ésta detuvo el paso a la revuelta de un barranco y levantó bruscamente la cabeza. Este movimiento inesperado hizo perder el equilibrio a la joven, e indudablemente hubiera caído al suelo si una mano vigorosa no hubiera obligado al camello a bajar el arqueado cuello, con lo que volvió a quedar sentada tan a plomo y segura como antes.

Enoé vio a la claridad de la luna a un hombre parado delante de la cabeza de su dromedario.

Aquel hombre era joven y hermoso. Con su siniestra sujetaba al camello, cogido del ronzal de cáñamo; su diestra empuñaba una jabalina corta de tres púas; su traje era una especie de capa corta y un turbante que rodeaba su cabeza cuyas puntas caían sobre sus hombros; su barba era poca, sin duda a causa de su juventud.

Nada tenía de temible ni desagradable aquella aparición a media noche y en un barranco solitario.

—Buenas noches, Enoé —dijo el forastero con amabilidad y con voz dulce y melosa como la de un cortesano de la reina Cleopatra.

—¿Tú me conoces? —preguntó la egipcia con asombro.

—Sí, pues ya ves que sé tu nombre.

—¿Y quién eres?

—Soy un caballero que roba en despoblado.

—¡Un ladrón!

—Ése es el calificativo que se da en las ciudades a los hombres que tienen mi oficio; pero no me agravio por eso. Mercurio fue ladrón, y hoy es un dios de los paganos; bien es verdad que a tales creyentes no les sienta mal un dios tan deshonrado.

—Tú eres judío, puesto que hablas con desprecio de los dioses del Olimpo.

—Sólo Dios es Dios, Enoé. Tú eres egipcia, y allá en vuestra tierra se alzan pedestales y se sacrifica a esas divinidades paganas fabricadas por la mano del hombre; pero yo soy hebreo y sólo venero al Dios invisible de Abraham y de Jacob, porque ese Dios es el único, el solo, el verdadero.

—¿Y cuál es tu intento al cerrarme el paso? ¿Vienes por el oro que presumes conducen mis camellos?

—Vengo a servirte de guía, a ser tu amigo, tu hermano.

—Pero yo no te conozco. ¿Cómo sabías tú que yo iba a pasar por este sitio, cuando desde que el sol se ha ocultado camino a merced de mi camello?

—Comprendo tu asombro, y voy a satisfacer tu curiosidad mientras llega mi gente.

—Habla.

—Voy a complacerte. El sitio en que te hallas es la Samaria; este barranco conduce a Sichen: es un atajo muy conocido por los camellos y los dromedarios de las caravanas; sus rocas, calcinadas por los rayos del sol y el casco de las cabalgaduras, han sido heridas más de una vez por las pisadas de la que te conduce. Ahora, enterada del terreno que pisa tu dromedario, continúo mi relación, pues deseo satisfacer el asombro que leo en tu semblante, hermoso como el de una virgen de Sión, sobre todo en este momento en que la luna se refleja sobre tu frente.

Esta galantería hizo ruborizar a Enoé, sin que ella pudiese explicarse el motivo. El misterioso personaje continuó:

—Soy, pues, como te he dicho, un bandido, o por mejor decir, capitán de una gavilla de bandoleros que merodea por este escabroso país; tengo espías en todas partes donde el comercio se explota, y no sale una caravana de una ciudad de Judá sin que yo lo sepa. Hace algunos días mis hombres me trajeron la nueva de que el esclavo favorito del difunto rey Herodes, a quien el Dios de Jacob confunda, hacía los preparativos para emprender un viaje hacia las costas de Tiro, con el objeto de embarcarse en aquellas aguas para África, su país. Sin ser yo un sabio de Grecia, y calculé que Cingo el esclavo no abandonaría la corte pobre como un galileo de la

montaña sin más patrimonio que su *matelot* de pelo y su zurrón de piel de cabra. Yo me hallaba en Jericó, sabía que todos los nobles de Israel se hallaban en el hipódromo, confiaba que en sus corazones no se habría extinguido del todo el recuerdo de su pasada gloria y el amor a su independencia, y quería contribuir a la salvación de mi patria; pero me he engañado: los descendientes de Matatías ya no serán más que esclavos cobardes y afeminados. Pero esto no satisface tu curiosidad: dispensa si he divagado. Me hallaba, pues, como te dije, en Jericó, y supe cuando Cingo salió de la ciudad montado en un caballo y llevando dos dromedarios de carga, en uno de los cuales ibas tú. Entonces corrí a un bosquecillo inmediato en donde cuatro hombres de mi confianza me esperaban, y os seguimos a larga distancia; luego sobrevino la tempestad, alzó Cingo su tienda y ambos os guarecisteis en ella. Fácil nos hubiera sido entonces asaltaros, pero yo prefiero la noche al día para ejecutar esa faena. Como con la lluvia y la tierra húmeda los perros tienen más viento, olfatearon nuestro rastro y ladraron. El esclavo, alarmado por los ladridos, salió a reconocer el terreno; pero nada vio y volvió a encerrarse en su tienda. Yo conocí que los perros eran un inconveniente para sorprenderos, y mandé a uno de los míos que les echara una pierna de carnero, porque el perro harto rastrea menos. Mientras los perros comían me deslicé entre los arbustos y fui a colocarme detrás de vuestra tienda. Desde mi escondite oí vuestra conversación. Entonces supe por lo que hablasteis que tú eras Enoé, la esclava favorita del malogrado príncipe Antipatro; y como yo quería mucho a ese joven, me propuse salvarte del furor del etíope. Luego vi que él bebía y que tú permanecías quieta, fingiendo dormir. Por fin los vapores del vino vencieron a Cingo, y entonces tú…

El bandido se detuvo, y después de una pausa durante la cual Enoé nada dijo, continuó:

—Tú entonces vengaste a tu amante; yo monté en un caballo, partí a galope, y vine a colocarme en este barranco adonde te ha conducido tu dromedario. He ahí por qué sé tu nombre y por qué me hallas en mitad de tu camino como una aparición. Pero no temas, yo sé respetar a la mujer, y ¡ay del que tocara un solo pliego de tu ropa! Dimas el bandido sabría castigar su atrevimiento.

—No sé por qué tus palabras me inspiran confianza. Soy tu prisionera: condúceme adonde te plazca.

—No, eres una amiga. Las mujeres, los niños y los ancianos tienen un seguro en mi castillo. Libre serás el día que quieras serlo y conducida por mí o por mis compañeros al sitio donde tú nos indiques. Antipatro se ha batido a mi lado contra los impíos; yo sabré respetar su memoria en tu persona.

—Gracias te doy en su nombre, generoso bandido.

—Cumplo con un deber. Ahora sigue el paso de mi caballo, que la distancia que tenemos que atravesar es larga.

Dimas fue por su caballo, montó con la ligereza prodigiosa del árabe, y luego, acercándose a Enoé, le dijo:

—Vamos.

—Ya te sigo.

Una hora antes de amanecer llegaron al castillo de Ebal. Enoé entró sin miedo en la tétrica fortaleza. Apenas pasaron el rastrillo, algunos bandidos se acercaron para ayudarla a desmontar.

—Amigos míos —les dijo Dimas con dulzura—, os presento a mi hermana. Tratadla como se merece.

SEGUNDA PARTE

Libro Noveno

LOS DESTERRADOS

19. Y habiendo muerto Herodes, he aquí que el ángel del Señor apareció en sueños a José en Egipto.

20. Diciendo: levántate y toma al Niño y a su Madre y vete a tierra de Israel, porque muertos son los que querían matar al Niño.

21. Levantóse José, tomó al Niño y a su Madre y se vino por tierra de Israel.

22. Mas oyendo que Arquelo reinaba en la Judea en lugar de Herodes su padre, temió de ir allá y avisado en sueños se retiró a la tierra de Galilea.

23. Y vino a morar en una ciudad llamada Nazareth, para que se cumpliera lo que habían dicho los profetas: que será llamado Nazareno.—(*Evangelio de San Mateo*, cap. II.)

Capítulo I

ARCHELAO

En los tiempos que vamos narrando, las naciones conquistadas por los hijos del Tíber no eran más que provincias romanas sujetas al capricho y a la voluntad de los Césares. El mundo era una numerosa familia de esclavos que doblaban la cabeza con medroso ademán ante un solo señor, el César romano. Estas provincias eran gobernadas por reyezuelos tributarios que lamían vergonzosamente la mano que les humillaba. Muerto Herodes el Grande, Octaviano Augusto dirigió su real mirada a la Judea, y a su omnímoda voluntad le pareció conveniente que aquel reino desgraciado y envilecido se dividiera en cuatro tetrarquías tributarias de Roma.

Nombró a Archelao etnarca de Judea, es decir, algo más que tetrarca y un poco menos que rey; la Galilea y la Arabia pétrea, la dio a Herodes Antipas, y a Filipo concedió la Iturea y la Traconítide.

Quedaron los tres herederos contentos, al parecer, de la imperial distribución; y Archelao, el más favorecido por el César, creyéndose dueño de su voluntad, comenzó a demostrar sin embozo alguno, sus instintos feroces y sanguinarios.

Los disturbios civiles siguieron, como era consiguiente, a las tropelías reales, Joazar, el sumo pontífice de los hebreos, fue sustituido por el oro de su hermano Eliazar, y al poco tiempo las doblas de Josué decidieron a Archelao para que le confiriera la alta dignidad de que había privado a Joazar.

La ley de Judea se vio escarnecida por la ambición del etnarca; pero el sanguinario sucesor de Herodes segó las cabezas de los alborotadores, y el terror selló los labios de los descontentos. A la avaricia, a los abusos arbitrarios de Archelao, faltaba un escándalo que decidiera a los israelitas a tomar venganza de aquel retoño podrido del idumeo que se presentaba más cruel, más vengativo que su padre.

Archelao tenía una esposa. Llamábase Mariamne, como la desgraciada compañera de Herodes. El pueblo amaba a su soberana porque era bondadosa con los afligidos, y más de una vez había logrado apartar el hierro homicida de la temblorosa garganta de la víctima. Mariamne era hermosa, prudente, y amaba a su pueblo.

Un día Archelao vio a Clefira, viuda de su hermano Alejandro y de Juba, rey de Mauritania. Cególe su hermosura, y desatendiendo los santos vínculos que le unían a Mariamne, la repudió bárbaramente y se casó con Clefira. Esta infamia arrancó un grito de indignación al pueblo de Judea. Herodes había repudiado a su primera esposa y asesinado a la segunda. El hijo no estaba muy lejos de imitar las inauditas tropelías de su padre. Los nobles de Israel, aunque amedrentados con la crueldad de su etnarca, se reunieron en uno de los profundos silos del Carmelo.

Sublevar el reino era empresa vana, atendiendo a la cobardía que se había apoderado de los descendientes de Jacob. Otra tentativa en las calles de Jerusalén sólo costaría sangre, y Archelao estaría en su derecho vertiéndola por la tranquilidad de su reino. Entonces un anciano levantó su voz y dijo a la asamblea:

—El rayo de Elías no se halla entre nosotros; el valor de Judas Macabeo se ha extinguido en el corazón de los hijos de Israel; el Dios inivisible nos abandona, porque el templo de Sión está profanado y la ley de Moisés hollada como un feto inmundo. Nada esperéis de nuestro pueblo, que tiembla amedrentado bajo los pliegues de su raída capa, royendo el podrido hueso que le arroja a sus pies ese rey avariento que gobierna y empobrece. Sólo un hombre puede salvarnos, porque ese hombre es poderoso como David, sabio y clemente como Salomón: ese hombre es el César Octaviano Augusto, el señor del mundo. Archelao, el verdugo de Judá, es rey por su gracia. Recordad las palabras del emperador cuando le concedió la etnarquía: «Te concedo el gobierno de Judea y Samaria; pero con la condición de que has de ser clemente y bondadoso con tus súbditos. Padre y no verdugo de los judíos quiero verte. Si así no obrases, mi amistad se trocará en justicia y mi cólera imperial caerá sobre tu cabeza.» Esto dijo el César. Esto mandó que se noticiara al oprimido pueblo de Israel. Hermanos, sólo el César Augusto puede librarnos del verdugo que vacía nuestras arcas, escarnece nuestras leyes, profana nuestro templo y derrama nuestra sangre.

Este discurso fue recibido con un grito de entusiasmo.

Desde aquel momento el venerable anciano fue invitado por sus compañeros para que indicara lo que debía hacerse. Entonces se decidió que al día siguiente partiera, con mucho secreto, una comisión a Roma, a enterar al César de su suerte desgraciada. Cuando los secretos embajadores del afligido pueblo de Israel llegaron a la ciudad del Tíber, Augusto les recibió con aquella bondad que era tan propia a su carácter. El emperador, cuando el viejo rabino terminó su dolorosa relación, respondió:

—Tus lágrimas y tus canas son una garantía para mí, anciano. El agobiado pueblo de Israel encontrará en mí un protector. Descuidad, pues nada aborrezco tanto como a los tiranos; nada me inspira más repugnancia que los verdugos coronados. A las víboras se las aplasta.

Los judíos se arrojaron a los pies del César Augusto, derramando un mar de lágrimas ante aquel rey magnánimo y generoso. Augusto, después de consolarles, dijo, dirigiéndose al más anciano:

—He oído decir que en vuestra tierra ha nacido el Mesías, anunciado por los profetas.

—Así se asegura en toda Israel, señor —le respondió el rabino.

—¿Le has visto tú, anciano?

—He tenido la dicha de besar sus divinas plantas en el templo de Sión.

—¿En qué tribu de Israel vive ese Dios hombre?

—La persecución de Herodes le obligó a emigrar a Egipto, y no ha vuelto a su patria. Durante su penosa travesía, los ángeles de Abraham guiaron su cabalgadura, los dioses paganos del Cairo, de Alejandría y de Hermópolis cayeron rotos en pedazos de sus pedestales, los árboles bajaron sus frondosas ramas para servirle de tienda, y las fuentes brotaron de las secas rocas de Matarieh.

Augusto se quedó un momento pensativo, y luego dijo:

—A Herodes di la comisión de que buscara a ese Niño.

—Y Herodes degolló a todos los de su edad en la santa ciudad de Belén.

El César, después de enterarse de algunos detalles pertenecientes a la infancia de Jesús, despidió a los embajadores, diciéndoles:

—Si algún día encontráis a ese Dios hombre o niño, y yo no he muerto, decidle que el señor de Roma quiere adorarle. Ahora, partid tranquilos: no olvidaré lo que os he ofrecido.

Algunas semanas después mandó un emisario e hizo comparecer al feroz Archelao ante el Senado de Roma. El clamor de un pueblo pudo más que la soberbia de un rey. Archelao fue destituido de su dignidad, sus bienes fueron confiscados, y el César le mandó desterrado a Viena, en el Delfinado, doce años después del nacimiento de Jesucristo. La Judea fue desde entonces provincia imperial. Mas era preciso que un hombre la gobernara en nombre de Roma. Ese hombre fue elegido por Octaviano Augusto, y se llamaba Caponio.

El nuevo gobernador quiso explotar demasiado pronto el rico filón que se había abierto ante su codicia, y aquel abuso de confianza le valió el enojo del César.

Caponio cayó del poder y vino a sustituirle Marco Ambibio, que escaso de salud pidió el retiro y dejó su puesto a Anio Rufo, el cual tuvo por sucesor a Valerio Grato: éste dejó su bastón a Poncio Pilato, tan célebre más tarde por la sentencia y muerte de Jesucristo.

Herodes el Grande, para que no se cumpliera la profecía de Jacob, de que el Salvador de Israel vendría cuando el trono de Judá estuviera ocupado por extranjeros, hizo quemar los libros genealógicos de los reyes de Judá, haciendo desaparecer los documentos con los que pudiera justificarse que él no era oriundo de aquella nación. Pero su empresa fue vana, su bárbaro atentado infructuoso: la profecía se había cumplido. La judea no era más que una provincia de Roma cuando nació el Salvador del mundo en el miserable establo de Belén.

El César mandó empadronar a los judíos porque eran sus súbditos, y José y María fueron conducidos por la orden de un extranjero a la ciudad predestinada por los profetas para servir de cuna al Ungido del Señor, al Mesías prometido.

Capítulo II

LOS SANTOS EMIGRADOS

Crucemos el desierto, y pasando sin detenernos por las llanuras de Gizeh, en donde alza al cielo su frente de granito la pirámide de Cheops, entremos en el Egipto poblado. Bordeemos los soberbios muros y las altivas puertas de la ciudad del sol. No detengamos nuestras miradas en las altas agujas de Semíramis, ni en los bruñidos minaretes de Hermópolis la bella. Las cúspides de sus templos paganos brillan como un mar de plata cuando el padre del día los hiere con sus rayos. Pero ¿qué nos importa a nosotros el estruendo de las ciudades ni los soberbios edificios de la patria de los Faraones, de la tierra de los Logidas?

¡Matarieh, azucena del valle, lirio del arroyo, hospitalaria aldea elegida por Dios para recibir a su Hijo durante sus siete años de emigración, tú eres el término de nuestro viaje!

¡Matarieh, primavera eterna de Egipto, búcaro perfumado del Nilo, que duermes olvidada de los tiranos del mundo a la sombra de tus palmeras y tus sicómoros, a ti te buscamos! Las violetas del Cairo, las rosas de Alejandría, alfombran el pintoresco valle donde te asientas y embalsaman el ambiente que te orea. El Eterno sonríe sobre ti, porque fuiste hospitalaria con los que Él te enviaba, y el pequeño pie de su Santo Hijo, al tocar tu suelo, hizo brotar una fuente de agua clara y transparente como la conciencia de la Virgen que recibías en tu seno.[1]

La Trinidad de la tierra llegó pobre y desvalida implorando tu apoyo: tú fuiste generosa con aquella familia que emigraba de su patria, le abriste tus brazos, y tu generosidad es tu fortuna, porque hace dieciocho siglos que de todas partes del mundo llegan a tus puertas cristianos peregrinos a beber la santa agua de la *Fuente de María.*

El último rayo del sol que se pone baña con su poética luz el pueblo de Matarieh. Al extremo oriental del pueblo, y algo separado del pequeño grupo de casitas que le forman, se ve una humilde cabaña con techo de paja.

A pocos pasos de su modesta puerta extiende sus ramas un robusto sicómoro[2] como si quisiera abrigar con sus poblados brazos aquel miserable nido de palomas que se oculta bajo su protectora sombra. Una mujer joven y hermosa, de mirada dulce y serena, de frente casta, de cabellos rubios y humilde ademán, se halla sentada junto al tronco de este árbol. Una túnica de lana de color de cereza, sujeta a su esbelto talle por un cordón y un pequeño turbante de lino blanco, son las prendas de que se compone su modesto traje. Sus manos blancas y diminutas agitan con rapidez asombrosa unos pequeños palitos de madera que cuelgan de unos hilos extremadamente finos.

Esta mujer se ocupa en hacer esos encajes de Palestina que con tanto afán eran

buscados para cubrir los pudorosos rostros de las vírgenes de Israel. De vez en cuando aparta sus ojos del trabajo que la preocupa, y dirige una mirada dulce y cariñosa hacia el pequeño pueblo de Matarieh; la detiene un segundo como si esperara algo, y luego exhalando un suspiro, torna a continuar su interrumpida tarea. Ya la luz del día, vencida por las sombras de la noche, se halla próxima a desaparecer, y aún la hermosa joven continúa trabajando.

El céfiro nocturno comienza a gemir entre las apiñadas hojas del árbol que le sirve de tienda; las avecillas cantan la despedida al sol que se oculta; los humildes rebaños bajan balando de los vecinos montes en busca del redil, y los tiernos y amorosos ruiseñores, con sus canoros y penetrantes trinos, anuncian la noche desde la enramada vecina. La solitaria joven vuelve a dirigir sus hermosos ojos hacia Matarieh. Una sonrisa de amorosa bondad resbala entre sus labios nacarados.

—¡Ah! —exclama con apasionado acento—. Allí vienen.

Y esbelta como la joven palmera del Yemen, majestuosa como la reina Esther, se pone en pie y se encamina hacia el pueblo. Un niño de unos seis a siete años de edad, tan sonrosado como una rosa de los Alpes, hermoso como la sonrisa de la aurora, y un anciano venerable como las cumbres del Sabino, vienen por la vereda que conduce al árbol de la cabaña. El anciano lleva una pesada hacha al hombro, y el tierno infante un hacecito de leña colgado de su espalda. La joven del sicómoro sale a su encuentro, se juntan los tres, y se saludan con amorosa cordialidad.

Entonces la mujer coge en brazos al tierno adolescente y le lleva hasta la puerta de la cabaña; el anciano que los sigue alza los ojos al cielo, y en su bondadoso semblante se pintan las dulces emociones que conmueven su hermoso corazón. Aquel tierno y hermoso infante viste sencillamente una túnica de lana de color oscuro.[3] Sus blondos cabellos castaños caen con majestad sobre sus hombros, y la mirada de sus ojos garzos resplandece como la luz del día.

Una pobre mesita de pino, que por la extremada limpieza de su madera reluce como la plata bruñida, se halla dispuesta en mitad del reducido espacio de la cabaña. Frugal es la cena; pero la paz y el amor se cobijan bajo aquel modesto techo, y diariamente dan gracias con labios fervorosos al Dios invisible de Abraham por su eterna bondad. El anciano bendice con patriarcal acento los manjares y todos se disponen para la cena.

—¡Cuánto trabajas, José! —exclama la mujer colocando un plato de verduras cocidas delante del anciano.

—Bendigamos a Dios, María, que así lo dispuso —responde José—. Más me conduele este tierno infante.

—Jamás el cansancio entorpece mis miembros. ¡Soy tan feliz viviendo en el seno de nuestra pobreza!… Mi fortuna es vuestro amor —dice a su vez el Niño.

Y su voz tiene un eco dulcísimo que llega hasta lo más recóndito del alma, causando un bien indefinible.

—Hijo de mi corazón —exclama María depositando un amoroso beso en la frente

del Niño—, el pan del destierro es amargo como la hoja de la adelfa, negro como las alas del cuervo, duro como las piedras angulares del tempo de Sión. Y tú, alma de mi alma, ser de mi ser, depósito sagrado que Jehová me concede para endulzar mis penas, Tú, hermoso Niño, que tienes la majestad de los reyes de Israel en tu frente, la sonrisa de los ángeles de Abraham en la boca, y el destello del Dios invisible de Moisés en la mirada, sufres y padeces los rudos embates de nuestra pobreza sin que una queja, ni un suspiro se escape de tus labios, rojos y frescos como la flor del terebinto que crece en el valle de Zabulón.

—Madre —responde el Niño con una gravedad admirable—, Dios mi Padre así lo ha escrito. Acatemos sus fallos; esperemos la hora designada.

—¡Oh, Jesús mío! Tus palabras resuenan como las arpas de Sión en el fondo de mi alma; yo te venero, yo te bendigo porque Tú eres el bálsamo universal de mis dolores.

La Santa Familia puso fin a su modesta cena, y dirigiendo sus llorosos ojos hacia Jerusalén, entonaron el canto de gracias y la oración de la noche. Después, la modesta Virgen fue a buscar el descanso en su reducida habitación. Jesús extendió en su cuarto su lecho de estera, y el Patriarca descansó sobre el montón de paja que le servía de cama.

Capítulo III

EN EL QUE APARECE EN ESCENA UN REO DE MUERTE

Pasó una hora, y dos, y tres. Y la noche era muy entrada, y todos dormían el sueño de los justos en la santa cabaña.

Entonces sucedió una cosa sobrenatural, milagrosa; una nube blanca y brillante como la espuma de los mares descendió de los cielos y fue a posarse sobre las apiñadas ramas del sicómoro que prestaba su sombra a la cabaña durante las calurosas siestas del estío. Aquella nube resplandecía como el golfo de Nápoles bañado por los rayos de la luna de enero. Sus vaporosos y transparentes encajes se quebraron, y un mancebo, rubio como las espigas que fecundiza el río santo, salió de entre las nubes. Blanca era su vestidura como las de las vírgenes de Sión.

Una estrella de luz vivificadora brillaba en mitad de su frente.

Una chispa de luz divina resbalaba de sus azules ojos. La celeste visión llegó con paso mesurado a la cabaña, y se detuvo. Había dejado en pos de sí una estela brillante y luminosa como la quilla de una nave sobre la superficie de un mar tranquilo.

—Yo soy Gabriel, el emisario predilecto del Señor —dijo el ángel con celestial acento—, que llego a tu puerta, oh, José, para decirte: «Levántate, José, y toma al Niño y a su Madre, y vete a tierra de Israel, porque muertos son los que querían matar al Niño.»

Gabriel cesó de hablar, inclinó la hermosa cabeza sobre su pecho, y permaneció en esta santa actitud algunos minutos. Luego envolvióse entre los vaporosos pliegues de la nube, y abandonando la mansión de los hombres, se elevó majestuosamente al cielo, repitiendo:

«—Levántate, José, toma al Niño y a su Madre, y vete a tierra de Israel.»

Levantóse José, y participó a María la revelación del ángel Gabriel. Al día siguiente, los humildes desterrados abandonaron el pueblo hospitalario de Matarieh. Al entrar en el desierto, la frente de José se oscureció, y los ojos de María se cubrieron de lágrimas. Jesús por el contrario, asomó a sus labios una sonrisa resplandeciente. Caminaba a pie junto al noble anciano que le servía de padre, y éste notaba con asombro que las grandes soledades de arenas se acortaban bajo su planta.

Tres días después, a la caída del sol, llegaron al torrente de Egipto. Sólo les faltaba cruzar la estéril Idumea para hallarse en la hermosa tierra de Judá. Aquello era un milagro. María y José contemplaron con adoración al Niño: había sido su guía durante el desierto.

Buscando un refugio donde pasar la noche, vieron una cueva a pocos pasos del sitio que ocupaban. Jesús entró delante, y un rayo de luz misterioso iluminó aquellas oscuras y socavadas rocas.

Allí, sin más lechos que los pobres vestidos, apoyadas las cabezas sobre las duras

piedras, se durmieron con el corazón alegre, pues pronto iban a ver las altas torres de la ciudad santa.

A media noche, dos hombres se presentaron en la puerta de la cueva. Uno de ellos venía del torrente de Egipto; el otro de las tierras de Judá.

—¡Dimas! —dijo el que llegó primero como si dirigiera una pregunta al otro.

—¡Gestas! —le respondió el segundo.

—Ya ves que he sido puntual.

—No lo he sido yo menos.

—Entremos, pues.

—Entremos.

Y ambos entraron en la cueva.

—¿Quieres que encendamos luz? —preguntó Dimas a Gestas.

—¿Para qué? Se puede hablar sin ella, y nosotros somos aves nocturnas destinadas a vivir siempre en la oscuridad.

—Tienes razón. Pero sentémonos; estoy cansado.

Los dos hombres se sentaron en el suelo. Los santos viajeros seguían durmiendo, sin apercibirse de la *honrosa* compañía.

—Tu emisario —dijo Dimas después de una ligera pausa— me ha dicho que querías trasladarte a Samaria con tu gente.

—Es verdad. El desierto está poco concurrido y mis soldados, que codician el botín y anhelan la orgía después del combate, se aburren de esperar los días de sol a sol emboscados en las peladas rocas y ponzoñosos retoños de Etham y Phoram. Así, pues, desean que se les lleve a un país más socorrido. Como tú eres el jefe de los montes de Samaria, he querido saber si nos darías hospitalidad o, por mejor decir, si quieres que tu guarida sea nuestro refugio y partamos el botín como buenos camaradas.

—Nunca he negado la hospitalidad a los hombres que llaman a mi puerta. He aquí mi mano.

Gestas estrechó la mano de Dimas, diciendo:

—¿Luego aceptas?

—Puedes venir cuando gustes; mi gente no hará armas contra tu gente.

—Trato es trato —repitió Gestas.

—No falto jamás a mi palabra.

En este momento oyóse un profundo suspiro que salía del extremo de la cueva. Gestas llevó la mano al cinto como para empuñar su cuchillo y dijo bajando la voz:

—Aquí hay gente.

—Tal creo —respondió Dimas.

—Espera, encenderé luz.

Gestas sacó una cuerda azufrosa que llevaba arrollada por su cintura, y saliendo de la cueva buscó dos pedernales. Luego frotó con violencia las dos piedras y el extremo de la cuerda hasta que se inflamó, despidiendo un llama amarillenta y un

olor acre y desagradable. Armado de esta antorcha entró en la cueva y ambos comenzaron a registrarla. Dimas fue el primero que vio a los viajeros dormidos y se estremeció como si los hubiera reconocido.

—He aquí un botín que no me esperaba —dijo Gestas.

E hizo ademán de dirigirse hacia la Virgen. Dimas le cogió por el brazo y le detuvo diciéndole:

—Oye, Gestas: al ver a esa pobre gente he sentido que el corazón me daba saltos como si quisiese escaparse de mi pecho.

—¡Bah! —respondió Gestas haciendo una mueca.

—Te digo la verdad.

—Y bien, ¿qué es lo que quieres?

—Que respetemos el sueño de esos desgraciados.

—Yo no dejo perder las ocasiones, así como no la dejarán perder los romanos cuando me cojan.

—Te ruego por lo que más ames en la tierra que respetes su sueño.

—Lo que yo amo más es el dinero.

—Pues bien, no les toques y te doy veinte dracmas de plata.[4]

—Eso es poco —contestó Gestas con codicia.

—Añade a esa suma este cinturón de cuero y este cuchillo de Damasco.

Gestas examinó los objetos. Dimas, viendo que vacilaba, continuó:

—Si rehusas lo que te propongo, entonces ten entendido que te disputaré la presa.

Estas razones decidieron a Gestas.

—Acepto —le dijo.

Dimas le entregó lo ofrecido. En este momento se oyó en el fondo de la cueva una voz que decía:

—¡Dimas! ¡Gestas! Vosotros moriréis conmigo: el uno a mi derecha, y el otro a mi izquierda.

Los bandidos salieron atemorizados de la caverna.

Dimas se dirigió hacia la Idumea, murmurando en voz baja:

—Es Jesús, el Hijo de María: le he reconocido.

En cuanto a Gestas, se decía para sí:

—Este Dimas no sabe hacer tratos; por no desplumar a una familia de mendigos me ha dado veinte dracmas y su puñal. Creo que la ventaja está de mi parte si vivo a su lado.

Algunos días después, la Santa Familia llegó a Nazaret para que se cumpliera lo que habían dicho los profetas: «Que será llamado Nazareno.»[5]

¡Con cuánta alegría, con cuánto regocijo vieron los desterrados desde el vecino monte las modestas chimeneas de su aldea, los tranquilos prados donde corrió su infancia, la fuente en donde aplacaban su sed en los días calurosos de verano!

La Santa Familia llegó a Nazaret después de mil peligros y sobresaltos. La travesía era larga, muy larga; pero el Dios invisible guió sus pasos en el desierto. El

regocijo de sus parientes fue indescriptible. José halló su modesta casita, y se instaló en ella con una alegría incalculable. María bendijo a Dios, y Jesús, alzando sus hermosos ojos al cielo, dio las gracias al Eterno remediador de los desgraciados.

Capítulo IV

LA FIESTA DE LOS ÁZIMOS

> Guardaréis, pues, la fiesta de los Ázimos, porque aquel mismo día saqué de la tierra de Egipto a vuestro ejército; por tanto, habéis de celebrar este día en vuestras generaciones por estatuto perpetuo. (*Éxodo*, Cap. VII, versículo 17.)

¡Hijos de Israel, pobladores de las doce tribus, descendientes de Abraham y de Jacob!, disponeos a abandonar vuestros hogares, escoged en vuestro rebaño el corderillo sin mancha, sano de carnes, blanco de piel y tierno de un año; vestíos con vuestras túnicas más nuevas, envolveos con vuestros mantos más finos y arrollad a vuestro cuello el corto *talet* de lino de color de jacinto. Empuñad el nudoso cayado del viajero, calzaos la sandalia de piel de toro, porque el día catorce del mes de Nisan[6] se acerca, la luna está en su lleno, el campo reverdece y se esmalta y engalana con el color de las flores, el espacio se llena de luz, el aire de perfumes y el sumo sacerdote os espera en los pórticos de la sinagoga de Jerusalén para entonar en vuestra presencia el canto de gracia al Santo de los Santos; al invisible Jehová, al protector de vuestra raza, en alabanza a la primera de vuestras festividades religiosas, a la más popular de vuestras romerías, a la fiesta de los Ázimos.[7]

Recordad las palabras del Señor, que os dijo por Moisés: «El cordero ha de ser sin defecto, macho de un año. Reservadle hasta el día catorce de este mes, en cuya tarde le inmolará toda la congregación de los hijos de Israel. Y tomarán de su sangre y rociarán con ella los dos postes y el dintel de la casa en que lo comieren. Y las carnes las comerán aquella noche, asadas al fuego y panes ázimos,[8] con yerbas amargas. Nada de él comeréis crudo, ni cocido en agua, sino solamente asado al fuego; su cabeza, con sus piernas y sus asaduras. No quedará nada de él para la mañana siguiente; si sobrase alguna cosa la quemaréis al fuego. Y le comeréis de esta manera: tendréis ceñidos vuestros lomos y puesto el calzado en los pies, y un báculo en la mano, y comeréis aprisa por ser la Pascua del Señor. Porque yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto y heriré a todo primogénito en dicha tierra sin perdonar a hombre y a bestia, y, de los dioses todos de Egipto tomaré venganza Yo, el Señor.

»La sangre os servirá de señal, en la casa donde estuviere, pues Yo veré la sangre y pasaré de largo sin que os toque la plaga exterminadora, cuando Yo hiriere la tierra de Egipto.»[9]

Venid, llegad en buena hora, pastores de Bethania y de Manasés, rebeldes samaritanos, marineros fenicios, labradores de Zabulón y de Judá, montañeses del

Líbano y de Galilea: Jerusalén os aguarda, engalanada con los atavíos de una desposada, y sus altivas puertas están abiertas para recibiros.

Mas no olvidéis de traer con vosotros las primicias de la cosecha, porque vuestra mano debe depositar en el templo de Sión la espiga verde de cebada para que el sacerdote sacuda sus granos y los tueste al fuego, y los triture después con una piedra, para que su harina, mezclada con incienso y aceite, sea ofrecida en sacrificio sobre el santo altar. Por espacio de siete días comeréis el pan sin levadura, y el que así no lo hiciere, maldito será por Dios y muerto a mano armada ha de verle su familia.

Para que se cumplan los preceptos de la ley, registrad los rincones de vuestra casa, no sea que los ratones hayan escondido algún mendrugo de pan fermentado y la maldición de Jehová caiga sobre vosotros.

¡Jerusalén, Jerusalén! ¡Ciudad eterna, matrona augusta! ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Perla de Palestina, codiciado florón de Oriente!, entona el canto de *hosanna*, atavía tus soberbios muros de banderolas, adorna con palma y mirto los aspillerados torreones de las chatas puertas de Damasco, de Efraim y de Débora, porque los pobladores de las doce tribus llegan hacia ti en alegres caravanas.

¿No oyes los cánticos que armonizan el ambiente? ¿No ves un largo cordón de mujeres que se encaminan hacia tus puertas? ¿No llega a tus oídos la melodiosa vibración de las arpas, los alegres sones de las vistosas panderetas y los primitivos acordes de los rabeles? Míralas bien: son las mujeres de Israel que se encaminan a la Ciudad Santa.

Como manadas de dóciles corderos, bajan a tus llanos; esclavos de la ley, amantes de su Dios, todos acuden a celebrar la fiesta de los Ázimos.

Por los escabrosos senderos del Sur, llegan los montañeses de Judá y Sidón con sus túnicas moradas y sus mantos azules como el cielo.

Del Este descienden los moradores de Gad y Ruben, y las fimbrias de sus plomizas vestiduras se hallan empapadas en las aguas del Jordán.

Del Norte bajan los pobladores del Líbano y Zakle, recogiendo a su paso a los habitantes de las tribus de Aser, Nephtalí y de Zabulón, y al cruzar por la hostil Samaria, reciben con paciencia los insultos y la befa de los hijos de Sem, de los impíos adoradores del becerro, de la familia que vegeta en la casa maldita de la impiedad.

Los pobres galileos, con sus túnicas grises y sus blancos turbantes sobre las sienes caminan fatigados en busca del Santo de los Santos. La ley, con tanta exactitud practicada les prohíbe la mezcla en las grandes festividades. Por eso las mujeres caminan delante en un grupo y los hombres detrás a una distancia de quinientos pasos.

Pero detengamos un momento nuestra mirada para contemplar al modesto grupo de las nazarenas. ¡Vedla! Ahí va la pudorosa María, la virgen Madre, la Estrella del Mar, la flor de Galilea, la que en breve será la fuente de inmaculada ternura. Su mirada es dulce y amorosa como la de la gacela; su frente clara y radiante como el

disco de la luna, su sonrisa bondadosa como la caridad cristiana. Todas la rodean con amor, su pobreza es mucha pero su corazón, inagotable fuente de bondad, perenne manantial de virtudes, la enaltece y eleva sobre los suyos, y es amada y querida como la hija de un príncipe desterrado que siembra el bien a manos llenas entre los hospitalarios moradores que le abrieron sus puertas para recibirla.

Junto a la Santa Virgen, y con sabrosa plática entretenidas, caminan Juana, esposa de Chus, Salomé, la mujer del Zebedeo, y otra que más tarde debía consignarse en los evangelios con el nombre de *Últera* (la otra) María. Detrás de este grupo de mujeres que inmortalizó la sangre del Crucificado, vienen los galileos, José, el humilde carpintero de Nazaret, el bondadoso patriarca, va entre ellos, Jesús, camina al lado de su padre putativo, rodeado de algunos jóvenes de su edad, entre los que se hallaban los hijos del Zebedeo, Jaime, impetuoso como el torrente de Egipto durante las estaciones equinocciales, y Juan, hermoso e inofensivo como el cordero de Isaías. Los pescadores de Bethsaida, llamados más tarde por Jesús los Hijos del Trueno, caminaban también a su lado, y los hijos de Alfeo, Judas, Simeón, José y Joaquín, seguían a los galileos, mirando con desprecio al hijo del carpintero, a quien debían adorar y proclamar como a su Dios treinta años después.

Jaime, engreído con su posición y sus estudios, con su semblante frío, su aire melancólico, su rostro pálido y su larga cabellera castaña, siempre que Jesús le dirigía la palabra, no dignábase responder, le enviaba una sonrisa desdeñosa. Jaime ignoraba que más tarde llegaría a ser obispo de Jerusalén por las doctrinas de aquel joven que caminaba a su lado y que él miraba con indiferencia.

¿Y Jesús? Jesús, que todo lo poseía, nada afectaba, porque sólo se finge lo que no se tiene. Su conversación era adecuada a sus cortos años y sus jóvenes parientes según la carne, a los que más tarde debía hacer apóstoles de la fe, le escuchaban con asombro creciente y sin darse cuenta del magnético poder de sus palabras.

Rudos pescadores, a quienes la luz de su Divino Maestro, esclareciéndoles el cerebro, les otorgó la elocuencia sublime y santa que debía conducirles al martirio para sellar con su sangre la doctrina del Redentor,[10] caminaban hacia Jerusalén, ignorantes aún del inmortal porvenir que les deparaba aquel adolescente que veían a su lado. Por fin, llegaron a la ciudad santa después de cuatro días de viaje. La familia de José se instaló en los pórticos del templo, en donde comieron, según la ley, el cordero sin mancha, el pan sin levadura y las lechugas amargas. Terminados los siete días que prescribía la ley, los galileos tornaron a abandonar la ciudad y se encaminaron hacia Nazaret. Bastante entrada la noche, se detuvieron las mujeres, que iban delante, en el caserío desmantelado que debía servirles de albergue. María, colocada en mitad de la senda, tendió una mirada hacia el alegre grupo de galileos que se acercaba. El sonrosado color de las frescas mejillas de la Virgen comenzó a desaparecer. José había llegado y Jesús no estaba con él.

—¿Y mi Hijo? —preguntó María, dirigiendo en derredor suyo miradas angustiosas.

—¿Contigo no salió de la ciudad? —le respondió estremeciéndose a su vez el santo Patriarca.

María extendió los ojos por el camino adelante y, no viendo a Jesús, exhaló un grito doloroso; grito que nacía del fondo del alma como un gemido de muerte. Era el grito de la madre que cree perdido a su hijo en mitad de un camino desierto, al principio de una noche sin luna, en un país donde las fieras salvajes asaltaban con frecuencia al indefenso caminante.

Capítulo V

EL NIÑO PERDIDO

El desconsuelo de la Madre al tener la certidumbre de que su Hijo se había perdido, fue inmenso. En vano la consolaban sus parientes, haciéndole promesas de recorrer todos la ciudad en su busca. Un mar de lágrimas brotaba de sus hermosos ojos, y aquellas lágrimas no se agotaban, porque su alma pura, inmaculada, comenzaba a ser el perenne manantial de los dolores. Antes que la luz del alba destacara los objetos confundidos por las sombras de la noche, María, acompañada de algunos de su familia, se encaminó hacia Jerusalén con el semblante descompuesto por el llanto y el corazón destrozado por la pena y el dolor.

Aquel camino fue la primera calle de su amargura. Sus delicados pies no sentían el cansancio; heridos, ensangrentados por las punzadoras espinas y las cortantes piedras, no se apercibían del dolor, porque otro más grande, más profundo, destrozaba su alma: su Hijo perdido. Cual tórtola enamorada que busca a sus polluelos de rama en rama, así María, andaba y desandaba el camino, preguntando a todas cuantas mujeres veía por su Hijo amado. Las palabras del Salmista, pronunciadas por su boca, tenían un sentimiento y una amargura indefinibles.

«—¿Habéis, por ventura, visto a Aquél, a quien tan de veras adora mi alma?»[11] —les dice con los ojos arrasados de lágrimas y las manos juntas con dolorosa actitud —. Madres que tenéis hijos, buscadle, buscadle por el Dios de vuestros mayores.

Absortos, compadecidos del profundo dolor de la joven galilea, los caminantes suspenden sus alegres cantares, detienen su paso, se sienten enternecidos y la preguntan como Salomón:

«—¿Qué tiene tu amado sobre los demás amados, oh tú, la más hermosa entre todas las mujeres? ¿Qué hay en tu querido sobre los demás queridos, para que así nos conjures a que le busquemos?»[12]

—¡Oh, hijas de Jerusalén! Si supierais quién es el Amado de mi alma, quién es el Bien que lloro perdido, no extrañaríais que así os conjurase para que me ayudéis a buscarle.

—Dinos quién es, mujer desconsolada, y todos te prestaremos nuestros ojos para buscarle, nuestros pies para correr tras él, nuestra oración para aplacar las iras de Dios, si es que está ofendido contigo.

—Oídme: «Mi Amado es blanco y rubio, escogido de entre millares; su cabeza, oro finísimo; sus cabellos, largos y espesos como renuevos de palmas, *rubios como las espigas del Canaan;* sus ojos, como los de las palomas que se van juntas a los arroyuelos de las aguas, y que anidan junto a las más caudalosas corrientes, blancos como si se hubiesen lavado con leche; sus mejillas como dos eras de plantas aromáticas criadas por hábiles jardineros; sus labios, lirios rosados que destilan mirra

purísima; sus manos, oro, y como hechas a torno, llenas de jacinto; su pecho y vientre, como un vaso de marfil guarnecido de zafiros; sus piernas, columnas de mármol sentadas sobre bases de oro; su aspecto, majestuoso como el del Líbano y escogido como el cedro entre los árboles; suavísimo el eco de su voz, y en suma todo Él es apetecible. Tal es mi Amado, ese es mi Amigo, hijas de Jerusalén.»[13]

Y la madre dolorosa corría desalentada hacia la ciudad, llevando un montón de ideas tristes y desgarradoras en su mente.

Recordaba con horror la terrible persecución de Herodes, el tenaz y sangriento empeño con que había sido buscado el Hijo de su amor ocho años antes.

—¡Oh, Amor de mi amor! —exclamaba—. ¿En qué te he ofendido para que me abandones de esta suerte? Solo en Jerusalén, cercado de enemigos que pueden reconocerte y derramar tu sangre, que es la mía… ¿Dónde estás que no te hallo? ¿Qué poder misterioso te oculta a las miradas maternales, que por doquier que dirijo los ojos, hambrienta de tus besos no te encuentro? Mi vida es una flor que morirá agostada si el dulcísimo eco de tu voz no resuena en mis oídos.

El perfume de tus hermosos cabellos fortalece mi espíritu abatido, y da vigor a la dolorosa alma que se agita herida de muerte con tu ausencia dentro de mi ser. Jesús, Jesús mío, piensa que mi corazón sufre la agonía de la muerte gozando de la plenitud de la vida, y dentro de mi cerebro se ensancha por instantes la sombría y aterradora soledad de tu amor si le pierdo.

María llegó dolorida a Jerusalén, recorrió las calles, y llamó con temblorosa mano a las puertas de sus parientes y sus amigos; pero, ¡ay!, su Hijo adorado no aparecía. Los que le abrían las cerradas puertas de sus casas, la recibían con la sonrisa en los labios, diciéndola con fraternal dulzura:

—¡Oh! Dichosos somos, María, pues regresas a nuestro hogar llena de gracia y hermosura.

—No me llaméis *Noen*[14] —les decía—; llamadme *Mara*,[15] porque el Todopoderoso me ha llenado de amargura. Hace tres días era feliz y dichosa, mi Hijo sonreía a mi lado, el calor de sus miradas llegaba a mi corazón dándole vida, y hoy lloro a mi Hijo perdido, y le busco y corro, y en vano me fatigo… ¡Mi hijo no aparece, no encuentro a mi Jesús!

Mientras que la madre dolorosa buscaba al Hijo perdido con los dolores de la agonía en el corazón, las lágrimas en los divinos ojos y el desconsuelo pintado en su purísimo semblante, Jesús, siguiendo las órdenes de su Santo Padre, se había instalado en los pórticos de la sinagoga, que más adelante debían servirle de tribuna para predicar su nueva ley, y los doctores y fariseos escuchaban admirados sus divinas palabras y sus conceptos maravillosos. Aquellos ancianos, mudos, absortos, vencidos, impotentes ante aquel tierno adolescente que se había presentado ante ellos con la humildad del pobre y el modesto traje de los galileos de la montaña, se preguntaban en voz baja:

—¿Quién es ese niño? ¿En qué sinagoga ha aprendido lo que sabe? ¿Qué rabino,

qué doctor de la ley le ha enseñado esas preguntas a las que nosotros no sabemos responder y a las cuales da él mismo una solución tan clara, tan profunda, tan irrecusable? ¿Qué mueve su lengua con tan prodigiosa fecundidad? Daniel sería vencido por su palabra y Salomón rompería su pluma escuchándole.

Jesús cesaba en sus discursos de cuando en cuando.

Nadie se atrevía a interrumpirle, pero todos le observaban con interés, con una curiosidad creciente. Sus largos cabellos de color de bronce antiguo, partidos por la mitad de su ancha y luminosa frente, caían en gruesos y agraciados bucles sobre los hombros. En sus garzos y melancólicos ojos destellaba una chispa de luz divina, que al detenerse profundizaba hasta los más recónditos pliegues del alma. Su frente irradiaba como la de Moisés al salir del Tabernáculo. Su aspecto era tranquilo y majestuoso como el de Daniel delante de los acusadores de Susana.

Los doctores, viéndole llegar hacia las gradas de la sinagoga, se imaginaron ver a David en el momento en que Saúl le vio venir pequeñuelo y sereno a recibir la unción santa. Pero en aquellos ojos, en aquella frente, en aquel ademán, había algo más que la sagrada inspiración que embelleció las facciones del rey poeta, porque Jesús encerraba en su ser el espíritu incomparable de Dios. Tanta majestad, tanta hermosura, tanto saber en un Niño, llenaron de asombro y admiración a los sabios doctores del templo. Los ancianos, temerosos de una nueva derrota, no se atrevieron a dirigirle la palabra cuando María, seguida de José su esposo, llegó a las gradas de la sinagoga.

La afligida madre lanzó un grito de gozó al ver a su Hijo; pero toda la alegría de su corazón se convirtió en sorpresa viéndole sentado entre los doctores de la ley, a Él, a un Niño de doce años.

El asombro y algunas sabias palabras de su Hijo que llegaron a sus oídos, la detuvo unos instantes.

¿Era aquel Niño el que buscaba? Jamás su Madre le había oído hablar de aquel modo; pero sus ojos, su corazón, no podían engañarla. Era madre. ¿Qué madre desconoce al hijo que busca, aunque se lo presenten ataviado con la púrpura de los reyes y la corona acastillada de los emperadores?

Jesús era, sí, Jesús, su Hijo, su alma.

Abriéndose paso entre el gentío que rodeaba a su amado Hijo, llegó hasta Él, exclamando:

«—Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo te buscamos».[16]

Y Jesús le respondió:

«—¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar?»[17]

Jesús quería decirles con estas palabras: Todo debe abandonarse por Dios. Su Madre lo comprendió y uniéndose de nuevo la Familia, salieron de la ciudad y se encaminaron hacia Nazaret. Por el camino, aquella Madre amorosa quiso saber cómo

había vivido durante los tres largos días de separación, y se lo preguntó.

—¿Dónde has comido y dormido estos tres días, Hijo adorado, faltándote el cuidado de tu Madre?

—Dios no olvida a los pobres y la hospitalidad tiene las puertas abiertas para todos los desvalidos que llegan a ellas con la fe en el alma.

Jesús había mendigado el sustento por las calles de Jerusalén. Era el primer asomo de la mansedumbre que iba a predicar en breve, de la pobreza que iba a defender muy pronto.

Llegaron a Nazaret, donde Jesucristo creció en sabiduría, en caridad y en gracias, esperando la hora de su dolorosa peregrinación sobre la tierra del hombre.

Capítulo VI

LOS FUNERALES DE AUGUSTO

Dos emperadores ha inmortalizado el Mártir del Gólgota: con su nacimiento, a Octaviano Augusto; con su muerte, a Tiberio Claudio Nerón. Siendo estos dos personajes de alguna importancia en la narración de este libro, el lector nos permitirá que abandonemos las pacíficas y sombrías riberas del Jordán y nos traslademos por algunos momentos a Roma.

La escena que vamos a bosquejar ocurría en el monte Celio, en el palacio de Augusto, tres años después de que Jesús sorprendiera con sus preguntas a los doctores de Jerusalén. Octaviano Augusto se hallaba gravemente enfermo. Echado sobre los mullidos almohadones de su lecho de púrpura, demacrado como un cadáver que se dispone a emprender el camino del sepulcro, el César se ocupaba en arreglar sus asuntos, y escribía sus últimas disposiciones con mano trémula y cansada.

Los médicos no encontraban enfermedad que combatir.

La ciencia veía la muerte en la dolorosa melancolía, en la grave expresión, en el demacrado semblante del emperador; pero no pudiendo combatirla se apartaba de aquel lecho, confusa y humillada, confesando su impotencia.

El mal de Augusto estaba en el espíritu.

Debilitado por su avanzada edad, recibió el golpe mortal que le condujo en breve al sepulcro, cuando supo la catástrofe irreparable de Varo y sus legiones.

Augusto, como todos los conquistadores de la tierra, soñaba siempre en el rincón del mundo que no le pertenecía, aunque éste fuera el más pobre, el menos productivo del globo terrestre.

Su poder era inmenso. El mundo conocido entonces, puede decirse que pagaba tributo al águila romana, pero sus miradas se dirigieron para contemplar con la codicia de los usurpadores un trozo de tierra salvaje y escabrosa que se le había escapado.

Aquel país se llamaba la «Germania», pueblo separado de la Galia por el caudaloso Rhin.

El César, pensando siempre en lo que no poseía, envió sus legiones al mando del general Varo, hombre de limitado talento y avaricia desmedida.

Un joven llamado Arminio, hijo de una de las familias más nobles y poderosas de Germania, de gran valor y «de una habilidad poco común para la guerra», deseando sacudir el yugo de los romanos y harto de la crueldad y la avaricia del general extranjero, se fingió su amigo, y ofreciéndole descubrir el sitio donde tenían las riquezas ocultas, logró conducirle con una parte considerable de sus legiones a uno de los bosques de que entonces estaba cubierto aquel país.

Arminio había reunido en aquel sitio algunas tribus címbricas que solo esperaban

la señal para lanzarse contra los romanos como lobos hambrientos.

Llegó la noche y con ella la horrible matanza de los extranjeros.

Varo, ante tan inesperada derrota, viéndose perdido, como Bruto en la batalla de Filipos, se atravesó el pecho con su espada por no caer en manos de sus enemigos.

Arminio, orgulloso con su triunfo, alzó una tribuna en mitad del sangriento campo de batalla; desde allí, después de arengar a sus soldados, mandó que fueran degollados todos los prisioneros, prohibiendo que se les diera sepultura.

Tres legiones inmensas de soldados veteranos perecieron en aquel bosque. Sólo pudieron salvarse algunos que llevaron tan infausta nueva a las orillas del Tíber.

Augusto sabedor de la catástrofe, se vistió de luto, dejó crecer sus barbas y sus cabellos en señal de desconsuelo y comenzó a sentirse enfermo.

A veces se pasaba las horas con la vista fija en el suelo, los brazos caídos y la actitud dolorosa, repitiendo sin cesar:

—Varo, Varo, vuélveme mis legiones.

La consternación fue grande en Roma al saberse la noticia.

Los medrosos creían ver a los germanos pasando el Rhin y dirigirse hacia Italia a marchas forzadas.

Pero Arminio se contentó por entonces con su victoria y con sacudir el yugo extranjero.

Ya hemos dicho que el César se moría de tristeza.

En el momento que le presentamos a nuestros lectores, se halla incorporado en su lecho escribiendo sus últimas disposiciones.

En su semblante bondadoso, en sus dulces y grandes ojos, más grandes aún por la demacración de sus mejillas y por el círculo azulado que les cercaba, se veía impresa la majestad de aquel republicano que se había ceñido en sus sienes la corona imperial.

Junto al lecho del César se veía un hombre de ancha y despejada frente, nariz aguileña, labios delgados y extremadamente juntos y mirada torva y recelosa. Aquel joven era un tirano: se llamaba Tiberio, y estaba destinado a gobernar el mundo. Bastaba detenerse un momento ante aquella frente altiva, para comprender la astucia y la envidia que se abrigaba en su corazón.

Octaviano, aunque casado dos veces, no tenía hijos varones, y deseando que el imperio quedase en poder de su familia, fijó los ojos en Tiberio, hijo de Livia, su segunda mujer y le casó con Julia, su hija y viuda de su amigo Agrippa.

Tiberio, taciturno y desconfiado, jamás tuvo amigos, y nunca creyó en los favores de su suegro; así es que vivía retirado en su castillo, suspendido sobre las rocas en la orilla del mar, desde donde soñaba en su imperio, cometiendo rasgos de barbarie en aquellas cercanías para entretener, según decía, *el hastío que le mataba.*

—Tiberio —le dijo Augusto dejando la pluma y mirándole con bondad—; te he mandado llamar porque me siento morir, y he pensado en ti para que me sucedas en el poder, que ya se escapa de mis manos.

Tiberio sintió que el corazón le latía de un modo violento; pero su rostro no se

inmutó y dobló la cabeza en señal de acatamiento.

—Desde este momento —continuó Augusto— te adopto por hijo. El pueblo y el Senado obedecerán mi última voluntad, escrita en estos pergaminos. Tú serás el emperador de Roma, el señor del mundo. Si logras hacer la felicidad de tus súbditos, los dioses inmortales velarán por tu real persona y por tus vastos dominios, y no olvides nunca, hijo mío, que le es más costoso a un rey ser malo y sanguinario que ser clemente y justiciero. Sé padre de tu pueblo; desecha de ti el oficio de verdugo que envilece y deshonra.

—Tu vida, que los dioses conserven por largos años para bien de tu pueblo, me servirá de ejemplo, cuando la pesada carga que me confías caiga sobre mis hombros. Yo seré digno de ti; lo juro por el nombre de mi madre.

—Escucha, Tiberio; yo te adopto por hijo, pero quiero que tú, a tu vez, adoptes también a Germánico, nieto de Octavia, mi hermana, y esposo de Agripina, la hija de mi mejor amigo. Es un joven leal y valiente, que dirigido por ti, será un gran general. Júrame por los dioses Lares que serás el protector, el padre de ese joven, y moriré contento.

—Lo juro —respondió Tiberio sin vacilar.[18]

—Mira, guarda mi testamento y dispón mis funerales, porque el nuevo sol alumbrará mi cadáver.

Tiberio besó la mano del César, dejando en ella una lágrima: la primera y la última que derramó durante su vida.

Octaviano Augusto no se había equivocado: dos horas después estaba expirando.

Tiberio esperaba silencioso junto a la cabecera de su lecho el instante cercano de la muerte para recibir el último beso del César, en el cual, según creían los romanos de entonces, se escapaba el alma, y se introducía por la boca del pariente que le recibía. Tiberio abrió los ojos al cadáver y le estuvo contemplando un breve instante. Después aplicó sus labios a la boca del difunto emperador.

—El alma de los moribundos está en los labios —exclamó Tiberio dirigiéndose a los que le rodeaban—: yo he recibido la de Augusto.

Y luego, quitándole una sortija y colocándosela en el dedo del corazón, exclamó con voz grave y dolorosa:

—Octaviano Augusto, emperador romano, ha muerto.

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto! —repitieron los presentes cayendo de rodillas y apoyando la cabeza sobre el lecho del cadáver.

Transcurrió una hora, durante la cual reinó el mayor silencio en la habitación. Tiberio se incorporó, y acercando sus labios al oído del cadáver, dijo con voz vibrante.

—¡Octaviano Augusto, álzate de tu lecho mortuorio!

Volvió a transcurrir otra hora y Tiberio volvió a repetir:

—¡Octaviano Augusto, álzate de tu lecho mortuorio!

El mismo silencio reinó en la sala, y transcurrida otra hora, Tiberio por tercera

vez repitió:

—¡Octaviano Augusto, álzate del lecho mortuorio!

Transcurrieron algunos segundos y el nuevo emperador dijo, dirigiéndose a los que le rodeaban:

—Le he llamado y no responde: muerto es el César. Presentad al Senado su testamento.

Y alargó los pergaminos que le nombraban heredero a uno de los senadores. Un liberto presentó a Tiberio en una pequeña bandeja de oro un *triente*, pequeña moneda de valor de seis maravedises. Tiberio la cogió y la metió en la entreabierta boca del cadáver, para que con ella pagara el pasaje a Caronte, barquero de los infiernos.

El cuerpo del César fue entregado a los esclavos embalsamadores, que le lavaron con agua caliente y le perfumaron, y los encargados del templo de Venus Libitina[19] presentaron a los parientes del emperador una riquísima mortaja de púrpura y oro. La rama de ciprés se colgó sobre la puerta de la casa mortuoria,[20] y el cadáver de Octaviano fue puesto en el lecho de marfil, en el vestíbulo de la casa, con los pies fuera para denotar que estaba pronto a emprender el último viaje.

Hecho esto, las plañideras comenzaron a llorar y a mesarse los cabellos, arrojando de vez en cuando flores y hojas de laurel sobre el cuerpo de su emperador.

El César estuvo ocho días expuesto. Algunos jóvenes de la nobleza, vestidos de blanco en señal de luto, de pie y graves al lado del féretro, espantaban las moscas importunas que se posaban sobre el rostro de su señor. Los funerales fueron espléndidos, suntuosos. Rompían la marcha multitud de coros de flautas y trompetas; [21] detrás seguían las plañideras alquiladas para llorar y cantar himnos fúnebres y loas en elogio del muerto, y a continuación los cómicos y los bufones, uno de los cuales remedaba en cuanto podía al difunto, ejecutando con sus compañeros de farsa alguna escena análoga a la vida del que ya no existía.[22] Detrás seguían los libertos, y Tiberio, por vanidad, había dado libertad a todos los esclavos del César para que el número fuera excesivo. A los libertos seguían las imágenes del difunto y de sus abuelos, atadas a unas varas largas puestas en cuadros, con el vestido que llevaban en vida.

Luego el cadáver del César, tendido sobre su lecho y coronado, y con los despojos de sus conquistas, era llevado por ocho senadores.

Cerraban la marcha fúnebre algunas centurias de tropa escogida, con las banderas hacia abajo y dando golpes con sus armas al compás de una marcha, en señal de desconsuelo. El séquito fúnebre llegó al Foro, y se detuvo al cadáver bajo la tribuna de las arengas. Un magistrado, pariente del difunto, subió a la *rostra,*[23] y allí pronunció el panegírico de Augusto y una oración fúnebre. El orador terminó y el cadáver fue conducido, para ser quemado, al sitio marcado por la ley. Las andas con el cadáver fueron colocadas sobre la pira, y los parientes prendieron fuego a la leña seca, volviendo la cabeza a otra parte para demostrar su repugnancia. El pueblo rezaba con fervor *para que los vientos favoreciesen el progreso de las llamas.*

Mientras tanto, los parientes arrojaban sobre el fuego los vestidos, las armas y los objetos de valor que el difunto había apreciado en vida. Las tropas desfilaron tres veces alrededor de la pira, con las banderas inclinadas. Después apagaron el fuego con vino, recogieron las cenizas y las encerraron en una urna de oro, y soltando un águila, exclamaron todos:

—¡Llévate al cielo el alma del César!

Augusto se había construido en vida su sepulcro en el campo Marcio, entre la vía Flaminia y el Tíber. Aquel sepulcro, alzado en mitad de un bosquecillo, era una obra de arte. Los bajorrelieves representaban en mármol la historia de Augusto. Sobre la bruñida losa que cubría las cenizas del César, leíase este epitafio:

V. F.[24]

DEDICADO A LOS DIOSES MANES
AQUÍ YACE
OCTAVIANO AUGUSTO
EMPERADOR DE ROMA
Y SEÑOR DEL MUNDO

Los romanos, con Augusto, habían perdido un emperador sabio, un general valiente.

Tiberio, hipócrita y receloso, antes de proclamarse emperador compró algunos senadores, y seguro de sus votos, rehusó el imperio; pero éstos, bajos y avarientos, se arrojaron a sus pies, pidiéndole con lágrimas en los ojos que no les abandonara.

Subió al trono, se envolvió en la púrpura por un *rasgo de bondad y accediendo a las súplicas del Senado,* y para rendir un tributo de admiración y respeto a Octaviano, quiso le honrasen como a un Dios y le erigió en Roma un templo soberbio, proclamándose sacerdote de la nueva divinidad con otros caballeros y senadores.

Dueño del imperio, y mandando a su capricho a aquel gran pueblo conquistador del mundo, trocó a su antojo los gobernadores de las provincias romanas y a los generales de las legiones que acampaban en las dilatadas fronteras para seguridad del Estado.

Entonces supo por uno de sus espías que un adolescente llamado Jesús de Nazaret había confundido a los doctores de Jerusalén, y que se murmuraba en Palestina que aquel joven descendiente de David era el Mesías anunciado por los profetas.

Creyó amenazada la conquista de Israel, pues no había olvidado ni el furor de Herodes contra un Niño Galileo, ni los vaticinios de la Sibila *Cumea* y los portentosos acontecimientos que por la época del nacimiento de Jesús habían acaecido en Roma y Egipto.

Un hombre desconfiado y avariento como Tiberio no podía dejar en duda un acontecimiento tan importante. Tomó la pluma y escribió a Valerio Grato, gobernador de Galilea, una carta, diciéndole:

«Valerio, dime lo que sepas de un joven de Nazaret llamado Jesús, pues interesa a Roma saber de ese joven la verdad y lo que se puede temer de él».

Valerio contestó:

«A Tiberio Augusto, emperador de Roma, su súbdito Valerio Grato.—No debe inspirarte recelo Jesús. Es el hijo de un pobre carpintero que pasa los días fabricando arados y techos de cabañas. Los judíos sueñan en su Mesías hace tres mil años. Sus esperanzas duran tanto tiempo como su esclavitud. Roma ni el gran Tiberio deben temer nada del hijo de un artesano que no tiene ni dos anegadas de tierra en su propiedad, y a quien sus parientes miran con indiferencia. Yo te lo fío, Tiberio: Jesús es un corderillo inofensivo que crece bajo el pajizo techo de una humilde cabaña y que dejará de existir el día que a ti te plazca».

Tiberio, más tranquilo, olvidó muy pronto a Jesús.

El soberbio emperador ignoraba que aquel Niño era Dios y bajaba a la tierra a destruir sus ídolos y a regenerar al hombre con su sangre.

Dos años después, Poncio Pilato sucedió a Grato en el gobierno de Palestina; nombre que inmortalizó la sentencia del Mártir del Gólgota.

Capítulo VII

LA HORA ANUNCIADA

Los años rodaban uno en pos de otro por la pendiente interminable del tiempo. Nazaret dormía a la sombra de sus palmeras, como un ave de paso que descansa de las fatigas de un penoso viaje. Jesús crecía en la modesta casa de sus padres, esperando la hora de la peregrinación. María era feliz viendo a su adorado hijo tranquilo y bondadoso bajo el humilde techo de su hogar.

Jesús, que durante el día se ocupaba en los rudos trabajos de su padre,[25] Jesús, que estaba dotado de una dignidad regia, de un alma elevada y reflexiva, durante las noches, de pie sobre la azotea de su casa, buscaba el descanso contemplando largas horas las altas montañas, los dilatados bosques de Canaan.

«*El que vertía a cambiar las creencias del mundo, nada tenía que aprender de los hombres,* ha dicho Orsini, *y no podía ser más que su propia obra; era un vástago vigoroso, respirando el aire libre por todos los poros y no recibiendo otra humedad que la del rocío del cielo*».

Un sábado Jesús se hallaba sentado junto a una cisterna, entretenido en hacer unos pajarillos de barro, cuando acertó a pasar por allí un viejo fariseo, y le dijo:

—Niño, ¿por qué trabajas en día sábado, faltando a la ley de tus mayores?

Jesús alzó sus hermosos ojos, bañando con una celestial mirada a aquel anciano, y le dijo con dulce y pausado acento:

—Yo no trabajo, creo. ¡Volad y cantad, aves! Vuestra región es el espacio.

Y los pájaros se elevaron de la tierra batiendo las alas, y armonizaron el campo con sus cantos sonoros. El fariseo se retiró de aquel sitio, murmurando:

—Dios ha bajado a la tierra: Dios está entre nosotros. ¡Bendito sea Dios!

Algunos días después, unos aldeanos que conducían en una camilla de ramas de árbol a un joven herido, se detuvieron bajo el modesto emparrado de la cabaña de José. Jesús estaba solo, y se acercó a la camilla.

—¿Qué tiene este mancebo? —preguntó a los que conducían el herido.

—Le ha picado una víbora y su muerte es segura.

—Apartaos —volvió a decir el Dios Niño.

Y colocando sus labios sobre la picadura del venenoso reptil, depositó un beso, con no poco asombro de los presentes.

El herido se estremeció, como si hubiera recobrado nueva vida, y abriendo los ojos cerrados, sacudió un fuerte puñetazo en el costado de Jesús.

Éste se sonrió y dijo:

—Tú te llamarás Judas, serás mi discípulo, me venderás por treinta dineros, y una lanza me herirá en el mismo sitio que acabas de golpear.[26]

Otras veces, a la luz de la luna, entablaba sus pláticas silenciosas con Dios, de

quien era Hijo e igual a un tiempo. Muchas veces, abrazado a una cruz de madera fabricada por sus manos, exclamaba con la mirada dulce y cariñosa fija en los cielos, viendo en lontananza la dolorosa muerte que le esperaba:

—Recibe estos brazos, cruz adorada, pues día ha de venir en que sujeto mi cuerpo a tu sagrado leño, los dolorosos clavos han de impedirme que te estreche contra mi amante pecho. Mi sangre ha de mancharte, pero tú serás mi esposa, la llave del Paraíso, el divino símbolo a cuyo pie ha de acogerse el hombre para salvar su alma del espíritu del mal. Tú, oh, cruz mía, bálsamo universal del triste, faro del náufrago, esperanza del pecador, serás ensalzada por las naciones, y los hombres que hoy te eligen como instrumento de muerte, te elevarán altares de respeto y caerán a tu pie para adorarte como la intercesora entre Dios y el hombre, porque muy en breve derramaré hasta la última gota de mi sangre. Tú serás la zarza en donde perecerá el Cordero blanco que dio a Isaac la vida. Serás la fértil vid que dará ópimos frutos a los hijos del hombre. Serás el árbol frondoso a cuya sombra se acogerán los elegidos de Dios a gozar de la bienaventuranza, espada fuerte y terrible que segará las gargantas de los torpes ídolos del paganismo. Serás, en fin, enseña triunfadora a cuya sola vista el Ponto proceloso aplacará las turbulentas olas de su espumante seno.

……

María, *que nunca fue importuna ni exigente,* no interrumpió jamás las largas meditaciones de su Hijo.

Su silencio, su resignación, eran sublimes rasgos de aquel corazón amante y dolorido.

Sabía que su Hijo, durante aquellas horas de soledad y recogimiento, hablaba con Dios; que un abismo se abría ante sus pies, y que la redención del hombre amenazaba la preciosa vida de Jesús amado. Algunas veces, cansada de esperarle, corría en su busca, hambrienta de contemplar su hermoso semblante. Entonces la frente de Jesús, por la que cruzaba una profunda arruga, en cuyo seno descansaba la idea santa de la redención, se despejaba a la vista de su Madre y una sonrisa de bondad asomaba a sus labios.

El hijo de Dios seguía en silencio a su Madre, con la modestia, con la humildad de que tantas muestras dio cruzando la tierra de los hombres.

San Bernardo no admira menos la dignidad de la Virgen, que la humildad de Jesús.

«Este Dios, dice, a quien están sometidos los ángeles, a quien obedecen los príncipes y potestades, está sujeto a María. Admirad lo que más queráis de esas dos cosas: o la asombrosa humildad del Hijo, o la eminente dignidad de la Madre; en cuanto a mí, una y otra me asombran, y son a mis ojos grandes portentos. Que un Dios obedezca a una Mujer, es una humildad sin ejemplo: que una mujer mande a un Dios, es un grado de gloria que no tiene igual.»

Jesús, desde la manifestación en el templo de Jerusalén hasta los treinta años de edad en que abandonó Nazaret, vivió oculto y oscuro en el pobre taller de su padre,

trabajando en su mismo oficio y esperando la hora de su Evangelio.

Cristo correspondió el excesivo amor de su Madre con una ternura sin límites. María, siempre celosa de su amor, y profunda conocedora de los libros sagrados de su tiempo, instruía a su Hijo en las leyes inquebrantables de sus mayores.

«Ella le hablaba de Dios (dice el padre Ebieuf en su libro de las *Grandezas de la Virgen*) como se habla a los niños: le hablaba de amar y adorar a Dios; le dice que es su Dios y su padre, y sus palabras entran poco a poco en su alma por el conducto de los sentidos, que se abren y se facilitan diariamente. Y cuando Él empieza a ser algo más robusto y su lengua empieza a desplegarse, Ella le canta y le hace aprender los himnos que la piedad de la ley había destinado a las alabanzas de Dios. ¡Oh, santa y feliz escuela en que María enseña y Jesús aprende!»[27]

Iba Jesús a cumplir los veintinueve años de edad, cuando el ángel de la muerte extendió sus impalpables alas sobre su modesta choza y José, el patriarca de Nazaret, cerró los ojos a la vida. El dolor de María y su Santo Hijo fue grande; porque José, el hombre justo, era adorado por cuantos tuvieron la fortuna de conocerle. El pobre carpintero, el descendiente de David, fue conducido humildemente a la última morada, llevando a la cabeza de su sencillo entierro al Hijo de Dios con las lágrimas en los ojos y la llorosa mirada en el suelo.

Un año después, Jesús, con el cayado del viajero, la túnica gris de los galileos sobre los hombros y la frente serena como el mar de Galilea, salió de Nazaret y se encaminó hacia las riberas del Jordán.

La hora había sonado en los cielos. Dios le había dicho: «Parte, predica tu nueva ley y muere por el hombre». Y Jesús, dando un doloroso abrazo a su Madre, que anegada en llanto le retenía, temerosa de perderle, había abandonado la paz de su hogar, el cariño de su madre amorosa, para recibir los insultos del hombre y los dolores de la cruz. A orillas del Jordán, a corta distancia de Jericó, vivía un hombre llamado el Bautista. El poder de su palabra conducía a las márgenes del río santo multitud de israelitas, que se separaban de su lado después de recibir las aguas bautismales sobre sus cabezas, esparciendo por las tribus la fama de aquel hombre que había crecido en las desiertas cuevas del Carmelo y cuya elocuencia aventajaba a la de los profetas.

Jesús quiso recibir el bautismo antes de comenzar su dolorosa peregrinación. Aquel Cordero sin mancha deseaba la limpieza del cuerpo como el último de los hebreos.

Una mañana abandonó su humilde hogar antes que la luz del alba enviara su rocío a los campos de Zabulón. María le vio partir, sintió que el corazón se le rompía a pedazos, y al verle desde lejos internarse en las estériles montañas de Jericó, cubrióse la casta cabeza con su velo, y quedóse inmóvil, como la estatua del dolor.

El cristianismo se alzaba desde una humilde cabaña de Nazaret. Pobre, solitario, sin más apoyo que su cayado, seguía su camino con la mirada en el suelo y el pensamiento puesto en Dios.

¿Quién sino el Eterno podía llevar a cabo la grande obra, la asombrosa revolución de ideas que se efectuó en el mundo en el corto espacio de tres años?

El cristianismo flotaba en la amorosa pupila del solitario viajero, en la santa palabra del pobre Galileo, «manantial oscuro, gota de agua desconocida en que dos pajaritos no hubieran podido apagar su sed, que un rayo del sol hubiera podido secar, y que en el día semejante al grande océano de los espíritus, ha llenado todos los abismos de la sabiduría humana, y bañado con sus aguas inagotables lo pasado, lo presente y lo venidero».[28]

Libro Décimo

EL ÁNGEL DE LAS TINIEBLAS

5. Y le llevó el diablo a un monte elevado, y le mostró todos los reinos de la redondez de la tierra en un momento de tiempo.

6. Y le dijo: «Te daré todo este poder y la gloria de ellos: porque a mí se me han dado, y a quien quiero los doy.

7. Por lo tanto, si postrado me adoras, serán todos tuyos.»

8. Y respondiendo Jesús, le dijo: «Escrito está: A tu Señor Dios adorarás y a Él sólo servirás.»—(Evangelio de San Lucas, cap. IV.)

Capítulo I

AL AMANECER

El alba amanecía. Las nieblas de la noche comenzaban a disiparse presintiendo la proximidad del sol. El lago de Genesareth,[29] terso como un cristal, tranquilo como el sueño de una virgen, acariciaba con sus suaves ondulaciones las agrestes riberas que le aprisionan. El diáfano cielo de Galilea sonreía sin una nube sobre los fértiles campos de Cafarnaum y Godara. Las palomas torcaces del bosque de Jabes batían sus robustas alas, arrullándose entre las espesas ramas de los árboles. El viento de la mañana mecía dulcemente los altos penachos de las palmeras de Bethsaida, y los pescadores del lago, cargados con sus redes, abandonaban sus humildes cabañas, dirigiéndose con perezoso paso en busca de sus barcas.

Las aves, esas eternas, incansables madrugadoras del bosque y del espacio, esos cantores de la naturaleza enviaban sus mil armoniosos ecos, sus infinitas modulaciones al sol que iba a nacer.

A la orilla del lago alzábase majestuosa una ciudad moderna recién construida. Aquella ciudad, dedicada por Herodes Antipas a Tiberio, se llamaba Tiberíades.[30] Tenía fuertes murallas de granito, palacios de mármol, jardines preciosos, un circo para entretener el ocio de los soldados mercenarios, y veinte torres cilíndricas para defenderse de las invasiones extranjeras.

El verdugo de Belén había dedicado a Augusto ciudades y torres en prueba de vasallaje.

Su hijo Antipas siguió la misma marcha para captarse las simpatías del señor de Roma su aliado.

El sol salió por fin. Sus rayos brilladores bañaron con su hermosa luz los altos minaretes de la ciudad nueva y la tranquila superficie del mar de Galilea. Los centinelas que se paseaban por la muralla con soñoliento paso, se asomaron para ver salir por una de las puertas que daba al mar a unos hombres, que a juzgar por sus largos ropones negros a la usanza de Roma debían ser esclavos. Ocho de estos hombres conducían una riquísima litera de cedro con incrustaciones de nácar y ensambladuras de plata.

Las cortinillas de piel, de un color fuerte, herméticamente cerradas por unas anillas de plata, por las que cruzaba una varilla del mismo metal y el balanceo pesado y grave de la litera, demostraban que dentro debía viajar alguna persona. Como custodiando la portezuela de la litera, caminaban dos hombres lujosamente vestidos con largos ropones y turbantes de lino a la usanza hebrea. Detrás de la litera seguían doce esclavos que conducían unas pesadas arcas de madera claveteadas con redondos y gruesos clavos de bronce. Últimamente veíase salir un pelotón de soldados romanos con sus pertrechos de guerra.

Cuando la comitiva llegó a la orilla del lago, se detuvo: uno de los hebreos alzó un extremo de la cortinilla y cambió algunas palabras con el personaje que al parecer viajaba en la litera. Después dirigiéndose a los esclavos, dijo con voz de mando:

—¡A las naves!

Los esclavos dejaron la litera en el suelo, y cogiendo una de las arcas, la condujeron hasta la orilla del lago donde se veían tres barcas custodiadas con algunos soldados. Inmediatamente sacaron del arca unos finísimos paños de Tiro y tres almohadones de seda con riquísimas franjas de oro.

Con una rapidez increíble alzaron sobre la popa de una de las barcas una especie de dosel, dentro del cual coloraron los almohadones, una alfombra de Persia y cuatro pebeteros de plata. Entonces el hombre que había recibido y dado órdenes, entró en la tienda, llenó los braserillos de mirra y les pegó fuego. Pronto un perfume tibio, delicioso, se extendió dentro de aquella tienda improvisada.

—¡A los remos! —volvió a decir el hombre del turbante.

Doce hombres se sentaron en los banquillos de las bandas y empuñaron los remos, teniendo las palas levantadas un codo de la superficie del agua.

—Conducir vosotros al tetrarca —volvió a decir el hombre a los ocho esclavos que quedaban libres.

Éstos obedecieron, y momentos después una de las puertecillas de la litera se encontraba herméticamente unida a la popa de la barca.

El mismo que había dirigido toda esta maniobra, descorrió la cortinilla de la litera y dijo:

—Estás servido.

Entonces abrióse la portezuela y un hombre de treinta y seis a cuarenta años de

edad, de barba negra, mirada de águila y pómulos salientes, saltó desde la litera a la barca. Este hombre vestía sencillamente una larga túnica de paño verde con una franja de seda carmesí alrededor de la fimbria. Llevaba un birrete aplastado sobre la cabeza, algo tirado hacia atrás, por debajo del cual salían largos y abundantes cabellos negros. El birrete era de paño del mismo color que la túnica, pero estaba bordado de perlas. Entre sus cabellos podían distinguirse los gruesos aretes de oro que llevaba en las orejas. Este hombre se llamaba Herodes Antipas, y era tetrarca de Galilea, hijo de Herodes el Grande. Este personaje, a quien llamaremos desde ahora Antipas, tan pronto como se vio bajo el rico tendal que los esclavos le habían dispuesto, volvióse hacia la litera, y dijo como hablando con alguna persona:

—Pasa, Ruth; pero no te olvides el salterio: ya sabes que la música me deleita.

Una joven hermosa como una noche de enero, cuyo rostro, extremadamente moreno, resplandecía de un modo notable, asomó la cabeza por la portezuela de la litera. Aquella joven iba completamente envuelta en un finísimo manto de cachemir, que subiendo hasta la cabeza, se arrollaba últimamente por el cuello. El extremo del manto era una borla de seda azul que caía sobre el pecho. Bajo aquella inmensidad de pliegues se adivinaban las formas de una estatua griega.

Ruth saltó también sobre la barca. Iba descalza como las mujeres caldeas, pero en los dedos de sus pies brillaban multitud de sortijas. Los brazaletes que oprimían sus torneados brazos eran de oro, formando simplemente una argolla donde podía verse una *H* y una *T* formadas con esmeraldas. Llevaba en la mano derecha un salterio extremadamente pequeño, y en la izquierda un bastoncito de plata que formaba un gancho al extremo.

Antipas y Ruth, su esclava favorita, que apenas contaba dieciocho primaveras, entraron bajo el tendal y se sentaron sobre almohadones. Cuando el tetrarca desapareció detrás del flotante pabellón de la tienda, los doce esclavos botaron la barca al agua. El hombre encargado de mandar las maniobras dijo lacónicamente:

—Remad hacia Bethsaida.

Los doce remos cayeron a un tiempo sobre las aguas del lago, volviéndose a levantar inmediatamente y la barca rasgó el seno del tranquilo lago con su delgada quilla.

Una lluvia de gotas cayó de los remos sobre la tranquila superficie de las aguas. Después, suave, rápida como la garza marina que persigue al inocente pececillo, partió la nave en dirección al nordeste del lago, dejando a sus espaldas la moderna ciudad de Tiberíades.

El resto de la comitiva se embarcó precipitadamente en las dos barcas que se hallaban ancladas, y siguió las resplandeciente estela que dejaba en pos la nave de su señor.

Capítulo II

UN CONVENIO INFAME

Cuando el sol se hallaba en la mitad de su carrera, los remeros de Antipas alzaron las palas, deteniendo la barca.

Aquellos infelices esclavos se hallaban muertos de fatiga, cubiertos de sudor. Habían estado seis horas remando sin descansar; pero por fin la proa de su barca tocaba las playas apetecidas de Bethsaida. Inmediatamente, olvidando su cansancio, se arrojaron al agua, y pronto la litera se acercó a la popa de la frágil nave para que Antipas y su esclava subieran a ella. Todos saltaron a tierra, excepto seis hombres que se quedaron para custodiar las barcas. La comitiva, llevando la litera de su señor en hombros, cruzó las calles de Bethsaida. Los vecinos se asomaban a sus angostas ventanas, llenos de curiosidad.

Antipas, que tenía en sus venas la podrida sangre de su padre, no concedió ni una hora de descanso a sus esclavos. Los infelices se vieron precisados a comerse andando la ración de torta de maíz y de higos secos, y así cruzaron el espeso bosque de Jabes.

Los soldados invocaban en sus maldiciones a todos los dioses terribles del Olimpo. Eran libres y romanos, tenían al menos ese consuelo; pero a los esclavos sólo les tocaba obedecer y morir de fatiga con la sonrisa en los labios.

Mientras tanto, el tetrarca de Galilea, perezosamente reclinado sobre los mullidos almohadones, casi dormido, se deleitaba oyendo la dulcísima voz de su esclava y el armonioso acento del salterio. La esclava terminó una estrofa y fue a dejar el salterio sobre su falda.

—Por los manes de tu madre, por el templo de Belo, a quien adoras, te ruego, Ruth querida, que vuelvas a repetir esa estrofa.

—Estoy cansada, señor —respondió la joven esclava con una entereza que hubiera causado miedo a los esclavos que conducían la litera.

—Pues bien, hija mía, canta… ¿Qué importa que estés cansada, si yo me deleito oyendo tu voz?

Ruth, con la misma impasibilidad que había dado la respuesta, cogió el salterio y cantó la estrofa siguiente, acompañada de una melodía dulce, sentida como el lamento de una madre que llora sobre la tumba de su hijo:

> La garza prisionera no canta cual solía cantar en el espacio sobre el dormido mar;
> su canto entre cadenas es canto de agonía.
> ¿Por qué, Señor, te empeñas su canto en prolongar?

—¡Ah! Bien se conoce —exclama el tetrarca— que los poetas de Seleucia mecieron tu cuna. Tú eres poetisa… improvisas inspirados versos como la pobre Safo; aspiras tal vez a que te llamen la Musa undécima, como los habitantes de Lesbos llamaron a Safo la décima Musa. Pobre niña, no te deseo la suerte que alcanzó la heroína del promontorio de Leucades. Si encuentras algún ingrato y desdeñoso Faón que te desprecie no te arrojes al mar; eso me afligiría mucho.

Ruth, sólo dijo:

—¿Canto más, señor?

—No: puedes dejar el salterio y dormir; yo voy a hacer lo mismo.

Y el tetrarca se cubrió la cabeza con el extremo del manto de escarlata. Ruth exhaló un suspiro y cubriéndose el rostro con su albornoz de cachemir, inclinó la cabeza sobre el almohadón. Después, el señor y la esclava guardaron silencio. Aquel mismo día la comitiva del tetrarca, a la caída del sol, entraba en la ciudad de Gaulón, residencia de Filipo, tetrarca de Iturea. Herodes Antipas fue recibido por Filipo y por su esposa Herodías, sobrina suya, con gran regocijo. Antipas pasaba a Roma a ofrecer la nueva ciudad de Tiberíades al emperador. Herodías, tan hermosa como infame, tenía una hija que apenas contaba catorce años de edad. Tenía la belleza fascinadora de su madre.

Antipas llenó de caricias y regalos a aquella niña, y dio una cita en voz baja a su madre, a quien amaba en secreto desde hacía tiempo. Filipo era bueno y confiado. Cuando después del festín todo el mundo se retiró a descansar de las fatigas del día, Filipo acompañó a Antipas a la estancia que le había dedicado. Jamás Antipas había demostrado más cariño, más deferencia a Filipo que en aquellos cortos instantes que permanecieron solos hablando del estado de sus tetrarquías, e hízole promesas que llenaron de gozo el corazón.

—¿Cuándo sales para Roma? —le preguntó Filipo.

—Mañana al despuntar el alba.

—Desconfía de Tiberio. La serpiente favorita que llevaba siempre enrollada al cuello ha sido devorada por las hormigas. Trasilio, su astrólogo, le ha vaticinado que aquello quería decirle que él sería muerto por la muchedumbre: este augurio le ha hecho arisco y receloso. Encerrado en la fortaleza de Caprea, no ve más que enemigos en todos aquellos que se le acercan: el miedo a la muerte le hace cometer crímenes horribles.

—Nada temo —respondió Antipas—. Tiberio es mi amigo; yo soy su más fiel aliado.

Se despidieron. Antipas se quedó solo, y se puso a dar paseos por la habitación. De vez en cuando se asomaba a una ventana y permanecía contemplando el oscuro horizonte cuajado de resplandecientes estrellas. Así transcurrieron dos horas. El tetrarca comenzaba a impacientarse. Por fin se oyeron pasos ligeros en el corredor que conducía a la habitación del ilustre huésped.

Antipas se acercó a la puerta y aplicando el oído a la cerradura escuchó un momento.

—¡Es ella! —se dijo.

Y abrió la puerta. Herodías entró en la habitación. Antipas cerró la puerta y ambos fueron a sentarse en un cómodo diván. La culpable esposa de Filipo tenía una hermosura resplandeciente. Sus labios eran rojos como la flor del granado, sus pupilas negras como una noche de tempestad, su nariz aguileña como la de Cleopatra, sus cejas pobladas y terminando en arco sobre la frente, su tez morena y mórbida, su cuello redondo y perfectamente unido a los hombros, la frente ancha y provocativa, por donde se veían a través de las epidermis las azuladas venas; todo decía que la cólera de aquella mujer debía ser terrible.

—Te he cumplido la palabra —dijo Herodías a su amante en voz baja.

—Así lo esperaba.

—Filipo duerme; nada recela.

—Tanto mejor: el que ignora no sufre.

—Sí, pero mañana lo sabrá.

—¿Qué me importa, si te tengo en Galilea, en mi palacio, rodeada de mis soldados? Yo soy más fuerte; no vendrá a buscarte, te lo aseguro. Si me declara la guerra, tanto peor para él. Conquistaré sus ciudades y me pagará tributo. No debe importarte nada ese hombre.

—Tienes razón. Hablemos.

—Ya te escucho.

—¿Tú vas a Roma?

—Mañana.

—¡Tan pronto!

—Tengo precisión de ver a Tiberio, mi aliado.

—¿Cuándo piensas regresar a tus tribus?

—Lo ignoro.

—Entonces nada podemos convenir.

—¿Por qué no? Yo procuraré mandarte emisarios que te indiquen el día en que debes hallarte en la ribera de Cafarnaum, y una vez allí, nada temas; estaré a tu lado.

—Yo sólo temo una cosa: que tú no me ames.

—¿Puede un hombre sin amor faltar así a lo más sagrado?

—¡Sin embargo, tu esposa!…

—¡Mi esposa!… ¡Bah! ¿Quién hace caso de eso? La he repudiado, se la he remitido cargada de regalos a su padre Aretas, rey de Arabia. ¿Quién sabe si ese viejo bárbaro me enviará sus legiones? Pero antes que crucen el desierto de Manaim, Pilato, mi aliado, le cortará el paso.

Herodías exhaló un grito de alegría. Sus negros ojos brillaron de un modo inexplicable. Diríase que sus pupilas arrojaban chispas.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Conque ya no debo temer nada de tu esposa? ¿Conque la

has repudiado? Ahora sí creo que me amas.

—Has hecho mal en dudar.

—Yo amo o aborrezco de veras; veía a una mujer joven a tu lado y te amaba: los celos son hijos del amor.

Herodías cogió una de las manos de Antipas, y mirándole con fijeza, como si quisiera leer en su corazón, le preguntó:

—Tú me amas, ¿no es cierto?

—¿Puedes dudarlo?

—Tu corazón es mío, como el mío es tuyo. En breve seré tu esposa y este amor no será un secreto para nadie.

—Así lo espero.

—Dime la verdad. ¿Qué harás entonces de Ruth, tu esclava favorita?

—Será esclava tuya y harás lo que te plazca de ella.

—¿Por qué la traes contigo?

—Ruth no es para mí una mujer; es una musa, un cisne que canta para adormecerme y embellecer mis sueños. Cuando los dulces acordes de su salterio y las vibradoras notas de su garganta llegan a mis oídos, pienso en ti, la única mujer que amo, y entonces el amor de los recuerdos bate sus alas sobre mi frente y soy feliz.

Herodías guardó silencio como si dudara de aquellas palabras; pero la mirada serena de Antipas pareció tranquilizarla.

—Voy a pedirte una cosa.

—Te la concedo.

—¡Oh! no ofrezcas tan pronto.

—Tienes mi palabra.

—Pues bien, la acepto: dame a Ruth tu esclava —dijo Herodías después de un momento de silencio.

Antipas no vaciló en responder:

—Tuya es.

Herodías besó la mano que oprimía las suyas.

Aquella mujer infame, aquella adúltera con corona, ambicionaba un trono más grande, más espléndido que el que le había cabido en suerte. Las tribus de Gad y Rubén eran más ricas que las de Manasés y Bethania. El bosque de Efraim le parecía más grandioso que el de Jabes, y la tetrarquía donde reinaba su esposo, era un desierto arenal comparada con la fructífera Arabia pétrea, donde reinaba su amante. Antipas era inmensamente rico: edificaba ciudades, tenía a sueldo soldados mercenarios y era amigo de Tiberio el emperador más grande del mundo.

Herodías no vaciló. Al separarse de su amante había celebrado con él un contrato infame. La adúltera juró abandonar a su esposo tan pronto como el emisario de Antipas viniera a decirle: «Partamos: mi señor te espera.»

……

Dos lunas después, a esa hora en que los pescadores de Cafarnaum retiran sus redes

del mar, un barco con una sola vela latina y seis remeros llegó a las riberas. Dos mujeres, completamente ocultas en unos largos y anchos mantos judíos, saltaron del barco a la playa. Un hombre vestido a la romana saltó después de ellas. Aquel hombre llevaba un cofrecillo debajo del brazo. Entregaron algunas monedas a los remeros y con paso receloso llegaron a una casita de modesta apariencia que se hallaba situada como a un tiro de piedra de la ciudad.

De aquella casa salieron ocho esclavos con una litera. Las dos mujeres entraron en ella. El hombre que las acompañaba montó un soberbio caballo que también sacaron de la casa y todos se pusieron en marcha en dirección a Tiberíades.

De vez en cuando una cabeza infantil, sonrosada como las hojas de una adelfa silvestre, se asomaba por una de las ventanillas de la litera. El camino que seguía la silenciosa comitiva era áspero y tortuoso. Al revolver un recodo, vieron a un hombre de pie sobre una roca. Aquel hombre era joven; tendría a lo más treinta años; llevaba el cabello partido por mitad de la frente como los galileos, iba descalzo y vestía una túnica gris sin costuras y un manto judío de color de corinto. Su rostro era hermoso como la esperanza de la juventud. La mirada de sus ojos garzos, dulce como los de una corza moribunda.

Llevaba la barba partida en forma de horquilla.

Su frente que irradiaba como el mar herido por los rayos de la luna era pura como el perfume de una violeta.

A través de aquella frente parecía adivinarse algo celeste que hacía estremecer el alma y asomar la oración a los labios. A pesar de la humildad del traje, había en aquel silencioso caminante algo de la majestad de los reyes y de la grandeza de Dios.

Firme sobre la roca que le servía de base, con las dos manos apoyadas en un báculo, contemplaba con melancólicos ojos el fértil valle de Zabulón que se extendía a sus pies. La poética luz crepuscular de la tarde bañaba con sus suaves tintas el hermoso panorama que le tenía embebecido. Las pisadas del caballo que precedía a la litera, al resonar sobre las duras piedras, le hicieron volver la cabeza. Al fijar su mirada en la litera, un rayo de luz divina apareció en sus grandes y hermosos ojos. Las dos mujeres asomaron la cabeza para verle mejor. Los ojos del hombre de la peña se encontraron con las miradas de las incógnitas viajeras. El rostro de una de estas mujeres se cubrió súbitamente de rubor y ocultó la cabeza avergonzada tras la cortinilla de la litera. La otra, que era casi una niña, siguió contemplando al silencioso Galileo, que no apartaba sus ojos de la litera. Los labios del hombre de la túnica se agitaron como si murmuraran alguna oración. La mujer que se había ruborizado creyó percibir una voz dulce que le decía al oído:

«—Deshaz lo andado, torna a tu casa, recuerda tu ley que dice: “Muerta será a pedradas la mujer adúltera”».

La viajera tembló.

—¿Qué tienes, madre mía? —preguntóle la joven, que, sin duda, observaba la agitación de su madre.

—¿Has visto bien a ese hombre?

—Sí: me parece un galileo.

—Sus ojos resplandecen como el *ephod*[31] del sumo sacerdote; su mirada penetra hasta el fondo del alma como una reconvención cariñosa que creemos justa; en su frente me ha parecido encontrar la majestad de David y la inteligencia de Salomón. ¿Quién será ese hombre que así me preocupa? ¿Qué hará inmóvil sobre esa piedra?

—¿Qué nos importa a nosotras, madre mía, ese pobre viajero? —exclamó la joven con alegre acento.

La madre inclinó la cabeza sobre el pecho como si alguna idea la preocupara. Tal vez pensaba en el crimen, en la infamia que acababa de cometer. Porque aquellas dos viajeras eran Herodías y su hija, que iban a reunirse con Antipas tetrarca de Galilea.

El hombre de la roca, el silencioso personaje que así turbaba con su casta mirada la tranquilidad de la esposa culpable, era Jesús, el Hijo de María, que se encaminaba a las orillas del Jordán en busca del santo precursor; era el Mártir del Gólgota que comenzaba su santa misión; el Redentor del mundo, que iba a dar el primer paso de la vía dolorosa del Calvario, donde su preciosa sangre debía correr, para redimir el pecado nefando de la humanidad.

Capítulo III

EL BAUTISTA

A orillas del Jordán, no lejos de las montañas de Galboe y como a unas cinco millas de Jericó, sobre las mismas riberas del río santo, se alza una ciudad pequeña que ha inmortalizado el Cristianismo. Esta ciudad, que pertenece a la tribu de Rubén, se llama Bethabara.[32] Allí acudían de todas las tribus de Israel a oír la inspirada palabra de un hombre que había pasado su vida en el desierto comiendo miel silvestre y langostas.

Este hombre se llamaba Juan,[33] y no llevaba otro vestido que un saco corto de piel de camello, atado alrededor de la cintura. Su frente, tostada por el sol y el viento de los huracanes, era ancha y despejada como la de Elías; en sus ojos negros brillaba un rayo de luz divina. Su voz, cuando reprendía, era poderosa como el mugido de la tempestad; cuando los consejos brotaban de su boca, dulce como el arrullo de la tórtola.

Juan, siendo aún niño, fue salvado del furor de Herodes por su madre Elizabet. Cuenta la tradición que cuando la madre del Bautista supo la terrible matanza de Belén, huyó con su hijo en brazos. Perseguida por varios soldados, corría por una áspera montaña como la amedrentada corza. De repente observó que el camino se cerraba ante su paso. Se encontraba en un profundo barranco: rocas inaccesibles delante; detrás los infames perseguidores, ya con el cuchillo levantado sobre su cabeza.

—¡Dios de Abraham y de Jacob! —exclamó Elizabet con voz de espanto—. Tú me has dicho por conducto de tus ángeles que el fruto de mi seno era el precursor del Mesías. Si le dejas morir, lo que me dijeron tus emisarios era falso.

Entonces se abrió una roca en cuyo fondo resplandecía una gran claridad y una voz le dijo:

—Entra.

Elizabet entró: la roca volvió a cerrarse; los soldados se abalanzaron sobre aquel muro que les cerraba el paso, robándoles la presa, descargando inútilmente las centelleantes cuchillas sobre la dura piedra, que despidió chispas sobre sus rostros. Huyeron espantados.

Juan el Bautista, el precursor de Cristo, se había salvado como el Hijo de María del furor de sus perseguidores. El desierto fue desde entonces su morada. Las fieras respetaron el cuerpo de aquel que huyendo de los hombres se refugiaba entre ellas, del que más tarde debía arrojar sobre la cabeza del Hijo de Dios las purificadoras aguas del bautismo.

El nombre de Juan y el maravilloso poder de sus palabras se extendieron por todos los ámbitos de Palestina. La vida nueva que el Bautista predicaba tenía dos

bases profundas, humanitarias: la limosna, el desinterés.

Sentados sobre una roca, a la sombra de un árbol, aquel hombre que apenas contaba treinta años, sereno como un cielo sin nubes, majestuoso como los cedros del Líbano, cuya conciencia era recta como el tronco de una palmera de Bethania, rodeado de una multitud que sedienta de sus palabras acudía a oír su voz, les decía con un acento que penetraba hasta lo más recóndito de los corazones:

«—¡Raza de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira que aún no ha llegado? Haced frutos dignos de penitencia y no digáis: Tenemos por padre de Abraham… Porque os digo que Dios puede hacer de estas piedras hijos de Abraham. La segur está colocada junto a la raíz de los árboles, pues todo árbol que no dé fruto, cortado será y echado al fuego.»

Las gentes se miraban con asombro, murmurando en voz baja:

«—¿Pues qué haremos?»

Juan, entonces, abarcando con una mirada compasiva a aquella muchedumbre, volvía a decirles con un acento majestuoso:

«—El que tiene dos vestidos, dé uno al que no lo tiene, y el que tiene que comer, haga lo mismo con el hambriento.»

Unos soldados que se habían detenido para oír la palabra de aquel hombre célebre, conmovidos por su voz, que levantaba ecos dulcísimos en el corazón, le preguntaron también:

«—Y nosotros, ¿qué haremos?»

Juan les respondió:

«—No maltratéis a nadie, ni lo calumniéis, y contentaos con vuestro sueldo.»

Entonces llegaron unos publicanos para que les bautizase y, sentándose entre las turbas, con sonrisas burlonas y acento provocativo, le preguntaron también:

—Maestro, ¿qué debemos hacer nosotros?

El Bautista detuvo su mirada en el rostro de aquellos hombres.

Aquella mirada, llena de luz divina, penetró en los corazones de aquellos publicanos que recorrían las tribus recaudando el tributo romano, y bajaron la cabeza como si no pudieran resistir el brillo de aquellos ojos que les reconvenían por su poca fe.

—Juan exhaló un suspiro doloroso, y les dijo:

«—No exijáis más de lo que se os está mandado exigir.»

—¿No eres tú el Mesías? ¿No eres el Cristo? ¿No eres tú el Salvador de Israel? —le preguntaba el pueblo en derredor suyo.

Juan respondió a estas preguntas:

«—Yo, en verdad, os bautizo en agua; mas vendrá otro más fuerte que yo y de quien no soy digno de desatar una correa de sus sandalias. Él os bendecirá en Espíritu Santo y fuego. El bieldo está en su mano, y limpiará su era y guardará el trigo en su granero, y la paja la quemará con fuego que no se apagará nunca.»[34]

Un día que Juan se encontraba en medio de sus discípulos y rodeado de la

inmensa muchedumbre que acudía a oír sus palabras, vio venir por las orillas del Jordán, siguiendo la corriente, a un hombre, joven como él, y a quien no recordaba haber visto nunca entre su auditorio.

Aquel hombre llevaba el cabello partido por mitad de la frente como los hijos de Galilea, iba descalzo y vestía una pobre túnica de lana. En su rostro hermoso brillaba una mansedumbre suprema y una dulzura infinita. Caminaba con paso tranquilo y la radiosa frente inclinada hacia el suelo. Cuando llegó adonde estaba Juan, todos se apartaron con respeto para abrirle paso. Nadie le conocía. El precursor miró al Galileo y, después, doblando la cabeza sobre el pecho, como si le deslumbrara alguna luz celeste, exclamó con acento conmovido:

«—Tú eres el Mesías.»

Jesús, pues éste era el hombre que exaltaba con su presencia el espíritu de Juan, dijo a su vez con acento dulcísimo y doblando la frente con humildad:

«—Juan, haz que las aguas del bautismo caigan sobre mi cabeza.»

«—Yo debo ser bautizado por Ti y Tú vienes a mí…» —exclamó el Precursor, con gran admiración de los oyentes, que se apiñaban en derredor suyo.

«—Así nos conviene cumplir toda justicia»[35] —volvió a decir Jesús.

«—¿Quieres ser bautizado, Jesús mío? Dime: ¿por ventura tiene el que está sano necesidad de médico, el que está limpio necesidad de limpiarse?»[36]

Juan obedeció las súplicas del Galileo y derramó sobre su santa cabeza las aguas del bautismo. En este momento sublime una claridad diáfana apareció en el espacio. Un rayo de luz pura y hermosa, como todo lo que brota del cielo, cayó sobre la humilde cabeza de Jesús. Su frente se cubrió de un resplandor celeste.

El Espíritu Santo, en forma de paloma, bajó de los cielos y se posó en la cabeza del que más tarde debía morir en la cruz.

Entonces una voz del cielo llegó a la tierra, diciendo:

«—Éste es mi Hijo, el amado en quien tengo toda mi complacencia.»

Jesús consideró su misión santificada y se llamó Cristo desde entonces, esto es, ungido, consagrado.

Después de este momento sublime, el Nazareno, con paso tranquilo, abandonó las cercanías de Bethabara y guiado por el Espíritu Santo, se encaminó al desierto donde debía ayunar cuarenta días antes de emprender su penosa peregrinación, y a donde el ángel *que anda en las tinieblas* debía humillar ante las humildes palabras del Galileo la orgullosa y maldita frente.

Capítulo IV

LAS PALABRAS DE UN JUSTO

Los doctores de Jericó, los fariseos de Jerusalén, profesaban un odio profundo al Bautista. Los epítetos de hechicero, embaucador, poseído del espíritu malo, se mezclaban con las diatribas que le dirigían hasta en las mismas sinagogas. Negáronse a recibir las aguas del bautismo y aconsejaban diariamente a Pilato, gobernador de Jerusalén y al tetrarca de Galilea, que se apoderaran de aquel hombre que fomentaba la sedición en el pueblo.

—Si no queréis prenderle —decían—, ponedle una mordaza.

Un temor detuvo por entonces a Antipas: el pueblo, que amaba a Juan como a un profeta; el pueblo, que corría a escuchar sus inspiradas palabras y que le daba el nombre de *Mesías Salvador de Israel* suplicándole le concediera el bautismo.

Juan supo, con indignación, el infame libertinaje de la adúltera Herodías.

Filipo había querido recobrar a su culpable esposa, pero Antipas colocó sus lanzas mercenarias en el torrente de Jeboc, y los soldados de Filipo, menos en número y en ardimiento, no se atrevieron a pasar los últimos límites del desierto de Manaim.

Filipo devoró en silencio su agravio; Israel lanzó un grito de indignación. El temor enmudecía todas las lenguas, porque Israel era entonces un rebaño de esclavos. Juan criado en el desierto, libre como el viento que riza las plumas del águila en el espacio, buscó a los culpables, que olvidaban su crimen en brazos del placer. El Bautista no oyó más voz que la del deber, no tuvo más consejero que su corazón, ni más auxiliar que el indignado grito de su conciencia, que se alzaba poderoso dentro de él diciéndole: «Anda y arrójales su vergüenza en el rostro.»

Juan supo por uno de sus discípulos que el tetrarca y su infame esposa se hallaban con toda su corte en la moderna ciudad de Libiada, sobre la ribera Oriental del Jordán, a corta distancia del castillo de Maqueronta. Las fiestas solemnes de la dedicación de aquella ciudad habían reunido dentro de sus modernos muros un gran número de curiosos.

Juan, seguido de sus discípulos, entró en Liviada, donde el placer sentaba sus reales, donde la alegría embargaba todos los corazones.

Su aspecto grave, meditabundo, silencioso, auguraba algún acontecimiento importante…

Las gentes le veían pasar y temblaban, sin explicarse la razón de aquel pánico que súbitamente se introducía en sus corazones.

Juan llegó a la ancha plaza en donde Antipas tenía su palacio.

La curiosidad reunía en aquel sitio un gentío inmenso. El traje extraño del precursor, los largos cabellos extendidos en desorden sobre los hombros y espaldas, la imponente actitud de aquella cabeza venerable y el brillo amenazador de sus ojos,

trasmitían un miedo inexplicable a la muchedumbre que le rodeaba.

Por fin resonó en los pórticos del palacio el marcial sonido de una trompeta. Aquella voz de metal anunciaba que el tetrarca iba a salir con su corte, como tenía por costumbre todas las tardes. Juan irguió la cabeza como el león que oye en el desierto el grito salvaje del camello. Sus ojos se fijaron en la puerta del palacio. Pronto se vio salir una lujosa cabalgata. Delante veíase al tetrarca montado en un caballo de raza siriaca; a su lado cabalgaba, sobre una yegua española, su nueva esposa Herodías. Detrás seguían algunos centuriones romanos y varios dignatarios de la tetrarquía.

Juan, sereno como un héroe de Esparta ante el peligro, avanzó gravemente algunos pasos. La gente le miraba marchar con asombro en derechura de Antipas.

—¿Qué irá a hacer? —se preguntaban en voz baja.

Juan seguía sin detenerse. Antipas se vio precisado a detener su caballo, diciendo:

—¿Qué quieres, Juan?…

Herodías palideció de rabia, y dijo a su cómplice:

—¡Eh! Pasa por encima de ese andrajoso.

—Escucha, Antipas —exclamó el Bautista con voz entera e imponente—, y tú también, mujer de Filipo: «*No es lícito retener la esposa de tu hermano*». ¡Ay de los que abriguen bajo su techo a la mujer adúltera! Malditos serán por el Dios invisible de Israel. Torna, Herodías a Iturea: el lecho de tu esposo aún está caliente: él te espera. Si estás ciega, abre los ojos a mis palabras; si no oyes, abre los oídos a mi voz, que enseña el deber. ¡Maldita sea y muerta a pedradas la adúltera!

Los ojos de Herodías despedían rayos de cólera. ¡Con qué placer hubiera pulverizado a los pies de su caballo al hombre que se levantaba ante ella como un remordimiento!

Antipas, pálido, abatido, sólo pudo articular estas palabras:

—Juan, aparta.

Juan se apartó, y la comitiva, triste, asombrada, continuó su camino. Las fiestas, turbadas por la escena que acabamos de narrar terminaron aquel mismo día. Desde entonces Herodías se unió con los doctores y los fariseos para perder al Bautista. Antipas resistió al principio, negándose a satisfacer los deseos de venganza que ardían en el corazón de su esposa; pero cedió por fin, y Juan fue arrebatado del seno de sus discípulos y conducido a los calabozos del castillo de Maqueronta.

El crimen de sedición era el delito de que se le acusaba, pero detrás de este pretexto veíase el odio de Herodías y la envidia de los fariseos. Los discípulos de Juan alcanzaron de Antipas una gracia: que se les permitiera entrar en el calabozo de su maestro.

Capítulo V

LA TENTACIÓN

Jesús, después del bautismo, se retiró a los montes de Judea. Allí permaneció cuarenta días. Una noche que con la frente apoyada sobre una peña daba gracias a su Padre celestial, que le había dado fuerzas para resistir a las necesidades del cuerpo, se estremeció la tierra bajo sus pies. El Nazareno alzó la frente. Un hombre se hallaba junto a Él, contemplándole con los brazos cruzados sobre el pecho. Aquel hombre ostentaba una profunda cicatriz en mitad de la frente. Sus ojos azules, extremadamente claros, tenían algo de siniestro, y en el fondo de sus pupilas brillaba la pavorosa luz del rayo. Sus largos cabellos, agitados por el viento del desierto, despedían un resplandor fosfórico.

Era hermoso, pero en su hermosura había algo infernal. Sus labios sonreían, pero en su sonrisa se pintaba la desesperación, la ira. Su estatura era medio codo más elevada que la del hombre más alto. Su traje era simplemente un saco negro sujeto a la cintura por una correa. Iba descalzo y cuando movía los pies, dejaba en pos de sí una huella azulada que se apagaba inmediatamente.

Jesús se estremeció ligeramente cuando sus ojos se fijaron en el misterioso personaje que parecía haber brotado de la tierra.

—¡Hijo del hombre! ¿Me conoces? —dijo por fin el misterioso personaje con acento cavernoso y profundo.

Jesús, con una entonación melodiosa y dulce, le contestó:

—Sí; tú eras el arcángel más hermoso del cielo; el resplandor del sol brillaba en tu frente, la sonrisa del crepúsculo oriental en tus labios; pero un día te rebelaste contra Dios y su soplo vengador te lanzó desde las alturas a los abismos malditos de la tierra.

—Soy el rey del Averno, el señor del mundo —volvió a decir Luzbel, levantando su maldita frente.

—Sí, tú eres *el que anda en las tinieblas.*

—Ese nombre me dan las Escrituras.

—También te llamas padre de los impíos; pero tu orgullo es insensato. Al sólo nombre de mi Padre, tu cabeza se dobla y tu cuerpo se arrastra.

«—Pues bien, si eres hijo de Dios, di a estas piedras que se vuelvan pan».

«—Escrito está —dijo Jesús— que no vive el hombre sólo de pan; mas sí de la palabra de Dios».

—¿No me aborreces?

—No: te compadezco, porque te veo humillado.

—*Ego dixi: Non serviam.*[37]

—Esa palabra te perdió.

«—Todo lo que está debajo del cielo es de la tierra y me pertenece.» El fuego brota bajo mis plantas; nadie resiste a mi poder; mi soplo infiltra en la raza humana el veneno del orgullo; los hombres tiemblan al pronunciar mi nombre —murmuró el arcángel.

—La voz del justo sube al cielo: su oración llega hasta mi Padre, Creador del universo, del que eres esclavo; tus blasfemias se pierden en el imperio de las sombras; las puertas del Paraíso están cerradas con doble llave para ti.

—¿Qué me importa si la tierra es mía, si soy inmortal, si mi poder es inmenso? ¿Quieres luchar conmigo? ¿Qué armas son las tuyas? ¿No eres Hijo de Dios? Ven, pues.

El arcángel se llevó por los aires a Jesús, y colocándole en la almena más alta del templo de Jerusalén, le dijo:

«—Échate de aquí abajo.»

Jesús le respondió:

«—Escrito está: no tentarás al Señor tu Dios».

El arcángel tentador extendió su manto a los pies de Jesús.

—Si es tu poder mayor que el mío, oponte a que te transporte donde quiera —replicó Luzbel.

Jesús puso sus divinas plantas sobre el manto, y respondió con mansedumbre:

—Tuyo soy esta noche: haz lo que quieras.

Jesús y Luzbel, arrebatados por un torbellino de viento, cruzaron por el espacio con la rapidez del huracán. La tierra pasaba con la velocidad del rayo bajo sus pies. Por fin se detuvieron en la cima de una montaña altísima que formaba tres picos. Este monte se llamaba el grupo de Himalaya.

—Bajo nuestras plantas tenemos el monte más alto del universo —dijo el arcángel—. ¿Sabes su nombre?

—Sí: se llama Dhawalagiri —respondió Jesús con una voz tan dulcísima que contrastaba con el ronco acento del ángel de las tinieblas.

—Vas a ver pasar a tus pies todos los reinos de la tierra.

Entonces se oyó un estremecimiento profundo.

La montaña maldita, como si se hubiera convertido en eje de la tierra, hacía girar con una rapidez increíble al mundo. Luzbel, con el brazo extendido hacia el abismo y la mirada centelleante, agitaba de vez en cuando sus rojos cabellos, que despedían chispas de luz siniestra. Jesús miraba con ojos compasivos al ángel tentador.

—Mira el panorama que gira bajo tus pies —le dijo por fin Luzbel.

Jesús dirigió la mirada hacia el abismo.

—Esa inmensidad de tierra que se abalanza hacia nosotros[38] tan pronto estéril como feraz, cruzada por todas partes de ríos y lagos, es Asia. Delante va la tierra de Promisión. Dios la prometió a Abraham y la eligió para tu cuna. ¿No percibes la olorosa fragancia de los cedros del Líbano? Mira las altas cimas del Sabino, cubiertas eternamente de nieve. ¿Ves un fantasma gigantesco con los brazos cruzados sobre el

pecho, inmóvil como una roca y con la mirada fija hacia las legiones del hielo? Pues ese fantasma es Sem, hijo de Noé, el tronco de donde arrancan esos quinientos millones de habitantes que pueblan un millón de leguas cuadradas de tierra. Delante viene Palestina, como la llaman los romanos, o tierra de Canaan, como la llamaron sus fundadores. ¿Ves ese lago que aprisionan unas colinas?, es Genesareth. ¿Ves esa serpiente monstruosa que se arrastra sobre su lecho de arena?, es el Jordán. Siguiendo su corriente, puedes ver el mar Muerto, tumba movible que encierra en su seno la depravación de los hijos de Gomorra, Sodoma y Adama. Tu raza conquistó esa región a los jebuseos; la presa fue repartida en doce tribus. En vano la voz de los profetas les recordaba su deber, enseñándoles las palabras de su ley; en vano Elías elevaba su voz en el Carmelo. Las tierras conquistadas por las guerras se han enrojecido mil veces con sangre inocente. Galboe está manchado con la de Saúl; el Gólgota se manchará con la tuya.

Jesús suspiró.

Luzbel volvió a decir:

—Mira bien esos montones de casas, de templos y palacios que van acercándose. ¿Ves aquel pueblo pequeño agrupado a un extremo del pintoresco valle de Zabulón?, es Nazaret, tu punto de partida; a su derecha y mirando al norte, está Cafarnaum, de cuyas riberas saldrán tus discípulos más queridos. Siguiendo la corriente del Jordán, hacia el sur, está Jericó, destruida por Josué, y más allá, encarnada en el centro de la tribu de Benjamín, se halla Jerusalén, que coronará tu frente de espinas, escupirá tu rostro y te verá morir.

El purpurino rostro de Jesús se hallaba cubierto de sudor. En los labios impuros del ángel de las tinieblas apareció una sonrisa impía.

Luzbel, viendo que el Divino Galileo nada decía, continuó:

—¿Ves ese hermoso trozo de tierra fértil y verde como la primavera? Pues en él habitaban antes los filisteos; esa ciudad es Geth, patria del gigante Goliat. Aquello que se extiende a lo largo del mar es la Fenicia, patria de los marinos y los comerciantes; aquella ciudad se llama Serapa, que hizo célebre el profeta Elías; la otra que le sigue, Aphaca, en donde adoraban a Venus. Mira siempre hacia el norte de Palestina: la Siria se acerca. Sus afeminados moradores se acuerdan más de sus cuerpos que de Dios; la música, el amor, la pereza, son las grandes pasiones que les dominan. Ese monte es el Tauro; esos ríos el Éufrates, el Tigris y el Orontes; aquella ciudad, Apamea; aquella otra, Heliópolis, esas ruinas colosales que admiran los viajeros, son las de Palmira. Mira por donde quieras —continuaba Luzbel, alzando su poderosa voz, cuyo eco retumbaba en los barrancos del Himalaya como el fragor del trueno—. Aquello es la Asiria; esas ciudades son Abydos, donde se amaron Hero y Leandro; Troya, que inmortalizó Homero; Pérgamo, con su famoso templo dedicado a Esculapio, y la isla de Lesbos, en cuyas aguas se sepultó Safo. Esos dos ríos que avanzan, el primero es el Rhindacus, donde Lúculo venció a Mitrídates; el segundo es el Gránico, donde Alejandro se cubrió de gloria. Allá se aproxima la Lidia con su río

Pactolo, cuyas arenas son de oro. Aquel templo es el de Diana; aquel coloso el de Rodas.

Luzbel se detuvo. El silencio del Nazareno le irritaba, y sacudiendo su larga cabellera se quedó un momento con los brazos cruzados y el ademán altivo.

Mientras tanto, fueron pasando ríos, montes y ciudades, y llegó la Armenia, casi aprisionada por el Ponto-Euxino y el mar Caspio, cortado por las cordilleras del Cáucaso, de cuyas cumbres había desaparecido Prometeo, el ladrón del fuego divino.

Los ríos Ciro, Araxes, Tigris y Éufrates, extendían sus fecundizadoras corrientes por todas partes. Luzbel, viendo que se acercaba un monte hacia ellos, volvió a decir:

—¿Le conoces? Es el Ararat: entre esos dos elevados picos se quedó enclavada el arca de Noé. Dios me ofreció una nueva raza, yo se lo agradecí. Esos desiertos casi rodeados en sus extremos de agua, son la Arabia. Mira el mar Rojo, tumba de los soldados de Faraón y triunfo del pueblo de Israel. Aquello que se eleva entre las nubes es el Sinaí, donde se escribieron vuestras leyes, y el Horeb, tan célebre en vuestra historia. Pero ahora detén un momento tu mirada: la Arabia feliz se acerca, sus entrañas están repletas de oro, sus bosques de aromas, sus mares de perlas. Esas dos ciudades se llaman Jatrippos[39] y Macoraba.[40] Un profeta las inmortalizará,[41] y este profeta, robando algo a tu doctrina, formará una secta que ha de ser eternamente enemiga irreconciliable de tu religión.

Jesús tornó a lanzar un doloroso suspiro. El sudor de su frente era más copioso. El arcángel le contemplaba en silencio, y mientras tanto el mundo seguía girando alrededor de las faldas del Dhawalagiri, y pasó la Mesopotamia, esa gran llanura encerrada entre el Tigris y el Éufrates, con su ciudad de Aran, donde vivió Abraham y Jacob; Cunaxa, donde Ciro el joven fue derrotado por su hermano Artajerjes; la Asina, con su espléndida Nínive, fundada por Nino; la Arbelas, en cuyos llanos Alejandro venció a Darío.

—Mira ahora —volvió a decir Luzbel, que pareció tomar alientos en aquellos cortos intervalos de silencio—. Eso es Babilonia, donde los hombres adoraban cien dioses; esa torre es la de Babel: aún se alza como un gigante en medio de las ruinas. Mi aliento inspiró a los babilonios esa obra colosal, triste recuerdo de la soberbia del hombre. La tierra de los medos, con su clima templado, sus aires puros y su eterna primavera, pasa también perfilando el ambiente.

El Divino Galileo oyó otra vez la voz del arcángel, que decía:

—La India aparece; ese triángulo de tierra cuya vegetación poderosa no tiene igual en el mundo. Sus cañas son árboles, sus árboles bosques, sus ríos encierran feroces caimanes, cocodrilos carnívoros. Por sus selvas se arrastran monstruosas culebras de veinte codos. Los gigantescos elefantes recorren sus llanuras. Los leopardos, las panteras y los leones, se albergan en sus incultos barrancos. La tierra da dos cosechas al año y el tortuoso Ganges diezma a sus habitantes con sus pútridas emanaciones. Hacia donde dirijas los ojos, verás la grandeza, la vida y la muerte. La India, abuela del género humano, sin su tifus y su cólera, invadiría el mundo. ¿Ves

ese fantasma que camina delante de esa extensión cuadrada de tierra seca en su centro, verde en sus extremos? Pues es Cham. Esa tierra se llama África: bajo su sol abrasador respira una raza de hombres negros como la noche, bravos como los leopardos de sus desiertos. El Egipto llega: más de treinta millones de hombres están sujetos al capricho de la naturaleza. El Nilo es su vida, su fortuna, su granero. Si mi aliento secara los ignorados manantiales de donde brota ese río, pronto Elefantina, Alejandría, Hermópolis, el Cairo y otras mil ciudades serían un montón de escombros; sus fértiles campos, sus hermosos jardines, un desierto seco y estéril.

Egipto pasó a su vez con sus pirámides, sus obeliscos, sus desiertos, sus vergeles y su Nilo fecundador.

Otro fantasma apareció en el espacio, arrastrando su largo sudario por la tierra, y con la mirada fija en un punto lejano que resplandecía como el mar bañado por la luna. Aquel fantasma era Japhet; detrás seguíale Europa; Italia fue desplegando el hermoso panorama de su suelo comprendido entre el Adriático y el mar Tirreno; Mantua, con su lago resplandeciente; Nápoles, con su radioso golfo; Pompeya, la víctima del Vesubio; Cures, patria de Numa Pompilio; Roma, señora del mundo, reina del arte, recostada sobre el Tíber; Caudión, la de las Horcas Caudinas; Cretona, la de los hombres forzudos, y cien y cien más que pasaron coronadas de gloria, resplandecientes de hermosura, impregnadas de perfumes, ante la dolorosa mirada de Jesús. El arcángel, con el brazo extendido y la sonrisa en los labios, hacía girar el mundo.

Ciudades, ríos, mares y lagos pasaban rápidamente atropellándose unos a los otros.

A la Iberia siguió la Lusitania; la Bética con su hermosa Hispalis[42] fundada por Hércules; su valerosa Munda, donde César batió a los hijos de Pompeyo, y su alegre Gades,[43] orgullo de los fenicios. Entre un monte elevadísimo[44] y un río caudaloso, [45] avanzó a su vez la Tarraconense, ilustre en la historia. Por fin pasó la Europa antigua, presentando a los ojos divinos de Jesús la Galia, la Germania, la Panonia con su Danubio, la Sarmatia y las islas Británicas. El mundo antiguo había girado alrededor del Himalaya. Pero el arcángel permanecía aún con el brazo extendido, y otra vez escuchóse su voz atronando el espacio.

—Mira —le dijo—. ¿Ves esa inmensidad de agua que avanza hacia nosotros? Pues ese mar se llamará el vasto Océano. Un hombre atrevido cruzará esas inmensas soledades de agua; los sabios le darán el apodo de loco, pero el loco regalará un mundo nuevo al mundo viejo.

Y la América pasó también con sus bosques impenetrables, sus ríos que parecen mares, sus imponentes cataratas, sus fértiles llanuras, su Chimborazo, su Niágara y su Mississipi, sus cordilleras, sus Andes, su poderosa vegetación.

—Esa tierra ignorada tiene las entrañas de oro: es rica hasta lo inverosímil. Un aventurero conducirá a sus playas millares de hombres, empujados por la codicia —volvió a decir Luzbel—. Pues bien, todo lo que has visto me pertenece; tuyo es si

arrodillado a mis pies me adoras.

Jesús elevó sus ojos al cielo, luego abarcó con una mirada compasiva al arcángel tentador y con una voz dulce y melodiosa le respondió estas palabras:

«—No tentarás al Señor tu Dios: adorarás al Señor tu Dios, y sólo a Él servirás».

Al terminar estas palabras se estremecieron las entrañas del monte, un grito espantoso atronó el espacio, abrióse la tierra y el arcángel tentador cayó con estruendo en sus profundos abismos lanzando una blasfemia horrible.

Jesús se arrodilló. Dos lágrimas resbalaron de sus ojos, que elevaban al cielo su compasiva mirada. Su dulcísima voz elevóse también a la mansión de su eterno Padre, diciendo:

—Perdona al soberbio. De su frente inmaculada brotaba la purísima luz de la mañana, y el orgullo le hundió en las profundidades del abismo. Perdona al soberbio.

Cesó la santa voz. El alba extendió sus nacaradas tintas, y las aves comenzaron su canto de bienvenida. Jesús seguía orando. Cuando el primer rayo del sol disipó las tinieblas, se hallaba de rodillas sobre un alto pico de los montes de Judá.

Libro Undécimo

EL PASTOR DE LAS ALMAS

20. Y alzando los ojos hacia sus discípulos decía: Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos.

21. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque hartos seréis. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis.—(Evangelio de San Lucas, cap. VI.)

Capítulo I

LA NUEVA LEY

Chateaubriand ha dicho: «Jesucristo apareció en medio de los hombres lleno de gracia, de verdad, de dulzura, porque vino a ser el más desgraciado de todos los mortales.

»Sus palabras conmueven; todos sus prodigios los hace en favor de los miserables, de los desgraciados, de los afligidos».

Jesús, después del desierto, se encaminó a Galilea. Su santa misión va a empezar. Humilde pastor de almas busca por doquiera a la oveja descarriada para tornarla a su redil. Para encarnar sus preceptos en el corazón de los desgraciados escoge el apólogo o la parábola. La naturaleza es el gran libro que abre ante los ojos del pueblo.

Por doquiera que dirige su paso, una muchedumbre sedienta de oír la autoridad de su palabra, ansiosa de escuchar la dulzura de su voz y de sentir la consoladora luz de su mirada, le rodea con amor y le llama su Maestro, su Dios.

En los labios del Santo Peregrino no se agotan nunca las palabras de consuelo. Su elocuencia apostólica busca los símiles en los objetos que le rodean, para que aquellas naturalezas sencillas le comprendan. Presenta al niño como modelo de inocencia. A la viuda pobre que deposita un denario en la urna de las limosnas, como ejemplo de caridad. Viendo las flores de una pradera, exhorta al pueblo a que confíe en la Providencia, que mantiene a las plantas y alimenta a las tiernas avecillas. En presencia de los frutos sazonados de un campo, enseña a juzgar al hombre por sus obras. En la primavera se sienta sobre una colina e instruye a la multitud que le rodea, comparando los objetos que se extienden ante sus ojos.

Pero no adelantemos la marcha de los sucesos. Jesús, después del desierto, tornó a Nazaret, su patria. Era día sábado y encaminóse a la sinagoga. Los sacerdotes le dieron el *Libro de Isaías.* Jesús leyó por donde dice: «El espíritu de Dios sobre mí. Para dar buenas nuevas me han enviado; para sanar a los que creen de corazón; para anunciar a los cautivos redención y a los ciegos vista; para poner en libertad a los oprimidos; para publicar el año favorable del Señor y el día del galardón».

Jesús arrolló el libro[46] y, devolviéndoselo al sacerdote se sentó en medio de la muchedumbre que le rodeaba. Por un momento estuvieron contemplando con amor sus hermosos ojos los hijos de aquel pueblo, en medio del cual había crecido.

Por todas partes encontraba rostros conocidos, pero también por todas partes observaba miradas ceñudas, como si le reconvinieran por hallarse en aquel sitio. Los murmullos de disgusto comenzaron a oírse en derredor del humilde Nazareno. Por fin un profundo y doloroso suspiro se escapó de los divinos labios del futuro Mártir y habló de esta manera:

«—Hoy se ha cumplido la Escritura. La profecía de Isaías que ha resonado en vuestros oídos, cumplida será».

La dulcísima voz de Jesús, penetró en todos los corazones. El Hijo de María continuó hablándoles y la fuerza misteriosa de sus palabras les maravillaba.

—¿No es este el hijo de José el carpintero? —preguntaban.

—Si es, como dice, el Mesías, ¿por qué no hace entre nosotros lo que cuentan que hizo en otras partes? A Dios todo le es fácil —volvían a decir.

—Dicen que cura a los ciegos.

—Y a los poseídos.

—Que el poder de su palabra levanta a los tullidos de su lecho.

—En las bodas de Canaan ha convertido el agua en vino —exclamaba otro.

—Si fuera cierto todo lo que dicen …

—Es un embaucador.

—Un hechicero.

—¡Cómo ha de ser un profeta el hijo de un carpintero!

—Se llama el Cristo.

—¡Blasfemia!

—Si es el Mesías, ¿por qué no hace en su patria lo que hizo fuera? Nada bueno saldrá de Galilea, han dicho las Escrituras. ¿No es él galileo?

Jesús escuchaba con una bondad infinita estos comentarios. Por fin habló de esta manera, y a su voz se apagaron los murmullos.

«—En verdad os digo que ningún profeta es tenido por tal en su patria. Muchas viudas había en Israel en tiempo de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses, cuando hubo una gran hambre por toda la tierra; mas a ninguna de ellas fue enviado Elías sino a la viuda Serepta, hija de Sidonia. Muchos leprosos había en Israel en tiempo de Eliseo, profeta; mas ninguno de ellos fue limpiado, sino Naaman de Siria».

Los nazarenos, indignados ante la verdad de estos ejemplos que Jesús arrancaba de la historia para reprender su incredulidad comenzaron a amenazarle con los puños cerrados y a murmurar en voz baja. La dulzura de Cristo les irritaba más, llegando por fin en su ciego furor a arrojarle de la sinagoga. Jesús fue arrastrado por la muchedumbre hasta la cima de un monte. Algunas manos impías empujaron el divino cuerpo de Jesús para precipitarle en el abismo. Pero Él, sereno ante el peligro, humilde ante el insulto, tranquilo ante la amenaza, abarcaba con una dulcísima mirada aquella turba loca, rogando en silencio a su Santo Padre por ella.

El poder de su mansedumbre humilló a los soberbios. Cristo pasó por medio de ellos y con su planta segura comenzó a descender por la pendiente del abismo; sitio por donde ningún hombre se hubiera atrevido a bajar. Algunos días después llegó a un pueblo situado al extremo septentrional del lago de Genesareth.

Aquel pueblo se llamaba Cafarnaum, esto es, *pueblo del consuelo.*

Allí cura a un endemoniado y sana de las fiebres a la suegra de Simón. La gente se atropella por ver al Divino Maestro.

Todas las tardes, a esa hora en que los últimos rayos del sol poniente se extienden sobre el tranquilo mar de Tiberíades, Jesús, sentado sobre una roca, rodeado de una multitud sedienta de sus palabras que penetraban en todos los corazones, llama hacia sí a los afligidos, a los desgraciados.

¡Oh! ¡Cuántos recuerdos de su dulce e infinita bondad conservan las santas riberas de aquel lago elegido por Dios! Allí acudían los enfermos, que sanaban por el solo poder de la palabra del Redentor.

Allí fue donde dijo al paralítico: «Levántate, coge tu lecho y vete a tu casa». Y el paralítico se levantó y cogió su lecho, dando gracias al Dios cuya bondad infinita acababa de reanimar su inerte materia.

Allí es también donde dijo al leproso: «Sé limpio». Allí también fue donde una tarde mandó echar las redes a Simón Pedro, y las redes salieron de las aguas repletas de peces hasta romperse las mallas. Y dos barcos se llenaron casi hasta hundirse en las aguas. Entonces Simón Pedro, absorto ante el prodigio que tenía a su vista, recordando que la noche anterior había inútilmente echado las redes en el lago, cayó a los pies de aquel Hombre maravilloso y hundiendo la frente en el polvo, exclamó con medroso acento:

«—¡Señor, perdona mis pecados!»

Jesús, entonces, extendiendo una mano sobre aquella cabeza venerable que se humillaba, dijo:

«—Nada temas. Te llamas Simón, te llamarás Pedro y de aquí en adelante serás pescador de hombres».

La fama, los milagros de Jesús se extendieron con una rapidez prodigiosa por las doce tribus.

Mientras tanto, el ungido del Señor reclutaba en las riberas de Genesareth sus apóstoles, los modernos propagadores de su nueva ley. Rudos pescadores habían de

conmover al mundo con el poder de su palabra, siempre inspirada por su Divino Maestro. A Pedro sigue su hermano Andrés. Más adelante, los hijos del Zebedeo ven pasar a Jesús a tiempo que se ocupan en componer sus redes. Jesús les llama y Santiago y Juan abandonan a su padre por seguir al hombre cuya palabra arrebata, cuya mirada seduce. Poco después, seguido siempre por todas partes de la multitud, Jesús detiene su paso en la cima de un monte. Allí elige a sus apóstoles. Pedro, Andrés, Juan, Santiago, Felipe, Mateo, Santiago de Alfeo, Simón, llamado el celador y Judas Iscariote, el miserable que más tarde debía vender a su Maestro.

Éstos fueron los elegidos por el Salvador del mundo: hombres inmortales, que con la palabra regeneradora en los labios recorrieron más tarde la tierra en busca del martirio.

Jesús les condujo a un llano. Sentóse sobre la tierra, y después de abarcar con una mirada bondadosa a los soldados de su nueva ley, comenzó a hablarles de este modo:

Capítulo II

LAS BIENAVENTURANZAS

«Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos.

»Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque hartos seréis.

»Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis.

»Bienaventurados seréis cuando os aborrecieren los hombres y os apartaren de sí y os ultrajaren…»

Jesús inclinaba de vez en cuando la radiosa frente hacia el suelo. Pero en breve tornaba a oírse su dulcísima voz que decía:

«¡Ay de vosotros los que estáis hartos, porque tendréis hambre!

»¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque lloraréis y gemiréis!

»Mas digo a vosotros que me oís: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os quieren mal.

»Bendecid a los que os maldicen y orad por los que os calumnian.

»Al que os hiere en una mejilla presentadle también la otra, y al que os quitare la capa, no le impidáis llevarse también la túnica.

»Dad a todos los que pidieren, y al que tomase lo que es tuyo, no se lo volváis a pedir.

»Lo que queráis que hagan con vosotros los hombres, eso mismo haréis vosotros con ellos.

»Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tendréis?

»Si hiciereis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tendréis?

»Si prestáis a aquellos a quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tendréis? Los pecadores también hacen esto.

»Amad, pues, a vuestros enemigos: haced bien, dad prestado sin esperar por eso nada, y vuestro galardón será grande y seréis hijos del Altísimo, porque Él es bueno hasta para los ingratos y malos.

»Sed, pues, misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso.

»No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados, perdonad y seréis perdonados.

»Dad y se os dará buena medida y apretada; porque con la misma medida que midiéreis, se os volverá a medir.

»Porque ¿cómo podréis decir: déjame, hermano, sacarte la mota de tu ojo, no viendo tú la viga que hay en el tuyo?… Hipócrita: saca primero la viga de tu ojo, y después verás para sacar la mota del ojo de tu hermano.»[47]

Esto repetía Jesús con dulce acento. Sublime doctrina, digna solamente de un Dios que descendió del paraíso a derramar su sangre por el hombre y hacer de la raza humana una familia. Todos hijos de Dios, todos hermanos: he ahí una frase que

encierra ella sola un poema de indefinible ternura, de inagotable amor. Jesús, después de instruir a sus discípulos entró humildemente en la ciudad de Cafarnaum, donde curó al criado del centurión romano. Cristo, incansable en el desempeño de su misión sublime, buscaba con tierna solicitud a los desgraciados para llorar con ellos. La viuda de Nhaim ve levantarse el cadáver de su adorado hijo.

La mano de Jesús había tocado el féretro y su voz había dicho: «Levántate».

—¡Dios visita a su pueblo! —exclamó la muchedumbre, absorta ante tan prodigioso milagro.

—¡Un gran Profeta se ha levantado entre nosotros! —exclamaron los discípulos en voz baja.

La fama de este milagro corrió hasta el último confín de Judea. El Bautista escuchó en su calabozo el asombroso acontecimiento que preocupaba el ánimo de los israelitas. Juan mandó a dos de sus discípulos en busca del Mesías.

«—¿Eres Tú el que ha de venir, o esperamos a otro?» —le preguntaron.

El Nazareno les contestó:

«—Decid a Juan lo que habéis oído y visto: que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres anuncian el Evangelio».

Un día Jesús se encaminaba a Galilea, y era preciso que cruzara la hostil Samaria. El sol se hallaba en mitad del cielo.

Sus rayos abrasadores caían perpendicularmente sobre la tierra. Jesús se sintió fatigado. La ciudad de Sichem distaba como un cuarto de hora del sitio en que se encontraba. Era esta la heredad que Job había dado a José, comprada a los hijos de Hemer por cien corderos. Cerca de esta heredad había un pozo[48] donde acudían las mujeres de Sichem por agua. Los discípulos se encaminaron a la ciudad en busca de víveres. Jesús se quedó solo. Un pensamiento profundo se veía germinar otra vez en aquella frente divina. Sus grandes ojos garzos, fijos en el hueco profundo del pozo, parecían leer sobre la transparente y clara superficie del manantial algún misterio. De pronto se estremeció. Su noble cabeza se elevó como la copa de la gallarda palmera después del último soplo del huracán. Dirigió una mirada llena de perdón y de bondad hacia Sichem, por donde avanzaba en dirección a la fuente una mujer con un ánfora de barro sobre la cabeza y una larga cuerda de esparto enrollada por la esbelta cintura y el brazo izquierdo. Aquella mujer era joven: tendría unos veinticuatro años. Sus ojos resplandecían con el fuego voluptuoso del amor. Sus labios, gruesos y nacarados, respiraban sensualidad, pasión. Sus mejillas, morenas como las de la Sulamita, mórbidas como las de Abigail, ostentaban la salud, descubrían que aquella mujer encerraba un corazón hambriento de placeres.

Largas trenzas de negros cabellos caían sobre sus redondos hombros y torneadas espaldas. Su abultado seno latía ligeramente bajo los pliegues de su túnica de lana de color amaranto. Aquella mujer se llamaba Sarai. Los Evangelios sólo la consignan con el nombre de su patria: la Samaritana.

Sarai, al llegar al pozo, colocó el cántaro sobre el brocal, y dirigió una mirada desdeñosa hacia aquel Hombre silencioso que la contemplaba con ojos compasivos. A la hija de Samaria le bastó ver el traje y los largos cabellos del extranjero para adivinar a qué tribu pertenecía. Era un galileo, gente que los samaritanos miraban con un desprecio profundo. Sarai llenó su ánfora y Jesús le dijo con dulce acento:

«—Dame de beber».

Sarai, la hermosa Samaritana, abarcó con una mirada burlona el rostro de Jesús, preguntando con tono admirativo:

«—Como, tú… un judío, pides agua a una mujer de Samaria… ¿Cuándo ha tenido tu pueblo trato con el mío?»

«—Si tú conocieras el don de Dios —respondió Jesús con dulce voz— y supieras quién es el que te dice “dame de beber”, tú misma se lo hubieses pedido y él te daría agua viva».

La Samaritana dirigió una mirada en torno suyo como buscando algún objeto, y no encontrándolo, hizo esta pregunta con risa burlona:

«—No tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿Dónde está esa agua que me ofreces?… ¿Eres tú, por ventura, mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo?»

«—Todo aquel que beba agua de este pozo —repuso Jesús—, volverá a tener sed; mas el que bebiere el agua que yo le daré, nunca tendrá sed».

La mujer, absorta escuchando aquellas palabras, y casi subyugada ante la majestad de Jesús, exclamó:

«—Señor, dame de esa agua que me dices y así me evitaré venir todos los días a este manantial, tornando a Sichem fatigada con el peso del cántaro que dobla mi cabeza».

El Salvador quiso demostrar a aquella mujer que Él era más que un hombre.

«—Ve —le dijo—, llama a tu marido y ven acá con él».

«—No tengo marido» —respondió Sarai bajando la frente al suelo, ruborizada ante la mirada purísima de Jesús, que le recordaba su vida pasada.

«—Bien has dicho —repuso el Nazareno—; no tienes marido, porque cinco tuviste, y el que ahora vive contigo no es tu esposo».

La Samaritana alzó los ojos confusa para mirar a aquel Hombre que parecía saber su historia licenciosa.

«—Señor, veo que Tú eres profeta —le dijo—. Yo sé que viene el Mesías que se llamará Cristo y cuando venga nos declarará todas las cosas».

Jesús, que leía en el corazón de aquella pecadora un vivísimo deseo de conocer la verdad, la dijo sencillamente estas palabras:

«—Yo soy el Mesías que hablo contigo».

Sarai cayó a los pies del Redentor, como si la luz de sus divinos ojos la hubiera deslumbrado.

Ahogados sollozos se escapaban de su pecho, y un mar de lágrimas corría por sus

morenas y frescas mejillas.

«—Mujer —continuó Jesús—, el día no está lejos que un solo Dios será adorado en toda la redondez de la tierra de un modo perfecto. Los sacrificios de los samaritanos y de los judíos serán abolidos. La fe de la nueva ley se derramará por todas partes, como la benéfica lluvia sobre los campos para fecundizarlos. El Dios verdadero no se hallará sujeto al lugar que elijan los hombres: estará en todas partes. La errante caravana, al cruzar las secas arenas del desierto, le encontrará si le busca; el pobre náufrago, en medio de los irritados mares, lo encontrará si en Él confía; el enfermo que yazca postrado en el lecho del dolor, el perdido caminante, el afligido, el hambriento, el desheredado, todos, en fin, los que viven sobre la tierra lo encontrarán si le invocan con fe; porque Él es el verdadero Dios y está en todas partes: en el aire tibio que mece el melancólico penacho de la palmera, en el cáliz de una flor, en la fuente que susurra al pie de las colinas, en el canto misterioso de las aves, en los radiosos rayos del sol que iluminan y vivifican; porque Dios es espíritu, y es menester que le adoren en espíritu y en verdad».

Aún permanecía a los pies de Jesús la Samaritana escuchando las palabras del Divino Maestro, como si fueran el eco armonioso de una música celeste, cuando llegaron los discípulos que habían ido a Sichem a comprar víveres.

La presencia de una mujer en aquel sitio les admiró sobremanera; pero nadie se atrevió a decirle al Maestro *qué pregunta o qué habla con ella*.[49]

Sarai, al verse rodeada de los apóstoles, aturdida, confusa, abandonando su cántaro, se fue precipitadamente a la ciudad a participar el venturoso encuentro que había tenido en la heredad de Jacob.

«—Venid —gritaba Sarai a todos los que encontraba al paso—, venid a ver a un hombre que me ha revelado todo lo que he hecho en mi vida. ¿Tal vez será el Cristo?» Mientras esta mujer alarmaba con sus voces a los habitantes de Sichem, que llenos de curiosidad se encaminaban hacia la fuente de Jacob, los apóstoles, presentando a su Maestro las provisiones, le suplicaban que comiera, pero Jesús rechazaba los manjares, diciéndoles:

«—Yo tengo para comer un manjar que vosotros no lo sabéis».[50]

Los discípulos no quisieron importunarle y aunque no comprendían lo que acababa de decirles, guardaron silencio. Sólo uno murmuró esta palabra en voz baja:

—¿Si le habrá traído comida esa mujer?

El que así dudaba era un hombre de estatura mediana, ancho de espaldas y rostro extremadamente moreno. Tenía el pelo rojo y la mirada de sus ojos pardos era recelosa. Nunca aquellos ojos miraban frente a frente. Aquel hombre, vestido con una túnica oscura y un manto judío, llevaba una ancha bolsa de cuero colgada de la cintura. Era el discípulo encargado de los gastos: se llamaba Judas Iscariote. Su infamia le inmortalizó más tarde.

Capítulo III

LA SAMARITANA[51]

Algunos días después, la mujer de Sichem, a quien había hablado Jesús en el pozo de Jacob, estaba sentada en su casa y lloraba. La voz poderosa, triste, severa y a la par consoladora que le había dicho: «¡Oh! ¡Si tú conocieras el don de Dios!…» Aquella voz resonaba sin cesar en sus oídos y retraía su corazón de sus largos extravíos.

Sueños de inocencia desvanecida, secretos arrepentimientos no confesados aún de ella misma, turbaban su espíritu.

Repasaba en su imaginación los días que se habían deslizado entre la febril embriaguez de las pasiones y el rubor coloreaba por un momento su faz, que pronto palidecía de nuevo con la amargura de sus recuerdos.

Su intranquila alma, por tanto tiempo llena de sentimientos tumultuosos, volvíase a pesar suyo hacia lo que tanto amaba, porque la gracia le había sorprendido en medio de una afección profunda y más ardiente que cuantas hasta entonces le habían agitado; y su corazón palpitaba todavía bajo el peso de los nuevos pensamientos que germinaban en su pecho, junto a los que no la habían del todo abandonado, y su alma gemía en la turbación y en la angustia.

—Saphan no vendrá —se decía en medio de la inquietud de su espíritu—; él ha ido a vender sus ganados y su herencia para fijarse para siempre a mi lado. Yo le he exigido esta prueba de amor. Quiero que todo lo deje por mí, como yo dejaría por él todos los bienes de la tierra… Pero, ¿cómo renunciar a los del cielo, ahora que han brillado ante mis ojos? ¿Qué va él a pensar, hallándome tan otra de como me dejó?

Estas reflexiones aumentaban la palidez de su rostro y su seno se levantaba agitado.

—¿Quién puede prever si volverá? Un año de constancia le habrá cansado tal vez. Por otra parte, una esposa joven, bella, honrada sin duda ¡ay! de toda su inocencia, le aguarda al lado de su padre… ¡Quién sabe!… Quizá no volverá más. Mejor sería esto que tener que separarse… ¡Oh, Dios mío! ¡Muy débil soy todavía! Me costará la vida.

Así hablaba Sarai, la bella samaritana, conocida hasta entonces en Sichem por sus infortunios y por el atractivo de sus gracias, a las que pocos hombres sabían permanecer insensibles. Mas hoy su hermoso semblante está oscurecido por las lágrimas, y Sarai se ve abismada en amargos recuerdos, mezclados de previsiones más amargas todavía. Saphan era joven, era bello y Sarai le había amado con locura. Anhelaba ser su esposa, pero Saphan era un hijo de Israel y el origen extranjero de los habitantes de Samaria, así como las diferencias que dividían su culto y sus creencias, hacían imposible toda alianza.

Entonces Sarai había endulzado sus labios con la miel de sus palabras, había

arrojado sus miradas de fuego, habíase perfumado sus cabellos y puesto los hermosos vestidos de fiesta. No tardaron sus encantos en embriagar al joven hebreo, y a semejanza del hijo pródigo, todo lo había dejado por ella, transformada ahora con una palabra del Salvador y que de lo pasado no conserva ya más que un corazón turbado por el arrepentimiento, y sus lágrimas corrían todo el día, y por la noche, abismada en sus tristes pensamientos se decía:

—¡Ah! Si él hubiese escuchado como yo la voz de Cristo, su alma se hubiera seguramente conmovido como la mía, y los dos juntos seguiríamos al Salvador, para escuchar siempre los acentos que hacen levantar los muertos de sus sepulcros y los pecadores del abismo de sus pecados. Pero, ¿me querrá creer a mí, pobre mujer, sin ciencia, sin autoridad? ¡Oh, Dios mío! Yo no espero sino en Ti.

Sarai rogaba con ardor por ella y por aquel que quería también salvar, porque hemos de decirlo: el cielo y sus delicias y sus días eternos parecen apenas apetecibles al corazón de una nueva neófita, conmovida aún con las pasiones de la tierra, sin aquel a quien confía arrastrar consigo. ¡Ah! Porque el rayo que lleva en su corazón es un rayo perdido del amor eterno, que debe ser vuelto a él después de haber abrasado el seno que le había recibido para otro uso.

Al caer de aquel día, después de una luna de ausencia, apareció Saphan a la puerta de la casa de Sarai, y, como conocía el secreto, la abrió sin dificultad. Al entrar en la habitación baja que habitaba la joven, dejó su aljaba y su palo de viaje, y adelantándose hacia ella, le dijo en un tono que manifestaba una fuerte emoción:

—Sarai, ya me tienes de vuelta a tu lado… He dado un adiós, como tú lo has querido, a mi padre, a mi pobre madre, a mis hermanos, al lecho que me vio nacer, a la que me estaba destinada para esposa. He roto todos los lazos que podían alejarme de ti…

Su semblante apareció como sombreado por una nube, pero pasando la mano sobre su frente como para ahuyentar una idea importuna, continuó:

—Ven, Sarai; hágame el amor olvidar todo cuanto he dejado por ti.

Sarai permanecía trémula y silenciosa. Las sombras empezaban a subir por el horizonte. Un postrer rayo de sol al morir penetró por la ventana, iluminando los negros cabellos de Sarai y dorándolos con un brillante reflejo, pero su rostro estaba en la oscuridad. Acercóse Saphan y la miró: estaba inundada en lágrimas.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó algo bruscamente el joven—. ¿De dónde viene tan extraño recibimiento? No, tú no me recibías así… ¿Ha sido tal vez demasiado larga mi ausencia para la constancia de un corazón de mujer? Habla, responde…

Un suspiro de Sarai fue toda su respuesta. Estas palabras de su amante la hicieron conocer toda la profundidad de su abyección, pues podía creerla capaz de olvidarle tan pronto.

Saphan la examinaba con ojos de sospecha. Continuó, pues, y su voz temblaba en la cavidad de su robusto pecho.

—Dímelo: ¿he obrado mal en dejarlo todo por tu amor?… ¡Oh! ¡Si pudiese

creerlo!… Dilo, dilo, Saraí. ¿Tan presto vas a vengar a mis padres y a mi joven prometida del abandono inesperado en que les acabo de dejar? Mi padre, a quien Dios bendiga y consuele, mi padre, el sabio anciano, me lo ha dicho ya: que tú los vengarás un día a todos; pero yo en mi ceguera y en mi amor insensato, no he querido creerle. ¿Y tú eres la que tan pronto debes convencerme?

Y estaba mirando a Sarai, y sus ojos expresaban una desconfianza mezclada de cólera y dolor.

—¡Saphan! —exclama ella—, ¡yo te amo siempre! ¡Oh, sí, siempre lo bastante para morir por ti si tienes necesidad de mi vida!

—Entonces… —dijo Saphan con un acento de fiereza.

—Durante tu ausencia han pasado aquí, en estos lugares, algunas cosas… de las que yo hubiese querido que fueses testigo, Saphan, y estas cosas me han dado a conocer que otros pensamientos, muy diferentes de los de la tierra, deben llenar el espíritu de las criaturas de Dios.

Saphan, en pie, con los brazos cruzados y contraídos, miraba a aquella mujer conmovida y palpitante, y no sabiendo leer en el fondo de su alma qué suerte de emociones la turbaban, en un terrible acceso de furor exclamó:

—¡Ah, corazón de mujer, más inconstante que las ondas móviles del mar! ¿Qué extravío de pensamientos, qué vértigo se apoderó de mí para dar crédito a tus palabras? ¡Oh, desdicha! Soy un insensato.

—¡Saphan, querido Saphan, no me maldigas! —exclamó ella echándose de rodillas delante de él y besando sus manos con inmenso dolor—. ¡Oh! No me oprimas, no me mates con ese menosprecio que leo en tus ojos. No, no lo creas, no ha cambiado mi corazón: es tuyo, te ama a ti únicamente, y jamás lo poseerá otro. Pero escucha: ha brillado a mi vista una nueva y súbita luz, que me ha hecho ver mi pequeñez y mi miseria; he comprendido, he sentido misterios desconocidos, cuya sublimidad me ha aterrado. Una voz me ha hablado. ¡Oh, Saphan! ¡Si conocieses tú también el don de Dios!

—¿Qué quieres decirme? Tus palabras son para mí incomprensibles.

Y Saphan arrojaba sobre la joven miradas de acriminación, acompañadas de un desdén profundo. Parecía decirle: ¿Así es como pagas todos las sacrificios que por ti he hecho?

Saphan se había dejado sorprender por las cariñosas palabras de una mujer bella y apasionada, y habíase abandonado sin defensa a sus seductoras gracias. Subyugado por sus encantos, nada le había costado la resolución de romper por ella todos los lazos que unen a los hombres entre sí. Mas ahora que sospecha su inconstancia, ahora quizá que había destruido todos los obstáculos que entre los dos se levantaban, su pensamiento le ofrecía de nuevo las imágenes que se había en vano esforzado en rechazar.

Saphan veía en aquel momento a su anciana madre llorando y dándole el último adiós, a su padre, enfermo y agobiado de pesares, y a sus hermanos, fieles a las

antiguas costumbres, seguirle con severa mirada al darle el último adiós. A su prometida esposa, la bella y encantadora Idida que al verle partir ocultaba sus lágrimas bajo el velo.

Sin saberlo, había traído a Sichem un corazón irresoluto con imágenes de pura felicidad, y recuerdos y remordimientos que quería olvidar en los fuegos de una pasión ardiente…

—¡Ay! Un corazón que ve de lejos el resplandor divino, encierra muchas miserias secretas; lleva en sus propios sentimientos, en una debilidad innata, una llaga que le corroe y que le hace incompleta la felicidad; desea y teme, llama y rechaza, quiere y no quiere, y no se adhiere por fin sino a lo que se le escapa.

Sarai vio en una sola mirada todo lo que pasaba en el corazón de Saphan, pues se sentía doblemente iluminada por el amor y por el dolor.

—¡Oh, Saphan! —exclamó llorando con amargura—. ¿Por qué no te resististe tú, cuando, loca de mí, te exigí grandes sacrificios? ¡Ay! Yo creía pagártelos con toda una vida de amor y de adhesión, con toda una existencia consagrada a ti, pues te amo como nunca, como jamás he amado.

—Si tú me amases…

—¡Oh, mi Dios! Si yo te amo. Mas —continuó bajando sus ojos llenos de lágrimas— el Cristo, el Salvador, ha bajado a Sichem, nos ha hecho oír su palabra divina y su voz ha removido mi alma hasta lo más profundo de ella.

Saphan sonrió de un modo extraño.

—Tú ya no me crees —repuso Sarai como agobiada por un gran peso—. He perdido el derecho de persuadirte. ¿No le hubiera tenido sino para tu perdición? ¡Ah! ¿Por que no te hallabas tú aquí? ¡Fatal viaje! ¿Por qué me dejaste? Tú hubieras visto, y tú hubieras sentido como nosotros el poder irresistible que ejerce. Él ha hablado y todos han enmudecido para escucharle. Ha curado a aquellos que sufrían de algunos males de alguna languidez, y su límpida mirada penetraba hasta el fondo de las conciencias y las turbaba como un rayo de sol turba el agua, a la que a un tiempo calienta e ilumina.

—Pero, ¿a dónde nos conducirá este discurso? —dijo Saphan con acento brusco.

—Pues bien —replicó Sarai con una voz débil, pero asegurada por una sincera convicción—, he reconocido mi culpa y de ella me he arrepentido.

—¿Con quién? —exclamó Saphan en tono de un profundo desprecio.

Dos lágrimas saltaron de los ojos de Sarai a este insulto inesperado.

—Tú no me crees —respondió ella con desolada voz—. ¡Ah! Bien merecido lo tengo. El terrible castigo de una conducta insensata es el no poder inspirar más la confianza. ¿Qué diré yo ahora si no das el menor crédito a mis palabras? Vamos a encontrar a Eliezer: sus sencillos discursos te convencerán quizá. Pero vedle, que llega ya.

En efecto, un viejo inclinado bajo el peso de los años, llegaba de los campos, en donde sin duda durante el día había vigilado algunos trabajos. Era Eliezer, tío de

Sarai y padre de los jóvenes que sucesivamente habían muerto después de haberla tomado por esposa.

Eliezer era un anciano entendido, sencillo en sus palabras, y cuyas acciones habían sido todas buenas delante de Dios. Sus canas eran por todos respetadas, porque la experiencia consumada es la corona de los viejos, y su gloria consiste en el temor de Dios.

—Saphan, hijo mío, seas bien venido —dijo al joven alargándole su rugosa mano.

Levantóse éste por respeto a la vejez, siguiendo aquel precepto de la Escritura: «Levántate delante de aquellos que tienen cabellos blancos: honra la persona del anciano.» Pero no respondió. Este afectuoso acogimiento no dejó de sorprenderle, y le dio algún escozor en el corazón; porque Eliezer, sabiendo que un hijo de Israel no podía ser esposo de una samaritana, había vituperado sus relaciones con su sobrina. Bondades hay que hacen presentir la desgracia.

—¿Puede tu regreso devolver la paz a Sarai? —continuó el viejo—. Ocho días hace que no sabe sino llorar y sus ojos se convierten en dos arroyos de lágrimas.

—Y, sin duda, conoceréis la causa de tan profundo pesar —dijo en amargo tono el joven hebreo.

—¡Ah! La causa —dice Eliezer sentándose sobre una tarima junto a Sarai—, la causa de esta pena es y será la alegría de muchos: ella produce la mía, sí, mi alegría; yo, que estaba sobrecogido con los terrores de una muerte inevitable, próxima, y que flotaba en un mar de dudas y de oscuridad…

El joven hebreo escuchaba y la sorpresa le dejó sin palabra.

—Saphan, tú eres joven todavía y el orgullo de la vida y la fuerza de un largo porvenir que se despliega a tus ojos como un horizonte lejano harán tal vez que no prestes mucha atención a las cosas que voy a decirte, pero no importa, escucha: Un Hombre ha aparecido entre nosotros y su boca enseña la sabiduría. La gracia divina y la fuerza fluyen de sus labios, como cae el rocío por la mañana sobre la tierra; Él ha derramado la luz sobre cuantos le han escuchado con recto y sincero corazón. A Sarai debemos su venida. ¡Bendita sea ella para siempre! —añadió arrojando sobre la bella samaritana una mirada benévola y paternal.

»Bien sabes —continuó— que ella y yo hemos sufrido juntos muchos pesares y yo la acusaba alguna vez de haber olvidado demasiado pronto a sus esposos por un nuevo amor… Mas si he sufrido mucho por ella, por ella también me ha venido el consuelo. ¡Bendita sea! Por ella Saphan, se ha levantado de repente delante de mí la esperanza de otra vida en el sepulcro, se han disipado ya mis temores y se han aclarado las tinieblas que me llenaban de horror; la vejez, hijo mío, no es ya para mí aquel mal débil y pesado que conduce a la muerte. Es el camino áspero y duro de la verdad, pero iluminado por un rayo del porvenir que conduce hacia una vida imperecedera. ¡Oh, hija mía! ¡Bendita seas en el tiempo y para siempre!

Saphan estaba mirando a Eliezer, que, perdido en sus pensamientos, parecía penetrado de un inefable reconocimiento hacia Sarai. El joven hebreo no comprendía

sus discursos, y después de un corto silencio, volvió a seguir Eliezer.

—Habrán pasado poco más de ocho días, porque era sobre el fin de la luna que acababa de renovarse; mi hija había salido de la ciudad a la sexta hora del día para ir, según ella me contó después, a sacar agua en la pendiente de la montaña de la fuente de Jacob. Un Hombre, cuyo nombre bendiga para siempre el universo, un Hombre, digo, estaba sentado junto al pozo; parecía fatigado y descansaba a la sombra de las palmeras. En su modo de vestir fácil era reconocer su nación… era un galileo; su aire era sosegado y majestuoso y con sólo ver su noble serenidad, venían vivos deseos de postrarse a sus pies. Esto era a lo menos lo que Sarai nos dijo haber sentido, y después lo he experimentado yo mismo.

El anciano se interrumpió por un momento, pues parecía estar vivamente conmovido por sus recuerdos. Sarai, sentada entre Saphan y el viejo samaritano, enjugó por dos veces sus ojos con la punta del velo con que ocultaba su hermoso y dolorido semblante.

Eliezer continuó:

—Cuando mi hija se acercó a la fuente, el extranjero le pidió con un acento lleno de dulzura que le diese de beber. Sorprendida Sarai por la confianza que le manifestaba, pues ya sabes qué odio divide nuestras dos naciones, le respondió: «Señor, ¿cómo voz que sois judío, me pedís de beber, a mí que soy samaritana? Los judíos no tienen comercio con los samaritanos.» Entonces Él respondió, y esta respuesta conmovió hondamente el corazón de mi hija: «Si tú conocieras el don de Dios y supieras quién es el que te dice: Dame de beber, tú misma tal vez se lo hubieses pedido y él te daría agua viva.»

—¿Qué quiere decir esto? —interrumpió Saphan—. ¿Tenía, pues, este hombre, siendo viajero, un vaso bastante grande para sacar agua en el pozo de Jacob? Es de una profundidad considerable y es preciso saberlo abrir.

—Esto mismo es lo que le hice notar —dijo a su turno Sarai— y le respondí con sorpresa: Señor, si no tenéis nada con que sacar agua y el pozo es tan profundo, ¿de dónde hubierais sacado agua viva? ¿Sois vos más grande que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, de cuya agua bebió él mismo y también sus hijos y sus rebaños? Pero Él respondió: «Cualquiera que beba esta agua volverá a tener sed, pero el que bebiere de la que yo le daré, sentirá su sed apagada y el agua que yo le diere se convertirá en un manantial inagotable hasta la vida eterna.»

Y Sarai quedó pensativa, como si esta voz y estas palabras resonaran todavía en sus oídos.

El anciano, bajando la voz y dirigiendo su palabra a Saphan, que permanecía inmóvil con aquella relación, continuó:

—Sarai se sentía turbada en su interior y le dijo con una especie de movimiento involuntario: «Señor, dadme de esta agua a fin de que no tenga más sed, ni haya de venir aquí más para saciarla.»

Y añadió el viejo con acento aún más bajo:

—Y el extranjero le contestó entonces; «Id, llamad a vuestro esposo y volved aquí.»

Sarai, que permanecía absorta en profundas reflexiones, seguía con atento oído cada una de las palabras de Eliezer y exclamó:

—Sí, Saphan, el Señor me ha dicho que te llamase y aun cuando debiese costarme la felicidad y el gozo de mi vida, yo te llamaré con todas las voces de mi corazón, hasta el día en que me respondas: «Aquí me tienes.»

Y Sarai ocultó el rostro entre las manos: sus lágrimas corrían al través de sus hermosos dedos.

—Me fue preciso decirle la verdad, y se la confié con vergüenza y rubor —volvió a decir—. «Yo no tengo esposo», le dije y Él me replicó: «Con razón dices que no tienes esposo.» Y la voz del que así me hablaba era una voz llena de armonía, compasiva y sus palabras agitaban hondamente toda mi alma. Y exclamé como perdida: «Señor, yo veo bien que Tú eres un profeta.» Y quedé anonadada delante de Él. Entonces pronunció algunas palabras sublimes, cuyo sentido era demasiado encumbrado para mi débil inteligencia. Abismada estaba de estupor por las revelaciones que acababa de hacerme acerca de mi vida pasada, y sobre los lazos que nos unían, Saphan. Sin embargo me esforcé para recobrar mis sentidos, a fin de no perder sus palabras y aun le oí decir: «Dios es espíritu y vida y es preciso que los que le adoran le adoren en espíritu y en verdad.»

Saphan miró al anciano, como para pedirle una explicación de las elevadas doctrinas que él no comprendía, pero Eliezer parecía perderse abismado en sus pensamientos: sus ojos, levantados al cielo, indicaban de qué naturaleza eran sus reflexiones.

Sarai continuó:

—Yo me atreví a decirle balbuceando: Sé que presto debe venir el Cristo o el Mesías. Cuando habrá venido, anunciará todas las cosas; pero, Saphan, Él me respondió, y mi corazón se estremece al pensarlo y mi boca osa apenas repetirlo: «Yo soy el Mesías que hablo contigo.»

Saphan y el anciano se miraron; sintieron como helarse la sangre de sus venas. Sarai volvió a decir:

—A estas palabras huí como azorada y al mismo tiempo arrobada de alegría. Dejé allí mi cántaro y vine aquí corriendo y jadeando, y diciendo a cuantos encontraba por el camino: «Venid a ver un hombre que ha leído en mi corazón, porque es el Cristo, el Mesías prometido.»

—¿Y qué hicieron los que tú llamabas? —dijo Saphan—. ¿Dieron crédito tan fácilmente a tus palabras?

Sarai no respondió; fue Eliezer el que habló con acento grave y profético.

—Un gran número de habitantes de Sichem y yo con ellos, salimos presurosos de la ciudad y fuimos a su encuentro. Decíamos al salir: ¿Si nos habrá esperado? Y nos dábamos prisa. Estaba todavía sobre la montaña rodeado de sus discípulos.

»Al verle nos detuvimos a cierta distancia sin atrevernos a pasar adelante. El sol le bañaba con su luz, pero Él parecía brillar con rayos interiores, más relucientes que todos los resplandores del cielo; nuestros ojos quedaron deslumbrados de su presencia. De lejos le oímos conversar con sus discípulos. Ellos le suplicaban que tomase el alimento que le habían traído, pero Él les respondió con imponente gravedad: "¿No decís vosotros: Dentro de cuatro meses vendrá la siega? Ahora os digo Yo: Levantad y mirad los campos que blanquean: ya están para segarse. El que siegue recibirá su salario y recogerá frutos para la vida eterna, para que tan contento quede el que siembra como el que recoge las mieses."

—¿Qué quería decir con esto —exclamó Saphan—, y de qué siega quería hablar? No comprendo yo estas figuras.

—En nuestras almas es en donde siembra sus palabras y para el cielo es, sin duda, donde quiere recoger el fruto —respondió el viejo samaritano.

—¡Que no estuvieras tú allí, Saphan! —dijo Sarai—. Los que le han oído han creído en Él, porque el poder y la persuasión fluían de sus labios con abundancia.

—¿Permaneció mucho tiempo en Sichem?

—Dos días estuvo entre nosotros. Durante este tiempo su palabra divina ha germinado en nuestras almas, y la mitad del pueblo cree en Él. Y no por lo que nos ha dicho Sarai, sino que le hemos visto por nosotros mismos y sabemos que es el Salvador del mundo.

—Saphan, el Señor me dijo que te llamase. ¡Oh! No te hagas sordo a su voz.

—Su voz no ha llegado a mis oídos —añadió el joven— y lo que me dicen un viejo crédulo y una mujer que fácilmente se agita, no puede conmoverme. Además, ¿cómo el Cristo prometido a los verdaderos hijos de Israel hubiera por tanto tiempo conversado con samaritanos, cuyo culto es para nosotros abominable?

—Me olvidaba decirte aún, tanta es mi turbación, que para salir de las dudas que tú has hecho nacer en mi espíritu respecto a nuestro culto y a nuestra creencia, dije con timidez al Señor: «Nuestros padres, sobre esta montaña en que nos hallamos, han adorado, y los de vuestra nación nos dicen que en Jerusalén es donde se debe adorar.»

—¿Y qué respondió Él? —exclamó Saphan con más interés o curiosidad que había hasta entonces manifestado.

—Me ha respondido: «Créeme, mujer, presto va a venir el tiempo en que vosotros no adoraréis a Dios ni en esta montaña ni en Jerusalén; vosotros adoraréis lo que no conocéis, pero nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los judíos.»

—¿Esto dijo? —murmuró Saphan, en cuyo pecho los extravíos de la juventud habían debilitado, pero no del todo extinguido, la fe de sus padres—. Él ha dicho la verdad: la salud del mundo debe salir del pueblo escogido de Dios.

—También nos ha dicho —prosiguió Eliezer—: «No creáis que Yo haya venido para abolir la ley y los profetas. No vine para abolirlos, sino para cumplirlos.»

—Y bien, ¿qué manda Él por último?

—Manda dejarlo todo para seguirle —repuso Sarai—; manda vivir según los pensamientos elevados del espíritu y no según los deseos insensatos de la tierra; manda la dulzura y el perdón de las ofensas; quiere el desasimiento de las riquezas, y dice: «Dad al que os pide, y no volváis el rostro al que pudiere pediros prestado. No pidáis vuestros bienes al que os los quite. Perdonad y seréis perdonados. En fin, lo que queráis que hagan los hombres por vosotros, hacedlo también con ellos.» Ésta es la ley que predica.

—¡Oh, ley de amor y de mansedumbre infinita! —exclamó el anciano en un rapto de piadosa gratitud—. ¡Ojalá no tardes en reinar sobre el mundo y derramar donde quiera tus benignas influencias!

Saphan escuchaba con una gran sorpresa. Por momentos su espíritu parecía interesarse en estas cosas tan nuevas para él (pues los recientes rumores de la venida del Mesías no habían llegado a sus oídos), pero por momentos también meneaba su cabeza y se atrincheraba en su incredulidad.

Siguió Eliezer diciendo:

—También nos dijo el Salvador: «Amarás a tu prójimo, aborrecerás a tu enemigo, dicen las Escrituras. Yo empero os digo: Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen; rogad por los que os persiguen y por aquellos que os calumnian.»

Saphan hizo un además de conmoción profunda. Eliezer reparó su movimiento y continuó:

—El Salvador añadía, con una mansedumbre que se comunicaba al alma, llevando a ella su dulzura y su paz: «Vuestro Padre celestial, ¿no hace levantar el sol para los buenos y para los malos? ¿Y no hace caer su lluvia sobre los justos y los pecadores?»

Y exclamó Sarai con acento penetrante:

—¿No acababa de caer su palabra divina sobre una pecadora, indigna de oírla? ¡Oh, tú, Saphan, tú, nacido en Jerusalén, hijo de la promesa! ¿No te dejarás llevar por el llamamiento del Mesías, cuando nosotros, malditos por tu pueblo, rechazados por la ley, nos hemos levantado de nuestra abyección para seguirle?

Mas Saphan permanecía inquieto e indeciso.

Y de repente, para hacer vacilar las resoluciones de la joven Samaritana, dijo:

—Sarai, el día en que resuelva yo someterme a esa nueva ley de que acabas de hablarme, o aun tan sólo a seguir la ley severa de mis primogenitores, es preciso que renuncie a tu amor, que vuelva a mi padre y que le diga: Dame ahora la esposa que me habéis prometido.

—Ya lo sé —dijo Sarai, derramando abundantes lágrimas—. Harto sé que habrán de romperse nuestros lazos… Pero a ti a lo menos, tu padre, tu madre, tu familia, te acogerá con gozo… Tú hallarás tal vez la felicidad en una unión pura y santa —añadió redoblando sus lágrimas y sollozos—. Los males no serían sino para mí, que quedaré sola y desolada. Mas yo confío en que no me faltará valor, y como el Señor

ve mi miseria, tendrá piedad de su pobre sierva y acortará la duración de sus penas, en gracia de su sumisión.

—No, Sarai —exclamó Saphan, dirigiendo una mirada de ternura a aquella mujer a quien había amado mucho y cuyas lágrimas atestiguaban el amor que le tenía; no, no. Créeme: deja esos pensamientos demasiado elevados para tu espíritu y severos en demasía para mi juventud; enjuga tus lágrimas. ¡Olvidémoslo todo al tiempo que huye y los que pueden vituperarnos, y nosotros mismos! La vida es corta y es preciso emplearla según nuestro corazón y nuestro deseo. Adiós por hoy: haz que mañana tu rostro resplandezca como la nueva aurora, y el júbilo renacerá en nuestros pechos como renace cada mañana sobre toda la superficie de la tierra.

Y Saphan se alejó, rompiendo una conversación que le hería en el fondo del alma y dejaba su corazón descontento, a despecho de sí mismo; porque la verdad jamás se muestra del todo en vano y su vista perturba a lo menos a los que no ilustra enteramente.

Eliezer al verle partir le siguió con la vista y dijo a Sarai:

—¡Valor, hija mía! La dicha, si es que la hay en la tierra, consiste en el cumplimiento de los deberes más que en el de los deseos.

—¿Pero la vejez se habrá olvidado tanto de lo pasado, que ya ni aun sepa lo que la juventud llama felicidad, cuando ella puede también muchas veces engañarse en este punto?

—El deber es inflexible como el mármol, y rompe y desgarra el corazón como la muerte. Fuerza es aprender a cumplir en todo su rigor, pero sin esperar que se nos convierta en un placer.

Así lo sentía Sarai y lloraba abundantemente. Delante de Saphan había contenido su dolor, pero ahora la joven se deshacía en sollozos.

—¡Roguemos! —exclamó—. Dios da indudablemente a su criatura las fuerzas necesarias para el cumplimiento de los sacrificios que la impone. Pidámosle sus gracias, que dan la fuerza; por mí sola harto los conozco, no puedo hacer más que gemir. ¡Cuánta es la incertidumbre de los deseos humanos, y cuán poco sabe el hombre lo que quiere!

—Cerremos los ojos a la luz, dice el impío; y con todo, abre sus ojos y la luz lo inunda. Regocijémonos, ha dicho el insensato en su corazón; y mientras se esfuerza en hartarse de gozo, su alma cae de repente sumergida en una tristeza inmensa… Sí, las ondas inconstantes del mar, las nubes que corren atravesando el cielo, o el follaje sacudido por la tempestad, son menos fluctuantes aún que el corazón del hombre. —Así lo experimentaba Saphan.

El joven hebreo había regresado a Sichem, descontento, vuelto el pensamiento sin él advertirlo, hacia lo que había dejado, pronto a desdeñar la mujer por la cual había abandonado su país y todos los suyos, dispuesto a acusarla por la menor sospecha, para excusarse tal vez a sí mismo sus recuerdos.

Pero su vista, su belleza, su dolor, el deseo que había manifestado de romper los

lazos frágiles que los unían, todo había reanimado su amor. Él la amaba ahora perdidamente; y después, cuando él abandonaba su alma a este amor, la doctrina severa, pero tan sublime y elevada de Aquel a quien llamaban el Mesías; los remordimientos de la misma a quien amaba, remordimientos poderosos para combatir su ternura; las palabras de Eliezer; aquella voz secreta que habla en el fondo del corazón y siempre protesta dentro de nosotros contra las pasiones desarregladas, todo se mancomunaba para introducir la turbación en su espíritu, y su alma flotaba en un océano de dudas y de incertidumbre. ¡Oh, Dios mío! En Ti sólo se encuentra el reposo.

Dos días han transcurrido durante los cuales Saphan y Sarai no se han hablado ni se han vuelto a ver. Saphan anda errante por el campo: tan presto busca a Sarai en los lugares donde muchas veces la encontraba, en las llanuras o bajo las palmeras de la fuente de Jacob, tan presto se hunda en la sombra de la montaña a través de ásperos senderos, conversando consigo mismo acerca de las palabras que ha recogido de la boca del anciano y de su hija, pero después, cansado muy pronto del esfuerzo de su espíritu confuso busca de nuevo a aquélla por cuyo amor dejaría aun otra vez lo que había dejado ya, y que parecía huir obstinadamente de él.

Sarai, en tanto, pasa la noche pidiendo a Aquél, de quien viene todo don perfecto, que la ilustre y haga descender sobre ella fuerza y socorro.

Después de haber derramado abundantes lágrimas, después de haber depuesto sus humildes súplicas a los pies del Eterno, levántase la joven una mañana, llama a un criado fiel, le hace tomar sandalias y un nudoso palo, le habla largo rato en secreto y le hace partir antes de la aurora, diciéndole:

—Ve, Micas, infórmate con exactitud y ven a decirme en qué lugar podremos encontrarle.

Y luego de haber partido el mensajero, se hinca de rodillas y ruega aún largo rato; al levantarse, lava su cara para borrar las huellas de su llanto y sale al encuentro del joven hebreo.

—Saphan, Dios nos separa —le dice con una voz que pretende resistir con entereza, y tiembla a pesar de sus esfuerzos—. Mi vida ha sido siempre desgraciada: cinco hermanos quisieron uno tras otro enlazar su suerte con la mía, siguiendo la costumbre de enlazarse el hermano con la viuda de su hermano para darle sucesores. Todos los cinco perecieron de una muerte imprevista y violenta: el uno por el fuego del cielo, el otro en medio de las aguas, los otros en la última guerra… Un hijo, dulce esperanza de mi vida, que Franuel, el último de mis esposos, me había dejado, murió también en mis brazos… Y ¡quién lo creyera!, tantos dolores no han fatigado aún mi alma, y cuando Eliezer, a quien los mismos judíos han llamado el buen Samaritano, te condujo a nuestra habitación cubierto de heridas que te habían hecho unos ladrones en los desfiladeros de nuestras montañas, mi alma voló toda entera hacia ti. Después de larga solicitud y cuidados, cuando pudiste verme tuve la debilidad de comunicarte mi ternura, y a pesar de lo que disgusta a tus compatricios una mujer de Samaria, tuve

el arte o la felicidad de hacerme amar de ti… ¡Te amaba tanto!…

Detúvose aquí, pero el llanto la sofocaba. En vano procuraba enjugar repetidas veces sus lágrimas, con un velo pues no podían agotarse.

—Y bien, y bien —exclamó Saphan—, si fue una falta el amarse, ¿ésta no es común? Y cuando cerca de ti suspiro, cuando me miro en tu gracia y en tu belleza, no puedo arrepetirme de haberte amado.

—Pues yo me arrepiento —dijo Sarai a través de su llanto.

—¡Tú te arrepientes! —respondió Saphan en tono apesadumbrado—. Entonces tú ya no me amas.

—Me arrepiento y te amo, Saphan. ¡Oh! ¡Si tú conocieses el don de Dios!…

—Mas, ¿cuál es ese don de Dios que viene a destrozar los corazones?

—Es el de amarle ante todo y con todo el amor; es esperar su reino y aguardar su ley; es, en fin, Saphan, llorar sobre las faltas de una vida culpable y arrancarse el corazón, si es necesario, para no cometer otra culpa en lo sucesivo.

Saphan miró a Sarai con ojo inquieto y receloso, y le dijo:

—Yo no creo en tu arrepentimiento ni en tus fingidos dolores. Eres demasiado joven aún para pensar en la penitencia, y tu alma demasiado ardiente para rechazar el amor. Lo que yo creo es —continuó— que tu corazón ha cambiado durante mi ausencia; que otro ha sabido agradarte y que tú quieres abandonarme… Puedes hacerlo, Sarai, porque no te une conmigo ningún lazo. Las leyes de tu país y más aún las del mío, que condenan tu culto, se opondrían entre nosotros a una unión legítima. Mas antes de seguir tus nuevas inclinaciones, quiero que a lo menos sepas bien lo que haces y cuál será mi suerte. Escúchame —respiró con fatiga, pues su pecho estaba violentamente oprimido, y, continuó—: Mi padre y mi madre, después de haber apurado sus inútiles esfuerzos para doblar mi resolución de dejarlo todo por ti, me han desterrado de su venerable presencia. Delante de mí repartieron sus bienes entre mis hermanos y me desheredaron. ¡Ay! Y si no pronunciaron contra mi cabeza la maldición de los hijos rebeldes, fue porque Idida, la esposa que ellos habían escogido, se arrojó entre ellos y yo y les pidió mi perdón.

—¡Saphan! —exclamó Sarai—, ¿por mí arrostrabas tantos infortunios? ¡Oh! ¡Que Dios tenga piedad de nosotros!

—Tu recuerdo me había armado contra todo lo que se oponía a nuestro amor. Yo era fuerte, yo tenía un valor que rayaba en fiereza y por venir aquí, por vivir a tu lado, he abandonado amigos, padres, patria, y cuando llego con el corazón desgarrado por todos los dolores que acababa de causar y por todos los que había sentido, ¿qué encuentro a mi regreso? Sarai, Sari, yo he venido con todo el fuego de mi juventud, y ardiendo en esperanzas. ¿Qué has hecho tú de mi vida? ¿Qué has hecho del porvenir que brillaba poco hace delante de mis ojos? Todo ha perecido, todo se ha hundido, todo lo han devorado… tus caprichos, y ahora me abandonas. ¡Ay de mí!

—¡Oh! No hables más así Dios mío… ¡Dios mío!… ¡Que no pueda yo darte mi vida, mi sangre, para indemnizarte de tantas penas, de tantos sacrificios de que soy la

causa! Pues yo te amo más que a la vida, más que a la luz de mis ojos. Pero ¡ay! No puedo amarte más que al Dios poderoso y bueno que te llama, que nos quiere al uno y al otro a su lado, y que por algunos instantes de dolores sufridos sobre la tierra, nos promete toda una eternidad pasada junto a los goces infinitos, de los cuales apenas puede darnos una débil idea, la inmensidad de nuestras penas, Saphan, Saphan, tú fuiste fuerte delante de tus padres por el amor de tu pobre Sarai. ¡Oh amado de mi alma! Yo seré fuerte contra ti por el amor que te tengo. Porque quiero que tu alma, tan fuerte y tan bella, conozca y adore al Dios de todo amor, de todo poder y de toda belleza.

—Sarai, tus labios son elocuentes —exclamó Saphan mirándola con cierto pasmo de júbilo—; pero son demasiado bellos para enseñar otra cosa que el amor. Escúchame: nuestro es el porvenir: algún día, entre los hielos de la vejez, nos acordaremos de estos discursos; pero hoy, si es verdad que tú me amas siempre, si es verdad que ningún otro amor ha venido a desterrarme de tu corazón querida mía, no pensemos sino en la dicha de vivir el uno para el otro.

Y Saphan se acercaba a ella como transportado.

—Dios nos separa —dijo Sarai apartándose suavemente.

—No, no, Sarai; si tú me amas, no te dejaré más… lo juro.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Sarai levantando al cielo sus ojos henchidos de llanto—. ¡No era bastante el tener que romper mi corazón… fuerza es también destrozar el suyo!… ¡Perdón, mi Dios, o hacedme más fuerte!

Y Sarai, escapando de Saphan, huyó desolada, para ir a llorar lejos de aquel cuya presencia y cuyas palabras podían ser demasiado poderosas contra sus nuevas resoluciones.

Entre tanto, volvió el criado.

—Jesús ha tomado el camino de Galilea —dijo a Sarai—. Su tránsito queda señalado por prodigios que esparcen el pasmo y la admiración entre los pueblos.

—¡Loado sea el Señor, y Él te recompense por tu diligencia y por tu celo! —dijo Sarai.

Pero la palidez se derramó sobre su semblante. Sin embargo, fue con Eliezer a encontrar a Saphan, de quien huía desde su última entrevista.

—Saphan —dijo al joven hebreo—, antes de renovar penosos debates, vengo a pedirte una gracia, contando que no te negarás a mis súplicas. Bajemos los tres juntos a Galilea, hasta encontrar al Salvador.

Saphan pareció sorprendido, y no respondió.

—Él te ha llamado, Saphan —continuó la joven con valor—, y sus palabras han perdido su poder pasando por los labios de una infeliz pecadora como yo; su voz, que quebranta todos los corazones, no dejará de conmover y de cambiar el tuyo cuando resuene en tus oídos. Partamos, pues.

Saphan parecía estar incierto. Dijo no obstante:

—Consiento en ir, si me prometes que no me despedirás de tu lado cuando

estemos de vuelta.

Sarai vaciló y no dio respuesta, porque temía el efecto de sus palabras. Eliezer fue el que dijo:

—Partamos de todos modos, hijos míos, y en la vuelta se hará conforme sea la voluntad de Aquél que tiene todos los corazones en su mano.

Pensó Saphan que a lo menos durante el viaje no podía huir de él la bella samaritana, y consintió en la marcha.

Y dijo Sarai dentro de sí misma:

—De aquí en adelante no seré sino de Dios, sólo: dígnese hacer piedad de mi flaqueza y enviarme su fuerza.

El día siguiente, al apuntar la aurora, partieron los dos, acompañados del viejo Eliezer, que deseaba oír una vez más la palabra del Salvador.

Micas conducía el carro, tirado por dos robustas pollinas, y siguieron los mismos caminos que había andado el Hombre Dios. Por todas partes, en cada aldea y en cada pueblo, encontraban gentes reunidas que, pasmadas, conversaban acerca de las maravillas que acababan de presenciar con sus propios ojos. Decían:

—Un gran Profeta se ha levantado entre nosotros, y cosas nuevas y maravillosas se preparan para nuestros hijos. Esperemos la luz del mundo que se eleva en Israel.

Otros, más allá, decían:

—¿Quién lo creyera? Este hombre tan santo, cuyos preceptos son la misma sabiduría, se ha detenido a conversar con pecadores y con mujeres cuya vida no es la más pura. ¿Qué pensar de Él?

Y Sarai bajaba su velo sobre su frente, lloraba, y se decía:

—¡Oh! Si Él no hablase a los pecadores, si Él no hiciera relucir su bondad en las tinieblas del espíritu del culpado, ¿qué sería de mí hoy? ¡Yo, pobre pecadora, indigna de levantar hasta Él los ojos!

Los viajeros continuaban su camino: Eliezer y Sarai, dando gracias a Dios de sus misericordias, y Saphan escuchando a todos y a cada uno en silencio, sumido en un abismo de reflexiones cuya profundidad sólo hubiera podido sondear el que hizo el corazón del hombre.

A la tercera jornada llegaron a un pequeño pueblo de Galilea, que el Salvador había dejado la víspera. La multitud estaba apiñada todavía en las calles, conmovida, y refiriendo con una admiración mezclada de terror y de amor sus milagros y su bondad divina.

Había curado al hijo de un centurión que estaba para morir; había también curado a la suegra de Simón, uno de sus discípulos, y a otros muchos enfermos o estropeados, que se mostraban al pueblo como pruebas vivientes de un poder sobrehumano. Éste había sido librado de sus dolencias, aquél de sus pecados. Todos cantaban con regocijo las alabanzas de Dios: los unos por haber recobrado la salud de su cuerpo débil, los otros por haber alcanzado la paz, aquella paz que viene de Dios y con cuya dulzura no hay cosa que sea comparable.

Preguntaba Sarai a cuantos encontraba, y lo que de ellos oía llenaba su alma de un inmenso respeto.

—Saphan —dice ella—, ¿no sientes un temblor dentro de tu ser? En cuanto a mí, yo no sé lo que me sucede; me parece que el aire mismo se conmueve, que la naturaleza entera se halla como enternecida por la presencia del Señor. Una vez, en los primeros hermosos días de mi juventud vi las orillas del mar, y una nave que se alejaba del puerto, dejando un argentado surco sobre las móviles ondas. Pues bien, paréceme que Jesús ha dejado su suavísimo perfume en la atmósfera que nos rodea. Su dulce voz, al vibrar en mi pecho, conmueve todas las fibras de mi corazón.

Saphan no respondió. Su semblante se iba poniendo más sombrío, viendo que Sarai hacía traslucir siempre los mismos pensamientos.

Eliezer, sentado entre los dos sobre una gruesa gavilla de mieses, dijo al joven:

—Hijo mío, ¿cómo Sarai, tan viva siempre en todas sus emociones, no sentiría lo que siente, cuando mis huesos, ya viejos, se han estremecido desde que vi a Aquél cuya venida ha transformado la faz del mundo?

Saphan no respondía, y estuvo callado tenazmente por largo rato, hasta que de repente exclamó:

—Mas, ¿cómo un anciano, sabio y experimentado cual vos, puede cegarse hasta el punto de creer que un hombre oscuro y pobre, salido de padres oscuros y pobres como Él, puede ser el Salvador prometido de Israel? ¿No sabéis que el Mesías prometido desde un principio a nuestros padres ha de ser un príncipe fuerte y poderoso? ¿Lo habéis olvidado? «Él domará a los enemigos de su pueblo, los levantará de su abyección y de su miseria, romperá los hierros de que le han cargado sus opresores, y hará brillar con nueva gloria a la nación escogida.» ¿En dónde está, pues, la corona? ¿Dónde está el cetro de tan indomable conquistador? ¿Dónde están sus guerreros, sus carros, sus corceles, sus ejércitos innumerables? ¿Cuántas batallas ha dado? ¿Qué enemigos ha vencido para que nosotros proclamemos así su victoria?

—Verdad es que su poder no es aquel poder que en nuestro orgullo habíamos insensatamente esperado —dijo Eliezer—. En mi ceguera esperaba yo, como tú, un hombre poderoso y fuerte por la espada, y su fuerza no está en la espada. Es clemente, dulce, prescribe la paz con hermosos preceptos, y su sola vista la derrama y la inspira. Sus manos están desarmadas, Saphan, convengo en ello; Él es solo y sin dominación aparente, y no obstante, a su voz obedecen los vientos, las tempestades, la misma muerte. ¿Qué conquistador ejerció nunca tal poder, y qué piensas que pueda ser un hombre a quien los vientos y la mar están sujetos?

Saphan se estremeció. Sin embargo, repuso con cierta fiereza:

—Aun cuando obrase todas esas maravillas y muchas otras más, ¿qué nos importa a nosotros? ¿Qué alegría y qué gozo pueden causarnos todas esas cosas?

—Bien se echa de ver, hijo mío, que la juventud y sus pasiones ardientes y tumultuosas apartan de ti graves pensamientos. Pero si contases como yo noventa inviernos, y hubieses visto desaparecer una tras otra todas tus afecciones, si

conocieras bien toda la inconstancia de las cosas de la vida; si sobre todo vieses abierta delante de ti la tumba que el tiempo te habrá cavado lentamente… ¡ah, hijo mío, cómo bendecirías al que viene a decirte, con una autoridad sostenida por innumerables milagros, que va a comenzar para ti una vida nueva más allá del sepulcro!

Sarai estrechó a Eliezer contra su seno y exclamó:

—¡Ah, padre mío! Esta vida nueva que embellece vuestra esperanza, llena también de celestial claridad la mía; porque yo que he vivido abandonada a todas las pasiones, yo que he sentido destrozado mi corazón por las borrascas tempestuosas del alma, ¿qué le diré cuando llegue para mí esa vida que nos ofrece en la eternidad, y que me hace temblar?

—Espera —dijo el anciano—, el arrepentimiento absuelve. ¿No nos ha dicho el Señor que hay más alegría en el cielo por la vuelta de un pecador convertido, que por cien justos que perseveraron en la virtud?

Pero Sarai sentía su corazón lleno de agitaciones y de alarmas.

Después de algunos días de camino, los viajeros, saliendo de una angosta garganta de montañas por la cual serpenteaban desde la mañana, se hallaron al lado del lago de Genesareth. Detuviéronse, poseídos de una admiración misteriosa, a la vista de aquellos lugares escogidos en la eternidad para ser inundados por la palabra divina.

El día tocaba ya a su término, y los peñascos por los cuales acababan de bajar proyectaban su sombra densa sobre la llanura que se extiende hasta la orilla del mar. Las ondas tranquilas reflejaban el azul purísimo del cielo, y parecían detener sus murmullos para no turbar la paz deleitosa de aquellos lugares. Todo estaba en apacible calma; todo era silencio, menos los ecos que recibían y repetían los acentos de una voz… ¡Qué voz! ¡Oh! ¡Bendita sea! Era la voz que anunciaba al mundo la grande, la buena nueva. Sarai la había reconocido, y toda su sangre se retiró hacia su corazón.

A aquellos acentos que el viento de la tarde traía desde la mar, Saphan, hasta entonces insensible en apariencia a todo cuanto se le decía, se turbó procurando indagar de qué parte venían aquellos sonidos que el aire parecía esparcir amorosamente, tan llenos y sonoros llegaban a sus oídos. Divisó entre los peñascos, y el lago una apiñada multitud y sobre las aguas un barquichuelo inmóvil que sostenía al que desde allí hablaba. Las aguas, meciéndose, callaban besando suavemente la frágil barquilla, los juncos floridos de la ribera doblábanse amorosos y todo rumor de la naturaleza había enmudecido.

Eliezer quiso bajar a la llanura y aproximarse al lago; pero la multitud estaba agrupada en demasía, y el carro no pudo pasar mucho más adelante.

Y la voz, una voz que bendice, que penetra en el fondo del corazón de cada uno, se hacía siempre oír, y las almas estaban irresistiblemente conmovidas como la naturaleza. ¡Oh! ¿Quién oyó alguna vez elevarse aquella voz en su corazón y ha

podido resistirla? Ella doma a los más rebeldes. Saphan ya no hablaba, ya nada veía: sólo escuchaba; sí, escuchaba y su pecho respiraba con fatiga, se sentía oprimido. Viendo que el carro, a pesar de todos los esfuerzos de Micas, no podía avanzar más, saltó de él y dijo al anciano y a Sarai:

—Aguardadme aquí los dos; yo quiero penetrar hasta Él y después volveré.

—¡Vete, vete, Saphan! Tú ya no volverás. El que logra oír las palabras de Dios y recogerlas en su corazón, éste ya no vuelve. Marcha, corre y no retrocedas más.

—Ve, ve —dijo Sarai—, y comprenda tu corazón lo que escucharán tus oídos.

Y la ferviente neófita elevó en silencio una ardiente plegaria en pro de aquel a quien amaba.

—¡Alienta, Sarai, alienta! Tu ruego va a ser atendido. ¡Ay! ¡Pobres humanos! Nosotros podemos ofrecerlo todo, darlo todo, renunciar a todo. Mas cuando es llegado el instante de abandonarlo todo, nuestras fuerzas flaquean si Dios mismo no sostiene a su débil criatura; porque la gracia es como el fuego del sacrificio que consume a la vez la ofrenda y el altar.

El carro se acomodó bajo la sombra de la montaña y la voz llegaba hasta los viajeros.

—Padre mío, escuchemos —dijo Sarai—; hagamos que sus palabras nutran nuestro espíritu, como el maná que alimentaba en otro tiempo a los israelitas en el desierto.

—Escuchemos —dijo el anciano— y puedan sus lecciones divinas germinar en nosotros hasta la vida eterna.

Y la voz desplegó sucesivamente a los ojos de sus pensamientos las más sublimes verdades sobre el hombre, sobre su pecado, sobre su elevado destino, sobre su rescate, sobre el precio que sería pagado y sobre la necesidad y las grandezas del sacrificio. Sus almas entendían lo que su flaca inteligencia no podía comprender; pues el decir que el alma entiende es lo más bello que puede decirse de la fe, por cuanto ésta se halla en la base de la inteligencia humana. Y toda alma bien dispuesta y que quiere conocer, entiende con facilidad lo que no alcanza a penetrar la inteligencia humana cuando se presenta prevenida con el aparato de su razón orgullosa.

Y los dos decían:

—¿Qué hicimos nosotros para merecer el haber nacido en este tiempo y oír estas palabras divinas, nosotros, los prevaricadores de la ley de Dios?

Y la voz decía:

«—Yo he venido para los pecadores y no para aquellos que no tienen necesidad de penitencia. He venido para salvar a los judíos y a gentiles.»

Y cada uno de sus pensamientos recibía así su respuesta, como si el Salvador no hubiese hablado sino con ellos, y su alma se alimentaba y se engrandecía, y permanecían en una muda admiración y adoración loando y bendiciendo al Eterno con inmenso amor y con un infinito reconocimiento.

Y los cielos y todas las criaturas, elevando sus voces llenas de entusiasmo, decían en medio de un arrobamiento divino:

—¡Gloria a Dios! ¡Gloria a Dios sobre la tierra y en lo más alto de los cielos!

Entre tanto, el sol había desaparecido detrás de las montañas, la voz de Cristo había cesado y la multitud feliz se había dispersado, llevando consigo las palabras de salud que debían extenderse por todo el universo. Saphan no aparecía. ¿Qué se habrá hecho? Las horas pasan, la noche avanza y no le trae a los que le aguardan. ¡Oh, Saphan, Saphan!

El joven hebreo se ha quedado solo en la orilla, sentado sobre una piedra. La luna ilumina su frente inquieta. El agua del lago, poco ha tan apacible, empieza a agitarse y viene a bañar sus pies con sordos gemidos. La cima de los árboles de la ribera se doblega al impulso de un viento borrascoso. Pero ni el ruido del viento en el follaje, ni el sordo mugido de las aguas que se encrespan a lo lejos, nada llega a sus oídos. Su alma no está ya en él, sino que toda entera se halla en Aquél a quien acaba de oír. Las palabras que resuenan siempre en su interior, alzan y calman a su vez todas las tormentas de su corazón.

Así había transcurrido ya la mitad de la noche. La tempestad arreciaba. Eliezer y Sarai, inquietos por su larga ausencia, bajaron de su carro y se aventuraron a ir en su busca, vagando largo rato sin encontrarle. Al fin le descubren, con la cabeza oculta entre sus manos, y perdido en un abismo de ideas y de sentimientos tumultuosos; le llaman varias veces, sin lograr que les oiga. Cuando por fin los vio cerca de sí, levantóse, vino a ellos y, arrojándose a sus pies, exclamó:

—¡Perdón, Sarai!… Perdóname el haber arrastrado tu juventud hasta el abismo en que los dos hemos caído. Perdona aún más el haberte resistido miserablemente, cuando venías tú a llamarme, a las altas verdades que demasiado tarde he conocido. Tu alma, más tierna y mejor que la mía, ha comprendido más pronto los misterios de amor y de mansedumbre admirables que contienen las doctrinas del Salvador. ¡Bendita seas tú, Sarai, tú, a quien no me atrevo ya más a nombrar mi amada! ¡Bendita seas tú, por haber venido a llamarme y a conducirme a la luz! Siempre vivirá tu recuerdo en mi corazón; porque tú eres el ángel de mi salud, tú me has guiado, a pesar mío, hacia el principio y fin de toda criatura. ¡Bendita seas! ¡Adiós, Sarai! Un día volveremos a vernos en las moradas eternas; pero hoy te dejo para colocarme bajo la autoridad de Aquél que me llama. Él dice que se deje todo para seguirle —continuó el joven, viendo el pasmo y quizá la tristeza asomar en las facciones de Sarai— y yo lo dejaré todo y le diré: Aquí me tenéis; he pecado contra Vos; no soy ya digno de ser llamado hijo vuestro; tratadme empero como el último de vuestros siervos.

—Y el Señor te bendecirá —dijo Eliezer, bendiciendo él también con sus trémulas manos la cabeza del joven hebreo—, y su corazón de Padre, se regocijará, «porque su hijo murió y ha resucitado, estaba perdido y se le ha encontrado».

Sarai lloraba con dos llantos: en ella se mezclaba la tristeza y el gozo, pero el

gozo era elevado y superaba al dolor.

—¡Bendito seáis, Dios mío! —decía—. Aquel a quien habéis llamado, os ha respondido: él viene a Vos lleno de júbilo y de consolación. Pero él parte, él me deja —repetía sollozando—. ¡Oh, mi Dios! Yo lo quise porque Vos lo queríais. Pero sostenedme, para que después de haberlo dejado todo, no quiera recobrarlo todo. Saphan —añadió Sarai por un resto de flaqueza no vencida aún—, ¿cuándo volverás a ver a tu padre, a tu madre, a tu prometida esposa? No olvides…

—Yo no veré a mi padre, ni a mi madre, ni a mi esposa —dijo Saphan—. El Salvador dice que todo se ha de dejar para seguirle. Sarai, dejándote a ti, lo dejaré todo. ¿No eras tú para mí más que todo?

Sarai, juntando las manos, prorrumpió en un transporte involuntario:

—¡Oh, Dios poderoso! ¿Conque Vos habéis tenido compasión de mi debilidad? ¡Gracias sin fin os sean dadas! En vuestra misericordia, me habéis aun ahorrado mi pena, pues sólo a Vos la cedería yo… a Vos solo. ¡Adiós, Saphan, amado de mi alma, adiós!…

Y los dos se separaron señalándose el cielo, único que da la fuerza para dejarlo todo acá en la tierra para volver a encontrarlo en él.

Y los ecos de las soledades, conmovidas aún por el divino hossana, repitieron mil voces armoniosas:

—¡Gloria a Dios! ¡Gloria a Dios sobre la tierra y en lo más alto de los cielos!

Capítulo IV

PAX HUIC DOMUI

Jesús, mientras tanto, continuaba su divina peregrinación. Sus palabras eran la luz que disipaba las tinieblas. La fama de sus milagros le salía al encuentro por todas partes. Ancianos, mujeres, mozos y niños corrían a encontrarle, hambrientos de oír su nueva ley, y la infinita misericordia del futuro Mártir caía sobre los desgraciados como el rocío matinal sobre los campos.

Las riberas del mar de Tiberíades, las calles de Cafarnaum, los pintorescos valles de Zabulón, la florida tribu de Aser y la fiel Galilea, fueron las predilectas de su corazón. Las costas de Fenicia, Tiro, Sidón y otras infinitas ciudades, presenciaron con asombro los milagros del Divino Maestro y oyeron las santas doctrinas del Mesías anunciado por los profetas.

—Corramos —se decían los leprosos—, pues con sólo que su divina mirada nos bañe con su luz quedaremos limpios.

Y corrían y le encontraban y su fe les dejaba limpios.

—Ved, por allá pasa —decían los tullidos—. Si logramos alcanzarle, si nuestras impuras bocas tienen la dicha de besar el extremo de su santa túnica, nuestros miembros volverán a adquirir la perdida fuerza.

Y sufriendo mil fatigas, arrastrándose por el suelo, llegaban adonde estaba el pastor de las almas y le decían:

—¡Jesús!… ¡Maestro!… Tú que eres el Mesías, sana nuestros cuerpos.

Y la fe devolvía la salud.

—Avisadnos cuando esté cerca —decían los ciegos a los que les acompañaban— para que caigamos de rodillas ante sus divinos pies, pues con sólo que sus dedos toquen nuestros ojos, volveremos a ver la luz querida del sol, el rostro amado de nuestros hijos, que hace tanto tiempo no hemos visto.

Y los ciegos se arrojaban a los pies de Jesús y le pedían con fe que disipara las tinieblas en que vivían envueltos. Y Jesús, siempre compasivo, siempre amigo de los desheredados, colocaba el extremo de sus dedos sobre los cerrados párpados, y los párpados se abrían, y la luz tornaba a las muertas pupilas.

—*¡Señor, hijo de David* —le decía la Cananea una y otra vez caminando siempre detrás del Divino Maestro—, *tened piedad de mi hija!*

Y Jesús, queriendo probar la fe de aquella pecadora descendiente de los idólatras griegos, se encerraba en un piadoso silencio y continuaba su camino sin despegar los labios, sin volver la cabeza.

Pero la Cananea, infatigable siempre, seguía tras las huellas del Nazareno, repitiendo:

—Señor, hijo de David, verdad es que mi raza pertenece a las naciones

condenadas; verdad es que mis mayores son idólatras y desprecian al verdadero Dios, que es tu Padre; verdad es que la religión que profesamos es grosera e impía; pero Tú Señor, mi Dios, tendrás piedad de esta pobre madre, porque tú eres un manantial de inagotable bondad, de mansedumbre; porque de tus santísimos labios brota eternamente la palabra perdón; porque *los perrillos comen las migajas que caen de las mesas de sus amos.* ¡Salva a mi hija, Señor, pues Tú puedes!

Jesús, compadecido de tanta constancia, de tanta fe, detuvo su paso, y abarcando con una mirada de dulzura a aquella humilde pecadora, le dijo estas palabras:

—*Mujer, grande es tu fe: hágase como deseas.*

Y la piadosa Cananea no dudó, y al llegar a su casa, su amada hija salía a recibirla, porque se hallaba curada de su mal.

—¡Señor, sálvanos, que perecemos! —le gritan más tarde sus discípulos, viéndole dulcemente dormido en una barca, mientras los vientos desencadenados silbaban y el mar embravecido amenazaba hundir la frágil embarcación en los abismos.

Entonces Jesús reprende su poca fe, alza sus radiosos ojos hacia el cielo y manda a los vientos y a las aguas que se calmen. El sol aparece en el cielo, las aguas se apaciguan y la alegría y la tranquilidad tornan a albergarse en todos los corazones.

—¿Quién es Éste a quien los vientos y el mar obedecen? —exclaman.

Más tarde, camina milagrosamente sobre la superficie de las aguas, y tiende una mano protectora a Pedro su discípulo, reprendiéndole su poca fe, para salvarle.

Entre tanto, habiendo llegado la hora de instruir a sus apóstoles, una tarde que se hallaba en la meseta de un monte situado entre Cafarnaum y Bethsaida, sentóse Jesús sobre una piedra. Sus doce discípulos, siempre sedientos de escuchar la divina palabra, se sentaron también en rededor suyo. Entonces Jesús les habló de este modo:

«No poseáis ni oro, ni plata, ni dinero en vuestras fajas.[52]

»No llevéis nada para el camino, ni bastón, ni alforjas, ni pan, ni tengáis dos túnicas.

»Y en cualquiera casa que entréis, saludadla diciendo: *Pax huic domini* (paz en esta casa).

»Y si aquella casa fuere digna *de la paz evangélica*, la paz vendrá sobre ella, y si no fuere digna, la paz se volverá a vosotros y *huirá de ella.*

»Y todo el que no os recibiere y no oyere vuestras palabras, al salir fuera de la casa o de la ciudad sacudid el polvo de vuestros pies.

»No olvidéis que Yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas. No temáis a los que matan el cuerpo; temed al que puede echar el alma al infierno. Y todo el que diere de beber a uno de aquellos pequeñitos tan solo un vaso de agua, en verdad os digo que no perderá el galardón.»[53]

Más tarde, Jesús ejecutó el milagro de los panes y los peces. Después presentó al niño como modelo, diciendo:

«—Dejad a los niños que vengan hacia Mí porque de ellos es el reino de los

cielos.»

Luego brotaron de sus divinos labios estos mandamientos.

«—No matarás, no adulterarás, no mentirás, no dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo.»[54]

Mientras la sublime doctrina de Cristo levantaba ecos dulcísimos y tiernos en el corazón de los israelitas, Jesús decía a sus discípulos:

—No toquéis la trompeta para hacer limosna, como hacen los fariseos en Jerusalén. Lo que haga la mano derecha no debe saberlo la izquierda, y si un ojo os escandaliza sacadle. Orad con la puerta cerrada, diciendo de este modo:

«Padre nuestro que estás en los cielos; santificado sea el tu nombre.

»Venga a nos tu reino; hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

»El pan nuestro de cada día dánosle hoy, Señor.

»Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

»Y no nos dejes caer en la tentación; mas líbranos del mal.

»Amén.»

Mientras sus hermosas parábolas llenaban de júbilo a los desgraciados, inundando de fe las almas de los modernos afiliados a la nueva ley, en Jerusalén, en la ciudad ingrata, se reunían los doctores en el Sinedrio ciegos de rabia, para combinar la manera de perder a aquel *trastornador de las cosas establecidas por la ley, y que se atrevía a llamarse el Mesías prometido, el Rey de los fariseos.*

Entre estos fariseos se hallaba Nicodemus, que pocos días antes había buscado a Jesús durante la noche y Jesús le había instruido.

El supremo consejo atronaba las altas bóvedas del Sinedrio, pidiendo una pronta venganza contra el trastornador público. Uno de los fariseos agitaba en su mano un trozo de pergamino, diciendo:

—Oíd, oíd, sabios doctores, lo que Jesús, hijo de Nazaret, dice de los sacerdotes y fariseos de Jerusalén.

Y diciendo esto, desenrolló el pergamino y se puso a leer con voz estentórea:

«Raza de víboras, ¡ay de vosotros los fariseos, que limpiáis lo de fuera del plato y del vaso, mientras vuestro interior está lleno de inmundicia y de maldad!

»¡Necios! El que hizo lo que está fuera, ¿no hizo también lo que está dentro?

»Haced limosna de lo que os sobra; apagad el deseo insaciable de avaricia y seréis limpios.

»Mas ¡ay de vosotros, fariseos, que diezmáis la yerba buena y traficáis con la justicia y la ley de Dios!

»¡Ay de vosotros, fariseos, que amáis los primeros asientos en las sinagogas y os deleita ser saludados en las plazas!

»¡Ay, de vosotros, ay de vosotros, que sois como los sepulcros cubiertos de yerba, que no lo parecen y los hombres andan por encima!

»¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que cargáis a vuestros prójimos con cargas

que no pueden llevar y vosotros ni aun con uno de vuestros dedos tocáis las cargas!

»¡Ay de vosotros, que edifacáis los sepulcros de los profetas que vuestros padres mataron, dando a entender que consentís en las obras de vuestros padres! Porque ellos en verdad los mataron y vosotros los enterráis.

»Así os digo, que desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que murió entre el altar y el templo, pedida será a esta generación.

»¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que os alzasteis con la llave de la ciencia! *Vuestra envidia, vuestro orgullo,* os hacen indignos de entrar adonde habéis prohibido a los demás que entraran.

»¿Quién de vosotros puede añadir a su estatura un codo?

»¿Quién de vosotros puede hacer blanco uno de sus cabellos?»

Al terminar el rabino la lectura del pergamino, se levantó un murmullo de indignación en la asamblea.

—Sabio consejo —exclamó Caifás con irritado tono—, ¿hemos de consentir que un embaucador recorra nuestras tribus llamándose Hijo de Dios y afrentándonos públicamente a todas horas?

—¡No, no! ¡Que le prendan! ¡Que se le castigue! —exclamaron varias voces.

—Ha llamado raposo inmundo a Herodes el tetrarca —repuso uno de los doctores.

—Dice que él es la perfecta salud y que resucitará al tercer día.

—¡Es un blasfemo!

—¡Es preciso buscar a ese hombre!

—¿Quién sabe dónde se halla?

—Ayer entró en la ciudad. Los jerosolimitanos presenciaron la audacia de ese galileo que se llama Hijo de Dios. Armado de un látigo, arrojó de las gradas del templo a los vendedores, diciendo: «*No hagáis de la casa de mi Padre una cueva de ladrones*».

—Sabios doctores —repuso Anás—, ¿hasta cuándo hemos de tolerar que un miserable se llame el Salvador del hombre? Prendedle y terminemos tan enojosa cuestión. Sus absurdos humillan la dignidad de nuestro tribunal. ¿Dónde ha aprendido ese hombre? ¿Quién fue su maestro? ¿Cómo se concibe *que los viejos renazcan*? No lo olvidéis, doctores: Jesús es un trastornador público, un falso profeta que busca entre la plebe más abyecta un nombre y una posición que no pudo darle su cuna. Mirad, si no, la gente que le rodea: leprosos, mendigos, miserables, en fin. No lo olvidéis, doctores, las Escrituras lo han dicho: «*Nada bueno saldrá de Galilea*», y Jesús es hijo de Nazaret.

Estas palabras de Anás, que era el enemigo más terrible de Cristo, decidieron al consejo y se dispuso que algunos rabinos salieran en busca de Jesús para prenderle. Los fariseos designados abandonaron el Sinedrio, deseando complacer a Anás. Entonces un hombre entrado en edad se levantó de su asiento e hizo ademán de que iba a hablar. Aquel hombre pertenecía a la secta de los fariseos: se llamaba

Nicodemus. He aquí lo que dijo con voz entera y tranquilo continente:

—Sabios doctores, para juzgar a ese hombre es preciso oírle; oíd a Jesús y sus palabras conmoverán vuestros pechos. Yo le he buscado durante la noche: yo he discutido con Él por espacio de muchas horas. Su frente resplandece como la de Moisés; su palabra persuade como la de Elías. Ignoro dónde ha aprendido lo que sabe; pero yo, que he encanecido en el estudio de la ley, me he visto precisado a doblar la cabeza y confesarme vencido ante este Nazareno, hijo de un pobre artesano. Si no es el Mesías, entonces preciso será confesar, aunque os pese, que es el sabio más profundo de la tierra, el hombre más grande del universo; yo le creo el Enviado de Jehová, porque en sus ojos mora la bondad de Dios, en su frente resplandece la divinidad sublime del Santo de los Santos.

El consejo escuchó con profundo asombro las palabras de Nicodemus. La admiración de los doctores fue grande, viendo la defensa que de Jesús hacía uno de los suyos, reputado entre ellos por un sabio. Nicodemus, viendo que nadie le respondía, continuó:

—Sabios rabinos, *¿por ventura nuestra ley juzga a un hombre sin haberle oído primero y sin informarse de lo que ha hecho?*

Anás, entonces, indignado, ciego por la ira, alzóse de su asiento y, extendiendo el puño cerrado hacia Nicodemus, le dijo con voz atronadora:

—¿Eres tú también galileo? Escudriña las Escrituras y entiende que de Galilea no se levantó jamás profeta.[55]

Nicodemus alzó su frente, mirando al mismo tiempo con dolorosa compasión la cólera de Anás, que acababa de arrojarle al rostro un insulto en vez de una respuesta. Llamar galileo a un fariseo era un gran agravio. Nicodemus, a pesar de aquel agravio, no se inmutó.

—Anás —le dijo—, acabas de arrojarme al rostro una grosera ignorancia; pero te perdono y te ruego que estudies nuestras Escrituras, para que aprendas, si no lo sabes, que Nahum y Josías son reconocidos en nuestra ley como profetas y nacieron en Galilea.

Anás palideció de rabia. Nicodemus acababa de darle una dura lección. Afortunadamente para Anás, las palabras del defensor de Jesús, que habían producido una profunda sensación en el consejo, se olvidaron, porque en aquel momento entraron en el Sinedrio los fariseos que habían ido a prender a Cristo.

—¿Le habéis apresado? —preguntaron algunos doctores.

—No, rabinos —contestaron los emisarios—. Ni nosotros ni los soldados que nos acompañaban nos hemos atrevido a tocar un solo hilo de su ropa; le hemos oído hablar y ningún hombre habla como Él habla. Sus palabras estremecen el corazón.

—¿Será el Mesías? —murmuraron algunos en voz baja.

Mientras tanto, Jesús seguía predicando en el templo y uno de los discípulos le dijo:

—Maestro, huye, pues bien se ve que tratan de prenderte.

Jesús les contestaba con su dulcísima voz, con su mansedumbre infinita:

—No temáis. Mi hora no ha llegado.

Y siguió tranquilo instruyendo a todos cuantos se acercaban a Él, ansiosos de escuchar sus divinas palabras, sin que le detuviera el temor, porque el Hijo de Dios sabía que debía cumplirse lo que estaba escrito.

Libro Duodécimo

EL CASTILLO DE MÁGDALO

«Lázaro, sal fuera y ven a Mí». (Jesucristo.)

Capítulo I

LA PERLA DE BETHANIA

Syr era un noble judío, respetado en todo Israel por su ilustre cuna y la rectitud de su corazón. Su mujer Eucaria era tenida entre las hijas de Abraham como el modelo más perfecto de la esposa. Syr y Eucaria tuvieron tres hijos, un varón y dos mujeres. Llamábase el primogénito, Lázaro; sus hermanas, Marta y María.

Syr era rico: poseía un castillo, antigua residencia de sus mayores, en Galilea, cerca del lago de Genesareth. Este castillo, rodeado de extensas heredades muy productivas, era conocido con el nombre de su fundador. Llamábase el castillo de Mágdalo. Eucaria había llevado en dote a su marido Syr un huerto riquísimo por la abundancia de sus palmeras, situado en Bethania (casa de los Dátiles), en la misma falda del monte de los Olivos.

La felicidad sonreía sobre este matrimonio. Sin un dolor que empañase el sol venturoso de la dicha conyugal, Syr y Eucaria vieron llegar a su primogénito a la edad viril. Cuando en las hermosas estaciones primaverales los dos esposos se sentaban a la sombra de sus palmeras, rodeados de sus hijos, los vecinos de Bethania exclamaban al pasar:

—¡Ahí está la honra de Israel! ¡Qué familia tan venturosa! ¡Qué padres tan felices!

Sin embargo, la frente venerable del anciano Syr se arrugaba más de una vez, y en el fondo de aquellas arrugas vagaban siniestros pensamientos. Entonces solía exclamar en su interior:

—¡Dios de Abraham y de Jacob!, te doy las gracias porque has permitido a este pobre anciano que vea las barbas en el rostro de su primogénito; pero te ruego de todo corazón que cortes el hilo de mi existencia antes que mi rebelde hija manche la honradez de mi frente.

La hija que así preocupaba en los momentos de soledad al noble anciano se

llamaba María, joven de dieciocho años de edad y hermosa como un crepúsculo del mes de mayo. Era la menor de los tres hermanos y a la que el viejo Syr demostraba más preferencia, a pesar de su carácter aturdido y exigente. Es verdad que María tocaba el arpa y el salterio como una musa y cantaba como un serafín. Tenía además una cabellera tan hermosa que cuando desataba sus trenzas, rubias como el oro, dejándolas flotar sobre sus espaldas, el extremo de sus preciosos cabellos lamían sus delicados pies. Entonces, si un rayo de ese hermoso sol que tantas veces había bañado la frente de David y de los Macabeos caía sobre los flotantes cabellos de María, hubiérase dicho a cierta distancia que aquella joven llevaba sobre las espaldas un manto de oro. Absalón hubiera envidiado los cabellos de la hija de Syr y Eucaria.

La desdichada Agar, la sufrida Raquel, la depravada Dalila, la pudorosa Ruth, la fuerte Abigail y la adúltera Bethsabé, apenas hubieran podido competir en hermosura y gracia con la hija del noble anciano de Mágdalo; porque María era hermosa como un sueño poético de la primavera de la vida.

Sus ojos tenían el purísimo azul del cielo de Palestina.

Sus mejillas eran frescas y sonrosadas como los capullos de Sarón.

Su frente resplandecía como el lago de Galilea bañado por los rayos de la luna.

Sus labios habían robado el carmín a los claveles de Jericó.

En Israel se le daba el nombre de la «Perla de Bethania». Los más ricos primogénitos de Jerusalén solicitaban su mano. La esperanza de poseer a la hermosa hija de Syr les conducía directamente desde la ciudad santa a la pintoresca Bethania, montados en sus soberbios corceles de Siria, ricamente enjaezados. Las serenatas, las enramadas de flores, se sucedían las unas a las otras delante de la puerta de María.

—Elige —exclamaba su padre— entre todos esos pretendientes el que más te plazca.

Pero la aturdida María, haciendo una mueca encantadora contestaba siempre:

—Soy muy joven.

Mientras tanto sus sonrisas, sus miradas, se repartían por igual entre los solícitos mancebos. La esperanza animaba con su tibio calor veinte corazones a la vez.

En vano Lázaro el prudente y Marta la hacendosa amonestaban a su hermana menor: los ruegos de los hermanos eran desatendidos como las súplicas de los padres. Así las cosas, la muerte batió sus impalpables alas sobre la morada de Syr, y la virtuosa Eucaria lanzó en brazos de sus hijos y de su esposo el último suspiro.

Desde entonces el anciano, con la venerable barba hundida en el pecho y la dolorosa mirada fija en el suelo, pasaba hora tras hora sentado bajo la misma palmera donde en otro tiempo feliz había gozado los momentos más dichosos de su vida con la dulce compañera que le había arrebatado el soplo devastador de la muerte.

En vano Lázaro y Marta procuraban disipar la eterna melancolía de su padre. Una tarde, a esa hora en que el sol camina a su ocaso, y los pajarillos le envían con sus arpadas lenguas el adiós de despedida, Syr hizo seña a sus hijos para que se sentaran a su lado, y después les dijo con acento pausado y fatigoso:

—Hijos míos, siento el frío de la muerte circular por mis venas… voy a morir… lo conozco, y doy gracias al Santo de los Santos, pues la vida era para mí una carga enojosa desde que mi adorada Eucaria me abandonó. Amaos como buenos hermanos que sois, y no olvidéis honrar las cenizas de vuestros padres.

El viejo Syr se detuvo. La fatiga de la muerte apagaba el eco de su voz. El resuello de la agonía era a cada momento más bronco y fatigoso. Lázaro llamó a uno de sus criados y condujeron al viejo Syr a la cama. Sus ojos, casi sin luz, giraron en torno de su lecho. Sus hijos le rodeaban derramando abundantes lágrimas. El anciano detuvo su mirada en su hija María.

—María —le dijo con una fatiga que iba en aumento—, pronto de mis labios sin calor se escapará el último soplo de vida que hace latir aún mi corazón. Oye a este pobre viejo que te habla desde el borde de la tumba y no olvides, hija mía, sus palabras.

Syr hizo una ligera pausa para tomar aliento, y luego continuó:

—La modestia, la virtud y la honradez, cuando se entrelazan, son la corona de más precio con que puede engalanarse la frente de una doncella. Lázaro, tu hermano mayor, será desde mi muerte tu padre… obedécele… sé humilde con él, imita a tu hermana Marta; yo seré feliz en la eternidad.

Después de estas palabras, el anciano de Bethania dejó caer la cabeza sobre los almohadones de su lecho. Luego extendió sus descarnadas manos como para bendecir a sus hijos y expiró.

Algunos días después, las lágrimas se secaron en los hermosos ojos de María.

Su hermana Marta la reprendió, y María, haciendo una mueca de desprecio, le contestó estas palabras:

—Las lágrimas reblandecen los ojos, y los ojos blandos afean a las doncellas.

Capítulo II

EL JARDÍN DEL AMOR

Lázaro y Marta tenían un carácter retraído y modesto. Gustaban más del pacífico retiro del hogar que del bullicioso estruendo de las fiestas. Esto irritaba a la aturdida María, que ansiando tender las alas, siempre se hallaba dispuesta a las diversiones y a los placeres.

Encargaba diariamente trajes preciosos a los caravaneros de Tiro y Sidón, gustaba de perfumarse los cabellos y el cuerpo con la mirra de Arabia y el óleo de Mitelete. Lázaro reprendía a su hermana con dulzura, pero María, cerrando los oídos a los consejos, pasaba la mayor parte del día asomada a la ventana, luciendo su hermosa cabeza cargada de perfumes y perlas.

Estos caracteres tan diametralmente opuestos no podían permanecer por mucho tiempo bajo un mismo techo.

La hora del rompimiento no se hizo esperar mucho. Todas las noches Lázaro encontraba al retirarse, nocturnos amantes que rondaban su casa. Los escándalos, las pendencias, se sucedían con frecuencia. En Bethania, residencia entonces de los huérfanos de Syr, comenzó a murmurarse de la hermana de Lázaro. Un día un hombre cayó herido bajo la ventana de la hermosa rubia. En el pueblo se levantó un grito de indignación. Murmuraron en voz baja el nombre del muerto y del matador. El primero pertenecía a una familia distinguida de Jerusalén. El segundo era un centurión romano, favorito del gobernador Pilato. Lázaro, con el semblante severo del hombre honrado, llamó a su hermana y le dijo:

—María, es preciso que esto termine. No puedo tolerar que se mancille el nombre sin mancha que heredé de mi padre. Tienes muchos pretendientes: elige un esposo.

—No vendo mi libertad; si los hombres se matan porque codician mi hermosura, no es culpa mía: mi honor está limpio como la luz del sol. Pero si no te place mi proceder, desde mañana podemos separarnos. El castillo de Mágdalo será mi residencia, pues me pertenece. Tú y Marta podéis quedaros en Bethania, ya que tanto os enoja mi conducta.

—Piénsalo bien, María —repuso Lázaro—. Eres joven, separándote de nosotros corres a tu perdición.

—Sólo se pierde el que quiere. Vuestra modestia, vuestro retraimiento, me enojan como a vosotros os enoja mi carácter alegre y comunicativo: lo mejor es la separación.

Nada pudieron las súplicas de Lázaro ni los ruegos de Marta.

María, acompañada de algunos criados y de una vieja que la había servido de nodriza, partió de Bethania y fue a instalarse en la antigua fortaleza de Mágdalo, situada en Galilea, cerca del lago de Genesareth, en donde fue conocida con el

nombre de María Magdalena. Desde este momento María se creyó libre y absoluta dueña de su voluntad. Las severas miradas de su hermano, los consejos incesantes de la hacendosa Marta, no iban a molestarla más. Su corazón ardiente se propuso hacer del viejo castillo de Mágdalo un paraíso. Escogió para la servidumbre cuatro doncellas, las más hermosas de Cafarnaum.

María abrigaba en su pecho un corazón hambriento de emociones. Su alma impresionable se hallaba sedienta de amor y de placer. Su imaginación, ardiente y voluble como la mariposa, no hallaba nunca un hombre como lo había soñado. Sus miradas, llenas de amor, repartían diariamente entre sus adoradores mentidas esperanzas que alentaban la fe y el entusiasmo de los pretendientes. Todos los jóvenes que rendían culto al placer, a la música, a la pereza, tenían francas las puertas del castillo de Mágdalo. Diariamente se danzaba a la sombra de los tupidos emparrados del jardín, y la hermosa Magdalena, rodeada de sus doncellas, enloquecía a sus adoradores, haciéndoles oír los dones privilegiados de su voz y las dulcísimas notas de su salterio. Imposible era resistir a los encantos que la naturaleza había derramado sobre la hermosa castellana de Mágdalo. Su frente, noble y elevada, tenía la majestad y la belleza de la Venus de Gnido.

Sus ojos limpios y azules como el cielo de Fenicia, poseían como ninguno la mirada voluptuosa del amor. Sus labios nacarados, un poco entreabiertos, parecían enviar eternamente un beso a sus amantes. En su redonda barba destacábase un hoyuelo que parecía hecho por el dedo voluptuoso de Adonis. Su cuerpo tenía la majestad de Débora y las formas acabadas de Medea. El arte griego sólo hubiera deseado una cosa de Magdalena,[56] transformar la carne en mármol de Italia. Entonces la hubieran adorado como a la madre de Eneas.

Todas las tardes Magdalena bajaba al jardín. Sus doncellas extendían una riquísima alfombra de Persia al pie de un sicómoro corpulento, alrededor del cual colocaban cuatro braserillos de oro, y la mirra y el incienso perfumaban con sus tibias emanaciones el ambiente. Sentábase bajo aquel verde dosel, con la cabeza lánguidamente apoyada en los mullidos almohadones de seda de las Galias con franja de oro, y el armonioso salterio sobre sus rodillas. Entonces una de sus criadas abría la puerta del jardín y comenzaba *la corte del amor.*

Magdalena, que repartía por igual sus ardientes miradas y sus amorosas sonrisas, al verse rodeada de sus amigos íntimos, los cuales con las súplicas más delicadas y las frases más galantes la instaban a que les hiciera oír los encantos de su voz, cantaba alguna cantinela enloqueciendo al auditorio con la dulzura de su voz y la ardiente expresión de su semblante.

Las flores y los hosannas llovían sobre aquella joven, reina de la hermosura y del amor.

Entonces parecía la reina Esther en medio de su corte. Cuando demostraba hallarse fatigada mandaba a sus doncellas que danzaran alrededor del árbol, y últimamente, seguida de su corte, se trasladaba a un sitio del jardín dedicado a los

juegos de pelota.

Los romanos se habían saturado en las costumbres griegas, llevándolas luego por el mundo conquistado por sus legiones. La juventud alegre de Palestina, los afeminados descendientes de los fuertes de Israel, los que transigían con el *imperio impío*,[57] adoptaron las diversiones y las modas de los romanos, burlándose de las amenazas que los rabinos o doctores de la ley les lanzaban desde las sinagogas.

Magdalena era en la época que vamos narrando, más que una modesta hija de Israel, una patricia romana.

En sus jardines había hecho construir el *Sphaeristerium*[58] de los romanos, donde jugaba antes de tomar el baño con sus amigas y amigos a la *trigonal*, juego de pelota en que los jugadores formaban un triángulo y tirándose la pelota unos a otros perdía el que la dejaba caer.

La torpeza cometida por una de las jóvenes autorizaba al venturoso doncel que había tenido la suerte de habérsela hecho cometer, a besarle la mano. Magdalena, seguida de su corte, después de la música y el baile se encaminaba al *sphaeristerium.* Allí, ansiosos los pretendientes de ganar el galardón establecido por la hermosa Magdalena, se valían de todos los recursos imaginables para hacerla perder el juego y besar aquella linda y suave mano tan codiciada. Magdalena, ágil como una corza, flexible como una serpiente, con su penetrante mirada fija en el doncel que se disponía a enviarle la pelota o el volante, defendía la codiciada presa, riendo como una loca cuando la casualidad la ponía en riesgo de perder. Entonces el cansancio encendía con los hermosos colores de la rosa de los Alpes aquellas mejillas, y su semblante, recobrando nueva vida con la agitación, resplandecía de un modo tan irascible, que era preciso, como de la luz del sol, apartar de ella la mirada.

Magdalena empleaba el arte de agradar con una maestría sin ejemplo. A veces, al ver venir hacia ella el volante, ocultaba las manos detrás de la espalda, dejándole caer sin oposición alguna. Entonces se oía un grito de envidia, y el afortunado doncel se llegaba a Magdalena a recibir el galardón. La hermosa castellana alargaba su mano, y mientras el feliz mancebo imprimía sus ardientes labios en aquella mano blanca y diminuta, solía decirle en voz baja:

—Tú no has ganado, pero besa, que es igual.

El sol se ocultaba y con grande sentimiento de la reunión, Magdalena se despedía de sus amigos, y detrás del último convidado se cerraba la puerta del jardín.

El castillo de Mágdalo, mudo, silencioso, rodeado de árboles seculares, se quedaba solo cuando la noche extendía sus sombras por Oriente. Entonces cerrábanse todas las puertas y algunos criados velaban desde la alta atalaya, porque esta fortaleza distaba como una hora de Cafarnaum. Sin embargo, estos centinelas tenían una consigna de la señora, como se verá más adelante.

Capítulo III

HIJO DEL TRUENO

Magdalena, al quedarse sola, se encaminaba a la sala del baño, seguida de su doncella favorita, riéndose como una loca de las esperanzas de sus amantes. Al salir del baño se perfumaba el cabello con esencia de romero, y vistiéndose con lujo deslumbrador, se trasladaba a un pequeño camarín, en donde por todas partes resplandecía el lujo de los griegos, en aquel camarín había una pequeña mesa de mármol servida para cenar. Una lámpara egipcia en forma de esfinge, colocada al extremo de su pie, de tres codos de alto, alumbraba la habitación. Cómodos divanes de seda azul rodeaban las paredes. Un lecho de marfil y ébano cubierto de un *conopeo*[59] egipcio, servía de pabellón a los mullidos almohadones de seda de color de granado.

Este camarín tenía una ventana que daba al campo. La luna penetraba por ella, a tiempo que los perfumes embriagadores que exhalaban los pebeteros salían a su encuentro. Magdalena, reclinada voluptuosamente en su mullida cama, con la mirada fija en las ensambladuras del artesonado techo, parecía esperar algo. Sin embargo, en aquel rostro encantador no se revelaba la impaciencia. Así transcurrieron dos horas. La doncella, inmóvil junto a la ventana; Magdalena recostada en su lecho. Por fin se oyó ruido de pasos que se detenían en la calle. Luego, en lo alto del castillo, una voz que dijo:

—Guardad las flechas.

Esta palabra se repitió tres veces, pero por una voz distinta que se iba perdiendo en el espacio.

Magdalena se incorporó y una sonrisa de indefinible placer asomó a sus hermosos labios. La doncella, adelantando un paso hacia su señora, parecía esperar algo. Magdalena le hizo una seña con la mano y fue a sentarse en el diván que se hallaba cerca de la ventana. Poco después oíase en el campo el sonido melodioso de una lira que tocaba un canto judío.

Aquellas notas, en medio del silencio de la noche, que subían a la ventana de Magdalena impregnadas con el perfume religioso de los campos, acompañadas de la tibia claridad de la luna, tenían una melancolía que llenaba de dulce vaguedad el aposento, levantando un eco amoroso en el fondo del alma.

Magdalena cerró sus hermosos ojos como si quisiera recoger mejor aquellas notas armoniosas y murmuró en voz baja estas palabras:

—¡Ah, Boanerges! Tú tocas la lira como Terpandro y Empédocles,[60] pero yo tengo el fuego de Cleopatra en mis ojos y la seducción de Bethsabé en mis labios.

Apenas Magdalena había terminado estas palabras, cuando la lira cesó por un momento, una voz fresca y varonil cantó la estrofa siguiente:

Nací en la cumbre de una montaña,
vibrando el rayo devastador,
crecí en el fondo de una cabaña,
y hoy que soy hombre, muero de amor.

Hijo del trueno me apellidaron,
que en noche horrible vine a nacer,
y unos bandidos alimentaron
a la cuitada que me dio el ser.

Mi pobre madre llora mis penas,
y cuando quiere calmar mi mal,
dice llorando: que por mis venas
corre un torrente de sangre real.

Mas si no sales a la ventana,
perla de Oriente, nítida flor,
cabe tus muros verás mañana
rota mi lira, muerto el cantor.

Apenas se extinguió el último acento del nocturno canto en el espacio, Magdalena hizo una seña a la doncella, y ésta sacando de un pequeño armario practicado en el pedestal de una estatua de Adonis una escala de seda, la sujetó fuertemente a la ventana y la dejó caer luego a la parte exterior. Después miró a su ama.

—Vete —le dijo Magdalena.

La doncella obedeció. Un momento después entraba un hombre por la ventana. Aquel hombre tendría a lo más veinticinco años. Era hermoso, aunque de facciones un poco afeminadas. No tenía pelo de barba y sus ojos oscuros miraban con una dulzura indefinible. Vestía una túnica corta hasta la rodilla, de una tela de lana oscura, sujeta a la cintura por una correa de cuero. De este cinturón colgaban dos objetos: al costado izquierdo un ancho cuchillo de Damasco; al derecho una flauta pequeña, de metal, de tres agujeros. Cuando saltó por la ventana llevaba la cabeza descubierta, y en la mano un birrete de piel de zorra que terminaba en punta. Por sus piernas se arrollaban unas tiras de piel de chivo, y sus pies calzaban unas sandalias bastante toscas. Colgada en la espalda, como si fuera el carcaj de un cazador indio, llevaba una pequeña lira perfectamente colocada dentro de una funda de lienzo. Este hombre, a quien llamaremos desde ahora Boanerges,[61] era uno de esos hijos de la armonía, uno de esos cantores ambulantes que se alquilaban en los banquetes y los entierros, cuyas melodiosas tocatas servían lo mismo para el placer que para el dolor. Cuando Boanerges saltó por la ventana, después de recoger la escala que le había servido para trepar hasta la habitación, fue a arrodillarse a los pies de Magdalena, y ésta,

extendiendo una mano, dejó que el nocturno cantor imprimiera en ella un beso.

—Buenas noches, mi querido Boanerges; buenas noches, mi querido maestro —le dijo la señora de Mágdalo con dulcísimo acento—. ¡Oh! No era necesario que hubieras cantado la última estrofa, amenazándome con tu muerte, para que yo te abriera mi ventana… El Dios de Jacob no permita que yo sea nunca la causa de la muerte del mejor tocador de lira de las doce tribus, de mi buen maestro, a quien el divino Apolo, si le oyera, colocaría sin vacilar el sistro con la cigarra en la mano y el ruiseñor en la cabeza.

Boanerges, que se había sentado a los pies de Magdalena, inclinó la cabeza en señal de agradecimiento por las frases lisonjeras que le tributaba, y besó por segunda vez la mano de la castellana, que aún conservaba entre las suyas.

—Te doy las gracias, señora mía —dijo el cantor con una voz dulce como las notas de su lira—, y te pido perdón por haber retrasado mi llegada esta noche.

—¡Oh! Esta noche has hecho vibrar la cuerda de tu lira como nunca.

—Creí encontrarte enojada.

—Y tal vez por eso has entonado el sombrío canto del *Hijo del Trueno,* que tanta celebridad ha adquirido en Galilea.

—Ese canto es mi historia; lo que se siente se expresa con doble pasión.

—Los poetas sabéis arreglar perfectamente las palabras para que produzcan efecto.

—El que no siente no expresa —repuso Boanerges con entusiasmo—. Los libros de los rabinos no enseñan el sentimiento: el corazón es el único maestro que enseña a verter una lágrima; del dolor brota la fuente de la ternura. Mi cuna fue un gemido prolongado, mi vida un lamento interminable. Yo he visto eternamente las lágrimas en los ojos de la que me dio el ser y he aprendido a llorar y a sufrir.

—Tétrico vienes esta noche, maestro. ¿Por desgracia, has olvidado la poesía que te encargué de *La mujer pecadora*? ¿No es verdad que es un bello asunto para una canción? Las hipócritas mujeres de Galilea y de Judá me llaman la Pecadora porque no cubro mi rostro con el velo de las vírgenes de Sión, porque mi mano no empuña la rueca y porque no me dedico todas las mañanas a amasar la torta de harina de flor. Yo desprecio el clamoreo de esas ranas del lago de Genezareth, que hablan de mí por envidia, ya que la más virtuosa de ellas daría la mitad de sus días por imitarme.

—¿Qué le importa al águila el graznido de la corneja? —exclamó el cantor—. El sol de tu hermosura les deslumbra: sólo inspiran envidia los grandes. El gusano se arrastra y roe durante las horas de las tinieblas: esa es su constante ocupación. La magnolia alza al cielo su cáliz perfumado, y se muestra con toda su belleza a la luz del día; el hisopo se oculta entre las empolvadas grietas de las ruinas, porque se avergüenza de sí mismo; el *thoucim*[62] ostenta con orgullo los hermosos colores con que le dota la naturaleza; el sol le agrada porque pone de manifiesto sus encantos; ama y es amado; la lisonja le enorgullece; nunca oculta el fuego de sus pasiones porque aborrece la hipocresía. El *bath-jaana*[63] busca las tinieblas y la soledad y

devora en silencio la envidia que le corroe: en su pecho están agotadas las fuentes de la ternura y del amor; su existencia es tétrica y feroz; aborrece hasta sus hijos y los abandona. ¿Cómo no odiarte esas mujeres que ocultan su fealdad bajo el velo del mentido pudor, cuando tus labios han robado el encendido color al *nophech*,[64] y tus ojos resplandecen como el *ephod* del sumo sacerdote? ¿Cómo no aborrecerte, cuando tienes el cuello esbelto como las palomas del Carmelo, y los suspiros de tu boca tienen el perfume de los cedros del Líbano? Desprecia a esas pobres insensatas. Tú eres la reina de las hermosas de Israel. En tu radiosa frente sólo falta una corona. ¡Ay! ¡Si yo pudiera dártela!…

—¡Oh! Veo que eres poeta en todo, hasta en tu ofrecimiento. Sin embargo, creo recordar una de las estrofas que me has cantado esta noche, en la que me decías que corría por tus venas sangre de reyes. ¿Es eso poesía o historia?

—Historia, señora. Yo, sin más patrimonio que estos dos instrumentos que nunca se separan de mí, soy hijo de un príncipe real.

—¡De un príncipe! Jamás me has dicho…

—Yo lo ignoraba, pero mi pobre madre me ha hecho esta noche esa revelación. He ahí el motivo de mi tardanza. Aquí donde me ves, soy nieto de Herodes el Grande.

—¡Ah! Tu abuelo —continuó Magdalena sonriéndose como si dudara de la palabra del cantor— dicen que fue muy aficionado a las artes, pues imitando al divino Julio César, las hizo libres en Israel, pensionando a algunos poetas. Si él hubiera llegado a oír tu prodigiosa habilidad, indudablemente hubiera puesto el cetro de Jerusalén en tus manos.

—Mi abuelo fue asesino de mi padre.

—Esa revelación habrá alentado tus esperanzas.

—Israel es la esclava de Roma: el fuego patrio se ha extinguido en el corazón de los descendientes de los Macabeos. Lamer cobardes el hierro y rezar en voz alta en las sinagogas, es todo lo que les preocupa. Raza menguada que espera su salvación en la venida del Mesías, y teme empuñar el estandarte vengador. Pero no es la opulencia de un trono la que mi alma ambiciona: prefiero ser tu esclavo, vivir eternamente, como ahora, sentado a tus pies mirando la hermosa luz de tus divinos ojos, cantarte mis trovas, arrullar tu sueño, recibir en premio una sonrisa como la que ahora vaga por tus labios purpurinos como la flor del terebinto y depositar un beso al separarme de ti en esa encantadora frente.

Magdalena, con los ojos voluptuosamente cerrados, la cabeza lánguidamente inclinada sobre un mullido almohadón, oía como una música las palabras del cantor. Cuando éste terminó, dijo levantándose y dirigiéndose a la mesa:

—La cena nos espera.

Boanerges se levantó también. Entonces el cantor y la castellana fueron a echarse en los ricos divanes que rodeaban la mesa a la usanza hebrea. La comida era frugal. Consistía en dos asados, dulces en conserva y frutas secas. Durante la cena apenas hablaron alguna que otra palabra. El cantor comió poco. Se ocupaba más en servir a

la señora de Mágdalo. Ella por su parte tampoco le invitaba a que comiera. Indudablemente la hermosa Magdalena ejercía una gran superioridad sobre aquel joven.

Aquella mujer que había alcanzado de los hijos de Israel el sobrenombre de Pecadora, aquella huérfana desenvuelta, que rendía culto a su hermosura y que despreciaba el clamor del vulgo, sin regirse más que por los instintos de su ardiente corazón, jamás había concedido a sus adoradores otra cosa que miradas de amor, promesas engañosas que no se realizaban nunca.

Gozábase en atormentar a sus amantes.

Tenía virgen el cuerpo y corrompida el alma. Su constante anhelo era ser adorada hasta la idolatría. Su corazón, sediento de emociones, sentía un vacío que no podía llenar el amor de los hombres que derramaban el incienso de la galantería a sus pies. Aquella alma ardiente, insaciable, estaba destinada por el Supremo Ser que rige los destinos de la criatura, a amar más tarde, con el entusiasmo y la fe de los mártires, al Hombre-Dios que bajaba a la tierra a salvar con su sangre al género humano.

Capítulo IV

MELODÍAS

Terminada la cena, la perla de Bethania ofreció una copa de oro al cantor, diciéndole:

—Este precioso néctar, extraído de las vides de Engaddi, inspira a los poetas. Bebe, pues, y canta, querido Boanerges, pues supongo que habrás elegido la canción de *La hermosa pecadora*, que te encargué.

Boanerges, después de apurar la copa, la dejó sobre la mesa diciendo:

—Confío en mi musa y en tus dulces miradas que inflaman mi inspiración. Los grandes poetas son la imagen de las aves del cielo. Cantan sin estudiar sus cantos. Tomiris,[65] Teresias[66] y Homero, privados de la luz de sus ojos, escribieron sus obras inmortales en la memoria de sus oyentes.

—Mucha confianza tienes en tu inspiración.

—Puedes tú juzgar de ella.

Magdalena tornó a ocupar el diván que poco antes había abandonado. Boanerges se sentó a sus pies, y descolgando la lira de sus espaldas, comenzó un preludio melancólico como el canto del cisne moribundo. Mientras duró el preludio tuvo sus ojos fijos en la voluptuosa mirada de Magdalena, como si quisiera beber en ella la inspiración. Después, con voz dulce y sentida, cantó lo que sigue, acompañado de una armonía extraña. La música y el verso eran improvisados en el momento; pero Boanerges no tenía otra profesión, y se hallaba todos los días en casos semejantes.

Sus coplas se habían hecho populares, llamábanle el *Cisne de Galilea.* Las señoras de Jerusalén le citaban para oírle. El cantor mendigo, el hijo de reyes, mantenía a su anciana madre con las limosnas de los magnates, con la caridad de los pobres. La canción decía así:

¿Quieres que cante, bella señora,
por qué te llaman, la Pecadora?
Porque es tu frente
resplandeciente
como la aurora de la mañana
que entre celajes de ópalo y grana
el sol envía desde el oriente.
Y en tus pupilas claras y hermosas
brilla serena la luz del día,
y tus miradas son tan sabrosas
como la esencia de la ambrosía.
¿Cómo mirarte
sin adorarte?

Si de tus labios rojos y bellos
brota la esencia de los jazmines,
si el oro puro de tus cabellos
tiene el perfume de los jardines,
¿quién ve tu rostro, flor de las flores,
sin que a tus plantas muera de amores?
¿Quién de tu barba mira el hoyuelo,
y ve tus ojos de luz de cielo,
y no te adora?
Flor de Bethania, luz de la aurora,
¿quién al mirarte no te desea,
aunque te llamen la Pecadora
las envidiosas de Galilea?

Boanerges se detuvo como para tomar aliento. Sus ojos resplandecían con el sagrado fuego de la inspiración, mientras sus dedos continuaban arrancando a la lira dulcísimas notas, cuya armonía deliciosa se perfumaba con la esencia del nardo y de la mirra que llenaba el reducido camarín de la hermosa Pecadora. Magdalena acariciaba mientras tanto con sus pequeñas manos los blondos cabellos del inspirado cantor. Boanerges cantó la estrofa siguiente:

Son tus mejillas flor de granado;
tu frente hermosa, cielo estrellado;
tu linda boca,
que a amar provoca
cuando la entreabre sonrisa leve,
muestra unos dientes como la nieve,
que a Venus misma volvieran loca.
¿Quién de tu cuello ve la blancura
de donde el lirio la suya toma?
¿Quién ve lo esbelto de tu cintura
y de tu aliento siente el aroma?
¿Quién no delira
cuando te mira?

¿Quién no suspira cuando te nombra?
¿Quién no te busca tarde y mañana,
como del sauce la fresca sombra
busca en Egipto la caravana?
¿Quién no codicia besar tu huella?
¿Quién en tus ojos no deja el alma,

si eres hermosa como una estrella,
si eres esbelta como una palma?
¿Quién no te adora?
flor de Bethania, luz de la aurora,
¿Quién al mirarte no te desea,
aunque te llamen la Pecadora
las envidiosas de Galilea?

Cesó el cantor y, colgando la lira de su espalda, dijo con acento conmovido:

—Estás servida, señora.

—Yo te agradezco, Boanerges amigo, el delicioso rato que me ha hecho pasar tu improvisación. Si el gobernador Pilato fuera tan artista como Mecenas estoy persuadida de que recompensaría tu inspiración robusta y entonada, porque verdaderamente pertenece a la familia de los genios.

—Soy hebreo y desprecio la protección de un romano.

—Pilato no es romano, es español.

—Pero sirve a Tiberio, al déspota del Tíber. Soldado mercenario, desnuda la espada en favor de aquel que le paga.

—Bien se conoce que la revelación de tu madre ha inflamado la sangre de tus venas —dijo la castellana.

—¿De qué serviría mi ardimiento? El pueblo de Israel está avezado a la esclavitud. Si yo fuera suficientemente necio para dar el grito de libertad, los romanos no tardarían mucho en crucificarme en la cumbre del monte de las Calaveras. Además, yo sólo sé amar y sufrir, ya lo sabes… Pero tú me has impuesto silencio, y callo. ¡Ah! Bien caro me cuesta el placer de verte todas las noches y arrullar tu sueño.

—Sólo así te permitiré la entrada en mi camarín.

—La gente murmura, Magdalena… y la calumnia pronuncia el nombre de tu amante favorito: ese nombre es el mío.

—Tú sabes que eso no es cierto.

—La esperanza de realizar mis sueños de amor me dan fuerza para esperar.

—Espera, pues.

Boanerges exhaló un suspiro doloroso, e inclinando la frente al suelo, quedóse inmóvil como una roca.

Magdalena llamó a su doncella, y apoyada en su brazo, se encaminó al pequeño dormitorio, donde se hallaba el mullido y elegante lecho cubierto por un *conopeo* egipcio. Se inclinó sobre la cama. Su doncella sentóse a sus pies en un almohadón.

—Boanerges —dijo Magdalena—, la estrella matutina no tardará mucho en aparecer por oriente. Es tarde: el sueño me rinde; cumple con lo pactado; tómate la recompensa ofrecida y vete. Tu pobre madre estará impaciente.

Entonces Magdalena cerró los ojos y se dispuso a dormir. Boanerges desató la flauta de metal que colgaba del cinturón, y empezó a tocar una melodía dulce y

sentida como el arrullo de la tórtola enamorada. Mientras el nocturno cantor tocaba, la doncella tenía la mirada fija en el rostro de Magdalena. Por fin alzó la mano, indicando al músico que cesara y le dijo con voz muy baja:

—Duerme.

Entonces Boanerges llegóse al lecho, alzó con cuidado el extremo del flotante pabellón y depositó un beso suave en la frente nacarada de la hermosa señora de Mágdalo.

Los labios del cantor enamorado habían pasado por la frente de Magdalena ligeramente, como el ala de una golondrina sobre la tersa superficie de un lago.

—Toma y vete —volvió a decir la doncella alargando una moneda de oro al cantor.

Boanerges rechazó aquella limosna con altivo ademán, diciendo:

—Guarda para ti ese oro, como siempre, pero no digas a tu señora que yo lo he rehusado desde el primer día.

Boanerges se encaminó a la ventana y salió por ella. La criada recogió la escala y volvió a ocultarla en la pequeña columna que servía de base a la estatua de Adonis. Después fue a sentarse sobre unos almohadones junto a la cama de su señora.

Capítulo V

BARR-ABBAS[67]

Aquella misma noche y a la misma hora en que Boanerges pulsaba su lira al pie de la ventana de Magdalena, en una angosta barranca de las cercanías de Cafarnaum se hallaba un hombre de aspecto feroz, mirada oblicua, barba roja, crespo cabello y miserable catadura, fuertemente atado con unas correas al tronco de una palmera. Blasfemias horribles, maldiciones impías, amenazas espantosas brotaban de la intimada boca de aquel hombre que hacía esfuerzos inauditos para romper las ligaduras que le sujetaban al árbol.

Ocho hombres, de rostros tostados por el sol, de barbas hirsutas, rodeaban la palmera, coreando con alegres carcajadas los desaforados gritos del miserable prisionero. A juzgar por sus trajes y algunas jabalinas y flechas esparcidas por el suelo y los largos y anchos cuchillos que pendían de sus cinturas, aquellos hombres eran una de esas bandas de malhechores que infestaban las doce tribus en la época que nos ocupa.

—Canta, Barr-Abbas, canta. Tu acento es algo parecido al del onocrótalo cuando desentierra los cadáveres —dijo uno de aquellos bandidos dirigiéndose al hombre que estaba atado al árbol.

—¡Cobardes! ¡Cobardes! ¡Cobardes! —exclamó Barr-Abbas, arrojando espumarajos de ira.

—¿Lo oís, compañeros? Nos llama cobardes —repuso otro soltando una carcajada—. ¡Él que es más blanco que el sepulcro de un profeta! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!

—Soltadme y veréis —volvió a decir Barr-Abbas.

—¡Oh! Si hiciéramos eso, echaríais a corres para escapar de la justa venganza de nuestros valientes capitanes Dimas y Gestas; pero pierde cuidado, no te soltaremos aunque nos arrojes al rostro tu inmunda saliva.

—No me soltáis porque me tenéis miedo.

Los bandidos prorrumpieron a coro una carcajada.

—Sólo las mujeres y los niños pueden temerte, miserable asesino —dijo una voz varonil.

Los bandidos se volvieron precipitadamente, exclamando con respeto:

—¡El capitán!

—¿Qué ha hecho ése? —preguntó el hombre que se había aparecido tan de improviso entre los bandidos, señalando a Barr-Abbas.

El que dirigió esta pregunta era un hombre de cincuenta años, de barba cana y rostro venerable. Se llamaba Dimas, y en nada se hubiera conocido la infame profesión que ejercía; tal era la nobleza de su continente, la bondad de su mirada.

—Ya sabes, capitán —dijo uno de los bandidos señalando a Barr-Abbas—, que

ése descubrió nuestra guarida a los soldados de Pilato el gobernador. ¡Ah, infame! ¡Por un puñado de oro hacernos perder nuestra querida fortaleza de Hebal! Tú, capitán después de la terrible refriega de aquella noche en que perdió la vida nuestro buen compañero Urías y tú recibiste una cuchillada en el hombro, nos encargaste a todos que te cogiéramos a este traidor; Gestas nos encargó lo mismo y hoy ha caído afortunadamente en nuestras manos. Le hemos sorprendido en una cueva de las cercanías del lago: acababa de asesinar villanamente a un pobre anciano que se resistía a entregarle unas cuarenta monedas de plata, fruto de su cosecha. Cuando nosotros entramos en la cueva, el pobre anciano se revolcaba en un lecho de sangre, mientras él con la misma indiferencia que si nada hubiera hecho, sentado sobre una piedra, se entretenía en contar el dinero, sin hacer caso de los lamentos del viejo, el cual nos dijo antes de morir que Barr-Abbas le había herido. Nosotros entonces nos apoderamos de él, y como nos habías citado en este barranco, te le presentamos para que hagas lo que mejor te plazca de ese miserable.

Dimas, que había escuchado la narración del bandido con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en Barr-Abbas, que temblaba de miedo, dijo secamente:

—Las víboras se aplastan para que no emponzoñen la carne sana con sus mordeduras. Degolladle.

El bandido que había hablado sacó su ancho cuchillo de la vaina y dijo, acercándose al árbol:

—Voy a hacer a ese lobo la honra de degollarle. Lo siento por mi cuchillo, que no se verá nunca, aunque lo afile, limpio de tal mancilla.

—¡Dimas, eres un cobarde! —exclamó Barr-Abbas—. Si me hallara solo contigo en los montes de Judá, me dejarías el paso franco y te quitarías el turbante para saludarme.

Y diciendo esto, escupió en el rostro del capitán.

La mirada bondadosa de Dimas despidió un rayo de luz siniestra. Su rostro se tiñó de color de sangre, y sacando rápidamente el cuchillo de la vaina, exclamó con voz de trueno:

—¡Soltad a ese hombre!… ¡Soltadle!…

Y como viera que nadie lo obedecía, se abalanzó sobre Barr-Abbas, y cortando las ligaduras que le tenían sujeto al árbol volvió a exclamar:

—¡Ya eres libre… libre como yo!… ¡Dadle un cuchillo! ¡Defiéndete, porque voy a matarte!

Dimas alzó la frente con fiereza y con la mirada del león irritado esperó a su contrario.

Barr-Abbas, aunque estaba suelto, no se movía del sitio. Los ojos, el ademán de Dimas, le aterraban.

—¡Defiéndete, miserable! —volvió a decir el capitán.

Y como para enardecer el valor de su contrario, le dio una terrible bofetada, que

en el silencio de la noche resonó como un árbol que se quiebra al empuje del huracán.

Barr-Abbas cayó al suelo como si hubiera recibido un mazazo en la cabeza. Por su asquerosa boca salía un caño de sangre.

—¡Oh! —exclamó cubriéndose la cara con las manos—. ¿De qué te sirve correr siempre detrás de ese falso profeta que se ha levantado en Israel con el nombre de Jesús? ¿Cómo te muestras tan admirador de su nueva ley? ¿Por qué aprendes sus parábolas de memoria y sus mandamientos, si no los practicas? «Perdonad a vuestros enemigos», decía una tarde que le oí en las cercanías de Naim; «socorred al desvalido, proteged a los débiles». Eso decía, y tú le escuchabas con la boca abierta, e inmóvil como la torre de David, y, sin embargo, me humillas porque tienes más fuerza que yo, porque estás entre los tuyos, que te vengarían si te mato. ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde!

Y Barr-Abbas se golpeaba la cabeza contra el suelo, blasfemando como un condenado.

Dimas envainó su cuchillo. Su semblante se serenó súbitamente. Las palabras de aquel hombre resonaron en el fondo de su corazón. Sus ojos tornaron a adquirir la dulce y compasiva mirada de costumbre, y con una voz dulce como la de un mártir que mira a la muerte sin temerla y la llama, dijo arrojando una bolsa llena de monedas a los pies de Barr-Abbas:

—Eres libre. Vete: te perdono la vida y el insulto.

—¡Libre! —exclamó Barr-Abbas levantándose de un salto, ligero como el gato montés.

—Sí, libre.

—¿Y me puedo ir?

—Adonde quieras. Has invocado el nombre del Mesías, del Salvador de Israel, del Maestro Divino; yo, en su nombre, te perdono. Vete.

Barr-Abbas abrió la boca, y después de mirar en derredor suyo con el asombro del avaro que se encuentra una moneda de oro a sus pies, tartamudeó con medroso acento:

—¿Te quieres burlar de mí? Me dices vete, y cuando me vaya me arrojarás la jabalina por la espalda.

—¡Vete, miserable! Yo te desprecio: mis armas no se mancharán con tu impura sangre.

Los bandidos que rodeaban a Dimas exhalaron un murmullo de desaprobación.

—¿Le dejáis ir? —preguntó uno de ellos.

—Sí, le desprecio; que se vaya.

Barr-Abbas se apoderó de la bolsa que Dimas había arrojado a sus pies y echó a correr con la ligereza del gamo.

Algunos bandidos hicieron el ademán de seguirle, pero Dimas les gritó con voz de mando:

—¡Nadie se mueva! ¡Dejadle! ¿No habéis oído que he dicho que le perdono?

Mientras tanto, Barr-Abbas, con una rapidez increíble, había trepado por la empinada ladera del barranco. Cuando llegó a la cima se detuvo, y soltando una carcajada, se desató la onda de cuero que llevaba sujeta al cinturón y envió a los bandidos una piedra, que pasó silbando por encima de sus cabezas y fue a chocar contra una roca inmediata. Después desapareció.

Dimas, sin hacer caso de la soberbia del ingrato Barr-Abbas, reunió en torno suyo a los bandidos.

—Oídme —les dijo—. Voy a separarme de vosotros por algunos días. Gestas, mi amigo, dirigirá mientras tanto vuestras empresas. Os espera en el silo del agua, en los montes de Judá… ya sabéis, al extremo de la vía Sangrienta. Id, pues, a reuniros con él.

Y el prudente capitán, sin esperar respuesta, cogió la jabalina que había dejado en el suelo poco antes, y encaminóse hacia el lago de Galilea, que se hallaba al Norte del barranco.

Capítulo VI

LOS PRIMEROS CANTOS DEL CISNE DE GALILEA

Nuestros lectores recordarán el capítulo que con el epígrafe de *Un caballero que roba en despoblado,* dejamos consignado en la primera parte.

Dimas, al presentar a Enoé a sus compañeros, les había dicho:

—Os presento a mi hermana. Tratadla como se merece.

El célebre bandido de los montes de Samaria había cumplido su palabra a la esclava favorita del desgraciado príncipe Antipatro. Desde entonces Enoé fue la hermana de Dimas y sus compañeros la respetaron. Algunos meses después, en una noche de tempestad, noche horrible en que el trueno y el relámpago cruzaban amenazadores por el éter, Enoé, en el viejo y desmantelado castillo de Ebal, dio a luz un niño, hermoso como la primera sonrisa de la aurora.

La egipcia confió al generoso bandido que aquel niño era hijo del príncipe Antipatro, y Dimas juró mientras viviera ser su protector. Los bandidos pusieron al tierno vástago el nombre de Boanerges, porque había nacido en una noche de truenos y relámpagos. Seis años permaneció Enoé en la fortaleza. Dimas respetó siempre a aquella pobre sensitiva enamorada de la memoria de un muerto. Los bandoleros respetaban el dolor de Enoé y amaban con toda la fuerza de sus rudos corazones al niño Boanerges.

Enoé tocaba la cítara, la lira y el salterio de un modo admirable. Su voz era clara como la estrella que precede al día, dulce como el panal de las abejas, apasionada como el arrullo de la tórtola.

Los bandidos llegaban hasta el punto de llorar oyendo sus cantares. Pero Enoé, a quien por el respeto que les inspiraba llamaban Sarai, era buena y condescendiente con aquellos desgraciados. Ella preparaba su frugal comida y amasaba diariamente sus tortas de harina; ella curaba sus heridas y se pasaba la noche en vela a la cabecera de sus lechos de hojas secas.

Un día, Dimas le dijo:

—Enoé, no puedes permanecer más con nosotros sin correr un grave riesgo. El día que los soldados del tirano de Jerusalén descubra nuestra guardia, serás crucificada. Y siendo inocente como eres, de los crímenes que cometemos, no quiero exponerte.

Enoé se encogió de hombros, demostrando que todo le era indiferente.

Dimas le recordó entonces que tenía un hijo, y Enoé, abrazando con amoroso afán a Boanerges, contestó con acento conmovido:

—Tienes razón, hermano mío. ¿Dónde he de ir?

—Esta noche partiremos. Te he comprado una modesta casita cerca de Cafarnaum, a la orilla del lago de Galilea. Aquel país es tranquilo y allí no corréis

peligro ni tú ni tu hijo; yo iré a veros siempre que mis ocupaciones me lo permitan. Ya sabes que nunca he de abandonarte.

Enoé besó la mano de aquel hombre generoso que la casualidad le había deparado, y algunos días después se hallaba instalada en su nueva habitación de Cafarnaum. Enoé, en la soledad de su retiro, se ocupó solamente en la educación de su amado hijo.

La naturaleza había dotado a Boanerges de un corazón de fuego y de una inteligencia clara. Su madre colocó un día la lira en la mano del niño, y el niño llegó a ser un gran músico. Dios le había dado la inspiración de los poetas.

Boanerges, a los catorce años, tocaba la lira y cantaba con la misma dulzura que una virgen del templo de Sión.

Una noche Enoé lloraba, con la mirada dolorosamente fija en los tizones del hogar. Era el aniversario del natalicio de Boanerges. Aquella pobre enamorada, tal vez pensaba en su amante. Boanerges tenía la lira en la mano y se puso a tocar una melodía tan triste como el corazón de su madre. Enoé levantó la cabeza. No conocía aquel canto, pero no dijo nada.

Sin saber cómo, Boanerges se puso a cantar:

Eternamente en tus ojos
el llanto veo, señora.
¿Por qué, di, madre querida,
llorando estás?
Si causa de tus enojos
es el hijo que te adora.
¡ay, madre, toma mi vida,
no llores más!

—¿Quién te ha enseñado esa canción? —preguntó Enoé enternecida.

—Tus lágrimas.

—¿Eres poeta? —volvió a preguntarle con cierto orgullo aquella madre.

—Lo ignoro: he sentido lo que he cantado.

—¡Oh! Dios te bendiga.

Y Enoé abrazó tiernamente a su hijo, llenándole el semblante de besos y lágrimas.

Boanerges, como los ruiseñores en la enramada, como las alondras en el espacio, cantaba sin darse cuenta de ello, porque como las aves, recibía del cielo los dones de su inspiración.

Dimas, por su parte, enseñó la escritura a aquel niño, a quien amaba como a un hijo.

La fama llevó el nombre del Hijo del Trueno por las doce tribus. Boanerges comenzó a hacer sus correrías con la lira a la espalda por las cercanías de Cafarnaum. La tribu de Zabulón fue su primer escenario. Los que le oían exclamaban con

asombro:

—¡Canta como un cisne!

Los israelitas, propensos a poner apodos, le llamaron en breve *el Cisne de Galilea.*

Boanerges cantaba siempre.

—Mi amada se ha muerto —le decía uno.

Y Boanerges cantaba al dolor.

—Mi esposa me ha dado un primogénito —le decía otro.

Y el *Cisne de Galilea* cantaba al placer.

Una noche muy oscura, Boanerges marchaba por un tortuoso camino en dirección a Cafarnaum. De repente un hombre, como si brotara de la tierra, se levantó ante él. Aquel hombre le puso la afilada punta de un cuchillo sobre el pecho, y le gritó con voz de mando:

—¡Alto!

—¡Eh! Poco a poco, buen hombre —respondió Boanerges sin inmutarse—. Quita tu arma de mi pecho. ¿Qué sacarías con matar al Hijo del Trueno, al Cisne de Galilea?

—¡Boanerges! —exclamó el hombre, retirando el cuchillo.

—¿Me conoces?

—Algunas veces te he arrullado sobre mis rodillas.

—¡Ah! Entonces pertenecerás a los bravos que capitanea el generoso bandido de Samaria. ¿Sabes tú dónde se encuentra?

—Sígueme.

El bandido condujo a Boanerges a una gruta. Alrededor de una fogata se hallaban diez o doce bandidos. Todos volvieron la cabeza, y al reconocer al joven trovador exhalaron un grito de alegría. Dimas salió a su encuentro y le dio un abrazo.

—¿Qué es eso, Boanerges? —le dijo—. ¿Está, por desgracia, tu madre enferma? ¿Ha sucedido algo en tu casa?

—Afortunadamente se encuentra buena.

—Entonces… —volvió a decir Dimas como extrañándose encontrarle en aquel sitio a aquellas horas.

—Vengo de las bodas que se han celebrado esta mañana en una aldea de las orillas del lago, y la noche me ha sorprendido en el camino.

—Entonces te quedarás con nosotros; de aquí a tu casa hay tres horas, y la noche es oscura.

Boanerges se quedó con los bandidos. Después de la cena le rogaron que les hiciera oír la dulzura de su voz y la armonía de su lira. El trovador les preguntó qué querían que cantara y uno de los bandidos le dijo:

—Cántanos algo de nuestro oficio, que podamos aprenderlo y cantarlo en los momentos de peligro; una canción que reanime nuestro valor, como las que David dirigía a sus guerreros.

Boanerges meditó un momento. Después les improvisó un canto guerrero que se hizo popular en Israel.

Boanerges era un poeta que recorría la tierra conquistada por David con la lira en la mano. Así llegó a la edad de las pasiones. Un día se presentó un hombre a la puerta de su cabaña.

—¿Eres tú el Cisne de Galilea? —le dijo.

—Así suelen llamarme los aduladores —respondió el poeta.

—Pues una señora desea oírte: hoy da un convite a sus amigos. ¿Quieres venir? Se te pagará bien.

Boanerges se encogió de hombros y preguntó:

—¿Y quién es esa señora?

—La estrella de Mágdalo, la perla de Bethania.

—¡Ah! —exclamó el poeta—. Dicen que es muy hermosa.

—Su frente tiene la blancura del lirio, sus ojos el azul del cielo, sus cabellos el brillo de oro, sus labios son dos terebintos unidos por la mano de una diosa —respondió el emisario.

—¿Eres poeta? —le preguntó Boanerges.

—No, soy pintor; he retratado a esa perla de Bethania, porque necesitaba un modelo para Elena.

—¿Y ella te ha dado la comisión de buscarme?

—Sí.

—Entonces espera que dé un adiós a mi madre y partiremos.

Boanerges fue al castillo de Mágdalo. Durante el convite amenizó el placer de la mesa con la dulce armonía de su lira y el tierno encanto de su voz. Todos sus versos iban dirigidos a la señora de Mágdalo, a la reina de la fiesta. El músico-poeta parecía embelesado ante la deslumbradora hermosura de Magdalena.

Al terminar el festín, Magdalena hizo que Boanerges la acompañara hasta el gabinete que ya conocen nuestros lectores, y le dijo:

—Verdaderamente eres un cisne; nunca he oído nada que te aventaje. Estoy complacida y te doy las gracias por los versos que me has dedicado. Pide lo que quieras y te lo concedo.

Boanerges contestó con toda la vehemencia de su corazón impresionable:

—Quiero tu amor.

—Pides mucho, mancebo —contestó Magdalena sonriendo, a quien no había disgustado la altivez del músico.

—¿Qué se necesita para alcanzarlo?

—Merecerlo.

—Indícame el modo, y por difícil que sea yo lo conseguiré.

—Mucho ofreces.

—Cuando un hombre como yo desea algo, no le importa jugarse la vida por ganarlo.

Magdalena sintió hacia aquel joven altivo algo desconocido hasta entonces a su corazón, y le dijo:

—Oye, pues, lo que quiero.

—Ya escucho.

—Todas las noches, cuando anuncien los gallos con sus cantos la media noche, hallarás una escala colgada de mi ventana: subirás por ella.

—¡Ah! —exclamó el poeta, creyendo que Magdalena iba a recompensar su amor.

—Espera, mancebo —repuso la de Mágdalo—, aún no he terminado. Con las dulces vibraciones de tu lira recrearás mis oídos durante mi cena; luego arrullarás mi sueño.

—¿Y qué recompensa recibiré por el placer de verte?

—Cuando me duerma te permito que deposites un beso en mi frente, luego mi doncella te entregará una moneda.

—Rechazo la moneda y admito el beso —repuso precipitadamente el cantor.

—Quiero que admitas las dos cosas.

—No te comprendo, señora.

—Quiero probar si me amas, si tienes suficiente valor para hacer todas las noches lo mismo.

—Eso es un tormento.

—Sólo a ese precio podré tal vez amarte mañana. ¿Admites?

Boanerges, después de un instante de reflexión, dijo:

—¿Podré hablarte de mi amor?

—Sólo cuando improvises al son de tu lira.

—Admito.

—Entonces vete, y hasta mañana.

Boanerges hacía tres meses que, sin faltar una noche, había acudido al castillo de Mágdalo. Todas las noches depositaba un beso respetuoso en la frente de Magdalena. Esperaba la recompensa de su constante pasión; pero Magdalena no amaba a nadie.

Enoé, con esa sagacidad delicada de las madres, conoció que su hijo no era feliz. Al ver su desaliento, quiso reanimarle, y entonces le contó la historia de su padre. Boanerges supo que corría por sus venas sangre real. Explicados estos antecedentes, volvamos a encontrar a Dimas el bandido, cuando después de conceder la libertad al miserable Barr-Abbas, se encaminó hacia el pueblo de Cafarnaum residencia de Enoé la egipcia. Nuestros lectores recordarán que esto sucedió la misma noche que Boanerges cantó a Magdalena la canción de *La hermosa pecadora*.

Capítulo VII

LUZ EN EL ALMA

Dimas se detuvo, por fin, delante de una casa de pobre apariencia situada a la orilla del lago de Genesareth, y a muy corta distancia de la ciudad de Cafarnaum, y dio con la contera de su jabalina tres golpes acompasados sobre la frágil madera de la puerta.

—¿Quién llama a estas horas? —dijo una voz de mujer desde el interior de la casa.

—El que entrar desea —respondió Dimas desde fuera.

Esto, sin duda, era una palabra convenida, pues al momento se abrió la puerta. Dimas entró en la casa. La puerta volvió a cerrarse. El bandido dijo, sentándose en un taburete de madera con el asiento de palma:

—Buenas noches, Enoé.

Enoé, que a pesar de sus cuarenta años, sus lágrimas incesantes y su palidez extremada, conservaba aún algo de su hermosura, le respondió sencillamente, sentándose a su lado:

—Bienvenido seas, Dimas.

—¿Y tu hijo? —volvió a preguntar el bandido.

—Mi hijo no vuelve a casa hasta que en el cielo asoma la estrella matutina.

—¿Dónde pasa las noches?

—Lo ignoro.

—¿Ama, tal vez?

—Lo presumo.

—Debías procurar averiguarlo.

—El amor verdadero es poco comunicativo, rechaza la libertad, y elige una cárcel en donde no penetran los rayos del sol: al alma.

—Lo que más ama Boanerges en el mundo es a su madre.

—El hijo tiene un amor inmenso que mata el amor de la madre: es el que siente por la mujer que le fascina. El Maestro Divino, el Mesías que recorre la tierra de Israel, lo ha dicho: «Por la esposa dejarás a tus padres».

—Es verdad —murmuró Dimas quedándose dolorosamente con la vista en el suelo, como si aquella cita que acababa de pronunciar la egipcia le hubiera recordado algún pensamiento melancólico.

Hubo un momento de silencio. Enoé pensaba en su hijo. Dimas en Jesús, por fin, la madre de Boanerges dijo con su voz dulce y apasionada:

—¿Qué tienes hermano? Tu mirada es triste como el gemido de un moribundo.

—Tengo, Enoé, que he oído por tercera vez la palabra del Maestro de Galilea.

—¿Has estado en Bethania?

—De allí vengo.

—¿Está allí Jesús?

—Le he visto en la puerta de casa de Lázaro, sentado a la sombra de una palmera. Multitud de gente le rodeaba: todos los desgraciados de las cercanías que buscan el consuelo de sus males en el poder divino de la palabra de ese Hombre extraordinario que lleva en la frente escrita la majestad de Dios, que tiene la luz de los cielos en sus miradas y la sabiduría de los profetas en los labios. Alrededor tenía a los niños: unos sentados sobre sus rodillas, otros a su lado; su mano acariciaba como un padre amoroso aquellas cabecitas. He creído ver que de los extremos de sus dedos salía un reflejo poderoso de luz, como los luminosos rayos que brotan de la frente del sol. Estaba hablando. Un silencio sepulcral reinaba en derredor suyo: ni el céfiro se agitaba entre los copos altivos de la palmera, ni las aves cantaban. Parecía como si la naturaleza hubiera apagado sus mil ruidos para oírle. Los niños le miraban embelesados sin comprenderle. Yo detuve mi paso para escucharle también. Jesús fijó sus hermosos ojos en mi humilde persona, y me envió una sonrisa llena de dulce bondad. Sentí aquella sonrisa filtrarse hasta el fondo de mi alma, y una voz tierna, amorosa, que me decía al oído: «Dimas, apártate de la senda que sigues; no atesores para ti en la tierra, donde todo lo consume la polilla: atesora en el cielo donde los hombres no roban ni la polilla lo consumen». Un estremecimiento extraño agitó todo mi cuerpo, la luz de mis ojos se oscureció, sentí un ruido espantoso en las sienes, y bajé avergonzado los ojos al suelo.

Dimas se detuvo. Por su frente corrían gruesas y abundantes gotas de sudor, su cuerpo temblaba y su voz iba apagándose poco a poco.

—Ese hombre es Dios —dijo pausadamente Enoé.

Dimas contempló un momento a la egipcia con los ojos arrasados en lágrimas, y contestó con tembloroso acento:

—Sí, hermana mía, Dios, que ha bajado a la tierra de los hombres a salvarle. El que escucha una sola vez la santa bondad de su doctrina, no duda; la fe brota en su corazón. Jesús ha leído en el mío, pues por segunda vez resonó su voz en mis oídos diciendo: «Dimas, veo tu fe: tu muerte será gloriosa. Lanzarás a mi lado tu último aliento, y conmigo estarás en la mansión de mi Padre».

—¿Qué quería decirte con eso? —preguntó Enoé.

—Lo ignoro… Pero hace más de treinta años, yo era muy joven, mi barba era negra como las alas de un cuervo, me hallaba al principio de la infame carrera que me deshonra, cuando una noche di hospitalidad en mi castillo a unos pobres viajeros que llevaban un niño de tres meses; aquel niño se llamaba Jesús, y a pesar de su corta edad, al despedirme de él, al darle un beso en la frente, que resplandecía como la puerta del templo de Sión, me dijo al oído: «*Dimas, tú morirás conmigo*». ¿Has oído tú, Enoé, hablar nunca a un niño de tres meses?

—¡Oh! ¡Nunca!

—Pues aquel niño habló, y aquel niño es hoy un hombre que se llama Emmanuel. [68]

—Dimas, desde que Jesús recorre las tribus, los ciegos ven, los tullidos andan, los muertos resucitan —murmuró con voz profética Enoé.

—Sí, Dios está entre nosotros. Yo siento una voz secreta que me grita en el fondo de mi ser: «Detén tu paso, aparta tus ojos de la tierra y mira al cielo». Tengo remordimientos, Enoé. La vida que por espacio de treinta y cuatro años llevo, pesa sobre mi corazón como si tuviera una roca colosal sobre él, y me he decidido a separarme de la senda del crimen; he abdicado todo el siniestro poder que se halla en mis manos en las de Gestas, he hecho que mis compañeros vayan a buscarle a un silo de la vía Sangrienta, y allí él les dirá: «Dimas, nuestro capitán, se ha apartado de nosotros».

—¡Ah! Gracias, hermano mío, no sabes el placer que me causan tus palabras: temía verte en manos de los soldados de Pilato.

—Desde mañana seguiré los pasos de Jesús. Él manda por todas partes a sus apóstoles: yo me arrojaré a sus plantas, y, besando el divino polvo de su huella, le diré: «Señor, Maestro, yo quiero ser tu discípulo». Y Él perdonará mis culpas, que son muchas, y Él me hará bueno en cambio de la fe que siento, fuerte y lozana, en mi corazón.

—Elevemos a Dios nuestras alabanzas, roguemos para que mantenga en el santuario de nuestras almas, pura e inquebrantable la fe que brotó al divino poder de su palabra —dijo Enoé.

Dimas y Enoé quedaron en silencio. Aquellos dos corazones, desgarrados el uno por el amor y el otro por los remordimientos, lo esperaban todo del Pastor de almas que recorría la tierra de los hombres en busca del martirio regenerador.

Capítulo VIII

EL FESTÍN DE MAQUERONTA

Vedle, allí está; es Maqueronta, gigante de granito que desde las fronteras de Judea amenaza eternamente a los rapaces árabes que habitan las solitarias riberas del mar Muerto. La luna, esa poética y silenciosa antorcha de la noche, derrama los puros rayos de su frente sobre sus altos muros y renegridas torres. El aire abrasador del desierto calcina su fuerte muralla; el murmullo del cadencioso Jordán arrulla el sueño de sus moradores. Los soldados mercenarios del señor de Galilea del corrompido y avariento Antipas, cantan desde las altas almenas, recordando tal vez el cielo de su patria, el beso cariñoso de una madre, la mirada de amor de una mujer querida; recuerdo indeleble que no se borra nunca del corazón del desterrado.

Era una noche del mes de *Elul*,[69] a esa hora que los judíos denominan cabeza de las vigilias.[70] El céfiro nocturno gime blandamente en las altas copas de los árboles que cercan el castillo de Maqueronta. La luna está en su lleno. El purísimo azul del cielo ostenta aquí y allá alguna estrella perdida que oscurece su hermoso resplandor, herida por los radiantes reflejos que derrama en el espacio la reina de la noche. Las ojivales ventanas del castillo están abiertas. Por sus estrechos huecos se esparce una viva claridad. De vez en cuando óyese el delicioso acento de las flautas, las liras y la voz de los cantores. El árabe oculto en los espesos matorrales o tras las infecundas rocas, escucha aquella deliciosa armonía, observando con perspicaz mirada el resplandor de las luces del castillo. El perfume de la mirra y el incienso también llega hasta él, envuelto en los pliegues de la brisa nocturna. ¿Qué sucede en Maqueronta?

Aquella fortaleza, alzada allí por la mano poderosa de los señores de Israel para detener las invasiones del hambriento árabe; aquel escudo de guerra donde tantas veces se ha estrellado la flecha del hijo del desierto; aquel montón de rocas inexpugnables en cuyas entrañas el avariento Antipas sepultaba sus tesoros, ¿se ha convertido en la mansión del placer, de la pereza, de la voluptuosidad, del amor? ¿Por qué en vez del grito de guerra, por qué en vez de la voz del nocturno centinela, se escuchan los dulces acordes de la música, el apasionado canto de los trovadores de Israel? ¿Por qué en vez de arrojar flechas y piedras despiden aquellas ventanas torrentes de luz perfumados con los aromas más preciosos de la Arabia?

Porque el mes de Elul ha llegado a la mitad de su carrera, y Herodes Antipas ha reunido en su inexpugnable castillo de Maqueronta a los más valientes oficiales de sus legiones, a los más nobles herederos de Galilea, para celebrar un espléndido festín con motivo de ser el aniversario de su natalicio.

Por eso las lámparas egipcias y las teas de abeto resinoso alumbran los artesonados techos y las tapizadas paredes del espacioso salón destinado a las ceremonias. Por eso los pebeteros griegos con sus deliciosas emanaciones perfuman

el ambiente. La púrpura de Tiro, el oro de Nínive, las perlas de Golconda, brillan con todo el esplendor de su riqueza. La impúdica Jezabel había introducido el uso del perfume y los afeites entre los modestos hijos de Sión.

La corte de la adúltera Herodías no se avenía a llevar el pudoroso velo de las vírgenes sobre el rostro; prefirió el provocativo lujo que había introducido la enemiga de Elías, la reina que fue devorada por los perros. En el festín de Maqueronta las mujeres ostentaban tiaras de perlas al estilo de Persia, redecillas de esmeraldas, coronas almenadas de oro, y algunas, en el impúdico y mal abrigado seno, mostraban gargantillas de diamantes para llamar hacia aquel sitio las lúbricas miradas de los mancebos.

La mayor parte de aquellas bacantes de Palestina que han olvidado la voz profética de Jeremías, llevan las yemas de los dedos teñidas del color purpurino de la rosa silvestre, y las cejas y las pestañas pintadas de negro.

Las melodiosas arpas, las dulcísimas liras, las dolientes flautas y las penetrantes cítaras, armonizan y llenan con sus mágicos acentos los ámbitos del anchuroso salón de Maqueronta. Más de cincuenta convidados de ambos sexos se hallaban alrededor de la espléndida mesa que preside la impúdica Herodías. Los vinos de Italia comienzan a embriagar las cabezas de los sibaritas de Israel. Las miradas provocativas de las mujeres fascinan los ardientes cerebros de los jóvenes convidados.

—Brindo por las lágrimas del rey Aretas y el desconsuelo de su hija —exclamó un centurión romano casi embriagado.

Este brindis impío fue seguido de un hosanna de entusiasmo. Las lágrimas de la mujer de Antipas, repudiada tan villanamente, hacían reír a la corte del miserable tetrarca de Galilea. Herodías agradeció con una mirada al romano aquel brindis. Aquella miserable adúltera estaba preocupada durante el banquete. Un pensamiento horrible bullía en su cerebro. Sólo esperaba un momento oportuno para realizarlo. Su rencor, su odio inextinguible hacia el Bautista, iba a manifestarse con toda la monstruosidad de que era capaz el corazón de aquella reina impura.

De vez en cuando volvía la cabeza hacia una puerta que estaba cerrada. Parecía impaciente y como si esperara algo. Antipas, aunque medio embriagado, advirtió la distracción de su esposa, y alargándole una copa, la dijo:

—Querida Herodías, en las noches de placer, cuando todo sonríe alrededor nuestro, ¿por qué se nubla el hermoso cielo de tu semblante? Brinda, Herodías mía, y desecha importunos recuerdos.

En este momento se abrió la puerta. Herodías exhaló un grito de gozo. Todos dirigieron las miradas hacia aquel punto.

—¡Oh! —exclamó Antipas como fascinado—. Es Salomé, mi adorada hija adoptiva. ¡Qué hermosa está! Parece una ninfa brotando de entre las espumas del mal. ¡Adelante, hija mía, adelante! Sólo un ángel faltaba en esta fiesta deliciosa para que el festín tuviera algo de celestial.

Salomé, la hija de Herodías, avanzó algunos pasos y al llegar al sitio que ocupaba Antipas le presentó la frente para que se la besara. Aquella niña contaba apenas quince años. Su hermosura era provocativa, incitante. Largos bucles negros y lustrosos caían sobre sus hombros. Su cuerpo cubierto apenas hasta la cintura por un velo de finísima gasa de color grana, dejaba ver sus redondos brazos y naciente seno a las codiciosas miradas de los convidados. Llevaba una falda blanca que le llegaba hasta la garganta de la pierna, y encima otra falda de seda azul algo más corta. Ricos brazaletes brillaban en sus brazos, y un primoroso cintillo de diamantes rodeaba su cabeza. Los aretes que adornaban sus pequeñas y sonrosadas orejas eran sencillamente dos ristras de perlas. En sus diminutas manos agitaban una pandereta con cascabeles de oro. Después de recibir el beso de su padre adoptivo, miró Salomé a su madre como esperando alguna orden. Los ojos de Herodías resplandecían de placer. Su hija estaba radiante de hermosura. Su presencia en el salón había eclipsado el brillo de las más hermosas. Aquella joven, era, más que una realidad, un sueño fantástico. Antipas, embelesado en la contemplación de su hijastra, se había quedado con la copa en la mano. Herodías hizo una seña a Salomé, y la joven se puso a tocar la pandereta y a danzar delante del tetrarca de Galilea. Imposible sería describir los ademanes deshonestos, la impúdica desenvoltura de aquella joven, que amaestrada por su adúltera madre, arrastraba a los pies de aquella corte corrompida lo más precioso, lo más caro para una joven: el pudor de la adolescencia.

Los aplausos, los vítores, el entusiasmo aturdían con sus impuros gritos a aquella niña corrompida. Salomé, como si estuviera poseída de un vértigo, danzaba sin tregua, sin demostrar fatiga. El sudor corría por su frente, coloreada por el cansancio. Por fin cayó casi desfallecida en los brazos de Antipas. Éste la estrecho contra su corazón, ebrio de placer.

En aquel momento de entusiasmo, y mientras daba a la joven en la acalorada mejilla el beso de agradecimiento, le dijo con una alegría infinita:

—¡Oh, hermosa e incomparable Salomé! Tu cintura es flexible como la tierna palma que crece en las orillas de un lago cuando la mece el céfiro de la mañana; tus ojos tienen el brillo irresistible del diamante herido por los rayos del sol. El genio de la gracia y del amor no pueden formar otra más bella que tú. Pide hija mía, pide lo que quieres, que yo te ofrezco bajo palabra de honor, concedértelo aunque me pidieras la mitad de mi reino.

Salomé dio un beso al tetrarca y fue adonde estaba su madre. En los ojos de Herodías brillaba el placer indefinible de la venganza. Abrazó a su hija con un entusiasmo que nunca había sentido.

—Ya has oído —exclamo Salomé— lo que me ha dicho tu esposo, mi señor. ¿Qué te parece que le pida, madre mía?

—Pídele —dijo Herodías— la cabeza del Bautista en un plato.

Salomé miró a su madre, pero ésta le contestó sencillamente:

—Ve, hija mía, pídele lo que te he dicho.

La joven corrió adonde estaba Antipas. Algunos cortesanos le rodeaban, celebrando la gracia irresistible de Salomé. Al verla llegar abrieron paso. La hija de la infame adúltera se arrodilló a los pies del tetrarca.

—Vengo, señor —le dijo—, a reclamarte el ofrecimiento que hace poco me has hecho.

—Me alegro, hija mía, que me cojas la palabra; será para mí un placer recompensar tus encantadoras gracias. Pide lo que quieras, que concedido lo tienes.

—Pido, pues, señor, la cabeza de Juan el Bautista, puesta sobre un plato.

Estas palabras produjeron un efecto mágico. Los miserables cortesanos de Antipas aplaudieron con entusiasmo el increíble y criminal capricho de la joven Salomé.

El tetrarca había dado su palabra, pero vacilaba.

—Tengo tu palabra, señor que es sagrada —volvió a decir la desenvuelta joven.

—Es verdad —dijo un cortesano, adulador despreciable de la adúltera Herodías —; tú, señor, le has dicho que pida lo que quiera, y esa joven desinteresada, casi heroica, pide la cabeza de ese trastornador del orden público, de ese andrajoso que haciendo creer que estaba inspirado por el Santo de los Santos, embaucaba a las tribus, poniendo en grande riesgo la tranquilidad de Galilea.

La mayor parte de los cortesanos apoyaron las palabras de su compañero. Antipas, aunque con alguna repugnancia, llamó a un oficial del castillo, y le dijo:

—Baja al calabozo de Juan y manda a un sayón que le corte la cabeza.

El oficial, acostumbrado a obedecer, se inclinó en señal de acatamiento.

—Espera —volvió a decir Antipas—. Coge un plato y coloca la cabeza en él; luego se la entregas a esta joven.

Entonces, ¡barbarie inaudita! Herodías hizo una señal a los músicos y empuñando una copa, invitó a los convidados a un brindis, diciendo:

—¡Por la gracia de la bailarina, por los encantos irresistibles de Salomé, mi hija!

Todos apuraron la copa, excepto Antipas, en cuyo rostro se pintaba el remordimiento. El festín continuó con la misma alegría, con el mismo entusiasmo. ¿Qué les importa a aquellos infames la vida de un hombre como Juan el Bautista?

Mientras tanto, en un tétrico y húmedo calabozo adonde no penetraba la luz del día, un hombre, joven aún, gemía entre las gruesas cadenas que le sujetaban a un banco de piedra. Aquel hombre se llamaba Juan el Bautista: era el santo procursor de Cristo.

La noche del festín que hemos bosquejado dormía tranquilo con el sueño del justo sobre las duras piedras que le servían de lecho. A sus oídos no llegaba el báquico estruendo del banquete celebrado en la parte alta del castillo. Hacía siete meses que esperaba en vano día tras día ver rotas sus cadenas. Dos pensamientos preocupaban su imaginación durante las horas del sueño: los milagros del Mesías, cuya fama había llegado hasta su calabozo, y ver la luz del sol.

Cuando los sayones entraron en el calabozo, Juan dormía tranquilamente. El ruido

de las armas, el resplandor de las teas, le despertaron. El oficial encargado de tan horrible sentencia estaba pálido.

Juan le dirigió una mirada llena de dulce compasión.

—¿Vienes —le dijo— a anunciarme la hora de mi libertad?

—Vengo —dijo bajando los ojos al suelo— a anunciarte la hora de tu muerte.

Juan no se inmutó. Una sonrisa llena de santa resignación asomó a sus labios.

—Haz, pues, lo que te mandan —le dijo sin levantar la voz—. Sólo siento morir sin besar antes las divinas plantas del Cristo que recorre la Galilea predicando la nueva ley.

Uno de los sayones, que llevaba en la mano una espada corta, de hoja ancha y afilada, se acercó a Juan y le puso brutalmente una mano sobre el hombro como para obligarle a que se inclinara la cabeza.

—Espera un momento —dijo el precursor.

Y dirigiendo la mirada y la palabra al oficial encargado de la sentencia, continuó:

—Joven, di a tu ama y al adúltero Antipas, que por las tierras de Israel va el que ha de vengar mi muerte; que yo deploro, en el último instante de esta vida pasajera y perdurable que ellos me quitan, el fin que les está reservado. Antipas, Herodías y Salomé, su hija, morirán en tierra extranjera abandonados de Dios y de los hombres. Ahora, hiere, verdugo, hiere mi temor, yo te perdono.

Un momento después, la cabeza de Juan cayó sobre las duras baldosas del calabozo, y un mar de sangre enrojecía el cuerpo frío y mutilado del santo precursor de Cristo.

Capítulo IX

EL SUEÑO DE UN ASESINO

Cuando terminó el festín, el oficial encargado de la terrible sentencia presentó a Salomé la cabeza de Juan en un plato, diciéndole:

—Toma, hermosa joven, el premio que codicias por tus gracias.

Aquella cabeza ensangrentada iba cubierta con un paño blanco. Salomé corrió al camarín de su madre, y dejando el plato sobre una mesa de cedro, le dijo:

—Aquí tienes, madre mía, lo que me has pedido.

Herodías quitó el paño y se puso a contemplar la lívida cabeza del Bautista. Después se quitó un punzón de oro de sus cabellos y se entretuvo en pinchar aquella lengua que en otra ocasión le había llamado adúltera. La mujer de Marco Antonio había hecho lo mismo con la lengua de Cicerón.

¡Increíble parece tanto rencor, tanta ferocidad, en el corazón de una mujer! Mientras tanto, Antipas se había acostado. En vano procuraba el cobarde asesino de Maqueronta reconciliarse con el sueño. Mil sombras ensangrentadas cruzaban por su mente. El oficial le había dicho las últimas palabras de Juan, y la serenidad con que había visto brillar el arma homicida sobre su cuello. Antipas, el asesino, logró por fin dormirse. Pero, ¡ay!, entonces se presentó ante los ojos de su calenturienta imaginación el horrible porvenir que le esperaba. Vio en sus sueños un ejército poderoso, que atravesando las altas cordilleras del monte Hermón, se detenía en la llanura de Aubanitide. Aquellos soldados, de rostro tostado por el sol del desierto, vestían blancos alquiceles que flotaban a merced del viento.

En sus callosas manos brillaban los cortos alfanjes y las ligeras lanzas. Sus caballos corrían con la rapidez del viento. Aquel ejército lo mandaba un anciano de noble semblante y blanca barba. Llevaba un estandarte negro en la mano izquierda, y una pesada hacha de arma en la derecha. Un casco de hierro, alrededor del cual brillaban las hojas de una corona de oro, cubría su cabeza. El caballo que montaba obedecía a la voz, las riendas eran inútiles. El estandarte tenía una inscripción, y los cerrados ojos de Antipas leyeron aquella inscripción, que decía: «*Aretas, rey de Arabia, vengará a su hija*».

Gruesas gotas de sudor caían de la frente del dormido tetrarca de Galilea, porque aquel nombre era el del rey, cuya hija acababa de repudiar por unirse a la mujer de su hermano, con la vengativa Herodías.

El ejército árabe, que se encaminaba a vengar a la hija de su señor, se detuvo en los campos de Bethania y como a una hora de la ciudad de Gaulón, Antipas vio otro ejército que salía de la ciudad. Delante de aquel ejército, montado en un caballo, negro como el dolor, impaciente como la ira, veíase a un hombre vestido con el traje de los señores hebreos. Aquel hombre se llamaba Filipo, era el esposo burlado de

Herodías. Filipo y Aretas hablaron con calor por largo rato bajo una tienda. El miserable verdugo de Juan vio cómo aquellos dos caudillos se estrecharon las manos, y oyó este juramento: «¡Guerra y exterminio a Herodes Antipas!»

Después los dos ejércitos, el árabe delante y el de Filipo detrás, se encaminaron hacia el Jordán en son de guerra, arrollándolo todo. Al llegar a la ribera opuesta de Corozaim vadearon el río, y, como el simoun, se extendieron, desviándolo todo, por las pacíficas tribus de Neftalí hasta Zabulón. Antipas escuchaba el lamento de sus súbditos, cuyas gargantas eran segadas por el alfanje invasor. Estas maldiciones llegaron a sus oídos:

—¡Maldita sea la mujer adúltera! ¡Dios castigue a los galileos, porque permiten que les gobierne un rey cobarde y vicioso! ¡Maldito sea Antipas! ¡Maldita sea Herodías! ¡Maldita sea Salomé!

Mientras tanto, Aretas y Filipo, conquistando ciudades y talando campos, llegaron a Tiberíades.

Antipas tuvo miedo, y huyó con su esposa y su infame hijastra. De noche, rodeados de un puñado de mercenarios romanos, expuestos a caer cien veces cada día en poder de los invasores, llegaron a la torre de Stralón. A fuerza de oro, la lancha de un pescador, corriendo mil riesgos, les transportó a Tiro. Esta travesía costóles muchas noches, porque temían navegar de día. Herodías enfermaba, pero de un mal desconocido.

Antipas veía día a día apagarse la belleza de aquellos ojos que le habían hecho cometer una infamia. Salomé, encerrada en su dolor, maldecía a aquel monarca destronado. Por fin llegaron a Roma.

Antipas tenía una esperanza: Tiberio. Pero, ¡ay!, Tiberio había dejado el cetro de Roma. Otro en su lugar. Llamábase Cayo Calígula.

Debía el imperio a un oficial llamado Macrón, que audaz y temerario había ahogado a su señor Tiberio bajo un montón de almohadas, sentándose sobre ellas y diciendo con burlesca entonación: «*He aquí un tirano que muere por falta de aire, y no dejaba respirar a nadie en el imperio*».

Cuando Antipas supo que reinaba Calígula, tuvo miedo; porque Calígula era un insensato que erigía templos a sus queridas, que sembraba con polvos de oro las arenas del circo donde los gladiadores se despedazaban para entretener su ocio, que uncía de los carros a los senadores, y que en sólo dieciocho horas hizo matar en el hipódromo quinientos osos y trescientas panteras y leones. Porque Calígula, de insensato, de loco, se transformó, después de una grave enfermedad, en el monstruo más despreciable, en el asesino más soez. Su primer crimen fue monstruoso.

Potisio, viendo enfermo a su emperador, ofreció su vida a los dioses si salvaban al joven Calígula, ¡crueldad increíble!, viéndose restablecido, mandó que cumpliera el ofrecimiento.

Potisio fue paseado por las calles de Roma, coronada la frente de laurel, y luego arrojando desde la roca Tarpeya.

Porque Calígula, loco, sanguinario, cobarde, asesino, a quien hacía temblar la idea de la muerte, tenía el capricho de presentarse en público con una barba de oro, imitando a los falsos dioses de la antigüedad; extravagante y mentecato, hizo construir una cuadra de mármol blanco para su caballo, le cubrió con la púrpura real, adornó su cuello con ristras de perlas, servíale cebada en platos de oro, le hacía beber vino en su misma copa, le nombró caballeros para su servicio, últimamente, elevóle a la categoría de cónsul.

Porque Calígula compraba todo el grano de las cosechas para que su pueblo muriera de hambre, y exclamaba de vez en cuando:

—*!Ah! Si el pueblo romano no tuviera más que una cabeza y pudiera cortarse de un solo golpe*…[71]

Antipas, en su horrible sueño, veía todas estas cosas, que aún pertenecían al dominio del porvenir.

El cobarde fugitivo de Galilea se presentó temeroso al tirano de Roma, y el tirano le dijo:

—El destierro y la miseria es la muerte más dolorosa que puede darse a un rey. Tú ayudaste la conspiración de Saján, rey de los parthos, contra Tiberio. Pues bien, tu hermano Agrippa es tu delator: yo le doy tus riquezas y tu reino, y te destierro con tu familia a un rincón de España.

Antipas veía todo esto con una verdad aterradora. Salomé abandonó a aquellos pobres desterrados que tenían hambre y que vivían en una miserable aldea de Sierra Morena.

Herodías fue atacada de la lepra y contagió a su esposo. Este mal los aisló de las gentes. Los dos esposos llegaron a odiarse, y por fin la muerte puso término a tan miserable vida. Después de muertos, vio cómo sus cuerpos fueron pasto de las aves de rapiña.

Vio a Salomé caer en un río helado y quedarse con la cabeza fuera y el cuerpo sumergido en el fondo. Salomé hacía esfuerzos horribles para salir de aquella situación desesperada; pero el cortante filo del hielo fue poco a poco segando su garganta. Antipas vio la hermosa cabeza de su hijastra rodar por encima de la helada superficie del río, y el cuerpo hundirse en las profundidades del agua. Aquella cabeza tenía los ojos abiertos y aquella lengua hablaba y decía:

—¡Maldita, maldita sea la que me llevó en sus entrañas! Ella me dijo: «Pide la cabeza de Juan», y Juan era un elegido del Dios verdadero. ¡Maldita, maldita sea la mujer rencorosa, pues por ella muero degollada! Madre, tú querías la cabeza del Bautista; pues bien, toma también la mía.

Y Antipas vio rodar aquella cabeza insepulta, que se llegó hasta él dándole un beso.[72]

Entonces despertó. El sudor inundaba su cuerpo, el miedo hacía estremecer sus carnes. La luz del día que penetraba por una ventana del castillo comenzó a serenarle.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Qué sueño tan horrible si fuera cierto!

Aquel sueño debía cumplirse algunos años después de la muerte del Nazareno.

Capítulo X

LA APARICIÓN

Transcurrieron algunos días. Magdalena acababa de abandonar el lecho. Durante la noche, la hermosa doncella de Mágdalo había tenido un sueño fatigoso. Deseando respirar el aire puro de los campos, encaminóse a su ventana. El sol bañaba con sus purísimos rayos los árboles de su jardín. Las flores abrían su corola para recibir su rayo vivificador. Las palmeras balanceaban sus poéticos penachos acariciados por el soplo suave de la brisa.

Magdalena, con los brazos apoyados en el hueco de ella, respiraba el perfumado ambiente de su jardín, dejando vagar por el espacio su indecisa mirada. Las tiernas avecillas cantaban amores, ocultas en las frondosas ramas de los sauces.

Magdalena parecía deleitarse aspirando el aroma de las flores que subía hasta su ventana, y contemplando el hermoso panorama que se extendía ante sus ojos. De pronto sus miradas se fijaron en un grupo de hombres que por una angosta vereda caminaban hacia el castillo. Aquella vereda cruzaba por entre las palmeras de Mágdalo en dirección a Cafarnaum. Detrás de aquellos hombres veíanse caminar algunas mujeres que llevaban niños de las manos.

A Magdalena le llamó la atención aquel grupo de caminantes. Sus ojos se fijaron en los dos hombres que abrían la marcha. Uno era joven: tendría a lo sumo treinta y dos años, y era hermoso, pero con una hermosura que fascinaba. El otro era algo más entrado en años, tenía la barba blanca. Estos dos hombres conversaban, en voz baja. El joven parecía hacer comprender al viejo algo que no entendía. El viejo escuchaba con respeto al joven. Aquello parecíale extraño a Magdalena, porque en Israel las canas tenían en todo la preferencia.

Los dos viajeros se detuvieron a pocos pasos del castillo, bajo la sombra de un terebinto. Magdalena pudo ver mejor a aquellos hombres que habían llamado su atención.

Jamás las codiciosas miradas de aquella mujer hambrienta de amor, que no hallaba un hombre bastante hermoso que llenara el vacío de su corazón, habían visto un ser tan perfectamente hermoso. La mirada de sus ojos garzos era irresistible. La majestad de su noble frente tenía algo que no pertenecía a la tierra. Su barba, de un color castaño y separada en forma de horquilla en su extremo, era finísima como la seda de Damasco. Magdalena, inmóvil, absorta, contemplaba a aquel hombre sin poderse explicar lo que sentía. Así transcurrieron algunos segundos.

Los caminantes fueron reuniéndose alrededor del terebinto; pero se quedaban respetuosamente separados algunos pasos del joven de la barba. Por fin hizo un ademán como si quisiera hablar, y apoyó su cuerpo en el tronco del árbol. Todos se sentaron en el suelo como para escucharle. El silencio era profundo. Magdalena creyó

ver algo que resplandecía alrededor de aquel hombre.

Aunque la ventana estaba bastante separada del sitio que ocupaba el terebinto, la de Mágdalo oyó la voz del misterioso orador. Aquella voz levantó un eco dulcísimo en el fondo de su alma. Estremecíase su corazón de un modo extraño y su cuerpo temblaba a pesar suyo. El hombre decía así:

«—No hay cosa encubierta que no se descubra con el tiempo, ni cosa escondida que no se sepa.

»Las cosas que dijisteis en las tinieblas, a la luz serán dichas, y lo que habláis a la oreja en los aposentos, será pregonado en los terrados. Más es el alma que la comida, y el cuerpo más que el vestido. ¿Quién de vosotros, por mucho que lo piense, puede añadir a su estatura un codo? Pues si lo que es menos no podéis, ¿por qué andáis afanados por las otras cosas? Mirad los lirios cómo crecen, que ni trabajan ni hilan; pues os digo que ni Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos. No andéis, pues, afanados por lo que habéis de comer y beber en la tierra. Por lo tanto, buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas os serán añadidas. Vended lo que poseéis y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, atesorad en los cielos, donde el ladrón no llega.

»Porque allí donde está vuestro tesoro, allí está entero vuestro corazón. Cuando fueses convidado a bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que allí haya otro convidado más honrado que tú. No convides a los ricos cuando des una comida, porque esos te la pueden devolver; convida a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos. Y serás bienaventurado, porque no tienen con qué corresponderte, mas serás galardonado en la resurrección de los justos.»[73]

Aquel hombre continuó hablando por espacio de una hora, mientras descansaban los que lo seguían. Sus palabras, llenas siempre de bondad, de mansedumbre, de ternura, conmovían de un modo maravilloso el corazón de Magdalena.

Por fin se puso en pie, y alzando la cabeza, que humildemente tenía inclinada sobre el pecho mientras hablaba, fijó sus ojos llenos de pureza en Magdalena. La pecadora de Mágdalo no pudo resistir aquella mirada. Entonces le pareció percibir una voz que le decía al oído: «Toma la cruz y sígueme, mujer pecadora. Yo he bajado a la tierra a salvar al enfermo de cuerpo y alma.»

Magdalena vio cómo aquel hombre abandonaba la benéfica sombra del terebinto, seguido de sus compañeros. Parecíale que un perfume delicioso penetraba en su corazón. No se atrevía a moverse del hueco de la ventana.

El hombre, sin embargo, había desaparecido por la vereda que conducía a Cafarnaum, y Magdalena escuchaba aún sus palabras, y le veía con todo el resplandor de su belleza sobrenatural, en pie, inmóvil, junto al árbol.

Por fin pudo arrancarse de aquel sitio y al volver la cabeza vio un hombre que a pocos pasos de ella, en mitad de su camarín, la contemplaba con dolorosa actitud.

Magdalena exhaló un grito, retrocediendo hasta tropezar con la pared de la ventana, porque aquel hombre era el mismo que acababa de perderse por el camino

de Cafarnaum.

—No temas, Magdalena —le dijo con una voz llena de dulzura y mansedumbre.

—¿Eres tú una sombra o una realidad? —preguntó con medroso acento Magdalena.

—Soy Jesús de Nazaret, Salvador de Israel, que viene a decirte: Oveja descarriada, torna a tu aprisco… Tu hermano Lázaro, tu hermana Marta, te esperan con los brazos abiertos en Bethania. Dios perdona tus culpas porque ha bajado a la tierra a salvar a los pecadores.

Magdalena se cubrió la cara con las manos, como si el resplandor que despedía la frente de Jesús la hubiera cegado. Cuando se descubrió el rostro, Cristo había desaparecido. Magdalena cayó desmayada en el suelo. Aquella noche Boanerges acudió, como de costumbre, al pie de la ventana de la pecadora de Mágdalo; pero la ventana permaneció cerrada.

En vano el Hijo del Trueno arrancó a su lira las más dulces notas: Magdalena no oía al cantor. La luz del alba sorprendió al músico junto a los muros de Mágdalo. El joven amante dejóse caer desfallecido sobre el blando césped del campo, y lloró.

—Magdalena se ha burlado de este amor que abrasa mi pecho.

Ya muy entrado el día, vio salir del castillo dos mujeres. Ambas llevaban el rostro cubierto con el pudoroso velo de las vírgenes de Israel. Estas mujeres se encaminaban a pie hacia Cafarnaum.

Boanerges creyó reconocerlas, pero, dudando, permaneció un momento indeciso. Cuando hubieron andado un buen trecho, salió de su escondite y las siguió.

Las mujeres llegaron a Cafarnaum. Se detuvieron medrosas y fatigadas delante de una casa de modesta apariencia. En aquella casa se notaba bastante animación. Veíanse entrar y salir algunas personas. Las dos mujeres que habían salido del castillo de Mágdalo preguntaron a un anciano que se hallaba sentado a la puerta:

—Decid, buen viejo, ¿no es esta la casa de Simón el Fariseo?

—Ésta es —respondió el anciano.

—¿Es cierto que Jesús de Nazarel come hoy en esta casa?

—Cierto es lo que dices.

—Gracias, noble anciano, y perdona si te dirijo una tercera pregunta.

—Habla.

—¿Está dentro el Cristo?

—Dentro está.

Entonces una de las mujeres se quitó el velo que cubría su rostro y lo entregó a su compañera.

Boanerges, que las había seguido y las observaba oculto entre la muchedumbre, la reconoció. No se había engañado: era Magdalena. ¿A qué iba a casa de Simón el Fariseo la doncella de Mágdalo? ¿Por qué preguntaba con tanto afán por el joven profeta llamado Cristo? ¿Por qué no había abierto la ventana la noche anterior?

Boanerges sintió bullir en su cerebro un infierno de tumultuosas ideas. Los celos

se alzaban terribles, amenazadores, en aquella mente inflamada por el amor y el genio.

Mientras tanto, Magdalena, con los hermosos cabellos sueltos por sus espaldas y una copa de oro en la mano llena de un precioso ungüento, penetró en casa de Simón.

Jesús, sus discípulos y algunas personas distinguidas de la ciudad se hallaban tendidos en cómodos lechos alrededor de una mesa. La comida tocaba a su término. La entrada de Magdalena, tan desventajosamente conocida en Galilea, produjo un murmullo de desaprobación. ¿Cómo se atrevía a penetrar en aquella casa, modelo de honradez, la joven que precedía los escándalos de Mágdalo? La doncella, afligida por el remordimiento de su vida pasada, pero serena ante el desprecio de los convidados, arrodillóse a los pies del triclinio de Jesús.

Cristo no volvió la cabeza para mirarla. Su divinidad inquebrantable en nada se inmutó. Seguía en voz baja conversando con su pariente Juan y su más querido discípulo Pedro.

Ni las conjeturas de los convidados ni las lágrimas de la Pecadora le distrajeron. Magdalena, mientras tanto, derramaba el precioso ungüento sobre los pies del Mesías, enjugándoselos luego con amorosa y tierna solicitud con sus suaves y finos cabellos. Uno de los convidados no pudo contenerse, y dijo en voz baja al que estaba a su lado:

«—Si este hombre fuera profeta, bien sabría quién y cuál es la mujer que le toca, porque pecadora es.»

Jesús entonces levantó su amorosa mirada para fijarla en Simón, su huésped, que era el que había hablado, y le dijo:

«—Simón, te quiero decir una cosa.»

«—Maestro, di» —le respondió el fariseo.

«—Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta, mas como no tuviesen de qué pagarle se los perdonó a entrambos. ¿Cuál de los dos debe amarle más?»

«—Pienso, Maestro, que aquel a quien más perdonó.»

«—Rectamente has juzgado» —respondió Jesús.

Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón:

«—¿Ves esta mujer? Entré en tu casa: no me diste agua para los pies; mas ésta con sus lágrimas ha regado mis pies y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste el beso; mas ésta, desde que entró, no ha cesado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con óleo: mas ésta, con ungüento, ha ungido mis pies.

»Por lo cual te digo: Que perdonados le son sus muchos pecados, porque amó mucho. El que menos perdona menos ama.»

Y dijo a ella:

«—Perdonados te son tus pecados.»

Algunos convidados murmuraron en voz baja diciendo:

«—¿Quién es éste que perdona los pecados?»

Jesús, sin escucharles, dijo a la mujer:

«—Tu fe te ha salvado: vete en paz.»[74]

Magdalena salió por fin, arrojando las ricas y preciosas galas a los pobres que estaban sentados junto a la puerta esperando la salida de Jesús para recibir los favores que entre ellos distribuía. Después, en medio del asombro que su conducta produjo, se encaminó hacia su castillo. Entonces Boanerges la tornó a seguir. Cuando creyó que nadie podía oírles apretó el paso, y colocándose delante de Magdalena, le dijo:

—Detente María.

Magdalena y su doncella se detuvieron. Boanerges estaba pálido como un convaleciente.

—Esta noche —continuó— he permanecido debajo de tu ventana. El sol al nacer sorprendió las lágrimas de mis ojos; porque he llorado, señora. ¿Te arrepientes ya de la promesa que me hiciste?

—Boanerges —contestó Magdalena bajando al suelo la mirada, llena de un rubor que nunca había sentido—, entre nosotros ha terminado todo. Dios ha bajado a la tierra a enseñarnos, a nosotros pecadores, los goces de la vida eterna. Toma tú, amigo mío, la cruz como yo, y síguele, porque Él es la fuente de viva luz.

Boanerges sintió algo desconocido en el fondo de su alma. Sus labios se cerraron. Magdalena continuó su camino.

Boanerges no tuvo valor para detenerla. Pero, ¡ay!, aquel joven, todo amor, todo entusiasmo, comprendió que su hermosa esperanza era un cadáver. Entonces quiso correr detrás de aquella mujer que había embellecido sus ensueños. Magdalena había desaparecido. Sintió un ruido extraño en el cerebro, se apagó la luz de sus ojos y exclamando con el dolor de un alma destrozada: «¡Madre mía!», cayó al suelo desplomado, sin sentido.

Una hora después, un hombre montado en un caballo se detuvo junto al cuerpo exánime del Hijo de Trueno; inclinó el cuerpo para reconocer si era un muerto y después echó pie a tierra.

—¡Por los cuernos del altar de Sión! —exclamó el jinete—. ¿No es el Cisne de Galilea?

Después puso una mano sobre el corazón de Boanerges.

—Aún late —volvió a decirse—. Este muchacho recorre las tribus al sol de su lira. Es un entusiasta de las musas. ¡Bah! Hagamos una obra buena: que no es mucho hacer entre las muchas malas que pesan sobre mi conciencia.

El hombre colocó el cuerpo de Boanerges delante de la grupa de su caballo, y montando después, encaminóse hacia Cafarnaum, donde vivía la madre de Boanerges. Aquel hombre que tan caritativamente protegía al músico se llamaba Gestas: era un capitán de bandoleros.

Capítulo XI

LA OVEJA DESCARRIADA

Magdalena cerró desde aquel día las puertas de su palacio. Sus alegres tertulianos formaron mil conjeturas sobre aquel cambio inesperado. Poco tiempo después, el antiguo castillo de Mágdalo había cambiado de dueño. Su nuevo propietario era un alcabalero de Cafarnaum que se había hecho rico con las recaudaciones de los pobres contribuyentes de Galilea.

Magdalena distribuyó toda su fortuna entre los menesterosos de las cercanías. Algo más tranquila su conciencia, se encaminó a Bethania en busca de sus hermanos, para pedirles perdón por sus pasadas culpas. Mientras tanto, dos discípulos de Juan llegaron a las orillas del lago de Genesareth con la infausta noticia de la muerte de su maestro.

Jesús, con algunos de sus discípulos, se embarcó en una nave, cruzando el lago de Galilea; se encaminó al desierto de Bethsaida, donde permaneció algunos días.

Magdalena llegó a Bethania, y al hallarse junto a la puerta de aquella honrada casa que la había visto nacer, cayó de rodillas, besando humildemente el polvo de la tierra. Marta, la hacendosa, vio una mujer que sollozaba, con la frente hundida en el suelo. Aquella mujer iba pobremente vestida con una túnica de lana de color oscuro. Marta llamó a Lázaro y le dijo:

—Ven, hermano mío; junto a los dinteles de nuestra puerta yace una mujer tendida en el suelo; debe estar enferma; socorrámosla.

Los dos hermanos salieron. Su gozo, su asombro, fueron inmensos al reconocer a Magdalena.

—¿Eres tú? —exclamaron, cubriéndola de tiernas caricias.

—Sí, yo soy, Magdalena, la joven alegre y aturdida que en pos de los placeres mentidos y deleznables del mundo abandonó un día este tranquilo hogar; Magdalena, que llorará eternamente arrepentida sus culpas; Magdalena, que os pide perdón de rodillas y que viene a serviros, porque ha resonado en su alma la voz de Dios y ha vendido sus tierras para dar su producto a los pobres; ha arrojado las galas que la enloquecían, y sólo anhela tesoros en el cielo, como le ha dicho el Mesías que derrama la luz y la fe por las tierras de Israel.

Lázaro estrechó contra su pecho a su hermana, viéndola tan arrepentida. Marta lloraba de placer. Magdalena fue desde aquel día la admiración de Bethania. Su humildad no tenía ejemplo. Así transcurrió un mes.

Jesús se apareció una mañana en Bethania, seguido de sus discípulos. Como siempre, fue a pedir hospitalidad a Lázaro. La hacendosa Marta lo disponía todo con el aseo y la prontitud que le eran proverbiales; porque, como mayor, hacía los honores de la casa.

Mientras Jesús hablaba con sus discípulos, Magdalena, sentada a sus pies, le oía con dulce arrobamiento. Los ojos de la pecadora arrepentida contemplaban la divina frente del futuro Mártir.

Marta, en uno de los viajes que hizo desde el hogar a la mesa, reprendió a su hermana dulcemente, y dirigiendo la palabra a Jesús, le dijo:

«—Señor, ¿no veis que mi hermana me deja servir sola? Decidla, os ruego, que venga a ayudarme.»

Jesús alzó la cabeza, y enviando una sonrisa llena de bondad a Marta, le dijo:

«—Marta, Marta, mucho os apresuráis y os conturbáis con el cuidado de muchas cosas. Sin embargo, una sola cosa hay que sea necesaria. María ha escogido la mejor parte, que no le será, por cierto, quitada.»

Marta, aunque no comprendía muy claramente las palabras del Maestro Divino, no volvió a ocuparse de su hermana. Aquella misma tarde Jesús partió para Galilea. Iba a despedirse de su Madre.

Mientras tanto, Magdalena empleaba las horas en hacer obras de caridad, en llorar por sus culpas pasadas y esperando todo de Aquél que le había dicho: «Toma la cruz y sígueme.»

Una tarde, Magdalena se hallaba arrodillada junto al sepulcro de su padre, cuyos consejos había desoído en otro tiempo. Sus ojos llenos de dolorosas lágrimas, su rostro demacrado por la penitencia, había sufrido un cambio asombroso.

Apenas la hubieran reconocido sus antiguos adoradores. Un tosco sayo de lana cubría su esbelto y gracioso cuerpo. Sus hermosos y brillantes cabellos, en otro tiempo perfumados, no exhalaban fragancia alguna. Magdalena lloraba, con la frente apoyada sobre el frío mármol del sepulcro. Un hombre que había entrado furtivamente en el jardín, llegó donde estaba la pecadora arrepentida y se detuvo. Era Boanerges. Su hermoso semblante también había sufrido una metamorfosis pasmosa.

Pálido, demacrado, con los ojos hundidos y la mirada melancólicamente distraída, como el hombre a quien preocupa una idea fija, no era el joven de otros tiempos en cuya frente resplandecía la altivez, en cuyas pupilas brillaba la luz misteriosa del genio. Por espacio de una hora permaneció contemplando a Magdalena. Por fin, le dijo de este modo:

—María, heme aquí otra vez.

Magdalena levantó la cabeza. La presencia de su antiguo adorador no la conmovió, porque para aquella alma tan solemnemente contrita sólo existía un pensamiento: la vida eterna prometida por el Maestro Divino.

—Vete, Boanerges —le dijo—; el pasado debe ser un sueño para ti como lo es para mí. El porvenir es todo mi afán. Dios ha tocado con su clemente mano mi corazón. Vete.

—¡Nunca, señora! —respondió el Cantor—. Mientras me quede un soplo de vida, ese será para amarte; tu amor es para mí como el aire que respiro, como el pan que me alimenta. Mi paso te seguirá por doquiera; puedes no amarme, puedes, si así te

place, aborrecerme. Yo, para adorarte, no necesito ser correspondido.

Magdalena se levantó y encaminóse hacia la casa con paso tranquilo. Boanerges, juntando las manos con ademán suplicante, le dijo:

—Te amo, Magdalena, te amo como nunca, y tu desdén me va agotando la vida; me siento morir: ten lástima de mí.

—«Toma la cruz y sígueme», ha dicho el Salvador de Israel. Síguele tú también, Boanerges; desprecia esta vida pasajera por la que Él nos ha ofrecido en la eternidad.

María entró en su casa. Boanerges, inclinando la cabeza sobre un brazo, que tenía apoyado en un ángulo del sepulcro, lloró como un niño.

Cuando el sol comenzaba a hundirse tras las montañas de occidente, enjugándose las lágrimas, abandonó el jardín de Magdalena.

Capítulo XII

LA DESPEDIDA

Tres años aproximadamente hacía que Jesús había abandonado el solitario peñasco de Nazaret para esparcir por la tierra de Israel la fructífera semilla de su divina palabra.

María se hallaba separada de su Hijo. Tierna, amorosa madre que lloraba en silencio la triste soledad de su corazón. En su dolor, Dios le había concedido tres amigas que no la abandonaron nunca. Llamábanse éstas María Cleofé, madre de Joaquín y de Simón; María Salomé, madre de los hijos del Zebedeo, y Susana, la esposa del mayordomo del tetrarca de Galilea.

Muchas veces, la afligida Madre del Redentor del mundo solía decir a sus solícitas amigas:

—Corramos, hermanas; mi Hijo se halla en Galilea. Corramos a oír, confundidas entre la absorta muchedumbre, sus divinas palabras.

Y entonces aquella Madre elegida por Dios para llevar en sus entrañas el fruto bendito de la redención, cubierto el rostro con el tupido velo de las hijas de Israel, y el cuerpo oculto detrás de la gente que rodeaba a su Hijo, escuchaba embelesada al que más tarde debía morir en el Calvario, traspasándole el corazón de amargura.

La Virgen era socorrida en su orfandad, desde la muerte de su esposo, por la mano caritativa de alguna rica galilea. Mientras tanto, la hora señalada por Dios se aproximaba. Jesús llegó a las cercanías de Cafarnaum, de regreso de su último viaje. En un sendero que conducía a la ciudad halló a su Madre, acompañada de las tres inseparables amigas que nunca la abandonaban. La madre se arrojó llorando a los pies de su Hijo.

Jesús la levantó con dulzura. Los discípulos y las mujeres se separaron del tierno grupo, que se había refugiado a la sombra de un árbol. Entonces, entre aquella Madre amorosa y aquel Hijo que caminaba hacia el martirio, ocurrió una escena, un idilio amoroso, cuyas dulces palabras se perfumaron con la esencia de las rosas de Zabulón.

—¡Salud y paz, Madre mía! —le dijo Jesús.

—Me han dicho, Hijo y Señor, que te diriges a la ciudad que mata a los profetas, a la impía Jerusalén —repuso María.

—Dios, mi Padre, lo ordena; la hora se aproxima: debo cumplir sus órdenes. Mi muerte decretada está en los cielos, de donde descendí gustoso a morir por el hombre. Mi sangre lavará en breve la culpa cometida en el Paraíso; mi sangre será la semilla que ha de dar el fruto mañana a la humanidad.

—Llévame contigo, haz que mi pecho lance el último suspiro con el tuyo.

—Tú, Madre mía, has de sobrevivirme; mas no temas, será por cortos instantes. En la cumbre del Gólgota, paloma solitaria y dolorida, arrullarás con tus tristes gemidos la amargura de mi muerte. Todos me dejarán; tú sola, arrodillada al pie del

leño, confundirás tus lágrimas con mi sangre; porque tú, humilde violeta de Nazaret, has nacido para sufrir agudísimos dolores en la tierra del hombre, y perfumar desde el cielo la dolorosa agonía de la raza humana, porque tú, rosa purísima del valle de Zabulón, palmera solitaria de Bethsaida, prestarás eternamente tu bienhechora sombra a los desgraciados; porque tú, arca sellada, donde se encierra la infinita clemencia de Dios, serás el faro del perdido navegante, la luz reanimadora que guía el paso del cansado peregrino: tu nombre glorioso será invocado en los momentos de amargura, y tu pureza resplandecerá eternamente como los luminosos rayos del sol.

María lloraba, sin atreverse a interrumpir a su santo Hijo.

—No llores, Mujer —volvió a decirle Jesús—, que pronto nos tornaremos a reunir en la morada eterna. Ya lo he dicho; nuestra separación será corta, porque yo soy tu esencia y tú mi aliento; porque mi vida depositada está en tu misma vida. En el libro inmortal está escrito este misterio que tal vez no comprendas. Tranquiliza tu espíritu y espera con serenidad la última hora.

—¡Ah, Señor! —exclamó la Madre dolorosa—. Revoca tu sentencia; compadécete de mi dolor y mi amargura. Recuerda que siendo Niño te alimenté con el jugo de mis pechos; que abrigado en mi seno te llevé a Egipto; que mi mayor placer en las horas de agonía era besar tu frente, blanca como las cumbres del Sabino, pura como la gota de rocío que se cobija en el perfumado cáliz de los lirios del valle. Entonces en tu boca, sonrosada como las rosas de Jericó, vagaba una sonrisa que era todo mi encanto, toda mi felicidad. Si tú partes, si me dejas, ¿qué va a ser de esta pobre madre abandonada?

Entonces Jesús, abarcando a su Madre en una inmensa mirada, de la que parecía desprenderse un poema de ternura filial, le dijo:

—Cesa, Madre y Señora; del sacro cielo descendí a morir por bien de la humanidad; tus entrañas fueron la copa perfumada que recibieron el Verbo Divino. No ruegues más; mi hora se aproxima. Adiós: la cruz me espera.

María rompió en un llanto desconsolador.

Jesús, seguido de algunos discípulos, emprendió la marcha hacia el Jordán. Su Madre y las tres Marías le siguieron a una distancia respetuosa. Las bondadosas mujeres consolaban en vano durante el camino a la Madre afligida. Cuando llegaron al Jordán, Jesús se detuvo, y allí por su propia mano bautizó a Pedro y a su Madre.

Después continuó su camino en dirección a una aldea donde solía retirarse con sus discípulos. María y sus solícitas amigas continuaron el camino hacia Bethania. Al día siguiente Jesús se hallaba rodeado, como siempre, del inmenso auditorio que oía sus palabras, cuando se presentó un hombre cubierto de polvo y con las sandalias del viajero en los pies y el cayado del caminante en la mano. Aquel hombre venía de Bethania.

—Señor —le dijo el caminante—, Lázaro, mi amo, está enfermo. Marta y Magdalena me envían para que te diga que Tú sólo puedes devolverle la salud.

Jesús contestó al emisario:

«—Esa enfermedad no es para morir, sino para gloria de Dios, y para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella.»[75]

—Venid, pues —le decía el mensajero.

Pero Jesús, aunque amaba mucho a la familia de Lázaro, quedóse cuatro días en aquel lugar.

Durante este tiempo instruyó a sus discípulos, diciéndoles:

«—El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres y le harán morir, y después de muerto resucitará al tercer día.»

Los discípulos, no comprendiéndole, guardaban un profundo silencio. Jesús tomó a un niño y volvió a decirles:

«—Cualquiera que recibiere a uno de estos niños en mi nombre, a Mí me recibe.

»Y a todo aquel que escandalice a uno de estos pequeñitos que creen en Mí, más le valdría que le ataran al cuello una piedra de molino y lo echasen al mar. Si tu mano escandaliza, córtala. Más te vale entrar manco en la otra vida que tener dos manos e ir al infierno, al fuego que nunca se puede apagar. Si tu pie te escandaliza, córtale. Si tu ojo te escandaliza, échale fuera.»

Jesús continuó:

«—Hijos, ¡cuán difícil cosa es entrar en el reino de Dios confiando en las riquezas! Más fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar el rico en el reino de los cielos.»

—¿Quién podrá salvarse? —le preguntaban en voz baja los apóstoles.

«—Para Dios todas las cosas son posibles.»[76]

Capítulo XIII

¡LÁZARO, VEN A MÍ!

Multitud de gente se agrupaba a la puerta de una casa de Bethania, ansiosa de ver el cadáver de un hombre justo y honrado que acababa de morir.

Nunca el mendigo había llegado a implorar una limosna delante de aquella puerta sin que una mano le socorriese. El sediento encontraba el agua con que matar la sed devoradora. El hambriento el pan codiciado. El Dios-Hombre, el Maestro Divino que recorría las tierras de Israel, muchas veces hospedábase bajo el techo de aquella casa caritativa. El pueblo de Bethania adoraba a su honrado dueño. Pero Lázaro había muerto, y el pueblo lloraba la sensible pérdida.

La gente esperaba junto a la puerta para ver pasar el cadáver del bienhechor del pueblo, del amigo del Mesías; pues en aquella hora debía ser enterrado en el mismo jardín, en el sepulcro de piedra construido por sus mayores.

En el interior de la casa oíase el prolongado lamento de las plañideras de oficio y el melodioso y triste preludio de las flautas fúnebres.

Entremos en la estancia mortuoria. Lázaro, envuelto el cuerpo con una sábana, y sujeta esta mortaja con unas anchas tiras de lienzo, que en forma de X se arrollan por todo el cuerpo, yace tendido sobre un lecho. Su cadáver embalsamado exhala un olor agradable. Su rostro, descompuesto por el frío soplo de la muerte, está cubierto con un pañuelo. Cuatro lámparas fúnebres alumbran el féretro. A los pies de la cama, sentadas en el suelo, se ven dos mujeres con los pies descalzos, vestidas con un tosco saco de lana y la cabeza llena de ceniza. Estas mujeres lloran amargamente, y de vez en cuando se rasgan las toscas vestiduras y se mesan los enmarañados cabellos. A pesar del llanto, que descompone el semblante, y de la pobreza del traje, se reconoce en ellas que han sido hermosas.

Una de estas mujeres se llama Marta; la otra, Magdalena; ambas son hermanas del difunto. Algunos hombres, parientes de Lázaro, sentados también en el suelo, exhalan profundos suspiros y se rasgan las vestiduras.

Algo más apartados del lecho mortuorio se encuentran las plañideras agrupadas en un montón, y detrás de éstas se hallan los músicos fúnebres, que acompañan los violentos gemidos de las mujeres que lloran por un miserable jornal, con las dulces armonías de las flautas. Entre estos músicos se ve uno, joven, hermoso, pero cuyo semblante respira una melancolía interesante. Aquel joven tiene siempre los ojos fijos en Magdalena, pero la Pecadora no alza nunca los suyos para mirarle.

Este músico era Boanerges. Uno de los parientes de Lázaro, cuya barba blanca y austero semblante le daban el derecho para dirigir la ceremonia fúnebre, se levantó del suelo, enjugó sus ojos y dijo al concurso que rodeaba el cadáver:

—Conduzcamos al sepulcro los restos de Lázaro.

Todos se levantaron. Cuatro mancebos cogieron por los cuatro extremos el lecho que sostenía el cuerpo de Lázaro, y lo levantaron. Entonces la comitiva salió de la casa. Los músicos delante, después las plañideras, luego el cadáver y por último los parientes y amigos.

Aquella comitiva se aumentó considerablemente al cruzar la puerta. El entierro penetró en el jardín. La losa de la tumba estaba separada. Aquella boca esperaba un cadáver. El sepulcro de piedra estaba blanqueado por fuera para que los hombres le reconocieran y no se manchara con su contacto.

Cuando el séquito fúnebre llegó junto a la puerta del sepulcro, uno de los de la comitiva entró en él y reconoció el primero y segundo vestíbulo. Después saludó y dijo:

—Lázaro puede entrar *en la casa de los vivos.*

Lázaro fue colocado en el sepulcro.

Cuando la pesada losa cubrió el hueco, ocultando el cuerpo de Lázaro, se redoblaron los lamentos.

—Si Jesús hubiera estado con nosotros, si hubiera venido a nuestro llamamiento, Lázaro no hubiera muerto —decía Marta llorando amargamente.

Después transcurrieron cuatro días. Durante este tiempo, como Bethania sólo distaba unos quince estadios[77] de Jerusalén, muchos amigos del difunto acudían a consolar a las afligidas hermanas.

Una mañana les dijo uno de estos amigos solícitos:

—El Maestro Jesús ha abandonado la Judea y viene hacia esta tierra. Vosotras que tanto le amáis, pedidle que haga un milagro. El Maestro fue gran amigo de Lázaro, y el nombre de Lázaro tiene un significado en la Escritura[78] que debe alentar vuestra esperanza.

Apenas había terminado el jerosolimitano de pronunciar las anteriores palabras, cuando las dos hermanas vieron cruzar por la puerta de su casa a un hombre que decía:

—Roboan lo ha visto: Joseph se ha curado de la sordera. Corramos, que ya llega a nosotros. Está en los huertos vecinos hablando con sus discípulos.

—Jesús viene a Bethania, hermana —le dijo Magdalena.

—Yo saldré en su busca; quédate tú a cuidar la casa.

Marta cogió el manto y salió en busca de Cristo. El gentío que encontraba a su paso le hizo conocer el camino que seguía el Maestro. No tardó mucho en verle. Como siempre, caminaba con majestuoso y a la par humilde paso, rodeado de niños y mujeres. Cuando Marta le vio, corrió a su encuentro y, cayendo arrodillada a sus pies, le dijo:

«—Señor, si hubieras estado aquí, Lázaro no hubiera muerto.»

«—Resucitará tu hermano» —le dijo Jesús.

«—Bien sé —repuso Marta— que resucitará en la resurrección del último día.»

«—Yo soy la resurrección y la vida —volvió a decir Jesús con su acento dulce y

tranquilo—. El que cree en Mí, aunque hubiera muerto, vivirá, y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees tú esto?»

«—¡Oh! —dijo con ardorosa fe Marta—. Yo siempre he creído que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo.»

Jesús continuó su marcha en dirección a la aldea de Bethania. Marta le seguía, suplicándole que resucitase a su hermano. Cuando llegaron a la puerta del huerto en donde estaba enterrado, Cristo, viendo a María Magdalena arrodillada junto a las piedras del sepulcro de su hermano y que lloraba amargamente, sintió su ánimo afligido y se turbó asimismo.

Algunas mujeres y parientes lloraban también junto al sepulcro de Lázaro. Jesús, viendo tanto dolor por la pérdida del hombre honrado y justo, y recordando que en otro tiempo había sido aquella casa el asilo seguro de su persona, quiso hacer el más grande milagro que han presenciado los hombres y, acercándose al sepulcro, dijo dirigiéndose a los que le rodeaban:

«—¿En dónde le pusisteis?

»—Ven, Señor, y le verás —le contestaron.

»Y lloró Jesús, y dijeron entonces los judíos: Ved cómo le amaba.»[79]

Uno de los que presenciaban la dolorosa actitud de Jesús dijo en voz baja a los que le rodeaban:

—Pues éste que abrió los ojos del que nació ciego, ¿no pudo hacer que éste no muriese?

«—Quitad la losa» —dijo Jesús acercándose a la gruta que encerraba el cuerpo de Lázaro.

«—Señor —exclamó Marta sin comprender el grande milagro que Jesús iba a llevar a cabo a los ojos de cuantos le rodeaban—. Señor, ved que hiede, porque es muerto de cuatro días.»

«—¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios? —repuso Jesús—. Quitad, pues, la losa.»

Y Jesús, alzando los ojos al cielo, continuó:

«—Padre, gracias te doy porque me has oído: Yo bien sabía que siempre me oyes. Mas por el pueblo que está alrededor lo dije, para que crean que Tú me has enviado.»

Entonces Jesús, viendo que la muchedumbre absorta no quitaba la losa del sepulcro, como dudando o temiendo, se adelantó y, extendiendo la mano en dirección a la gruta, dijo con tono profético:

«—Lázaro, ven fuera.»[80]

Entonces sucedió una cosa sobrenatural.

La puerta del sepulcro cayó al suelo, desprendida de sus junturas, sin que nadie la tocara. Los que se hallaban presentes retrocedieron unos pasos, porque vieron salir de la boca de aquel sepulcro un cadáver envuelto con sus sábanas y cintas mortuorias, cubierto el rostro con un sudario blanco.

¿Cómo se había levantado aquel cuerpo del suelo, siendo un difunto y teniendo

los brazos y los pies sujetos al cuerpo por las tiras del lienzo?

Nadie podía explicárselo. Pero lo que no dudaban era que Jesús había dicho: «Lázaro, ven fuera», y Lázaro, abandonando el sepulcro, obedeció la voz del Salvador.

«—Desatadle y dejadle ir» —volvió a decir Jesús.

Lázaro había recobrado la vida.

¡Milagro portentoso, inolvidable! Cortaron las ligaduras de Lázaro, aturdidos y asombrados. Mientras todos rodeaban al que poco antes había sido un cadáver, mientras las mujeres tocaban con asombro el cuerpo de aquel hombre que durante cuatro días había reposado en el pesado sueño de la muerte. Jesús desapareció, seguido, como siempre, de sus discípulos.

De todas partes acudieron ansiosos de conocer al hombre a quien el Mesías había dispensado un favor tan grande. Este hecho maravilloso llegó a los oídos de los fariseos, que temblaban en sus palacios ante aquel Profeta que trastornaba el orden de las cosas y que amenazaba destruir su poder con el mágico imperio de su palabra sublime. Caifás, sumo pontífice aquel año, apenas supo la resurrección de Lázaro, dijo en el Sinedrio:

—Jesús es un trastornador público; será preciso que su obra termine en la cumbre del Gólgota. Es preciso comenzar la guerra a muerte.

Al día siguiente, las tres Marías y Susana, la mujer del mayordomo del tetrarca, llegaron a Bethania. Marta, Lázaro y Magdalena les dieron hospitalidad en su casa.

María preguntó por su hijo Jesús.

—Ha partido a Jerusalén, donde, según se asegura, hará mañana su entrada.

La Madre amorosa respondió:

—Yo también, sin que Él me vea, quiero presenciar su triunfo.

—Desde este momento, Madre y Señora —exclamó Magdalena—, nuestra misión es no abandonarle, porque los peligros le cercan por todas partes, y los enemigos brotan por doquiera para perderle.

—Partiremos mañana.

—Sí, partiremos.

María, madre de Dios, María Cleofé, María Salomé, María Magdalena y Susana, apenas el albor del nuevo sol bañó las altas palmeras de Bethania, se encaminaron a Jerusalén, donde tantas lágrimas debían derramar, donde tantos dolores debían sufrir.

LIBRO DECIMOTERCERO

EL CAMINO DE FLORES

9. «Y las gentes que iban delante y las que iban detrás, gritaban: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!»

10. «Y cuando entró en Jerusalén se conmovió toda la ciudad diciendo: ¿Quién es Éste?»

11. «Y los pueblos decían: Éste es Jesús, el Profeta de Nazaret, de Galilea». (*San Mateo,* capítulo XXI.)

CAPÍTULO I

LA GRUTA DE JEREMÍAS

El mes de Adar tocaba a su fin. La noche estaba oscura, el cielo nebuloso. El viento frío y húmedo silbaba en las grietas de las rocas y las entrelazadas ramas de los espinos. Serían poco más o menos las once de la noche cuando algunos soldados salieron del palacio del gobernador Pilato, y cruzando parte de la ciudad de Bezeta, llegaron a la puerta de Efraim, donde el «¡quién vive!» de un centinela les detuvo.

—Haz salir al decurión del reducto —dijo uno de los soldados levantando la voz —. Traemos una orden de Pilato.

Poco después la puerta quedaba franca y la partida, que se componía de diez hombres armados de lanzas y espadas, salió siguiendo a un hombre desarmado que vestía una túnica de lana a usanza de los hebreos.

El hombre, que al parecer era un guía, tomó el angosto camino que conduce a Efraim y, a pesar de la noche, que era muy oscura, su paso seguro y rápido demostraba la práctica que tenía.

Un soldado dijo en lengua germana al que caminaba a su lado:

—Ya sabes lo que nos ha encargado el centurión con respecto a ese hombre.

—No temas —le respondió—. Mi lanza, si huye, le buscará el corazón por la espalda; si se defiende, por el pecho.

Después caminaron sin hablar más palabra como un cuarto de hora: el judío delante, los soldados detrás.

El guía se detuvo.

—¿Qué ocurre? —le preguntaron los soldados en lengua hebrea.

—Nada —respondió el guía.

—Entonces, ¿por qué te detienes?

—Porque debemos torcer a la izquierda. El monte está a la izquierda del camino de Efraim.

—Pues bien, vamos por la izquierda —volvió a decir el soldado.

—Es que la noche está tan oscura que no veo el atajo que conduce a la gruta.

—Abre los ojos, ¡voto a Moloc! o de lo contrario, yo te los abriré con la punta de mi lanza. ¿Piensas que es tan divertido como los espectáculos del teatro y del hipódromo, cruzar estas veredas malditas en una noche como esta?

—Yo no digo nada —contestó el guía con balbuciente acento.

—¿No has dicho que sabías el camino aunque te metieran la cabeza en un saco?

—Sí, lo sé.

—Pues de más está eso que dices.

El guía tomó resueltamente por la izquierda, y todos callaron y le siguieron.

Algunos momentos después el guía volvió a detenerse.

—Creo que he equivocado la vereda —dijo.

—¡Por el César, mi dueño, que si antes de media hora no nos conduces a la gruta de Jeremías, esta noche es la última de tu vida, querido Barr-Abbas! —exclamó un soldado.

Y luego, dirigiéndose a un compañero, continuó:

—Átale una cuerda al cuello y haz que avive el paso picándole el cogote con el regatón de la lanza.

Barr-Abbas, pues éste era el guía, se puso a temblar y dijo:

—No me atéis.

—Nada de condescendencias; atadle y si pretende escaparse, ya lo sabéis…

Los soldados ataron una cuerda al cuello de Barr-Abbas.

—Ahora, anda —volvió a decir el soldado que parecía el jefe de la partida.

Pocos momentos después entraban en una gruta.

—Aquí, al menos, no se siente el aire frío de la noche. Encended una tea y reconoced todos los rincones de esta maldita cueva, donde tan amargamente se lamentó en otro tiempo el profeta Jeremías.

Los soldados obedecieron. La gruta se componía de tres cuerpos. Las paredes agrietadas tenían profundos huecos, suficientemente anchos para que un hombre se ocultara en ellos sin ser visto.

—Colocaos en la gruta del mejor modo posible, y lo más próximo a la entrada para que no se escapen; yo estaré con este reptil en el segundo vestíbulo. ¡Ay del que respire! ¡Ay del que se duerma! Y, sobre todo, llegando la hora, cuidado con matar a nadie; es mejor que el espectáculo se dé en el Gólgota. Es preciso divertir al populacho de vez en cuando.

Mientras los soldados de Pilato esperan emboscados el momento de lanzarse sobre la presa codiciada, explicaremos nosotros sucintamente algo que el lector no sabe.

La noche que el bandido Gestas encontró a Boanerges desmayado en mitad de una vereda, iba precisamente a Cafarnaum, a casa de Enoé, en donde le habían dicho que se hallaba su compañero Dimas.

Gestas depositó en brazos de la afligida madre a Boanerges, que recobró en breve el conocimiento, y mientras Enoé, a la cabecera de la cama de su hijo, le prodigaba toda clase de caricias y cuidados, los dos bandidos, sentados junto a la lumbre, tuvieron la siguiente conversación:

—Me ha dicho la gente que dejas el oficio, querido Dimas.

—Te han dicho la verdad, amigo Gestas.

—Haces mal.

—Eso mismo pienso yo de ti, que haces mal.

—¿Te remuerde la conciencia?

—Mucho: quisiera borrar con mi sangre los desórdenes de mi vida pasada.

—Te has retirado al mejor tiempo. Las fiestas de los Ázimos se acercan; todos los moradores de Israel, pobres y ricos, ancianos y jóvenes, se ponen en movimiento, y la luna del mes de Nisán es la luna protectora de los bandidos.

—Yo sólo pienso en Dios —repuso Dimas con beatitud.

—¿Crees en lo que dice ese Profeta?

—Sí.

—Me das lástima.

—Si tú le oyeras no hablarías así.

—Si yo viviera más años que el patriarca Noé, y todos los días mañana y tarde, me hablaran de esas cosas que dice Jesús, nunca me convencerían.

—Gestas, no blasfemes. Cristo es hijo de Dios verdadero.

—Amigo Dimas, dejemos esas cosas para los sabios rabinos de Jerusalén y Jericó; nosotros hemos nacido para manejar el cuchillo y la honda, y no para escudriñar los arcanos de lo que está arriba. La gente ve aproximarse el mes más abundante del año y te echa de menos; yo en su nombre, vengo a buscarte.

—No puedo seguiros.

—¿Conque decididamente estás resuelto a abandonar la vida de bandolero?

—Sí.

—¿Lo has pensado bien?

—Sí.

—Tú no eres rico.

—¿Para qué quiero yo el dinero? Si lo tuviera, lo repartiría entre los pobres, como aconseja el Divino Maestro.

—Me aflige tu terquedad.

—Y a mí tu ceguera.

—No insisto más. Pero voy a pedirte un favor.

—Habla.

—El día siete del mes de Adar, día en que todos los israelitas celebran el riguroso ayuno por la muerte de su maestro Moisés, a la media noche, debo reunirme con toda la gente en el barranco hondo de Garizin en Samaria; yo les he ofrecido que tú acudirías a la cita para disponer las correrías del mes de Nisán, pues desde el día uno, que es el ayuno por la muerte de los hijos de Aarón, hasta el quince que se celebra en Jerusalén la fiesta de Pascua, todos los habitantes de las tribus se ponen en movimiento, como sabes, deseosos de cumplir con la ley. Nuestra compañía debe dividirse en tres pelotones; uno ocupará el monte de Judea, otro las riberas del Jordán, recorriendo desde Jericó a Tiberíades y el tercero, que es el más expuesto, debe recorrer las cercanías de la ciudad; tan pronto debe hallarse en el valle Geben-Hinón, como en las veredas escarpadas del camino de Emaús, recorriendo el torrente Cedrón, a lo largo del valle de Josafat. Éste es mi pensamiento, y espero que el botín sea espléndido. Pero algunos se niegan, el desorden comienza a cundir, y yo te suplico que acudas a la cita para alentar su valor, que decae desde que nos abandonaste.

Dimas resistióse, pero, por fin, cediendo a los ruegos de Gestas, prometióle que iría a la cita. El día siete del mes de Adar, a esa hora en que el sol hunde por occidente los últimos rayos, un hombre caminaba con receloso paso por una barranca del monte Garizin.

Aquel hombre tenía un aspecto feroz. Sus barbas y sus cabellos eran rojos y ásperos como la cerdosa melena de un león. Su frente deprimida, sus labios gruesos, su nariz aplastada, y sus ojos extremadamente pequeños, le daban un aspecto de ferocidad salvaje. Su traje asqueroso, cubierto de lodo y sangre, no tenía ni hechura ni color. Llevaba un ancho puñal en la mano derecha y un cabrito recién degollado cogido por los pies y tirado sobre la espalda.

Aquel miserable, que no era otro que Barr-Abbas, acababa de herir a un pastor por robarle unas cuantas monedas de cobre y un cabrito. Barr-Abbas era cobarde y, después de cometer un crimen, el miedo prestaba alas a sus pies.

Cuando llegó al extremo de la barranca buscó entre unas matas la entrada de una cueva y se introdujo en ella. Aquel sitio ignorado que habitaban de vez en cuando las fieras y los bandidos de Samaria, pareció tranquilizar el agitado espíritu de Barr-Abbas. La caverna era inmensamente grande. En el primer vestíbulo desembocaban cinco galerías, abiertas por la mano de la naturaleza en la misma roca. Barr-Abbas se introdujo en una de ellas, perdiéndose a poco entre las sombras.

Luego transcurrieron algunas horas y cuatro bandidos entraron en la cueva.

—¿Están bien colocados los centinelas, Nacor?

—Nadie se atreverá a llegar a este sitio.

—Es preciso desconfiar.

—Encendamos una hoguera, que el frío arrecia.

—¿Conque dice Gestas que viene esta noche Dimas?

—Así lo ha dicho.

—Adonai[81] le dé un buen consejo.

—No esperes que torne a la vida aventurera: el que oye a Jesús, busca el bien —repuso un bandido.

Los cuatro compañeros callaron. Poco después se presentaron otros cuatro, y luego hasta dieciséis. Últimamente, Dimas y Gestas entraron en la caverna.

Todos se sentaron alrededor de la fogata.

Capítulo II

LA GRUTA DE JEREMÍAS

(Continuación)

—Queridos compañeros —dijo Gestas—, mis ruegos no han conseguido nada: Dimas está resuelto a abandonarnos.

Hubo un momento de silencio.

—La profesión de bandolero es para gente joven —dijo Dimas a quien interesaba la dolorosa actitud de sus antiguos camaradas—. Cuando las canas asoman a la barba, el hombre necesita descanso y pensar en Dios.

—Tú eres fuerte y joven —le dijo Gestas.

—Tengo cincuenta y cinco años; pero no es la edad la que me agobia: es la conciencia. La palabra de Dios resuena en el fondo de mi alma. No insistáis más; yo os agradezco el cariño que me profesáis, pero me es imposible seguiros.

Las palabras de Dimas tenían algo de proféticas. Los bandidos no se atrevieron a rechazarlas.

—Cúmplase tu voluntad —murmuró Gestas.

—Así sea —dijeron casi a coro los demás.

—Ahora, a mi vez, tengo que pediros un favor, que no dudo me concederéis —dijo Dimas.

—Habla, te escuchamos —repuso Gestas.

—Jesús de Nazaret irá este año a la ciudad santa a celebrar la Pascua —volvió a decir Dimas—; es probable que los doctores de Jerusalén, que quieren perderle, procuren apoderarse de su santa persona, y en ese caso yo tornaré a empuñar la jabalina para defender al Salvador de Israel. Júrame tú, amigo Gestas, que el día catorce del mes de Nisán, a la media noche en punto, estarás en la gruta de Jeremías dispuesto a recibir y cumplir las órdenes que yo te trasmita.

—Allí estaré sin falta —respondió Gestas con voz entera.

—Adonai conserve tu memoria.

—No temas que olvide, si vivo, la palabra que ahora te empeño por las cenizas de mi padre.

Dimas se levantó y dijo:

—Ahora, permitidme que me retire.

—¿Quieres que te acompañemos?

—¿Para qué? Gracias.

Dimas salió de la cueva. Gestas, viéndose solo con sus compañeros, les enteró del plan que debían seguir. Si los bandidos no hubieran estado tan preocupados,

indudablemente hubieran visto dos ojos que brillaban en la oscuridad. Aquellos ojos salían del fondo de una grieta practicada en una roca. Eran los de Barr-Abbas, que lo había oído todo. Algunos días después, una partida de soldados germanos de los que servían a Pilato cogieron a un asesino que se llamaba Barr-Abbas. Este nombre era pronunciado con repugnancia en Israel. Barr-Abbas era un asesino feroz e inmundo. Los mismos bandidos le rechazaban de su seno, porque su puñal se había ensañado más de una vez con los débiles niños, con las indefensas mujeres, con los pobres ancianos.

Indudablemente la cruz era el porvenir que esperaba a aquel infame. Barr-Abbas fue encerrado en un calabozo subterráneo de la torre Antonia. Un día, quejándose a su carcelero de la ración de habas cocidas que le daban por único alimento, le hizo esta proposición:

—Tengo hambre… pero mucha hambre. Cuando era libre me comía un cabrito todas las mañanas, aunque fuera crudo. La muerte es preferible al hambre. Si dobláis la ración hasta el día que el juez romano me mande crucificar, me comprometo a entregaros a los dos bandidos más temibles de Palestina: a Dimas y Gestas.

El carcelero participó el ofrecimiento de Barr-Abbas al gobernador de la torre, y éste fue a participárselo a Pilato.

Admitida la proposición, salieron de Jerusalén, guiados por Barr-Abbas, y como ya saben nuestros lectores, fueron a emboscarse en la intrincada gruta de Jeremías. Como hemos dicho en el capítulo anterior, los soldados de Pilato se ocultaron después de apagar la tea, esperando el instante de lanzarse sobre su presa.

El silencio era sepulcral. Ni el viento de la noche mugía entre los espinos, ni el mochuelo silbaba sobre las secas ramas de los árboles. Si un viajero hubiera en aquel momento pasado por la boca de la cueva, indudablemente la hubiera creído desierta. Así transcurrió una hora.

Por fin escuchóse un canto religioso, que, según el eco que en alas del céfiro nocturno llegaba hasta la cueva, venía de la parte del camino de Damasco.

Los soldados de Pilato cogieron en silencio las largas lanzas que habían dejado en el suelo y esperaron. El canto venía de occidente y se aproximaba por instantes. Cada momento que transcurría se escuchaba más clara la voz del nocturno cantor. Los soldados oyeron claramente este canto, entonado por una voz dulce y varonil:

¡Ay del que en el alma encierra
las cenizas de su amor!
¡Ay del que vive llevando
la muerte en el corazón!
¡Ay del que llora perdida
la ventura que soñó!
¡Ay del que su amor confía
a una mujer sin amor!

Porque para él ya no tiene
ni rayos la luz del sol,
ni colores la campiña,
ni grato aroma la flor.

Cuando el nocturno caminante terminó el último verso de su romance se hallaba enfrente de la gruta de Jeremías. He aquí la conversación que oyeron los soldados de Pilato desde su madriguera:

—¿Conque decididamente, hijo mío, no quieres pasar la noche en la gruta?

—No. Tú tienes que tratar con Gestas de tus asuntos; yo voy a dormir en el jardín de Getsemaní: lo he ofrecido.

—¿Quieres llevarte la pollina?

—Soy joven, y la jornada es corta. Más falta te hace a ti.

—¡Ah! ¿Crees tú, querido Boanerges, que Dimas, el bandolero de Samaria, ha perdido las fuerzas?

—No, pero…

—Aún me atrevería a apostármela con alguno a correr por los vericuetos de Garizin.

—Conmigo, por ejemplo.

—No; contigo siempre perdería.

—Entonces te dejo.

—No olvides a tu madre.

—Según me dijo, creo que acudirá también con algunas mujeres de Cafarnaum a la fiesta de los Ázimos.

—Enoé, aunque egipcia, es una buena israelita.

—No hay más Dios que el Dios invisible de los hijos de Abraham.

—Y Jesús es su hijo.

—Así lo creo.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Dimas entró en la gruta, llevando a la modesta pollina del ronzal, y Boanerges siguió su camino en dirección al valle de Josafat. Los soldados detenían la respiración para no ser oídos. La oscuridad era extremada. Dimas sentóse en medio de la gruta, tranquilo, porque nada temía.

De vez en cuando le oían murmurar en voz baja algunas palabras que no comprendían. Era el *Padre nuestro,* que Jesús había enseñado a sus discípulos de Galilea.

Dimas rezaba y los soldados esperaban a Gestas. Por fin oyóse en el camino de Efraim un silbido extraño. Dimas levantó la cabeza y murmuró:

—¡Él es!

A pesar de hallarse solo, dijo estas palabras en voz alta y como si alguno le

escuchara.

Después silbó de la misma manera. Gestas se presentó en la puerta de la cueva.

—¡Dimas! —dijo.

—¡Gestas! —respondió el que esperaba.

—¿Estamos los dos solos?

—No, que estamos todos —dijo una voz desde la puerta de la gruta.

Gestas dio un salto y desenvainó el cuchillo, lanzando un rugido de rabia. Dimas no se movió del sitio en que se hallaba, como si todo le fuera indiferente.

—Es inútil que tratéis de defenderos —dijo la misma voz que les había sobrecogido—. Mirad alrededor vuestro; sería inútil la resistencia.

Y como si aquellas palabras hubieran sido pronunciadas por un mago, Gestas y Dimas se vieron rodeados de soldados que brotaban de todas partes.

Barr-Abbas salió de una de las galerías con el capitán romano, que llevaba una tea encendida en la mano. Gestas y Dimas vieron diez lanzas sobre sus pechos y se entregaron.

—¿Me has vendido, Dimas? —preguntó Gestas con desdeñoso acento.

Dimas contestó a esta pregunta con una mirada tranquila y majestuosa.

—No ha sido él, he sido yo —dijo Barr-Abbas soltando una carcajada—. ¡Es tan grato ir al Gólgota acompañado de antiguos amigos!…

Los soldados ataron fuertemente a los tres bandidos y salieron de la gruta.

—No se ha perdido la noche, Nacor —dijo un soldado a su compañero.

—No, por cierto. Teniendo a estos tres murciélagos en los calabozos de la torre Antonia, Palestina podrá dormir en paz y sus habitantes viajar tranquilos.

—¡Bah! El pájaro enjaulado puede escaparse, pero el pájaro muerto ya no vuela.

—Tienes razón —contestó Nacor—; la cruz es el mejor calabozo.

Después entraron en Jerusalén. Los presos fueron depositados, cargados de cadenas, en las húmedas mazmorras de la torre Antonia, y el jefe de la fuerza fue a dar parte al gobernador Pilato del buen éxito de la expedición.

Capítulo III

EL TRECE DE NISÁN[82]

La ciudad santa, la muy amada de Salomón, con motivo de la celebración de la Pascua, presentaba un aspecto sorprendente. La muralla de Nehemia encerraba entre sus brazos de tosca piedra un acrecentamiento de más de doscientas mil personas.

Jerusalén, manantial de las creencias israelitas, abrigaba en su seno a todos los hijos de Abraham, que acudían guiados por la fe de sus mayores a cumplir con los preceptos de la ley. El cordero pascual esperaba la hora del sacrificio. Los sacrificadores, armados del cuchillo matador, miraban con indiferencia a la paciente víctima. Los sacerdotes ataviados con sus resplandecientes y sagradas vestiduras, sacudían las verdes espigas en las gradas del templo de Sión. Por todas partes venían mercaderes ambulantes, cuya industria nómada sigue a la muchedumbre, prestando animación con sus destempladas voces a las romerías y fiestas populares. Todas las casas estaban repletas de forasteros. En los paradores se pagaba un pupilaje exorbitante. Las tiendas levantadas en el mercado de las Maderas presentaban un aspecto pintoresco. La gran plaza de la Piscina Antigua servía de posada a más de quinientas familias.

Los pobres, esa gran familia desheredada que sin más fortuna que algún denario de cobre en sus bolsas y la fe en sus corazones había acudido a la ciudad santa; los que no tenían ni pariente que les ofreciera un asiento en su mesa, ni una cama bajo el hospitalario techo de su hogar; los que no eran bastante ricos para satisfacer las exigencias de los mesoneros jerosolimitanos; los que ni una tienda poseían que los librara del rocío de la noche y los calurosos rayos del sol, habían acampado en los pórticos del hipódromo y del teatro, en la falda del monte Acra, y en el espeso bosque de cipreses y sicómoros que ocupaba la espaciosa lengua de tierra desde la puerta del rey hasta la torre Siloé.[83] Durante los tres días de la primera y más popular fiesta de los hebreos reinaba en la ciudad sacerdotal una libertad sin límites.

No se oía por las noches la voz del desvelado centinela ni en las murallas ni en las torres, ni se cerraban con las fuertes y mohosas cadenas las extremidades de las calles.

Las puertas de la ciudad permanecían abiertas, y la muchedumbre entraba y salía libremente sin que los soldados del juez romano cruzaran las lanzas sobre los pechos de los transeúntes.

Veíanse, pues, por todas partes robustos dromedarios conduciendo sobre sus encorvados lomos a sus nobles señores; pacientes asnos seguían con tardío paso a los inquietos corceles; hombres, mujeres y niños que en hirviente enjambre se agitaban de uno en otro recinto de la ciudad buscando donde hospedarse.

Jerusalén, contemplada a vista de pájaro, parecía un inmenso hormiguero

removido por la cola de una serpiente. Pero ¿qué importaban las incomodidades de la peregrinación a los hijos de Jacob? Lo importante, lo necesario, lo preciso para ellos era celebrar la libertad de su raza, era santificar el memorable día en que los descendientes de Abraham fueron visitados por los ángeles del Señor para sacudir el yugo de Faraón.

En este caso se encontraba Jerusalén la noche del trece de Nisán, cuando dos hombres envueltos en largos mantos judíos penetraron por la puerta de las Aguas, que era la más próxima al monte de los Olivos. Los dos hombres caminaban con paso receloso, ocultando parte de sus semblantes con los embozos de sus mantos. Uno de ellos era joven; tendría a lo sumo treinta y cuatro años de edad. La túnica de color de corinto subido y el manto gris caían con cierta elegancia sobre su bien formado cuerpo. Su rostro era hermoso, el color de su cabello rubio claro, y la barba muy poco señalada. Los ojos, de un azul purísimo, respiraban bondad. En sus labios veíase siempre una sonrisa cariñosa. Este hombre se llamaba Juan, el hijo del Zebedeo.

El otro que caminaba a su lado era más viejo: tendría como unos cincuenta años. Su barba gris y erizada, su nariz aguileña, su mirada altiva y sus facciones pronunciadas, le daban un aire de audacia aventurera que muchas veces se tornaba sombría. El traje era igual al de su compañero: llamábase Pedro, y era hijo de Jonás.

Cuando los dos nocturnos y silenciosos judíos cruzaron la puerta de las Aguas y se hallaron en la ciudad de David, torcieron a la derecha, y cruzando parte del arrabal de Ofel, se internaron en la ciudad hasta llegar al palacio de Caifás, desde donde directamente llegaron a la piscina grande de Sión.

Durante esta travesía, los silenciosos caminantes dirigían miradas escrutadoras por todas partes, como si buscaran algo que para ellos fuera de mucho interés.

Cuando llegaron a la piscina de Sión se detuvieron.

—Hermano —dijo Pedro a Juan—, ¿ves allí al que buscamos?

—Sí, ahora se coloca el cántaro sobre la cabeza.

—Jesús no se ha engañado.

—Dios no puede engañarse nunca.

—Sigamos, pues, a ese hombre.

—Sí, y cumplamos con lo que nos ha ordenado el Maestro.

Esta conversación la produjo un hombre, cuyo traje decía bien a las claras que era algún siervo de una casa acomodada. El hombre, después de llenar el cántaro en la piscina, se encaminó hacia una calle situada entre el palacio de Caifás y el lugar donde bajo la cuádruple tienda, había sido depositada el Arca a la vuelta del desierto.

Pedro y Juan siguieron al hombre del cántaro, pero pronto éste, conociendo el espionaje de que era objeto, se detuvo y encarándose con los discípulos de Jesús, les dijo:

—¿Por qué me seguís?

—Prosigue tu camino, hermano, y no temas: el que puede ha mandado que sigamos tus pasos —le dijo Juan.

La dulzura de aquella voz disipó los temores del hombre del cántaro, que sin pedir más explicaciones continuó su marcha.

Caminaron como unos doscientos pasos y el que iba delante se detuvo frente a una casa, cuya antigua y fuerte construcción parecía datar de las arquitecturas ninivitas.

—Ésta es la morada de mi señor —dijo el criado.

—Entra, pues, y dile que aquí le esperan dos hombres —volvió a decir Juan.

El criado obedeció, y los dos discípulos de Jesús se arrimaron a los negros muros del vestíbulo, dispuestos a esperar. Pronto se presentó un hombre de aspecto venerable que llevaba la túnica blanca de los esenios. Un criado le precedía con una tea encendida en la mano.

—Dice mi siervo que buscáis al dueño de esta casa.

—Sí, hermano —contestaron a la vez los dos apóstoles.

—Yo soy, pues. ¿Qué me queréis?

—Somos discípulos de Jesús de Galilea —continuó Juan—. Esta mañana nos dijo en el pueblo sacerdotal de Betfage:[84] «*Id a la ciudad y encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidle hasta la casa en donde entrare, y decid al padre de familia de la casa: El Maestro te dice: ¿En dónde está el aposento donde tengo que comer la Pascua con mis discípulos? Y él os mostrará una grande sala aderezada, y disponedlo allí*».[85] Nosotros, siguiendo las órdenes del Salvador, entramos hace poco en la ciudad santa, vimos a tu criado, le seguimos, y aquí nos tienes.

—En mi casa de Bethania pasó la última Pascua el Cristo. ¿No me recordáis vosotros ya?

—Sí —dijo Pedro—, te he reconocido: tú eres Helí, el hermano político de Zacarías el de Hebrón. ¿Es esta tu casa?

—No, es la casa de Nicodemus el Fariseo y de José de Arimatea. Yo la he alquilado para que Jesús celebre la cena con vosotros, sus discípulos. Seguidme y os enseñaré el aposento destinado para la cena pascual.

Helí tomó la tea de manos del siervo y entró en la casa, seguido de Juan y Pedro. La casa alquilada por Helí había servido en otro tiempo a los valientes capitanes de David, llamados los Fuertes de Israel, de lugar de recreo.

En el primer tomo de esta obra hemos citado a aquellos colosos de la guerra, algunos de cuyos nombres nos ha consignado la historia, y cuyas proezas asombran a los que las leen. Jesbaán, Semma, Eleazar, Damias, Abisai, y otros muchos héroes que no recordamos, acudían a aquella casa en tiempo de paz para instruirse en los ejercicios de la guerra. David, rayo de las batallas, iba también a admirar la fuerza y la destreza de sus bravos capitanes. Aquella casa, pues, era un recuerdo glorioso de Jerusalén. Aquellas enormes piedras, caídas aquí y allá, restos de la pasada opulencia, tenían algo de grandeza, como las ruinas de Balbek y Babel.

Nicodemus, aunque juez del Sinedrio, gustaba del comercio como buen judío, y

compró aquel montón de escombros. Además, Nicodemus tenía afición a la escultura, en cuyo arte empleaba las horas que sus ocupaciones le dejaban libres.

José de Arimatea fue socio en la compra de aquellos escombros, entre los que se encontraban piedras gigantescas y trozos de columna de un tamaño colosal. Levantaron una casa que alquilaban a los forasteros y de las piedras hacían sepulcros. Este comercio les enriqueció.

Juan y Pedro subieron al piso principal de la moderna casa, construida sobre las ruinas del antiguo circo de los Fuertes de Israel. Un pigmeo se había levantado sobre la osamenta de un gigante.

La pieza destinada al cenáculo estaba dividida en tres departamentos por unas cortinas inmensas de paño de Tiro y ricos tapices de Persia. Estos departamentos estaban profusamente iluminados con lámparas y arañas de bronce. Las paredes estaban pintadas de blanco desde la altura de un hombre hasta el techo y la parte baja cubierta de tapices. Multitud de perchas, a manera de ganchos, rodeaban estos tapices. Allí era donde los convidados debían colgar la ropa.

En la pieza del centro veíase una mesa inmensamente larga, rodeada de lechos primorosamente trabajados. En esta mesa había trece cubiertos.

—Aquí será —dijo lacónicamente Helí.

Los dos discípulos se inclinaron, y como nada más tenían que hacer allí, pidieron permiso para retirarse y participar lo que habían visto a su Maestro.

—Id —les dijo el huésped—, y saludad al Maestro en mi nombre, diciéndole que le espero.

Los dos emisarios del Redentor salieron de aquella casa, y aprovechando la libertad que reinaba en Jerusalén con motivo de la fiesta de Pascua, volviendo a desandar lo andado, y saliendo por la puerta de las Aguas, se encaminaron a Betfage, donde los esperaba el Maestro Divino.

Capítulo IV

¡HOSANNA EN LAS ALTURAS!

Jesús, en el camino de Jericó a Bethania, se había detenido unos instantes para que descansara la gente que le seguía.

«—Vamos a Jerusalén —dijo a sus discípulos—, y serán cumplidas todas las cosas que escribieron los profetas del Hijo del Hombre; porque será entregado a los gentiles, y será escarnecido, azotado y escupido. Y después que le azoten, le quitarán la vida y resucitará al tercer día».[86]

Los apóstoles, en cuyos corazones vivía rica y poderosa la fe, guardaban silencio sobre algunas cosas que no comprendían.

Cuando Jesús llegó a la aldea sacerdotal de Betfage, mandó a dos de sus discípulos a Jerusalén. Éstos eran Juan y Pedro, los que debían seguir al hombre del cántaro, como dejamos explicado en el capítulo anterior.

Jesús, con los apóstoles, pasó la noche del trece de Nisán en la aldea. Al día siguiente, cuando los rayos del sol comenzaron a extenderse sobre las copas de los olivos de Getsemaní, Cristo dijo a sus discípulos:

«—Id al lugar que está enfrente de vosotros,[87] y luego que entráreis en él, hallaréis un pollino atado, sobre el que no ha subido aún ningún hombre: desatadlo y traedlo».[88]

Los discípulos trajeron poco después el asno adonde estaba Cristo, pusieron sus mantos sobre el paciente lomo del animal y Jesús subió, diciendo:

—Ahora vamos a Jerusalén.

Todos se pusieron en marcha. Mientras tanto, la noticia de que el Mesías Salvador de Israel se acercaba a la ciudad, cundió con rapidez.

Una inmensa muchedumbre se agrupaba en la embocadura del camino de Bethania para verle pasar. Los hombres llevaban palmas en las manos; las mujeres derramaban flores para alfombrar el camino que pronto debía ser santificado por el Cristo. Por todas partes se oían gritos de *¡hosanna!*, exclamaciones de entusiasmo, cánticos de alegría.

Un grupo de doncellas había formado un arco con palmas junto a la puerta de las Aguas, y esperaban al Divino Maestro cantando al son de los salterios y las arpas:

> De flores y palmas sembremos el suelo,
> tejamos coronas de mirto y laurel, hoy que abre gozoso sus puertas el cielo
> al Dios de Israel.

Y los hombres, los niños y los ancianos repetían después con entusiasmo:

«—¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Paz

en el cielo y gloria en las alturas!»[89]

Cinco mujeres colocadas en una pequeña prominencia próxima a la ladera oriental del valle de Josafat, dirigían ansiosas sus miradas hacia el sitio por donde debía venir el descendiente de David. Una de aquellas mujeres llevaba un ancho manto azul que la cubría por completo. En su hermoso semblante brillaba la felicidad, el gozo, la alegría. Aquella mujer era la Madre amorosa del Maestro Divino. Confundida entre el gentío, rodeada de sus leales compañeras, que no la abandonaron nunca, quería gozarse en el triunfo de Aquél que llevó en sus entrañas.

¡Felicidad pasajera, goce momentáneo, que debía tornarse en breve en dolorosa amargura!

Sus ojos, puros y radiantes como la tenue luz de la aurora, iban en breve a convertirse en manantiales inagotables de llanto. De vez en cuando veíase entre la alegre muchedumbre algún hombre de rostro ceñudo, de mirada amenazadora: era un fariseo, un enemigo irreconciliable de Aquél que había bajado a la tierra a quitarles el manto de la asquerosa hipocresía y que les llamaba *raza de víboras.*

Entre el entusiasmo general, sólo los romanos y los germanos se mostraban indiferentes. Soldados mercenarios, sólo adoraban a Tiberio, que los pagaba. Para estas plantas exóticas de Palestina todo era indiferente exceptuando el oro y la guerra. El águila romana había hecho presa en la Ciudad Santa. Sus robustas alas se extendían sobre el templo de Sión, y ellos dejaban dormir las espadas en sus vainas y el escudo en un clavo a la cabecera de la cama, confiando en que la víctima no se escaparía. La romería más grande, la fiesta religiosa más popular de Israel les era indiferente.

Pero ¡ay de aquellos degradados descendientes de Abraham si hubieran exhalado un grito de odio o una amenaza contra el señor de Roma! Porque entonces aquellos indiferentes hijos de la guerra hubieran desnudado sus espadas, y las cabezas judías hubieran caído como las espigas bajo la hoz del segador.

—¡Vedle! ¡Ya viene! —decía un hombre a los que le rodeaban—. Yo era ciego de nacimiento; Jesús puso sus dedos sobre mis cerrados párpados, y al momento vi la luz querida del sol. ¡Bendito sea el Señor, que viene a nosotros!

—Yo estaba tullido diez años en una cama —repitió otro—. «Deja tu lecho y levántate», dijo, y me levanté, y me vi bueno y fuerte, y ágil como me veis. ¡Bendito sea Jesús! Él es el Mesías verdadero, el Hijo prometido de Adonai.

—¡Ah! ¡Vedle allí! ¡Jesús mío! —exclamó María, extendiendo una mano en dirección al camino de Bethania.

—Hasta las aves del cielo cantan su bienvenida, y las palmeras se inclinan para saludarle y el viento trae entre sus pliegues todos los perfumes del Líbano y del valle de Zabulón para embalsamar sus palabras divinas —repuso Magdalena.

La gente comenzó a moverse como una gran culebra. Todos querían verle pasar. Todos codiciaban tocar sus vestiduras, porque daban la salud al cuerpo. Todos anhelaban oír sus palabras, porque eran la fuente del consuelo, el fecundo manantial

de la fe.

Jesús se aproximaba a las murallas de la ciudad santa humildemente montado en un asno, rodeado de sus discípulos y de un pueblo hambriento del amor y el consuelo de sus palabras. Y las gentes que iban delante y las que iban detrás gritaban:

«—¡Hosanna! ¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!»

Y todos se conmovían al verle y decían en voz baja:

«—¿Quién es éste?»

Y algunos respondían con fervoroso acento:

«—Éste es Jesús, el Profeta de Nazaret de Galilea, el Mesías prometido».

—¿Qué ha hecho ese hombre para que todos le adoren? —preguntaba un soldado de Pilato a una mujer.

Y ella le respondió:

—Su voz aplaca las tempestades, sus pies caminan por encima de la superficie de las aguas sin que su cuerpo se hunda, y cuando su palabra dice a los muertos «Levantaos», los muertos se levantan y viven como tú y como yo.

El soldado entonces se levantaba sobre la punta de sus pies para verle pasar y sin poderse dar razón de ella, exclamaba con los demás:

—¡Hosanna en las alturas! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

En medio del contento, del entusiasmo general, los fariseos y los doctores de la ley que habían acudido, hostigados por la curiosidad, al ver a Jesús, murmuraban en voz baja:

—Desconfiemos de ese galileo que hace milagros que nadie puede hacer; vivamos alerta, porque la cizaña crecería en nuestros campos con la palabra de ese hombre que ha dicho a Lázaro: «Sal fuera y ven a mí».

Y otro respondió:

—Debemos prenderle antes que levanten en Israel el pendón de los Macabeos, y vengan los romanos y nos destruyan y desbanden como una manada de ovejas.

Pero nadie se atrevía a poner la mano sobre el Joven Maestro. Jesús, cuya humildad era infinita, cuya mansedumbre era inagotable, dirigía en derredor suyo miradas de dulzura y sonrisas de amor divino. Pero, ¡ay!, en aquellos ojos garzos, cuya profunda y dolorosa mirada no ha podido trasladar al lienzo el pincel del hombre, brillaban dos lágrimas.

Cuando llegó junto a los soberbios muros de la ciudad deicida, detuvo el paso de su modesta cabalgadura. El pueblo se apiñó alrededor suyo y guardó un profundo silencio; porque Cristo había demostrado con sus miradas que iba a hablar, y sus palabras eran un tesoro inapreciable para el pueblo de Jacob.

El suelo estaba sembrado de flores, palmas y mirto. El ambiente, perfumado como los tapices del Santo de los Santos. El silencio fue universal, que hasta las aves que saltaban de rama en rama suspendieron sus trinos. Los rayos claros y brillantes del sol caían como una lluvia de oro sobre la hermosa cabeza de Jesús. La gente al

mirarle, se estremecía, porque notaba en el joven Maestro algo de la divinidad de Jehová.

Jesús lloraba, con la radiosa frente inclinada sobre el pecho. Después de un momento de doloroso silencio alzó los ojos y, dirigiéndose a la ciudad, dijo con una voz que llegó hasta los últimos, con la misma vibración, con la misma claridad que a los primeros:

—¡Jerusalén, Jerusalén!, el alma mía se estremece de dolor contemplando tus soberbios muros. ¡Oh, ciudad ingrata, a quien tanto he amado y distinguido!… *Yo quise recoger tus hijos como la amante gallina a sus polluelos.* Y tú en pago pretendes darme muerte… Escucha, que aún retiembla por los aires la voz de Jeremías que predice las amarguras que te aguardan. Yo lloro y tú ni ves mis lágrimas ni recelas tu agonía. Tu loco orgullo, tu vana soberbia ha de perderte. Pobre pueblo de Judá. Siervo serás; el águila imperial tiende su vuelo altivo por el orbe; sus robustas garras rasgarán el pudoroso velo de tus vírgenes, y la corona de laurel de tus señores se manchará con el lodo de la tierra. Huestes extranjeras recorrerán las doce tribus de Israel; tus altivas torres caerán al choque de las armas; el aire traerá la peste en su seno; serán tus mujeres violadas, *porque vendrán días contra ti en que tus enemigos te estrecharán por todas partes y te derribarán en tierra, y no dejarán en ti piedra sobre piedra.*[90]

Cesó la voz angustiosa de Jesús. Doloroso llanto corría de los ojos de los creyentes.

Las palabras del joven Maestro oprimían los corazones. La comitiva tornó a emprender su interrumpida marcha, las palmas volvieron a agitarse, las flores tornaron a caer a los pies del Mesías y los coros de las vírgenes resonaron en el espacio, repitiendo al son de los salterios y las arpas:

De flores y palmas sembremos el suelo,
Tejamos coronas de mirto y laurel,
Hoy que abre gozoso sus puertas el cielo
Al Dios de Israel.

Capítulo V

PONCIO PILATO

Mientras Jesús caminaba en triunfo hacia el templo de Salomón, en la ciudad de Bezeta, el tetrarca de Galilea, el infame Antipas, acosado por los remordimientos, creía que Jesús era el Bautista que tan infamemente había mandado degollar en Maqueronta.

Herodes, que había acudido a la ciudad con motivo de la fiesta de los Ázimos, tembló en su palacio, porque el clamor entusiasta de la entrada de Jesús en Jerusalén llegaba hasta sus oídos. Herodes, que por una cuestión de familia estaba reñido con Pilato, el gobernador romano, no se atrevió a enviar a uno de sus cortesanos al juez extranjero para que castigara la insolencia de aquel trastornador del orden público que tenía alarmada a Jerusalén.

Dejemos, pues, al asesino de Juan luchando con el miedo y los remordimientos, y entremos en el palacio del gobernador romano.

En la ciudad de Bezeta alzábase la soberbia e inexpugnable ciudadela Antonia, que Herodes el Grande reedificó en honor del triunviro Marco Antonio y cuyo nombre habían respetado sus sucesores Augusto y Tiberio.

Herodes hizo forrar de mármol blanco el inmenso peñasco sobre el cual se asentaba aquel gigante de piedra para hacerle más inexpugnable. A sus cuatro extremos se alzan cuatro torres, mudos centinelas que amenazan eternamente a los amedrentados hijos de Jerusalén.

Cuando David mandó al arquitecto Hiram construir esta terrible fortaleza, denominándola la torre de Baris, era la mansión de los sumos sacerdotes. El armario sagrado donde encerraban sus santas vestiduras, y delante del que ardía siempre una lámpara había desaparecido. Herodes el Grande, temeroso de su pueblo y de su hijo, creyendo la fortaleza de Baris más segura que la de Sión, levantó sus muros, cambióle el nombre, y arrojando de ella a los sacerdotes, fue a instalarse con sus adictos herodianos.

A los pies de este gigante de granito y mármol, recostado sobre su flanco septentrional, se hallaba un palacio. Este palacio, que era casi un pueblo por sus inmensas habitaciones, estaba habitado en la época de Jesucristo por el juez romano. Seiscientos soldados vivían entre la ciudadela Antonia y el palacio.

El español Poncio Pilato hacía seis años que desde aquellas ventanas ojivales, aquellas robustas torres, vigilaba el sueño de los descendientes de los Macabeos. Tiberio tenía puesta toda su confianza en aquel soldado mercenario. Pilato era hombre de acción, valiente hasta la temeridad. Su sueño era ligero como el del águila.

Dormía con el escudo colgado a la cabecera de la cama, y el casco, la coraza y la espada sobre la mesa de noche. Sabía que el pueblo de Jerusalén le odiaba, y estaba

siempre dispuesto a rechazar toda insurrección.

Tiberio le había dicho: «Si lo crees necesario, no dejes piedra sobre piedra de esa ciudad de fanáticos». Más de una vez la espada de los aventureros del Tíber, durante el gobierno de Poncio, había derramado la sangre israelita por las calles de Jerusalén.

En la historia de su gobierno se hallaban tres grandes charcos de sangre, que aplaudió Tiberio desde el solitario nido de la isla de Caprara, donde se había retirado.

El primero fue un día que el pueblo de Jerusalén vio entrar por las puertas de Damasco una legión extranjera que llevaba en los estandartes el retrato de Tiberio. El pueblo se sublevó porque aquello era contrario a su ley. Esta sublevación hizo desnudar la espada a Poncio y las madres y las esposas de Jerusalén lloraron amargamente.

El segundo fue cuando extrajo violentamente del tesoro sagrado todo el dinero para hacer un acueducto. Poncio oyó desde su madriguera mugir al pueblo y, armándose de su escudo, salió a imponerle silencio.

El tercero fue el más injusto de todos: la sangre corrió en abundancia por las cercanías del templo de Sión. Los israelitas no querían reconocer a otro señor que Adonai, y se negaron a brindar en honor de Tiberio. Poncio castigó por tercera vez a los rebeldes. Desde entonces, el sueño del gobernador era ligero, intranquilo. Siempre se hallaba dispuesto a sofocar el grito de libertad que tan propicio está a pronunciar un pueblo esclavo.

Poncio Pilato, cuya energía admiraba el tirano de Roma, cuyo valor y entereza reconocía hasta el último de sus soldados, poco después de la entrada de Jesús en Jerusalén debía cubrir su nombre de oprobio con un rasgo de debilidad incalificable.

Poncio Pilato aún no había cumplido los cuarenta años. Su ademán era altivo y marcial cuando el casco oprimía sus sienes y la coraza su pecho; pero cuando dejaba los aprestos de guerra, cuando se perfumaba el cabello y se vestía con la túnica *laticlavia*, entonces el soldado desaparecía bajo la forma del cortesano de Roma.

Tiberio amaba a este servidor, que había unido en casamiento con una parienta algo lejana, bella, rica y noble, por cuya influencia el señor del Tíber le había concedido el gobierno de Judea. Esta romana se llamaba Claudia Procla.

Pilato, que, como hemos dicho, velaba siempre, vio desde una tronera de la ciudadela Antonia que la gente corría y se apiñaba por el camino del monte de los Olivos; pronto apercibió gritos y vítores que le llamaron la atención sobremanera. Por todas partes corría la gente. Como la ciudad estaba atestada de forasteros y además se decía que un hombre, un sedicioso, recorría las tribus predicando máximas extrañas, Poncio comenzó a recelar, y llamando a un decurión, le dijo:

—Flavio, indudablemente ocurre algo extraño en la ciudad. Tú posees el hebreo como un rabino de Jericó; disfrázate de judío y ve a ver lo que ocurre.

Flavio, espía favorito de Pilato, saludó y salió a cumplir las órdenes de su señor. Durante la ausencia de Flavio, el gobernador mandó que algunos soldados se pasearan por el puente del Sixto, desde donde arengaba al pueblo el juez romano, y

que se redoblara la guardia de las gradas del palacio y de la caserna inmediata a la ciudadela.

Algunas horas después, Poncio vio entrar en su camarín al espía Flavio, pálido y demudado.

—¿Qué has visto, que llegas tan conmovido? —le preguntó el jefe romano.

—Señor, a un hombre al cual no han llegado en prodigios todos los dioses del olimpo de Homero.

Pilato soltó una cárcajada.

—No te reirías si como yo le hubieras visto, si como yo le hubieras oído.

—¿Quién es, pues, ese hombre en quien reconoces las virtudes de Dios? —preguntó Poncio.

—Jesús de Nazaret —dijo Flavio bajando los ojos.

—¡Ah! ¡El galileo, el que cura todas las enfermedades, el que da vida a los muertos, vista a los ciegos y agilidad a los tullidos!… ¡Por Esculapio! que es prodigioso todo lo que de él se cuenta, y, a no ser fábula, merecería que sus compatriotas le colocaran sobre los cuernos del altar. Pero habla, Flavio, habla; dame cuenta de lo que has visto.

Flavio habló de esta manera:

—Señor, indudablemente ese hombre pertenece a la familia de los dioses. Sus palabras penetran hasta el fondo del alma. Basta que su mano toque la cabeza de un enfermo, para que el mal desaparezca. Yo le he visto abrir la puerta del templo con sólo una palabra, y con otra secar una higuera. Los sabios del Sinedrio, los doctores de Jerusalén, le salen al encuentro, haciéndole mil preguntas, que él deshace con una sola palabra. He conocido que por su saber les humilla, y desean perderle. Cuando llegó al templo, las gradas, como acontece en los días de solemnidad religiosa, estaban llenas de esos vendedores de víctimas. Jesús, con un látigo en la mano, les arrojó de allí, diciendo: «*No hagáis de la casa de mi Padre una cueva de ladrones*». Yo temí que los mercaderes castigaran su atrevimiento, porque pagan a los sacerdotes un alquiler por aquellas gradas que ocupan: pero todos le han obedecido sin desplegar los labios.

—¡Un hombre contra tantos! —exclamó Pilato.

—Sí, un hombre cuya mirada es irresistible, cuya frente brilla como la aurora matinal, y cuya majestad tiene algo que estremece.

Poncio no se reía, meditaba.

Flavio continuó:

—De pie sobre las gradas del templo, ha dicho cosas extraordinarias que todas ellas pertenecen a lo porvenir. Unos hombres le presentaron a una mujer hallada en el adulterio, que, según la ley de Moisés, debía morir a pedradas. Dijéronle: «Tú que sabes tanto, ¿qué opinas que hagamos con esta culpable?» Entonces Jesús guardó silencio por unos instantes y se puso a escribir con la punta del dedo índice algunos caracteres en el muro del templo. Nadie se atrevió a interrumpirle; por fin, alzando su

majestuosa cabeza y abarcando con una mirada llena de ternura a aquella infeliz que lloraba arrodillada a sus pies, dijo con una voz que no puede olvidarse, una vez oída: «*El que esté de vosotros sin pecado que le arroje la primera piedra*». Pero en vez de arrojársela se les cayó de las manos y se fueron, dejando a la esposa culpable. Yo vi a aquellos hombres huir avergonzados como si fueran criminales, como si las palabras de Jesús les hubieran recordado que ellos también tenían culpas y crímenes que ocultar. El Mesías levantó a la adúltera y le dijo: «*Mujer, ¿dónde están los que querían matarte? Vete y no peques más*».

—¡Oh! Indudablemente ese hombre sabe más que los doctores del Sinedrio —dijo Pilato.

—Como los fariseos le persiguen por todas partes para prenderle, viendo que el pueblo gritaba alrededor del Cristo: «¡Viva Jesús de Nazaret, rey de Judea!», se le acercaron, diciéndole: «Tú que sabes tanto, dinos si es justo pagar el tributo al César».

Poncio, ante esta pregunta, levantó los ojos para mirar a su emisario, interrumpiéndole.

—Habían dicho: «¡Viva Jesús de Nazareth, Rey de Judea!» y ponían a su arbitrio el tributo romano. ¿Y qué contestó él?

Flavio continuó de este modo:

—Yo me aproximé más para oír mejor la respuesta de Jesús, que dirigiendo una mirada desdeñosa a los fariseos, les dijo: «*¿Por qué me tentáis? Mostradme una moneda*». Uno le presentó una, y Jesús, colocándola en la palma de la mano, volvió a decir: «*¿Qué efigie lleva esta moneda?*» «*La del César*», le dijeron. «*Pues bien* —repuso Jesús—, *dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios*».

—Ese hombre es indudablemente el azote de los fariseos —dijo Poncio—; de esos hipócritas especuladores del fanatismo hebreo. Continúa, Flavio, pues veo que Jesús no es enemigo de nuestro señor Tiberio.

—Señor —dijo Flavio—, el galileo habló y dijo muchas parábolas que no recuerdo, pero todas causaron una profunda sensación, y después, seguido de sus discípulos y de un inmenso gentío, salió de la ciudad por la puerta Doria.

—¿Y a dónde iba?

—Según he oído, al monte de los Olivos, propiedad de un hombre llamado Getsemaní.

Pilato despidió a Flavio, y más tranquilo, fue a reunirse con su esposa Claudia, que se paseaba por los espaciosos jardines del palacio.

Capítulo VI

PROFECÍAS

Aquella misma tarde, Jesús, sentado sobre una roca en el monte de los Olivos, dirigía una mirada dolorosa a Jerusalén.

Los apóstoles, sentados también alrededor de su joven Maestro, comentaban en voz baja las divinas parábolas del futuro Mártir. Nadie se atrevía a interrumpir aquella dolorosa meditación. El lejano clamoreo de la ciudad llegaba hasta ellos en alas del viento de la tarde. El ambiente perfumado oreaba sus frentes, tras de las que se encerraba una idea regeneradora que debía conducirles al martirio, salvando a la sociedad. Nunca el perfume de los campos ha sido más embriagador. Jamás el astro del día se ha inclinado hacia occidente con tanta hermosura. Caprichosos celajes, extendiendo hacia la ciudad santa su vaporosa transparencia, le rodeaban. Los rayos purísimos del sol caían como un mar de oro sobre los altos muros y las doradas puertas del templo de Sión. Dos lágrimas, que brillaban como dos perlas de Basora heridas por los rayos de la luna, se desprendían de los divinos ojos del Nazareno.

Juan, el discípulo más joven, el más querido de Jesús, embebecido en el grandioso panorama que se extendía ante su vista, extendió el brazo hacia Jerusalén y dijo:

—Maestro, todas esas blancas tiendas levantadas por los fieles de Israel, toda esa alegre muchedumbre que entra y sale en la ciudad, me hacen el efecto de una inmensa manada de ovejas que acude sedienta a beber a la caída de la tarde en el purísimo manantial de la fe. ¡Oh! ¡Qué grande es el misterioso Jehová, creador de todo cuanto abarca la insaciable mirada de la criatura! El cielo, el campo, las flores, los árboles, dicen doblando la frente: Dios está aquí. Pero mirando ese hermoso templo, se ve la mano del hombre, que lo ha hecho para eternizar su memoria. *Mira ese templo, mira qué piedras, qué fábrica tan sólida;* los siglos rodaron sobre esos robustos muros sin imprimir en ellos la mano devastadora del tiempo.

Jesús levantó su radiosa frente y después de exhalar un doloroso suspiro, como Juan, tendió la mano hacia la ciudad, diciendo con pausado y profético acento:

«—¿Ves todos esos grandes edificios, esas torres altivas que desafían a las nubes? Pues de todo eso que ostenta el orgullo del hombre no quedará piedra sobre piedra que no sea derribado».

Los discípulos, agrupándose alrededor de Jesús como siempre que la inimitable voz de su Maestro resonaba en sus oídos, le preguntaron con cierto temor, porque no dudaban que sus profecías se cumplieran:

—¿Y cuándo sucederá eso? ¿Qué señal habrá cuando todas esas cosas comiencen a cumplirse?

Jesús, después de un momento de silencio, dijo a sus discípulos:

—Guardaos que nadie os engañe, porque muchos vendrán en mi nombre, diciendo: «Yo soy». Porque se levantará gente contra gente y reino contra reino, y habrá terremotos por lugares, y hambres. Esto será principio de dolores. Mas guardaos vosotros mismos, porque os entregarán en los concilios y seréis azotados en las sinagogas, y compareceréis ante los gobernadores y reyes para que deis testimonio de mi doctrina. Y en todas estas cosas conviene que sea predicado el *Evangelio* a todas las gentes. Y cuando os llevaren para entregaros, no premeditéis lo que habréis de hablar: decid lo que os fuere dado en aquella hora; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo. Entonces el hermano entregará al hermano a la muerte, y el padre al hijo, y los hijos se levantarán contra los padres y los matarán. Y seréis aborrecidos de todos por mi nombre. Mas el que perseverare hasta el fin, ese será salvo. Y cuando viereis la abominación de la desolación y los ejércitos romanos entrar en el templo para destruirlo, profanando la casa de Dios, entonces los que estén en Judea huirán a los montes; y el que estuviere en el campo no vuelva atrás para tomar su vestido.[91]

Jesús hizo una ligera pausa y continuó después de exhalar un segundo suspiro.

—Mas ¡ay de las preñadas y de las que críen en aquellos días! Rogad, pues, que no sean estas cosas en invierno, porque serán días de espanto y tribulación, cual nunca fueron desde que Dios hizo a las criaturas hasta ahora. Porque se levantarán falsos profetas y darán señales para engañar. Estad sobre aviso. He aquí que todo esto os lo dije de antemano. Porque en aquellos días de tribulación se oscurecerá el sol, y la luna no dará resplandor, y caerán las estrellas del cielo y vendrá el Hijo del Hombre en las nubes con gran poder y gloria, y enviará sus ángeles y juntará sus legiones de los cuatro vientos desde el un cabo de la tierra hasta el otro cabo del cielo. En verdad os digo que no pasará esta generación que todo esto no sea cumplido. Estad sobre aviso: velad y orad, porque no sabéis cuándo será ese tiempo. No sea que cuando viniere de repente os hallare durmiendo.[92]

Jesús guardó silencio. El llanto corría de sus ojos. Los apóstoles, ante aquella terrible profecía, estaban absortos, sin atreverse a preguntar nada y como si temieran que vaticinara mayores desventuras aún sobre el pueblo desgraciado de Judea.

El Nazareno, que no apartaba su dolorosa mirada de la ciudad de Jerusalén, volvió por tercera vez a hablar, y dijo:

—Días de luto, de llanto, de dolor, te esperan, ciudad ingrata. La sangre de tus hijos regará tus fértiles campos. Sobre tus ruinas se amontonarán a miles los cadáveres insepultos. Las águilas y los cuervos que anidan en las desiertas rocas del Líbano y Ararat vendrán en inmensos escuadrones a cernirse sobre tus desmoronadas torres. Sus corvos picos, sus afiladas garras, destrozarán sin piedad las entrañas de los deicidas, y los que sobrevivan a tan espantosa catástrofe, cual débiles granos de mostaza que esparce el soplo poderoso del huracán, se esparcirán por el universo, errantes y perseguidos, para no reunirse nunca. Ni los hijos de los hijos de sus hijos dejarán de ser errantes peregrinos sobre cuyas frentes pesará la maldición de Dios por

los siglos de los siglos.

Los apóstoles temblaron por la suerte que estaba reservada a sus descendientes. Sólo un rostro veíase sereno, inmutable; sólo en una fisonomía notábase la duda: la de Judas, que no creyendo las palabras de su Maestro, procuraba ocultar una sonrisa irónica que pugnaba por asomar a sus labios.

La ambición de Judas no tenía límites. La caridad de Jesús, le hacía daño: recaudador de las limosnas que los piadosos israelitas hacían a los pobres soldados de Jesucristo, obedecía siempre con repugnancia las órdenes de su Maestro cuando se trataba de dar alguna de las monedas que como tesorero de los apóstoles descansaban en el fondo de su bolsa de piel de liebre.

Judas conocía tan bien como Santiago los libros hebreos. Su talento era claro; su palabra fluida. Colérico e irascible, su rencoroso corazón se irritaba por la más pequeña contradicción. Recelaba de todo, y la duda, que había echado profundas raíces en su alma, le hizo incrédulo y sarcástico.

Los ojos de Jesús se fijaban a veces con dolorosa expresión en la altiva, fisonomía de aquel discípulo cuyo semblante tenía una hermosura salvaje, porque Judas tenía los ojos, las cejas, la barba y el cabello negros y lustrosos como las plumas de un cuervo.

Cuando Jesús terminó de narrar la profecía que treinta y siete años después de su muerte debía cumplirse, notó con profundo dolor que Judas dudaba de sus palabras, y le dijo:

—Judas, amigo mío, el hombre que tiene fe puede convertir un monte en un llano. Tú no harás eso.

Judas bajó los ojos avergonzado, porque aquellas palabras le demostraban que su Maestro acababa de leer en el fondo de su corazón.

Capítulo VII

EL GRAN SINEDRIO

Serían las ocho de la noche. Multitud de sacerdotes, escribas y rabinos conversaban con bastante agitación en el gran Sinedrio, situado en el templo de Sión entre el atrio de los sacerdotes y el atrio de los israelitas.

Este temible tribunal de los hebreos, este memorable *lischathagazith*[93] tenía alrededor una hermosa barandilla de bronce y su forma de semicírculo estaba colocada de un modo tal, que una parte pertenecía al atrio de los sacerdotes y la otra al atrio de los israelitas.

El presidente supremo del Sinedrio, llamado *Hanasci*[94] se sentaba en el centro del semicírculo para que pudieran verle y oírle todos sin molestia. Se colocaba a su derecha un anciano llamado *Ab*[95] y a su izquierda otro denominado *Hacam.*[96]

Según el *Talmud* de los judíos, los juicios civiles de poca monta se determinaban por tres jueces, y los criminales, en que se trataba de la pena capital, se sentenciaban por veintitrés.

El lugar donde se debatían estas sentencias era la puerta de la ciudad. Los jueces se sentaban en tierra y los litigantes de pie alrededor. El pueblo podía oír y apreciar la rectitud de los jueces, aprobando o desaprobando las sentencias pronunciadas por los *Paletohs.*[97]

El tribunal mayor o el gran Sinedrio era el que juzgaba los desmanes de las tribus, la audacia de los falsos profetas y todo lo que concernía a cuestiones religiosas. Este tribunal se hallaba en el templo, situado, como hemos dicho, en un ángulo del atrio de los sacerdotes, el número de sus jueces era el de sesenta y uno.

La noche que nos ocupa, es decir, aquella misma en que Jesús celebraba la Cena Eucarística en casa de Helí, se hallaban reunidos en el Sinedrio todos los príncipes de los sacerdotes, exceptuando Nicodemus y José de Arimatea, que no habían sido convocados por haber defendido al Nazareno pocos días antes.

Caifás presidía aquella noche el supremo tribunal. Anás, su suegro, temeroso de que algunos ancianos quisieran diferir la causa para juzgarla hasta después de terminada la fiesta de los Ázimos, porque, según la ley, *no les era lícito quitar la vida a nadie en el día festivo de la Pascua, ni ejercer el juicio de las almas*, había ganado a algunos miembros del Consejo, cuyos nombres, que nos ha conservado la historia, son los siguientes: Summus, Datham, Gamabel, Leví, Nethalí, Alejandro, Siro, Robboham y Amer. Estos nueve sacerdotes, que eran los más furiosos del Sinedrio, unidos a Caifás y Anás, que además de ser los presidentes odiaban de muerte a Jesús, se hallaban dispuestos a saltar por encima de la ley, porque el solo nombre del Nazareno turbaba sus sueños. La confusión que reinaba en el Sinedrio era grande. Las

curas milagrosas que Jesús había hecho al pueblo tenían inquietos a los rabinos. Era indispensable acabar con aquel hombre audaz que amenazaba derrotar su poder. Mas, ¿cómo?

El Profeta galileo podía con una sola palabra insurreccionar las tribus. Su partido era inmenso, y los sacerdotes temían que la espada de los romanos interviniera, como otras veces, en sus asuntos. Veían su poder amenazado y meditaban la muerte del Nazareno.

En este momento de confusión y de duda en que todos hablaban y el miedo y el temor no les dejaba entenderse, se presentó en el Sinedrio un ejecutor de las sentencias, y dijo:

—Ilustre Senado, en el atrio de las naciones espera un hombre vuestro permiso para entrar; se llama Judas y es discípulo del falso profeta que trastorna la paz de la ciudad santa.

Los sacerdotes se miraron los unos a los otros, como preguntándose qué querría aquel hombre, discípulo de Jesús. Anás, el más resuelto de todos y el enemigo más encarnizado de Cristo, sin esperar a que sus compañeros decidieran, exclamó.

—Conduce a ese hombre hasta aquí.

Poco después, Judas Iscariote se hallaba en el Sinedrio, delante de los terribles y rencorosos enemigos del Maestro Divino. Todas las miradas se fijaron en el recién venido. Judas giró en torno suyo los ojos, demostrando una agitación espantosa. Diríase que aquel hombre había corrido mucho. Su respiración era fatigosa; agitaba los labios como si la lengua se le pegara al paladar. Todos sus movimientos demostraban el miedo, el cansancio, el disgusto.

Los sacerdotes le contemplaron unos breves instantes, ignorando si aquel hombre era un amigo o un enemigo. Por fin, Anás rompió el silencio, preguntando de este modo:

—Discípulo de Jesús, ¿qué te conduce al Sinedrio? Habla y deja el miedo.

Judas alzó la frente con orgullo, como si las palabras de Anás le hubieran herido, y dijo con una precipitación que costaba trabajo seguir:

—Me llamo Judas, no he tenido miedo nunca a nada, ¿lo entendéis?, a nada; pero he sabido que os hallabais reunidos para tratar de un asunto que os importa mucho y me he dicho: Vamos allá; los jueces quieren prenderle y no se atreven. Pues bien, yo vengo a deciros que, si me lo pagáis bien, os entregaré a Jesús.

—¡Tú! —exclamaron algunas voces con repugnancia.

—Sí, yo —tornó a decir Judas mirando hacia todas partes y desafiando con sus miradas al Sumo Consejo—; yo, su discípulo, su amigo. ¿Qué os extraña? Le odio y deseo como vosotros perderle. ¿No soy dueño de tener mis afecciones, como las tenéis vosotros?

Los sacerdotes se miraron unos a otros y se oyeron algunas voces que decían en voz baja: Ese infeliz debe estar loco.

Judas oyó esta calificación, y con acento irritado exclamó:

—No estoy loco: estoy cuerdo; tan cuerdo como el que más de vosotros. ¡No parece sino que mi ofrecimiento es una cosa muy extraña! ¿Soy el primero que vende a otro? No. La historia nos presenta mil hechos. Pues pagadlo bien y os entrego a Jesús.

—¿Y qué seguridad nos ofreces? —dijo Anás, que vio en aquel hombre lo que en vano buscaba durante el día.

—Te ofrezco mi palabra.

—Eso no basta.

—Me ofende tu duda.

—No diré que no; pero tú eres su discípulo y todos sus discípulos se dejarían crucificar por él.

—Todos menos yo; por eso vengo a decirte: ¿Qué me das y te lo entrego? Lo que debe probarte que en vez de su discípulo soy su enemigo.

—Pues bien, pide —repuso Anás, después de haber hablado con algunos de los jueces en voz baja.

Judas meditó un momento y luego dijo:

—Quiero treinta *siclos de plata*.[98] ¿Os parece mucho?

Anás tornó a hablar en voz baja con los sacerdotes.

—¡Qué! ¿Os parece caro? —exclamó Judas—. No tenéis razón para dudar: os he pedido el precio de un esclavo y os doy un Profeta. Leed el *Éxodo* en el capítulo veintiuno y lo veréis, cuando dice: *Si acometiera de muerte a un esclavo o esclava, dará treinta siclos de plata al amo de ellos.* Vosotros vais a acometer a Jesús, que no es esclavo, que desciende de David, según dice, y el precio que os he puesto es muy bajo. Creo que hacéis una gran compra.

Y Judas miraba a todas partes como buscando un apoyo a sus palabras, que brotaban de sus labios con una rapidez asombrosa.

Después que los sacerdotes consultaron en voz baja, Anás, dirigiéndose a Judas, dijo:

—Está hecho el trato.

—¿Cuándo me daréis el dinero?

—Cuando nos entregues a Jesús.

—Esta noche.

—¿A qué hora?

—Antes de la vigilia media.

—¿Dónde?

—Vendré aquí a deciros el sitio donde podréis encontrarle.

—Pues bien, entonces se te entregará el dinero.

—Ha de ser en buena moneda.

—Ésa es una advertencia inútil.

—Sin embargo…

—Eres desconfiado.

—Conozco a los hombres.

—¡Basta! —exclamó Anás—. Cumple tú y nosotros cumpliremos. Pero ¡ay de ti si nos vendes!

Judas iba a salir del Sinedrio cuando Caifás le detuvo, diciendo:

—Espera.

—¿Qué quieres? —repuso el Iscariote con receloso acento.

—El tribunal no puede permanecer abierto tantas horas. ¿Sabes tú dónde vive mi suegro Anás?

—Vive en el bajo Jerusalén, en el monte Acra —contestó Judas—. De tu casa a la casa de Helí apenas hay doscientos pasos.

—Pues bien, allí te esperamos. ¿Cuánta gente necesitas para entregarnos al Maestro?

—Jesús no se defenderá.

—Sin embargo, sus discípulos…

—Los discípulos obedecerán al Maestro; pero por si acaso ten prevenidos algunos soldados.

Judas salió del Sinedrio y atravesando la explanada del bajo Jerusalén, subió al monte Acra, dejando a su derecha el palacio de los Macabeos, y se detuvo delante de un caserío grande y antiguo. Dos hombres se paseaban por delante de la puerta.

—¿Es esta la casa del pontífice Anás? —preguntó.

—Sí —respondióle uno de los hombres.

—¿Qué quieres? —le dijo el otro.

—Nada.

Judas continuó su camino, y llegando a lo más alto de la ciudad de Sión entró en una casa. Aquella casa era la que Nicodemus y José de Arimatea habían alquilado a Helí. Era el santo cenáculo, donde Jesús se hallaba reunido con sus discípulos.

Mientras tanto, los sacerdotes hicieron el juramento de un ayuno forzoso si Jesús de Nazaret caía en sus manos y era crucificado.

Capítulo VIII

LA ÚLTIMA CENA

Jesús y sus discípulos se hallaban reunidos en el salón que les había preparado Helí. Sobre la mesa en forma de *E,* sin el palo del medio, humeaba el cordero pascual. El Nazareno indicó que podía comenzarse el sacrificio.

Los apóstoles se echaron en las camas que rodeaban la mesa por la parte exterior; por la interior servían los criados la cena.

Jesús ocupó la cama del centro. Juan, el discípulo favorito, el apóstol de sonrisa dulce, de ojos azules, elocuente palabra y corazón generoso, se sentó a su derecha. Al lado de Juan se sentaron Santiago el Mayor, hijo del Zebedeo y hermano de Juan; Jaime, primo de Jesús por parte de su madre; Bartolomé y Tomás el Incrédulo, que no creyó en las llagas de Jesús hasta tocarlas.

Poco después debía sentarse, junto a Tomás, Judas el Traidor, el hijo de la aldea de Ischarioth.

A la parte opuesta se sentaron junto a Jesús, Pedro, Andrés, Judas Lebbe, el discípulo más fiel; después Simón, Mateo, y, por último, Felipe, que no esperaba nada bueno de Nazaret.

En la mesa sólo había tres platos. El del centro contenía el cordero pascual. A la derecha un plato de yerbas amargas,[99] a la izquierda otro de yerbas dulces.[100]

Helí había comenzado a trinchar el cordero, pues servía a la mesa en honor a sus huéspedes, cuando Judas, azorado y como el hombre a quien persigue de cerca el remordimiento, entró en el cenáculo, Jesús dirigió una mirada llena de dulzura al discípulo que acababa de venderle y Judas, sin atreverse a mirar al Maestro Divino, fue a sentarse a un extremo de la mesa, al lado de Tomás el Incrédulo. Jesús tocó con sus labios el vino que le acababa de servir Helí y luego rezó en voz baja la oración que les había enseñado en el monte, que comienza así: *Padre nuestro que estás en los cielos…*

Después comenzó la santa cena. El futuro Mártir estaba triste. De vez en cuando su dolorosa mirada se fijaba con amorosa ternura en aquel puñado de seres que tanto debían padecer por Él.

Judas no apartaba sus ojos del plato, temeroso de encontrarse con la mirada de su Maestro. Por fin Jesús exhaló un doloroso suspiro y rompió el silencio diciendo:

«—En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar.»[101]

Los discípulos se miraron los unos a los otros, manifestando el asombro que les causaban las palabras de su Maestro. Aquellas miradas, llenas de profunda tristeza, de universal asombro, eran mudas preguntas que se dirigían. Aquellos corazones puros no podían comprender tal maldad. ¡Vender a Cristo! ¡Vender a su Maestro!… Era imposible. Juan fue el primero que se levantó y dijo:

—Maestro, ¿seré yo por desgracia ese miserable que Tú dices?

Jesús respondió sencillamente:

—Tú no eres.

—¿Soy yo acaso? —preguntó con energía Pedro.

—¿Yo tal vez?

—¿Acaso me cabe a mí esta desgracia?

—¿Seré yo ese infame?

Todos indignados, le dirigían la misma pregunta.

Judas, hundido en su vergüenza, comía y callaba.

Jesús continuó:

«—El que mete conmigo la mano en el plato, ese es el que me entregará.»[102]

Al decir Jesús estas palabras, se hallaban en el plato las manos de tres discípulos. Todos tres se miraron absortos; pero una sola frente se ruborizó: la de Judas Iscariote.

Cristo contempló un momento la turbación del traidor y el asombro de los leales, y dijo con su bondad nunca desmentida.

«—El hijo del hombre ha de entregarme, como está escrito; pero ¡ay de aquel por quien seré entregado! Más le valiera no haber nacido.»

Todas las miradas se fijaron en el traidor Judas, porque era el único que no había dirigido ninguna pregunta a Jesús. El Iscariote conoció que era preciso decir algo que dejara satisfechas aquellas miradas que encerraban una reconvención muda. Revistióse de serenidad, e incorporándose sobre la cama, preguntó con voz entera:

«—¿Soy yo por ventura, Maestro?»

El Nazareno detuvo un momento su dulce mirada en la ceñuda y amenazadora frente de su discípulo. En sus ojos dulces y amorosos apareció una lágrima, y con una voz que resonó hasta lo más recóndito de las almas de sus discípulos, dijo sencillamente:

«—Tú lo has dicho, Judas.»

Y Jesús entregó al traidor un trozo de pan, símbolo de la reconciliación.

Judas cogió maquinalmente el pan que le alargaba su Maestro. Sus ojos inyectados en sangre, su boca medio abierta por la emoción, su frente poblada de arrugas, demostraban la horrible lucha que estaba sosteniendo su espíritu. Recorrió con una mirada estúpida los semblantes de sus compañeros, como para leer el efecto que su infamia había causado. Todas las fisonomías, todos los ojos respiraban una severidad acusadora. Judas no pudo soportar aquellos jueces silenciosos, pero terribles. Bajó de la cama como poseído de un vértigo, colocóse en medio del cenáculo, arrojó con fuerza al suelo el pan que aún tenía en las manos y salió precipitadamente de la sala, arrancándose los cabellos y gritando:

—¡Soy un miserable!

Hubo un momento de pausa. Aquella escena había conmovido a los discípulos. Jesús, tranquilo, y olvidando el peligro que le anunciaba la rabia de Judas, partió el pan y, distribuyéndole entre sus discípulos les dijo:

«—Tomad y comed: este es mi cuerpo.»[103]

Los discípulos comieron en silencio. Después Jesús tomó el cáliz, aplicó a él sus labios y lo entregó a los discípulos, diciendo:

«—Bebed de éste todos, porque esta es mi sangre, del Nuevo Testamento, que será derramada para bien de muchos y remisión de pecados.»[104]

Los discípulos bebieron. Después entonaron el himno del Profeta, que comienza así:

«Levántate, levántate: sacude el polvo: siéntate, Jerusalén; suelta las ataduras de tu cuello, esclava hija de Sión. De balde fuisteis vendidos, y sin plata seréis rescatados. ¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que anuncia y predica la paz; del que anuncia y predica la salud; del que dice a Sión: reinará tu Dios!

»¡Gozaos y cantad a una, desierto de Jerusalén, porque el Señor ha consolado a su pueblo! Mirad que mi Siervo tendrá inteligencia y ensalzado ante ti y sublimado en gran manera.

»*¿Quién creerá lo que nos oiga contar?* Y subirá como un *retoño* que brota de una tierra estéril, y no habrá buen parecer en Él, ni hermosura; *le veremos y no nos dignaremos mirarle;* tan desfigurado le tendrán los tormentos que padecerá por nosotros.

»*Nos parecerá un ser despreciable.* El postrero de los hombres, varón de dolores. *Apartaremos de Él las miradas* como de un leproso que oculta el rostro. En verdad Él tomará sobre sí nuestras enfermedades[105] y Él cargará con nuestros dolores; *por nuestra causa se verá cubierto de llagas; será afligido por nuestros crímenes y morirá en medio de crueles padecimientos, sin desplegar los labios, como el cordero que conducen al sacrificio, y sobre sus espaldas cargará el peso de nuestras iniquidades*.»[106]

Cuando terminaron el himno del Profeta, Jesús hizo una segunda libación, ofreciendo después el cáliz a sus discípulos. Jesús entonces bajó de la cama y, quitándose el manto que embarazaba sus brazos, se encaminó a un extremo de la sala en donde veíase una toalla de lienzo, dos ánforas de cobre y un lebrillo del mismo metal.

Dos criados de Helí entregaron la toalla a Jesús, que se la ciñó a la cintura, dejando un extremo colgando como un delantal.

El Nazareno se acercó a Pedro, seguido de los criados que conducían el barreño y le dijo:

—Amado Pedro, voy a lavarte los pies.

—¿Tú me vas a lavar los pies?[107] —exclamó Pedro.

Pedro se resistía. Aquella humildad de su Maestro no estaba al alcance de su inteligencia. Jesús, con su mansedumbre nunca desmentida, le dijo estas palabras:

—Cuando el Espíritu Santo inunde de luz tu inteligencia, sabrás por qué hago estas cosas y otras muchas que ahora ignoras. El que no me obedezca será excluido del número de mis ovejas.

Pedro, que amaba a Cristo entrañablemente, se dejó lavar los pies. Jesús lavó uno por uno los pies de sus discípulos. Luego, dejando el lienzo en su sitio y colocando el manto gris sobre sus hombros, volvió a sentarse en la cama y les dijo de este modo:

—*Amados míos, lo que Yo he hecho con vosotros debéis vosotros hacer con vuestros hermanos para ganar el reino de los cielos. «En verdad os digo: el siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que aquel que le envió: si esto hacéis, si comprendéis la necesidad que tiene el hombre de humillarse ante su semejante, por pequeño que sea, bienaventurados seréis si lo hiciereis.»*[108]

Nadie se atrevió a interrumpir al Divino Orador.

Jesús continuó:

—*Hijos míos, aún permaneceré algunas horas entre vosotros; mas luego me buscaréis y no me encontraréis, porque donde Yo voy vosotros no podéis venir. Un mandamiento nuevo os voy a encargar, no le olvidéis nunca:* Amaos los unos a los otros como Yo os he amado. *No separéis de vuestros corazones la caridad, que en eso os conoceré desde arriba por mis discípulos. Jamás deis entrada en vuestros pechos a la avaricia; tratad a los hombres como hermanos que son vuestros.*

—Si por la noche al retiraros a vuestras moradas os halláis un denario en vuestras bolsas, levantaos, salid de la casa sin temer ni a la lluvia, ni al viento, ni al frío; buscad al menesteroso, dádselo, y después entregaos al sueño dulce y bienhechor del que siembre el bien en la tierra.

Jesús se detuvo. Inclinó su radiosa frente sobre el pecho y un suspiro se escapó de sus labios.

Pedro, cuyo carácter noble e impetuoso no estaba conforme con la separación que acababa de anunciarle su Maestro, aprovechando aquella corta pausa, exclamó:

—Señor, has dicho que donde Tú vas no podemos seguirte. ¿Por qué no puedo seguirte yo? Mi alma y mi vida son tuyas, dispón de ellas: no creas que me arredra el peligro. ¿Qué mayor gloria que morir por Ti?

Jesús contempló con amorosa mirada a Pedro y le dijo, enviándole una sonrisa llena de ternura:

—*¿Tu alma pondrás por Mí? En verdad te digo que no cantará el gallo esta noche sin que me hayas negado tres veces.*[109]

Pedro oyó aquellas palabras con asombro inmenso. ¿Cómo era posible que él negara tres veces a Jesús, a su Maestro, a su muy amado Señor? Aquella duda le atormentaba lo indecible.

Jesús continuó:

—*La paz os dejo, la paz os doy. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde.*[110] *Todos vosotros, amados discípulos míos, padeceréis esta noche por Mí, porque escrito está: Heriré al pastor y se descarriarán las ovejas del rebaño. Mi muerte está cercana. Mas después que resucite iré delante de vosotros a la Galilea*[111] *a enseñaros el camino.*

La tristeza de los discípulos era inmensa. Jesús, padre amoroso, veía aproximarse

el instante terrible de la separación y las lágrimas asomaban a sus ojos. Por fin hizo un esfuerzo, y levantándose del lecho, dijo a sus discípulos con voz entera:

—*Vamos, la hora se aproxima.*

Salieron del cenáculo: Jesús delante; los discípulos detrás. La noche estaba obscura.

Al cruzar los dinteles de la casa de Nicodemus, el Nazareno oyó un gemido angustioso. Volvió la cabeza y vio a dos mujeres arrodilladas a los dos extremos de la puerta. Él se hallaba en medio.

—*¡Madre! ¡Magdalena!* —dijo—. *¿Qué hacéis aquí?*

—Queríamos verte salir. Hijo amado —exclamó la Santa Virgen con doloroso acento.

Jesús levantó a su Madre y dióle un beso en la frente. Era el último que debía darle en la tierra de los hombres, donde iba a padecer el doloroso calvario de su muerte.

Magdalena besó en silencio el extremo del manto del Maestro Divino.

Jesús y María permanecieron un momento abrazados. Los dolorosos sollozos de aquella Madre sin igual entristecían a los silenciosos apóstoles. Por fin Jesús apartó de su pecho con suavidad a María, y sin desplegar los labios continuó su camino, seguido de sus discípulos. Poco después, Helí daba hospitalidad en su casa a aquellas dos mujeres, cuyo dolor era inmenso, cuya amargura era sin igual.

Libro Decimocuarto

EL CAMINO DE SANGRE

—¿A quién buscáis?
—A Jesús Nazareno.
—Yo soy; si me buscáis a Mí, dejar ir a ésos.

(*San Juan,* capítulo XVIII.)

Capítulo I

LAS TRES GOTAS DE SANGRE

Jesús y los discípulos salieron de Jerusalén por la puerta Doria, y cruzando el torrente Cedrón, tomaron el angosto sendero que conduce al monte de los Olivos. Serían las diez de la noche. El viento soplaba frío, impetuoso, como un bronco lamento de la naturaleza, quebrándose en las rocas del valle de los Cedros.[112]

Los búhos entonaban su tétrico canto desde el sepulcro de los profetas. La luna, triste y pálida como nunca, comenzaba a elevar su frente por las espaldas del monte Erego. Espesos nubarrones recorrían por el éter, anunciando una próxima tempestad.

El doloroso silencio de Jesús, que caminaba delante con la frente inclinada hacia el suelo y la tristeza de la noche, oprimía el afligido espíritu de los apóstoles:

Habían caminado como unos mil pasos del torrente Cedrón, cuando Jesús se detuvo delante de una granja llamada de Getsemaní. Aquella granja, cuyo terreno fértil denomina San Jerónimo con el nombre de *Vallis Pinguissima,* estaba recostada sobre la falda oriental del monte de los Olivos. Entonces Jesús dijo a Simón, Bartolomé, Tadeo, Felipe, Tomás, Andrés, Mateo y Santiago el Menor:

—Quedaos en este cercado. Yo voy a orar allí.

Y extendió el brazo en dirección al monte.

Después repuso:

—Velad y orad a fin de no caer en la tentación, y vosotros, Pedro, Jaime y Juan, seguidme.

Jesús, seguido de sus tres discípulos favoritos, entró por un agujero que había en la tapia de tierra que cercaba el jardín. Después caminaron como unos sesenta pasos.

Un rayo de la luna cayó sobre la frente de Jesús. Pedro hizo observar a sus amigos la palidez del Maestro.

El Galileo volvió a detenerse, y dijo:

—Vosotros que me habéis seguido por todas partes, vosotros solos podéis ver mi debilidad sin dudar. Esperadme aquí: estos, olivos, los más viejos del monte, os servirán esta noche de tienda.

—¡Pues qué!, ¿nos dejas, Señor? —preguntaron los discípulos.

Jesús extendió el brazo en dirección a una gruta cuya entrada se hallaba medio oculta por la maleza.

—Yo voy allí —les dijo.

Y avanzando algunos pasos entró en la gruta con el corazón oprimido. Una vez dentro, arrojóse al suelo y, hundiendo la frente en él, comenzó a orar.

Una tradición, antigua como el mundo, refiere que los padres del género humano, cuando fueron arrojados del Paraíso, se refugiaron en aquella gruta. Más tarde, según otra tradición, Adán y Eva fueron a gozar el eterno sueño de la muerte sobre la solitaria cima del Monte Gólgota, donde, según se cree, están enterrados sus huesos.

Jesús oraba con la frente hundida en el polvo, cuando resonó en los ámbitos de la gruta el sonido de una trompeta. Las bóvedas se estremecieron, la tierra tembló, porque aquel sonido tenía el poderoso acento del trueno, el eco espantoso del huracán desencadenado.

A su voz, los muertos deben un día agitarse en sus sepulcros.

Su acento poderoso llenará el universo, y la tierra, abriendo anchos boquetes, arrojará de su seno millones de esqueletos. Porque la trompeta que aterró a Jesús, en la gruta era la que debe convocar a los muertos el día del juicio final. Cuando el eco de la trompeta se perdió en los ámbitos oscuros de la gruta, oyóse una voz poderosa que decía:

—Hijos de los hombres, escuchad la voz del que tiene la llave de la eternidad; oíd la palabra de aquel que enfrena la furia de los mares y torna en céfiro blando el devastador aliento del huracán; escuchad el acento del que da la luz al sol, fruto a los campos, aroma a las flores; oíd la palabra del Ser infinito que presta llamas al infierno y poder a la muerte, y si existe bajo la azul inmensidad una criatura que quiera morir por el género humano, si hay un hombre que se atreva a soportar la muerte más dolorosa que sufrió ser alguno desde el justo Abel hasta el presente, si hay una criatura que quiera aparecer ante la presencia de Dios, que responda: el Eterno la espera.

—Señor —exclamó Jesús—, mi cuerpo se halla dispuesto al sacrificio. Perezca yo, rasguen los hombres mi carne en pedazos, si mi dolorosa muerte ha de salvar al género humano.

Entonces la bóveda de la gruta se abrió como para dar paso a las palabras del futuro Mártir. Un rayo de luz esplendorosa descendió de los cielos. Aquella luz bañó con sus divinos rayos el cuerpo de Jesús, que permanecía orando con el rostro pegado

a la tierra. Después tornó a juntarse la bóveda y las tinieblas reinaron por segunda vez en la gruta. Aquel rayo de luz celestial llenó de valor el corazón de Jesús. Se puso en pie y dijo con tranquilo acento:

—Cúmplase lo que de arriba emana: estoy dispuesto.

Entonces se abrió la tierra y aparecióse en la gruta el arcángel tentador. Llevaba el traje blanco de los asenios y la sonrisa irónica de los réprobos brillaba en sus labios.

—Heme aquí —dijo el arcángel—; por segunda vez vengo a ofrecerte mi protección: tu hora se aproxima. ¿Estás resuelto a morir por salvar las iniquidades del género humano?

—Sí —respondió tranquilamente Jesús—. Mi sangre lavará el pecado nefando de la humanidad; mi cruz será la llave de la redención.

—¿Vas a echar sobre tus hombros el crimen nefando de Caín?

—Sí.

El arcángel exhaló un rugido de ira. La impasibilidad del Nazareno le irritaba.

—Escucha —dijo después de una corta pausa— la sangrienta historia de esa raza que quieres salvar con tu sangre inocente y dime después si es digna de tan heroico sacrificio. Después del alevoso asesinato de Caín, crucemos sin detenernos por un inmenso mar de sangre que cubren las gigantescas olas del diluvio universal. El castigo de Dios estaba cercano. Los rastros de la cólera divina veíanse aún en la tierra cuando nació un Nemrod que fue el ladrón más grande que desde el *principio* había pisado la tierra de los hombres; porque Nemrod, privando a todos de su libertad, se erigió señor por la fuerza y se hizo adorar como Dios, siendo un miserable asesino. Siguiendo la historia del pueblo elegido por Dios, nos encontramos con el incesto de las hijas de Lot, con la rabia de Esaú para con su hermano Jacob, con la atroz perfidia de Simeón y Leví, con la infame venta del casto José. El ruido de las cadenas, los lamentos de dolor, no cesan nunca. Adonibezech corta los pies y las manos a cincuenta señores y los ata debajo de su mesa, diciendo que aquellos lamentos le ayudan a hacer la digestión; Abimelech, para ceñirse la corona, degüella sesenta hermanos, y el persa Artajerjes VIII, por el mismo motivo, asesina ochenta y cinco entre hermanos y parientes. Dalila, modelo de perfidia, vende a su esposo Sansón; Helí pierde a Israel por su torpeza; Saúl es devorado por la envidia; Athalía degüella los primogénitos de Judá; Amán es incestuoso; Absalón traidor y Adonais fratricida; Salomón, su padre, llora amargamente en los últimos años de su vida la perfidia de sus hijos. Detrás del rey poeta siguen en Israel diecinueve tigres con la frente coronada: la tierra se enrojece con la sangre de las víctimas; el pueblo se empobrece con la codicia de sus tiranos, y la virtud huye avergonzada de la nación elegida. Después sigue Aristóbulo, que mató de hambre a su madre; Hircano, que quiere usurpar la corona a su padre, y la guerra civil devasta la Judea. El estandarte vencedor de Pompeyo recorre las tribus, saqueando los indefensos descendientes de Jacob, y por último, Herodes el Grande cae sobre Israel como un azote. Su terrible cuchilla nada respeta: la sangre corre hasta en su mismo palacio, y la de sus mujeres y sus

hijos se mezcla con la de los inocentes belemitas y la de su oprimido pueblo. El mismo templo de Sión se mancha con la del justo Zacarías. Con la tuya ¡oh Jesús! se manchará en breve la cumbre del Gólgota. ¿Y por esa raza de incestuosos, de fratricidas, de verdugos y asesinos vas a sacrificarte? —y Luzbel soltó una terrible carcajada, que hizo estremecer las bóvedas de la gruta.

En la frente de Jesús brotó una gota de sudor. Aquella gota era roja como la flor del granado. El Nazareno sudaba sangre. Alzó los ojos llenos de dulce resignación al cielo y, juntando las manos en ademán suplicante, murmuró esta frase:

—¡Dios mío, cúmplase tu voluntad!

Luzbel interrumpió su carcajada y exhaló un grito de dolor.

La mansedumbre de Cristo le despedazaba el corazón. Tomó aliento, como el que se dispone a luchar, y dijo:

—Pues que para convencerte no te bastan los crímenes célebres que ha perpetrado esa raza maldita que quieres salvar, escucha. Dios me concede sólo tres horas para ponerte a prueba; corto espacio por cierto. Para recordarte las infamias del hombre se necesitarían mil días con sus noches, pero aprovecharé el tiempo. Ya has oído en extracto la historia criminal del pueblo predilecto del Señor. Ahora te iré revelando a la ventura la de otros países. Cambises, ciego por la ambición, sepultó un inmenso ejército en los desiertos arenosos de África; Artebano asesina a Jerjes y acusa a Darío, que muere degollado por su hermano Artajerjes: Slatira, mujer cruel, hace matar a su suegra Perisatas; la concubina Aspasia revela a su señor Artajerjes II que uno de sus hijos la solicita, y aquel padre cruel ejecuta una horrible matanza, porque tuvo tres hijos legítimos y ciento doce bastardos. A este bárbaro le sucedió el asesino Artajerjes III, que extinguió su numerosa familia. Quinto Curcio asesina más tarde veintiséis hermanos. El cuchillo se embota en la mano del eunuco Bogoas, pero el tirano le grita: «¡Mata!». Algún tiempo después el veneno de Bogoas venga las víctimas de Curcio. El eunuco aficionado a la muerte, prepara por segunda vez el veneno para su nuevo señor; pero es descubierto, y le obliga a apurar la copa, y muere; luego Alejandro, en el Asia, derrota a Darío; pero el puñal de Beso, su vasallo, corta el hilo de su existencia. Si diriges los ojos a la moderna república de Roma, ¿qué hallarás? Sangre como en todas partes. Rómulo mata a su hermano Remo; Numa Pompilio, siendo un farsante, se hace adorar por su pueblo; Tulio Hostilio, más que hombre, es un lobo carnicero que ensancha las fronteras de Italia; Tarquino Prisco añade doce pueblos a la república y muere a manos de sus hijos: Tulia, la esposa de Tarquino el Soberbio, obliga a su marido a que mate a su madre, y después aplasta el cadáver bajo las doradas ruedas de su carroza; Appio Claudio se enamora brutalmente de la casta Virginia, y no pudiendo conseguir una caricia, le manda degollar en una plaza pública en presencia de su padre; Mario y Syla, con sus tablas de proscripción, derraman tanta sangre por las calles de Roma, que el Tíber se desborda de sus márgenes; Julio César muere a manos del más querido de sus amigos, y Augusto, Marco Antonio y Lépido sacrifican a sus parciales, pero reinan

juntos y se devoran más tarde; y Tiberio, el señor de Roma, manda crucificar a las madres por el solo delito de haber llorado la muerte de sus hijos. Pero el plazo va a terminar: no puedo detenerme a relatar los crímenes de Nerón, de Calígula, de Cómodo y otros asesinos ilustres que serán mañana; ni los de Orestes, que mata a su madre; ni los de Medea, que asesina a sus hijos; ni de Tieste, que se los come. Nada quiero decirte de Anteno, que edificó una pirámide con los cráneos de los extranjeros que cruzaban sus tierras; ni de Manasés, que hizo aserrar por la mitad al profeta que hace cerca de nueve siglos profetizó la dolorosa muerte que te espera.

Luzbel se detuvo. Jesús volvió a decir:

—Señor, hágase como deseas.

Un grito atronador brotó de la inmunda boca del demonio tentador, y dijo:

—¿Y no desprecias a esa raza?

—No… Moriré por ella —repuso Jesús. En este momento una segunda gota de sangre brotó de la divina frente de Jesús.

¡Jerusalén! ¡Jerusalén!, prepárate a presenciar la muerte del Justo. Su dolor será inmenso, su agonía dolorosa, su muerte cruel; pero su sangre purificará al género humano. Y vosotros, Apóstoles de Jesús, cuya fe inquebrantable os lleva en pos de los pasos del Divino Maestro, preparaos para el futuro martirio que os espera. Vosotros seréis la semilla cristiana que se extenderá por el campo del universo; pero vuestra muerte será terrible, cruel, horrorosa…

Después resonó un trueno pavoroso. El arcángel había desaparecido.

Jesús cayó de rodillas y se puso a orar. Una tercera gota de sangre manchó su frente. La bóveda de la gruta volvió a abrirse. La luz del cielo bañó por segunda vez el cuerpo del Mártir y los ángeles entonaron este canto:

—Tu dolor sublime, tu sangre inocente dará la paz al universo. ¡Gloria a Jesús en la tierra! ¡Gloria al Señor en los cielos!

Capítulo II

EL TRÉBOL DE JUDEA[113]

Como hemos dicho, Jesús seguía orando, con la frente hundida en el suelo. Dios oía sus súplicas, todas en favor de la humanidad. Sus ruegos fueron atendidos, y la sangre que ofrecía por el pecado ajeno, admitida. Cuando Jesús se levantó, una de las gotas de sangre que manchaban su pura frente cayó en el cáliz de una pequeña y modesta flor que se hallaba a sus pies. Iba a salir de la gruta, pues la hora de su prisión se acercaba, y quería antes despedirse de sus tres discípulos favoritos, cuando oyó una voz que hubiera sido imperceptible para otros oídos que los de Jesús, que decía:

—Señor, inclina tus divinos ojos hacia la tierra y mírame. Tus castos labios han tocado no hace mucho mis hojas inodoras y la preciosa sangre de tu frente ha caído en mi cáliz sin perfumes; yo soy la planta más humilde y más modesta de Israel. Nadie me mira, nadie me coge con amor, porque no tengo virtud ninguna; pero Tú puedes hacerme inmortal, concediendo a mi familia una gota de sangre en cada una de sus pequeñas y blancas hojas y un poco de perfume de tus divinas palabras en la semilla que me fecundiza. ¡Señor, Señor, no te vayas sin concederme lo que te pido!

Jesús inclinó los ojos hacia el suelo. Aquella voz nacía de cáliz de una flor. Compadecido el Nazareno ante la súplica de aquella débil planta, le dijo:

—Ya que has presenciado mi amargura, ya que Dios te concede por un momento el don de la palabra, mi sangre esmaltará desde esta noche tus blancas hojas y a esas tres manchas añadiré la corona de espinas que he de ceñirme mañana en la ciudad querida de los profetas y el perfume delicado de los lirios del valle de Zabulón.

—¡Señor, Señor, bendito seáis! —volvió a decir la florecilla.

Desde entonces crece en los campos una flor silvestre que ostenta en sus blancas hojas tres manchas de sangre que entrelazan una corona de espinas. Esta flor se llama *trébol de Judea.*

Jesús salió de la gruta y encaminóse hacia los viejos olivos donde había dejado a sus tres discípulos. Dormían profundamente. Cristo les estuvo contemplando un breve rato. De pronto se estremeció. Había escuchado ruido de armas por el camino del Cedrón y la luz de las teas resplandecían en la oscuridad de la noche. Venían a prenderle. Su hora se aproximaba. Inclinóse hacia el suelo y, cogiendo a Juan por un brazo, le sacudió con dulzura, diciendo:

—Pedro, Jaime, Juan, levantaos, porque cerca están los que vienen por Mí.

Los apóstoles se levantaron. En este momento el resplandor de las antorchas bañó la modesta tapia del huerto de Getsemaní. Los apóstoles veían caminar aquellas luces, oían el ruido de las armas y las pisadas que se acercaban, y miraban a Jesús como preguntándole qué era aquello.

Jesús se sonrió de un modo doloroso, y les dijo:

—Estad alerta, porque se acercan los que han de prenderme, y entre ellos viene el traidor que me vendió.

Sería la una de la noche.

—¿Que van a prenderte? —dijo Pedro con asombro—. ¡Oh! Eso no será: llevo la espada pendiente de mi cinto; en la granja de Getsemaní tenemos ocho amigos decididos y nosotros tres, once. ¿Quién se atreverá a tocarte? ¡Ay de los que pongan su mano sobre tu hombro!

—Pedro —exclamó Jesús—, todo lo que va a acontecerme escrito está arriba. Voluntad es de mi Padre. Tú no harás nada.

Un rayo melancólico de la luna bañó aquel momento la divina frente de Jesús.

Juan lanzó un grito de asombro:

—Maestro, ¿quién te ha herido en el rostro? —le preguntó conmovido.

El Nazareno se sonrió dolorosamente y dijo:

—La mano del hombre no se ha puesto aún sobre mi rostro, mas pronto se pondrá. La sangre que mancha mi faz no ha brotado de mi cuerpo por el arma homicida: esta sangre es sudor doloroso de una espantosa agonía que acabo de sufrir mientras reposabais.

—¿Por qué no nos has llamado, Señor? —dijeron los tres discípulos—. Nuestra presencia hubiera disipado tal vez tus dolores.

Jesús guardó silencio y, como viera que las luces se aproximaban, dijo a sus apóstoles:

—Salgamos al encuentro de los que vienen a prenderme.

Pedro, a pesar de la prohibición que su Maestro le había hecho de hacer armas contra sus enemigos, desnudó su corta espada, ocultándola entre los pliegues del manto, como el hombre que se prepara a defenderse.

Jesús caminaba delante, triste, pero sereno. Salía al encuentro de sus enemigos como para evitarles trabajo. Cuando estaba cerca de la tapia, volvió la cabeza y llamó a Juan. Éste se colocó a su lado. Jesús puso amorosamente una mano sobre el hombro de su discípulo favorito, y le dijo:

—Cuando me halle en poder de mis enemigos, te dirigirás a la puerta Doria; allí está mi Madre con las santas mujeres que la acompañan. Yo te he querido siempre como un hermano, mi Madre como un hijo; después de mi muerte, tómala por madre, que ella te tomará por hijo. A ti te la encomiendo, porque son muchos los dolores que le quedan por sufrir.

Juan dejó caer la cabeza dolorosamente sobre el pecho de su Maestro. Abundantes lágrimas brotaban de sus ojos azules como el cielo, y hondos suspiros exhalaba su pecho noble y generoso.

Después continuaron su camino, Jesús delante: los tres discípulos, mudos, silenciosos, conmovidos, detrás.

Cuando llegaron a unos veinte pasos de la casa de Getsemaní, Jesús vio a Judas, que caminaba delante de la multitud. Se detuvo y exhaló un suspiro, diciendo

después:

—Ved al que me ha vendido.

Inclinó la frente al suelo y esperó.

Jaime, aprovechando este momento, corrió a despertar a sus compañeros. Pedro, con la espada oculta bajo al manto, la mirada amenazadora y la frente alta colocóse al lado del Maestro, dispuesto a todo. Juan lloraba en silencio, recordando las últimas palabras de Jesús.

Capítulo III

YO SOY

Retrocedamos algunas horas. Tomemos la narración desde el momento en que Judas, arrojando el pan que Jesús le había entregado, salió desesperadamente del cenáculo arrancándose los cabellos y gritando:

—¡Soy un miserable!

Como hemos dicho, la casa de Helí sólo distaba unos doscientos pasos del palacio de Anás, donde se habían reunido los jueces para esperar al traidor. En el vestíbulo se hallaban algunos soldados mercenarios calentándose alrededor de un ancho brasero, porque la noche estaba fría.

Aquellos hijos de la guerra maldecían en voz baja los miedos y recelos del sumo sacerdote, que les tenía en vela; pero la disciplina les obligaba a permanecer en aquel puesto esperando órdenes superiores.

Después del vestíbulo hallábase una antesala cuadrada en donde estaban los criados del Sinedrio y de los sacerdotes, comentando también en voz baja el acontecimiento de la noche, que así les tenía en vela y sin esperanzas de dormir. Pasando esta antesala hallábase un largo corredor alumbrado con teas resinosas colocadas en unas abrazaderas de hierro en las paredes. Después, alzando una pesada cortina de paño de Tiro, se entraba en el salón de ceremonias del pontífice Anás. Este salón, cubierto de tapices, sin más muebles que unos divanes de seda amarilla, una mesa sobre la que se veían trozos de papiro y recado de escribir, y una bolsa de cuero, al parecer llena de plata, estaba pobremente alumbrado por dos lámparas de bronce. Aquella opaca claridad no dejaba ver bien los rostros de los miserables que debían conducir, ciegos de ira a las cumbres del Gólgota a Jesús de Nazareth.

Judas llegó al vestíbulo de la casa de Anás, agitado y trémulo, como el hombre que va a cometer una acción infame. El soldado que se paseaba por delante de la puerta con la lanza al brazo, al ver a aquel hombre de mala catadura y descompuesto ademán, cruzó la lanza delante de él, prohibiéndole la entrada.

—Me esperan —dijo Judas—. ¿Por qué me detienes?

—Romano, déjale pasar —dijo uno de los criados del pontífice—. Ese hombre es el que lo entrega.

Judas arrojó una mirada de odio al soldado y otra al servidor de Anás y pasó con ademán altanero por entre los soldados. Cruzó con paso inseguro, pero rápido, la larga galería y al llegar a la puerta del salón fue a coger la cortina para entrar, cuando un heraldo le detuvo por el brazo y le dijo:

—¿Quién eres? ¿A dónde vas?

—Me llamo Judas; me esperan ahí dentro —contestó con precipitación.

—Aguarda un instante —dijo el heraldo.

Y entró en el salón donde los sacerdotes se hallaban reunidos en número de más de cuarenta. La tardanza del discípulo traidor les tenía impacientes. Era tal el deseo de ver a Cristo en el Gólgota, que cada minuto que pasaba era para ellos un tormento. Cuando entró el heraldo y dijo: «Judas espera», oyóse una exclamación de gozo.

—Hazle entrar —dijo Anás.

Y fue a sentarse con tres fariseos junto a la mesa. Poco después alzóse la cortina y Judas entró en el salón.

—Aquí me tenéis —dijo el apóstol traidor con voz bronca—. Veo en vuestros semblantes que dudabais de mí. Habéis hecho mal, porque yo cumplo lo que prometo.

—¿Vienes, pues, a entregarnos a tu Maestro? —le preguntó Anás.

—¡Pues claro! ¿A qué había de venir?

—¿Dónde está?

—Muy cerca de esta casa apenas le separan unos doscientos pasos de vosotros.

Los doctores se levantaron como si todos hubieran estado sujetos a un resorte. El solo nombre de Jesús les estremeció.

—No, no os sobresaltéis —dijo Judas—; Jesús está muy tranquilo en casa de Helí celebrando la Pascua.

—¿Y toleraremos, sabios sacerdotes, que ese Galileo celebre la Pascua en jueves? —exclamó lleno de cólera Anás.

—¡Bah! —dijo Judas con tono despreciativo—. ¿No habéis tolerado que cure los enfermos en sábado? ¿Qué os extraña, pues? Jesús es un innovador. Vuestras leyes, vuestras costumbres, las mira con desprecio. Él sigue un camino nuevo que a vosotros no os conviene y tratáis de deshaceros de Él; lo creo justo y por eso vengo a unirme con vosotros.

—Explica, pues, tu plan. Los soldados que has pedido te esperan —dijo un anciano.

—No hay prisa; este asunto debe llevarse con reserva, pues de lo contrario podría seros fatal.

—¿Crees tú que Jesús y sus discípulos se defenderán?

—Jesús no es hombre de guerra, es hombre de paz. Él mismo presentará las manos para que le atéis. En cuanto a sus discípulos, si se exceptúa a Pedro, los demás harto harán con llorar la suerte de su Maestro.

—Entonces, ¿qué esperamos? —preguntó un sacerdote.

—Que Jesús salga de Jerusalén —dijo Judas—. La ciudad está llena de forasteros; muchos de ellos, y en particular los de la tribu de Zabulón, los moradores de las riberas del mar de Galilea, le conocen y le quieren como a un profeta. Un grito de Jesús armaría mil brazos para defenderle. Creedme: en este asunto no conviene precipitarse.

—Pero si sale de Jerusalén se escapa de nuestras manos —exclamó Anás.

—Yo sé dónde duerme esta noche y allí le cogeremos desprevenido.

—Los soldados no le conocen —dijo un anciano.

—¿Qué importa? Le conozco yo, y para que no quepa duda, iré delante de ellos y aquel a quien yo le dé un beso, aquel es Jesús.

Los sacerdotes se miraron con asombro. El cinismo de Judas, a pesar del odio profundo que les inspiraba Jesús, les repugnó de un modo visible. Hubo un momento de pausa. Anás volvió a preguntar:

—¿A qué hora piensas salir con los soldados?

—Cuando la noche se halle en la mitad de su carrera.

—¿Cuánta gente necesitas?

—Con veinte hombres me basta.

—Nosotros también te acompañaremos —dijeron algunos ancianos.

Anás llamó a un criado y le dijo en voz baja:

—Malco, tú eres un fiel servidor; irás con Judas a prender a Jesús. Si Judas nos vende, apodérate de él.

—Pierde cuidado, que te traeremos a ese embaucador. Yo llevaré la cuerda y te prometo que no se me escapará.

—Me habéis preguntado muchas cosas y nada me decís de la paga. ¿Os volvéis atrás de lo ofrecido?

Anás no respondió, pero cogiendo la bolsa de cuero que se hallaba sobre la mesa, la arrojó a los pies de Judas, diciendo:

—Ahí tienes la recompensa ofrecida.

Judas cogió la bolsa y contó y miró con detenimiento el dinero que contenía. Después, colgándola de su cinturón, dijo:

—Yo puedo hacer lo que quiera de este dinero, porque es mío, ¿no es verdad?

—Tuyo es: lo has ganado —respondió Anás.

—Se supone que después de preso Jesús yo podré ir libre por donde quiera.

—Libre serás. Nadie te ha de tocar un solo cabello de tu cabeza.

—Gracias, ilustre senado. Ahora, como no tenemos nada que hablar, me permitiréis que vaya al vestíbulo a calentarme con los soldados, porque este salón está frío como un barranco de Samaria en el invierno.

Anás llamó por segunda vez a Malco, y le dijo:

—Cerrad las puertas para que ese miserable traidor no se escape; y cuando diga que es la hora, avisad, pues algunos ancianos quieren acompañarle. Y como quiera que he notado al pedir auxilio al juez romano alguna frialdad, por si los soldados mercenarios no cumplen con su deber, procura que vayan contigo algunos servidores fieles de casa armados con palos y espadas. Tu cabeza me responde de Jesús.

—Descuida, pontífice; el falso Profeta no se me escapará como llegue a ponerle la mano encima.

Judas salió al vestíbulo acompañado de Malco y cogiendo un taburete, se acercó bruscamente al brasero donde estaban los soldados.

—Dejad que me caliente, amigos míos —les dijo—, porque estoy frío como el

hielo.

Un romano se levantó de su asiento y, cogiendo por el brazo a Judas, le dijo con áspero tono:

—No profanes el honroso nombre de la amistad, miserable judío: un traidor como tú no debe sentarse al lado de los soldados de Tiberio.

Y empujándolo bruscamente, lo rechazó del sitio que ocupaba. Judas cayó medio descompuesto junto a un banco que había en un rincón, y sin desplegar los labios se echó sobre aquel banco, devorando en silencio la rabia que sentía en su pecho. El decurión romano, Mario Cucio, pues éste era el que tan bruscamente había rechazado al mal apóstol, tornó a sentarse en su taburete.

—Has hecho bien, Mario —dijo un soldado, cuyos ojos extremadamente blancos y cerrados demostraban el mal estado de su vista—, has hecho bien; y si yo, Longinos, soldado del Tíber, tuviera la potestad de mi señor Tiberio, pondría la corona cívica en tu cabeza.

—Los traidores huelen para mí a carne podrida; los desprecio —dijo Mario.

—A mí me hacen el efecto de los leprosos, y los rechazo —dijo Longinos.

Los soldados de Pilato continuaron su conversación en voz baja. Judas, echado sobre el banco, se mordía los labios de rabia hasta hacerse sangre. Transcurrieron dos horas. Durante este tiempo Judas nada dijo; y sin embargo los soldados romanos no cesaron de hablar contra el miserable traidor que vendía a su Maestro. El mal apóstol se levantó por fin del banco y, dirigiéndose a Malco, le dijo:

—Ya es hora. Vamos.

Malco entró en el salón y dijo a Anás lo que Judas le había dicho.

—Átale y partid —dijo el pontífice.

—Nosotros le acompañaremos —repusieron algunos ancianos, que tal vez ignoraban que iban a deshonrar sus canas aquella noche.

La gente que debía seguir a Judas para prender al Nazareno se reunió en el vestíbulo. Malco se desató unos cordeles de la cintura y, acercándose a Judas, le dijo:

—Voy a atarte.

—¿A mí? —dijo el apóstol.

—Sí, a ti. ¿Qué te extraña?

—Eso es faltar al trato, eso es una infracción.

Y Judas comenzó a retorcerse las manos y mesarse las barbas.

—¡Eh! Menos voces. Mi ilustre amo no falta a lo prometido. Te ha dicho que cuando Jesús de Nazaret esté en nuestro poder serás libre; pero hasta entonces tú nos respondes de él.

Judas, conociendo que toda resistencia sería inútil, pues ya algunos soldados comenzaban a amenazarle con las lanzas, se dejó atar.

La nocturna partida que llevaba la vergonzosa comisión de prender a Jesús, salió del palacio de Anás. Delante iba Judas atado y Malco llevando cogido el cabo de los cordeles con la mano derecha. Después seguían cuatro criados del pontífice con teas

encendidas y fuertes garrotes en la mano; luego dieciséis soldados y un decurión que los mandaba, completamente pertrechados. Detrás de los soldados, envueltos en sus mantos judíos, seguían siete ancianos, y últimamente dos esclavos que llevaban un palo largo en la mano y al extremo de este palo una especie de braserillo de hierro donde ardían pequeñas astillas de teas resinosas.

La comitiva cruzó en silencio las desiertas calles de Jerusalén, y salió por la puerta Doria en busca del camino del Cedrón y de la granja de Getsemaní. Al cruzar el Cedrón, uno de los soldados tropezó con una piedra y cayó al suelo. Una carcajada resonó en las filas de los romanos.

—Abre los ojos, Longinos, si no quieres abrirte la cabeza —le dijo uno de los soldados.

—¡Oh! Estos malditos caminos de Palestina no son, por cierto, muy a propósito para los cortos de vista como yo.

—Di más bien para los ciegos.

—Si ese Profeta a quien vamos a buscar hiciera un milagro… ¡Oh! Entonces…

—Pídeselo.

—Me falta la fe y dicen estos tontos judíos que sin fe no tienen resultados los prodigios del Galileo.

—Haz un esfuerzo y procura adquirir la fe que te falta.

—¡Bah! Para pedir un milagro lo pediría a Júpiter Tonante, a Esculapio Piadoso, antes que a Jesús —dijo Longinos.

En este momento Judas se detuvo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el decurión romano.

—Que veo allí al hombre a quien buscamos.

—Entonces… —repuso el romano.

—Desatadme, para que pueda acercarme a él.

—Pero allí veo a dos hombres. ¿Quién de ellos es?

—Aquel a quien yo dé un beso en la mejilla.

Malco desató a Judas.

Reinó un silencio profundo. Parecía como si un presentimiento terrible oprimiera todos los corazones. Jesús se acercaba hacia los soldados con paso majestuoso y ademán sereno. Judas avanzó algunos pasos. El resplandor de las teas alumbraba los semblantes de los infames esbirros de Anás.

Aquellos rostros tenían algo de infernal. Los ancianos que iban en el acompañamiento se cubrieron el rostro con el extremo del manto, como avergonzados de la acción que iban a cometer y que deshonraba sus canas. Jesús se detuvo como para esperarle.

El apóstol traidor llegó hasta donde estaba su Maestro y le dijo con acento cariñoso.

—*Dios te guarde, Maestro.*

—*Amigo, ¿a qué has venido?*[114] —le preguntó Jesús.

Judas rodeó sus brazos alrededor del cuello de Jesús y estampó un beso cariñoso en la mejilla de Aquél a quien acababa de vender tan miserablemente.

Jesús viendo el tropel que se acercaba, preguntó con cariñoso acento:

—*¿A quién buscáis?*

Malco y algunos ancianos le contestaron:

—*A Jesús Nazareno.*

—*Yo soy* —dijo con majestad Cristo, avanzando un paso.

Los soldados retrocedieron como si aquella voz les hubiera herido mortalmente en el pecho, y algunos de ellos, tal fue su aturdimiento, cayeron al suelo.

Jesús extendió el brazo en dirección a los soldados e inmediatamente todos se pusieron de pie.

El Nazareno preguntó por segunda vez:

—*¿A quién buscáis?*

—*A Jesús Nazareno* —dijeron algunas voces con temor.

Jesús avanzó otro paso y dijo:

—*Os he dicho que Yo soy. Si me buscáis a Mí, dejad a ésos.*[115]

Y señaló con un ademán a los apóstoles, que contemplaban con temor aquella escena.

En este momento, Malco, con los cordeles en la mano izquierda, se acercó a Jesús y le puso la mano derecha sobre el hombro.

Pedro no pudo soportar el atrevimiento de aquel miserable y sacando la espada, asestó una terrible cuchillada a Malco, que le hizo caer de espaldas al suelo lanzando un grito doloroso.

El arrojo de Pedro produjo un momento de pánico entre los perseguidores de Jesús. Algunos soldados apelaron a la fuga, temiendo, sin duda, que los demás discípulos tomaran parte en la refriega.

El decurión romano desnudó la espada y dijo con toda la fuerza de sus pulmones:

—¿Sois soldados de Tiberio y huís delante de un hombre? ¡Cobardes! ¡Ay del que no cumpla con su deber! La pena de las baquetas caerá sobre sus espaldas.

Esta amenaza detuvo a los fugitivos, que se agruparon alrededor de su decurión. Mientras tanto, Jesús había dicho a Pedro:

—*Mete tu espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no le tengo de apurar?*

Después se inclinó al suelo, puso su mano sobre la herida de Malco y le dijo:

—Levántate.

Malco obedeció. Estaba completamente sano. Él había visto correr la sangre y la oreja casi arrancada de su sitio, y se hallaba bueno, sano y limpio como si nada le hubiera sucedido. El miserable, en vez de agradecer el milagro que con él acababa de obrar Jesús, se arrojó como una hiena sobre Él y comenzó a atarle de un modo bárbaro.

Mientras le ataban, les dijo con dulzura:

—Como a ladrón habéis salido a prenderme con espadas y con palos, y cuando estaba con vosotros enseñando en el templo, no me prendíais. Mas es preciso que se cumpla la Escritura.

Los discípulos habían desaparecido, excepto Pedro y Juan, que ocultos tras un árbol observaban, traspasados de dolor, los insultos que prodigaban a su Maestro sus feroces verdugos.

La comitiva salió de Getsemaní. Al cruzar el torrente Cedrón, Malco empujó brutalmente a Jesús para que saltara el arroyo. El Nazareno cayó de rodillas sobre una durísima piedra. Un doloroso gemido se escapó de su pecho; un trueno poderoso, prolongado, resonó en el espacio. Los verdugos se agruparon con temor. Uno de los criados arrojó la tea que llevaba en la mano y echó a correr, poseído de un pánico horrible. Malco tiró con fuerza hacia sí de la cuerda, pero ¡cosa extraña! Jesús, en vez de caer de espaldas, se puso de pie. Su hermoso semblante, por el que comenzaban a correr el sudor que en breve debía ser tan copioso, respiraba una dulzura, una mansedumbre infinita. Los ancianos, los soldados y servidores de Anás, que desde la salida de Getsemaní no habían cesado de dirigirle palabras groseras e insultos miserables, redoblaron sus horribles gritos al entrar en la ciudad.

Mario Cucio, el decurión romano, dijo en voz baja a uno de sus soldados que se hallaba a su lado:

—Creo que el preso vale por lo menos tanto él solo como todos los hipócritas rezadores de la sinagoga que especulan con el fanatismo del pueblo. Pilato, el gobernador, no debía emplear sus soldados en estas intrigas sacerdotales.

La comitiva tornó a entrar en Jerusalén, y se detuvo a la puerta de la casa del pontífice Anás.

Capítulo IV

LOS BUITRES Y LA PALOMA

Caifás desempeñaba el año de la muerte de Jesús las funciones de sumo sacerdote de Jerusalén, pero por deferencia a su suegro Anás, cuya edad era muy avanzada, se convino que tan pronto como Jesús cayera en manos de sus perseguidores, fuera conducido a casa de este último.

Anás, pues, estaba esperando al Galileo, y la dignidad de sumo pontífice de que se hallaba revestido aquella noche, le daba derecho a preguntar todo cuanto creyera conveniente en el asunto del falso profeta.

La comitiva que condujo al Nazareno desde la granja de Getsemaní, tan pronto como llegó delante de los atrios de la casa de Anás, comenzó a lanzar gritos de entusiasmo y alaridos de gozo. Aquellas voces alarmaron por un momento a los sacerdotes y fariseos que se hallaban reunidos en el salón de Anás.

Un sacrificador del templo que había ido con la comitiva, llamado Esaú,[116] entró en el salón, gritando:

—¡Ahí viene! ¡Ahí le traen! Ese hombre indudablemente es un Profeta, porque ante sus palabras los hombres caen, y cuando se queja, el trueno responde a sus lamentos.

—¡Eh! ¡Arrojad a ese loco! —dijo Anás—. Que no nos moleste con sus necedades y si está vendido al Galileo, que le azoten pasadas las fiestas de los Ázimos.

El pobre Esaú fue sacado de mala manera del salón por los criados del pontífice. Restablecido un poco el orden, Anás mandó que condujeran a Jesús a su presencia.

Anás era un viejo de setenta años, extremadamente flaco y pálido como un cadáver. Su frente deprimida, su cara larga, barba blanca y puntiaguda, le daban un aspecto de crueldad. Sus ojos eran pequeños y de un azul claro y feo. Era, en una palabra, el verdadero tipo del judío miserable.

Los gritos de «¡Abrid paso! ¡Es Jesús, falso profeta, el embaucador, el hechicero!», y otros mil insultos que los servidores del suegro del pontífice tributaban al Nazareno a la puerta de la calle, cesaron de repente, apenas uno de los servidores de Anás se presentó a decir que su señor esperaba al reo.

Jesús penetró en el salón. El cruel Malco le empujaba bruscamente, dándole puñetazos en la espalda. Aquella mano despiadada se hallaba cubierta por un guante de escama de hierro.

Todos los presentes fijaron su rencorosa mirada en el manso cordero que tenían delante. El rostro de Jesús estaba demudado, su manto hecho girones, su barba purísima manchada de sangre. Anás, viendo al futuro Mártir, sintió rebosar el odio en su corazón.

—¿Y eres tú Jesús de Nazaret? —le dijo descargando un terrible puñetazo sobre la mesa que tenía delante y descomponiéndose a pesar de su investidura de juez ejecutor—. ¡Tú, un miserable, un pordiosero! Parece increíble tanta audacia en un hombre. ¡Jueces!, he ahí al que se llama el Mesías, al que se titula rey de Judea, el que juzga nuestras acciones, el que falta y atropella nuestras leyes, el que se atreve a amenazarnos con la ruina del templo, el que nos llama raza de víboras… ¿Y eres tú el que quiere trastornar el orden de las cosas, el que quiere hacer lo que nadie ha hecho? ¿Con qué autoridad dices todo eso? Responde, habla, hipócrita galileo.

Jesús, que tenía fuertemente atados los brazos a la espalda, alzó con humildad la cabeza y dijo:

—¿Por qué me preguntáis a Mí? Preguntad a los que han oído lo que Yo les hablé y enseñé, que ellos saben bien lo que Yo les he dicho.

Apenas la dulce voz de Jesús acabó de pronunciar las anteriores palabras, el miserable Malco, que se hallaba a su lado, levantó la mano y le dio una terrible bofetada. Jesús cayó al suelo sin pronunciar ni una queja; tan brutal había sido el golpe. Aquel rasgo de barbarie, ejecutado por el servilismo de Malco a su señor Anás, no fue reprendido por nadie. Únicamente las bóvedas del salón se estremecieron ante un insulto tan incalificable. Jesús se levantó.

Su virginal carrillo tenía impreso como una roja amapola el guante del cobarde verdugo. Dos lágrimas se desprendieron de sus ojos, y mirando a su abofeteador de un modo cuya bondad y compasión nunca podrían expresar bastante ni el pincel del pintor ni la pluma del poeta, dijo estas palabras, cuya mansedumbre no puede enaltecerse a la altura que merecen, dirigiéndose a su verdugo:

—Si hablé mal, muéstrame en qué, y si hablé bien, dime por qué me hieres.

Aquel miserable que había faltado al respeto que se debe a las leyes y a los jueces, aquel verdugo que tan inicuamente había tratado a Jesús, no fue reconvenido por ningún hombre del tribunal. ¡Increíble parece que el odio ciegue a los hombres hasta tal punto! Los sacerdotes buscaban a Jesús para juzgarle. Le encontraron, y la ley se veía hollada. El último de los criminales que gemían en las húmedas mazmorras de la ciudadela Antonia hubiera encontrado un defensor, hubiera sido amparado por la ley. El odio de los hombres les empequeñece a veces hasta el crimen, les conduce casi siempre a la locura.

La humildad de Jesús irritó de tal modo a Anás, que levantándose de su sitial y olvidando la compostura que le imponía el cargo que desempeñaba, comenzó a gritar:

—¡Llevadle, llevadle a casa de Caifás! ¡Allí está reunido el tribunal! ¡Allí le esperan los testigos que le acusan! Yo no quiero ver ante mi presencia a ese miserable.

—Vamos, falso profeta —exclamó Malco—, y cuidado con la lengua en presencia del pontífice, si no quieres que mi mano acaricie por segunda vez tu mejilla.

Entonces un soldado colocó una caña en las manos de Jesús, pasándola bárbaramente por los cordeles que le sujetaban las muñecas.

—Ya tienes el cetro —dijo Malco soltando una brutal carcajada—; vamos a que el pontífice te ponga la corona.

Y diciendo esto, sacó a Jesús del salón casi a rastras. ¡Ferocidad increíble! Jesús, el manso cordero, cayó sobre las duras baldosas y al levantarse, su hermoso semblante se hallaba cubierto de sangre. Aquella sangre, aquella caña irrisoria que promovió la hilaridad de los verdugos, debían ser más tarde la semilla de la redención, el cetro del mundo.

Mientras tanto, en casa de Caifás, poseídos de una mezquina pasión de venganza, se hallaban reunidos multitud de ancianos, escribas, sacerdotes y fariseos. Nicodemus se hallaba también en aquella asamblea. Mudo, silencioso en un extremo de la sala, esperaba al Nazareno, del que se había nombrado defensor en secreto.

De vez en cuando los ojos de Caifás se encontraban con la impasible figura de Nicodemus. La presencia del amigo de Jesús en el salón desconcertaba al pontífice, que se había valido de subterfugios indignos de su alta dignidad para perderle. Allí estaban también los falsos testigos. El Nazareno era esperado con impaciencia. El odio cegaba la razón de los jueces. La ley iba a hollarse juzgando al que creían un trastornador del orden público.

Pedro, que temiendo el furor de los soldados se había ocultado detrás de unos árboles en el momento de la prisión, tan pronto como desapareció la comitiva llevándose a su Maestro, se repuso. El valor tornó a reanimar su corazón, encaminóse a Jerusalén, resuelto a saber lo que acontecía a Jesús Nazareno.

Al cruzar el torrente Cedrón tropezó con un hombre, a quien reconoció por un discípulo de Jesús.

—¿Quién eres? —le dijo.

—Soy Juan, discípulo de Jesús —le respondió el hombre con una serenidad admirable, atendido a las críticas circunstancias que atravesaban.

—Sigamos al Maestro —volvió a decir Pedro.

—La pobre Madre, la arrepentida Magdalena, a quienes acabo de dejar en el valle de Josafat, me han rogado lo mismo.

—Pues vamos.

—Sí, vamos.

Los dos apóstoles entraron en Jerusalén. Pronto los gritos de los verdugos les hizo encontrar la comitiva. Algunas ventanas comenzaban a abrirse. La gente se preguntaba con cierto temor la causa de aquel alboroto.

Jesús tenía muchos amigos en el arrabal de Ofel, donde sus bondades tanto se habían celebrado. Nadie, sin embargo, se atrevió a defenderle. Roto el vestido, el rostro ensangrentado, pálido por el dolor y el cansancio, caminaba casi desfallecido entre sus verdugos.

¿Quién podía reconocerle en aquel estado? ¿Era aquel hombre el que poco antes, rodeado de gloriosa admiración, había entrado pisando flores en la ciudad santa? Juan y Pedro lloraban en silencio bajo los pliegues de sus mantos, viéndole pasar.

Por fin, Jesús llegó a casa del pontífice Caifás. Los dos discípulos entraron también, confundidos entre la muchedumbre.

Desde un extremo de la sala podían verlo y oírlo todo sin inspirar sospechas. Después, todas las miradas tenían un punto donde reconcentrarse: el humilde Mártir.

Caifás, viendo entrar a Jesús, exhaló un grito de gozo. Era el tigre al ver la indefensa presa, la hiena en presencia de la herida corza, el lobo ante el manso cordero. En este momento, Nicodemus buscó en el salón un amigo que se pusiera como él de parte de Jesús. José de Arimatea, que acababa de entrar, aunque no había sido citado, levantó el extremo de la capa, haciéndole al mismo tiempo una seña de inteligencia. Aquellos dos hombres se habían comprendido. No sin muchos esfuerzos procuraron reunirse.

—Aquí va a cometerse una infamia —dijo en voz baja Nicodemus a José.

—Tal creo.

—Estoy dispuesto a la defensa.

—¡Ay, amigo mío! Creo que todo será en vano.

El gentío que rodeaba la casa del pontífice era inmenso. Se iba a juzgar a un Profeta, a un Dios: esto era curioso. Caifás clavó sus negros ojos en Jesús.

El sumo sacerdote, que tendría unos cuarenta años de edad, y cuyas facciones extremadamente pronunciadas tenían algo de ferocidad, vestía una túnica blanca y un ancho manto de color de jacinto con franjas de oro cubría sus espaldas. Sobre su pecho brillaba el *ephod* del sacerdote y en su cabeza descansaba la tiara del pontífice. Era el tercer poder de Jerusalén, gobernador después de Pilato, tetrarca después de Herodes.

—Acercadme a ese embaucador —dijo a los sayones con voz de trueno.

Malco cogió a Jesús por la barba y le obligó a que avanzara unos cuatro pasos hacia el pontífice, mientras que un soldado tiraba brutalmente de las cuerdas.

—Óyeme, falso profeta y respóndeme sin titubearte. Habla como lo hacías en la sinagoga y en Galilea; detesto a los hipócritas.

Nicodemus, irritado del bárbaro tratamiento que se daba a Jesús, avanzó dos pasos con ademán altivo, y dijo:

—Caifás, este hombre está acusado, pero no condenado. Manda a tus servidores que le respeten, que le desaten, que le concedan el derecho de defenderse con libertad; de lo contrario, la ley de nuestros mayores se verá esta noche hollada a los pies de esos miserables.

José de Arimatea avanzó también, y dijo con dignidad:

—Pido lo mismo que mi compañero Nicodemus.

En el salón se levantó un murmullo de aprobación. Entre los espectadores oyéronse algunas voces favorables a Jesús. El pontífice impuso silencio y mandó a los soldados que se separaran seis pasos del acusado.

Después sentóse con ademán altanero, La Pantera se preparaba para la lucha. Giró los ojos en derredor suyo, buscando los miserables testigos que debían ayudarle;

reinaba un momento de silencio.

Jesús se hallaba de pie delante del tirano, pálido, desfallecido con la mirada dulcemente fija en un punto de la sala donde estaban sus dos discípulos favoritos Pedro y Juan.

Caifás llamó a los testigos. Algunos hombres se presentaron delante del tribunal. Nicodemus, al ver aquellos hombres, no pudo contener la indignación que le inspiraban, y, avanzando un paso dijo:

—Caifás, no des crédito a esos hombres. Piensa que Jesús, en vez de ser un falso Profeta, puede ser un enviado de nuestro Dios, un elegido del Santo de los Santos.

—Nada bueno saldrá de Galilea, han dicho las Escrituras, y Jesús es galileo —exclamó Caifás.

—Sí, pero Jesús ha nacido en Belén, y la Escritura dice: «Saldrá un Profeta de la raza de David y de la ciudad de David».

—¿Eres tú el defensor de este hombre? —preguntó el pontífice.

—Soy fariseo, respeto la ley. Si Jesús es culpable, medidle con la misma medida que a los demás hombres. La ley debe ser recta como la torre de David, firme como las rocas del Sianí.

Caifás, dominado por la cólera, se puso en pie por segunda vez, diciendo:

—¿Eres tú su defensor, Nicodemus?

—Ni acuso ni defiendo; sólo quiero que la ley no se degrade.

Caifás se dirigió a los testigos, después de enviar una mirada de desprecio y rencor a Nicodemus.

—Hablad vosotros —les dijo—: ¿Qué sabéis de ese embucador?

—Nosotros —dijeron varios testigos— le hemos oído decir: «*Yo destruiré el templo hecho de mano, y en tres días edificaré otro no hecho de mano*».

—¿No respondes alguna cosa a lo que estos atestiguan contra ti?

Jesús abarcó con una mirada de compasión a los testigos y guardó silencio.

—¡Que hable! ¡Que se defienda! —gritaron algunos.

Jesús guardaba silencio. Los murmullos crecieron. Caifás gritó con acento amenazador:

—¿Eres tú el Cristo, el hijo de Dios bendito?

—*Yo soy* —contestó humildemente Jesús—, *y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios y venir con las nubes del cielo.*[117]

Como si las palabras del dulcísimo Jesús hubieran sido un insulto sangriento, arrojado al rostro del pontífice, éste comenzó a dar alaridos, rasgándose la vestidura y arrancándose las barbas. Más que un juez recto, imparcial, parecía un condenado del averno.

—¡Ha blasfemado! ¡Ha blasfemado! —gritaba Caifás levantando las manos y haciendo ademanes indignos del honroso cargo que desempeñaba—. ¿Para qué necesitamos ya testigos? Ahora habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece?

—¡Es reo de muerte! ¡Es reo de muerte! —gritaron algunos ancianos.

—¡La cruz! ¡La cruz para el blasfemo! —repetían los fariseos.

Entonces hubo un momento horrible. Todos gritaban, todos los rostros estaban descompuestos. Caifás se dirigió a los sacerdotes; el pueblo aullaba pidiendo una víctima. Nadie se entendía.

Nicodemus cubrióse la cabeza con el extremo del manto, por no ver los feroces rostros de los jueces, por no oír las horribles blasfemias de sus compañeros. José de Arimatea imitó a su amigo y ambos salieron del salón precipitadamente, murmurando:

—Huyamos de este sitio donde la ley esgrime el puñal del asesino, donde los jueces tienen el aspecto de los verdugos.

Juan también abandonó sobresaltado la sala. Al pasar junto a Pedro le dijo:

—Jesús está perdido; corro a consolar a su Madre.

Pedro, absorto, aterrado de lo que acababa de presenciar, fue a ocultarse entre la muchedumbre, temeroso de que le reconocieran. Mientras tanto, la rabia, el frenesí, se habían apoderado de los que rodeaban al paciente Jesús. Unos escupían su purísimo rostro, otros azotaban con varas sus espaldas y los soldados descargaban terribles bofetadas sobre sus divinas mejillas.

Jesús, entregado al populacho y a la soldadesca, fue en casa del pontífice el objeto de las burlas más sangrientas.

—Haz un milagro, falso profeta —le decía uno haciéndole gestos horribles.

—Adivina cómo se llama el que te da esta bofetada, sabio magno —repetía otro.

Las carcajadas, los gritos, los aullidos, atronaban aquellas malditas bóvedas. Nunca el hombre más despreciable de la tierra se había visto tan cruelmente escarnecido por sus jueces. El último de los criminales tiene siempre un amigo que le respeta: la ley, y un pueblo que le compadece.

Jesús, el Redentor del hombre, el purísimo lirio de Nazaret, la fuente vivificadora de Galilea, el Salvador de Israel, se halló solo con su dolor en manos de sus feroces verdugos. Pedro, aturdido, medroso y sin poderse explicar lo que veía, procuró, no sin mucho trabajo, abandonar el salón, y fue a refugiarse en el atrio de la casa del pontífice, donde algunos criados se calentaban alrededor de una fogata.

Sin saber cómo, ocupó un sitial al lado de aquellas gentes que comentaban con alegre alborozo el acontecimiento del falso profeta.

—¡Oh! El ilustre pontífice Caifás no estará descontento de sus servidores —decía un criado—. Al abandonar el salón, les ha dicho: *Soldados, yo os entrego a este rey; tratadle como se merece.*

—Y los soldados se portan bien.

—Es costumbre romana y que ha llegado a Israel —dijo otro—, el que las legiones celebren con muestras de regocijo la subida de un nuevo emperador.

—Estoy seguro —objetó un tercero— que a esos imbéciles no se les ocurre coronar al nuevo rey.

—Te engañas, Nacor: Malco ha tenido esa buena idea; es hombre de ingenio.

—¡Ah! ¿Le han coronado?

—Sí, de espinas, y la sangre que corre por su frente brilla como las perlas de la reina Sara, que, según dicen, eran unas perlas muy hermosas.

Esa frase terminó con una carcajada. Entonces se acercó a la fogata una mujer que ejercía las veces de portera. Tendría unos treinta años; era alta, morena y de ademanes desenvueltos; llevaba una rueca en la mano izquierda y un huso en la derecha.

—Mucho madrugas hoy, Rebeca —le dijo uno de los que la rodeaban.

—¡Bah! ¿Se ha acostado alguien en esta casa esta noche? —respondió la mujer.

Y fijando sus penetrantes ojos en la inmóvil y atemorizada figura de Pedro, continuó, colocando su mano sobre el hombro del apóstol y apartando un poco el manto para verle mejor la cara:

—¿No estabas tú con Jesús el Nazareno?

Todas las miradas se fijaron en el apóstol. Pedro se estremeció, pero era preciso dar una respuesta a aquella pregunta, y respondió turbado:

—*Mujer, ni le conozco ni sé lo que dices.*

Pedro, no creyéndose seguro en aquel sitio, se levantó y salió del atrio. Al cruzar los umbrales se detuvo. Entonces oyó el penetrante canto de un gallo.

La mujer siguió a Pedro y volvió a decir a los que había en la puerta:

—Esa hombre es de los de Jesús.

—*¿Por qué me persigues?* —preguntó Pedro—. *¿No te he dicho ya que no le conozco?*

Algunos hombres le rodearon, pero en medio de los insultos que comenzaron a levantarse, Pedro oyó por segunda vez el profético canto del gallo.

Uno de los presentes dijo, acercándose al apóstol:

—¿Por qué niegas que le conoces? Rebeca tiene razón: tú eres galileo como él y te hemos visto en el templo oyendo sus patrañas.

Pedro se creyó perdido. Su razón se ofuscó y el miedo puso en su lengua palabras y juramentos que más tarde debían causarle dolorosas lágrimas de arrepentimiento.

—*No le conozco* —dijo—. *El dios de nuestros mayores no dé oídos a mis súplicas si he tenido trato con ese galileo que decís.*

Este juramento pareció tranquilizar a los que le rodeaban. Pedro abandonó aquel sitio, pero apenas habría caminado doce pasos, cuando el gallo cantó por tercera vez. Entonces recordó las proféticas palabras de su Maestro, y amargo y doloroso llanto corrió de sus ojos. Comenzaba a amanecer. Pedro se ocultó en el quicio de una puerta. Los servidores del pontífice, que habían colocado una corona de nabka, cuyas punzadoras espinas se clavaban dolorosamente en la frente de Jesús, y un viejo tapete sobre sus hombros, para que imitara la púrpura de los emperadores, cansados de ejecutar la sangrienta burla, se disponían a arrastrar al preso a casa de Pilato, el procurador romano, que debía firmar la sentencia, como único juez que tenía derecho de vida y muerte sobre los reos.

Un centurión detuvo a la comitiva, diciendo:

—Aún es muy temprano para molestar a Pilato; esperad que el sol pueda alumbrar el rostro del reo y del juez. Los fariseos tienen miedo de sentenciarle de noche.

Entonces Jesús fue encerrado en un cuarto o bóveda que recibía la luz por una reja. Una tea de abeto alumbraba aquella habitación. A su rojo y oscilante resplandor podía verse a Jesús y a los saldados que le custodiaban. Algunos curiosos iban a contemplarle a través de los hierros de la reja, desde donde le prodigaban toda clase de insultos.

Capítulo V

EL SUICIDA

Juan se había reunido con la Virgen y Magdalena a pocos pasos de la casa del pontífice Caifás.

La Madre de Jesús y la dolorosa castellana de Mágdalo habían pasado parte de la noche sentadas sobre unos maderos, a la puerta de un carpintero.

Allí esperaban con el corazón traspasado de dolor y los ojos llenos de lágrimas, que Juan les participara el resultado de la sentencia.

—¿Qué es de mi hijo? —exclamó María con doloroso acento.

Juan no pudo responder: los sollozos se lo impedían. La profunda amargura del discípulo fue para aquella Madre una revelación dolorosa. Transcurrió un breve momento sin que nadie se atreviese a interrumpir aquellas lágrimas, aquellos sollozos. En medio de este silencio, la Virgen oyó en una casa inmediata que permanecía cerrada, el ruido estridente de una sierra que cortaba madera y el golpe seco de los martillos que clavaban clavos. Aquellos golpes resonaban de una manera dolorosa en el corazón de María. Poco después vieron venir un hombre hacia aquel sitio. Este hombre se detuvo delante de la casa y llamó.

—¿Quién va? —dijo una voz varonil desde adentro.

—Abre, Jacob; soy yo, Malco, un servidor del sumo pontífice —respondió el de afuera.

El ruido cesó, y un hombre con un farol en la mano abrió la puerta.

—¡La paz sea contigo, honrado carpintero! —dijo Malco—. Mi señor me envía a preguntarte cómo van tus trabajos.

—Las dos cruces de Dimas y Gestas se están acabando: ahí tienes: sólo falta ponerles el apoyo para los pies.

—Es que vengo a encargarte otro trabajo —repuso Malco.

—Tú dirás.

—Necesitamos otra cruz.

—¿Hay otro reo?

—Sí, un falso profeta.

—¡Ah! Pues entonces será preciso que nos esmeremos. ¿Te ha dicho de qué madera la quiere el tribunal?

—De la más pesada, de la más vil y despreciable que se conozca en Judea.

—Entonces la haremos de carrasca o de encina; ese es el árbol que más abunda en Israel. Ahora falta el tamaño.

—Para que el pueblo vea mejor al reo, la haréis dos pies más alta que esas que habéis hecho para los bandidos.

—Entonces tendrá quince pies de largo, y el crucero ocho. ¿No te parece?

—Sí, pero que sea gruesa y que pese.

—Haciéndola de medio pie de grueso y de la madera indicada, fuerzas ha de tener el reo para llegar a la cumbre del monte Calvario sin caer.[118]

—Pues manos a la obra.

—Tres horas me bastan para terminarla. Pero dime, Malco, ¿no podría saber el nombre del reo?

—¿Y por qué no? Se llama Jesús Nazareno, falso profeta.

Al carpintero se le cayó el farol de las manos, porque Jesús había curado milagrosamente a un hijo suyo; María lanzó un grito doloroso, porque todo lo había escuchado, y Malco, embozándose en su manto, encaminóse a casa de su señor a participarle que el encargo quedaba terminado.

María, próxima a desmayarse en brazos de Magdalena, suplicó a Juan que la condujera adonde estaba su Hijo.

—¡Oh, Madre llena de amargura! —exclamó el apóstol—. ¿A qué aumentar tu dolor con la presencia de su cruel martirio?

—Condúceme a donde se halle —repuso la Virgen.

Y los tres se encaminaron a casa del pontífice. María, vacilante, desfallecida, quiso caminar delante, pero faltándole las fuerzas tuvo que apoyarse en el brazo de Magdalena. A pocos pasos de la casa vieron un grupo de gente que rodeaba a un hombre. Este hombre gritaba con toda la fuerza de sus pulmones, diciendo:

—¡Sí… sí… yo soy Pedro, antes Simón; soy galileo, discípulo de Jesús, el verdadero Profeta; soy uno de sus apóstoles, soy el más amante de sus doctrinas; rasgad mis vestiduras, destrozad mis carnes! ¿Qué os detiene? Si hace poco por un escrúpulo cobarde, he podido negar a mi Maestro, ahora me arrepiento y le reconozco, le admiro y le adoro.

—Este hombre está loco —dijo un soldado.

Y la gente fue dejando solo a Pedro, en cuyos ojos aún no se habían secado las lágrimas. María, Juan y Magdalena se reunieron con Pedro y éste les condujo por el estrecho corredor de la casa del pontífice, en cuyo extremo se hallaba Jesús. La Madre dolorosa vio a su Hijo a través de los barrotes de una ventana. Apenas le reconoció, tal le habían puesto sus bárbaros verdugos. Caifás había mandado que se dejara la entrada libre, para que el populacho pudiera ver e insultar a su antojo al Nazareno.

Ya hemos dicho que la triste y vacilante luz de una tea alumbraba el miserable aposento del preso. La presencia de la Madre afligida en aquel sitio hizo enmudecer a los curiosos. La Virgen cayó de rodillas junto a la reja, exclamando de un modo indefinible:

—¡Hijo de mi alma!

A dos pasos de distancia veíase un grupo interesante, cuyo dolor era inmenso. Magdalena, Juan y Pedro lloraban dirigiendo miradas dolorosas a Jesús.

—Yo no he dejado de verte, Madre mía —dijo el Mártir—, desde el momento de

nuestra separación: sé lo que has sufrido; pero bendita serás entre todas las mujeres, como bendito será el fruto de tu vientre, que hoy es objeto de befa y escarnio.

—¡Hijo! ¡Hijo de mi alma!… —exclamó la inmaculada María apoyándose desfallecida en los fríos hierros de la reja.

En aquella dolorosa escena las lágrimas reemplazaron a las palabras. ¡Dolor profundo, inmenso, indescriptible! ¡Cruel amargura!

¡Ah! La pluma en nuestras manos carece de la sublime expresión que necesita para describir un cuadro tan patético, tan sentimental.

Lágrimas y suspiros se escapaban de todos los ojos y de todos los pechos; pero los hombres no se apiadaron al ver tanto sufrimiento, porque decretado estaba en los cielos lo que iba a acontecer.

……

Mientras tanto, en el atrio de la casa del pontífice un hombre, cuya mirada recelosa inspiraba desconfianza, preguntaba a los soldados con preocupado e intranquilo acento:

—¿Es cierto que Jesucristo ha sido sentenciado a muerte?

—Y tan cierto es, como que nosotros estamos aquí esperando a que amanezca para conducirle a casa del juez romano —respondió un soldado.

—¿Y no ha maldecido a nadie? ¿No ha dicho que un traidor lo había vendido? ¿No ha dicho nada?

—Jesús lo ha soportado todo con una humildad incomprensible y ha pedido a Dios el perdón de sus enemigos y de sus jueces.

Judas, pues éste era el que dirigía las anteriores preguntas, ahogando un doloroso gemido, salió del atrio avergonzado de sí mismo, y se encaminó, a la ciudad de David. Conforme iba alejándose de la casa del pontífice, su paso era más precipitado, su respiración más fatigosa.

Cuando llegó a la rápida pendiente de la puerta de Sión, casi corría. Cruzó por delante del hipódromo, dejó a su derecha la escalera del monte Moria, donde había un grupo de ancianos comentando, sin duda, el acontecimiento de la noche. La bolsa que colgaba del cinto del apóstol hacía sonar en su fondo las treinta monedas de plata. Cuanto más corría, más lúgubre y amenazador era el argentino sonido de las monedas, que levantaba un eco doloroso en el corazón del miserable. Judas reconoció en aquel grupo de ancianos a algunos de los jueces del Sinedrio y se detuvo.

Una horrible sonrisa apareció en sus labios. Sus ojos brillaban de un modo siniestro. Gruesas gotas de sudor caían de su frente y el pelo y la barba se le erizaban por momentos.

—Ved al que le ha vendido —dijo uno de los ancianos que se hallaba en las gradas del templo.

—Sí, yo he sido el infame, el miserable, el traidor. Pero este dinero me quema las manos: tomadle; para nada le quiero.

Judas alargó la bolsa a los ancianos, pero ellos retrocedieron mostrando su

repugnancia.

—Ese dinero es tuyo —le dijo uno—. Tú le has ganado; nosotros no podemos admitirlo.

—Pues bien, yo le ofrezco como una dádiva al templo —repuso el hombre.

—Esta dádiva mancharía la dignidad del Santo de los Santos.

—¡Admitid, miserables! —les gritó Judas—. ¿Qué mayor mancha para el Dios invisible de Israel que vuestras oraciones?

Y diciendo esto, arrojó las monedas a los pies de los sacerdotes y bajando los escalones del templo, se dirigió desesperadamente hacia la puerta Doria.

Judas corrió mucho, pero por fin se detuvo a pocos pasos de la fuente de Sión, situada entre la puerta de los Pescados y la puerta Grande. Allí, al borde de un precipicio, crecía un sicómoro cuyas robustas ramas se inclinaban hacia el abismo: una de estas ramas parecía el palo de una horca. Judas fijó su espantosa mirada en ella, y se sonrió de un modo horrible, como se sonríe el suicida en presencia de la muerte, con la sonrisa de Satán.

—La vida —dijo con cavernoso acento— es un gemido interminable cuando se lleva como yo un infierno en el corazón. ¡Ea, pues, valor! Arrojemos una carga tan enojosa.

Judas se desató una cuerda que llevaba al cinto, ató un extremo a la rama del sicómoro, e hizo al otro extremo un lazo corredizo.

Después colocó una piedra encima de otra debajo del árbol, subió con una impasibilidad digna de mejor causa sobre ellas con mucho cuidado para que no se cayeran, puso el lazo corredizo alrededor de su garganta y empujó la piedra con el pie, lanzando una horrible blasfemia, cuyo eco aterrador fue a perderse en las concavidades del abismo. Después el cuerpo de Judas, horriblemente desfigurado pendía sobre el abismo. Era un cadáver. Al día siguiente, cuatro hombres cortaron la cuerda y el cuerpo de Judas cayó al barranco.

Bajaron a recogerle y le condujeron a una de las vertientes del monte del Mal-Consejo, donde los sacerdotes habían comprado con el dinero de Judas un trozo de campo para enterrarle.

Aquel campo se llamó desde entonces *Had ed adom.*[119]

El sicómoro que había servido de horca al mal apóstol permaneció en pie suspendido sobre el abismo por espacio de mil cuatrocientos años. Durante esta prolongada ancianidad, ni un caminante, ni un pastor, ni un árabe, se sentaron a la sombra de aquel árbol que recordaba la venta del Divino Maestro.

Capítulo VI

LA FAMILIA DE BELI-BETH[120]

A corta distancia de la puerta de los Juicios, en la calle que más tarde debía denominar el mundo cristiano *Camino de la Amargura,* veíase una casa de modesta apariencia, sobre cuya puerta comenzaban a extenderse los delicados brazos de una parra, formando un frondoso tendal de verdes hojas. Debajo de esta bóveda de verdes ramas veíase el brocal de un pozo y un banco de piedra. Entremos en esta casa a la misma hora que Jesús se hallaba en presencia de sus terribles jueces. Serían aproximadamente las tres de la mañana. En la reducida habitación se hallaba una mujer sentada a la cabecera de una cama, en donde yacía una anciana enferma. Junto a la cama veíase una cuna, donde dormía un niño que apenas tendría doce meses de edad.

A juzgar por el escudo, la coraza, la espada, el casco y la lanza que colgaban de unos clavos de la pared, aquella habitación debía ser la de un soldado. Y, en efecto, Samuel Beli-Beth era su dueño; la anciana enferma su madre; el niño de la cuna su hijo. En cuanto a la mujer que se hallaba junto a la cama de la enferma, era una pobre vecina cuyo corazón caritativo se encontraba siempre dispuesto a hacer bien a sus semejantes. Llamábase Serafia y pronto su nombre debía inmortalizarse en la vía dolorosa del Nazareno.

Beli-Beth era judío. Apenas el bozo apuntaba en su rostro, cuando sentó plaza en una legión romana. Soldado mercenario, había recorrido gran parte del mundo bajo la triunfadora águila del Tíber. Sin fe, sin creencias religiosas, su Dios era la guerra, sus amigos la lanza y el casco. Sirvió a Octaviano Augusto en los últimos años de su reinado, y luego a Tiberio. Reíase de los dioses del Olimpo y del Santo de los Santos. Tenía el valor del león y la fuerza del atleta. Estas dos condiciones, que eran las primeras y las más apreciadas en tiempo del imperio romano, le elevaron a la dignidad de centurión.

Beli-Beth mandó por espacio de algunos años cien hombres, y en el ejército adquirió la reputación de valiente. Por fin, hallándose en Jerusalén, pidió la licencia, que le otorgó el juez Pilato y contrajo matrimonio con una joven jerosolimitana. Beli-Beth juntó sus ahorros de soldado con el dote de su mujer y se dedicó al comercio de granos. Su nueva profesión le aburría, pero amaba entrañablemente a su joven esposa y soportaba el fastidio dirigiendo de vez en cuando alguna mirada a sus arreos militares, que cubiertos de polvo y mohosos, permanecían colgados en las paredes de su casa.

Samuel Beli-Beth tendría unos cuarenta años de edad; era alto, fornido y de facciones pronunciadas, aunque bastante regulares. Tenía fama de pendenciero e irascible. Sus amigos le pusieron el apodo de Beli-Beth, recordando su vida errante e

inquieta. Sin embargo, Samuel había recogido en su hogar a su anciana madre, que yacía en cama padeciendo una parálisis general que hacía algún tiempo la tenía privada del habla y del oído.

Aquella pobre vieja, sorda y muda, ni aun podía agradecer los sacrificios que por ella hacía su hijo. Quiso la suerte que Samuel perdiera a su querida esposa, dejándole un niño de edad de diez meses; de modo que el ex soldado se halló solo con su madre y su hijo.

Entonces una vecina, la caritativa Serafia, amiga de la difunta esposa de Samuel, le ofreció sus servicios y éste admitió tan generoso ofrecimiento.

La noche que nos ocupa, Samuel había salido de su casa, deseoso de saber el motivo de las voces y el estruendo que interrumpía el sueño de los habitantes de Jerusalén. Enterado de todo, regresó cuando Jesús fue encerrado por orden de Caifás en el miserable cuarto que recordarán nuestros lectores.

—¿Qué ocurre en la ciudad, amigo Samuel? —le preguntó Serafia viéndole entrar.

—Que Jesús Nazareno, el embaucador, el charlatán, ha sido preso por los sacerdotes —respondió Samuel.

Serafia se estremeció, y levantándose del asiento que ocupaba dijo de un modo significativo:

—Eso no es posible, sin estar locos los sacerdotes.

Samuel soltó una carcajada.

—No te rías, Samuel: ese Hombre es un Profeta —repuso Serafia—, y tu mujer no hubiera muerto si le hubieras pedido con fe la salud.

—Mira, Serafia —contestó Samuel—, yo era casi un niño cuando abandonando mi oficio de zapatero, tomé las armas en las legiones romanas y salí de Israel. ¿Sabes lo que me indujo a esta resolución? Pues no fue otra cosa que el fanatismo de mis compatriotas. No hay un judío que no sueñe con el Mesías anunciado por los profetas. ¡Pobres gentes!, que sufren el yugo romano esperando el maná del cielo.

Samuel soltó una segunda carcajada; luego continuó:

—Mañana tendremos un gran día; la cumbre del Gólgota estará concurrida. ¡Oh! A mí me gustan esos espectáculos mucho más que las funciones del hipódromo. Ya verás, ya verás, amiga Serafia, cómo nos divertimos con los gestos que hará ese hechicero que se llama Hijo de Dios.

—Los fariseos no se atreverán a crucificar a un hombre que no ha hecho daño a nadie.

—¡Bah! Si tuviera yo tan segura la inmortalidad como la muerte de Jesús, viviría tanto como el sol. ¿Sabes que sería una fortuna inmensa vivir tanto como el sol? ¡Ja, ja, ja! El pobre Nazareno que hace milagros, que resucita muertos, debía hacerme ese gran servicio: a él no le costaría nada; con decir «lo quiero», he ahí a Samuel Beli-Beth recorriendo siempre el mundo un siglo, otro y otro, riéndose de esa humanidad cobarde y vanidosa que cree que hay otra vida más que la presente. ¡Ja,

ja, ja! Si yo fuera inmortal, ¡qué felicidad!

—Calla, calla, Samuel: tus palabras me hacen daño.

—¿Crees tú que puede un hombre como yo creer ni en los dioses del Olimpo, ni en el Mesías de Israel? Eso se queda para vosotros, pobres fanáticos. Yo he visto a Jesús abofeteado, escupido, escarnecido, cubierto el rostro de sangre, hecha jirones la ropa. Malco le ha puesto la mano en la faz. ¿Por qué en presencia de todos no ha hecho un milagro? La ocasión era propicia: podía haber confundido a sus jueces, y no lo hizo. ¡Embaucador! ¡Oh! En cuanto amanezca será conducido al juez romano. Te digo que vamos a tener un día divertido; yo no perderé nada.

»Afortunadamente, para ir al Calvario debe pasar por delante de la puerta de esta casa. Pero dejando a ese mago embaucador, ¿cómo está mi madre?

—Duerme.

—¿Y mi hijo?

—Duerme también.

—Sí, sí; la anciana tiene el sueño pesado, preludio de la muerte, y el niño el sueño de la infancia; yo solamente vivo. ¿No es verdad, Serafia, que mi suerte es bien aciaga? Este silencio que me rodea es horrible. ¡Oh! ¡Si al menos mi pobre madre no hubiera perdido el uso de la palabra!…

Samuel se acercó a la cama de su madre y a la cuna de su hijo. Serafia pidió permiso para retirarse. Samuel le dio las gracias por los servicios que le prestaba, y la vecina, abandonando la casa del ex soldado, cruzó la calle y entró en la suya. Samuel se sentó junto a la cuna de su hijo y quedóse contemplándole por algunos momentos.

Capítulo VII

CLAUDIA PROCLA

Retrocedamos. El sol acaba de nacer. Sus purísimos rayos caían como una lluvia de oro sobre los mármoles bruñidos de la ciudadela Antonia y la cilíndrica torre de David. Poncio Pilato se paseaba por su camarín con ademán receloso, pues el estruendo que cundía por Jerusalén le inquietaba. En esto abrióse una puerta y apareció una mujer joven y hermosa.

—¡Ah! —dijo el gobernador—. ¿Eres tú, Claudia? ¿A qué debo la fortuna de verte tan temprano?

Y Poncio cogió una de las manos de su esposa, conduciéndola hacia una ventana.

—¡Estás conmovida… pálida! ¿Qué tienes? —preguntó Pilato, que amaba a su esposa con todo su corazón.

—¡Ah, Poncio! He tenido un sueño horrible, espantoso —le dijo Claudia—. Pero lo más particular, lo más extraño, es que he soñado despierta.

—Desecha tus temores, esposa mía —contestó Poncio sonriendo—. Yo bien sé que esta triste ciudad de Jerusalén no es muy de tu agrado, pero ¿qué quieres?, tu pariente Tiberio dice que necesita que un hombre como yo le represente en Israel y es preciso conformarse a vivir en este destierro hasta el día que se apiade de nosotros, que confío que no está lejos. Mientras llega ese momento feliz, vive tranquila; tu esposo y sus legiones velan por ti. Además, los judíos conocen que son impotentes ante la espada triunfadora de los hijos del Tíber.

—No es eso, no, Poncio —exclamó Claudia—. Lo que en este momento me sobresalta, lo que me aflige, es un sacrilegio, un deicidio, una cosa horrible, espantosa, que van a cometer los sacerdotes y que no quiero que tú sanciones con tu aprobación.

—Claudia mía, tus palabras me admiran: te ruego, pues, que te expliques.

—¿Conoces tú a Jesús Nazareno?

—¡Ah!, sí, ese galileo que recorre las tribus curando enfermos, ese hombre extraordinario que predica una ley nueva, el que dice que los hombres son hermanos, que el último será el primero en el reino de su Padre y qué sé yo cuántas cosas más, cuyo significado no comprendo. Pero, ¿qué tiene que ver ese hombre con tu sobresalto?

—Pues bien, Jesús ha sido preso esta noche por tus soldados y jamás hombre alguno se ha visto tan cruelmente maltratado. ¿Desde cuándo los hijos del Tíber escupen el rostro y arrancan las barbas de sus indefensos prisioneros?

Pilato miró con asombro a su esposa: ignoraba todo lo que oía.

—¿Cómo sabes tú eso? ¿Has salido de la ciudadela?

—No: ya te he dicho que he tenido un sueño horrible.

Pilato sonrió.

—¿Dudas de mis palabras?

—No creo en los sueños, querida Claudia.

—Pues yo he visto a través de las paredes de mi cámara una horda de hombres feroces que armados de lanzas y palos salían por la puerta de las Aguas a las doce de la noche. Entre estos hombres iban soldados tuyos, ancianos y sacerdotes del Consejo. Llegaron al monte de los Olivos. Allí estaba Jesús orando, como de costumbre. Al verle se arrojaron sobre Él como lobos hambrientos. Jesús, con su inquebrantable mansedumbre, se dejó atar las manos a la espalda; luego le condujeron a la ciudad a casa del pontífice. Por el camino, las burlas sangrientas, los crueles golpes se prodigaron con un lujo criminal. Jesús lo sufría todo, diciendo con dulcísima voz: «*Perdónalos, Padre mío, no saben lo que se hacen.*» ¡Poncio! en Jerusalén va a cometerse un crimen espantoso. La sangre del inocente galileo caerá sobre tu nombre, mancillándole eternamente. Tú eres juez romano, tú solo tienes derecho de vida y muerte sobre los judíos; yo vengo a rogarte que no seas cómplice de tan nefando crimen.

—Desecha vanos temores —contestó Pilato, algo preocupado con la narración de su esposa—. Tú lo has dicho, todo eso no es otra cosa que un sueño, pero si ese sueño fuera una realidad, te juro que yo defenderé a Jesús, siempre que Jesús no haya conspirado contra Tiberio.

—No olvides que tengo tu palabra.

—Confía: la sentencia de Jesús, si no resulta enemigo del imperio, no se firmará, y en prueba de ello, te entrego mi anillo.

Pilato se quitó una gruesa sortija del dedo, en cuya piedra se hallaba grabada la cabeza de Tiberio y un águila con las alas desplegadas y se la entregó a su esposa.

—¿Estás contenta? —le dijo.

—¡Oh! sí, Poncio mío, estoy contenta, porque voy a evitarte una infamia.

Claudia, observando que su esposo se sonreía, continuó:

—¿Dudas todavía de la realidad de mi sueño?

—Siempre has tenido una imaginación soñadora.

Apenas Poncio Pilato acababa de decir estas palabras, cuando Cayo Appio, un centurión de la guardia pretoriana, entró en el camarín. Cayo Appio era español como Pilato y los dos hijos de Tarragona. El gobernador tenía en Cayo un amigo leal y un súbdito fiel.

—¿Qué ocurre, Cayo? —preguntó Pilato.

—Señor, los sacerdotes te traen un reo para que le juzgues.

Claudia miró a su esposo y dijo:

—Ese que viene es Jesús Nazareno: mi sueño era una revelación.

En este momento llegaron al camarín del gobernador las confusas voces del pueblo, que pedía justicia desde la plaza.

—¡Cayo! —gritó Poncio—, abre todas las puertas del palacio. ¡Que entren esas

hienas!

Cayo corrió a ejecutar las órdenes de su señor. Claudia salió de la Cámara, pero antes recordó a su esposo que le había dado palabra de respetar la vida de Jesús. Pocos momentos después volvió a aparecer Cayo Appio. Los gritos continuaban con doble furia.

—Señor —dijo Cayo—, los jueces del Sinedrio, los sacerdotes y los fariseos, se niegan a entrar en el palacio, porque no quieren manchar su conciencia entrando en el día de Pascua en la casa de un hombre que adora a los dioses del Olimpo.

—¡Miserables hipócritas! —exclamó Pilato—. ¡Raza despreciable y vil, que toca las trompetas para dar un miserable denario de cobre al menesteroso y roba en silencio un talento hebreo al que lo tiene!

Y como en este momento los gritos de «¡Justicia! ¡Que salga el gobernador! ¡Que se asome Poncio Pilato!», llegaban con más fuerza a sus oídos, continuó:

—Está bien, ya que ellos no quieren venir hasta mí, yo iré hasta ellos. Cayo, forma mi guardia pretoriana en las gradas del palacio, coloca mi trono ambulante bajo el primer pórtico y pon dos portaestandartes al pie de la escalinata. Voy a ver qué quieren de mí esos perros rabiosos.

Cayo obedeció a su señor. El pueblo apagó un tanto sus feroces aclamaciones, en vista del aparato guerrero que el juez romano desplegaba. Appio colocó dos portaestandartes en la primera grada del palacio. Aquellos soldados, graves, amenazadores, con la piel de leopardo sobre las espaldas, la bruñida coraza y el estandarte con el águila[121] imperial, inspiraban respeto.

Pronto cundió la noticia de que el juez romano iba a presentarse. Jesús, mientras tanto, se hallaba en mitad de la plaza, sufriendo los insultos y los golpes del populacho. Por fin apareció Pilato bajo los pórticos de su palacio, sentado en un rico sillón de oro que conducían cuatro esclavos.

La presencia del gobernador reanimó los instintos sangrientos y feroces del populacho. Poncio Pilato extendió en dirección a la plaza un pequeño bastón de oro que llevaba en la mano, como indicando que quería hablar.

Un silencio profundo se extendió por la plaza. El gobernador abarcó con una mirada de desprecio aquella muchedumbre y, luego, dirigiendo otra de compasión al reo, dijo con voz entera y sonora:

—Pueblo que vienes a interrumpir el dulce sueño de la mañana a tu juez, ¿qué quieres?

—¡Justicia! ¡La cruz para Jesús Nazareno! —exclamaron mil voces a un tiempo.

Pilato extendió por segunda vez el bastón y dijo:

—¿De qué delito acusáis a ese hombre? Pero os prevengo que no quiero que habléis todos a la vez. Que tome uno de vosotros la palabra y los demás que guarden silencio.

Entre los sacerdotes hubo un momento de vacilación, buscando el que debía exponer ante el juez romano los crímenes imaginarios del Nazareno. Por fin eligieron

a un hombre que se prestó a tan degradante comisión. Tenía una voz estentórea y una estatura elevada.

Este hombre, que avanzó hasta llegar junto a los estandartes, se llamaba Beli-Beth.

Capítulo VIII

DE PILATO A HERODES

Samuel Beli-Beth cogió brutalmente por el hombro derecho a Jesús y le condujo casi a rastras hasta el pie de las gradas donde estaban los estandartes.

Después, dándole un terrible puñetazo en la espalda, dijo con voz atronadora:

—Juez romano, el pueblo pide justicia y la espera de ti, porque tú solo tienes derecho de vida y muerte sobre los súbditos del ilustre emperador Tiberio. Este hombre es el hijo del carpintero José y de María; todos le conocemos perfectamente. Dice, sin embargo, que es rey de Judá, hijo de Dios y qué sé yo cuántos otros sacrilegios que no es decoroso recordar. Hace tres años que recorre las tribus embaucando a las gentes sencillas, no respeta la ley de nuestros mayores y cura en sábado las dolencias del prójimo. Esto, como ves, merece la muerte, y eso espera de ti el pueblo que llena la plaza. He dicho.

Beli-Beth tornó a sacudir un segundo puñetazo en el pecho de Jesús. El pueblo le aplaudió. El miserable judío hizo un saludo con la cabeza, como dando las gracias.

—Si Jesús no ha cometido más crímenes que los que acabas de relatar —dijo Pilato—, yo, que represento a Roma, no le hallo culpa suficiente para castigarle.

—Es un malhechor, un conspirador, un blasfemo —gritó Caifás acercándose a las gradas—. Si no fuera un criminal no te lo hubiéramos traído.

—Si ese hombre pecó contra vuestra ley —repuso Pilato—, juzgadle vosotros. ¿Qué tiene que ver Roma con vuestras cuestiones religiosas? Os tolera vuestro templo, os permite que recéis en vuestras sinagogas, y nada más. Juzgadle, juzgadle vosotros.

—La pena de muerte, bien lo sabes, Pilato, os la habéis reservado vosotros como derecho de conquista —dijo Caifás—. Nosotros no podemos sentenciar a Jesús y su delito merece la muerte.

—Pues bien, acusadle de crímenes que merezcan la cruz: estoy dispuesto a oíros, hablad, pero todo lo que habéis dicho no vale ni siquiera la pena de que mis soldados permanezcan con la lanza al hombro un cuarto de hora.

—Pilato —exclamó Caifás—, con lo que te hemos dicho, de sobra tienes para sentenciar a Jesús. Recuerda que Tiberio ha declarado reos de muerte en cruz afrentosa a todos los hechiceros y este hombre cura endemoniados y hace otros mil sortilegios. ¿No falta a lo que tu señor prescribe?

Pilato, que era un hombre justo y recto, aunque algo tímido y político, comenzaba a desagradarle que el nombre de Tiberio se mezclara en aquel asunto; así es que, deseando acabar pronto, mandó a un lictor para que hiciera subir al pretorio a Jesús. El lictor bajó a la plaza y dijo al Nazareno:

—Pilato, mi señor, te espera: sigue mis pasos.

Jesús siguió al mensajero con paso tranquilo. Poncio estuvo contemplando algunos segundos la mansedumbre del Nazareno. En los divinos ojos de Jesús había tal bondad, que el juez romano no pudo menos de murmurar en voz baja:

—Este hombre no puede ser criminal: lleva escrito en el rostro la belleza de su alma.

Después le preguntó con acento dulce y cariñoso:

—¿Eres tú el rey de los judíos?

Jesús contestó fijando su hermosa mirada en la de Poncio:

—¿Dices tú eso por ti mismo, o lo han dicho otros de Mí?

Pilato meditó un momento, porque la voz de Jesús había producido en su alma una dulce sensación. Después dijo:

—¿Soy yo acaso judío? Tu nación y los pontífices te han puesto en mis manos. ¿Qué has hecho para que deseen tu muerte con tenaz empeño?

Jesús respondió:

—Mi reino no es de este mundo; no debe, pues, inspirar recelo a tu señor. Si de este mundo fuera, mis ministros pelearían para que no fuera entregado a los judíos. No temas, pues, que por ahora mi reino no es de aquí.

—Entonces —dijo Pilato—, *¿eres tú rey?*

—Tú dices que lo soy —respondió Jesús—. *Yo para eso nací; mas vengo a reinar en los corazones de los justos, a transmitirles la luz divina de la gracia y de la verdad. Todo aquel que ame la verdad, que escuche mi voz.*[122]

—Pero, ¿qué verdad es esa de que me hablas? —preguntó Pilato.

Jesús no respondió. Entonces el juez romano, dirigiéndose al pueblo, dijo, levantando la voz:

—Ningún delito hallo en este hombre.[123]

La opinión de Pilato irritó a los fariseos, que comenzaron de nuevo a lanzar maldiciones.

—Medita lo que dices —exclamó Caifás creyendo que la víctima se le escapaba de las manos—. Jesús ha ejercido en Galilea toda clase de sacrilegios.

—¿Es galileo Jesús? —preguntó Pilato.

—Sí, de Nazaret.

—Pues entonces llevadle a Herodes, tetrarca de Galilea, que se halla en su palacio de Jerusalén con motivo de las fiestas de Pascua; que le juzgue él, decídselo de mi parte. No es decoroso que yo me entrometa en los delitos de sus súbditos.

Después entró en su palacio. Su esposa Claudia le esperaba en la antecámara.

—¿Estás contenta de mí? —le preguntó Poncio.

—Poncio —le dijo su esposa—, creo que has sido muy débil en esta ocasión; debías haber arrebatado a Jesús de las manos de sus verdugos.

Mientras tanto, Jesús era conducido al palacio de Herodes, que se hallaba en la ciudad de Bezeta, a corta distancia del de Pilato.

El que con más encarnizamiento maltrataba a Jesús era Beli-Beth, que gritaba

como un energúmeno a su lado, dándole al mismo tiempo despiadados golpes.

—¡Mago hechicero, si eres Dios, como dices, haz un milagro concediéndome a mí la inmortalidad y a mi madre, que es muda, el uso de la palabra!

Jesús volvió una vez la cabeza cerca del palacio de Herodes y, dirigiéndose a Beli-Beth, dijo:

—El Hijo del hombre se va, pero tú esperarás a que vuelva.

Beli-Beth soltó una carcajada. La comitiva continuó su camino, deteniéndose ante el palacio de Herodes el Grande. Aquel rey verdugo, aquel monarca asesino, receloso, y cruel, había construido su palacio-fortaleza con un lujo, con una magnificencia increíble. El palacio estaba construido de mármoles de colores. Sus muros tenían una elevación de treinta codos, y como si en esta muralla no fuera bastante a la seguridad del asesino de Belén, tres torres, las más altas que por entonces se conocían en el universo, protegían el palacio: la torre Hípica, la torre Morianna y la torre Fasael.

Más que un palacio, era un pueblo. Sus inmensos jardines, sus anchurosos salones, admiraban a los viajeros. Herodes Antipas, el matador del Bautista, se hallaba en este palacio cuando uno de sus servidores fue a decirle que Pilato, el juez romano, le enviaba a Jesús Nazareno para que le juzgara según su recta justicia tuviera por conveniente. Herodes tenía vivos deseos de conocer a Jesús, cuya fama había llegado a sus oídos. Trasladóse a la sala de las audiencias con gran precipitación, mandando que introdujeran al reo y a sus acusadores a su presencia. Cuando Jesús entró a la sala, Herodes se hallaba sentado en su trono. El Galileo, que durante la noche anterior y parte de la mañana no había levantado sus ojos del suelo, sin abandonar ni un solo momento su admirable mansedumbre, tan pronto como se vio delante del asesino de Juan el Bautista fijó en él su mirada llena de reconvención. Herodes mantuvo aquella mirada por un momento y luego dijo:

—No podéis pensaros, respetables sacerdotes, lo que os agradezco el que me presentéis a este hombre: hace tiempo que la fama de sus milagros resuena en mis oídos y deseo vivamente ver por mis propios ojos uno de esos prodigios que traen alborotados a los sencillos habitantes de Zabulón. Acércate, profeta y no temas, y puesto que los prodigios están en tus manos, muéstrame tus habilidades. Confunde mi poca fe. Vamos, haz un milagro.

Jesús dirigió una mirada de compasión al tetrarca y guardó silencio.

—¿Eres mudo por ventura? —volvió a decir Herodes—. ¿Por qué no hablas? ¿Por qué no me confundes? Asómate a esa ventana desde donde se ve la cilíndrica torre de David, y dile que te salude.

Jesús guardó silencio, despreciando las exigencias de Herodes.

Los prodigios de Dios nunca se ejecutan para entretener la curiosidad del hombre; se llevan a cabo por razones más poderosas, más útiles.

—¿Olvidas que soy el tetrarca de Galilea —exclamó Herodes lleno de cólera— y que tu silencio puede costarte caro?

El Nazareno se sonrió dulcemente.

—¡Miserable! —dijo—. Desprecias mis amenazas. ¿Estás loco? Haz un prodigio o, de lo contrario, el rigor de mi cólera caerá sobre tu cabeza.

El Mártir permaneció impasible y mudo con la mirada fija en el rostro del tetrarca. Hubo un momento de pausa. Herodes continuó:

—Hago mal en irritarme contigo. Sin duda, ilustre rey, me crees inferior a tu persona y me desprecias. Es justo, pero debo advertirte que yo, no solamente me hallo dispuesto a perdonarte y a aclamarte por mi Señor, sino que prometo adorarte como a Dios si logras resucitar a tu noble abuelo David. Haz ese milagro, y caigo de rodillas a tus pies.

Jesús nada respondió. Entonces Caifás, el más encarnizado enemigo de Jesús, que le había seguido hasta el palacio de Herodes, avanzó unos pasos y, colocándose junto al reo, exclamó:

—Ilustre tetrarca, este hombre es un embaucador; tú le ofreces una corona por un milagro y no lo hace.

—¡Bah! ¿Para qué necesita Jesús la corona? ¿No la lleva de espinas sobre la frente? ¿Qué falta le hace el cetro? ¿No lo tiene de caña entre sus manos? Sólo le falta la túnica blanca de los reyes de teatro. ¡Hola! Dadle a Jesús Nazareno la túnica y llevadle a Pilato para que coloque sobre sus hombros el manto de púrpura de los emperadores.

Después, bajando del trono, abandonó la sala de la justicia, mandando que se llevaran a aquel hombre.

Capítulo IX

DE HERODES A PILATO

Pilato se creyó ya libre del grave compromiso de sentenciar a Jesús, cuando oyó pronunciar su nombre en la plaza a grandes voces. Asomóse a una ventana y con disgusto y asombro vio que le traían por segunda vez a Jesús. Cayo Appio entró a decirle que un criado de Herodes deseaba hablarle.

—¿Qué quieren de mí esos furiosos? —preguntó Poncio.

—El tetrarca te envía a Jesús —contestó Cayo.

—¿Por qué no le juzga? ¿Por qué no le sentencia?

—Sin duda, no le encuentra delito para ello.

—Que entre ese hombre.

Poco después, el criado de Herodes se hallaba en presencia del gobernador.

—Mi amo me envía —dijo— para decirte que te agradece el que le hayas enviado a Jesús Nazareno y que desde este momento te ruega des al olvido todo lo pasado y le reconozcas por un amigo y un súbdito fiel y leal del augusto Tiberio.

—Di a tu amo que puede contar desde ahora con mi amistad como contó en otro tiempo y que quedo muy honrado si me cuenta en el número de sus amigos. Pero, ¿por qué vuelve a remitirme a Jesús? ¿Por qué no le juzga, siendo galileo?

—Porque mi amo cree que ese hombre, más que un criminal, es un loco.

—¡Pilato! ¡Que salga el gobernador! ¡Que sentencie al Galileo! ¡La cruz para el Nazareno! —gritaba la alborotada muchedumbre desde la plaza desaforadamente.

Poncio se estremeció. Aquellos gritos levantaban un eco doloroso en su conciencia.

Ya lo hemos dicho: Pilato era débil y su debilidad iba a mancillar su nombre para siempre. La historia del juez romano iba a mancharse con un borrón indeleble.

—¡Oh! Esas hienas acabarán por devorar al indefenso cordero que ha caído en sus manos —exclamó Pilato.

Y diciendo esto, se encaminó a la azotea de su palacio o puente del Xisto, desde donde arengaba al pueblo.

—¡Israelitas! —les gritó—, ¿qué queréis de mí?

—¡La muerte, el Gólgota, la cruz para este hombre! —gritó la muchedumbre con rabioso acento.

—Me habéis presentado a ese hombre como pervertidor del pueblo y ved que preguntándole yo delante de vosotros no hallé en él culpa alguna de aquellas que le acusáis; os remití a Herodes y tampoco el tetrarca le cree culpable. Si nada se ha probado que merezca la muerte, ¿por qué le queréis matar? Así, le soltaré después de haberle azotado.

Pilato se sentó junto a una mesa que había mandado conducir a la azotea y

escribió esta sentencia en lengua latina:

«Despojad, atad y azotad con varas a Jesús de Nazaret, por sedicioso y menospreciador de la ley de Moisés, acusado por los sacerdotes y príncipes de la nación.»

—Lictor, ve y entrega las varas.

Esta sentencia fue una infamia. Si Jesús era inocente, como acababa de decir Pilato, ¿por qué le sentenciaba a un castigo tan cruel, tan afrentoso?

Poncio Pilato fue un miserable firmando las anteriores líneas. En vano más tarde se lava las manos para limpiarse del afrentoso borrón que iba a caer encima de su nombre, despreciado por las generaciones venideras.

El lictor cogió el criminal papiro que llevaba escrita la sentencia de Jesús y corrió a buscar a los verdugos y al reo.

Pilato se retiró de la azotea afrentado de sí mismo. Temía encontrar a Claudia, su esposa.

LIBRO DECIMOQUINTO

EL GÓLGOTA

«Padre mío, perdónales; no saben lo que se hacen.» (*San Lucas*, capítulo XXIII.)

CAPÍTULO I

LA COLUMNA DE LAS AFRENTAS

El lictor bajó las gradas del palacio con la afrentosa sentencia en la mano, seguido de seis sayones, cuyo rostro amarillento, miserable catadura y encanijado cuerpo, revelaban su origen egipcio; hombres degradados en la repugnante profesión de atormentadores públicos. Apenas el licor les enseñó a Jesús, se lanzaron sobre Él como perros rabiosos y le condujeron casi a rastras bajo los pórticos donde se hallaba la *columna de los ultrajes.*

Tendría ésta escasamente cinco pies de largo y unos gruesos anillos de hierro donde se ataban los brazos del reo, de modo que la espalda presentara todo su frente para que los golpes no fueran infructuosos. El sentenciado debía recibir cuarenta azotes con varas de avellano formando haces. De estos cuarenta azotes se perdonaba uno para que no se descontara en perjuicio del paciente. ¡Vergonzosa clemencia que horroriza e indigna al mundo ilustrado!

Estos treinta y nueve golpes se daban: trece en la espalda, trece en el hombro derecho y trece en el izquierdo. Los sayones amarraron terriblemente a Jesús en la columna, rasgando su traje por las espaldas hasta enseñar las carnes. En aquel momento doloroso el semblante de Jesús respiraba una mansedumbre infinita; sus ojos contemplaban con dulcísima expresión a los verdugos. El lictor hizo una señal con la mano y los verdugos comenzaron su afrentosa y terrible tarea.

Mientras tanto, la muchedumbre, instada secretamente por sacerdotes, no cesaba de repetir:

—¡La cruz! ¡El Gólgota para Jesús! ¡Crucificadle! ¡Crucificadle!

Pilato, aturdido con aquella gritería infernal, mandó a un heraldo que tocara el clarín de silencio. Tan pronto como las ardientes notas del bélico instrumento resonaron por todos los ámbitos de la plaza, el pueblo calló. Todas las gargantas

enmudecieron. El silencio fue universal. En aquel momento horrible sólo se escuchaba el silbido de las correosas varas al caer sobre las ensangrentadas espaldas de Jesús y los gemidos del Divino Mártir, que murmuraba a la vez en voz baja:

—*Perdónales, Padre mío; no saben lo que se hacen.*

Cuando los dos verdugos de las varas se hallaron fatigados, los reemplazaron otros dos con nudosas correas; luego de fatigados éstos, ocuparon su ignominioso puesto otros dos con cadenas y garfios de hierro, abriendo nuevas heridas sobre las llagas recién abiertas.

Jesús, abandonado al furor de los soldados romanos y los feroces verdugos, sufrió con la resignación del Mártir lo que ningún hombre ha sufrido nunca. Aquellos idólatras se arrodillaban delante de Él para venerarle, en burla, como a rey. Cuando le desataron de la columna, Jesús cayó desfallecido a los pies de los verdugos; pero ni una queja, ni una reconvención se escapó de su boca.

—¡Dios te salve, rey de Judea! —exclamaba uno azotando el rostro de Jesús con las duras y ensangrentadas correas que aún conservaba en la mano.

—¡Glorioso Mesías! —exclamaba otro, escupiendo la divina faz del Nazareno—, haz un milagro, enriquéceme, pues buena falta me hace; yo, en cambio, te ofrezco recorrer el mundo proclamando tu divinidad.

Jesús guardaba el más profundo silencio ante tan atroces insultos. Aquellos bárbaros habían mostrado un lujo de crueldad increíble. La costumbre, las leyes, habían sido violadas y, sin embargo, aún se gozaban de un modo cruel en la indefensa víctima que se hallaba a sus pies. Esta debilidad produjo un grito de gozo entre los verdugos y los espectadores más cercanos. Mientras tanto, en un ángulo de la plaza una mujer se había desmayado. Era la Virgen, era María, la modesta violeta de Nazaret, la Madre llena de amargura.

Juan, Magdalena, María Cleofé y algunas otras piadosas mujeres que la rodeaban, condujeron a la desventurada Madre a casa de la virtuosa Serafia, cercana de aquel sitio de dolor y de amargura.

En otro tiempo más feliz, cuando Jesús era niño, cuando se perdió en Jerusalén, halló también hospitalidad en aquella misma casa durante tres días. La caridad de aquella pobre jerosolimitana debía inmortalizarla. El bien no se siembra nunca infructuosamente.

La Madre dolorosa, con el corazón traspasado, débil la planta y vacilante se dejó conducir por las buenas amigas, que no la abandonaban en medio de tanta amargura.

Capítulo II

ECCE HOMO

Jesús yacía en el suelo, rodeado de sus verdugos que escupían su rostro y maltrataban su cuerpo, cuando de pronto se levantó sobre sus rodillas y luego se puso en pie. Indudablemente, algún espíritu invisible había reanimado sus desfallecidas fuerzas.

Como los gritos de la muchedumbre se redoblaban en vez de amenguar, Pilato mandó que cubrieran las espaldas del reo con un manto de púrpura y le condujeran a su presencia. El juez romano pensaba por este medio irrisorio aplacar el furor del pueblo. Pilato mandó que Jesús, sostenido por dos soldados fuera sacado al balcón de su palacio para que el pueblo le viera con su manto de púrpura, su corona de espinas y la caña en la mano.

—¡Vedle, israelitas! —gritó Pilato desde el balcón—. *Ecce Homo*. ¡Hasta la figura del hombre ha perdido! ¡Despreciadle! Bastante castigado está por sus crímenes. ¿Qué os importa que este hombre viva o muera de la afrenta que acaba de recibir?

—¡Al Gólgota! ¡Al Gólgota! ¡Crucificadle! ¡Crucificadle! —exclamaba el pueblo.

Caifás, cuyo rencoroso corazón temía que Jesús se librara de la muerte, subió hasta la última grada del palacio y, colocándose en un sitio desde donde el juez romano podía oírle, gritó con desaforado acento:

—Pilato, tu deber es respetar nuestra ley y castigar a los enemigos del César. Jesús se ha llamado Hijo de Dios: merece, pues, la muerte por nuestra ley. El segundo delito de Jesús es el crimen de rebelión contra Tiberio, y merece muerte de cruz. Crucifícale tú, que es a quien compete. Roma te lo manda; el deber te lo aconseja.

El nombre del César hizo estremecer a Pilato. Tiberio era cruel, y los delitos de rebelión intentados contra su persona los castigaba de un modo terrible. Poncio comenzó a temer que aquellos furiosos sacerdotes le envolvieran en alguna calumnia de fatales consecuencias para él. Hizo acercar a Jesús y le dijo:

—Defiéndete. Ya oyes lo que de ti dicen.

Jesús guardó silencio. En este instante un criado de Claudia se acercó a Pilato y le dijo:

—Señor, tu esposa me envía a decirte que no olvides tu promesa: que respetes la vida del Nazareno, porque es un hombre justo.

Poncio Pilato llegó a desorientarse. Por una parte, su conciencia y su esposa le decían: Jesús no es culpable; por otra, los sacerdotes acusaban a aquel hombre como un enemigo del César. Hizo el último esfuerzo para salvarle.

Una idea asaltó su mente y se propuso ponerle a prueba, creyéndola una esperanza. Entre los hebreos había la costumbre de dar libertad en los días de Pascua

a un criminal. A pocos pasos del palacio del juez romano se hallaba la cárcel y en una de sus mazmorras, cargado de cadenas, yacía un criminal, un ladrón, un asesino, cuyo solo nombre asustaba a la gente honrada. Este hombre debía morir en la cruz, pasadas las fiestas, y se llamaba Barr-Abbas. Pilato asomóse por segunda vez al balcón e indicó que iba a hablar. El pueblo calló.

—¡Judíos! —les dijo—, he interrogado por tercera vez a Jesús y mi conciencia me dice que es inocente o, al menos, que no merece la muerte. Entre vosotros existe la costumbre de conceder la libertad a un criminal en estos días. ¿Queréis que se suelte a Jesús o a Barr-Abbas?

—¡Haz morir a Jesús! ¡Suéltanos a Barr-Abbas! —exclamaron los sacerdotes.

Pilato volvió a retirarse del balcón. A pesar de la debilidad de su carácter, se resistía a matar a Jesús. Hizo el último esfuerzo: volvió a interrogar nuevamente al reo, pero el reo continuaba encerrado en su sublime silencio.

—¿Por qué no me respondes? —le dijo Pilato—. ¿No sabes que en mi mano está tu muerte o tu vida?

Jesús, que no se había defendido, al oír las palabras del juez romano le dirigió una mirada que le hizo estremecer, y dijo con pausado acento:

—Ninguna potestad tendrías sobre Mí, si no te fuera dada de lo alto.

Las palabras, el acento, la mirada de Jesús, todo en aquel hombre tenía una majestad tan sublime, que Pilato sintió una cosa extraordinaria dentro de su ser.

Jesús en aquel momento le parecía un Dios. Sus manos, firmando la sentencia de su muerte, se manchaban para una eternidad. Su corazón, poco antes indeciso y débil, se revistió de valor y tornó a asomarse al balcón, resuelto a salvar al acusado.

—¡Pueblo!, en vano será —le dijo— que vociferes al pie de mis balcones. Jesús es un justo y no es honroso para un juez firmar la sentencia de muerte del inocente. Pido, pues, su libertad.

Esta resolución irritó de un modo horrible a los sacerdotes y a la plebe. Caifás, que formaba a la cabeza de aquellas fieras, habló de este modo:

—Pilato, piensa que olvidas tus deberes. Jesús se ha proclamado rey de los judíos, usurpando una dignidad que corresponde a Tiberio, tu dueño y el nuestro, por derecho de conquista. Ese hombre que defiendes es enemigo del César. Siendo su defensor, te haces su cómplice. Salvando su vida atentas a la gloria del augusto emperador de Roma. ¡Ay de ti, Pilato, ay de ti si tu conducta en este día llega a los oídos del señor del mundo, del inmortal Tiberio!

Pilato tembló oyendo las palabras del pontífice. Débil y cobarde, se rindió ante las amenazas de aquel sacerdote rencoroso y cometió la infamia de decir con tembloroso acento:

—Pues bien, ya que lo queréis, sea. Ver aquí a vuestro rey, a quien queréis matar. —Y señaló a Jesús.

Entonces el pueblo gritó:

—Nuestro rey es el César Tiberio; a él sólo rendimos acatamiento. Jesús es un

trastornador público, un enemigo de Dios y del emperador.

Pilato temblaba oyendo pronunciar el nombre de Tiberio; sin embargo, repitió por última vez:

—Advertid que la sangre del justo cae como plomo ardiente sobre la conciencia del asesino.

—Nosotros —dijo Caifás— cargamos con la responsabilidad. Caiga su sangre sobre la generación presente y sobre los hijos de nuestros hijos.

Pilato se retiró del balcón y bajó al patio donde estaba el tribunal, llamado por los hebreos *Gabbathas.*[124]

Aquellos bancos y aquellas paredes estaban construidas con piedras preciosas de varios colores, formando caprichosos mosaicos. Un lictor colocó sobre la mesa un trozo grande de papiro y una pluma de caña de Egipto. Pilato pidió una palangana de agua. Poco después dos criados se presentaron: uno de ellos traía la palangana; el otro un jarro de plata y un lienzo. Este último entregó a Pilato una cosa que al público no le fue posible ver. Era el anillo que su esposa Claudia le devolvía con estas palabras: «Poncio, que Dios te perdone el sacrilegio que vas a cometer. Te devuelvo tu sello y tu palabra.»

Pilato cogió el anillo maquinalmente y mandó al criado que le echara agua en las manos. Después que se las hubo lavado se volvió a los fariseos y sacerdotes y les dijo:

—*Tomo al cielo por testigo, que soy inocente de la muerte de este justo* —y señaló a Jesús—. *La cólera celeste caiga sobre sus verdugos.*

—Amén —replicaron con hipócrita acento los sacerdotes.

Después Poncio Pilato sentóse en su silla junto a la mesa; Jesús, de pie a su lado; los soldados, rodeando al Mártir y los feroces sacerdotes y el pueblo enfrente. Serían aproximadamente las diez de la mañana. El juez romano se puso a escribir con mano convulsa. He aquí un trasunto de la impía sentencia que llevó a nuestro Dios a sufrir la muerte afrentosa y cruel de la cruz en la cumbre del Gólgota:

«Nos, Poncio Pilato, gobernador de toda la provincia de la Judea por el sacro imperio romano; estando en nuestro tribunal y sala de audiencia; oídas las acusaciones criminales de los sacerdotes, escribas y fariseos, la conmoción y clamor del pueblo contra Jesús de Nazaret; concordando todos y diciendo cómo ha alborotado y conmovido toda la ciudad y pueblo, enseñando doctrinas nuevas contra la ley de Moisés, haciéndose autor de una nueva ley, pretendiendo alzarse rey, y como tal habiendo tenido atrevimiento de entrar triunfante con ramos y palmas dentro de la ciudad, y por haber menospreciado la justicia y autoridad del emperador Tiberio prohibiendo a los vasallos le pagasen el tributo; pero lo que causa aún mayor escándalo es que, como presuntuoso y blasfemo, se ha gloriado y ha dicho muchas y diferentes veces que era hijo de Dios: siendo hombre de baja condición, hijo de un pobre artesano y de una pobre mujer llamada María; fingiendo ser muy santo y siendo muy engañador, hombre inquieto, conspirador y destructor del bien común;

habiendo cometido muchos otros enormes delitos, más dignos de ser castigados que publicados. Por tanto, habiendo considerado muy bien y examinada la verdad de las sobredichas acusaciones, hallándose gravísimos sus delitos, juzgamos debe ser condenado y sentenciado, como de hecho le sentenciamos, a que sea conducido por las calles acostumbradas de la santa ciudad de Jerusalén, de la manera que está, coronado de espinas, con una cadena y dogal al cuello, llevando él mismo la cruz acompañado de dos ladrones, para mayor afrenta, hasta la montaña del Calvario, donde acostumbran ser ajusticiados los hombres facinerosos y allí sea crucificado en su cruz, en la cual estará colgado hasta después de su muerte, sin que alguno se atreva a quitarlo de ella sin nuestra autoridad y licencia.

»Los dos ladrones estarán igualmente colgados de sus cruces, uno a la derecha y otro a la izquierda, residiendo en medio como rey, para mayor escarnio y afrenta, como ejemplo y escarmiento de todos los malhechores: cuya sentencia mandamos publicar al sonido de la trompeta y en alta voz por el pregonero, para que llegue a noticia de todos y nadie pueda alegar ignorancia alguna.—*Poncio Pilato*.»[125]

El juez romano entregó lo escrito a los sacerdotes, diciendo:

—Tomad, cúmplase como deseáis.

Después entró en su palacio.

Capítulo III

LA CALLE DE LA AMARGURA

Como hemos dicho, cerca de la ciudadela Antonia se hallaba la cárcel. Una mujer acurrucada en el quicio de su tétrica puerta lloraba amargamente, con la cabeza oculta bajo los pliegues de su manto. A su lado, de pie, triste, inmóvil, hallábase un joven que llevaba una cítara colgada de la espalda. Aquella mujer era Enoé, la egipcia; aquel joven, Boanerges, su hijo, que esperaban la hora para ver a su protector, el bandido Dimas. Un lictor, seguido de cuatro soldados, se detuvo delante de la puerta de la cárcel. Enoé levantó la cabeza. Un carcelero salió al encuentro del lictor y éste le presentó un trozo de papiro que decía: «El carcelero entregará al lictor los dos bandidos Dimas y Gestas.»

—¡Ah! ¿Conque por fin los crucifican? —preguntó el carcelero, dando vueltas al manojo de llaves que colgaba de su cintura.

—Cuando el sol se halle en la mitad de su carrera serán enclavados en la cumbre del Gólgota.

—Más digno de esa suerte era Barr-Abbas que Dimas —repuso el carcelero.

—El pueblo lo quiere así.

—¿Muere también con ellos el Nazareno?

—Sí, entre los dos ladrones, según dice la sentencia.

Enoé, que había escuchado absorta el anterior diálogo, viendo que los soldados se disponían a entrar en la cárcel, se puso en pie y adelantándose hacia el lictor, le detuvo, diciéndole:

—¡Pues qué! ¿Van a crucificar a Dimas, el hombre más bueno de Israel?

Y como Enoé había cogido maquinalmente con nerviosa mano el manto del lictor, éste sin dar oídos a sus palabras, dijo a sus soldados:

—Apartad a esta mujer.

Enoé, rechazada por los soldados, cayó en brazos de su hijo. Poco después, Dimas y Gestas salían de la cárcel conducidos por los soldados. Boanerges, al reconocer a su protector, cubrió el rostro de su madre con su pecho para que no le viera. Dimas saludó a Boanerges, enviándole una mirada de despedida. Cuando los reos llegaron a la plaza, la muchedumbre los saludó con un alarido de gozo. En medio de ella esperaban las afrentosas cruces a los reos. Doce verdugos, soldados prófugos de las filas romanas, custodiaban los instrumentos destinados a martirizar a los reos. El pueblo, para no mancharse con su contacto, dejaba un espacio entre él y sus sayones. [126] Jesús, sin embargo, se hallaba entre ellos. Cual perros rabiosos, como carnívoras hienas, se arrojaron sobre el mansísimo Cordero y arrancándole el manto, de púrpura que poco antes habían colocado sobre sus santos hombros, le vistieron con su antiguo traje para que fuera reconocido de todos.

Como la sangre coagulada estaba pegada al manto, renováronse por tercera vez las llagas. Cada gemido de dolor que exhalaban los labios de Cristo era recibido con una carcajada sacrílega, y el pueblo prorrumpía en un aplauso estrepitoso. Treinta soldados, capitaneados por Cayo Appio, esperaban al pie de las gradas de la ciudadela Antonia el momento de la partida. Era la guardia de honor que debía acompañar al Gólgota a Jesús.

Los cuatro brucianos, los miserables desertores que, después de abandonar las filas de los romanos ejercían, en castigo, la degradante profesión de verdugos, hicieron la señal de que el reo estaba vestido y dispuesto. Entonces oyóse una trompeta y luego una voz que dijo:

—Cúmplase la sentencia.

Esta voz era la de Longinos, que debía romper la marcha delante de cuatro soldados de a caballo. Los calabreses, más compasivos, colocaron las cruces sobre los hombros de los bandidos Dimas y Gestas, sosteniéndolas por los extremos para que no fuera su carga tan pesada, pero los brucianos, miserables desalmados, colocaron el pesado leño sobre el hombro derecho de Jesús, diciendo:

—Tú ya que eres hijo de Dios, lleva solo la carga y haz un milagro para que no te sea pesada.

Jesús había derramado casi toda la sangre de su cuerpo. Estaba tan débil, pálido y desfallecido, que apenas podía tenerse en pie. Al recibir sobre su espalda el pesado y afrentoso leño, su cuerpo se dobló como la débil caña empujada por el soplo arrollador del huracán. Los verdugos se rieron de aquella flaqueza. El pueblo viendo al Mártir dispuesto a emprender el camino del suplicio, se removió como un inmenso hormiguero, lanzando alaridos de gozo. La comitiva emprendió el camino del calvario al lúgubre son de las trompetas. Longinos, seguido de cuatro soldados de a caballo, iba delante separando la gente con sus lanzas. Después seguía un heraldo y dos trompetas. El primero debía leer la sentencia en todas las bocacalles del tránsito. Luego los soldados de a pie, pertrechados con todos los arreos de guerra, cascos, escudos, corazas y espadas. Seguían a estos soldados los dos bandidos Dimas y Gestas, con la cruz al hombro y rodeados de los auxiliares de los verdugos, que les sostenían el pesado extremo del leño.

Después caminaba, dejando un espacio, un joven lujosamente vestido a la romana, llevando un águila de oro bordada sobre el pecho. Este joven llevaba en la mano un bastón bastante largo para que dominara con su altura la muchedumbre; al extremo del bastón veíase una tablilla de cedro con esta inscripción en samaritano, griego y latín: *Jesús de Nazaret, Rey de los judíos.*

Detrás de este joven caminaba Jesús, rodeado de verdugos, con una áspera cuerda atada a su divina garganta y repitiendo en voz baja y con dulcísimo acento:

—Perdónalos, Padre mío; no saben lo que se hacen.

Un niño hermoso como las alboradas de mayo, rubio como las espigas en agosto, risueño como el canto de la alondra, caminaba confundido entre los verdugos.

Este niño llevaba sobre sus débiles espaldas una espuerta con los clavos, martillos y tenazas, e iba cantando alegremente con el candor virginal de la inocencia. Jesús dirigía sus compasivos ojos hacia aquel inocente vástago, cargado con los crueles instrumentos de su muerte.

El Nazareno, con la mano derecha procuraba aminorar el enorme peso del afrentoso leño y con la izquierda alzaba su larga túnica para no tropezar con las duras y desiguales piedras de las calles.

Jesús no había comido ni bebido desde la cena del día anterior. Además la sangre de su cuerpo había brotado con abundancia; la sed y la fiebre le devoraban; pero su Padre desde los cielos le prestó fuerzas para soportar tan fatigosa peregrinación.

Los pasos que distan desde el palacio de Pilato al monte Gólgota han sido contados un millón de veces con religiosa escrupulosidad por los peregrinos cristianos, que llenos de fe han acudido a Jerusalén desde todos los países del mundo a orar sobre el monte Calvario por Aquél que sufrió por la raza humana; son mil trescientos veintinueve pasos, o sean tres mil trescientos pies. La plebe, instada por los fariseos y sacerdotes, seguía a Jesús, aullando como lobos hambrientos, escupiendo su rostro y burlándose de su cruel agonía. A los ochenta pasos Jesús tropezó con una piedra; faltáronle las fuerzas y cayó por la primera vez. La muchedumbre exhaló un grito de gozo. La divina frente del Galileo había golpeado el duro pavimento de la calle. Los sayones tiraron de las cuerdas para levantarle; los soldados le dieron durísimos golpes con las astas de las lanzas para rehacer sus desfallecidas fuerzas.

Jesús se levantó, fijando sus hermosos y dulces ojos en el cielo. Sus divinos labios murmuraron una frase que nadie pudo comprender y alrededor de su purísima frente apareció una aureola de resplandeciente luz.

—¡Salud al rey de los judíos! —exclamó uno de los sayones—. ¿No veis que se levanta para mirar al pueblo, para dar las gracias al numeroso acompañamiento que le sigue al Calvario?

—Dinos, falso profeta —exclamó otro hundiéndole la corona de espinas con el extremo de la lanza, porque con la caída se le había movido un poco de la sien—; dinos cuándo caerá el templo, cuándo vendrán tus legiones de ángeles a defenderte. ¡Por Júpiter!, que debe ser una gran batalla la que se dé entonces. Pelear con los hombres es muy vulgar, pero con los ángeles, ¡oh! eso ya varía. Sólo les pido a los dioses del Olimpo que me concedan esa gloria. ¡Ja, ja, ja!

Esta horrible carcajada fue repetida por la muchedumbre. Jesús continuó su doloroso camino, repitiendo en voz baja:

—*Perdónalos, Padre mío; no saben lo que se hacen.*

Mientras tanto, la Virgen María había dicho a Juan:

—Corramos al Calvario; quiero ver a mi Hijo.

Las santas mujeres y el discípulo favorito de Jesús obedecieron a la Madre dolorosa. María se colocó en la *vía Sacra,* en un punto por donde iba a pasar su Hijo.

Allí cayó de rodillas. Magdalena, María Cleofé, María Salomé y Juan la rodearon. En vano era querer consolar aquel corazón destrozado. La gritería, el estruendo, se iban aproximando. Jesús había caminado, sesenta pasos más desde la primera caída, cuando halló a su Madre, que haciendo un esfuerzo sobrenatural se arrojó a los pies de su Hijo.

Algunos soldados pretendieron rechazarla con las lanzas. La Virgen sufrió aquellos duros golpes sin apartar sus llorosos ojos de la triste imagen de su amado Jesús. Entonces pasó una cosa horrible. Un miserable verdugo, uno de esos brucianos elegidos por sus infamias para sacrificadores, tomó un puñado de clavos de la esportilla que llevaba el muchacho y, arrojándolos al rostro de María, le dijo:

—Galilea, toma: ahí tienes el presente de muerte que te hace tu hijo, el profeta de Nazaret.

Jesús quiso correr en socorro de su Madre. Pero, ¡ay!, los pies se le enredaron en la túnica y por segunda vez cayó al suelo, golpeando con su divina frente las duras piedras de la calle.

—¡Hijo del alma mía! —exclamó la Virgen, con uno de esos gritos que sólo pueden salir del corazón de una madre.

Jesús, sereno, aunque pálido y vacilante, dirigió una dolorosa mirada a su Madre, e incorporándose sobre una rodilla, le dijo con dulcísima voz:

—¡Salud, Flor de amargura! ¡Salud, Estrella purísima de la mañana! ¡Salud, Madre mía!

Pero antes que los labios de la Madre depositaran un amoroso beso en la frente dolorida de su Hijo, los feroces verdugos la separaron bruscamente. María cayó desfallecida en brazos de Magdalena. Juan cubría con su manto el cuerpo de aquella mártir.

La enamorada doncella de Mágdalo, dirigió una mirada llena de amor y amargura a Jesús y la comitiva continuó su interrumpida marcha. La muchedumbre rugía en derredor del Mártir, dando gritos de «¡Viva Barr-Abbas! ¡Muera el Galileo!»

Y Jesús, el mansísimo Cordero, el Amigo de los afligidos, el Redentor del hombre, caminaba agobiado bajo el peso del afrentoso leño, repitiendo en voz baja:

—*¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Cuántas veces quise congregar tus hijos, como la gallina congrega sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste!*[127]

Jesús habría caminado la mitad de la dolorosa *vía*, cuando se detuvo por tercera vez, falto de aliento. Sus piernas flaqueaban, su angustiosa respiración hacía levantar de un modo fatigoso la tabla de su pecho. Algunos pobres del arrabal de Ofel y algunas mujeres a quienes la bondad y los milagros de Jesús habían curado sus dolencias, lloraban amargamente, siguiendo los pasos del Mártir. Estas lágrimas promovían la hilaridad entre los sayones. Una carcajada más estentórea, más prolongada, más sarcástica, dominó los risas de los verdugos. Jesús levantó maquinalmente su hermosa y dolorida cabeza. A pocos pasos del sitio en que se hallaba veíase una casa, sobre cuya puerta extendía sus verdes ramas una frondosa

parra.

Bajo este verde techo se hallaba un pozo y encima del brocal un cántaro lleno de fresca y transparente agua. Junto a este pozo, subido de pie sobre un banco de piedra, veíase un hombre de elevada estatura y facciones provocativas y pronunciadas.

Aquel hombre era el que había soltado la terrible carcajada. Llamábase Samuel Beli-Beth.

—¡Hosanna al que viene en nombre del Dios invisible de Israel —exclamó Beli-Beth en tono de mofa— a morir por el hombre!… ¡Ja, ja, ja! El Gólgota va a quedar honrado con tu suplicio. ¡Llorad, hipócritas jerosolimitanas! ¡Llorad por el mago, por el falso profeta, por el embaucador!… ¡Ja, ja, ja!

Y aquel miserable se reía como un condenado.

—Samuel —dijo Jesús—, tengo sed. Por caridad, dame un poco de esa agua que contiene tu cántaro.

—¡Anda, falso profeta! Mi pozo se secaría si tus malditos labios bebieran de su agua.

—Samuel —volvió a decir Jesús—, permíteme por caridad que descanse un solo momento a la sombra de ese emparrado: no puedo con la fatiga; deja que descanse unos instantes en el poyo de tu puerta.

—¡Anda, hechicero maldito! Tu contacto marchitaría los verdes pámpanos de mi parra.

—Samuel —repitió Jesús—, aún puedes salvarte. Ayúdame por caridad a llevar la cruz hasta el Gólgota; su enorme peso me postra y las fuerzas me abandonan.

—¡Ja, ja, ja! —exclamó Samuel—. ¿No eres hijo de Dios? Pues entonces, ¿por qué no llamas a los ángeles? ¡Anda, embaucador! ¡Anda, hechicero! ¡Anda, anda, anda!

Y empujó brutalmente a Jesús, que cayó por tercera vez a la puerta de aquel miserable judío sin caridad, sin corazón, sin clemencia. Jesús se incorporó lentamente. Colocóse el pesado leño sobre el hombro derecho, miró de un modo compasivo a Samuel y dijo:

—Tú lo has dicho; tú lo quieres. Te ofrecí el paraíso de mi Padre y me has dicho *anda;* quise darte el agua, que aplaca la sed eterna, y me has dicho *anda;* te pedí un asiento para darte un trono en la mansión de los cielos y me has dicho *anda.* Pues bien, Samuel Beli-Beth, *yo luego descansaré, pero tú andarás sin cesar hasta que Yo vuelva.* Los siglos venideros te llamarán el *Judío Errante:* tu paso no se detendrá nunca; serás inmortal, pero la inmortalidad será tu mayor castigo. Prepara tus sandalias, prepara tu cayado de viaje. ¡Infeliz! Me has dicho *anda,* pues tú andarás hasta la consumación de los siglos. Anda, anda, Samuel Beli-Beth. Maldito como tu patria, vagarás por el universo hasta el día del juicio final.

Samuel se pasó las manos por los ojos como si viera algo sobrenatural. Una aureola de luz que apareció alrededor de la frente del Nazareno le había cegado. Las piernas le flaquearon y se vio precisado a sentarse en el poyo de la puerta para no

caerse. En este instante una mujer salió de la casa de enfrente con un lienzo en la mano.

Era Serafia. Acercóse al Divino Galileo, cuyo rostro se hallaba bañado de sudor y sangre, y arrodillóse delante de Él, diciendo:

—Señor mío, Jesús, permite que esta humilde pecadora limpie tu divino rostro con este lienzo tejido por sus manos.

Serafia limpió el sudor que inundaba el semblante de Jesús.

—Dios te lo pague, mujer caritativa —le dijo Jesús—. Mira ahora lo que te dejo en el lienzo.

Serafia exhaló un grito de gozo. Algunas mujeres la rodearon. En el lienzo se había quedado impreso por tres partes el rostro del Mártir. Cada una de las cruelísimas espinas de su corona despedía un rayo de luz. Serafia estaba absorta.

Jesús, antes de continuar su camino, volvió a decir:

—Serafia, deja tu nombre y toma el de *Verónica*, pues que entre tus manos dejo mi *verdadera imagen.*

Y luego continuó su marcha cruentísima en dirección del monte de las Calaveras, en donde debía exhalar su postrer aliento por redimir el pecado nefando de la humanidad.

Capítulo IV

LA CRUZ

Al mismo tiempo que el decurión Longinos salía por la puerta Judiciaria precediendo la comitiva de Jesús, un hombre llamado Simón, natural de Cirene, en Libia, e israelita de religión, entraba con sus dos hijos Alejandro y Rufo. Simón venía del campo y se arrimó a la pared para no ser atropellado. Después entró en la ciudad.

Cayo Appio, que durante la dolorosa *vía* no apartaba los ojos de Jesús, viéndole desfallecer por instantes, se dirigió a uno de los soldados y le dijo:

—Observa a Jesús: no puede con el enorme peso del leño. Los miserables fariseos que se gozan en su horrible amargura y el desgraciado va a morir antes de llegar a la cumbre del Gólgota, si una mano caritativa no le ayuda a llevar el peso de la cruz.

Entonces Cayo fijó sus ojos en Simón y volvió a decir:

—Buen hombre, ayuda al condenado.

Simón se resistió, pero Cayo, cogiendo un haz de leña que el Cirineo llevaba a las espaldas y arrojándole lejos de sí, le dijo:

—Obedece al César.

Simón cargó sobre sus hombros el extremo de la cruz, temblando de miedo. El Nazareno le envió una mirada compasiva. Continuó la marcha y cruzaron la puerta Judiciaria, por donde tantos reos habían salido a morir en el Gólgota. Cruzaron el puente del valle de los Cadáveres y dejando a la izquierda el sepulcro de los profetas, Jesús puso su divina planta en la pedregosa y estrecha senda que conduce al monte de las Calaveras. Allí cayó por cuarta vez, casi desmayado.

Simón dejó la cruz y corrió a levantar al Nazareno. Un grupo de mujeres que esperaba al joven Maestro para verle pasar, viendo en tan doloroso estado al que seis días antes entró cubierto de flores y de bendiciones por un camino de rosas y palmas, se echaron a llorar.

Jesús levantó su frente, marchita por el dolor, manchada por la sangre y las dijo:

—Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre Mí; llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos, porque presto vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles y los vientres que no concibieron y los pechos que no criaron.

Una senda estrecha y tortuosa, alfombrada de gruesas y duras piedras, conducía a la cumbre del Gólgota desde el sitio en que las llorosas mujeres se arrodillaron a los pies de Jesús. Este camino tendría apenas setenta pasos. Jesús empleó cerca de un cuarto de hora en subirle. Ya cerca de la cumbre, cayó por quinta vez. Los verdugos, como se hallaba cerca del sitio del suplicio, le descargaron del peso de la cruz.

La comitiva rodeó la cima del Calvario y los sayones se prepararon a ejercer su ignominioso oficio. Cayo Appio despidió a Simón, dándole las gracias; pero Simón pareció no haber oído la orden del romano y permanecía enclavado junto al cuerpo

desfallecido de Jesús.

—Vete, Simón —le dijo el Nazareno—, que pronto nos veremos en el reino de mi Padre.

Simón se separó algunos pasos de Jesús. En sus ojos apareció una lágrima. Más arriba del sitio en que Jesús se despidió del hombre venturoso de Cirene, se hallaba la pequeña y pedregosa explanada del Gólgota, en donde el Cordero de Dios debía ser sacrificado entre dos ladrones. Los brucianos extendieron la cruz en el suelo; los calabreses comenzaron a abrir los agujeros. Los dos ladrones esperaban también el momento de su martirio, pero de bien distinto modo.

Gestas, maldiciendo su suerte. Dimas, con la mirada fija en el Nazareno y esperándolo todo del Mesías. Cuando los cuatro sayones tuvieron los clavos, los martillos y las cuerdas preparadas junto a la cruz, se dirigieron a Cristo, y cogiéndole bruscamente de un brazo, le arrastraron hasta el sitio donde debía ser crucificado.

Jesús cayó desfallecido sobre las duras piedras. En esta dolorosa posición, un bruciano que llevaba una cuerda en la mano dijo a sus compañeros:

—Apartaos: dejad que le tome la medida a este profeta que se deja crucificar como un imbécil, cuando podía convertirnos a todos en piedras.

El bruciano midió a Jesús, descargando sobre su divina boca un terrible puñetazo. Después, a la misma medida, colocó la tablilla donde debían hacer punto de apoyo los pies. Terminadas estas operaciones, que el pueblo contemplaba con criminal interés, los verdugos comenzaron a desnudar a Jesús, rasgando la ropa, que se había pegado a la carne a causa de las mil heridas que cubrían el cuerpo del Mártir. Cuando llegaron a la túnica *inconsútil* que había tejido la Santa Virgen por sus propias manos, y que, según la tradición, fue la única que llevó Jesús por espacio de treinta años, pues crecía con su cuerpo, uno de los verdugos dijo a sus compañeros.

—Creo que esta túnica no debemos rasgarla. Sería conveniente que la sacáramos toda entera, porque la podríamos vender a alguno de los fanáticos que creen que este hombre es el Mesías.

—Dices bien: *despellejémosle,* pues la tiene pegada al cuerpo.

Los verdugos ejecutaron lo que había indicado su compañero. Las heridas de Jesús eran tantas, que el dolor que sufrió durante aquella operación fue cruelísimo. Jesús, entonces, completamente desnudo, ensangrentado, desfallecido, dirigió en derredor suyo los dolientes ojos, buscando una mirada de compasión y sólo encontró las horribles carcajadas de los feroces verdugos y las rechiflas miserables de la plebe. De repente escucha un grito a sus espaldas; vuelve la cabeza y ve una mujer que escala precipitadamente la cumbre del Gólgota, seguida de dos mujeres y de un hombre; la reconoce: es su Madre, es María, es la Virgen dolorosa, que arrancándose el casto velo que cubre su virginal cabeza, corre a cubrir con él el destrozado y desnudo cuerpo de su Hijo, lo sujeta a sus lomos, besa luego la pálida frente del Hijo de sus entrañas, sin que los sayones se opongan, porque el dolor de aquella Madre era inmenso, incomparable, y dice:

—Sobre la afrentosa cumbre donde mueren los malhechores, sobre la tierra donde arrojan *a los perros,* desnudo te hallo a ti, Jesús mío. ¿Qué daño hiciste Tú a los hombres, Lirio del Valle, Flor de pureza, para que el hombre te maltrate de este modo?[128]

Los verdugos, repuestos del asombro que la presencia de la Madre desolada les había causado, colocaron a Jesús sobre el afrentoso madero. Iban a enclavarle. María lanzó un grito sin ejemplo viendo los clavos y el martillo en manos del verdugo. Cristo, tendido sobre la cruz envió una sonrisa de amor a su Madre. Juan y Magdalena arrancaron de aquel sitio a María, conduciéndola a una cueva que se hallaba a pocos pasos de allí.[129] De pronto se oyó un ruido seco, desgarrador, espantoso: era el sangriento clavo que, horadando la carne, clavaba la mano derecha de Jesús en el vergonzoso madero.

Ante aquel sonido enmudecieron todas las gargantas, pero en medio de aquel universal silencio se escuchó un lamento doloroso que penetró en todos los corazones y salía del fondo de la cueva. Aquel grito de dolor brotaba del fondo del alma de la Madre de Jesús.

Cuatro veces cayó con fuerza sobre el duro clavo el terrible martillo y su sonido, seco, aterrador, llegaba hasta el corazón de María, desgarrando su corazón como la punta de un puñal. La sangre saltaba al rostro del verdugo. Jesús se agitó dolorosamente sobre el madero. Entonces uno de los sayones, que observaba con frialdad el espantoso martirio del Galileo, se puso de rodillas sobre el virginal pecho de Jesús.

—Ya está este brazo —dijo un bruciano limpiándose la sangre purísima de Jesús que había salpicado su rostro.

—Pues al otro, y acabemos.

Pero, ¡ay!, cuando los verdugos se apoderaron de la mano izquierda para clavarla, vieron que no llegaba al sitio donde estaban indicados los agujeros.

Entonces… ¡horrible pensamiento! ataron una cuerda a la muñeca de Jesús y apoyando un pie sobre una piedra, tiraron brutalmente hasta el punto de dislocarle los hombros. El pecho de Jesús se levantaba con una agitación espantosa y el verdugo infame hundía con más fuerza en él sus rodillas. La mano izquierda fue clavada por fin. Los clavos tenían nueve pulgadas, eran triangulares y de cabeza redonda. La punta ensangrentada salió por el otro lado de la cruz.

Faltaban los pies y los colocaron sobre el punto de apoyo el uno sobre el otro. Dos clavos esperaban la carne para horadarla. Diez martillazos terminaron el horrible martirio.[130] Jesús quedó enclavado y fue levantado *a la vista de las naciones.*

Entonces resonó un grito de entusiasmo alrededor del Gólgota. Pilato había mandado poner una tablilla en la parte más alta de la cruz con esta inscripción: «*Jesús Nazareno, rey de los judíos*».

Caifás, que lo había presenciado todo, rodeado de sus amigos y fariseos, apenas leyó la inscripción se acercó a Cayo Appio y le dijo con descompuesto tono:

—Manda quitar esa tablilla, donde, según parece, ese condenado es nuestro rey y pon en su lugar: *Jesús de Nazaret, que se dice rey de los judíos.*

Cayo envió una mirada desdeñosa al pontífice y le dijo:

—El juez así lo ha mandado: así estará mientras no revoque su orden.

Caifás reunió a sus amigos y dijo que era preciso correr al palacio de Pilato. Tres sacerdotes partieron a desempeñar la comisión. Pilato se hallaba preocupado en su palacio. Cuando le dijeron que querían hablarle, dio orden para que les dejasen entrar.

—¿Qué queréis? —les dijo—. ¿Venís a pedirme otra nueva barbarie? Acabad, decid pronto qué queréis.

—Queremos que mandes borrar de la tablilla que corona la cruz del falso profeta —dijo uno de ellos— la inscripción que tiene y que pongas en su lugar: *Jesús Nazareno, que se dice rey de los judíos.*

Pilato abarcó con una mirada altiva a aquellos hombres y les dijo:

—*Lo escrito, escrito está.* Salid de mi casa y no esperéis que se mude ni una sola letra.

Mientras tanto, Jesús exclamaba con moribundo acento:

—*Perdónalos, Padre mío; no saben lo que se hacen.*

Algunos hombres de lo más soez de la plebe que se habían reunido con los verdugos, se mofaban despiadadamente del Hijo de David, que gemía por los hombres enclavado en el afrentoso leño.

—*¡Eh! Tú que destruyes el templo de Dios* —le dijo uno— *y en tres días le reedificas, sálvate a ti mismo. Si eres hijo de Dios baja de la cruz.*

Y aquellos miserables se reían y mofaban del doloroso estado de Jesús. Un fariseo, mirándole fijamente, le decía a su vez:

—¡Ved qué profeta, que salva a todos y no puede salvarse a sí mismo!

—*¿No eres rey de Israel?* —gritaba otro—. *Pues baja de la cruz y creeré en ti.*

El bandido Gestas, que se hallaba enclavado en la cruz a la izquierda del Galileo, volvió la cabeza para mirarle y le dijo con despreciativo acento:

—Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros.

—Gestas —exclamó Dimas con doloroso y triste acento—, no blasfemes, no dudes del poder de Dios. Regocíjate de la gloria que te cabe por morir al lado del Mesías verdadero. *Nosotros, a la verdad, aquí estamos sufriendo el castigo afrentoso de la cruz con justicia, pues pagamos la pena que merecen nuestros delitos. Mas Jesús no ha hecho nunca daño a nadie.*

Dimas volvió la cabeza hacia el Nazareno y continuó:

—*Señor, acuérdate de mí cuando fueres a tu reino.*

Entonces el Cristo dirigió una dulce mirada al bandido que siendo niño le había prestado hospedaje y que en la hora de su muerte le pedía con fervorosos labios el perdón de sus culpas y le dijo:

—*En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso.*

Mientras tanto, al pie de la cruz había surgido una disputa. Los miserables

brucianos, los crueles verdugos que habían despojado a Jesús de sus vestiduras, habían sacado unos dados y estaban jugando la túnica *inconsútil* del Nazareno.

Uno de los dados, al salir del vaso, había caído en un hoyo formado por el hueco que dejaba una piedra. El que había tirado quería repetir el juego, porque el dado presentaba algo inclinada la parte que sólo tenía un punto y, por consiguiente, perdía. Este incidente produjo una disputa entre los jugadores. De las palabras se hallaron dispuestos a venir a las manos, y un centurión tuvo que intervenir en la reyerta. El juego comenzó de nuevo. Aquellos miserables, olvidando cuanto les rodeaba, se entregaron nuevamente con doble interés a ese vicio que, como la lepra, se complace en atormentar a los que le poseen.

La cólera de Dios rugía sobre sus cabezas, pero sus oídos estaban sordos a todo, sus ojos sólo tenían la luz para ver los dados, sus corazones sólo latían por la codicia de la ganancia.

Capítulo V

TODO ESTÁ CUMPLIDO

María, la Flor de la pureza, la Virgen inmaculada, no pudo permanecer mucho tiempo en la cueva adonde la habían conducido sus cariñosos amigos. Quiso volver a su Hijo. Los ruegos de Juan, las súplicas de Magdalena, fueron vanas; salió por fin y poco después caía arrodillada a los pies de Jesús y se abrazaba al cruel madero con el alma destrozada de dolor y angustia.

Mientras tanto, el sol se oscurecía, sin que una sola nube cruzara el firmamento. La tierra iba tomando un color pálido, triste, como el doloroso semblante del Mártir de la cruz.

Las aves buscaban precipitadamente un refugio en los frondosos árboles del valle de los Cedros y del huerto de Getsemaní. Las tinieblas de la noche luchaban para usurpar el cetro al padre del día.

Jesús, viendo que su hora se acercaba, dejó caer hacia su Madre una dolorosa mirada. Sus ojos, llenos de dulce y amorosa expresión, tropezaron con las miradas angustiosas de los tres únicos seres que le habían acompañado hasta la cumbre del Gólgota: su Madre, María Magdalena y Juan, su discípulo favorito. La angustiosa mirada de la Virgen parecía pedirle fuerzas para soportar tan bárbara agonía. Jesús se estremeció y dijo con débil acento, dirigiéndose a su Madre:

—*Mujer, ahí tienes a tu hijo.*

Y con un movimiento de cabeza le señaló a Juan. Poco después, volviéndose a su discípulo, continuó:

—*Juan, ahí tienes a tu Madre.*

El dolor de María era tan inmenso que su lengua no pudo articular más que suspiros angustiosos, lamentos de dolor. Jesús alzó los ojos al cielo, como si buscara a su Padre en el pálido y triste horizonte que se extendía sobre su cabeza ensangrentada y exhalando un doloroso grito, dijo estas palabras:

—*¡Elí! ¡Elí! Lamma sabacthanni.*[131]

Y los verdugos, al escuchar estas palabras, exclamaron en tono de mofa:

—Llama a Elías para que venga a librarte, pero dile que no se detenga en el camino, porque puede llegar tarde.

María, abrazada al afrentoso madero, no apartaba sus dolientes ojos del angustiado rostro de su hijo. Cada una de sus palabras abría una cruelísima herida en su corazón. Los verdugos habían tenido la crueldad de permitirle que llegara hasta el sitio del tormento y se gozaban de su dolor.

Jesús agitó la cabeza con un movimiento de agonía y en este momento un relámpago azulado cruzó el éter, y la poderosa voz del trueno llenó con su eco aterrador los dilatados ámbitos del espacio.

Cien mil espectadores levantaron la mirada al cielo después de pasarse las manos por los ojos. No había nubes, pero el sol ostentaba la palidez de los cadáveres y los muros de la ciudad y las crestas de los montes y los senos de los barrancos se tiñeron de un resplandor extraño que enfriaba la sangre en las venas y oprimía el espíritu.

Cesó el trueno, como si la naturaleza suspendiera su enojo y Jesús, abriendo su abrasada boca, exclamó con moribundo acento:

—*Sed tengo.*

Longinos, que se hallaba próximo a Jesús, empapó una esponja con mirra y vinagre, bebida horrible que daban a los condenados para entontecer su cerebro y aminorar los dolores, y la aplicó brutalmente a la divina boca de Jesús.

El Nazareno volvió la cara hacia occidente, exhalando un doloroso gemido. Los elementos contestaron con su voz poderosa a este gemido del Redentor. La tierra se tornó de un color plomizo y en el cielo aparecieron algunas estrellas.[132]

Prolongados y lejanos truenos se sucedían con rapidez y el rayo cruzaba en todas direcciones el firmamento. El temor, el asombro, la admiración, comenzaron a cundir entre los espectadores. Longinos, que se hallaba próximo a la cruz, apenas podía sujetar su caballo, que espantado y receloso, pugnaba por despedir de la silla a su jinete; Jesús tornó a decir con moribundo acento:

—*Todo está consumado.*

Los truenos se redoblaron, la oscuridad se extendía por el espacio, la pavorosa luz del rayo se dilataba por el éter. Por fin sonó en la eterna mansión del Ser Supremo la hora en que el Hombre-Dios debía morir por la raza humana. El Cordero sin mancha iba a morir y, lanzando un gemido, enmudeció la naturaleza. Sus labios se abrieron por la postrera vez y estas palabras, pronunciadas en voz baja, pero que llegaron hasta los oídos de los que se hallaban en Jerusalén, se escaparon de su boca:

—*Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

Jesús inclinó la fatigada cabeza y exhalando un suspiro amoroso lanzó el último aliento.[133] En este momento el fragoroso trueno mugía en mil partes a la vez, el valle de Josafat se iluminó con la azulada luz del rayo, los sepulcros de los profetas se rompieron en pedazos, las tumbas se abrieron, los muertos abandonaron sus fosas, el templo de Sión se inclinó como para saludar el último suspiro del Redentor y el velo del Santo de los Santos se desplomó con espantoso estruendo.[134] La noche reemplazó al día; las estrellas al sol. Los soldados que rodeaban al Mártir retrocedieron, proclamando su divinidad.

Las mujeres y los ancianos alzaron sus manos al cielo, aterrados ante el universal estruendo que les anunciaba con la poderosa voz de la naturaleza que acababan de presenciar un deicidio. Una imponente oscuridad reina por todas partes. Los muertos se agitan en sus tumbas y las pesadas losas que las cubren empiezan a moverse. Los vivos ven a los cadáveres andar por las calles, y los pálidos esqueletos se inclinan para saludar a sus parientes.

En medio de esta desolación general, dos hombres permanecían en la cumbre del

Gólgota con la frente erguida y la mirada provocadora. Los dos fijaron sus altivos ojos en el cuerpo sin aliento de Jesús. Estos hombres, el uno se llamaba Longinos, el otro Samuel Beli-Beth.

La Madre dolorosa ha caído desfallecida a los pies de la cruz; Magdalena, Juan y algunas piadosas mujeres la rodean y le prodigan los únicos consuelos que en tan doloroso trance puede ofrecerle la amistad: las lágrimas.

Samuel y Longinos, después de contemplar un breve espacio a Jesús, dirigieron en torno una mirada burlona a aquellos hombres que hablaban con el rostro hundido en la tierra, a aquellas mujeres que huían espantadas y repitiendo:

—¡Era el Mesías! ¡Era el Cristo! ¿Qué hemos hecho? ¡Ay de los hijos de Israel!

Beli-Beth avanzó unos pasos, y extendiendo la mano en dirección a la cruz, exclamó:

—¡Nazareno! ¡Nazareno! ¡Nazareno! ¿No me respondes? No importa. Escucha mis palabras. Yo me río de la voz de la tempestad y desprecio a esa raza cobarde que huye espantada cuando vibra el rayo sobre sus cabezas: la mía no se inclina jamás. *Si eres hombre te venceré, estoy seguro de ello, y si eres Dios, te advierto que me hallo dispuesto para la lucha. Tú me has dicho que sería inmortal; pues bien, sólo los dioses son inmortales. Yo soy dios, comience la lucha.*

Samuel Beli-Beth abandonó el Gólgota soltando una terrible carcajada. Longinos había admirado en completo silencio a aquel hombre. Quiso seguirle con la vista, pero fue en vano, porque Longinos padecía una enfermedad muy crónica en los ojos y era casi ciego.

En este momento, los verdugos, repuestos algún tanto del asombro que les causaba la fiereza de los elementos, se acercaron a las cruces y, viendo que Dimas y Gestas aún no habían muerto, comenzaron a quebrarles los huesos. Longinos hizo que su caballo se acercara hacia la cruz de Cristo casi hasta tocarla y alzando la lanza exclamó con bronco y poderoso acento:

—Falso profeta, yo también me río del miedo de tus compatricios. Por fin te has muerto sin que yo haya visto un milagro de los que dicen que has hecho; es un desconsuelo y la punta de mi lanza va a demostrarte mi justo enojo.

Longinos asestó un terrible lanzazo en el costado *derecho* de Jesús. La acerada punta abrió una ancha herida en el santísimo pecho del Nazareno. Por aquella herida brotó un caño de sangre y agua, que corrió como un purísimo arroyo por la lanza de Longinos, humedeciendo sus manos. Longinos sintió al tocar aquella sangre algo extraño dentro de su ser. Maquinalmente la lanza se desprendió de sus manos y se frotó los ojos. La sangre de Jesús tocó sus rojos párpados y Longinos vio con asombro que había recobrado la vista. Entonces lanzó un grito y bajando de su caballo, exclamó:

—¡Milagro! ¡Milagro! Jesús, Dios mío, yo en tu infinita providencia creo.[135]

Y cayendo a los pies de Jesús, le adoró.

Capítulo VI

CAYO APPIO

Los trescientos mil espectadores de la tragedia divina, tan pronto como la tierra tembló bajo sus pies y el sol ocultó su brilladora frente, como avergonzado del crimen que acababa de cometerse, se dispersaron como una bandada de palomas sorprendida por el graznido del gavilán.

Atropellándose los unos a los otros entraron en la ciudad y, ocultándose en los más oscuros rincones de sus hogares, repetían con cobarde acento:

—En verdad que Éste era Hijo de Dios y lo hemos muerto.

Los cobardes jerosolimitanos cerraban simétricamente sus puertas y sus ventanas, porque algunos muertos que habían abandonado sus sepulcros discurrían por las calles, graves, silenciosos como las tumbas que habían contenido sus cuerpos.

Mientras tanto, alrededor de la cruz, donde aún permanecía enclavado Jesús, se agrupaban con amor un puñado de seres. De aquel grupo doloroso debía brotar muy en breve la fuente fecundadora del cristianismo. De aquel puñado de israelitas reunido en la cumbre del Calvario iba a nacer el perfume imperecedero y salvador que hace diecinueve siglos fortalece con su esencia el gran espíritu de la humanidad. María, la Madre dolorosa, era el precioso búcaro que reunía allí las flores abatidas del Evangelio. Magdalena, María Salomé, Juan, Pedro y otros discípulos queridos, lloraban amargamente al pie de la cruz, cuando vieron trepar por las desiertas faldas del Gólgota a José de Arimatea y a Nicodemus, seguidos de cuatro criados. Los dos amigos de Cristo habían alcanzado un permiso del juez romano para dar sepultura al cuerpo del Mártir. Los dos santos varones eran responsables ante Pilato del cadáver de Jesús. José de Arimatea llevaba una finísima sábana de hilo, Nicodemus cien libras de mirra y áloe para ungir y embalsamar el cuerpo de Cristo, según la costumbre de los judíos.

Pidieron permiso a la afligida Madre para bajar de la cruz el cadáver de su Hijo. María, llena de agradecimiento, fue a sentarse trece pasos más allá de donde estaba fijada la cruz, con el objeto de recibir el sacratísimo cuerpo de su Hijo en sus brazos.

Colocaron los criados las escaleras. José arrancó la dolorosa corona, que fue pasando de mano en mano hasta las de María. Después hicieron lo mismo con los ensangrentados clavos, que María besó con fervoroso dolor. Por fin recibió aquella Madre afligida el cuerpo purísimo de Jesús, permaneciendo un largo rato con la boca unida a la de su adorado Hijo. La amante Magdalena besaba mientras tanto los heridos pies del Maestro Divino. Los hombres que presenciaron aquella triste escena no pudieron contener las lágrimas. El sol comenzaba a terminar su carrera; sus últimos rayos parecían enviar el adiós de despedida al afligido grupo del Calvario, cuando la fúnebre comitiva, conduciendo el cuerpo del Mártir, se encaminó a un

lugar cercano del sitio del suplicio, donde José tenía un sepulcro abierto en la peña de una gruta, hecho expresamente para él, y que cedía con amorosa caridad al Redentor del mundo.

Este sitio era un pequeño jardín cerca del Gólgota. Antes de depositar el precioso tesoro en la última morada, María imprimió en la frente de su Hijo el amoroso beso de despedida.

Después, el cuerpo fue envuelto con la sábana y atado con las fajas de lienzo, según costumbre de los judíos. José cerró el sepulcro con una enorme piedra y como todo estaba terminado, regresaron a Jerusalén, *donde les llamaba la celebración de la Pascua.*

La noche extendió sus sombras sobre la ciudad santa. La muralla de Nahins encerraba en sus brazos de piedra cerca de un millón de almas. Los hijos de Galilea, los habitantes de la ribera del mar de Tiberíades, pregonaban en voz alta por las calles de la ciudad maldita que los fariseos y los escribas con el horrible crimen que acababan de perpetrar, indudablemente llamarían la cólera de Dios sobre el pueblo de Israel. El descontento cundía por todas partes. Algunos gritos amenazadores se oyeron en el arrabal de Ofel, donde Jesús y sus discípulos tenían tantos afiliados. Los fariseos temieron que los partidarios del Galileo robaran el cuerpo del Crucificado, haciendo después creíble la resurrección que había profetizado. Este temor les hizo reunirse en el Sinedrio. El concilio acordó que era preciso que Pilato les diera un número de soldados para guardar el sepulcro, que ellos temían fuese violado por los amigos de Jesús. Inmediatamente se mandó una comisión compuesta de cinco ancianos.

Pilato, que estaba enterado de los asombrosos acontecimientos acaecidos en la hora de la muerte de Jesús y que la sola presencia de uno de aquellos sacerdotes le recordaba su criminalidad, recibió con ceñudo rostro a los ancianos del concilio.

—¿Qué me queréis? —les dijo—. ¿Hasta cuándo he de estar oyendo vuestras feroces exigencias? ¿No está muerto Jesús? ¿Qué queréis, pues?

—*Queremos* —dijo el más anciano—, *recordarte que el impostor que acaba de morir dijo algunas veces cuando vivía: «Resucitaré al día tercero después de mi muerte». Manda, pues, que su sepulcro esté bien custodiado hasta después del tercer día, no sea cosa que vayan sus discípulos y le roben, y digan después al pueblo: Resucitó de entre los muertos, y suceda un error peor que el primero, ocasionando al Estado turbulencias más lastimosas que las que excitó durante su vida.*

Pilato dirigió una mirada de desprecio a aquellos hombres y, después de una pausa humillante, les dijo:

—Vuestra malicia me inspira desprecio. Si yo pusiera una guardia de mi palacio en el sepulcro de Jesús y, como voy creyendo, resucitara, luego vendríais a quejaros del poco celo de mis soldados y vuestras exigencias me molestan lo que no es decible. Así pues, como no quiero mezclarme más en este asunto, tomad, pues, la gente que creáis necesario de la guardia que os permito para custodia de vuestro

templo y colocadla alrededor del sepulcro, dando vuestras instrucciones para que no resucite el Justo que habéis asesinado.

Pilato, dichas las anteriores palabras, les volvió las espaldas con desprecio y les dejó en la sala. La comisión regresó al Sinedrio, e inmediatamente fueron elegidos doce soldados y un decurión para guardar el cadáver de Jesús.

Ya se disponían a abandonar el *cónclave de piedra*, cuando Cayo Appio se presentó a las puertas de la asamblea.

—¡Miserables! —les dijo—. En vano procuráis oponeros a la voluntad de Dios, cuyo Hijo habéis crucificado en el Gólgota, porque todo lo que Él os ha profetizado se cumplirá. Su maldición, que retumba en el espacio y cuyo eco lleváis en vuestra conciencia, os esparcirá por el orbe como un puñado de arena al soplo poderoso del huracán. Malditos serán los hijos de vuestros hijos, porque vosotros habéis muerto al Profeta verdadero. Los hijos del Evangelio poblarán en breve las dilatadas regiones del mundo; los soldados abandonarán la lanza y empuñarán la cruz; los labradores dejarán los arados y empuñarán la cruz; los dioses paganos caerán hechos pedazos de los templos y este santuario que habéis mancillado, en polvo será convertido, como ha dicho Jesús, antes que termine la presente generación. ¡Malditos, malditos, malditos seréis![136]

Cayo Appio salió del templo sin que nadie se opusiera. Sus palabras habían sobrecogido a los sacerdotes y a los fariseos. En este momento, en el interior del Santo de los Santos, cuyo velo se había desplomado precisamente en la misma hora que Jesús lanzó el último aliento, se oyeron unas voces, que nunca se ha podido saber quién las pronunció, que decían: *Marchemos de este lugar.*[*] Caifás hizo esfuerzos heroicos para reanimar a sus compañeros. Luego partieron algunos sacerdotes, seguidos de los soldados, llegaron al jardín de José de Arimatea y alzaron la piedra del sepulcro: allí estaba el cadáver de Jesús. En presencia de los sacerdotes tornó a colocarse la enorme piedra y por sus mismas manos fueron *selladas las junturas.*

Cuatro soldados con la lanza al brazo se colocaron a la puerta del sepulcro. Los sacerdotes salieron del jardín y ya en el campo, Caifás dijo a los que le rodeaban:

—Ahora estoy tranquilo. Si es Dios, que rompa la losa de su sepulcro y que resucite, lo cual es difícil que suceda.

Capítulo VII

LOS MUERTOS HABLAN

Samuel Beli-Beth, después de apostrofar a Jesús en la agonía, descendió del Gólgota y comenzó a caminar sin saber a dónde y como empujado por la aterradora voz de su conciencia. La oscuridad era completa; el temor de los habitantes de Jerusalén tan grande, que la gente se atropellaba por las calles. Samuel parecía insensible al espanto general: seguía su camino con la frente inclinada sobre el pecho y como si la maldición de Dios pesara sobre su cabeza. Sin repararlo siquiera, cruzó una gran parte de la ciudad de Bezeta, y bordeando las faldas del monte Moria se halló en la puerta de las Aguas. Detúvose fatigado sobre el valle de los Cadáveres, que conduce al sepulcro de Absalón. Allí se limpió el sudor que inundaba su frente y, alzando la cabeza como para mirar el sitio en que se hallaba, retrocedió dos pasos aterrado. Pasóse las manos por los ojos, creyendo que lo que veía era un sueño, pero convencido de la realidad, le flaquearon las piernas y se vio precisado a apoyarse en una piedra para no caer. Los profetas se hallaban sentados sobre sus sepulcros, con los descarnados brazos en dirección al Gólgota. Aquellos esqueletos, envueltos en sus blancos sudarios, que se levantaban de sus tumbas para llorar la muerte de Dios, aterraron a Samuel, que les miraba con espantados ojos.

El trueno, mientras tanto, rugía sobre su cabeza; la tierra temblaba bajo sus pies. Entonces, al resplandor de un relámpago, pudo ver que los esqueletos se pusieron de pie y que de sus ojos sin luz corrían lágrimas de sangre. Cayó de rodillas y extendiendo las manos en dirección a los muertos, murmuró con aterrador acento:

—¡Perdón! ¡Perdón!

Los profetas le contestaron con la voz espantosa de las tumbas:

—*¡Anda!*

Inmediatamente, a todo lo largo del valle de Josafat se escuchó un gemido doloroso, cuyo eco repitió de un modo fúnebre:

—*¡Anda, anda, anda!*

Samuel sintió que la sangre se helaba en sus venas. Entonces apoyó su frente sobre una piedra, pero la piedra se rompió en pedazos, dejando ver el hueco de un sepulcro y otro espectro salió de la tumba. Aquel esqueleto era el de un príncipe que se había rebelado contra su padre. Una profunda y ancha herida traspasaba su cuerpo desde las espaldas hasta el pecho. Sus cabellos, que eran extremadamente largos y abundosos, se hallaban cubiertos de sangre. Samuel se puso en pie, poseído de un pánico horrible. Entonces vio unas letras de fuego esculpidas sobre las piedras del sepulcro, que decían: *Absalón.*

—¡Piedad! —exclamó Samuel juntando las manos.

El esqueleto de Absalón extendió el brazo en dirección al Gólgota y dijo:

—*¡Anda!*

Los muertos del valle de Josafat repitieron por tres veces:

—*¡Anda, anda, anda!*

Samuel, con el cabello erizado, los ojos hundidos, la frente cubierta de sudor, comenzó a caminar, como empujado por una mano misteriosa. La tierra parecía escaparse bajo sus pies. Al poco rato se detuvo como para tomar aliento, pero apenas había detenido su paso, la piedra de un sepulcro que se hallaba a su lado cayó rota en pedazos y el cadáver del profeta Zacarías salió de su tumba repitiendo:

—*¡Anda!*

Y otra vez los muertos repitieron desde sus sepulcros:

—*¡Anda, maldito como yo!, ¡anda!, ¡anda!, ¡anda!*

Samuel continuó su camino, cayendo fatigado, después de media hora de marcha, junto a un árbol nacido en el borde de un barranco.

Allí, solo con su dolor, con la cabeza hundida entre las manos, permaneció un largo rato. El remordimiento devoraba su corazón y quiso nuevamente implorar la clemencia divina, pero apenas sus labios abrasados por la fiebre pronunciaron la palabra *¡perdón!,* escuchó una voz espantosa que repetía sobre su cabeza:

—*¡Anda, maldito como yo, anda, anda!*

Alzó los ojos para mirar quién era el que le perseguía y amenazaba en tan desiertos lugares y vio a la luz de un relámpago el cuerpo de un hombre ahorcado que se mecía sobre el precipicio.

Aquel cadáver era el de Judas. Samuel abandonó aterrado aquel sitio. Con la rapidez que presta el espanto encaminóse a la ciudad, y entró en ella por la puerta Estercolaria; cruzó del mismo modo el arrabal de Ofel, la explanada del templo, pasó sin detenerse parte de la ciudad de Bezeta, y llegó por fin a su casa. Entonces vio con terror que un esqueleto se hallaba sentado en el poyo de su puerta. Fijó sus espantados ojos en aquel espectro de las tumbas, lanzó un grito y dijo con medroso acento:

—¡Sarai, Sarai, esposa mía! ¿Tú también dejas el sepulcro para maldecirme?

—Samuel, Dios me permite que abandone por un instante mi sepulcro y que venga a despedirme de ti y a decirte: *¡Anda, maldito de Dios, anda hasta la consumación de los siglos!*

La visión desapareció. Samuel, desfallecido, entró en su casa y fue a refugiarse junto a la cuna de su hijo, que apenas contaba doce meses. Allí al menos se creía seguro de los muertos.

Fijó sus aterrados ojos en el hermoso niño que dormía en la cuna, pero en este momento el niño se incorporó y, poniéndose de pie, extendió su pequeña mano en dirección al Gólgota, y dijo con esa voz dulce y sonora que deben tener los ángeles:

—*Samuel Beli-Beth, anda, anda, anda.*

Samuel retrocedió espantado hasta tropezar en la cama de su anciana madre, pero la madre, muda, paralítica desde hacía muchos años, se puso en pie como su nieto y

dijo con robusto y claro acento:

—*Anda, anda, maldito de Dios.*

Samuel no pudo resistir tanta emoción y cayó desplomado en el suelo. En este momento oyóse un golpe seco en la puerta de la calle, luego otro y después otro. Estos tres golpes pausados, sin que él pudiera comprender la causa, reanimaron súbitamente el aterrado espíritu del judío.

—¿Quién va?

—El que Dios envía. Abre.

—Entra si quieres —respondió Samuel, que parecía haber recobrado su pasada energía.

La puerta se abrió sin tocarla nadie. Un joven que a lo más tendría dieciséis años de edad, blanco como la leche de la camella, rubio como el oro de Nínive, hermoso como las rosas de Jericó y vestido con una túnica resplandeciente, entró en casa de Samuel. Aquel joven llevaba un cayado de viaje en la mano y de su cuerpo se desprendía una aureola de luz.

—¿Quién eres? —preguntó Beli-Beth.

—Soy Gabriel, el enviado del Señor, el mensajero del Paraíso, que vengo a entregarte el báculo del viajero y a decirte que tu hora ha llegado. *¡Anda!*

—¿Conque era Dios? —exclamó de un modo indescriptible Samuel—. ¿Conque era Dios? Yo le he negado el agua que me pedía. ¡Ah! ¡Maldito, maldito, maldito sea mi nombre!

El arcángel repitió:

—Samuel, la hora ha llegado. *¡Anda!*

—Por caridad, permite que dé un beso en la frente a ese pobre niño que se halla en la cuna.

—*¡Anda!* —repitió Gabriel.

—Deja que dé a mi madre el ósculo de despedida.

—*¡Anda, anda!* —volvió a decirle el enviado de Dios con majestuoso acento.

—Estoy fatigado; deja que respire un cuarto de hora: he corrido mucho desde que Jesús lanzó el último aliento.

—*¡Anda, anda, anda!* —repitió el arcángel; pero de un modo tan enérgico, que Samuel bajó la frente, cogió el báculo que le presentaba, atóse las sandalias de viaje y exhalando un doloroso gemido, salió de su casa para no detenerse nunca, para caminar eternamente.[137]

Capítulo VIII

TRES DÍAS DESPUÉS

Cuatro soldados de la sinagoga apoyados en sus lanzas custodiaban el sepulcro de piedra que encerraba el divino cuerpo del Salvador. Aquellos mercenarios de Roma, prestados por Pilato a los sacerdotes israelitas, se reían grandemente del temor de los fariseos. Formando un grupo, como a doce pasos del sepulcro, se hallaban ocho hombres más. El día no estaba lejos. El rojizo resplandor de dos teas alumbraba la enorme piedra del sepulcro.

—¿Para esto hemos venido nosotros? —decía uno de los soldados dirigiendo la palabra a sus compañeros.

—Sólo los judíos son capaces de colocar centinelas alrededor de un cadáver. ¡Fanáticos! —repuso otro.

—Afortunadamente —dijo el primero— el plazo de esta guardia enojosa se terminará muy en breve.

—Sí, pronto se cumplirán los tres días que tanto temor inspiraron a los doctores.

—En cuanto el sol asome, que no está lejos.

—¿Sabéis —dijo uno que hasta entonces no había desplegado los labios— que sería una cosa sorprendente que se cumplieron los miedos de esos viejos rabinos?

—¡Ya lo creo! ¡Ver volar a un hombre por los aires!

Los soldados prorrumpieron en una carcajada, pero al mismo tiempo se oyó un gemido doloroso en el centro de la tierra. Todos se miraron con asombro.

—¿Habéis oído? —dijo uno de ellos.

—Sí, la tierra ha temblado bajo nuestros pies.

Entonces reinó un breve silencio; pero pronto los soldados, como avergonzados de su miedo, tornaron a reírse.

—Bueno fuera que los hijos de la guerra, los adalides de Tiberio, se echaran a llorar de miedo como cobardes mujeres —exclamó el decurión de la fuerza.

La aurora comenzaba en este momento a extender sus sonrosados tintes por el espacio. A pesar de las carcajadas y la chacota de la soldadesca, desde que habían sentido el extraño estremecimiento de la tierra ya no volvieron a desplegar los labios, notándose en todos los semblantes cierta expresión marcada de disgusto. De pronto se apagaron las teas. La oscuridad envolvió con sus sombras a los guardadores del sepulcro. Antes de que los soldados pudieran explicarse aquel acontecimiento inesperado, tornó a gemir y estremecerse el centro de la tierra. Aquel eco subterráneo, pavoroso, parecía aproximarse hacia la superficie con increíble rapidez y como la marea, crecía redoblando su aterradora voz.

De repente saltó la piedra que cubría el sepulcro, hecha pedazos, y una llama esplendorosa brotó del seno de la tumba. Algunos soldados cayeron aterrados al

suelo; otros apelaron a la fuga, encaminándose a Jerusalén. La profecía acababa de cumplirse. Cristo resucitaba de entre los muertos al tercer día. Abandonaba el sepulcro para tornar a aparecer sobre la tierra de los vivos. La tumba que había contenido su divino cuerpo se halló vacía. Un ángel apareció sentado sobre los bordes del sepulcro. Sus ojos brillaban como los serenos rayos del sol. Su vestido era blanco como las nubes del Ararat y resplandecía como la frente de la luna en una noche serena. Los cuatro centinelas, que habían caído medio muertos, se levantaron, retrocediendo con asombro en presencia del ángel. Éste extendió su celeste brazo en dirección a Jerusalén y dijo con dulcísima voz:

—Id a la Sinagoga y contad lo que habéis visto.

Los soldados obedecieron. El ángel se quedó solo en la gruta. Al mismo tiempo unas mujeres salían de Jerusalén.

—Corramos —decía una de ellas— y derramaremos sobre su purísimo cuerpo estos preciosos aromas. Hoy cumple el tercer día y los soldados de la Sinagoga podrán sin temor dejarnos verle, ya que está muerto. Corramos. Sus discípulos, su Madre amorosa, no faltarán tampoco.

La que así había hablado era la enamorada doncella de Mágdalo. Llegaron al sepulcro. Magdalena entró sola la primera. El día aún estaba indeciso en las puertas de oriente. Acercóse al sepulcro y viendo la piedra levantada de su sitio, no retrocedió, pero hundiendo su hermosa cabeza en la gruta, lanzó un grito, diciendo:

—¡Se han llevado al Señor!

Entonces corrió a participar la triste noticia a sus amigos. Pedro y Juan se encaminaban hacia aquel sitio. Magdalena les salió al encuentro, diciendo:

—Se han llevado a Jesús. ¿Qué haremos ahora?

Los apóstoles, llenos de curiosidad y asombro, nada respondieron, pero penetraron en la gruta. El sepulcro estaba vacío. Magdalena había dicho la verdad. Pedro reconoció detenidamente el sudario, que se hallaba recogido en un extremo del sepulcro, y dijo dirigiéndose a Juan:

—Observa bien que el sepulcro de nuestro Maestro no ha sido robado con precipitación, porque en ese caso no se habrían entretenido en desatar las cintas del lienzo. Cristo, pues, ha resucitado de entre los muertos.

—Corramos a participar tan fausta nueva a nuestros hermanos —dijo Juan.

Magdalena cayó de rodillas junto al sepulcro. Su amor inmenso necesitaba verter un mar de lágrimas sobre aquella piedra abandonada, pero al fijarse sus hermosos ojos en el fondo del sepulcro, vieron a dos jóvenes vestidos de blanco cuyos cuerpos despedían un perfume embriagador. Uno de ellos estaba sentado en el mismo sitio en que tres días antes habían colocado la cabeza de Jesús. El otro, en el lugar donde estaban los heridos pies de Cristo.

—Mujer, ¿por qué lloras tan amargamente? —le preguntó el joven que estaba sentado a la cabecera.

Magdalena, que contemplaba a aquel hermoso mancebo con sobresalto, le

respondió:

—Lloro porque quitaron a mi Señor y no sé dónde le pusieron.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, los jóvenes se convirtieron en dos hermosos rayos de luz y Magdalena sintió un ruido a espaldas suyas que le hizo volver la cabeza y vio a un hombre que le pareció el hortelano del huerto donde se hallaba.

—*Mujer, ¿a quién buscas?* —le dijo el hombre.

Magdalena, sin levantar las rodillas del suelo, juntó las manos con ademán suplicante y dijo:

—Si tú lo has quitado, dime dónde lo has puesto y yo lo llevaré.

Magdalena observó en la mirada de aquel hombre algo sobrenatural que sobresaltaba su espíritu. Hacía esfuerzos para recordar dónde había visto otra vez a aquel hombre.

Jesús, pues éste era el que con el traje de hortelano se hallaba junto a la arrepentida pecadora, compadecido de su dolor, pronunció con la voz que tan dulcemente resonaba en los oídos de le desgraciada durante la predicación del Evangelio:

—*¡María!*

Magdalena no necesitó más para reconocer a Jesús. Lanzó un grito y arrojándose a sus pies exclamó con apasionado acento:

—*¡Raboni!*[138]

Jesús retrocedió unos pasos diciendo:

—*No me toques; aún no he ascendido a mi Padre; mas ve a mis hermanos y diles lo que has visto.*

Jesús desapareció.[139]

Se había aparecido a Magdalena antes que a los apóstoles, pero después que a su Madre, a quien dedicó su primera visita al resucitar.

¡Entrevista venturosa para aquella Madre afligida! ¡Escena dulce, felicidad inmensa, con la cual recompensó el Redentor del mundo la increíble amargura que había sufrido la Flor de Nazaret, la Estrella del Mar!

Magdalena volvió presurosa a Jerusalén; encontró a los dos apóstoles que pocos momentos antes habían detenidamente observado el vacío sepulcro y con el gozo indefinible que rebosaba en su alma les dijo:

—Cristo ha resucitado: *yo le he visto,* como os veo a vosotros; yo he oído la dulce voz que conmovió mi corazón, llenándole de alegría y gozo.

Pedro y Juan creyeron lo que Magdalena les dijo, pero al participarlo a sus hermanos, la duda halló cabida en alguno de ellos. Aquella misma tarde dos discípulos de Cristo caminaban tristes y meditabundos desde Jerusalén a la aldea de Emaús, que dista dos leguas de la ciudad santa. Hablaban con doloroso acento de los tristes acontecimientos acaecidos por aquellos días. La muerte de Jesús, su joven Maestro, era el motivo de su conversación.

—Sí, Lucas —decía uno de ellos—, Jesús Nazareno era un hombre sin igual, un gran Profeta.

—Amigo Cleofás —repuso Lucas—, Cristo fue poderoso con nosotros y amado de todo el pueblo. Los fariseos han cometido un crimen horrible. La maldición de Dios caerá tarde o temprano sobre el pueblo de Israel.

En este momento se les apareció un hombre que ninguno de ellos conocía y les dijo:

—¡La paz sea con vosotros! ¿De qué habláis, hermanos?

Esta voz penetró hasta el fondo del corazón de los dos apóstoles. Entonces le contaron los acontecimientos que el pueblo jerosolimitano había presenciado tres días antes y que unas mujeres habían traído la sorprendente noticia a Jerusalén de que Jesús había resucitado de entre los muertos. El viajero misterioso notó la duda en las palabras de los apóstoles y como ya se hallasen cerca de la aldea, les dijo:

—Veo que la duda se alberga en vuestros corazones. Hacéis mal. Creed todo lo que os digan del Mesías que predicó con vosotros el Evangelio.

Poco después llegaron a Emaús y los apóstoles invitaron al viajero a que comiera con ellos. El viajero accedió. Pero tan pronto como se sentó a la mesa, cogiendo un pan sin levadura, partió de él dos pedazos y dando uno a Lucas y otro a Cleofás, les dijo:

—Tomad mi cuerpo.

En este momento los apóstoles se estremecieron y creyeron reconocer a su Maestro. Pero el forastero había desaparecido. Era, efectivamente, Cristo, el Mártir del Gólgota.

Capítulo IX

LA ASCENSIÓN

Cristo, después de su resurrección, se había aparecido primero a su madre, luego a Magdalena, después a las piadosas mujeres María, mujer de Cleofás; Juana, mujer de Chusas, intendente que fue de Herodes; a Salomé, madre de Juan y Diego, y a otras que le seguían en tiempo de la predicación.

El mismo día de la triunfante resurrección, los apóstoles, exceptuando Tomás, se hallaban reunidos en el cenáculo y Pedro refería con la ardorosa fe de su corazón el asombroso acontecimiento de la resurrección de Cristo. El sol acababa de ocultar los últimos rayos en occidente y dos lámparas de bronce alumbraban la habitación. Todas las puertas estaban cerradas, pues el temor de ser sorprendidos por los soldados de la Sinagoga no era extraño en los apóstoles. Después de exponer Pedro todo lo que había visto en el sepulcro, Cleofás y Lucas contaron a su vez la misteriosa aparición del viajero del camino de Emaús. La duda tenía cabida en el alma de algunos de aquellos futuros mártires; ya comenzaban las réplicas entre ellos, cuando Cristo se apareció en medio del cenáculo sin que ninguna puerta se abriera para darle paso. El asombro de los apóstoles fue grande.

—*La paz sea con vosotros* —les dijo con aquella voz que penetraba hasta lo más hondo de los corazones—. *Yo soy, miradme y no temáis.*

Los asombrados discípulos apenas podían dar crédito a lo que veían. Pedro el primero, repuesto un tanto de su asombro y creyéndose el más pecador por haberle negado tres veces, cayó a los pies de Cristo y juntando las manos en ademán suplicante, exclamó:

—¿Eres Tú, Maestro? ¿Eres Tú el Cristo? ¿Eres Tú el Mesías? ¡Ah, Señor!…

—*Yo soy* —les dijo Dios.

Y luego, extendiendo la mano sobre los apóstoles, les llenó de su divina esencia, diciéndoles:

—*Recibid el Espíritu Santo: aquellos a quienes perdonareis los pecados, perdonados les son, y aquellos a quienes les retuvieseis, retenidos le son.*

Después de esto desapareció del mismo modo que había aparecido, sin saber por dónde. Ocho días después, los apóstoles se hallaban reunidos en el mismo sitio y con la puerta cerrada. Los escribas, los sacerdotes y los fariseos habían comprado a fuerza de oro el silencio de los soldados guardadores del sepulcro, para que el asombroso acontecimiento de la resurrección no se esparciera.

Los apóstoles eran acusados como los ladrones del cuerpo de Cristo. En el Sinedrio se meditaba la manera de prenderlos, y aquel puñado de ovejas se agrupaba durante la noche para tratar de la predicación del Evangelio.

Los apóstoles trataban de persuadir a Tomás que el Maestro había estado entre

ellos, pero Tomás, con la sonrisa del incrédulo en los labios, murmuraba en voz baja:

—Para que Tomás crea, hermanos míos, es preciso que vea y que toque.

La tercera vez que repitió estas palabras, con algún disgusto de los apóstoles, apareció Cristo, sin saber por dónde, entre ellos y como la vez primera, les dijo con dulzura:

—La paz sea con vosotros.

Los discípulos retroceden asombrados, pero el incrédulo apóstol tuvo que apoyarse en una pared para no caer al suelo; tal fue su sorpresa. Jesús, con paso tranquilo, majestuoso ademán y mirada serena, fue acercándose hacia Tomás, que le miraba con espantados ojos. Cuando estuvo muy cerca, añadió:

—Acércate a tu Maestro, mete aquí tu dedo, examina esta llaga, sondea, después, la del costado y no seas ya más tiempo incrédulo sino fiel.

Tomás, que había escuchado las palabras de Jesús y había visto las heridas que su Maestro le enseñaba, cayó confundido a sus pies, exclamando con doloroso acento:

—Perdón por mi duda, Señor y Dios mío: el martirio no podrá, con su doloroso tormento, apagar la luz vivificadora de mi fe.

—Porque me viste, Tomás, has creído —le dijo Jesús—. *Bienaventurados los que no vieron y creyeron.*

Jesús, después de pronunciar las anteriores palabras, tornó a desaparecer del cenáculo. Por espacio de cuarenta días recorrió la Galilea, mostrándose a mucha gente. El lago de Tiberíades presenció después de la resurrección los nuevos milagros de Cristo. Los apóstoles, que temerosos del furor de los sacerdotes se habían acogido en Cafarnaum, creyéndose allí más seguros, tornaron a ver al Maestro Divino un día que pescaban en sus barcas, mandándoles que regresaran a Jerusalén sin temor a los fariseos, pues no había de faltarles el socorro de lo Alto.

Los apóstoles, fieles a lo que les había mandado su Maestro, llegaron a Jerusalén en un día dado y dispusieron una comida en casa de José de Arimatea, en el santo cenáculo.

Once se hallaban sentados a la mesa. Jesús tornó por cuarta vez a aparecerse. Durante la cena les instruyó en lo que debían hacer.

—Id por todo el mundo —les dijo— *y predicad el Evangelio a toda criatura. Enseñad a toda la gente, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Enseñadles que guarden todas las cosas que Yo os he mandado a vosotros guardar, practicar y cumplir para ser eternamente felices, y estad seguros que Yo permaneceré en vuestra compañía hasta la consumación de los siglos.*

Terminada la comida, Jesús se levantó y dijo a sus discípulos:

—Seguidme: ha llegado la hora de que abandone la tierra el que descendió del cielo.

Cristo salió del cenáculo. Su Santa Madre, las piadosas mujeres que nunca la abandonaban y más de ciento veinte discípulos se reunieron a los apóstoles.

Todos seguían a Jesús, que se encaminó con tranquilo paso al pueblo de Bethania.

Al llegar a la cumbre del monte de los Olivos, el Nazareno se detuvo. Todos los que le seguían hicieron lo mismo. Jesús dirigió una mirada amorosa, primero a su Madre, que se hallaba casi a su lado, luego a aquellos fieles que debían pregonar en breve la milagrosa ascensión y, por último, al grandioso panorama que le rodeaba, pues desde la cima del monte distinguía el sombrío mar Muerto, el claro Jordán y las gigantescas palmeras del valle de Jericó.

Después, inclinando la divina frente sobre su pecho, quedóse un momento pensativo. Todos le rodearon sin atreverse a interrumpirle. De pronto el cuerpo de Jesús se tiñó de un resplandor vivísimo. De su divina frente brotaron rayos de luz, como si el sol se hubiera posado sobre ella. Una armonía dulcísima escuchóse en el espacio y una nube nacarada fue descendiendo desde el cielo hasta tocar con su transparente fimbria los cabellos castaños de Jesús. La voz de los ángeles cantaba el himno de gloria: el hosanna de los cielos resonó en los oídos de los apóstoles, que cayeron arrodillados a los pies de su Maestro.

Jesús, entonces, extendió sus brazos sobre aquellas cabezas inflamadas por la semilla fecundadora del Evangelio y bendijo a los futuros mártires del cristianismo. Después fue elevándose suavemente en presencia de los discípulos, que le miraban con un gozo infinito. Por espacio de mucho tiempo vieron a Jesús, rodeado de ángeles, elevarse hacia el cielo. Cuando el cuerpo del Divino Mártir, del Dios-Verdad, hubo desaparecido; cuando Jesús abandonando la tierra, penetró en las puertas del Paraíso, para sentarse a la diestra de Dios Padre, los apóstoles quedaron estáticos, absortos, inmóviles, con los ojos fijos en el cielo, como si el asombroso acontecimiento que acababan de presenciar les hubiera robado la facultad vital de toda criatura. Diríase que su estático arrobamiento les había convertido en estatuas. Dos jóvenes hermosos, vestidos completamente de blanco y que llevaban una palma en la mano derecha y una pequeña cruz en la izquierda, se aparecieron en medio de los apóstoles. Uno de estos mancebos les dijo con la dulcísima voz de los ángeles:

—Varones de Galilea, ¿qué hacéis en este sitio mirando al cielo? Los desgraciados os esperan. Id, pues; recorred el mundo, contad lo que habéis visto, porque vuestro Salvador, mi Dios, descenderá del cielo algún día a cumplir lo ofrecido.

Los ángeles desaparecieron. Entonces los apóstoles, como fortalecidos con las misteriosas palabras, se agruparon para transmitirse la fe de sus corazones. Aquellas flores del Evangelio se dispusieron a perfumar el mundo con el aroma de las palabras del Mártir. Aquellos soldados de Jesucristo, anhelando sembrar la fructífera y bienhechora semilla del cristianismo, extendieron las manos sobre el sitio donde poco antes se habían fijado los pies de su Maestro, y juraron recorrer el universo predicando el Evangelio y morir por la fe de Cristo. Cumplieron su juramento. Ellos, como su Divino Maestro, derramaron hasta la última gota de sangre; ellos, mártires de la fe que en sus corazones había mantenido viva y pura el Nazareno, caminaron impávidos hacia la muerte y tuvieron su Gólgota como Jesús.

Desde el día que se separaron, dándose el último abrazo, hasta aquel en que encontraron su muerte, ni un solo momento les faltó la fe cristiana, que salvando a la humanidad, debía inmortalizar sus nombres. Jesús fue el código divino; sus discípulos los santos emisarios que se encargaron de extenderse por el universo.

La obra quedaba terminada: la redención completa.

Capítulo X

EL SEPULCRO DE ROSAS

Algunos años después, una pequeña y veloz nave cortaba con su delgada proa las transparentes y azules aguas del mar Icario. Dos mujeres hermosas como aquel mar que se extendía ante sus ojos, y un hombre, cuya dulce fisonomía expresaba la bondad de su corazón, se hallaban sentados sobre el banquillo de popa, contemplando las pintorescas costas del Asia menor, sembradas de plátanos y azucenas.

Los tres viajeros vestían el traje judío. Pobres desterrados que buscaban en un suelo extraño la paz de su existencia. La nave llegó a la orilla y los viajeros saltaron sobre la finísima alfombra de arena que separa la ciudad de Éfeso del mar.

—¡Qué hermoso es este suelo! ¡Qué brillante el firmamento que le cubre! ¡Qué claro el mar que le acaricia! —exclamó el hombre, embebecido en la contemplación del paisaje.

—Juan, hijo mío —dijo una de las mujeres— recuerdo el hermoso suelo de Galilea, el transparente lago de Tiberíades, el pintoresco jardín de Zabulón.

—Es verdad —murmuró en voz baja el hombre.

—¡Pobres de los desterrados! —volvió a decir la mujer.

La Santísima Virgen, María Magdalena y Juan, el discípulo favorito de Jesús, pues éstos eran los viajeros, entraron en la ciudad de Éfeso. El odio insaciable de los fariseos a Jesús les había hecho emigrar, dispersando a los apóstoles de la fe por el mundo. La misteriosa Flor del Evangelio, la Madre del Mártir del Gólgota, sin más parientes sobre la tierra que Juan, su hijo adoptivo y Magdalena, su inseparable amiga, vio pasar uno, y otro y otro año en país extranjero, sentada a la sombra de uno de aquellos frondosos árboles que hermosean las cercanías de Éfeso, y con la dolorosa mirada en el mar Icario, como buscando en su lejano horizonte las palmeras de Galilea, el cielo de su patria.

Durante estos momentos de dulce contemplación, mientras María y Magdalena vagaban por ese mundo encantador de los sentidos que tanto embellece la amargura del desterrado, Juan, el modesto pescador de Bethsaida, el amoroso discípulo de Cristo, se ocupaba en escribir un libro cuya maravillosa ciencia, cuya poesía inagotable debía ser imperecedera.[*] Otra desgracia hizo brotar de nuevo las preciosas lágrimas en los ojos de la Virgen. Magdalena, la dulce amiga, la enamorada de Jesús, dejó de existir.[140] La Virgen y Juan acompañaron aquellos restos queridos a la última morada y desde entonces la soledad de su destierro fue más dolorosa, más sombría.

La virginal Azucena de Nazaret comenzó a pensar nuevamente en su patria. Presentía en el fondo de su corazón que su Hijo iba por fin a llamarla a la mansión eterna. Una noche que Juan escribía al lado de su lecho, le dijo con cariñoso acento:

—Juan, hijo mío, presiento que mi vida se halla próxima a extinguirse y antes quisiera visitar el templo de Jerusalén.

Juan, que no tenía más voluntad que la de su Madre adoptiva, lo dispuso todo para el viaje, y pocos días después se embarcaron en el puerto de Mileto en una galera que iba a dirigir su proa hacia Europa, haciendo escala en Sidón. La Santa Virgen, durante el viaje de regreso a su patria, contemplaba con indefinible gozo las pintorescas costas que pasaban ante sus ojos acercándola a la ciudad querida. Por fin la galera llegó a Sidón. Los remeros levantaron fatigados las palas de las aguas y la Santa Madre pisó por fin la tierra deseada. Cuando llegaron los viajeros a Jerusalén, se hospedaron en la ciudad de Sión, en una modesta casa levantada cerca del arruinado palacio de David.

Pronto supieron que Santiago era obispo de Jerusalén y que casi todos los apóstoles habían regresado a la ciudad santa, después de haber sembrado en otros países con provechoso fruto las sublimes palabras del Evangelio. Juan corrió a participar la llegada de la Madre de Jesús a los apóstoles y pronto la modesta Flor de Galilea se vio rodeada de aquellos santos varones, cuyo amor hacia Ella y hacia su Hijo era inagotable. María, fatigada del viaje, recibió a los fieles recostada en un lecho de *pobre apariencia.*

Sus bondadosos ojos se llenaron de lágrimas en presencia de los santos varones que con tan cariñosa solicitud la rodeaban. Pedro, el apóstol anciano, el hombre de la fe, la dijo:

—María, Madre nuestra, Tú ya no te separarás nunca de nuestro lado.

—¡Ah, Pedro! —murmuró la Virgen con desfallecido acento—. Mi hora se acerca y mi Hijo me espera. Esta noche cerraré mis ojos a la vida terrestre.

Aquella respuesta conmovió a los apóstoles. Algunas horas después, cuando la noche extendía por el firmamento las sombras, cuando los débiles resplandores de una lámpara bañaban con su vacilante luz la habitación que ocupaban los apóstoles, María lanzó un amargo suspiro y pronunciando el dulce nombre de su Hijo, fijó su moribunda mirada en el rostro del obispo de Jerusalén, diciendo:

—¿Por qué me miras así, Santiago?

Santiago, ahogando el hondo dolor que devoraba su pecho, respondió:

—¡Ah, Madre nuestra!, porque viendo tu divino rostro, creo ver a mi inmortal Maestro, a mi buen Jesús.[141]

María se sonrió y dijo:

—¡Cuánto deseo verle!

Después, exhalando un dulcísimo gemido, elevóse su alma a la región del Paraíso. La Virgen había dejado de existir, pero la hermosura de su rostro era tanta, las rosas de sus mejillas tan puras, que los apóstoles se quedaron estáticos contemplándola.[142]

Cuando los apóstoles se convencieron de que la Madre de su Maestro había muerto, encendiendo la lámpara funeraria, derramaron sobre su santo cuerpo exquisitos aromas, velando durante la noche el precioso cadáver. Un perfume

embriagador se extendió por la estancia y los cánticos de los santos armonizaban el espacio.

Al día siguiente, el cuerpo embalsamado de la Virgen fue colocado sobre un lecho de flores y cubierto por un fúnebre velo tejido por las doncellas de Sión. Los apóstoles le condujeron en sus hombros al huerto de Getsemaní, donde le estaba destinada su última mansión sobre la tierra. Las piadosas mujeres de Jerusalén habían cubierto de rosas el sepulcro destinado a María. Los hijos del Evangelio depositaron en el fondo del sepulcro el cuerpo de la Madre de su Maestro.

Tres días permanecieron velando aquellos restos queridos, que una losa cubría para siempre.

Un hombre, flaco, pálido, cubierto de polvo, con la barba casi blanca y con todos los síntomas de un ser que ha sufrido mucho, llegó al huerto de Getsemaní el día tercero a la caída de la tarde. Los apóstoles fijaron sus miradas en aquel hombre, que se había detenido fatigado junto al sepulcro de María.

—¿Quién ha muerto, que estáis vosotros aquí? —preguntó el viajero.

Aquella voz hizo latir todos los corazones y los discípulos pronunciaron a un mismo tiempo un nombre:

—¡Tomás!

—Sí, yo soy, hermanos míos —les dijo—, que vengo nuevamente a reunirme con vosotros y daros cuenta de mi peregrinación. ¿Tan desfigurado me encontráis que no me habéis conocido hasta que os he hablado? Pero respondedme: ¿a quién guardáis en ese sepulcro?

—A María de Nazaret, a la Flor mística del Evangelio, a la Madre del Redentor del mundo —dijo Pedro con voz pausada e imponente.

Tomás se acercó hacia el sepulcro y, dirigiéndose a Santiago, que se hallaba junto a la piedra le dijo: deja, hermano mío, que vea por última vez el divino rostro de la Estrella de Mar, de la Flor de amargura.

Entonces los discípulos levantaron la piedra. Todas las miradas se dirigieron hacia el fondo del sepulcro. El cadáver de la Virgen había desaparecido. El hueco de la tumba estaba lleno de flores, cuyo aroma delicioso se esparció, embalsamando el espacio. La Virgen Madre se había elevado al cielo en cuerpo y alma como su Divino Hijo.

EPÍLOGO

NI PIEDRA SOBRE PIEDRA

> 20. «Pues cuando vieseis a Jerusalén cercado de un ejército, entonces, sabed que su desolación está cerca.» (*Jesucristo.*)

Cuarenta años después de que el Hombre-Dios lanzara en la cumbre del Calvario su postrer aliento, Jerusalén era un montón de escombros. La profecía del Lirio de Nazaret se había cumplido. Los descendientes de Abraham y de Jacob, como débiles aristas que esparce con su soplo el poderoso huracán, se habían desparramado por el universo, llorando su vergüenza y su dolor.

Era una mañana del mes de Nisán, de ese mes venturoso en que los hijos de Israel abandonaban sus tribus para celebrar la fiesta del cordero pascual en la muy amada ciudad de Salomón, en la muy querida Jerusalén. Las arpas de Sión ya no resonaban en el Santo de los Santos, ni las alegres doncellas de Galilea levantaban sus tiendas alrededor de las murallas de Naim.

El valle de los Cedros era un solitario páramo sembrado de cadáveres y de ruinas, y los cuervos y las águilas del Líbano, abandonando las quebradas rocas, se cernían sobre la ciudad maldita después de devorar las entrañas de los deicidas.

Un hombre, o más bien, un anciano encorvado bajo el peso de sus años, blanca la barba, blanco el cabello, triste y melancólica la faz como si el grito de su conciencia levantara ecos dolorosos en el fondo de su alma, apoyado en el báculo del viajero, bordeaba la pedregosa falda del monte de los Cadáveres hasta encontrar una vereda angosta que conducía a la cima.

Cuando puso el pie en la vereda se detuvo, buscó con afanosa mirada un punto de la tierra, tal vez un recuerdo, y creyendo encontrarlo, cayó de rodillas, besando con veneración las empolvadas piedras. El misterioso viajero besaba con fervoroso ardor la tierra que cuarenta años antes había santificado con su tercera caída el Mártir galileo. Allí, en aquel mismo sitio, la venturosa mano de Simón Cirineo había ayudado a Cristo a llevar el abrumador madero.

—Sí, sí, aquí fue —murmuró el viajero con apagado acento—, aquí fue donde dijo: «*Mujeres de Jerusalén, no lloréis sobre Mí, llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos.*» Y las mujeres han llorado y la profecía se ha cumplido, y las madres, después de devorar a sus hijos, enloquecidas por el hambre, han envidiado a las estériles, y el templo, reducido a polvo, ya no abre sus puertas como en otro tiempo ante el paso del sacerdote hebreo, porque Él maldijo a la ciudad y la ciudad maldita es un montón de escombros cuya grandeza esparce el viento del desierto. ¡Oh, Señor Dios de bondad y misericordia, Rey de reyes, eterna fuente de clemencia!, vuelve tus

ojos hacia mí, duélete de mi agonía y haz que la muerte introduzca su soplo exterminador en mis venas.

El viajero exhaló un doloroso gemido; se puso en pie y tomando la tortuosa senda, llegó a la cumbre del monte de los Cadáveres. Allí tornó a arrodillarse y sus labios besaron el agujero donde en otro tiempo estuvo clavada la cruz de Cristo. Con el rostro pegado a las duras piedras y el cuerpo inclinado oraba en silencio el misterioso anciano, insensible a todo menos a su dolor. Su abatimiento le impidió ver a otro hombre que venía por el camino de Emaús en dirección al Gólgota. Aquel hombre tendría unos sesenta años; llevaba el traje de los peregrinos cristianos y colgaba de su espalda una pequeña cítara. Blancos y brillantes mechones de cabellos caían sobre sus hombros y espaldas, y luenga barba, blanquísima como la nieve, descansaba sobre su pecho.

El peregrino, sin extrañarle que otro hombre estuviera orando en la cumbre santificada con la sangre del Mártir, se arrodilló y oró también. Después de la muda oración, aquellas dos cabezas venerables alzaron sus marchitas frentes al cielo. En los ojos del peregrino de la cítara, se reflejaba la esperanza; en la mirada del anciano del báculo, el dolor.

Al terminar esta escena muda, se sentaron ambos sobre las piedras. El anciano de la cítara dirigió una mirada al anciano del báculo y le dijo:

—¡La paz sea contigo!

—Contigo venga, hermano —respondió el viejo.

—¿Eres judío?

—Nací en Jerusalén.

—¿Eres cristiano?

—Predicando la fe de Cristo recorro el mundo, porque sólo así espero el perdón de mis culpas. ¿Eres tú cristiano?

—Sí, y como tú, recorro hace treinta años las tribus cantando al son de mi cítara las bellezas del Evangelio.

—Jerusalén no existe —exclamó el anciano del báculo extendiendo el brazo con dolorosa actitud hacia las ruinas.

—Ni piedra sobre piedra queda de la ciudad santa. Jesús lo había profetizado.

—¿Te encontraste tú dentro de sus muros durante el sitio?

—Sí.

—El dolor de sus hijos sería inmenso.

—Grande fue, hermano mío —repuso el anciano de la cítara—. La celebración de la Pascua había reunido dentro de los muros de la ciudad sacerdotal más de un millón treinta mil almas; los hijos de Jacob disponían el pan sin levadura y las yerbas amargas; los inocentes corderos balaban en los patios del templo; la alegría, el contento, llenaban todos los corazones; yo recorría, pobre viajero, las bulliciosas calles de la ciudad cantando las glorias del Salvador y la gente me rechazaba diciendo: «Largo de aquí, cristiano; tu voz nos molesta.» Sin embargo, yo cantaba sin

hacer caso de sus desprecios. Llegó la noche y fui a refugiarme al abrigo de un sicómoro en el valle de los Cedros, pero no pude dormir, porque un ruido extraño como el de la tempestad que se aproxima en medio de un bosque, llegaba a mis oídos. Al día siguiente, cuando Jerusalén despertó, un grito de terror, de asombro, de espanto, brotó de todas las gargantas. Un numeroso ejército había cercado las murallas de Naim, y las máquinas de guerra de los romanos comenzaban a romper en pedazos los fuertes muros. Los israelitas se aprestaron a la defensa, defendiendo palmo a palmo sus hogares, pero al mismo tiempo, divididos dentro de la ciudad en tres bandos, cuando el enemigo suspendía los ataques peleaban entre ellos, olvidando el peligro que les amenazaba y la necesidad que tenían de conservar la sangre que derramaban.

El anciano de la cítara se detuvo. El viajero, que le escuchaba con religioso silencio, articuló en voz baja:

—Pobre pueblo de Israel, maldito, maldito estás como yo.

El narrador continuó:

—Vespasiano era el general de los soldados del Tíber. Su valor se estrellaba inútilmente contra los fuertes muros levantados por David y el tiempo transcurría sin que la triunfadora águila de los hijos de la loba ondease sobre el monte santo de Sión. Por entonces Roma tuvo necesidad de un emperador y llamó a Vespasiano, cuya espada tanta gloria había conquistado. Tito, su hijo, continuó el cerco de la ciudad. Diariamente sacrificaba a los prisioneros judíos en presencia de los sitiados: algunos eran devueltos a la ciudad con las manos cortadas. El hambre, la peste, extendieron sobre Jerusalén su mortífero aliento, llegando hasta el punto de que las madres se comieron a sus hijos. El templo cayó convertido en polvo y cuando la ciudad no fue más que un montón de escombros, cuando un millón de cadáveres insepultos alfombraban el suelo maldito, cuando los cuervos se cernían sobre la ciudad impía, Tito entró triunfante en Jerusalén, y el pueblo judío, pobre, flaco, humillado, se dispersó por el mundo, sin patria, sin hogar, sin religión, sin ley.

El anciano de la cítara guardó silencio y dos lágrimas se desprendieron de sus párpados.

—Yo estaba entonces en Roma —dijo a su vez el otro anciano—. La entrada triunfante de Tito fue espléndida. Trescientos esclavos judíos, lujosamente vestidos, tiraban de su carro; mil doncellas de Israel cantaban himnos de gloria en torno de su vencedor. Roma, loca de contento, sembró de flores el camino de su héroe. Las fieras del hipódromo se hartaron de carne hebrea para entretener el ocio del populacho. Las arenas del circo se enrojecieron con la sangre de los hijos de los deicidas, como ocho años antes se habían teñido con la de los mártires del Evangelio.

—¿Viste tú morir a los confesores? —preguntó el anciano de la cítara.

—Sí, he tenido la desgracia de presenciar el atroz martirio de los hijos del Evangelio. Nerón, monstruo inconcebible que construía palacios a su mono favorito e hizo abrir las entrañas de su madre por ver el lugar que había ocupado antes de nacer,

pegó fuego una noche a la ciudad de Roma. Yo vi la tea incendiaria en su mano; yo observé en sus delgados labios la sonrisa de infernal placer. La ciudad ardió y este crimen fue achacado a los cristianos, que no habían cometido otro delito que moderar sus costumbres y no asistir a los feroces espectáculos del circo. La matanza fue horrible. Los dolorosos gemidos de las víctimas enloquecían de placer al feroz asesino, que recorrió, disfrazado de conductor de carros, el lugar del martirio, atropellando a las gentes. En sus mismos jardines fueron quemados doscientos cristianos, untados de pez y puestos alrededor de una mesa para que alumbraran en lugar de hachas el banquete que celebró el monstruo Nerón. Pedro también fue crucificado como su Maestro, sino que por humildad pidió a sus verdugos que le pusieran cabeza abajo y los pies arriba: murió con el valor incomprensible de los mártires.

El anciano se detuvo como para tomar aliento y entonces el peregrino habló a su vez:

—Los primeros apóstoles de la nueva ley del Nazareno, todos han sellado la fe con el martirio. Yo vi también a Santiago el Mayor, cuando regresó de su expedición a España, donde con tanto provecho había predicado el Evangelio. El miserable Herodes Agrippa, a petición de los hipócritas sacerdotes de la sinagoga, le mandó cortar la cabeza como al Bautista.

—Mateo, después de convertir en la Etiopía —repuso el anciano— un sinnúmero de vírgenes a la religión cristiana, los celos de un rey bárbaro decretaron su muerte y expiró con el glorioso nombre de su Maestro en los labios, recibiendo una estocada por la espalda. Yo escuché sus últimas palabras, yo presencié su triste martirio. Más tarde, recorriendo la Arabia, Tomás quiso derribar los falsos ídolos, y murió también a manos de los sacerdotes.

—¡Ah! No eres tú solo el que ha tenido la desventura de presenciar el desgraciado fin de esas flores del Evangelio —dijo el peregrino—. Yo vi también a los feroces escribas arrojar desde lo alto del templo a Santiago el Menor, primer obispo de Jerusalén. La altura era inmensa: cerré los ojos aterrado, por no verlo, y al abrirlos vi con asombro que Santiago levantaba los brazos al cielo dando gracias a Dios. Estaba vivo, casi sano, pero en este momento un miserable judío le aplastó la cabeza con un martillo de fragua.

—¡Ay! —exclamó el anciano—. Tú sólo has presenciado el fin de dos de esos mártires. Yo he visto morir a nueve. En Albania, ciudad de Armenia, vi desollar a Bartolomé; horroroso espectáculo que heló la sangre en mis venas y que hacía reír a sus feroces verdugos. Después me hallaba en una ciudad de Grecia que alza sus muros a las orillas del mar Jónico: la gente corría y corría con afán; yo empujado también por la muchedumbre, llegué a una ancha plaza, en medio de la cual vi a un hombre atado de pies y manos a una cruz de forma extraña. La gente decía: «Andrés el cristiano es un genio. Mirad, mirad qué cruz ha inventado para que le sirva de suplicio.» Y los verdugos quemaban con bárbara complacencia el cuerpo del apóstol.

¡Oh! Dos días con sus noches duró aquel bárbaro tormento, hasta que al fin la muerte puso término a tanto dolor. Yo salí entonces de la ciudad, empujado siempre por la voz aterradora que hace cincuenta años resuena en el fondo de mi alma. Anduve mucho, día y noche sin cesar, y llegué a la región de Frigia en el Asia menor, pero apenas penetré en una ciudad, vi a un hombre cubierto de sangre, que con la dolorosa mirada en el cielo y las manos cruzadas sobre el pecho parecía profundamente embebecido en una oración y otros despiadados que arrojaban enormes piedras sobre él: era Felipe, el apóstol de Jesús. Horrorizado, abandoné aquella tierra, y después de andar mucho llegué a Persia, y en la ciudad de Sausier, Simón y Tadeo, que nunca se habían separado, morían también apedreados, con las palabras del Evangelio en los labios. De Persia me encaminé a Roma. Allí el feroz y cobarde Domiciano supo que un hombre llamado Juan, judío de origen, predicaba el Evangelio y le mandó echar en una caldera de aceite hirviendo. Aquel hombre se sonreía con la dulzura de los adolescentes; aquel hombre salió ileso de aquella horrible prueba, y el verdugo, avergonzado, pero no convertido, de aquel milagro, desterró al apóstol a la isla de Pathmos.[143] Este mártir se llamaba Juan en otro tiempo. Jesús se lo recomendó a su Madre al morir, y su vida fue dilatadísima.

El peregrino, que había escuchado con asombro la crónica del anciano, le miraba lleno de curiosidad. Aquel hombre tenía algo de sobrenatural. A un tiempo inspiraba respeto y lástima. De repente el anciano, que se hallaba sentado y con la cabeza hundida en el pecho, se irguió como si una víbora lo hubiera mordido en el corazón. Púsose en pie y empuñando el cayado, alzó los ojos al cielo con dolorosa expresión.

Sus labios se agitaron como el que pronuncia una súplica en voz baja. Poco a poco su melancólico semblante fue reanimándose y por fin, exhalando un suspiro, dijo fijando su mirada en el peregrino:

—Hermano, la misteriosa voz del ángel me ordena continuar mi interrumpido camino. Vamos a separarnos para siempre, pero antes dime tu nombre para que este momento de tregua que Dios me ha concedido en la cumbre del Calvario, no se borre nunca de mi mente.

El peregrino, preocupado con la palabra del anciano, le dijo con voz insegura:

—En otro tiempo, cuando yo era joven, cuando apenas la barba apuntaba a mi rostro, me llamabas Boanerges, o el Cisne de Galilea; pero cuando perdí la esperanza de mi corazón cuando mi querida madre lanzó, pocos días después de la muerte de Jesús, su último aliento en mis brazos, me hice cristiano. Pedro arrojó sobre mi cabeza las aguas del bautismo y comencé a recorrer las tribus predicando la fe de Cristo al son de mi cítara. Hoy me llaman el Cantor del Evangelio.

—Que Dios no aparte de ti tu su santa misericordia —dijo el anciano disponiéndose a abandonar el Gólgota.

—Espera —repuso el peregrino—; antes de separarnos dime a tu vez quién eres y por qué tu planta intranquila no se detiene nunca.

—Yo soy Samuel Beli-Beth, el que es maldito de Dios, el hombre inmortal

destinado a vagar eternamente, oyendo sin cesar como ahora en mis oídos la aterradora voz del ángel que siempre me repite: «¡Anda, anda, anda!», hasta la consumación de los siglos. Los siglos venideros me conocerán con el nombre del Judío Errante.

El peregrino quedó aterrado, porque aquellas palabras fueron pronunciadas con una voz espantosa.

El anciano emprendió su interminable marcha y descendiendo de la cumbre del Calvario sin entrar en la ciudad, cruzó a lo largo de la muralla, dejando a su izquierda el monte Acra, el sepulcro de Jesús, la torre Hípicos y el palacio de David.

Cuando se halló en el camino de Belén, encaminó sus pasos hacia los desiertos arenales de Idumea.

El peregrino, repuesto un tanto del asombro que aquel hombre maldito le había causado, descolgó la cítara de sus espaldas, y alzando los ojos al cielo como si de él esperara la inspiración, entonó un himno de alabanzas al MÁRTIR DEL GÓLGOTA.

NOTAS

[1] Moneda romana de cobre de poco valor. <<

[2] El talento hebreo equivale a unas ocho mil pesetas, moneda española. <<

[3] Ídolo o dios de las moscas, adorado por los filisteos. Llámase así porque se infestaba de moscas a causa de estar siempre rociado de sangre. (Lamy, *Aparato bíblico*, libro III, capítulo I.) <<

[4] Ídolo de la fortuna. <<

[5] Ángel exterminador. <<

[6] Fuego del cielo. <<

[7] Está comenzando la noche. <<

[8] La media noche o cuando cantan los gallos. <<

[9] Herodes el Grande. <<

[10] Isaac significa risa. Así se llamó el niño que parió Sara, pues teniendo ochenta años de edad cuando el ángel del Señor le anunció que sería madre, se echó a reír, creyendo que se burlaba de ella. <<

[11] El onocrótalo es el cuervo nocturno de los hebreos y los griegos. Tiene en las fauces otro estómago que llena después de harto para rumiar la carne en los momentos de hambre; su graznido es triste y horrible; a veces introduce el cuello en el agua, y con la respiración sola imita el rebuzno de los *onagros* o asnos silvestres. <<

[12] Sichem, o según los hebreos, Dichar, ciudad populosa de Samaria situada entre los montes Ebal y Garizin. Cerca de esta ciudad se halla Bethel, donde Jacob vio a Dios en sueños en lo alto de la escala. <<

[13] Palabra griega que significa «cinco volúmenes», y eran *El génesis, El éxodo, El levítico, Los números* y *El deuteronomio,* en los cuales se encierra todo lo que acaeció al pueblo de Israel desde la creación del mundo hasta la muerte de Moisés, su autor. Este es el solo libro que respetan los samaritanos, teniéndolo como divino y como único; los otros los desprecian como cosa inútil, porque se escribieron después de su separación de los judíos. Se conservaron en antiguos caracteres hebreos, que eran los que usaban antes del cautiverio de Babilonia. <<

[14] Adán es lo mismo que Rojo. Así se llamó el primer hombre, porque fue hecho de una tierra roja. (Lamy, *Aparato bíblico*, libro III, capítulo VIII.) Edón significa también Rojo entre los hebreos. <<

[15] La *mina* hebrea se aprecia, aproximadamente, en ciento cincuenta pesetas. <<

[16] Según la opinión de algunos orientalistas, la virgen María nació el 8 de septiembre (Tisri), primer mes civil de los judíos, el año 734 de Roma y veintiuno antes de la era vulgar. La hora de su nacimiento fue el amanecer, y el día sábado. <<

[17] En todos los libros de la Sagrada Escritura no se encuentran más que tres nodrizas: la de Rebeca, la de Mifiboseth y la de Joas; y debe advertirse que Rebeca, la esposa de Isaac, era extranjera, y los otros príncipes. <<

[18] «La numerosa caravana podría abrigarse alrededor de su tronco colosal y acampar junta bajo su sombra con sus bagajes y camellos». (Lamartine, *Viaje a Palestina*.) <<

[19] Espacio de diez codos entre el patio de los gentiles y las mujeres. <<

[20] Pequeño pedazo de pergamino sobre el que escribían con tinta hecha exprofeso cuatro sentencias de la Escritura, y los judíos los llevaban colgados en el brazo derecho o en medio de la frente. Estaba muy en boga en tiempo de Jesucristo, y era una señal de distinción. (Besnage, *Historia de los judíos,* libro VII, capítulo VII.) <<

[21] Manto cuadrado que llevaban los judíos para hacer oración y con el cual se cubrían la cabeza. <<

[22] Sacrificador ordinario. <<

[23] A los cuatro extremos del altar de los holocaustos había cuatro pilares pequeños, los cuales eran huecos, y allí se vertía la sangre de las víctimas. Éstos eran «los cuernos» de los altares de que tanto se habla en la Escritura. (*Historia de los judíos*). <<

[24] Besnage asegura que para el simple sacrificio de un cordero se empleaban dieciocho sacrificadores. <<

[25] Los judíos no se servían ni del soplo de la boca ni de fuelles de ninguna clase para encender el fuego de los altares: excitaban la llama derramando aceite sobre los carbones encendidos. (*Historia de los judíos.*) <<

[26] Territorio de Neplusa (Turquía asiática), único bosque de donde se sacaba la leña para los sacrificios. (*Correspondencia de Oriente*, tomo IV.) <<

[27] Gran sacerdote judío y descendiente de Sansón, que murió al saber que los filisteos se apoderaron del Arca Santa, año 1112 antes de Jesucristo. <<

[28] Mientras el pontífice daba su bendición, el pueblo estaba obligado a ponerse las manos sobre los ojos y encubrir el semblante, porque no era permitido ver la mano del sacerdote. Los judíos imaginaban que Dios estaba detrás del sacerdote, y les miraba a través de sus manos tendidas, y no se atrevían a levantar los ojos hacia él, porque «nadie puede ver a Dios y vivir». (Besnage, *Historia de los judíos*, libro VII.) <<

[29] Esta oración es la más antigua de todas las que conservan los judíos. Algunos escritores respetables aseguran que estaba en uso antes de Jesucristo, y que los sacerdotes la adoptaron con preferencia en la sinagoga. <<

[30] Los tejedores franceses de la Edad Media, en conmemoración de María, llevaban en las festividades un estandarte con una Virgen cargada de magníficos bordados, y un letrero que decía: «Nuestra Señora la Rica». <<

[31] Las aceitunas en Palestina son de un color verde-azul abrillantado. <<

[32] Salomonea, que con su esposo Eleazar y sus siete hijos murió por no renegar del judaísmo. <<

[33] El sepulcro se llamaba entre los judíos «la casa de los vivos», para demostrar que el alma inmortal vive aún después de la separación de la materia. (Besnage, libro VII, capítulo XXIV.) <<

[34] Saco de luto tejido de pelo de camello. <<

[34A] Este ayuno era la abstinencia completa de todo alimento por espacio de veinticuatro horas. <<

[34B] Algunos escritores atribuyen a San José ochenta años de edad en la época de su casamiento; pero entre los hebreos la unión de un viejo con una joven estaba prohibida en los términos más humillantes y vergonzosos, y es de creer que los tutores de la Virgen no habían de faltar a una ley que tanto respetaban, por lo que en virtud de varios pareceres y teniendo en cuenta la ley, hemos fijado en cuarenta años de edad. <<

[35] El *zuce* tendría el valor de setenta y cinco céntimos, moneda española. <<

[36] Este segundo dote era mayor o menor, según la fortuna de los desposados. <<

[37] Los judíos elegían el miércoles imprescindiblemente para el día de su casamiento, creyéndolo de buen augurio. Se hizo entre ellos una de esas costumbres supersticiosas de los pueblos, que el tiempo convierte casi en una ley. <<

[38] Enormes vasos de barro, de una altura desmedida, que llevaban sobre la cabeza. <<

[39] Hoy se conoce esta fuente con el nombre de «Fuente de María». <<

[40] Viernes 25 de marzo, según el padre Drexelius. <<

[41] Los pueblos orientales se vuelven hacia cierto punto del cielo cuando oran lo que ellos llaman el «kebla»; los judíos hacia el templo de Jerusalén; los mahometanos hacia la Meca; los sabeos hacia el Mediodía y los magos hacia el Oriente. (*Orsini.*) <<

[42] Según lo establecido por David, los sacerdotes judíos estaban divididos en veinticuatro turnos, cada uno de los cuales servía en el templo una semana. Cada turno estaba subdividido en siete partes. Zacarías era del turno de Abea (Prid, *Historia de los judíos*.) <<

[43] En este valle poseía dos casas Zacarías; apenas distaba una de otra un tiro de arco. La entrevista se efectuó en la primera que está más al Occidente de Jerusalén, y el nacimiento del Bautista en la segunda. <<

[44] Esta salutación la empleó Cristo muchas veces durante sus viajes, y hoy en día es muy común en los pueblos de Oriente. <<

[45] Animal de que se habla en el libro de Job. Unos creen que es el hipopótamo, otros el rinoceronte; pero según el *Talmud* de los judíos, es el toro primitivo, el cual consume cada día la hierba de diez montañas, que vuelven a cubrirse de nueva vegetación durante la noche para alimentarlo. Este toro, el día del juicio final, será comido por los fieles en un banquete presidido por el Mesías, que, según ellos, debe venir aún a salvarles. <<

[46] Tradición persa. <<

[47] Los hebreos gustan mucho de comer bajo los emparrados, ya por el calor excesivo en aquellos climas, ya por la antigua costumbre de sus abuelos, que por espacio de tantos años vivieron bajo sus tiendas durante sus largas peregrinaciones. (Fleury, *Costumbres de los israelitas*.) <<

[48] Su abstinencia no era un ayuno, era más bien una costumbre. (El padre Valverde.) <<

[49] Los Evangelios. <<

[50] Los hebreos llamaban así al imperio romano. <<

[51] La época de la venida de Cristo no es un dogma: lo es sólo su nacimiento. La multitud de autores que sobre este asunto han escrito discrepan entre sí de una manera notable. Dejando aparte las varias opiniones de los autores, por grande que sea su autoridad, seguiremos la que la Iglesia canta en su Martirologio cuando dice: «En el año 5099 de la creación del mundo: cuando en el principio creó Dios el cielo y la tierra, desde el diluvio 2957; del nacimiento de Abraham 2085; de Moisés y de la salida del pueblo de Israel a Egipto 1510; desde que David fue ungido rey 1032; cumpliéndose las sesenta y cinco semanas según la profecía de Daniel; en la Olimpiada ciento noventa y cuatro el año 752 de la fundación de Roma; el año cuarenta y dos del imperio de Octaviano Augusto; estando en paz todo el orbe; en la sexta edad del mundo; Jesucristo, Dios Eterno, e Hijo del Eterno Padre, queriendo consagrar el mundo con su muy piadosa venida, en Belén de Judá nace de la virgen María hecho hombre». <<

[52] Estas bandas de hombres libres dieron muchos sobresaltos a Herodes y a los romanos. Algunas tenían un color político; otras no eran más que hordas de asesinos armados de largos puñales que ocultaban bajo sus vestidos, y que a veces entraban hasta dentro de Jerusalén, cometiendo horribles crímenes a plena luz y en mitad de las calles. (*Flavio Josefo*). <<

[53] Athalía, hija de Acab, rey de Samaria, y de Jesabel, se casó con Joram, rey de Judá, e hizo degollar a todos los príncipes de la raza de David, y de este modo se colocó en el trono el año 876 antes de Jesucristo; pero librándose de su furor, Joas, hijo de Ochozías, fue proclamado rey de Judá seis años después, y el pueblo israelita asesinó a Athalía porque quiso oponerse a este triunfo. <<

[54] Sólo por el Norte puede ser atacada Jerusalén, y a pesar de la triple muralla de David, por esta parte la atacaron sucesivamente Nabucodonosor, Aleiandro el Grande, Pompeyo, Tito y Godofredo de Bouillón. <<

[*] En otro lugar haremos la descripción del templo de Sión. <<

[55] Salomón fue para los árabes algo más que un hombre: le llamaron el «Encantador». Ellos no podían persuadirse de que aquel que conocía el secreto de las plantas y la historia de los animales, que el que sabía lo que significaba el graznido del cuervo, el silbido de la culebra y la poderosa voz de las tempestades, fuera simplemente un pobre mortal, y sólo se convencían de lo contrario cuando visitaban el sepulcro del sabio donde estaba enterrado de pie el real cadáver apoyado en un bastón, y roído por el gusano devastador de las tumbas. <<

[56] La historia cuenta cosas fabulosas de estos cinco capitanes de David. Bamias, entrando en una cisterna del desierto de Boad, agobiado por la sed, vio a dos leones que bebían agua tranquilamente, y no queriendo esperar a que aquellos animales feroces abandonaran el sitio, luchó con ellos y los mató; Hachamoni, dicen que en un combate mató él solo ochocientos filisteos e hirió a trescientos; Fesdomoni detuvo él solo un ejército, y Semma y Jesboan, oyendo que David en una batalla pedía una copa de agua de la cisterna de Bethlem, atravesaron el ejército enemigo y le trajeron cada uno una copa de agua con mano tan firme que, a pesar de haberse batido con la mano derecha y haber, recibido muchas heridas, se la entregaron llena a su rey. David, viendo el valor de sus capitanes, exclamó: *Con peligro de la vida me habéis traído esta agua. No beberé la sangre de mis valientes.* E hizo una libación con ella a Jehová. <<

[57] Este rey es más conocido por Baltasar, nombre que le puso el profeta Daniel. <<

[*] *Pesado, contado, dividido.* <<

[58] Alejandro arrasó a Atenas, dejando solo en pie la casa del poeta Píndaro. <<

[59] Antigua ciudad de la Fecide, en Grecia, célebre por el monte Parnaso y el templo del oráculo de Apolo. Los antiguos creían que Delfos era el punto céntrico de la tierra. <<

[60] Dioses latinos, protectores de las casas y las familias. <<

[61] Divinidades de los etruscos y romanos que, según las creencias de los antiguos eran las almas de los malos que venían a atormentar el sueño de los justos. <<

[62] Diosas egipcias, personificación del poder y de la fecundidad. <<

[63] Divinidad suprema de Egipto, hija de Saturno y Juno. <<

[64] Esta cisterna lleva todavía el nombre de Pozo de los Reyes. <<

[65] Albaricoques recortados y secados al sol. <<

[66] Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, libro I, capítulo XVIII. <<

[67] A los persas, desde la edad de cinco años hasta los veinte, sólo se les enseñan tres cosas: montar a caballo, tirar al arco y decir la verdad; porque lo más vergonzoso para ellos es mentir, y después de la mentira contraer deudas. <<

[68] Los persas celebran el día de su nacimiento de un modo extraño: después de abundantes manjares, los ricos se hacen servir un caballo, un buey, un camello o un asno, enteros, asados en un horno. (*Herodoto.*) <<

[69] En Roma, los jóvenes, hasta la edad de diecisiete años, no se quitaban la toga *pretesta*; pero al cumplirlos se ponían la «viril», enteramente blanca, saliendo de la vigilancia de sus superiores. <<

[70] *El protestantismo y el catolicismo.* (Balmes.) <<

[70 bis] Hoy San Juan de Acre. <<

[71] Esta tradición de Oriente afirma que desde este día todos los huesos de los dátiles tienen por la parte lisa que no tiene canal una O. Nosotros nos servimos de la tradición sin comentarla, pero debemos decir que no hemos visto aún un hueso de dátil que no lleve marcada la O. <<

[72] La pena de «vergis cœdi» o baqueta, era la más grave de la disciplina militar de los romanos. Para ejecutar esta pena, un tribuno empezaba dando suavemente con una varita de sarmiento al reo: lo que servía de señal para que todos los soldados de la legión se echaran sobre él dándole palos hasta dejarlo muerto; pero si tenía la fortuna de escapar (porque le era permitido huir), jamás volvía a presentarse en su patria, porque nadie, ni aun sus parientes, se hubieran atrevido a recibirle. (Adam, *Antigüedades romanas*, tomo III, página 174.) <<

[73] Soldados vigorosos de los que se formaba la primera fila en las batallas. <<

[74] Enseña primitiva de capitán o jefe de dos centurias. <<

[75] Llámase así un monte vecino a Jerusalén, o por su figura redonda a manera de cabeza, derivación de la palabra caldea que los hebreos, corrompiéndola, pronunciaban «gulgoleth», que significa cabeza o, según San Jerónimo, por las muchas calaveras que allí había de los que eran ajusticiados, siendo aquel sitio destinado para ello.

La tradición afirma que se llamó así por haberse encontrado enterrado en aquel lugar el cráneo de Adán, por disposición del Señor y que el segundo Adán, Jesucristo, lo eligió para sufrir la muerte y rescatar al género humano. San Jerónimo desecha la tradición, pero apóyanla otros respetables padres de la Iglesia, como Orígenes, San Atanasio, San Ambrosio, San Basilio, San Epifanio, San Juan Crisóstomo y otros muchos, siguiendo la opinión del Padre Scio. <<

[76] El sitio donde la tradición local ha colocado esta escena, y en el que se ven todavía las ruinas de la fortaleza del bandido, continúa teniendo muy mala fama. Durante las cruzadas, los francos a quienes era familiar esta tradición, habían transformado al jefe de bandidos en un señor feudal. «Es raro, sin embargo —dice el padre Nau con una severidad admirable—, que un señor de marca se convierta en un ladrón de caminos reales». Los cruzados entendían mejor la historia que el padre Nau. Hase añadido a esta leyenda, que parece auténtica, un cuento que nosotros no garantizamos, pretendiendo que el bandido hospitalario era el buen ladrón en persona. (*El abate Orsini.*) <<

[77] El puerto de Gaza, que hoy se halla cegado e inútil, fue en otro tiempo muy concurrido por todos los marinos del mundo. <<

[78] Esta gruta se llama «la gruta de la leche de la Virgen», porque se dice que mientras daba de mamar al Niño cayeron algunas gotas sobre una peña. Los cristianos han elevado un altar en la gruta. (Orsini, *Vida de la Virgen*.) <<

[79] Palabra griega que significa boyero o vaquero. Estos vaqueros conservaron una actitud hostil contra los romanos durante la dominación de Egipto de esos conquistadores del mundo. El desierto fue su abrigo, y salían a asaltar las caravanas del Cairo y Palestina, apoderándose de las mercancías. <<

[80] Este es el fenómeno conocido bajo el nombre de «mirage» o espejismo. Durante la expedición de los franceses a Egipto en 1797, los soldados recorriendo los áridos desiertos de este país abrasador, devorados por la sed, eran con frecuencia engañados por esa cruel ilusión. Todos los objetos que sobresalían de la tierra o se ofrecían a sus ojos en medio de aquellos mares de arena les parecían cascadas de agua; así como un montecillo que descubrían a lo lejos les parecía que se alzaba en mitad de él un lago transparente. Entonces corrían allí empujados por la rabiosa sed que les devoraba; pero al llegar al sitio anhelado reconocían su error: el lago había huido, pero volvían a verlo más lejos sus ávidos ojos. (Fellens, *Del mirage*, artículo VI.) <<

[81] Especie de cuevas en donde se refugian las caravanas durante las terribles tempestades del simún, y en las cuales por lo regular, existen pozos de agua potable. <<

[82] La gran pirámide de Cheops tiene ciento cuarenta y seis metros de elevación, y la longitud de su base es de doscientos treinta y dos metros. Estaba grabado el gasto que se había hecho de ajos, cebollas y rábanos para el alimento de los obreros: ascendía a unos nueve millones de pesetas. Su inscripción existía en tiempo de Herodoto. (Escosura, D. Jerónimo, *Historia de Egipto*.) <<

[83] El labrador egipcio espera tranquilo el mes de mayo en que el Nilo empieza a hincharse. El desborde o salida de madre se manifiesta en el mes de junio y continúa hasta el mes de septiembre. De la mayor o menor subida de las aguas depende la abundancia de las cosechas. Unos pozos que sirven de escalas, y el famoso nilómetro o *mikyas* del antiguo Cairo marcan su acrecentamiento diario. Cuando el Nilo se retira, es decir, en los meses de nuestro invierno en Europa, el aire se perfuma, las praderas se esmaltan de flores, el Egipto se convierte en un inmenso vergel y el labrador, sin cuidado ni esmero, confía su semilla a la tierra y recoge una y otra cosecha. (*Escosura.*) <<

[84] Los jueces les cortaban la nariz. (*Herodoto.*) <<

[85] Existe en la Arabia un árbol majestuoso del género de las sensitivas, que baja sus ramas al acercarse un hombre. Los árabes del Yemen establecidos en las orillas del Nilo le dan el nombre de «árbol hospitalario», y le tienen tanta veneración que no permiten que se le arranque una hoja. <<

[86] Este hecho lo atestiguan multitud de escritores, tanto sagrados como profanos. <<

[87] Augusto encargó a su sucesor en su testamento que no pasara esta frontera que él había marcado a su imperio. <<

[88] Muchos eruditos han procurado en vano juntar los fragmentos de las Doce Tablas; pero según las sabias investigaciones de Jacobo Godofredo, se debe creer que la tabla I trataba de los procesos, la II de los robos y latrocinios, la III de los préstamos y acciones de los acreedores contra sus deudores, la IV de los derechos del padre de familia, la V del modo de suceder y de las tutelas, la VI del derecho de propiedad y de sucesión, la VII de los delitos y daños causados a otro, la VIII de las posesiones campestres, la IX del derecho común del pueblo, la X de los funerales y formalidades relativas al fallecimiento de las personas, la XI de todo lo concerniente al culto de los dioses y a la religión, la XII de los matrimonios y de los derechos de los casados. No puede dudarse de que varios jurisconsultos comentaron estas Tablas, entre ellos Eneron y Plinio; pero sus obras se han perdido. (Adam, *Antigüedades romanas*, tomo II, página 49.) <<

[89] Esta institución originó una conmutación recíproca de afecto y de fidelidad entre patronos y clientes. El que faltaba a su juramento podía ser muerto impunemente por cualquier ciudadano. Durante más de seiscientos años apenas se vio en Roma cosa que manifestase disgusto entre ellos. Virgilio compara el crimen de haber apaleado a su padre al de haber engañado a su cliente. (*Eneida*, VI.) <<

[90] Ley bárbara, increíble, que subsistió en Roma y otros países por mucho tiempo, y que la venida de Cristo al mundo abolió para bien de la humanidad, honra del hombre y gloria del cristianismo, que la rechaza con su influencia benéfica y humanitaria. <<

[91] Doscientos hombres de guerra. <<

[92] Tropa ligera. Sus armas eran el arco, la honda y siete azagayas cuyas puntas estaban aguzadas como las flechas, la espada española que tenía corte y punta, un escudo redondo de madera de cerca de tres pies de diámetro, forrado de cuero, y en la cabeza llevaban un casco que por lo común era de piel de alguna fiera para parecer más feroces. (Adam, *Antigüedades romanas*, tomo III, página 178.) <<

[93] Después del nombre propio y nombre de raza o apellido, los romanos usaban el sobrenombre, derivado de alguna cualidad o defecto físico. <<

[94] El uso de la espada hacía sacar a los combatientes el pie derecho más que el izquierdo, por lo que estaban más expuestos a ser heridos; por eso lo cubrían con una bota o armadura fuerte. (*Adam.*) <<

[95] En el tiempo a que nos referimos aun no se había inventado el uso del tenedor, la cuchara y el cuchillo en las mesas, y sin embargo, según atestiguan varios y respetables autores, dejaban con solo los dedos y la ayuda de las uñas, limpio y pelado el armazón de un ave o de un carnero. <<

[96] Se llamaba este arroyo «Rubicón», y dice que durante la noche aquel gran capitán creyó ver ante sus ojos la imagen de su patria llorosa, que le suplicaba se detuviese. (*Fleuri.*) <<

[97] Fulvia, mujer de Marco Antonio, traspasó la lengua de Cicerón con un alfiler de oro antes de colocarla en la tribuna; pero esta cruel mujer, repudiada poco después por su marido, que se casó con Octavia, la hermana de Augusto, murió de pesadumbre y de rabia al verse desechada. <<

[98] Marco Antonio fue nombrado el Gran Bebedor. <<

[99] Por lo general, los esclavos estaban también atados con una cadena, como los perros en la portería y cuando recobraban la libertad dedicaban aquella cadena a Saturno. <<

[100] Mecenas fue durante las guerras civiles administrador general de Roma y de Italia. <<

[101] Esta viña de oro, trabajo preciosísimo y de un valor crecido, se colocó en el Capitolio. (Poujoulat, *Historia de Jerusalén*.) <<

[102] Téngase presente que Herodes tuvo también un hijo denominado Aristóbulo. <<

[103] Los romanos dividían los meses en tres partes: la primera la llamaban «Calendas», la segunda «Nonas» y la tercera «Idus». Hasta el tiempo de Séptimo Severo (año 106 de la Era Cristiana) no se distribuyó el mes en semanas: uso que nosotros hemos tomado de los egipcios, según asegura Dion escritor de aquella época. Alejandro Adam asegura que el uso de la semana lo hemos tomado de los judíos. Pero el citado Dion le da origen egipcio. A los días de la semana, cuando ésta se estableció, se les dieron los nombres de los planetas, y son los mismos que hoy se conocen: Solis, Domingo; Lune, Lunes; Marte. Martes; Mercuri, Miércoles; Juvis, Jueves; Veneris, Viernes; Saturni, Sábado. <<

[104] Cien años después el emperador Trajano construyó un puerto cómodo y seguro, que más tarde el papa Urbano VIII fortificó. Hoy día el puerto de Civita-Vecchia se considera como el mejor de los Estados Pontificios. <<

[105] Mecenas, el amigo de Augusto, el protector de Virgilio y Horacio, caminaba siempre apoyado en las espaldas de dos robustos esclavos. <<

[106] Tresinta millones de pesetas, más o menos. <<

[107] Los antiguos creían que el templo de Delfos era el centro de la tierra. <<

[108] Tarquino el Soberbio, que tanto mal causó a los romanos, quiso halagarlos edificando un templo sobre el monte Tarpeyano. A las primeras excavaciones se hallaron una cabeza de hombre destilando sangre. Los ancianos de Roma, a quienes se les presentó la cabeza para ver si la reconocían, aseguraron ser la de un romano llamado «Tolo», que hacía muchos años había muerto, por eso se le puso al templo el nombre de «Capitolio», lo que significa «cabeza de Tolo». <<

[109] Una mujer desconocida se presentó a Tarquino a ver si quería comprar nueve volúmenes llamados «libros sibilinos», pidiéndole una cantidad crecida de dinero. Tarquino despidió a la extranjera. Poco después volvió a presentarse, y le dijo: «He quemado tres volúmenes: vengo a ofrecerte los seis restantes». Tarquino despidió a la extranjera; pero dos meses después la sibila *Cumana* tornó a presentarse en el palacio del rey, y le dijo: «Sólo me quedan tres libros; los otros seis los ha consumido el fuego; vengo a ofrecértelos. Con ellos sabrás las profecías de lo futuro, y podrás conocer el bien y el mal». Tarquino, asombrado de la terquedad de la sibila, compró los libros por la misma suma que le pidió al principio, y mandó que se encerraran en una arca de piedra, que fue depositada en el Capitolio, bajo la custodia de quince elevados personajes, prohibiendo que se consultaran sin orden suya. <<

[110] Homero llamó a las Parcas, hijas de Júpiter y Temis; Orfeo, hijas de la noche; Platón, hijas de la necesidad. <<

[111] Tiberio, cuyo carácter sombrío le procuraba pocos amigos, vivía casi siempre retirado en la isla de Rodas, en una casa situada sobre las rocas escarpadas del mar. Su único placer era consultar acerca de su futura suerte a los pretendidos adivinos, mandando luego a su fornido esclavo que los tirara al mar. Un día hallábase en la elevada torrecilla de su casa consultando a un embaucador llamado *Tracilo,* el cual le había dicho «que infaliblemente llegaría a ser emperador».—¿Qué dicen los dioses y las estrellas de tu futura suerte? le preguntó Tiberio con marcada y cruel sonrisa al adivino.—*Tracilo* se puso a temblar, pues sabía la suerte de sus predecesores, y respondió: —Que me amenaza una gran desgracia.—Tienes razón, le dijo Tiberio; mi esclavo tenía la orden de despeñarte, pero te perdono porque lo has acertado. <<

[112] Ovidio Nasón murió en los calabozos de Sarmacia, después de ocho años de reclusión. No se sabe a punto fijo por qué Augusto, tan protector de los poetas, castigó con tanta crueldad a Ovidio; se cree que fue sorprendido en los brazos de Julia, su hija. Lo cierto es que muchos intercedieron por Ovidio, y nadie alcanzó su perdón. <<

[113] Un niño hebreo, Dios de dioses, me obliga a dejar mi templo, hasta ahora inmortal, y a volver al infierno. <<

[114] Feijóo en su *Teatro critico,* tomo II, discurso 4.º sobre las profecías supuestas, dice que «afirman Luidas, Cedrano y Nicéforo, que Augusto, admirado de ver mudo a Apolo Délfico, le instó para que le revelara la causa de su silencio, y recibió por respuesta tres versos anunciándole la venida al mundo de *un Niño hebreo, Dios de dioses*». Como ningún escritor romano menciona el viaje del César a Delfos a consultar el oráculo más famoso de aquella época, nosotros nos hemos valido del recurso fantástico de la sibila *Cumana* para describir el estado de desorden y derrota en que la venida de Jesucristo puso a los dioses paganos y a los falsos sacerdotes, especuladores de la credulidad pública de aquella época de fanatismo e ignorancia. <<

[115] San Agustín nació en Tagasto, ciudad del África, el año 319 de la era cristiana; a los treinta años de edad pasó a Cartago, en donde sus costumbres se corrompieron; pero movido por los discursos de San Ambrosio y los ruegos de su madre Santa Mónica, recibió el bautismo y se convirtió. <<

[116] Shakespeare el célebre trágico inglés ha inmortalizado el nombre de Eros, el esclavo de Marco Antonio, en su tragedia «Antonio y Cleopatra». Antonio, el amante de Cleopatra, al verse cercado en todas partes por los soldados de Augusto, llama a su esclavo Eros y le ofrece la libertad a trueque de que le quite la vida; pero su esclavo, con esa serenidad que sólo acompaña a los héroes, sepulta su espada en su corazón y cae bañado en sangre a los pies de su señor. «*¡Esclavo cien veces más noble que yo!», exclama Antonio, «tú me enseñas ¡oh bravo Eros! a hacer por mí mismo lo que debo y tú no has querido hacer. Mi reina y Eros, con este ejemplo de valor, se sobrepondrán a mi gloria en las edades venideras*». <<

[117] Josefo, escritor judío, del tiempo de Vespasiano, estuvo en el cerco de Jerusalén y presenció la ruina del templo. Nosotros tomamos esta descripción por creerla más auténtica, siendo de un testigo ocular, siguiendo el ejemplo de M. de Poujoulat en su *Historia de Jerusalén.* <<

[118] El Santo de los Santos, que se llamaba también «Oráculo», era una especie de locutorio, desde donde, según los judíos, hablaba Dios al sumo pontífice que le consultaba. <<

[119] Marco Antonio el triunviro. <<

[120] Según el calendario de los judíos, corresponde este mes a una parte de febrero y marzo, y es el VI civil y VII eclesiástico. <<

[121] Ludolfo de Sajonia (*Testamento de Herodes*). <<

[122] El mes de Sebat es el V civil y el XI eclesiástico de los judíos: tiene treinta días y cae entre enero y febrero nuestro. <<

[123] Este tesoro de Herodes fue buscado con codicia por sus descendientes, pero no se ha hallado todavía, o al menos, la historia y la tradición así lo creen. <<

[124] La Idumea. <<

[125] Hemos elegido la versión parafrástica del *Libro de Job*, por creerla más conforme con las condiciones de nuestro libro. <<

[126] Según Macrobio y Flavio Josefo, Herodes mandó matar a su hijo Antipatro cinco días antes de su muerte; ferocidad sin ejemplo, con la cual selló la sangrienta página de su historia. <<

[*] Flavio Josefo. <<

[127] Aproximadamente ocho leguas castellanas. <<

[128] Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, libro I, capítulo XXI. <<

[1] Entre las muchas leyendas traídas de Oriente por las Cruzadas, figura la de la *Fuente de María.* El señor de Englure la cuenta con toda la poética sencillez de los antiguos tiempos. Dice así:

«Cuando Nuestra Señora, Madre de Dios, hubo pasado el desierto y llegó a este lugar, puso a Nuestro Señor en tierra y se fue a buscar agua por el campo; pero no pudo hallarla; volvióse muy triste a su querido Hijo que yacía tendido sobre la arena, el cual hirió con sus taloncitos el suelo, y salió inmediatamente un manantial de agua muy buena y dulce, de lo que quedó muy alegre Nuestra Señora y dio gracias a su amado Hijo, a quien recostó otra vez y lavó los pañales en el agua de dicha fuente, y después los extendió por encima de la tierra para secarlos; y del agua que destilaban, por cada gotita nacía un arbolito, cuyos arbolillos producen un bálsamo precioso». <<

[2] Los musulmanes llaman a este árbol «el árbol de Jesús y de María», y lo enseñan con respeto a los viajeros cristianos. El general Kleber, después de la victoria de Heliópolis, visitó como peregrino el árbol de la Santa Familia y escribió su nombre en el tronco. Pero este nombre ha desaparecido después, borrado por alguna mano envidiosa.—(*Correspondencia de Oriente*, tomo VI, carta 141.) <<

[3] Cuenta la tradición que Jesús gastó toda su vida una misma túnica sin costuras, hecha por su Santa Madre. Este vestido crecía a proporción del cuerpo, y fue el mismo que los sayones se jugaron en la cumbre del Gólgota el día de su cruel muerte. <<

[4] Aproximadamente ciento quince pesetas de moneda española. <<

[5] *Evangelio de San Mateo,* capítulo II. <<

[6] Entre mayo y abril nuestro. <<

[7] Pascua florida. <<

[8] Sin levadura. <<

[9] *Éxodo,* capítulo XII. <<

[10] Pascal ha dicho: «Yo creo de muy buena gana la historia cuyos testigos se dejan degollar». <<

[11] *Cantar de los cantares*, capítulo III, versículo 3. <<

[12] *Cantar de los cantares*, capítulo v, versículo 8. <<

[13] *Cantar de los cantares*, capítulo v, versículos 8 al 16. <<

[14] Hermosa. <<

[15] Amarga. <<

[16] *Evangelio de San Lucas,* capítulo II, versículo 49. <<

[17] *Evangelio de San Lucas,* versículo 49. <<

[18] Germánico murió envenenado en Asia, por orden de Tiberio, algunos años después. <<

[19] En este templo había un registro donde se tomaba razón de todos los que morían, por un tanto que se pagaba, y vendían las mortajas y demás accesorios para los entierros. <<

[20] Un ramo de ciprés se colocaba para evitar al pontífice máximo que pasara por allí, pues este sacerdote no podía tocar ni mirar un cadáver sin mancillarse. <<

[21] Las trompetas y las flautas que se usaban entonces eran más largas y de mayor diámetro que las de las legiones, para que dieran un sonido más grave y lúgubre. (*Adán,* tomo IV, página 22.) <<

[22] Los dos grandes cómicos del tiempo de Augusto se llamaban Pílade y Dión, y fueron favoritos de Augusto y de Mecenas. <<

[23] Tribuna. <<

[24] Las iniciales significan «vivus facit»: se hizo en vida. <<

[25] San Justino, mártir, refiere que Jesucristo ayudaba a su padre putativo a fabricar arados y carros; y Godescarno dice en la *Vida de la Santa Virgen*, que un cantar muy antiguo asegura que en su tiempo se enseñaban todavía las coyundas que el Salvador había construido con sus manos. <<

[26] Son tantas las tradiciones que los habitantes de Nazaret cuentan de la infancia de Jesús, que para consignarlas se necesitaría un tomo voluminoso. Desistimos, pues, de referirlas, contentándonos con las dos citadas. <<

[27] Algunos años después de la divina tragedia del Gólgota, buscaron los judíos la razón del prodigioso saber de Jesús, olvidándose de que era Dios, y le dieron en su soberbia loca por preceptor a Josué, hijo de Perechia, que había estudiado con Akiva; aserción errónea, porque Akiva, aunque era un sabio célebre y eminente, no floreció hasta el reinado de Adriano, es decir, cien años después de la muerte de Jesús. <<

[28] Lamartine, *Viaje a Oriente.* <<

[29] Según creen los judíos, del seno de este lago debe salir el Mesías prometido y que ellos esperan aún. <<

[30] Tiberíades es una de las cuatro ciudades santas del *Talmud* de los hebreos; las tres restantes son Saphat, Jerusalén y Hebrón. Se cree que el célebre *Talmud* de los judíos se escribió en Tiberíades. <<

[31] Especie de pectoral con doce piedras preciosas donde estaban grabados los doce nombres de los hijos de Jacob. Los judíos creían que estas piedras brillaban más o menos según la conciencia del individuo que las miraba. <<

[32] Bethabara o casa de pasaje, se llamaba también Bethania o casa de navegación. Los Evangelios nos hablan de una Bethania rodeada de palmeras, al pie del monte Olivete, residencia de Lázaro; pero los hebreos distinguen perfectamente la una de la otra, es decir, llaman Bethabara a lo que fue teatro de la predicación del Bautista, y que se halla en la ribera opuesta de Jericó, y Bethania, o casa de los dátiles, a la que se halla situada en la falda del monte Olivete. <<

[33] Lleno de gracia. <<

[34] *Evangelio de San Lucas,* capítulo III. <<

[35] *Evangelio de San Mateo,* capítulo IV. <<

[36] San Bernardo. <<

[37] Yo no me humillaré. <<

[38] Téngase presente que en esta fantástica narración seguimos la geografía antigua, por lo cual nombramos las ciudades con el nombre que tuvieron y no con el que tienen. <<

[39] Medina. <<

[40] Meca. <<

[41] Mahoma. <<

[42] Sevilla. <<

[43] Cádiz. <<

[44] Los Pirineos. <<

[45] El Ebro. <<

[46] Los libros hebreos eran unos pergaminos arrollados a un cilindro de madera: todavía se usan en las sinagogas. <<

[47] *Evangelio de San Lucas,* capítulo VI. <<

[48] Se llama todavía el pozo de Jacob. <<

[49] *Evangelio de San Juan,* capítulo IV. <<

[50] *Evangelio de San Juan,* capítulo IV. <<

[51] La leyenda de *La mujer de Sichem*, que insertamos es debida a la pluma de la poetisa Ana María, autora de un libro que con el título de *Las hermanas de los ángeles*, salió a la luz en París el año 1842. Teniendo el autor escrito su episodio de la Samaritana, dio preferencia a la leyenda de este libro. <<

[52] Era costumbre entre los israelitas llevar en los viajes el dinero en los extremos de una faja. <<

[53] *Evangelio de San Mateo.* <<

[54] *Evangelio de San Mateo.* <<

[55] *Evangelio de San Juan,* capítulo VII, versículo 52. <<

[56] Seguiremos dándole el nombre de Magdalena, pues por éste se la conoce más generalmente en nuestros libros sagrados. <<

[57] Imperio romano. <<

[58] Espacio triangular que tenían los romanos en los jardines y casas de campo para jugar a la pelota y al volante. <<

[59] Mosquitero de seda. <<

[60] Cuenta la fábula que Terpandro, un día de sedición en Macedonia, se puso a tocar la lira en una plaza, y depusieron las armas los amotinados; y Empédocles, viendo en el campo a un hombre que iba a suicidarse colgándose de un árbol, se puso a tocar la lira oculto tras de una mata, y el hombre olvidó el siniestro pensamiento que allí le conducía, acabando por abrazar al músico y decirle: «No debemos abandonar este mundo que tú armonizas con ese instrumento que diera envidia a Orfeo.» <<

[61] Hijo del Trueno. <<

[62] Pavo real. <<

[63] Ave nocturna, feroz y tétrica, parecida al avestruz. <<

[64] Carbunclo de color muy rojo que luce como el fuego. <<

[65] Músico y poeta de Tracia. Desafió a las musas a cantar, y ellas le dejaron ciego. <<

[66] Célebre poeta adivino. Los dioses del Olimpo le privaron de la vista porque revelaba a las mujeres sus secretos. Su madre, Carich, alcanzó de Minerva le concediera un oído tan fino que llegó a comprender el lenguaje de los pájaros, y la misma diosa le dio un bastón con el cual caminaba con la misma seguridad que antes de quedar ciego. Después de su muerte los tebanos le adoraron como a un dios. <<

[67] *Barr* significa entre los hebreos, «hijo», y *Abba* es nombre de honor que quiere decir «padre de familia». Los esclavos no podían dar a sus padres el nombre de *Abba.* El miserable asesino que inmortalizó la sentencia de Jesús, llamábase *Barr-Abbas,* con lo cual los judíos quisieron darle el significado irónico de que era hijo de muchos padres. <<

[68] Dios con nosotros. <<

[69] El mes de «Elul» de los hebreos cae entre el agosto y septiembre nuestro, y es el XII civil y el VI eclesiástico. <<

[70] Es el espacio que media desde que el sol se pone hasta las doce de la noche. <<

[71] Sabida es la suerte del asesino Calígula. Los puñales de Merea y sus cómplices acabaron con aquel monstruo en los corredores del teatro de Roma; tenía veintinueve años y había reinado cuatro. Su mujer y su hija fueron degolladas por orden de Merea. <<

[72] Todos estos sucesos son en su mayor parte históricos. Antipas y Herodías murieron miserablemente en un rincón de España, donde los desterró Calígula, y Salome tuvo el fin trágico que hemos narrado. Nuestro objeto al adelantar en la forma de un sueño el fin del tetrarca de Galilea y su infame esposa, del hombre que después de degollar a San Juan debía poner sobre los purísimos hombros de Jesús la blanca túnica de los dementes, ha sido para dar una idea a nuestros lectores de cómo terminaron los verdugos de San Juan; porque después de la muerte de Cristo no pensamos ocuparnos de ellos. <<

[73] *Evangelio de San Lucas,* capítulos XVIII y XIV. <<

[74] *Evangelio de San Lucas,* capítulo VII. <<

[75] *Evangelio de San Juan*, capítulo IX, versículo 4. <<

[76] *San Marcos*, capítulo x. <<

[77] Media legua, aproximadamente. <<

[78] Al que Dios socorre. <<

[79] *Evangelio de San Juan,* capítulo XI. <<

[80] *San Juan*, capítulo XI. <<

[81] Dios. <<

[82] Corresponde al 28 de marzo de nuestro calendario. <<

[83] Esta torre se hallaba en la época de la Pasión de Jesucristo medio arruinada por haberse desplomado dos años antes, aplastando dieciocho personas e hiriendo multitud de infelices del arrabal de Ofel. <<

[84] Estaba situado en la falda del monte de los Olivos, como a media legua de Jerusalén y pertenecía a los sacerdotes. <<

[85] *San Lucas,* capítulo XXII, versículos 10, 11 y 12. <<

[86] *San Lucas,* capítulo XVIII. <<

[87] Betfage. <<

[88] *San Marcos*, capítulo XI, versículo 2. <<

[89] *San Lucas,* capítulo XIX, versículo 38. <<

[90] *San Lucas,* capítulo XIX, versículos 43 y 44. <<

[91] *San Marcos*, capítulo XIII. <<

[92] *San Marcos*, capítulo XIII. <<

[93] Cónclave de piedra. <<

[94] Principal o primero. <<

[95] Padre del Sinedrio. <<

[96] Sabio. <<

[97] Ejecutores de la sentencia. <<

[98] Aproximadamente setenta y cinco pesetas. <<

[99] Las yerbas amargas representaban la amargura del pan del destierro. <<

[100] Las yerbas dulces daban a entender lo sabrosos que son los manjares de la patria. <<

[101] *San Mateo,* capítulo XXVI, versículo 21. <<

[102] *San Mateo,* capítulo XXVI, versículo 23. <<

[103] *San Mateo,* capítulo XXVI, versículo 26. <<

[104] *San Mateo,* capítulo XXVI, versículo 26. <<

[105] Nuestros pecados. <<

[106] En el estilo profético se toma el *pretérito* por el *futuro;* así es que los profetas decían, por ejemplo: *Quien ha creído,* por *quien creerá,* lo que al pueblo de Israel debe acontecerle mañana. Isaías, que floreció en el reinado de Ozaías o Azarias, fue más bien el historiador de Cristo que el profeta. Su libro más parece la crónica de un sabio que escribe sobre hechos consumados que el libro de un inspirado de Dios que augura lo que ha de acontecer mañana. Los doce versículos del capítulo LII de las *Profecías de Isaías* se cumplieron tan exactamente ochocientos treinta y siete años después de haberse escrito, que con razón han dicho algunos doctos padres de la Iglesia que podía ponérseles este titulo: *La Pasión de Jesucristo, según Isaías.* Porque el profeta habla con la misma exactitud que si hubiese presenciado la dolorosa muerte del Redentor. <<

[107] *San Juan*, capítulo XII, versículo 6. <<

[108] *San Juan*, capítulo XIII. (Para hacer más comprensible a los lectores que no estén muy versados en la lectura de la Biblia, cuyo estilo sintético resulta a veces oscuro, hemos variado algunas frases, procurando siempre seguir las ilustradas notas del padre Scio, que tanta luz arrojan en los libros sagrados.) <<

[109] *San Juan*, capítulo XIII, versículo 38. <<

[110] *San Juan*, capítulo XIII, versículo 38. <<

[111] *San Mateo.* <<

[112] Nombre que daban los antiguos al valle de Josafat. <<

[113] Flor silvestre de blancas hojas con tres manchas sangrientas y una corona de espinas entrelazadas. <<

[114] *San Mateo,* capítulo XXVI, versículos 49 y 50. <<

[115] *San Juan*, capítulo XVIII. <<

[116] *Esaú* significa que ejecuta; *Anás*, que aflige; *Bethleem*, casa de paz. Conviene mucho estudiar la etimología de los nombres hebreos para el conocimiento más perfecto de los sagrados escritos. <<

[117] *San Marcos*, capítulo XIV. <<

[118] El venerable Bade dice que el sagrado leño fue de cuatro maderas, a saber: de ciprés, cedro, pino y boj. El ciprés, desde los pies hasta el crucero, los brazos de cedro, la parte superior de pino, y la tablilla en donde se escribió *Jesús Nazareno, rey de los Judíos*, de boj. Los santos Vicente Ferrer, Buenaventura y Bernardino de Sena, opinan que fue formada la cruz de cuatro maderos; pero los citan así: cedro, ciprés, palma y oliva. San Gregorio Niceno dice: «Que fue un árbol vil y el más despreciado de todos los demás» (carrasca o encina), lo que parece más probable, atendido el rencor infame de los jueces que sentenciaron al Redentor. Seguimos la última opinión, porque en nada afecta al dogma. <<

[119] Precio de la sangre. <<

[120] Sin patria o sin hogar. <<

[121] En la época de Tiberio hacía ya mucho tiempo que en los estandartes romanos se había reemplazado la loba por el águila. <<

[122] *San Juan*, capítulo XVIII. <<

[123] *San Lucas*, capítulo XVIII. <<

[124] Lugar elevado. <<

[125] Esta sentencia la tomamos del historiador Ataulfo de Sajonia, por parecernos la más autorizada y auténtica de todas las que se conocen. <<

[126] Parece que no cabe duda que los sacrificadores o verdugos fueron cuatro, aunque se cree que el número de ayudantes excedía de doce. Pilato había llevado a Jerusalén algunos calabreses para ejercer tan degradante profesión; pero los verdugos de Cristo fueron brucianos. <<

[127] *San Lucas,* capítulo XIX. <<

[128] He aquí las palabras que la virgen María revela más tarde a San Anselmo:

«Oye, Anselmo, de la manera que te refiero un hecho, el más lamentado y triste que ninguno de los evangelistas ha descrito: Habiendo llegado al lugar ignominioso que se llama el Calvario, donde se arrojan los perros y otros cuerpos muertos, desnudaron, enteramente a mi Hijo Jesús de todos sus vestidos, y aunque ya estaba casi exánime, me quité sin embargo el velo de mi cabeza, corrí a Él y se lo até a los lomos.» <<

[129] Cerca del paraje en que los verdugos enclavaron en la cruz a Nuestro Señor, existe hoy una capilla dedicada a Nuestra Señora de los Dolores. Allí fue donde se retiró la Santa Virgen durante los sangrientos preparativos de la muerte de su Hijo. (*Orsini.*) <<

[130] Al consignar que Jesús fue crucificado con cuatro clavos, seguimos la opinión de San Gregorio, San Cipriano, Francisco de Toledo, Santa Brígida y otros, aunque algunos padres de la Iglesia afirman que lo fue sólo con tres. <<

[131] ¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¿por qué me has abandonado? <<

[132] Aunque Orígenes quiso decir que las tinieblas que sucedieron en la muerte de Jesús se extendieron solamente sobre Judea, esta opinión está desmentida por muchos y respetables autores. San Dionisio Areopagita, que se hallaba entonces en Heliópolis, dice: «Nosotros observamos que la Luna vino impensadamente a interponerse entre el Sol y la tierra, aunque el tiempo de esta conjunción no estuviese en el orden natural de las leyes a que los astros están sometidos.» Dice Ataulfo de Sajonia: «En los eclipses, el oscurecimiento, empieza por la parte de occidente, porque todos los planetas tienen dos movimientos: el propio y el común, y como la Luna es más veloz en su movimiento propio que todos los demás planetas, cuando llega al cuerpo del Sol viene desde el occidente; pero en la muerte del Salvador venía desde el oriente. Así es que no empezó la iluminación por donde había empezado la oscuridad.»

San Pedro y San Pablo hicieron estas y otras muchas observaciones, convirtiendo al cristianismo a muchos hombres sabios en el conocimiento de la astronomía. <<

[133] Según algunos historiadores demuestran, Jesucristo murió el 3 de abril, habiendo cumplido treinta y seis años, tres meses y nueve días de edad. Pero la opinión más admitida, y más segura al parecer, es la que asegura que Cristo murió el 25 de marzo a los treinta y tres años y tres meses de edad; y como dice San Irineo, «precisamente el mismo día en que el hombre fue creado». <<

[134] Este sacudimiento de la naturaleza, o terremoto, fue universal. Orígenes dice: «El terremoto se sintió fuera de Judea, y en consecuencia se arruinaron muchas casas de Nicea, de Bithinia.»

Plinio, en el libro II de su *Historia natural*, capítulo LXXXIV, afirma, «Que en los tiempos de Tiberio, y en el que padeció Cristo, aconteció un terremoto en el que se arruinaron diez ciudades en Asia.» <<

[135] Longinos, convertido al cristianismo y bautizado por San Pedro, fue a predicar el Evangelio a Capadocia, donde, preso por los judíos, sufrió el martirio el 15 de marzo. <<

[136] Cayo Appio, bautizado más tarde por San Bernabé, dejó la lanza por la cruz, y los arreos militares por las palabras del Evangelio, y se trasladó a España, su patria, a predicar el cristianismo. <<

[*] *Flavio Josefo.* <<

[137] Jacobo Besnage, autor protestante, en su *Historia de los judíos,* cuenta tres judíos errantes: el primero se llamó *Samer,* y fue maldito por Dios por haber fundido el becerro de oro en tiempo de Moisés; el segundo, con el nombre de *Catafilo,* que fue portero de Pilato, y el último llamado *Asuero,* zapatero de oficio, que tenía su tienda en la calle que luego se llamó vía Dolorosa, nególe a Jesús un poco de agua cuando caminaba al Calvario. Feyjóo, en el tomo segundo de sus *Cartas eruditas,* hablando detenidamente sobre el judío errante, dice que el año 1229 se apareció el judío errante en Inglaterra, el de 1547 en Hamburgo, el de 1575 en Madrid, el de 1599 en Viena de Austria, el de 1610 en Lubek, el de 1694 en Moscovia, el de 1643 en París, el de 1712 en Astracán y últimamente, a fines del siglo XVII, en Londres, por segunda vez, como asegura una carta de la duquesa Hortensia de Mazarino, hermana del célebre cardenal del mismo apellido.

Añade Feyjóo que un hombre astuto y sagaz, instruido en la historia, y en ocho o nueve lenguas, ¿qué vida más gustosa podría elegir que la de fingirse el judío errante, llamando la atención de los príncipes y personas poderosas, ni que extraño sería que después lo imitasen otros bribones?

De todos modos, si la tradición es una fábula, como puede creerse, preciso es convenir en que nada puede representar con tanta precisión al disperso pueblo de Israel, que nunca ha podido reunirse, como ese hombre maldecido por Dios, en cuyos oídos resuena el *¡anda, anda, anda!* de la tradición.

Nosotros le hemos dado una forma fantástica, porque en nada afecta al dogma: así como nos hemos valido de un nombre que nadie cita, en vista de los diferentes pareceres que desde el célebre historiador Matías de París (el primero que dio a luz la tradición del judío errante en el año 1229) hasta nosotros viene adoptándose. <<

[138] Maestro. <<

[139] Aunque los Evangelios nada nos dicen, creen algunos respetables padres de la Iglesia que Jesucristo se apareció antes a su Santa Madre que a la enamorada doncella. San Ambrosio dice: «Que nada superfluo escriben los evangelistas, y lo sería sin duda haber estampado en los libros que Cristo, después de la resurrección había visitado a su Madre, que por sabido no debe consignarse.» <<

[*] El Evangelio. <<

[140] Aunque algunas tradiciones aseguran que María Magdalena murió en la Provenza atendidas las notas que el abate Orsini presenta para demostrar que murió en Éfeso, apoyado todo en autoridades respetables, adoptamos la opinión de tan ilustre historiador. <<

[141] San Dionisio, que conoció y trató a la Virgen y a Jesús, dice que el Hijo se parecía a la Madre de un modo notable, aunque Jesús inclinaba un poco la cabeza, lo que le hacía perder algo de su talla. <<

[142] La Virgen murió, según Nicéforo, la noche del 14 de agosto, el año cinco del reinado de Claudio el Simple, once años después de la muerte de Jesucristo, a la edad de sesenta y seis años. San Dionisio, testigo ocular de la muerte de la Virgen, afirma que en esta época la Virgen tenía una belleza notable. *(Nota de Orsini.)* <<

[143] Se cree que Juan terminó en Pathmos el Apocalipsis, y que más tarde se trasladó a Éfeso, donde murió a los ciento tres años. <<